

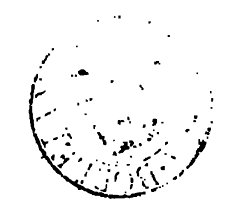




HISTORIA MILITAR Y POLITICA

DE

ZUMALACÁRREGUI.





Tomas Zumalacarregui

HISTORIA MILITAR Y POLITICA

DE

ZUMALACÁRREGUI,

y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte, enlazados á su época y á su nombre,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA MADRAZO.

EDICION DE LUJO, CON GRABADOS, BAJO LA DIRECCION DE D. JOSÉ VALLEJO.



MADRID.

Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, *calle del Factor, núm.* 9.

1844.



PROLOGO.



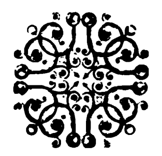
TRAZAR con nímia verdad y con escrupulosa exactitud los rasgos mas marcados y mas característicos de la vida militar y política del mas célebre y afamado general carlista; presentarle en toda la plenitud de su importancia y en todo el esplendor de su genio á aquellos de sus compatriotas que, á través del tupido velo de los odios de partido y de los rencores de bandería, no han podido conocer todo su valor y todo su mérito, y ofrecer reunidos y ordenados algunos preciosos datos ignorados hasta hoy, que podrán esclarecer multitud de hechos importantes velados por las sombras del misterio, y derramarán raudales de luz sobre sucesos de orígen oscuro, si no desconocido, contribuyendo á levantar sobre el cimiento de la verdad

el fallo inapelable de la posteridad y el juicio severo de la historia: hé aqui el grande y noble objeto que el autor de este libro se ha propuesto; objeto que si logra llenar de algun modo, siquiera sea falto é incompleto, lo deberá sin duda, mas que á sus medios escasos y á sus pobrísimos recursos, á la generosa cooperacion que personas, deseosas de que se consignen de una manera indeleble en la triste historia de nuestras divisiones intestinas los gloriosos hechos de armas del campeon ilustre de la causa carlista, han tenido la dignacion de prestarle. Entre esas personas complacientes y desinteresadas, reservan los editores y el autor las primicias de su gratitud á la apreciable señora viuda del caudillo navarro, y al Excmo. Sr. D. Miguel Antonio Zumalacárregui, quienes con una bondad que ha escedido sus mayores esperanzas, les han facilitado materiales preciosos y noticias interesantes; materiales y noticias que si pudieran parecer un tanto parciales por el tierno cariño y respetuosa idolatría con que mira el hermano las glorias de su hermano, garantizan su exactitud, y responden de su verdad las opiniones y los compromisos del hombre público, cuyo pasado, cuyo presente y cuyo porvenir estan ligados con lazo indisoluble al triunfo de las ideas liberales.

Esos preciosos datos, sobre cuya base vamos á levantar nuestra obra, y que tan puros y tan limpios han venido de toda sombra de parcialidad y de pasion, no se adulterarán en nuestras manos, ni los empañará con su aliento el espíritu ciego de partido. Narradores fieles y concienzudos, la antorcha de la verdad nos servirá siempre de guia, y á medida que sean mas oscuros y mas desconocidos los hechos que nos sea preciso referir y los misterios que tengamos que revelar, procuraremos que esa luz sea mas diáfana, mas radiante y mas hermosa. En una palabra, «olvidando las mas veces, y aquí se encierra nuestra profesion de fé, que el caudillo del Norte fue el mas firme sosten y la mas sólida columna de la causa carlista, que se vió abatida y mal parada apenas vino á tierra la segura base sobre que se levantaba ufana, solo recordaremos en todas las páginas de nuestro libro, que referimos los hechos distinguidos de un español, cuyas personales glorias redundan en honra y prez de los españoles todos. Por otra parte, ni la estricta y severa imparcialidad que es el mote de nuestro escudo, ni nuestro propio interés, podrian consentir que convirtiésemos una obra concienzuda y veraz, que esperamos ver acogida por

todas clases y por todas las opiniones, en una obra de partido destinada á ensalzar exajeradamente á los unos con el descrédito y vilipendio de los otros.»

Si á pesar de esta sincera protesta se quisiera poner en duda nuestra imparcialidad y se nos disputase por nuestra cualidad de narradores de sucesos contemporáneos recientes el título de veraces y desapasionados á que aspiramos, nosotros contestariamos á los dudosos y á los incrédulos con la opinion respetable y autorizada de un publicista español de nuestros dias, acreditado en el foro, distinguido en la prensa y conocido en la tribuna. Ese ilustrado publicista dice, en un escrito semejante á este en el objeto, y que sirve de introduccion á la historia de un período importante y tambien reciente de nuestra revolucion, que hay siempre una gran parte de verdad, la cual se desvanece con los mismos sucesos, y que no se consigna en ningun escrito contemporáneo, y esta verdad la conoce mas completamente el historiador de la época, aunque no pueda trasladarla toda á su libro, que otro historiador venido despues, cuando aquella ha perdido toda su viveza, y se conserva solo truncada y adulterada en las tradiciones.»



HISTORIA MILITAR Y POLITICA

DE

ZUMALACÁRREGUI.

CAPITULO I.

Su nacimiento.—Su familia.—Sus primeros años.



si como ciertas plantas solo pueden arraigarse y crecer bajo la influencia, para ellas benéfica, de los rayos de un sol abrasador y á favor de un clima cálido y ardiente, así ciertos genios y ciertos caracteres solo llegan á presentarse en relieve, y una vez indicados solo crecen y se desarrollan en épocas de general trastorno para las naciones, en dias de alarma, de ansiedad y de desasosiego para los pueblos. Estos caracteres fuertes, indomables y vigorosos, que solo desarrolla en toda su prodigiosa estension la revolucion ó la guerra, y que aparecen en el apogeo de su intensidad y en el cenit de su brio y de su fuerza á medida que se aumentan los peligros, y con los peligros la necesidad de la propia defensa, encon-

traron en la memorable guerra de la Independencia alimento á su actividad y ocasion brillante de saciar su sed de mando, de realizar sus sueños de gloria y de satisfacer cumplidamente sus deseos de una vida marcial y aventurera. De 1808, de esa época tan fecunda en azares y en glorias para España, datan no pocas de nuestras celebridades militares; siendo de notar que acaso las que mas alto renombre han obtenido se vieron impelidas á esa profesion honrosa, mas que por su inclinacion y por sus hábitos, por la fuerza de las circunstancias y por el sentimiento de vivo y generoso patriotismo que en todos los pechos castellanos rebosaba. Este plantel de hombres célebres en las armas que tan abundantemente produjo el levantamiento de 1808, y en el cual tantas esperanzas tenia derecho á fundar una nacion unida y valerosa, vino despues, por su mala estrella, á hacer mas lamentable su desgracia y mas duradero su infortunio. Hondamente divididos los españoles despues de su glorioso triunfo, derribado por sus esfuerzos prodigiosos y heróicos del altar de la victoria el coloso que todos creyeran invencible, hubieron de volver contra sí aquellas armas que les conquistaron tan abundosa cosecha de laureles; y ese plantel glorioso de caudillos, que renació como por encanto al grito de independencia, sirvió para proveer de gefes bizarros y ya conocidos á todos los bandos, para dotar de cabezas á todas las facciones; é inaugurándose por este medio una larga serie de lamentables derrotas y de tristísimas victorias, se vió la nacion por muchos años falta de paz y escasa de sosiego. Entre todas esas celebridades históricas, entre todos esos caudillos ilustres que debieron á aquella lucha heróica el orígen y fundamento de su nombradía, no merece ocupar un lugar distinguido el personaje cuyo retrato histórico nos proponemos describir; porque falto del prestigio y de la autoridad que dan los años, no podia en los cortísimos que contaba capitanear las bizarras huestes españolas, que á la manera de un torrente que todo lo arrastra en su impetuoso curso, corrian de todas partes presurosas y entusiastas á poner coto á la insultante osadía de los soldados del emperador. Pero si ese personaje á que nos referimos no pudo por aquel entonces conducir al combate á sus compatriotas, se dejó conducir y tomó en él gloriosa parte, mostrando despues bien á las claras en toda su carrera que no en vano habia recibido el bautismo del fuego en las primeras escaramuzas que sostuvo el leon español con las águilas francesas.

Naturalmente picada la curiosidad de nuestros lectores por las líneas que anteceden, y en que aludimos sin nombrarle al digno protagonista de nuestra historia, vamos á decirles algo por donde puedan venir en conocimiento de su nombre, de su familia y de sus primeros años.

En una casa de la villa de Ormaiztegui, provincia de Guipúzcoa, se celebra todos los años el dia 29 de diciembre una solemnidad de fami-



lia. Es el aniversario de un natalicio que nuestra última guerra civil ha venido á hacer célebre. En igual dia del año 1788 abrió los ojos á la luz del mundo en esa casa, llamada *Iriarte-erdicoa*, un niño que, andando el tiempo, habia de llenar la Europa con la fama de su nombre. D. Francisco Antonio Zumalacárregui, escribano real y propietario de Ormaiztegui y Doña María Ana de Imaz Altolaguirre fueron los padres de ese niño, á quien pusieron el nombre de Tomas. A la nobleza de su corazon y de sus sentimientos, que en épocas turbulentas le estaba reservado desplegar, reunió desde la cuna la nobleza de sangre, precursora de aquella las mas veces, pues la casa solariega de los Zumalacárreguis que existe

en el concejo de [illegible] es una de las mas nobles y mas antiguas: tiene en el escudo de sus armas pintado un javalí al pie de un árbol; y por estos títulos de hidalguía, no menos que por las recomendables prendas de los que en dicha casa han nacido, es mirada con cariñosa veneracion en aquel país, donde tanto y tan justo respeto se tributa á los árboles genealógicos, á las familias antiguas y á las cosas tradicionales.

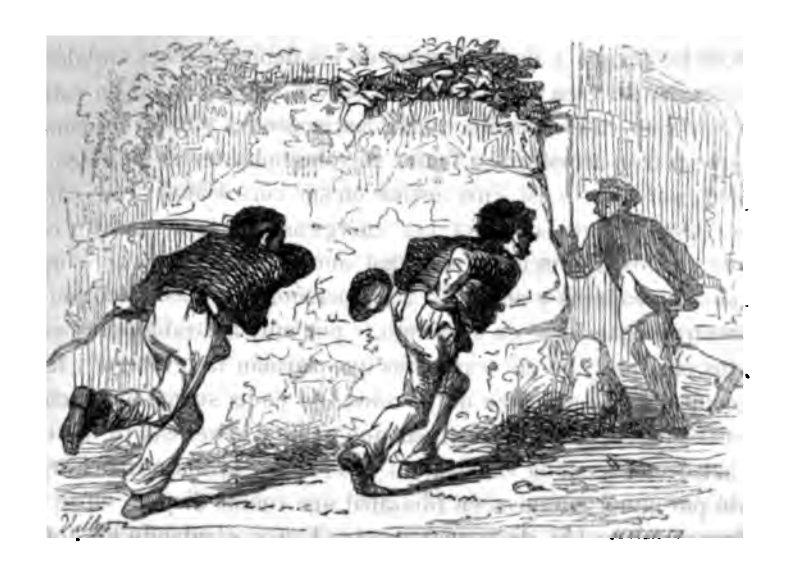
En una y otra rama de su familia tenia aquel niño nobles modelos que imitar, particularmente en la carrera de las armas: en una y otra contaba ilustres predecesores de elevada gerarquia militar. Un Don Miguel Zumalacárregui era por los años de 1640 teniente coronel y gobernador de Nules, y D. Jose de Imaz Altolaguirre, hermano de su madre, ciñó con gloria la faja de general del ejercito español á principios del presente siglo.

El dia 28 de setiembre de 1792 y cuando nuestro héroe solo contaba la temprana edad de 4 años, le arrebató la muerte un padre tierno y cariñoso, privándole del cuidado y de los desvelos que con equitativo afan repartia entre sus catorce hijos. Tomas y sus hermanos, faltos por este duro golpe del apoyo paternal, tan necesario en los primeros años, hubieron de buscar en el regazo de una madre tierna y apasionada el celoso cuidado y el desinteresado amor que la parca les habia robado; y no vieron por cierto burlada su esperanza, porque la señora Doña Maria Ana atendió con particular esmero á la educacion física, moral y religiosa de los hijos de sus entrañas. A los 5 años comenzó á asistir á la escuela nuestro niño, donde aprendió á leer, escribir y contar, y por pura aficion, y sin que precediese enseñanza, llegó á leer con perfeccion admirable el idioma latino. Distinguíase entre todos sus condiscípulos por la estraordinaria viveza de su genio, cualidad que en alto grado hubo de llamar la atencion de su maestro. De carácter un tanto colérico, aunque noble, era respetado y temido de sus compañeros de escuela, y su ocupacion favorita en las horas que esta le dejaba libres era organizar partidas de muchachos, á quienes armaba con cañas de maiz, obligaba á batirse unos contra otros y solia ser gefe resuelto y animoso de los que iban en derrota, apenas dejaban los combatientes las débiles cañas para asegurar á pedradas el éxito de la pelea. Su maestro D. Juan Antonio Aizpe Urrutia miraba á Tomasito, pues así le llamaba, con particular predileccion, y constante observador de su genio, rara vez visitaba á su madre sin que la halagase los oidos con merecidos elogios sobre la disposicion del muchacho, elogios á que solia dar remate con estas lisongeras palabras: *«Tomás, señora, será algun dia un grande hombre, y si emprende la carrera de las armas, á la cual parece*

inclinarle su genio, será un gran capitan.» Las palabras del maestro, que tan gratamente debian resonar en los oidos y en el corazon de la madre, no tardaron en ser hasta cierto punto confirmadas por otras naturales y espontáneas que salieron de los labios del discípulo. Un dia en que varios muchachos, sus amigos, le invitaron á que tomase parte en otros juegos que, aunque bulliciosos, nada tenian que ver con la profesion de las armas, Tomas se negó porfiada y tenazmente á complacerlos. En vano fueron los ruegos y las promesas; en vano los enfados y las amenazas pueriles: Tomas firme y perseverante desde niño en sus propósitos, se separó de sus compañeros con aire taciturno y con sombrío rostro; y como despues se le preguntase por qué no jugaba con sus amigos, contestó con un acento de conviccion, muy ageno de sus pocos años: *yo no quiero jugar mas que á los soldados, porque así como así somos tantos hermanos qne mi suerte al fin habrá de ser la de soldado.*

Salió Tomas á los 13 años de la escuela, y abandonó su villa natal, no sin sentimiento de todos sus compañeros, que le miraban como gefe y le respetaban como caudillo. Con el objeto de darle carrera le mandó su madre á Idiazabal, y allí ejerció la profesion de curial con su primo el escribano D. Pedro José de Urreta. Ya en esta villa el genio de Tomas se desarrolló de una manera mas marcada, y ora fuese por estar dedicado á trabajos nuevos para él y que absorvian toda su atencion, ora por verse separado de su familia, de sus compañeros de infancia y de sus amigos, sobre los cuales tan magnética influencia ejercia, se le veia frecuentemente solo, melancólico y taciturno. Observador frio é impasible de los juegos y de la algazara de los demas jóvenes curiales, rara vez tomaba parte en sus alegrías ni en sus riñas, y sagaz en estremo eludia, sin caer en el ridículo, todas las ocasiones y todos los compromisos que podian arrastrarle á forzar su voluntad y torcer su deseo. Esta gravedad, por decirlo así, inverosimil en sus cortos años; este carácter severo y tenaz de que daba ya tan enérgicas muestras nuestro curial, antes de que los albores de la pubertad sombreasen su rostro, sorprendia á sus compañeros y admiraba á las personas adultas. Pero por muy reconcentrado que fuese en sí mismo, y por muy abstraido que pareciese de los enredos y de las travesuras que forman la principal y la mas grata ocupacion de un jóven de 13 años, no podia sufrir impunemente en su carácter fuerte y altivo, al par que noble y generoso, ni las insensatas baladronadas de la vanidad, ni los necios arranques del orgullo. Ocurrió por aquel entonces en Idiazabal una reñida disputa entre algunos jóvenes del pueblo, de la cual nuestro Tomas, olvidando los antiguos

laureles que en esta clase de lides habia ganado en su pueblo natal, y cediendo á los nuevos impulsos de su genio, solo fue mero espectador. La encarnizada riña de los muchachos vino á ser por unos dias objeto de todas las conversaciones: en la escuela y en la plaza, entre los curiales y entre los aldeanos se hacian mil comentarios de la pelea, exagerando el denuedo y el valor de los vencedores para que fuese mayor la mengua y el baldon de los vencidos. Enemigo Tomas de toda exageracion y de toda mentira, creyendo como que se hacia una ofensa á su valor poniendo tan alto el de los que habian tenido la suerte de ser favorecidos por la fortuna, oia con notable y marcada displicencia la abultada relacion de los hechos; y altamente incomodado al contemplar el insolente orgullo con que vociferaban su triunfo los héroes de aquel lance, que eran dos hermanos de la casa Ondra-muño, que tenian nota de valientes y de quimeristas, no pudo contener por mas tiempo su despecho, y dando rienda suelta á su cólera hubo de dirigir algunas palabras fuertes y un tanto ofensivas á los desvanecidos vencedores. Contestáronle estos con la altanería que tenian de costumbre, y que habia aumentado la reciente victoria, y entonces roto el dique de la prudencia, y ciego de furor y de cólera nuestro Tomas con un sable en mano, que no pudo saberse cómo ni dónde le adquirió, hizo correr despavoridos á los dos hermanos, que llegaron sin aliento á su casa, no sin recibir los fuertes mandobles y los sendos latigazos con que procuró nuestro curial bajar en el camino su loco orgullo y su altiva presuncion.



Tres años despues pasó Tomas á Pamplona á instruirse en la curia eclesiástica, y allí permaneció algunos meses con el procurador del tribunal eclesiástico D. Francisco Javier de Ollo. Su permanencia en Pamplona, si bien corta, fue la suficiente para que cautivase su amor y excitase su aficion una jóven de prendas recomendables, hija del citado procurador, y con quien mas tarde llegó á casarse.

Ocupada su mente en las sosegadas tareas de su profesion, consagrado su corazon á las delicias del primer amor, llena su fantasía de ilusiones y de ensueños, y ardiendo en deseos de celebridad y de gloria, sonó para España la hora del combate; combate glorioso y prolongado, que tan enaltecida fama debia dar al nombre español en los anales del mundo. Agotado el español sufrimiento por ocho años de desgobierno y de desórden; víctima la nacion de altivos y encumbrados favoritos y de estrangeros audaces y ambiciosos, su indignacion no reconoció límites, y por decirlo así, salió de madre al ver sentada en el trono de sus reyes y árbitra del regio poder á una familia estraña, que heredera de todos los tronos y universal monopolizadora del poder real en casi todas las naciones, en vez de confianza y simpatía, le inspiraba aborrecimiento y recelo. Entonces presentó España á los ojos del universo entero el magnífico y grandioso espectáculo de un levantamiento popular general, unánime, espontáneo, generoso, que atravesaba rápido los campos y cundia de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo á la manera de un voraz incendio. Aquella revolucion instantánea, inesperada, no fue dispuesta con amaños, ni fraguada con intrigas como tantas otras que despues habian de sucederse para mengua de nuestro crédito. Libres entonces de la destructora plaga de los partidos, sin odios que alimentar ni venganzas políticas que satisfacer, un solo pensamiento dominaba en todas las cabezas, un solo sentimiento rebosaba en todos los corazones. Ese pensamiento poderoso y omnipotente, al par que candoroso y lleno de esperanza, era el pensamiento de la legitimidad, que sublevaba los ánimos nobles y honrados contra la usurpacion y la perfidia. Aquel sentimiento fuerte y espansivo era el sentimiento de la independencia; sentimiento que tan hondamente habian arraigado en los pechos españoles las costumbres de sus antepasados, su carácter mismo y una série no interrumpida de preponderancia, de triunfos y de conquistas. La protesta del derecho contra la fuerza que santificaron con su sangre en la capital de la monarquía los héroes del 2 de mayo, se repitió, si cabe, con mas energía y con mas fuerza en todas las capitales de provincia, en todos los pueblos y hasta en los mas apartados y desiertos caseríos. El genio de la insurreccion, pero de una insurreccion santa y salvadora, penetra-

ba en todas partes, se apoderaba de todos los ánimos, alentaba á los mas tímidos é inofensivos y convertia en capitanes y en héroes á los mas resueltos y á los mas audaces. Resonó, pues, en todos los ángulos de España el clarin que llamaba á la guerra á sus buenos hijos; y nuestro Tomas, valiente desde niño, entusiasta por todo lo grande, por todo lo noble, por todo lo arriesgado, no pudiendo avenirse con el papel de impasible espectador de la lucha que empezaba á trabarse y que tan gloriosa prometia ser para los españoles, respondió á la voz del honor que tan alto le hablaba; y dejándose guiar por el impulso de su patriotismo, voló desde Pamplona á Zaragoza á defender la independencia de su pais y el trono de sus reyes, como si el destino le tuviese reservado para inaugurar de nn modo digno su brillante carrera, enlazar su nombre y sus esfuerzos al singular heroismo y á las inmarcescibles glorias de la ciudad, que dentro de poco debia aumentar sus honrosos títulos con los justamente merecidos de heróica é inmortal.



CAPITULO II.

Guerra de la Independencia.—Primer sitio de Zaragoza.—Accion de Tudela.—Se incorpora ZUMALACÁRREGUI á la guerrilla de Jáuregui.—Instalacion de las Córtes.—Pasa comisionado á Cádiz.—Su ascenso á capitan.—Sitio de S. Sebastian y batalla de San Marcial.—1820.—Se tacha á ZUMALACÁRREGUI de poco afecto al sistema constitucional, y se le separa de su regimiento.—Consecuencias de este paso injusto.



Es verdaderamente sublime el espectáculo de un pueblo que, agitado por el santo deseo de conservar ilesa su independencia, y puro y sin mancilla su nombre, se alza resuelto á ganarlo ó perderlo todo en la demanda por defender su libertad, su honor y sus derechos. Y si ese pueblo es generoso y confiado como el pueblo español, y se ve villana y pérfidamente engañado por los que mas blasonaban de amigos y se preciaban de aliados, la ira y el furor de los que así ven burlada su buena fé y ofendido hasta su amor propio, dan á aquel cuadro una entonacion mas fuerte y mas vigorosa, un colorido mas vivo y mas brillante. Sometidos los españoles al maléfico influjo y á la funesta y desacertada direccion que imprimia á todos los ramos y á todos los negocios interiores como esteriores la aturdida corte de Aranjuez, vieron por algunos dias, absortos y sin poderse dar razon de lo que veian, atravesar los Pirineos numerosas columnas francesas, que al poner el pie en el territorio español brindaban á los pueblos una proteccion que estos seguramente no necesitaban. El pretesto aparente de invasion tan inesperada era pasar á Portugal; grosero artificio, por cuyo medio consiguieron calmar los ánimos y adormecer

los temores, y calmando los unos y adormeciendo los otros apoderarse sin resistencia y sin trabajo de las plazas fuertes de España, que frente á frente y defendidas por sus indomables hijos, nunca hubieran podido conquistar. Apoderados los invasores de Pamplona y de su ciudadela, tuvieron mucho adelantado para dominar á los naturales de aquellas valerosas provincias, cuya fama de denodados y valientes inspiraba serios y fundados recelos á los victoriosos soldados de Napoleon. ZUMALACÁRREGUI no creyó sin duda necesario aumentar con su propio esfuerzo el de sus paisanos; y ora fuese por no ser testigo de los estragos de una invasion estraña en el pais que fue su cuna, y que no podia menos de amar, ora porque se dejase llevar de la idea de un célebre refran español, que viene á decir que nadie se distingue en su propia patria, corrió, como ya hemos dicho, á Zaragoza; y el 8 de junio de 1808, á los treinta y seis dias de haberse lanzado el grito de *guerra á los franceses* desde la capital de la monarquía, se alistó voluntario en el quinto tercio de zaragozanos, denominado despues batallon del Portillo.

En este batallon militaba cuando tuvo lugar el primer sitio de Zaragoza, en el cual recibió ZUMALACÁRREGUI el bautismo de los combates. Cautos los pueblos á fuerza de desastrosos desengaños, aleccionados por el palpitante ejemplo de dolo y de perfidia de sus invasores, dirigieron á un punto comun todos sus esfuerzos, y al contemplar el triste cuadro de sus perdidas plazas, y de las fortalezas que habian asaltado, no el valor ni la bravura, sino la traicion y el fingimiento, pusieron todo su conato y cifraron todo su empeño en conservar las que por dicha no habian caido en poder del enemigo. La ciudad denodada, cuyos cimientos baña el Ebro caudaloso, el pueblo valiente que en casos de guerra y en momentos de combate cuenta el número de héroes por el número de sus habitadores, se hallaba en esa situacion venturosa, y venturosa decimos, porque nada puede ser mas triste para un pueblo animoso y guerrero que verse sojuzgado y abatido á los pies de un pérfido y orgulloso conquistador. Todas las ciudades de España que sufrian el pesado yugo de la dominacion francesa volvian sus ojos á Zaragoza con envidia y con consuelo, como los vuelve y los fija el naúfrago sin ventura en los amortiguados rayos del faro, que en noche obscura y tormentosa le alienta con la esperanza de que no está lejos el puerto donde puede salvarse de la borrasca, reanimar sus agotadas fuerzas y recobrar nuevo brio para continuar hasta su destino.

No desconocian los franceses toda la importancia y todo el vuelo que haria tomar á sus audaces proyectos el sometimiento de la capital de Aragon. Atar al carro de sus triunfos á la valerosa ciudad y abatir de

este modo la altivez de sus indomables moradores, era tanto para ellos como conquistar un pais entero; era acaso mas entrar en las calles de Zaragoza con las sienes ceñidas por el laurel del triunfo que presentar á su emperador, codicioso de gloria y de riqueza, la corona de un nuevo imperio. Por eso el mariscal Lefevre, á la cabeza de 40,000 veteranos, puso sitio á la codiciada ciudad, que por todas partes abierta, y sin mas obras de defensa que los diamantinos pechos de sus habitantes, amenguó el crédito de los mas afamados generales del imperio, y dejó un tanto mal parado el decantado valor de los invencibles ejércitos que en la delirante embriaguez de sus victorias aspiraban nada menos que á la conquista del mundo. Pero al poner tan alto como merece el comportamiento heróico de los zaragozanos, fueramos sobrado injustos si no hiciéramos mencion del general ilustre y esforzado que supo conquistarse en los dos memorables sitios de Zaragoza, al par que una celebridad nacional, una alta reputacion europea.



El Sr. D. José de Palafox y Melci es el caudillo á que aludimos. Elevado por la aclamacion unánime de todo un pueblo á la dignidad

de capitan general de aquel distrito, dignidad en que poco despues le confirmaron las *Córtes de Aragon*, que él mismo convocára, resistió con no menos energía los perniciosos consejos de la junta de Madrid para que desistiera de su noble propósito de hacer frente á los invasores, que los combinados y certeros ataques de estos, que todavía no desmayaban; no obstante que uno y otro desengaño, comprado á precio de sangre, viniese á infundir en sus filas el temor y la desconfianza. Apercibido de esto el emperador, y no queriendo dar crédito al fabuloso valor de los zaragozanos, atribuyó la ineficacia del sitio á la impericia del general sitiador; y Verdier, y Moncey, y Mortier, y el duque de Montebello se sucedieron uno á otro en el mando de aquel ejército, que el mortífero fuego de los sitiados diezmaba, y la tardanza en obtener el apetecido resultado disgustaba y abatía. El general Palafox, personificacion viva del denuedo y de la pujanza de sus paisanos, reflejo de sus pasiones nobles y generosas, intérprete de sus deseos y de su voluntad, que no era otra que morir mil veces antes que doblar la cerviz á los opresores, estaba allí donde mas necesaria era su presencia; y ora salia de la ciudad en busca de recursos, que despues de tantos dias de cerco escaseaban mucho, ora insultaba con un ataque imprevisto al enemigo en su propio campamento, ora en fin, apenas cundia este rumor entre los sitiados, aparecia como por encanto á su lado, y al verle afable y animoso, activo y confiado, la esperanza del triunfo acrecia el comun esfuerzo.

Grandes y notables servicios prestó á la causa de la independencia española en aquellos dias de prueba el batallon del Portillo, en el cual ya servia ZUMALACÁRREGUI en clase de distinguido, clase en que le habian colocado, no el favor ni el nacimiento, sino su verdadera bizarría, sus singulares y privilegiadas dotes, que bastaron por sí solas á distinguirle en medio de la masa confusa y apiñada de un batallon. Con admirable constancia y con ánimo contento y resignado sufria todas las privaciones y se esponia á todos los peligros, y ni la lluvia contínua de fuego que sobre la ciudad caia, ni los edificios que se desplomaban, ni los gemidos de las víctimas que sucumbian, ya por efecto de un hundimiento repentino, ya por el plomo enemigo, ya en fin por la enfermedad mortífera que arrastraba al sepulcro á aquellos á quienes habia respetado el furor de la guerra, eran bastante para amilanar á nuestro soldado distinguido, como no lo eran para entibiar el entusiasmo aragonés. En los puntos de mas inminente riesgo y donde el combate fue mas encarnizado y mas vivo, allí tuvo la suerte de hallarse ZUMALACÁRREGUI, y firme al pie de una tronera en el ataque comenzado por el Portillo, acudió con

su batallon á hacer frente al que del lado de Santa Engracia emprendió despues el enemigo por consejo del coronel Lacoste, ingeniero y ayudante de Napoleon. En aquellos célebres ataques del 3 y 4 de agosto, donde puede decirse con verdad que echaron los sitiadores el resto, y que los sitiados se escedieron á sí mismos en heroismo y en bravura,



aprendió nuestro soldado á familiarizarse con los peligros, y pudo hacer abundante acopio del valor, del teson y de la firmísima constancia que no dejó de mostrar en toda su carrera. El que permaneció firme en su puesto y con semblante sereno é impasible cuando á la alborada del dia 4 de agosto aparecieron arrasadas todas las baterías españolas, practicables todas las brechas, desmoronados los débiles muros, é imponente

y amenazadora una formidable batería enemiga enfrente de Santa Engracia, no podia menos de ser, andando el tiempo, un afamado capitan: el que resuelto despreció la muerte y entusiasta repitió la mágica voz de *guerra á cuchillo* con que respondiera el ilustre Palafox á la humillante propuesta de *paz y capitulacion* que en lo mas recio del combate hiciera el mariscal francés, predestinado estaba para ser caudillo de un ejército, pilar robusto de la causa que abrazase, y esperanza y gloria, ya que no de la nacion, al menos de un partido numeroso.

Terminado el primer sitio de la ciudad, cuyo nombre hizo por siempre célebre el denuedo de sus naturales con tan bizarra y maravillosa defensa, se halló Zumalacárregui en otra accion, por desgraciada, no menos distinguida. Esta accion fue la de Tudela. Reunidos en este punto en consejo de guerra los hermanos Palafox y el general Castaños para tratar de si era ó no conveniente defender á Aragon de la segunda embestida que el audaz enemigo le preparaba, opinaron por la afirmativa los primeros, que cifraban en dicha defensa la seguridad de España; mas prudente y mas previsor el ilustre decano de nuestro ejército, creyó aventurado librar la defensa del reino en la de una parte interior del mismo, de difícil socorro en trance de apuro y harto esquilmada en el anterior ataque, y opinó por sostener la defensa desde las provincias marítimas y meridionales, situadas en posicion mas ventajosa, y provistas de cuantiosos recursos. Los enemigos, que aparecieron por el lado de Alfaro el 23 de noviembre, interrumpieron la sesion del consejo, y sin haber tomado acuerdo alguno salió presuroso nuestro ejército, fuerte entonces de 20,000 hombres, á hacer cara al enemigo, situándose en el espacio de cuatro leguas que media entre Tarazona y Tudela. La quinta division y los aragoneses, entre los cuales marchaba el jóven Zumalacárregui, fueron en este punto los mantenedores del pabellon español. Atacólos con brio el general francés Maurice Mathieu, sostenido por la caballería de Lefevre, y repelieron los nuestros bizarramente el ataque, obligando á los franceses á retirarse con no poca precipitacion. Entonces el general Morlot avanzó hasta Tudela por la orilla del rio, rechazó á los aragoneses de la derecha, y la quinta division se vió precisada á abandonar la altura de Santa Bárbara por temor de ser envuelta. Cargó de nuevo el general Mathieu, la caballería desconcertó nuestro centro, y falto este del apoyo qne esperaba de otras fuerzas españolas que permanecieron espectadoras impasibles de la pelea, los aragoneses que lograron salvar la vida buscaron un asilo en Zaragoza, adonde llegó tambien estenuado de fatiga y ansioso de venganza nuestro soldado novel, que en tan desgraciada batalla tuvo ocasion de desplegar todo el valor, serenidad y bizarría de

un soldado veterano. Pero lejos de desalentarle este segundo y poco afortunado ensayo, sirvió solo para aumentar su coraje y redoblar su deseo de ver batidas y humilladas las altaneras águilas francesas, deseo que le atormentaba con tanta fuerza como si no hubiera sido colmadamente satisfecho, con gran engreimiento del amor propio, desde los débiles muros de la esforzada Zaragoza.



Alentados los franceses con el éxito de la batalla de Tudela, preparaban á aquella ciudad un segundo y mas glorioso sitio. Numerosas fuerzas se presentaron delante de sus muros el dia 20 de diciembre, y apoderados del monte Torrero trataron de bloquear la plaza, empezando poco despues á abrir la trinchera. Para interrumpir los trabajos de los sitiadores hicieron los españoles una salida el dia 31, mandados por el brigadier D. Fernando Gomez de Butron, salida ventajosa que costó al enemigo 200 prisioneros. Iba aquel dia de descubierta delante de la columna una pequeña partida, de la cual formaba parte ZUMALACÁRREGUI, y habiéndose adelantado una columna francesa por la llanura que se estiende delante de la puerta de Sancho, tuvo nuestro soldado la mala suerte de caer prisionero, en la misma jornada en que sus compañeros de espedicion cantaban el triunfo y celebraban la captura de 200 soldados franceses. Pero no fue largo su cautiverio; su natural viveza y su estraordinaria perspicacia le proporcionaron pronto los medios de

romper sus ligaduras, y una noche, aprovechándose de la oscuridad, de la confusion y del sueño que se habian apoderado del campamento, logró escapar de manos de los franceses, no sin grande trabajo y terrible esposicion; y libre de sus garras, se dirigió instintivamente hácia su pais natal, adonde llegó algunos dias despues estenuado de cansancio y casi muerto de fatiga. Los celosos cuidados del hogar doméstico pusieron pronto al jóven soldado en disposicion de continuar sus servicios. Cuando todos peleaban en defensa del honor de su pais, no podia él, que tan denodadamente le habia servido, dormirse sobre sus laureles; y como por aquella sazon empezase á formar su guerrilla el célebre Don Gaspar de Jaúregui, conocido por el Pastor, corrió á ofrecerle su acero, templado ya en Zaragoza y en Tudela. Con los brazos abiertos recibió Jaúregui á su compatriota, y prendado de su valor y de su mérito le nombró su secretario, plaza que tenia vacante el guerrillero por haber tomado el mando de un batallon D. Fermin Iriarte, que la desempeñaba anteriormente. A Villareal, Zumarraga, Anzuola y cuesta de Descarga redujo Jaúregui el teatro de sus operaciones y de sus proezas, y en ese teatro, que algunos años despues habia de ser el de los triunfos del nuevo secretario de campaña, obtuvo victorias, si bien modestas, importantes en resultados contra los franceses, que á juzgar por los descalabros y las sorpresas que en dichos puntos sufrieran, debieron llevar harta memoria del denuedo é intrepidez de las partidas que, subordinadas á Jaúregui, eran conocidas con el nombre de *Corso terrestre de Navarra.* Con el carácter de secretario, y como segundo gefe de estas partidas, se halló ZUMALACÁRREGUI el 21 de setiembre de 1809 en la accion de Aspiroz; el 29 en la de Oyarzun; el 2 de noviembre en la de Tieba; el 3 de enero del siguiente año en la de Santa Cruz de Campézu, y el 8 de febrero en la del Carrascal, acciones todas que forman una larga série de victorias, una no interrumpida cadena de triunfos, que aunque aislados y parciales, prepararon y vinieron á facilitar el triunfo brillante, la victoria gloriosa y completa de un pueblo que valeroso sacude el yugo de sus fuertes opresores.

A principios de abril de 1810, y cuando ya estaba mas regularizada la guerra y mas en órden los elementos todos de defensa, entró á servir ZUMALACÁRREGUI en el primer regimiento infanteria de Guipúzcoa, concurriendo en clase de oficial de filas á las acciones de Villareal, del puente de Belascoain y de Unzue, que este regimiento sostuvo con gloria en los primeros dias de setiembre de dicho año. El dia 24 d
era el señalado para la instalacion de las Córtes en la I
deseadas Córtes del Reino, en que tantas esperanzas

fiados españoles, y de cuya apertura tenian los pueblos tan vivo deseo y tan ansiosa impaciencia, por parecerles que una vez abiertas las hasta entonces enclavadas puertas de la representacion nacional, habian de llegar á término sus males, y de entrever, si no tocar, el puerto de la felicidad. La Regencia, poco apegada á esta institucion, que miraba con marcado desden y hasta con odio, hízose por algun tiempo sorda á los clamores de los pueblos, y mostróse un tanto olvidadiza del juramento que habia prestado al instalarse. Pero como creciesen los clamores, y como de ellos se hiciesen eco varios diputados de algunas juntas de provincia, residentes á la sazon en Cádiz, hubo de ceder la Regencia, aunque de mal grado, al impulso de la opinion. Convocáronse por tanto las Córtes, apresuráronse gustosas las provincias á nombrar diputados, y aquel célebre parlamento abrió sus sesiones en medio del júbilo general y de las mas halagüeñas esperanzas, presentando al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo que sostiene brioso su independencia en los campos de batalla, y para hacerla en lo sucesivo mas sólida y mas segura, sin dar treguas á la pelea, levanta bajo formas acomodadas al espiritu del siglo y á las exigencias de su situacion sus olvidadas leyes y sus antiguas y venerandas instituciones.

Oficial Zumalacárregui, como hemos dicho, del regimiento de Guipúzcoa, concurrió con él á las acciones de Irurzun, Urrestilla, Ataun, Azcoitia y Puertas de dicha villa en 1811, y á las de Arrichavaleta, inmediaciones de Vergara, Loyola, Villareal de Zumarraga, Segura, Azcoitia y Vergara en 1812, mereciendo á fines de este año la distincion de ser comisionado para dirigirse á Cádiz, con el objeto de que los despachos de los gefes y oficiales de su regimiento obtuviesen de la regencia la competente y necesaria confirmacion. Como era de esperar de su natural despejo y notoria capacidad, desempeñó pronta y cumplidamente su comision, no sin que contribuyese poco al buen éxito de las pretensiones del oficial comisionado la feliz casualidad de hallarse como diputado en la isla gaditana su hermano el Sr. D. Miguel Antonio de Zumalacárregui. No desaprovechó nuestro oficial esta circunstancia, y aguijoneado por el justísimo deseo de adelantar en su gloriosa carrera, subiendo siquiera al inmediato grado, que tan merecido tenia, hízolo así patente á su hermano D. Miguel, que por la cualidad de diputado, á que tanto respeto y autoridad se tributaba en aquellas primeras Córtes, estaba en el caso de poder emplear su valimiento en favor de un hermano que tan querido le era. Conocedor el diputado de los eminentes servicios prestados al pais por el jóven teniente, y deseoso como hermano de los adelantos y mejoras del que llevaba su apellido y su misma

sangre, no tuvo inconveniente, sino antes bien mucho contento, en presentarle al ministro de la Guerra, á quien le dejó eficazmente recomendado. Los efectos de tan justa recomendacion no se hicieron esperar mucho, y á los pocos dias obtuvo nuestro teniente el despacho de capitan efectivo.

Este ascenso, debido al influjo de un hermano tan comprometido por la causa liberal y partidario tan señalado de las reformas, unido á las estrechas relaciones que contrajo con algunos amigos políticos de aquel, fue causa bastante para que algunos supusieran á Zumalacárregui adicto á las ideas liberales, y aun se propasáran otros á calificarle con el título de mason. Faltos nosotros de los datos necesarios para asegurar cuál era la opinion política del capitan de Guipúzcoa en aquellas circunstancias, creemos con todo no equivocarnos al decir que libre en aquella época de compromisos de partido, y sin haberle dejado tiempo los continuos afanes de la guerra para juzgar qué sistema de gobierno era mas conveniente á su pais, su opinion seria entonces la de un militar pundonoroso y subordinado que creia llenar su deber, como en efecto le llenaba, sirviendo lealmente á su patria y á su rey. Si esa opinion, pura y noble en su orígen, perdió despues algo de su pureza primitiva; si se estravió acaso y llegó á convertirse en intolerante y ciega, alguna parte tendrian en ello los estraordinarios acontecimientos de que este siglo ha sido testigo : alguna culpa podria caber á los partidarios estremados de la causa constitucional : algo influirian en esa variacion notable inmotivados desaires é injustas y ofensivas prevenciones. Pero sea de esto lo que quiera, nuestro deseo de que pase á la posteridad inmaculada y limpia de toda sombra la reputacion de Zumalacárregui, nos obliga á consignar aquí, para que nunca pueda echarse sobre su nombre el borron de la apostasía, que si su opinion inofensiva y pacífica en un tiempo vino á ser despues mas resuelta y belicosa, fue siempre sin embargo la misma, y que solo un error vulgar, por muchos acogido, y que nos creemos en el deber de destruir, pudo ofender la inalterable firmeza de sus convicciones y la constante lealtad de sus sentimientos, suponiendo equivocadamente que personales rencores le llevaron desde las filas constitucionales á ofrecer sus servicios á otro partido y á otra causa.

Terminada de un modo tan lisonjero para su amor propio, y hasta para su personal interés la comision que le condujo á Cádiz, pasó Zumalacárregui á Sevilla, y desde esta ciudad se trasladó sin tardanza á las provincias, antigua arena de sus glorias y conocido campo de sus hazañas. Corria entonces ya por su mitad el año de 1813; la guerra de la independencia tocaba á su fin, y la nacion fatigada ya de combates, y afligida por las escaseces consiguientes á tan prolongada lucha, solo

suspiraba por la paz, y tanto la ansiaba, que parecia cuidarse poco de su precio. *Paz y gobierno*: hé aqui la espresion y la fórmula de la voluntad nacional en aquellos dias de desaliento y de cansancio; paz y gobierno que á toda costa se ambicionaban, aun á trueque de preciosos derechos y de no renunciables prerogativas. Buen patricio ZUMALACÁRREGUI, participaba tambien de este general deseo, por mas que con él no estuviese en armonía su interés como militar, pues con la conclusion de la guerra se le cerraban hasta cierto punto las puertas del porvenir, condenándole acaso á la inaccion y al estancamiento, si se nos permite esta palabra, que es la suerte mas dura y mas amarga que puede caber al que no tiene otro patrimonio que su espada. ZUMALACÁRREGUI, no obstante, no podia ver con enjutos ojos las desgracias y los males que desde 1808 estaban cayendo como una maldicion del cielo sobre su patria, y bastante idólatra del bienestar de esta para no anteponer su propio interés al general, se incorporó presuroso al regimiento donde ya era conocido y justamente apreciado por sus nobles prendas, y al frente de una compañía por su cualidad de capitan contribuyó á acelerar la terminacion de la guerra en las acciones de Descarga, de Irrazain, de Sasiola, Mendaro y Salinas, conduciéndose en todas ellas con no menos discrecion que bizarría.

Animados los españoles con el poderoso refuerzo del ejército aliado que mandaba el ilustre lord Wellington, no dudaron ya ni un momento del suceso de la pelea. Posesionados los franceses de la importante plaza de San Sebastian, conoció el general inglés cuánto interesaba desalojarlos de ella, y para conseguirlo se resolvió á sitiarla. Componíanse las fuerzas, de que Wellington era general en gefe, del ejército anglo-portugués, del tercer ejército español que mandaba el duque del Parque, de la reserva organizada por el conde del Abisbal y del cuarto ejército á las órdenes del general Castaños, formando todas un total de mas de 40,000 hombres. Con tan considerables fuerzas, discreta y oportunamente distribuidas, no podia ser dudoso el éxito del sitio, como ya no lo era el desenlace de la lucha. Púsose por lo tanto sitio á San Sebastian, sitio valerosamente sostenido por una y otra parte, y que los sucesos de la guerra obligaron á los pocos dias á estrechar. El regimiento de Guipúzcoa era uno de los españoles que en el sitio se hallaban, y su capitan D. TOMAS ZUMALACÁRREGUI no fue por cierto de los últimos que asaltaron las brechas, defendidas en un principio por los franceses con notable firmeza, y abandonadas despues cuando la detonacion de un depósito de combustibles que cercano á la brecha estaba los puso en fuga hácia el castillo, á cuyo amparo se acogieron. A favor de este desórden se intro-

dujeron los aliados en la desventurada ciudad, cuya ruina y desolacion pudo servir de leccion provechosa á las naciones que fian á los estrangeros el sostenimiento de su honor y de su independencia. A los tiernos abrazos y á las gozosas lágrimas con que los pacíficos vecinos de San Sebastian recibieron á los aliados, correspondieron estos con ultrajes inauditos, con violencias escandalosas y con tratamientos que pasaron mas allá de lo que pudiera esperarse de declarados enemigos. El incendio de la ciudad, puesto á sus mejores edificios por estrangeras manos, vino á dar el último toque á tan triste cuadro. Zumalacárregui tuvo la suerte de no ser testigo de tan desgarradoras escenas, pues habia marchado algunos dias antes agregado al cuarto ejército español que mandaba á la sazon el general Freire hácia el monte de San Marcial, en donde le estaba reservado al ejército español conquistar tan glorioso renombre. En el mismo dia 31 y al mismo tiempo que se atacaba con tenacidad vigorosa la plaza de San Sebastian, el cuarto ejército y el capitan Zumalacárregui en la parte que á un subalterno podia caber, contribuian con generoso ardimiento á que los aliados saliesen airosos de su empresa. Avisados los franceses del riesgo inminente que corrian sus compatriotas los sitiados, intentaron acudir en su auxilio, y resueltos á cruzar el Bidasoa se presentaron con imponentes fuerzas en los vados de Socoa y Saraburo. Impacientes por socorrer á los suyos atacaron con intrepidez desusada los puntos de San Marcial y Soloya, dando con uno de estos ataques justa y merecida celebridad á D. Juan Diaz Porlier que los rechazó con ánimo sereno y valor imperturbable. En este estado no quedaba á los abatidos franceses otro recurso que el verdaderamente desesperado de tomar las alturas de Porto, harto seguras, pues las guardaba animoso el bizarro gefe D. José María Ezpeleta. Precipitáronse sobre él los enemigos en gran número; pero nuestras fuerzas repelieron el brusco ataque con tan estraordinario vigor y tan señalada bravura, que los enemigos se vieron en la necesidad, para ellos bochornosa, de repasar el rio, siendo perseguidos y yéndoles al alcance los vencedores hasta el mismo territorio que como señores dominaban. Notablemente contribuyó á enaltecer las glorias españolas la célebre victoria de San Marcial. Mil seiscientos cincuenta y ocho españoles perdieron la vida y derramaron su sangre en aquella famosa jornada, de cuyo singular mérito dió honroso testimonio el ilustre lord Wellington cuando dijo que los españoles se habian portado en ella como las mejores tropas del mundo. Frustrado de modo tan glorioso para las armas españolas el auxilio que los franceses querian dar á sus cercados compatriotas, el sitio de San Sebastian no podia ya durar mucho, y por obstinada que fuese le defensa, habia de ser para

los sitiadores la corona del triunfo. Por eso el 8 de setiembre, á los pocos dias de haberse dado la famosa batalla, el general de los sitiados viendo reducida á menos de una cuarta parte su gente, hubo de someterse á una capitulacion, á que en vano trató de resistir por algun tiempo su militar orgullo.

Luego que cayó en poder de los aliados la plaza de San Sebastian, pasó á dar su guarnicion la division guipuzcoana, de que ZUMALACÁRREGUI formaba parte; y aplicado y laborioso por carácter y por costumbre, consagró los ratos de ócio que el servicio militar le permitia al estudio concienzudo y profundo de la táctica; estudio que tanto habia de contribuir á su posterior celebridad, facilitándole conocimientos en que le alcanzaron muy pocos y tal vez no se le aventajó ninguno. En estas pacíficas y provechosas tareas se ocupaba, cuando establecida la capitanía general de aquella provincia en la villa de Tolosa, el general D. Cárlos Areizaga, que la desempeñaba, llamó cerca de sí á ZUMALACÁRREGUI, de cuyas dotes y especiales conocimientos tenia muy favorables noticias, honrándole con el nombramiento de capitan archivero. Mientras estaba dedicado al servicio de este empleo, sonó para España la hora del reposo, y llegó á su completo término la por siempre célebre guerra de la independencia, que en cambio de no pocas glorias habia devorado cual fiera carnívora muchos de sus hijos queridos y sus mas guardados tesoros. Volvieron las cosas públicas al estado que antes de 1810 tenian, y ZUMALACÁRREGUI, sin darse por entendido de este cambio, y atendiendo solo á que siempre habia una patria y un Rey á quien servir, curóse poco de las oscilaciones de la política y continuó agregado á su cuerpo hasta fines de agosto de 1815 en que pasó á mandar una compañía del regimiento infantería de Borbon. Licenciado este á mediados de 1818, fue colocado ZUMALACÁRREGUI con igual graduacion en el de Vitoria, y desde 1.° de marzo de 1821 en el de las Ordenes militares, 33 de línea.

Hacia por aquel entonces un año que otra vez estaba en su vigor y habia vuelto á restablecerse el sistema constitucional, y como era natural, despues de una reaccion tan violenta como la de 1814, las pretensiones del partido liberal fueron mas estremadas, mayores las exigencias, y mas intolerantes las opiniones, porque es ley constante de las revoluciones todas ser mas impetuosas y terribles en su curso, cuando rota la valla que desacertada é imprudentemente se les pusiera al nacer, vuelven triunfantes y amenazadoras á arrastrar tras sí los destinos y el porvenir de las naciones. En los primeros momentos de delirante entusiasmo y de frenética efervescencia que siguen al triunfo de un partido, en esos instantes críticos y de embriaguez en que se arroja

la nota de traidor sobre todo aquel que mas frio ó mas prudente no participa de la fiebre revolucionaria, que consume á los vencedores y á sus entusiastas instrumentos, cuando hasta el silencio y la gravedad se reputan por señales de desafeccion y por síntomas de descontento, cundió entre los oficiales compañeros de ZUMALACÁRREGUI el rumor de que era poco afecto á las doctrinas constitucionales. Este rumor calumnioso en su origen, aunque no desprovisto de algun fundamento de probabilidad, fue tomando cada vez mas cuerpo, y hasta tal punto obcecó á los aturdidos é injustos oficiales, que acusaron públicamente á nuestro capitan de desafecto al sistema naciente y elevaron en union de sus gefes una representacion á la autoridad para que fuese espelido del cuerpo. Este injusto é irritante proceder produjo frutos mas amargos que los que pudieron esperar sus autores. Ofensas de tan gran magnitud nunca se perdonan, y cuando recaen sobre un militar valiente y celoso de su honra, solo se lavan con sangre. ZUMALACÁRREGUI, que pudo ser amigo tibio del sistema constitucional en sus primeros albores, y que acaso habiéndole guardado la consideracion que merecia, hubiera podido convertirse en su mas entusiasta sostenedor, hubo de venir á ser forzosamente su mas acérrimo y declarado enemigo. Paso funesto y desacertado que debieran llorar con lágrimas de sangre los hombres de partido que le dieron, pues contribuyó á dotar de caudillo esforzado é inteligente á las partidas de descontentos que por todas partes pululaban, y vino mas tarde á proveer de general á un ejército valiente y numeroso.

Destituido ZUMALACÁRREGUI del mando de su compañía en los borrascosos dias de 1820; injusta é imprudentemente separado de un cuerpo que habia ennoblecido con su valor personal y con sus talentos militares; arrojada sobre su rostro la infamante nota de la desconfianza y la sospecha, su conducta en lo sucesivo no podia ser dudosa, y á procurarse una satisfaccion cumplida de tamaña ofensa debian dirigirse todos sus esfuerzos. Los indiscretos que promovieron su separacion, vueltos en sí de su alucinamiento y como horrorizados del inmenso abismo que iba á separarlos del ofendido capitan, solicitaron con ahinco su reposicion y la obtuvieron. Dos años continuó despues ZUMALACÁRREGUI al frente de su compañía, agasajado y estimado por los mismos que hicieran á su honor tan honda herida; pero era su honor harto delicado para que aquella no manase sangre, y así devorando en silencio la ofensa, mas sin olvidarla, el levantamiento de su pais que desde fines de 1821 empezó á agitarse y á hervir en descontentos, le presentó la ocasion que anhelaba, y venganza harto cumplida obtuvo, para mal de la nacion, de sus imprudentes ofensores.

CAPITULO III.

1821.—Pronunciamiento realista en Sangüesa.—Piensa Zumalacárregui abandonar la carrera militar.—Oposicion que encuentra su proyecto.—1822.—Quesada se pone á la cabeza de los insurgentes de las provincias.—Recibe órden Zumalacárregui de pasar á Vitoria.—Le sorprenden unos ladrones.—Los persigue Quesada.—Ofrecimientos de este á Zumalacárregui.—Los rechaza y vuelve á Pamplona.—Ocurrencia misteriosa que le obliga á pasar á Francia, incorporándose despues á Quesada.—Asciende á teniente coronel.—Accion de Benavarre.—Choque en Casbas.—Acciones de Nazar y Asarta.—1823.—Defensa en el puente de Muniain.—Posicion crítica de Zumalacárregui en Abaurrea.—Se vindica de las imputaciones que le hacen.—Célebre sorpresa de Larrasoaña.—Invasion francesa.—Accion de Tamarite.—Caida del sistema constitucional.

El año de 1821 llegaba á su término, y el partido realista, fuerte en número, audaz en proyectos, ebrio de venganza y secundado por los desaciertos de sus enemigos políticos y por los violentos escesos de las turbas, que cuanto mas alto vociferaban su entusiasmo por la libertad, mas contribuian á su ruina y á su descrédito, aunque parecia impasible espectador de los actos del gobierno, de las discusiones de las córtes y de las reformas que para daño suyo se iban introduciendo en diversos ramos y sobre clases diferentes, tramaba en secreto la caida de sus adversarios y maquinaba una vasta conspiracion, cuyas raices partian acaso del trono y se estendian en vastas y ocultas ramificaciones por todas las provincias de España. El impaciente y atormentador deseo tan

natural en los vencidos de convertirse en dueños y en señores, acelerando el pronunciamiento realista en Sangüesa, vino á precipitar la conspiracion que desde principios del referido año se fraguaba en Navarra, cuando falta aun de la necesaria madurez y de la conveniente preparacion no podia menos de abortar; aborto tanto mas verosimil é indudable, cuanto que se carecia de los medios materiales absolutamente precisos para llevar á cabo él proyectado levantamiento. Asustados de su misma sombra y llenos de temor y de espanto se reunieron el dia 10 de diciembre en Barasoain los vocales de la gran junta realista, de antemano nombrada, y Melida, Eraso y Villanueva que habian merecido esta distincion de los suyos levantaron allí con mano trémula la bandera del absolutismo. No le faltaban á esta bandera ni partidarios ni secuaces, y 500 hombres valientes, aunque desprovistos de armas y municiones, se agruparon á los pocos dias á su rededor. Pero estos levantamientos parciales, aunque suficientes para dar á conocer cuál era el espíritu de algunas provincias, no eran bastantes para inspirar desaliento á un gobierno que tambien contaba con entusíastas sostenedores, y sobre todo con la fuerza inmensa que acompaña siempre al poder público. Una persecucion activa y sin tregua obligó á las fuerzas realistas á dispersarse en diferentes direcciones, dispersion que no las libró de ser derrotadas por Cruchaga en Larrainzar y Nagore.

Frustrada así la primera tentativa del partido realista en las provincias, y aparentemente recobrada la paz, fueron poco á poco templándose los deseos de venganza que Zumalacárregui acariciaba en su mente. De guarnicion entonces en Zamora, otra idea mas fecunda en resultados para su interés propio que la idea de la venganza absorvia su atencion, y esta es otra prueba palmaria de cuán lejos estaba de profesar con esclusivismo una opinion política. Por aquella época el gobierno constitucional, con la mira altamente previsora de hacerse prosélitos, apareciendo justo y generoso, habia mandado que se premiase la lealtad y la bizarría de los oficiales del ejército con destinos en rentas y plazas en la administracion militar. En una de estas se habia fijado Zumalacárregui, y cansado ya de la vida activa de los campamentos aspiraba á pasar sus dias en Madrid de una manera mas cómoda y mas holgada. Hizo al efecto varias solicitudes, ya á la inspeccion de Infantería, ya al ministerio de la Guerra; pero no aprobando su hermano D. Miguel su resolucion, por no querer que se marchitasen en flor las esperanzas que su genio y su valor le habian hecho concebir, empleó todo su influjo para que no se diese curso á las pretensiones del capitan, y todas le fueron denegadas. En esta situacion de disgusto y hastío para Zumalacárregui, que

no podia comprender cuál fuese la causa del mal éxito de sus gestiones, el batallon de las Ordenes militares pasó á Pamplona, donde la abortada insurreccion, si no inspiraba sérios temores, exigia fuerzas que amenazasen estar prontas á ahogarla otra vez en la cuna si volvia á renacer. Pocos dias permaneció en esta ciudad nuestro capitan, pues los nuevos chispazos de rebelion que ya por la frontera de Francia, ya por otros puntos se presentaban, volviendo á despertar las sospechas y á avivar la desconfianza, turbaron su tranquilidad y alteraron su calma. Quesada atravesaba los Pirineos para ponerse al frente de la insurreccion realista; Eguia tenia preparados en Bayona 4000 fusiles y espiaba una ocasion propicia para introducirlos en Navarra y armar con ellos otros tantos soldados; el gobierno de Madrid, al ver que á una tentativa frustrada sucedia otra tentativa, iba ya conociendo lo grave de la situacion y lo inminente del peligro, y temeroso de que la rebelion que empezaba á asomar fuese tomando cuerpo y conquistando simpatías, agolpaba á las provincias considerables fuerzas. Y como uno de sus mayores cuidados en aquellos dias de natural desconfianza y de justísima incertidumbre era asegurar la lealtad de las tropas, poniéndolas bajo la direccion de gefes comprometidos, cuya suerte estuviese íntimamente unida á la del sistema constitucional, en la revista que hubo de pasarse á los antecedentes políticos de cada uno de los oficiales del ejército, ZUMALACÁRREGUI, cuyo solo nombre suscitaba cierto género de recuerdos, en aquel entonces funestos, no pudo salir muy favorecido. Cuando de los mas leales y consecuentes se dudaba, con mas razon debia recelarse del que nada entusiasta por un sistema que no estaba en armonía con sus principios, abrigaba hondos resentimientos que vengar y graves ofensas que satisfacer. Este recelo, que si pudo tener orígen en hechos antiguos, no le justificaban por cierto hechos posteriores, ni un proceder irreprensible, ni una conducta severamente militar, bastó para que á los pocos dias de llegar ZUMALACÁRREGUI á Pamplona recibiese órden de pasar á Vitoria, donde mandaba á la sazon Lopez Baños, uno de los caudillos mas animosos y comprometidos del partido constitucional. Esta órden fue estensiva á otros dos oficiales del mismo regimiento, igualmente tachados de opinion dudosa, y con ellos partió ZUMALACÁRREGUI para Vitoria, no sin que le fuese harto sensible verse precisado á dejar en Pamplona dos pedazos de su alma, su amada esposa y una tierna niña, primer fruto de su reciente enlace.

A la sombra de la guerra civil y so color de sostener una causa política, empezaban entonces á recorrer los caminos numerosas bandas de salteadores, que alentados con la impunidad que la agitacion del pais

les ofrecia, se entregaban á los mas criminales escesos y á las violencias mas inauditas. Esta calamidad, como otras muchas, inherente á las discordias intestinas, que tienen el funesto privilegio de remover y hacer salir á la superficie todas las heces de inmoralidad y de infamia que en tiempos normales se esconden en el fondo, se hacia sentir notablemente en aquellas agitadas provincias, y apenas pasaba un dia en que no hubiese que lamentar alguna cruenta y terrible catástrofe. La bandada de malhechores mas temible por su organizacion y por su número era una que ocultaba sus crímenes en las montañas de Alanar. La capitaneaba un carnicero de Tolosa, hombre feroz y desalmado, que se titulaba con pasmosa osadía *defensor de la fé*, cuando solo la tenia en el asesinato y en el robo. Este facineroso y sus cómplices acababan de escalar la cárcel de Pamplona, de donde debian salir para el patíbulo á espiar un crímen horrible, cuyos pormenores habian llenado de espanto aquellos contornos, y que aunque de paso indicaremos aquí. Las considerables riquezas de una señora que vivia en Tolosa, servida por dos doncellas, escitaron de tal modo la codicia del criminal carnicero, que para satisfacer su sed de oro concibió el pensamiento infame de conquistarse el afecto de las jóvenes por medio de palabras de amor y de promesas de casamiento. Ayudóle en su empresa otro de sus cómplices y dueños ambos de la confianza de las doncellas, lograron alucinarlas con la perspectiva de un porvenir brillante y seductor, si cooperaban con ellos á despojar á la señora de todas sus riquezas. Convinieron despues de muchas instancias las inespertas jóvenes en encubrir el robo, si bien con la condicion de que no se causase á su señora el menor daño, condicion á que procuraron dar cumplimiento los malhechores empezando por asesinarla cruel y desapiadadamente. Descubierto tan atroz asesinato y aprehendidos sus autores, iban á sufrir la pena de muerte que tan merecida tenian, cuando á favor de su astucia y de su práctica en la senda del crímen, lograron eludir el castigo de la ley, que solo pesó severo sobre las engañadas doncellas. Envalentonados con el feliz desenlace de su fuga los bandidos, y creyéndose ya seguros á la sombra de su falsa bandera, les sonreia la esperanza de la impunidad y la probabilidad del lucro, cuando ZUMALACÁRREGUI y los dos oficiales sus compañeros que se dirigian á Vitoria llegaron al pueblo de Huarte-Araquil, que servia á la sazon de cuartel general á los facinerosos que se encubrian y decoraban con el título de realistas. Apenas tuvieron noticia los tres oficiales de que en aquel pueblo se albergaba una partida de insurgentes, se apresuraron á salir de él, temerosos de que una vez en sus manos podian aparecer contra su voluntad como insubordinados y rebeldes, y confirmar de este

modo las infamantes sospechas que sobre su lealtad se habian arrojado. Retiráronse velozmente nuestros viajeros á una casa de campo de las cercanías, y cuando al dia siguiente se felicitaban de haber salvado el obstáculo que á su marcha se habia opuesto, Zumalacárregui y sus dos amigos fueron sorprendidos por los facinerosos en la misma casa. El capataz de estos, que esperaba encontrar resistencia en los oficiales, asestó al pecho de nuestro capitan dos pistolas, intimándole la rendicion, mientras que los demas ladrones se esforzaban por amarrar á sus compañeros.



Viendo Zumalacárregui que toda resistencia era inútil, se entregó á discrecion con sus dos compañeros en manos de los bandidos, y arro-

jada por estos la máscara de defensores del altar y del trono con que procuraban cubrir sus maldades, despojaron á los pobres prisioneros de todo cuanto contenian sus maletas, y despues de golpearlos inhumanamente y de amenazarlos con la muerte si intentaban burlar su vigilancia, los condujeron á las montañas de Alanar. Quince dias mortales duró tan prolongado martirio; y en este largo espacio, maltratados, estenuados de hambre y agobiados por el cansancio, tuvieron que seguir nuestros oficiales las correrías de los ladrones, de cuyo capricho estaban pendientes unas vidas hasta entonces empleadas en el servicio honroso de la patria.

Apenas llegaron á oidos de Quesada las violencias de que eran víctimas tres oficiales bizarros con los cuales podia engrosar sus filas, se puso con su division en marcha hácia el valle del Roncal. Noticiosos los salteaderes de este movimiento, huyeron al punto, dejando en libertad á los prisioneros. Reunidos estos á la division libertadora, Quesada usó con ellos todo género de consideraciones y de agasajos, siendo Zumalacárregui el principal objeto de su deferente atencion. El general realista, que habia tomado sobre sí el cargo de organizar un ejército compuesto de elementos harto heterogéneos, y que tenia sin duda anticipadas y favorables noticias sobre el genio eminentemente organizador del capitan Zumalacárregui, hizo los mayores esfuerzos por atraérselo á su bandera, y pintándole con negros colores la ingratitud y las ofensas que de los hombres constitucionales habia recibido en premio de su lealtad y de sus servicios, le manifestó sin rebozo, si bien en términos comedidos y delicados, que una vez trabada la lucha entre la monarquía y la revolucion, sus antecedentes, sus opiniones y hasta su mismo interés le llamaban á ocupar con gloria uno de los puestos mas avanzados en defensa de la primera. Y como no bastasen las reflexiones ni los consejos para seducir al firme capitan, que por lo mismo que se habia arrojado sobre él la nota de sospechoso, queria aparecer mas intachable y mas leal, apeló el comandante general de la division realista á los ofrecimientos y á las promesas. Ni la perspectiva de seguros ascensos y honrosas distinciones, ni un porvenir de mando, de triunfos y de gloria pudieron deslumbrar á nuestro capitan, á quien ni por un momento se ocultó lo que en aquella ocasion crítica exijia su deber militar. Sin contradecir al general en sus razones, sin desalentarle en sus esperanzas, porque esas razones y esas esperanzas eran las suyas propias, las que abrigaba su mente, las que encerraba su corazon, se mostró inflexible en su propósito de no abandonar por entonces las filas constitucionales, protestando al mismo tiempo su gratitud al general.

que despues de haberle salvado de las garras de los asesinos, le acogia con tanta benevolencia y le hacia tan sinceros ofrecimientos. Persuadido entonces Quesada de un modo harto evidente del ningun fruto de sus reflexiones y de sus promesas, hizo ver al capitan y á sus compañeros, no menos firmes que aquel en su resistencia, la absoluta imposibilidad de llegar á Vitoria sin tropezar con obstáculos mas invencibles y peligrosos, por cuya razon les aconsejó que volviesen á Pamplona, donde al mismo tiempo que lograrian reponerse de sus quebrantos, podrian hacer alarde y ostentacion de su rara fidelidad. Gustosos cedieron á este consejo los tres oficiales, y escoltados por alguna fuerza realista se encaminaron á Pamplona. La inesperada vuelta de Zumalacárregui á esta ciudad, de donde habia sido espulsado por desafecto, vuelta que nadie creyó producida por un noble impulso de lealtad y de pundonor, dió pretesto al injurioso rumor, consignado despues en algunos escritos, de que habia tenido por objeto seducir y arrastrar á las filas del realismo á algunos oficiales de la guarnicion, fingiéndose sumiso á un gobierno que detestaba para realizar á mansalva sus planes de seduccion. A quien hubiese conocido el carácter noble, honrado y pundonoroso de Zumalacárregui, no necesitamos decir que esa era una nueva calumnia que se lanzaba sobre su frente para que la exasperacion natural y legítima en el hombre de bien viniese á confirmar las anteriores sospechas. Caracteres de su temple podian combatir frente á frente un sistema con las armas y del modo que combaten los valientes; pero no valerse nunca de las de la intriga y la seduccion para minar de un modo bajo y villano el edificio que contra sus intereses mismos se creia obligado á sustentar. Pero como quiera que sea, ese ofensivo rumor se echó á volar, esa nueva mancha se arrojó sobre su reputacion, y víctima siempre de la calumnia fue vigilado en su conducta y seguido en todos sus pasos con desusado rigor. A medida que estas hablillas, á fuerza de repetirlas, iban adquiriendo crédito, el desvio de los demas oficiales hácia Zumalacárregui era mas marcado y mas depresivo, y este desvio insolente que se presentaba como un título de lealtad, no se ocultaba por desgracia al calumniado capitan. Por algun tiempo pudo sufrir resignado este desvio; pero cuando dejó de manifestarse por acciones y por muestras silenciosas, y se espresó con palabras duras y de una manera clara y ostensible, el sufrimiento y la contemplacion debieron tener fin, y contestada una ofensa con otra ofensa, y colocados el ofendido y los ofensores en la resvaladiza pendiente de los denuestos y de los ultrajes, las consecuencias de posicion tan peligrosa no podian ser otras que las que sin duda sobrevinieron. Y decimos que sobrevinieron sin duda, porque no

nos ha sido dado rasgar el velo misterioso que cubre la conducta y los pasos del capitan Zumalacárregui en aquellos dias; solo sabemos sí que en ellos se murmuraba la palabra *un duelo* á todos los oidos, que se hablaba de un lance de honor en que habia tomado parte un capitan del regimiento de las Ordenes militares, y que á poco de circular estos rumores y de estenderse estas noticias, Zumalacarregui desapareció de la escena y se refugió al reino de Francia.

Corria entonces por su mitad el mes de agosto de 1822, y las fuerzas realistas, no solo se habian repuesto de sus anteriores descalabros, sino que tomaban un incremento rápido y prodigioso, y de partidas dispersas y abatidas se convertian en columnas compactas y orgullosas, dispuestas á resistir, y lo que es aun mas, á ofender á las fuerzas del ejército constitucional que habian recibido la mision de perseguirlas y esterminarlas. No cantaban estas las glorias de un triunfo sin que la nueva de un considerable aumento de enemigos viniese á turbar las delicias de la victoria: mientras que se jactaban los unos de que Lopez Baños hubiese atacado valerosamente los dos batallones que mandaba Quesada, los otros destruian la impresion de este encuentro con la noticia de que el animoso D. Santos Ladron habia improvisado cómo por encanto en menos de una semana otro tercer batallon, en cuyas filas se habia alistado la mas florida juventud de los valles de Erro y Esteribar; y como para que no quedase duda de lo positivo de la noticia, los jóvenes reclutas se presentaban en correcta formacion ante los muros de Pamplona. De este modo, sobre hacer alarde de sus fuerzas el naciente ejército, conseguia llamar la atencion de las columnas perseguidoras con aquel movimiento á su retaguardia, y mientras estas corrian á refrenar la audacia de los improvisados reclutas, Salaberri organizaba hácia la ribera el cuarto batallon de Navarra, y de un peloton de roncaleses reunidos en Irati se formaba otro batallon que iba á darse á conocer con el pomposo título de *Guardias Reales.* Este estado de progreso y de pujanza era el de las fuerzas realistas el dia 22 de agosto en la provincia de Navarra, dia justamente señalado por ser el primero en que esas fuerzas lograron penetrar en el valle del Bastan á las órdenes del infatigable Quesada. En ese mismo dia y cuando este caudillo tomaba aliento en el pueblo de Almandoz para continuar sus espediciones, dando á sus tropas algun descanso, harto necesario despues de tan largas y penosas marchas, se presentaron á las puertas de su alojamiento tres oficiales cubiertos de polvo y estropeados por el cansancio, preguntando por el general. Mandó este que se les permitiera llegar hasta él, y al responder al cortés saludo que los oficiales le hicieron al entrar en la sala, reconoció lleno de gozo

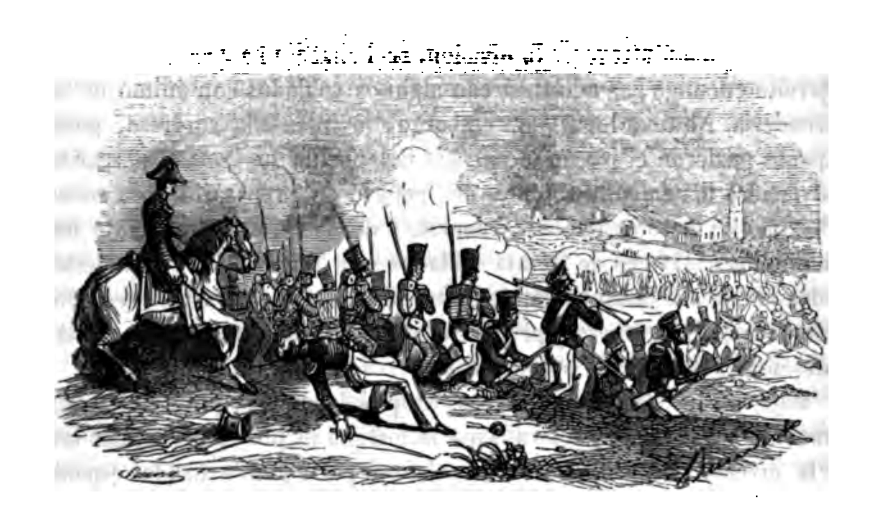
y agradablemente sorprendido al capitan Zumalacárregui y á sus dos compañeros de infortunio. No es tarea facil describir aquí la entusiasta y benévola acogida que merecieron los oficiales á Quesada, el cual al recordar toda la tenaz é imperturbable lealtad de Zumamacárregui en dias recientes, su incorruptible constancia y su generoso desinterés, no podia menos de considerar como un triunfo su espontánea presentacion, que era por otra parte un agüero feliz para el éxito de su causa, pues venia á demostrarle que la injusticia y el fanatismo intolerante de sus adversarios iba nutriendo su ejército de oficiales valientes y bizarros, á quienes el despecho y el deseo de la venganza arrastraban á sus filas. Conocedor ademas el general realista de las bellas prendas militares de Zumalacárregui, se felicitó sinceramente de que hubiese llegado á su cuartel general en ocasion tan oportuna, y al mismo tiempo tan propia para desplegar sus dotes de organizador. Cabalmente se ocupaba entonces Quesada de reorganizar su gente, mermada por la persecucion y fatigada por el cansancio, no menos que de equiparla y abastecerla con los cuantiosos recursos que contento sacaba del valle del Bastan, con preferencia á cualquier otro, porque ese valle, señalado por su adhesion á la causa liberal, lejos de merecer de las tropas realistas consideracion ni miramiento, era para ellas una tierra de conquista, donde eran lícitos todos los escesos, justas todas las exacciones y tolerables todas las tropelías. La ausencia de D. Santos Ladron, por otra parte, habia dejado sin gefe al segundo batallon de la division realista de Navarra, y al frente de este y con el grado de teniente coronel colocó Quesada al capitan Zumalacárregui. Desde entonces el nuevo comandante, cuya provechosa y discreta influencia empezaba ya á revelar la organizacion y disciplina del segundo batallon que se habia puesto á su cuidado, era el confidente y el favorito del general en gefe; ningun movimiento se emprendia sin su consejo, ninguna accion se empeñaba sin su beneplácito, y mas que gefe de batallon parecia á veces gefe de la division toda. Por eso el batallon de Zumalacárregui marchaba siempre con el cuartel general, porque su comandante era el director de las operaciones y el mejor consejero del general que las mandaba.

El dia 25 de agosto, como tuviera noticia Quesada de que las tropas constitucionales meditaban un ataque general, reunió todas sus fuerzas en Elizondo para resistirle briosamente. Esta reunion completa de fuerzas no pareció á Zumalacárregui muy prudente ni provechosa, pues una vez abandonados los puntos que ocupaban como dominadoras, esta dominacion venia por tierra, y sobre robarles todo su influjo, habia de privarles necesariamente de los mas indispensables recursos. Apenas

conoció Quesada que el comandante del segundo batallon desaprobaba altamente su plan, dispuso que se separasen y volviesen á sus destinos las respectivas fuerzas, marchando solamente á retaguardia ZUMALACÁRREGUI con su batallon en compañía de Quesada y del cuartel general.

Pocos dias despues se halló nuestro comandante en la accion de Bolea, en la cual sostuvo su merecida reputacion de inteligente y sereno en los combates, siendo suya toda la gloria que de aquel encuentro, ocurrido el 3 de setiembre, pudiese resultar, por haberse dirigido el 30 de agosto el general Quesada hácia Cataluña, con el fin de ponerse en comunicacion con el baron de Eroles, que sustentaba en las provincias catalanas el estandarte del absolutismo. Toda la division de Navarra siguió el movimiento de su gefe, y á ella se incorporó ZUMALACÁRREGUI á los pocos dias. El general Tabuenca, gefe de la columna constitucional, para impedir toda comunicacion entre los generales realistas de Navarra y Cataluña corrió en persecucion de las fuerzas de Quesada; y como esa persecucion fuese incesante y sin tregua, de dia como de noche, y faltase aliento á los perseguidos y á los perseguidores, conociendo ZUMALACÁRREGUI que el hambre y el cansancio iban á diezmar sus filas, haciendo en ellas mas estrago que el mas encarnizado combate, al llegar á Benabarre el 18 de setiembre aconsejó al general Quesada que para dar algun respiro al soldado hiciese frente á las fuerzas de Tabuenca, empeñando con ellas la batalla. No desoyó, como no desoia nunca Quesada los consejos del comandante de su segundo batallon, y se dispuso para la pelea. A 2,000 hombres ascendian las fuerzas realistas, y Tabuenca contaba unos 1,200 infantes de los regimientos de Jaen, Toledo y Ordenes militares, y 40 dragones del de la Reina. Apenas dieron vista al pueblo de Benabarre estas últimas tropas, se encontraron con que la division realista las esperaba serena á la entrada del pueblo, que tenia ya formadas sus guerrillas y coronada con fuerza respetable una altura que dominaba el camino real. Asombrado Tabuenca de que audaces le presentasen la batalla unas fuerzas que suponia ya abatidas y derrotadas, trató de sostener del mejor modo que le fue posible el honor de su pabellon; y situando dos cañones de á cuatro en unas viñas inmediatas al pueblo, dió la señal del ataque. El punto mas difícil de sostener, y del cual pendia el éxito de la accion, era la altura: contra ella se dirigian todas las fuerzas, contra ella se enfilaban los cañones; pero su defensa no podia inspirar cuidado, porque estaba encomendada al comandante ZUMALACÁRREGUI. Rechazados los de Tabuenca en su primera embestida, cayó sobre ellos todo el grueso de la division realista, y los que no pudieron salvarse en la fuga fueron inhu-

manamente pasados á cuchillo. Mientras ocurrian en el llano estas trágicas escenas, el animoso defensor de la altura se sostenia con teson



admirable, y despreciando el fuego de la artillería atacaba el flanco derecho. De este modo logró envolver las compañías que custodiaban los cañones y apoderarse de ellos, á la par que de un gran repuesto de municiones. En esta accion, desgraciada para las armas constitucionales, perdió la vida, víctima de su arrojo, el general Tabuenca, alcanzando igual desastrosa suerte no pocos de sus soldados. Las pérdidas de la division realista fueron tambien un tanto considerables, particularmente en el segundo batallon, que fue el que mas bizarramente sobrellevó todo el peso del combate. Zumalacárregui, á quien tanta y tan gloriosa parte cupo en la victoria, mereció en premio de su inteligencia y de su denuedo ser recomendado eficazmente por el general Quesada, el cual, á favor de accion tan ventajosa, pudo dar descanso á su gente, reponerla de los quebrantos y fatigas de la persecucion y ponerse de acuerdo con el baron de Eroles para la mejor direccion de sus ulteriores operaciones.

A la señalada victoria de Benabarre sucedió un mes de correrías por el alto Aragon y Cataluña. La division realista, ufana y orgullosa, marchaba casi triunfalmente por aquellas provincias de que ya se juzgaba dominadora, y fiada en la seguridad de vencer, aceptaba resuelta cuantas batallas le presentaban los constitucionales, y despues de sostenerlas con brio continuaba impávida su marcha. Así, sin que fuesen causa bastante para turbarla, dió feliz cima en los dias 14, 15 y 16 de octu-

bre á las acciones de Tous', Barbastro y alturas de Ventric, proporcionándole en el mismo dia 15 el infatigable ZUMALACÁRREGUI una nueva ventaja. En este dia principiaba la division á regresar á Navarra, y como se apercibiese nuestro comandante de que en el pueblo de Casbas, por donde iba á atravesar la division, se hallaba una partida suelta del ejército enemigo, se adelantó con algunos soldados con ánimo de sorprenderla. No tuvo lugar, sin embargo, la intentada sorpresa, porque apenas pusieron el pie en la entrada del pueblo los soldados realistas, advertidos los constitucionales del peligro se prepararon para resistir. Obstinada y heróica fue la resistencia, y de ella dieron elocuente testimonio los cadáveres de treinta soldados que sellaron con su muerte la fidelidad de sus juramentos; pero cercados por fuerzas superiores hubieron de ceder al número y proporcionaron á ZUMALACÁRREGUI la gloria de presentar á su general sesenta prisioneros.

Bajo tan favorables y lisongeros auspicios volvió á pisar ZUMALACÁRREGUI el suelo natal; pero cansada la fortuna de proteger y mimar tanto á la division realista, le volvió desdeñosa por algunos dias las espaldas. Engreido Quesada con el buen éxito de su espedicion, y confiando demasiado en la firmeza de los eslabones que sujetaban la cadena de sus victorias, deseaba señalar su entrada en Navarra con un golpe de mano atrevido. Era este golpe nada menos que la sorpresa de Vitoria, sorpresa que creia fácil atravesando rápidamente la provincia; pero las tropas constitucionales, esta vez mas avisadas, dándole alcance vinieron á destruir sus brillantes proyectos, y le obligaron á tomar posiciones entre los pueblos de Nazar y Asarta, tan célebres algunos años despues por las muestras que empezó á dar en ellos ZUMALACÁRREGUI de su gigantesco poder y de su pujanza prodigiosa. El dia 27 de octubre, tan funesto en las provincias en 1822 para las armas realistas, como habia de serlo en Madrid en 1833, aceptó Quesada el combate con que le brindaban las fuerzas enemigas, muy inferiores en número á las suyas, y fiando en su superioridad mas de lo que debiera, abandonó torpemente una posicion que en vano intentó ganar luego á fuerza de sangre. La opinion de ZUMALACÁRREGUI no fue en aquella ocasion consultada, y el presumido general tuvo que pasar por la humillacion de ser derrotado por fuerzas inferiores, viendo á sus mejores batallones, flanqueados por los constitucionales, arrojarse por los derrumbaderos, donde exhalaron el postrer aliento no pocos soldados. Pero ZUMALACÁRREGUI, aunque tambien fue actor en esta desgraciada escena, no participó de la mengua de su gefe, porque situado en mejor posicion, por la perspicacia de su genio, pudo retirarse de una manera mas ordenada y mas honrosa.

La derrota de Nazar y Asarta, hundiendo á Quesada en un abismo de descrédito, le hizo perder todo el prestigio de que gozó un tiempo entre los navarros, prestigio que empezó á vacilar cuando se habló de la espedicion á Cataluña, y que verificada esta decayó bastante. Son los navarros valientes y serenos en el combate, y una vez agrupados á una bandera, la defienden animosa y resueltamente hasta que la muerte ó el triunfo vienen á poner término á su incansable teson. Pero ese ánimo y esa resolucion, esa serenidad y esa constancia quieren solo ostentarla en su propio pais, en defensa de su familia y de su hogar; allí no les duele verter generosamente su sangre, porque cuando esta se derrama sobre el suelo natal, creen ellos que contribuye á fecundizar y á fortalecer la felicidad y la independencia de sus paisanos. Quesada, mas atrevido que observador, no llegó á conocer sin duda esta innata aversion de los hijos de Navarra á pelear fuera de su pais, y no respetando esa preocupacion de cariño al pais natal, y llevándolos precipitadamente hasta Cataluña, no solo se enagenó su simpatía, sino que se conquistó su aborrecimiento. Este odio que la severidad de la disciplina comprimia y lo crítico de las circunstancias ocultaba, se presentó audaz y á cara descubierta despues de la malhadada accion que hizo bambolear y echó por tierra toda la nombradía de inteligente y diestro general con que la voz pública habia querido honrar al creador de la division realista de Navarra. Aborrecido por tanto de los navarros, y sin fuerzas en su autoridad para soportar el peso de su descrédito, abandonó Quesada el mando de su division y se refugió á Francia, encaminándose triste y decaido por la misma senda que un año antes atravesó en direccion opuesta, y sobre la cual se deslizára como por una senda de flores, llena su mente de ilusiones, henchido su pecho de esperanza.

Privada por tan dura fatalidad de gefe superior la division navarra, fácil le hubiera sido á Zumalacárregui ascender á un puesto que en su modestia no ambicionaba; pero fiel observador de las escalas, no juzgó que á un teniente coronel le fuese lícito alzarse con el mando de una division, por mas que lo reclamase á voz en grito el apuro de las circunstancias, la fuerza de la necesidad y la conveniencia de la causa realista. Fue por tanto preciso que tomase el mando de la division el general D. Cárlos O-donell, venido al efecto de Francia. El plan de este gefe, diametralmente opuesto al de su antecesor, se cifraba todo en dividir sus fuerzas en pequeños grupos y dispersarlos en varias direcciones, plan que llevado á cabo con exajeracion no podia nunca producir ningun resultado decisivo. Disuelta la division en insignificantes partidas, parecia condenada á no tener un momento de sosiego ni una hora de

respiro, pues la persecucion, como mas eficaz por ser contra escasas fuerzas, era mas incesante y mas viva. O-donell satisfecho de su plan, y fundando en él las mas lisonjeras esperanzas, marchaba con el segundo batallon, que era el de Zumalacárregui, y que por ser el mas completo y disciplinado habia tomado para su escolta. Pero no presidió por mucho tiempo estas derrotas parciales y estas contínuas fugas, porque viendo que su plan no producia los resultados que esperaba, y no contemplando por cualquier parte que volvia los ojos sino semblantes ceñudos y descontentos, volvió á internarse en Francia, dejando el mando de las fuerzas á D. Santos Ladron, que era en quien mas confianza tenian los navarros, poco apegados á la dominacion, para ellos siempre infausta, de militares desconocidos en el pais y no ligados á él con los vínculos del nacimiento ó de la sangre.

El célebre año de 1823 estaba muy á sus principios cuando el resuelto y activo D. Santos Ladron se posesionó del mando de la division navarra. Dueño este gefe del cariño de sus paisanos, conocedor de su espíritu y observador religioso de sus hábitos y hasta de sus preocupaciones, creyó hacerse intérprete de la opinion de sus subordinados, que en aquel entonces y para levantar un tanto la abatida causa realista, no podia ser otra que la de resistir á todo trance. Entre esto y sufrir una dispersion completa y deshonrosa no habia medio, y el honor de las armas realistas reclamaba imperiosamente que allí donde sus adversarios creyesen encontrar partidas dispersas y en derrota, se les presentase un ejército resuelto á disputarles en reñida lucha la palma de la victoria. Persuadido de esto D. Santos Ladron, y deseoso de restaurar el perdido brillo de la division navarra, el dia 7 de enero volvió caras contra las columnas que iban en su persecucion y trabó con ellas un reñido combate en el puente de Muniain. Una de las mas interesantes posiciones junto al puente fue defendida con bravura y con pericia por Zumalacárregui y su batallon, hasta que la absoluta falta de municiones, poniendo término á la defensa, obligó á sus soldados y á la division toda á retirarse hácia el valle de Berrueza.

Dos dias despues de esta retirada, sabiendo Zumalacárregui que se albergaba en Estella una columna del ejército constitucional, se dirigió silencioso á sorprenderla. Para conseguirlo penetró sigilosamente con su batallon por el portal de Lizarra, y llegó sin ser por nadie sentido hasta la plaza de Santiago. En el centro de esta se hallaban formadas en batalla las tres compañías, cuya sorpresa se intentaba, las cuales se sostuvieron con tanto valor y con tan estraordinaria bizarría, que dieron tiempo á que viniese en su auxilio una columna de 2,000 hombres que

habia salido de Pamplona. Descontento ZUMALACÁRREGUI del mal éxito de su frustrada sorpresa, se retiró triste y cabizbajo á las montañas de Salazar y Aezcoa, deseando ocultar en lo mas áspero de ellas la vergüenza de su derrota, porque es de advertir, que acostumbrado por lo general á salir airoso de todas sus empresas y vencedor en todas las acciones, calificaba allá en sus adentros de derrota cualquier encuentro poco feliz, cualquier choque de escaso resultado. Encargado de cubrir con su batallon aquellas montañas, ordinaria mansion de la junta realista, cuya custodia tambien le fue encomendada, allí devoró en silencio su disgusto, mientras D. Santos Ladron marchaba sobre Huesca para proveerse de municiones por medio de otra sorpresa mas feliz que la del disgustado comandante.

Hallábase este la noche del 1.° de marzo en el pueblo de Abaurrea alta mandando la guarnicion que custodiaba á la junta, cuando tuvo noticia de que una columna constitucional al mando de Salcedo habia pasado el puente de Aribe con el ánimo sin duda de apoderarse por sorpresa de los vocales de la referida junta. Sin fuerzas para resistir el ataque, y sin elementos para la defensa en un pueblo desguarnecido y formado de ruinas y de escombros, para salvar su responsabilidad en posicion tan crítica dispuso que los individuos de la junta se retirasen hácia el puerto de Areta. Esta discreta retirada, á la cual debió su salvacion la gran junta realista, se interpretó maliciosa y siniestramente en las provincias, esparciendo sus émulos la calumniosa voz de que se habia dejado sorprender. Irritado por tamaña injusticia y por tan notable falsedad, trató de vindicarse de esta imputacion que miraba como injuriosa, y al efecto hizo insertar en *La Verdad contra el error*, periódico realista que veia la luz en Navarra, el siguiente comunicado, en que desmiente con la noble sencillez y franqueza de un soldado la supuesta sorpresa. Este escrito original y de alguna importancia, como muestra del respeto que tributaba ZUMALACÁRREGUI á la opinion y de lo celoso que era de su honra, estaba concebido en estos términos:

«Sr. Redactor de *La Verdad contra el error*. Muy Sr. mio: Habiéndose esparcido la voz, á que han dado pábulo los enemigos de la causa del Rey còn la intencion siniestra que es de suponer, de que he sido sorprendido en Abaurrea alta por la columna de Salcedo, importa á mi honor como militar, á la causa que entusiastas defienden estas provincias, y sobre todo á los fueros de la verdad que semejante impostura se desmienta por medio del periódico que V. redacta. Situado yo en el pueblo referido, donde me estaba confiada la custodia de la junta realista de Navarra, he procurado llenar mi deber con la exactitud

»que tengo de costumbre, y apenas se me notició que las fuerzas ene-»migas se dirigian á este pueblo, desplegué todas las precauciones es-»tratégicas que eran del caso para ponerle á cubierto de una sorpresa. »No satisfecho con esto, recorrí en persona las avanzadas al tiempo de »amanecer y mandé tocar diana. Formé en seguida el batallon de mi »mando, y formado ya, tuve noticia de que la columna revolucionaria »de Salcedo habia pasado el puente de Aribe, cogiendo los confidentes »que en él tenia apostados para que me diesen parte de los movimien-»tos de los enemigos. En esta apurada situacion y para que no se reba-»jase el prestigio de las armas realistas por medio de un golpe de mano »de fatalísimas consecuencias para nuestra causa, hice retirar bajo mi »responsabilidad á los señores vocales de la junta hácia el puerto de »Areta, cubriendo yo su retirada sin disparar un tiro y con pérdida tan »solo de tres prisioneros. Sépase pues, Sr. Redactor, que atacado por »tres columnas enemigas que componian el número de 1,500 hombres »de infantería con porcion de caballería, emboscada desde la media no-»che una de aquellas á mi retaguardia, ocupando el camino de Jaurrieta, »no ha producido el ataque otro resultado que haberme hecho tres pri-»sioneros. Sin embargo, los bandidos han presentado á los ojos del pue-»blo esta ocurrencia como una de las mayores victorias; mas no debian »ponerla en boca si conocieran el honor militar; y á fé que puestos los »valientes realistas en su lugar, ya hubieran sacado mas carne entre »las uñas. De V., Sr. Redactor, afectísimo.=Tomas Zumalacárregui.»

A los nueve dias de haber vindicado Zumalacárregui su honor militar de una manera tan cumplida, recibió la órden de pasar con su batallon á Francia para recibir allí y custodiar despues hasta Navarra el armamento y equipo que para toda la division tenia O-donell dispuesto. Doce dias empleó el comandante comisionado en desempeñar su encargo, y transcurridos estos, que fueron para él y para sus soldados como de descanso, regresó con su gente completa y brillantemente equipada á Roncesvalles, dirigiéndose desde allí á Larrasoaña donde á su gefe D. Santos Ladron le estaba reservado un glorioso triunfo. El dia 26 de marzo de 1823 alcanzó D. Santos al enemigo en Larrasoaña á favor de una marcha forzada y casi fabulosa, y en ese punto, víctima el ejército constitucional de tan inesperada sorpresa, sufrió un terrible destrozo en los regimientos de Jaen, la Princesa y Mallorca; dejó en el campo 400 de sus mejores soldados, y en manos del enemigo mas de 700 prisioneros. Y tan mala fue la estrella de las armas constitucionales en aquel dia, que los dispersos fueron perseguidos hasta las mismas murallas de Pamplona para que la publicidad del descalabro viniese á hacer mas humillan-

te la derrota. La guarnicion de dicha ciudad y una columna al mando de Chapalangarra intentaron prestar auxilio á los fugitivos, conteniendo la una desde las troneras y la otra á campo raso el impetuoso furor de los perseguidores. Situado entonces ZUMALACÁRREGUI en Villaba, por espacio de una hora sostuvo con su batallon un nutrido fuego contra la guarnicion y la columna volante, y mas tiempo le hubiera sostenido si el imponente espectáculo de las fuerzas superiores de los realistas no hubiera obligado á los constitucionales á desistir de su propósito, encerrándose presurosos dentro de los muros de la plaza.

Este golpe feliz para la causa absolutista volvió á reanimar las esperanzas que se iban desvaneciendo, y á aumentar las fuerzas que se iban debilitando. La victoria de Larrasoaña proporcionó algun reposo á los fatigados realistas, que desde su salida de Cataluña habian sufrido la persecucion mas incesante que en los anales de la guerra se ha conocido por parte de los generales Espinosa y Torrijos, al mismo tiempo que el crudo rigor de los elementos y las devorantes amarguras del hambre: desde el dia de esa célebre sorpresa empezó á brillar mas radiante la estrella de la monarquía pura, y ese brillo y ese esplendor debia ir aumentándose por grados á medida que el sol constitucional iba llegando á su ocaso y se iban amortiguando sus esplendentes rayos por la interposicion de otros planetas. El rumor, despues demasiado cierto, de que los hijos de San Luis proyectaban dar un paseo militar por nuestro territorio, cundia por las filas de los vencedores de Larrasoaña, y contribuyendo á que gozasen con mas holgura del placer de su triunfo, les permitia atender no solo á todos aquellos insignificantes detalles es-



teriores que constituyen la brillantez de un ejército, sino lo que es mas, á la instruccion militar de los muchos aldeanos con que de buen grado

ó por fuerza habian engrosado sus filas durante sus marchas, y á la organizacion, harto necesaria, de sus desordenados batallones.

Justamente envalentonados los realistas con tan buenas nuevas y con resultados tan positivos, bloquearon el 29 á Pamplona, y á este bloqueo que duró por espacio de 19 dias concurrió Zumalacárregui, mas contentò y animoso, porque ya entonces el porvenir se veia claro, y la fatalidad no amenazaba perseguirle con nuevas desgracias. El horizonte se despejó del todo con la entrada de las tropas francesas, y los batallones 2.° y 3.° de Navarra que mandaba el brigadier D. Santos Ladron pasaron á formar la vanguardia del segundo cuerpo del ejército frances que venia á las órdenes del general Molitor. Dirigióse este á Zaragoza y entró el 26 de abril en la ciudad heróica sin resistencia alguna, acuartelándose en el arrabal los batallones navarros. Con estos se acuarteló tambien Zumalacárregui, que al reposar de sus fatigas cerca de los muros de la ciudad que fue el primer testigo de sus proezas y donde recibió el primer laurel de sus triunfos, debió entregarse á los deliciosos recuerdos de lo pasado para apreciar mas los goces de lo presente y columbrar los adelantos y la gloria que para él encerraba el porvenir. En la dulce evocacion de tan gratos recuerdos le interrumpió el 1.° de mayo, en cuyo dia salió la division navarra á recorrer el alto Aragon. El activo D. Santos recibió del general frances este encargo, y al pasar por el castillo de Monzon, como aun ondease en sus torreones la bandera constitucional, dejó el brigadier realista cinco compañías á las órdenes de Zumalacárregui para ponerle sitio. A los nueve dias de declarado este, el comandante sitiador fue reemplazado, y corrió á unirse á D. Santos, que tenia establecido su cuartel general en Tamarite, desde donde estaba en observacion de la plaza de Lérida. La fatalidad que presidia á la causa de la Constitucion era cada dia mas ostensible; á un desengaño sucedia otro desengaño; á un infortunio otro infortunio. El dia 17 de junio salió de Lérida una fuerte columna de 1,400 infantes con 100 caballos y 2 piezas de artillería, con ánimo de levantar el sitio de Monzon arrollando de paso el obstáculo que á su marcha habia de oponer la columna realista de Tamarite. Dos batallones incompletos contaba esta, y escasos y todo bastaron para derrotar la division constitucional, que dejó en poder de sus enemigos toda su artillería. A los cinco dias de este descalabro, y perdidas ya por los leales defensores de Monzon hasta las últimas esperanzas, se entregó este con toda la gente que encerraba. Zumalacárregui, el primero siempre en el combate y en el peligro, tuvo en este último encuentro la gloriosa y principal parte que le estaba reservada por su categoría militar.

Despues de accion tan ventajosa para la causa realista, se halló Zumalacárregui en las varias espediciones que el arrojo de los enemigos provocaba todos los dias; pues ansiosos de proporcionarse recursos para reanimar con ellos el desfallecido aliento de los soldados de la plaza y prolongar de este modo su defensa, invadian á cada paso la comarca, teniendo en contínuo movimiento al 2.° batallon ligero Voluntarios de Navarra, á que pertenecia Zumalacárregui, y que por la robustez y agilidad de su gente era por lo comun el destinado á esta clase de espediciones. Una de quince dias, pues duró desde el 26 de setiembre hasta el 11 de octubre, hizo mas tarde en persecucion de una columna de caballería que mandaba el general San Miguel, y por cierto que esta espedicion fue de las mas gloriosas, puesto que dió á ella feliz remate con la derrota de la columna dirigida por el general que con razon pasaba por uno de los mas entendidos del bando constitucional. Este satisfactorio resultado le costó no obstante alguna fatiga, pues tuvo que estar acampado con sus voluntarios por espacio de siete dias en las orillas del Cinca, guardando las barcas y los vados para que así no se le escapase de las manos el enemigo que perseguia.

A los dos dias de haber sido coronada con tan buen éxito esta espedicion, se unió Zumalacárregui con los espedicionarios á la gran masa de fuerzas que estaba, como hemos dicho, en observacion de Lérida, y concurrió con ellas á su bloqueo hasta el dia 31 de octubre en que se verificó la rendicion de la plaza.

A estos triunfos parciales, si bien continuados, tardó poco en suceder el triunfo general y completo que las encapotadas nubes que cubrian el horizonte político hacian presagiar. Los invasores, decorados entonces con el título de protectores y amigos, iban ganando cada vez mas terreno, y cada dia se aproximaban mas al corazon de España. Levantado el sitio puesto por los franceses á la Isla Gaditana, disueltas las Córtes y restablecido por estas en el goce de sus legítimos derechos el Rey Don Fernando VII, todos los hombres honrados y prudentes, que así odiaban los duros rigores del despotismo, como temian los peligrosos estravíos de la anarquía, creian entrever mas allá de la intervencion francesa un porvenir tranquilo y venturoso, como si la tranquilidad y ventura de un pueblo pudiera nunca depender del interesado y egoista auxilio que en momentos críticos y azarosos se apresuran á prestarle oficiosos los estrangeros. Los nunca bastante desengañados españoles se prometian de la intervencion, si no inmensos beneficios y notables mejoras, al menos muchos años de paz y de gobierno sabio y justiciero, y allá en su fanta-

sía acalorada y como para consolarse de los males pasados veian en lontananza un cuadro de futuros bienes, radiante de felicidad y de calma, semejante al que presentaba el puerto de Cádiz el 1.º de octubre de 1823, ocupado por un pueblo esperanzado y gozoso, alumbrado por los rayos de un sol vivificante, chocando suavemente en sus murallas las serenas ondas de un mar bonancible y dando un singular movimiento de animacion y de vida á espectáculo tan hermoso las vistosas flámulas y los pintados gallardetes que el viento agitaba en las embarcaciones. Pero ese dia engañosamente bello, ese dia, que por ser el predestinado por el cielo para la reconciliacion de los españoles, pudo ser el mas glorioso en nuestros fastos, ocultaba en sus entrañas fecundo gérmen de discordia, de persecuciones y de incesante desasosiego. Apenas arribó al puerto de Santa María el deseado monarca, y se vió libre de la tutela de los partidarios de las reformas, arrojóse imprudentemente en brazos de los que por oponerse á ellas con indiscreta tenacidad, eran para él sus mejores amigos. Feliz en el seno de los suyos, desvanecido por el vocinglero entusiasmo de las veleidosas turbas, y auxiliado y protegido por un ejército aliado audaz y poderoso, borráronse de su memoria, con harta facilidad, las solemnes promesas pocos dias antes consignadas en un célebre decreto. La seguridad ofrecida á las personas, el compromiso de no alterar las instituciones políticas sino por otras mas convenientes, que hiciesen la felicidad de la nacion afianzando la propiedad y libertad de todos los españoles, el olvido general, completo y absoluto de todo lo pasado, el reconocimiento de las deudas y obligaciones contraidas durante el sistema constitucional, la conservacion de sus empleos y de sus honores á los empleados militares, civiles y eclesiásticos, fueron otras tantas palabras vanas que el frenesí reaccionario despreció, y que demostrando á los pueblos que tambien los reyes faltan alguna vez á su palabra, arraigó en ellos la perniciosa costumbre de desconfiar de las promesas de los gobiernos. La anulacion de todos los actos del gobierno constitucional, declarada en el brusco é inesperado decreto del Puerto de Santa María, vino á desvanecer todas las esperanzas, y dió el último toque á la obra de la restauracion. Cayéronse las armas de las manos de los que con mas constancia defendieron la causa liberal; rindiéronse las plazas en que aun tremolaba aquella bandera, y restituido á la capital de España el monarca deseado, los gritos del triunfo y la ruidosa algazara del entusiasmo popular con que en todas partes era recibido, ahogaban los gemidos de las víctimas y los lastimeros ayes de los que amenazados de muerte buscaban en un barco que los condujese á estrangeras playas la salvacion

de su existencia. Algunos dias despues, el júbilo de los unos, el sobresalto y la congoja de los otros, el cansancio que sigue siempre á un movimiento estraordinario y convulsivo, los brillantes uniformes de los soldados franceses que guarnecian nuestras plazas, la ausencia de algunos notables personajes y alguna que otra lamentable ejecucion política, decian muy alto que un sistema habia sucedido á otro sistema, y que habia caido para no levantarse en algunos años el régimen constitucional.



CAPITULO IV.

1824.—Organiza ZUMALACÁRREGUI el batallon ligero provisional de Navarra.—Queda sin colocacion en dicho cuerpo y pasa á Pamplona.—Es nombrado individuo de la comision militar permanente del reino de Navarra.—1825.—Recibe los despachos de teniente coronel del regimiento Cazadores del Rey, y se dirige á Huesca.—Desempeña las funciones de coronel de este regimiento.=1828.—Pasa al del Príncipe.—Admira el Rey Fernando 7.º el porte brillante y marcial de este regimiento en Zaragoza.—1829.—Es promovido á coronel del regimiento Voluntarios de Gerona.—Reorganiza como inspector en comision los cuerpos de Inválidos del reino de Valencia.—Concurre con su regimiento á Madrid para solemnizar la entrada de la Reina Doña María Cristina.—Celos y rivalidades que escita.—Sus consecuencias.—Pasa de Gobernador al Ferrol.



CAMBIADA de un modo tan completo la faz política de la nacion, cambio que facilitaron no menos que los auxilios estraños los propios estravíos, empezóse á disfrutar la deseada paz, que por esta vez daba esperanzas de proteger con su sombra por algun tiempo á los divididos españoles, gracias á la firme energía del poder absoluto, que, rodeado de la fuerza irresistible que acompaña en su primer albor á todos los poderes que nacen de una reaccion, no habia obstáculos que su poderosa voluntad no allanase, ni dificultades que su mano de hierro no

venciese. La conviccion de su propia fuerza por una parte, y la necesidad imperiosa de descargar un tanto el presupuesto que el mantenimiento de un ejército numeroso abrumaba, movieron al gobierno absoluto á disolver algunas divisiones, siendo una de las primeras á que cupo esta suerte la division de Navarra. Ya antes del dia 27 de diciembre de 1823, en que se espidió la real órden de disolucion, habian empezado á asomar algunas muestras de disgusto y de resentimiento en las filas de los soldados navarros. Databa este disgusto desde el dia en que tuvo lugar la rendicion de la plaza de Pamplona, pues cuando los batallones sitiadores se halagaban con la esperanza de que se les permitiria entrar en la ciudad á gozar holgadamente en su seno el fruto de la victoria, recibieron con gran sorpresa la noticia de que estaban para ellos herméticamente cerradas las puertas de la plaza, amenazándose con severas penas al que se atreviese á poner en ella los pies. Los navarros en su proverbial orgullo resintiéronse altamente de prohibicion tan inesperada; y como estuviesen ya un tanto relajados los lazos de la disciplina, que en épocas de guerra civil son tan difíciles de conservar, se desbandó casi toda la division, tomando el camino de su hogar la mayor parte de su gente. Con la que habia permanecido constante en sus empeños, prefiriendo á sus licencias absolutas la continuacion del servicio militar, y con alguna otra de los batallones que habian ido á la toma de Monzon, se trató de formar un batallon ligero provisional, cuya organizacion encargó el virey y capitan general de Navarra al teniente coronel ZUMALACÁRREGUI, que mereció la honra de ser nombrado para mandarle. La justa y bien adquirida fama de organizador, de que habia dado no pocas pruebas durante el largo espacio en que estuvo al frente del 2.° batallon de Navarra, batallon el mas aguerrido y disciplinado de toda la division, se aumentó notablemente desde que formó con sus fuerzas la vanguardia de la division francesa, pues observador profundo y constante de la disciplina y de la táctica de los batallones franceses en cuya compañía habia marchado, el rumor de que tan estudiosa observacion le habia inspirado no pocos adelantos y notables reformas militares para lo sucesivo, llegó pronto á oidos de los gefes superiores del ejército. Tratábase ademas en aquel entonces de levantar un nuevo batallon sobre la base del antiguo de Voluntarios de Navarra; y como esta base fuese un tanto endeble, merced al disolvente influjo de los gérmenes de insubordinacion de que hemos hablado, nadie mas á propósito para el objeto que el comandante ZUMALACÁRREGUI, que sobre estar dotado de un teson, de una energía y de una fuerza de voluntad poco comunes, reunia la

circunstancia de enardecerse con los obstáculos, que en vez de abatir su ánimo le aumentaban y le engrandecian.

El 1.° de marzo de 1824 comenzó ZUMALACÁRREGUI su mision organizadora, y fue tal la habilidad que desplegó en su encargo, tantos los desvelos que empleó para proporcionar al cuerpo los auxilios necesarios, auxilios que escaseaban mucho, y tan incesante y celoso su afan por instruirlo y disciplinarlo, que en poco mas de seis meses se hallaba organizado con mas de quinientas plazas, pudiendo rivalizar en brillantez y en instruccion con el mejor de los cuerpos del ejército realista de España. Organizado y equipado de una manera tan cumplida, el batallon provisional fue agregado al ejército, recibiendo el nombre de *Regimiento de infantería Voluntarios de Aragon*, 2.° *ligero*, por real decreto de 23 de abril de 1824. Parecia natural y hasta justo que al dotar de gefe superior á este batallon se pusiese los ojos en el que, por decirlo así, le habia creado; pero la fatalidad misteriosa que desde sus primeros pasos en la carrera militar perseguia incansable á ZUMALACÁRREGUI, hubo de influir tambien cuando su influencia parecia menos verosímil, y el comandante organizador pasó por el disgusto de ver que entre los nombres de los gefes y oficiales que el rey habia elegido para mandar el nuevo batallon no figuraba el suyo. Un tanto ofendido con este desaire, mas sensible cuanto fue mas inesperado, y viéndose ZUMALACÁRREGUI sin colocacion entre aquellos que fundadamente creyó mandar, se retiró á Pamplona con licencia ilimitada para sobrellevar con mas calma en el dulce seno de su familia los rigores de su vida pública.

A mediados de 1824, que es la época á que nuestra relacion alcanza, no solo continuaba el gobierno absoluto desplegando un rigor inusitado y hasta cruel contra sus adversarios, sino que estaba, si se nos permite la espresion, en el cenit de su enérgica y opresora arbitrariedad. Una consecuencia inmediata de este duro y arbitrario rigor fue el establecimiento de comisiones militares ejecutivas y permanentes en todas las capitales de provincia, residencia ordinaria de los capitanes generales. El conocimiento de los delitos de conspiracion y hurto fue el que se sometió á estas comisiones, que, como su mismo título indica, estaban compuestas de gefes militares, que se atenian en sus juicios y en sus fallos al reglamento especial que al efecto se habia formado. Tan arbitrario y duro era este reglamento, que aterrorizados á cada paso los jueces por lo rigoroso de sus prevenciones, un sentimiento de humanidad y filantropía les impulsaba las mas veces á presentar dudas sobre su aplicacion para ver si de este modo conseguian dilatarla ya que no im-

pedirla. Pero el poder que de una manera tan resuelta regia los destinos de esta nacion desgraciada, era del todo opuesto á la incertidumbre y á la duda, que eran para él otros tantos obstáculos que se oponian á la enérgica rapidez de su accion. Con el objeto, pues, de desvanecer todas las dudas, y de poner término á esa incertidumbre laudable, porque se fundaba en un honroso sentimiento de humanidad, marcó de un modo claro y terminante las penas que debian imponerse á cada delito, y de cuya suavidad y justa proporcion se podrá formar una idea con decir que, avergonzados y temerosos los autores de esta nueva ley de la impresion que pudiera hacer por la feroz crueldad de que estaba impregnada, ni aun se atrevieron á concederle el honor de que apareciese en la *Gaceta de Madrid*, como aparecian todas las resoluciones importantes del Soberano, y se contentaron con publicarla de una manera vergonzante en el *Diario de Avisos* de la capital. Quedaban sujetos por esta ley á la pena de muerte los enemigos de los derechos del trono y los parciales de la Constitucion; los escritores de papeles y pasquines concebidos en el mismo sentido; los que hablasen contra la soberanía de S. M., ó en favor de las abolidas instituciones, á no ser que como efecto solo de una indiscrecion exaltada, mereciese su delito un castigo mas humano; los que incitasen á otros á formar alguna partida, mediando actos positivos, como entrega de dinero, armas, municiones ó caballos; los que con el fin de trastornar el gobierno de S. M., ú obligarle á condescender en cualquier caso á su voluntad soberana, promoviesen alborotos que alteráran la tranquilidad pública, no siendo caso de escepcion ni aun la embriaguez misma, si el delincuente era consuetudinario en este esceso; los que gritasen muera el rey, mueran los serviles ó los tiranos, y viva Riego, la Constitucion ó la libertad, y por último los masones, comuneros é individuos de otras sociedades que no estuviesen comprendidos en un decreto que se publicó con fecha 1.° de agosto.

Estos tribunales de sangre, pues no merecen otro nombre, cuyo carácter y tendencias revela fácilmente su organizacion militar, y la durísima ley á que tenian que sujetar sus fallos, estaban por lo general compuesto de los militares que, á un corazon empedernido y poco inclinado al amor de sus semejantes, reunian la circunstancia de abrigar motivos de resentimiento y de encono contra sus adversarios políticos. No es esto decir que no hubiese entre ellos algunas honrosas escepciones, pues naturalmente algunos se verian arrastrados por la dura necesidad y por la inflexible severidad de la disciplina á hacer el papel de jueces, tan contrario acaso á sus filantrópicos y humanitarios sentimientos; verdad que

si pudiera ponerse en duda la confirmariamos nosotros con el ejemplo del protagonista de nuestro libro, que condenado por su mala estrella á formar parte de una comision militar, fue una de esas honrosas escepciones á que acabamos de aludir. Conociendo, sin duda, el general que mandaba en Navarra toda la injusticia del desaire que á Zumalacárregui se habia hecho condenándole á pasar en la inaccion los meses en que debia saborear al frente de su batallon el positivo fruto de su actividad y de su genio organizador, trató de paliar en algun modo el desaire nombrándole el dia 9 de noviembre de 1824 individuo de la comision militar de la plaza de Pamplona. Este cargo comprometido, y á mas de comprometido sedentario, no podia ser muy grato á Zumalacárregui, cuyo carácter noble y generoso se avenia mas bien á privar de la vida á un enemigo suyo de una cuchillada, que á hacerle desaparecer de la escena y del mundo por medio de una bola negra. Pero por mas que se opusiese á su carácter el empleo de vocal de la comision militar permanente del reino de Navarra, no tuvo otro remedio que devorar interiormente su disgusto, y templar en lo posible el rigor de la ley, que siempre aplicó de la manera mas suave. En virtud de real órden de 4 de agosto de 1824 se estinguió dicha comision militar, y diez y ocho dias despues dejó de pertenecer á ella Zumalacárregui, que despojado de su investidura de juez, recibió los despachos de teniente coronel del regimiento de infantería Cazadores del Rey, 1.° ligero, que se hallaba de guarnicion en Huesca, mereciendo como en justa compensacion de los anteriores desaires la gracia de que se considerase su antigüedad desde el dia 22 de agosto de 1822, en que se incorporó á las tropas que acaudillaba en Navarra el general Quesada. Dirigióse inmediatamente á Huesca nuestro teniente coronel, y como á la sazon careciese de gefe aquel regimiento, estuvo desempeñando las funciones de tal por espacio de catorce meses. A fines de febrero de 1827 cesó en el mando de este regimiento, que provisto ya de coronel, no tuvo necesidad de sus esfuerzos, si bien esperimentó á poco el notable vacío que su falta de direccion habia dejado. Pero no se vió del todo huérfano el regimiento de su saludable presencia, pues siguió en él hasta el fin del año desempeñando el cargo mas secundario, aunque siempre influyente, de su teniente coronel.

Con el mismo grado pasó al regimiento del Príncipe, 3.° de línea, que á principios del año 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza. El coronel que á la sazon le mandaba se prendó tanto del raro celo y consumada pericia de Zumalacárregui, que delegando en él todas sus facul-

tades, le confiaba la direccion del regimiento que, gracias á la celosa actividad de su segundo gefe, se distinguió bien pronto por la rapidez y limpieza en las evoluciones, por su lujoso equipo y por la rígida y severa disciplina de todos sus individuos. Los militares mas inteligentes que tuvieron ocasion de ver maniobrar al regimiento del Príncipe le calificaron con justicia del mejor regimiento de España, y los paisanos gustaban tanto de admirar sus diestras evoluciones, que no habia ejercicio, y ZUMALACÁRREGUI los tenia todos los dias, que no llamase la atencion de aquel pueblo entusiasta que concurria en masa al punto de las maniobras, como si cada ejercicio fuese una vistosa párada.

Los síntomas de insurreccion carlista que el año anterior de 1827 se habian presentado en Cataluña, dieron motivo al viaje del Rey D. Fernando VII á aquellas provincias. La presencia del monarca en aquel pais surtió el buen efecto que se habian prometido sus consejeros, pues á su voz depusieron las armas los rebeldes, y los mas obstinados buscaron en la fuga su salvacion. Disipado tan fácilmente el peligro y restablecida la paz en las provincias catalanas, se dirigió el Rey á Valencia para unirse á su esposa, y despues de visitar con ella algunos puntos de aquel reino volvió á Cataluña, entró de un modo triunfal en Barcelona y se encaminó en seguida á Aragon. Entre los agasajos y festejos con que el pueblo zaragozano procuró manifestar su júbilo por el feliz arribo á la ciudad heróica de la regia familia, fue uno de los mas notables un simulacro que se dispuso en el campo del Sepulcro, y en que tomó la parte mas principal el regimiento del Príncipe. Fueron tan hábiles aquel dia las maniobras de este regimiento, tan rápidos y tan uniformes sus movimientos, tan limpias y tan bien ejecutadas sus evoluciones, que el Rey D. Fernando quedó sobremanera complacido, no menos que de su instruccion, de su porte brillante y marcial. Montaba S. M. un brioso caballo blanco, y tanto hubo de admirarle la destreza militar de aquellos soldados, que seguia todos sus movimientos procurando moderar á ellos la fogosa impetuosidad de su corcel. Concluido el simulacro mandó el Rey llamar á los gefes superiores del regimiento del Príncipe, y presentados á S. M. en el mismo campo del Sepulcro, el Rey dirigiéndose al coronel le felicitó por los positivos resultados de su celo, manifestándole cuánto le habia agradado la admirable precision con que el regimiento habia ejecutado todas las maniobras. El coronel del Príncipe con una modestia tanto mas laudable, cuanto que es rara, no queriendo apropiarse agenos merecimientos, contestó respetuosamente á S. M., que aquella instruccion y aquellos notables adelantos eran debidos al celo de

si pudiera ponerse en duda la confirmariamos nosotros con el ejemplo del protagonista de nuestro libro, que condenado por su mala estrella á formar parte de una comision militar, fue una de esas honrosas escepciones á que acabamos de aludir. Conociendo, sin duda, el general que mandaba en Navarra toda la injusticia del desaire que á Zumalacárregui se habia hecho condenándole á pasar en la inaccion los meses en que debia saborear al frente de su batallon el positivo fruto de su actividad y de su genio organizador, trató de paliar en algun modo el desaire nombrándole el dia 9 de noviembre de 1824 individuo de la comision militar de la plaza de Pamplona. Este cargo comprometido, y á mas de comprometido sedentario, no podia ser muy grato á Zumalacárregui, cuyo carácter noble y generoso se avenia mas bien á privar de la vida á un enemigo suyo de una cuchillada, que á hacerle desaparecer de la escena y del mundo por medio de una bola negra. Pero por mas que se opusiese á su carácter el empleo de vocal de la comision militar permanente del reino de Navarra, no tuvo otro remedio que devorar interiormente su disgusto, y templar en lo posible el rigor de la ley, que siempre aplicó de la manera mas suave. En virtud de real órden de 4 de agosto de 1824 se estinguió dicha comision militar, y diez y ocho dias despues dejó de pertenecer á ella Zumalacárregui, que despojado de su investidura de juez, recibió los despachos de teniente coronel del regimiento de infantería Cazadores del Rey, 1.° ligero, que se hallaba de guarnicion en Huesca, mereciendo como en justa compensacion de los anteriores desaires la gracia de que se considerase su antigüedad desde el dia 22 de agosto de 1822, en que se incorporó á las tropas que acaudillaba en Navarra el general Quesada. Dirigióse inmediatamente á Huesca nuestro teniente coronel, y como á la sazon careciese de gefe aquel regimiento, estuvo desempeñando las funciones de tal por espacio de catorce meses. A fines de febrero de 1827 cesó en el mando de este regimiento, que provisto ya de coronel, no tuvo necesidad de sus esfuerzos, si bien esperimentó á poco el notable vacío que su falta de direccion habia dejado. Pero no se vió del todo huérfano el regimiento de su saludable presencia, pues siguió en él hasta el fin del año desempeñando el cargo mas secundario, aunque siempre influyente, de su teniente coronel.

Con el mismo grado pasó al regimiento del Príncipe, 3.° de línea, que á principios del año 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza. El coronel que á la sazon le mandaba se prendó tanto del raro celo y consumada pericia de Zumalacárregui, que delegando en él todas sus facul-

tades, le confiaba la direccion del regimiento que, gracias á la celosa actividad de su segundo gefe, se distinguió bien pronto por la rapidez y limpieza en las evoluciones, por su lujoso equipo y por la rígida y severa disciplina de todos sus individuos. Los militares mas inteligentes que tuvieron ocasion de ver maniobrar al regimiento del Príncipe le calificaron con justicia del mejor regimiento de España, y los paisanos gustaban tanto de admirar sus diestras evoluciones, que no habia ejercicio, y ZUMALACÁRREGUI los tenia todos los dias, que no llamase la atencion de aquel pueblo entusiasta que concurria en masa al punto de las maniobras, como si cada ejercicio fuese una vistosa párada.

Los síntomas de insurreccion carlista que el año anterior de 1827 se habian presentado en Cataluña, dieron motivo al viaje del Rey D. Fernando VII á aquellas provincias. La presencia del monarca en aquel pais surtió el buen efecto que se habian prometido sus consejeros, pues á su voz depusieron las armas los rebeldes, y los mas obstinados buscaron en la fuga su salvacion. Disipado tan fácilmente el peligro y restablecida la paz en las provincias catalanas, se dirigió el Rey á Valencia para unirse á su esposa, y despues de visitar con ella algunos puntos de aquel reino volvió á Cataluña, entró de un modo triunfal en Barcelona y se encaminó en seguida á Aragon. Entre los agasajos y festejos con que el pueblo zaragozano procuró manifestar su júbilo por el feliz arribo á la ciudad heróica de la regia familia, fue uno de los mas notables un simulacro que se dispuso en el campo del Sepulcro, y en que tomó la parte mas principal el regimiento del Príncipe. Fueron tan hábiles aquel dia las maniobras de este regimiento, tan rápidos y tan uniformes sus movimientos, tan limpias y tan bien ejecutadas sus evoluciones, que el Rey D. Fernando quedó sobremanera complacido, no menos que de su instruccion, de su porte brillante y marcial. Montaba S. M. un brioso caballo blanco, y tanto hubo de admirarle la destreza militar de aquellos soldados, que seguia todos sus movimientos procurando moderar á ellos la fogosa impetuosidad de su corcel. Concluido el simulacro mandó el Rey llamar á los gefes superiores del regimiento del Príncipe, y presentados á S. M. en el mismo campo del Sepulcro, el Rey dirigiéndose al coronel le felicitó por los positivos resultados de su celo, manifestándole cuánto le habia agradado la admirable precision con que el regimiento habia ejecutado todas las maniobras. El coronel del Príncipe con una modestia tanto mas laudable, cuanto que es rara, no queriendo apropiarse agenos merecimientos, contestó respetuosamente á S. M., que aquella instruccion y aquellos notables adelantos eran debidos al celo de

si pudiera ponerse en duda la confirmariamos nosotros con el ejemplo del protagonista de nuestro libro, que condenado por su mala estrella á formar parte de una comision militar, fue una de esas honrosas escepciones á que acabamos de aludir. Conociendo, sin duda, el general que mandaba en Navarra toda la injusticia del desaire que á ZUMALACÁRREGUI se habia hecho condenándole á pasar en la inaccion los meses en que debia saborear al frente de su batallon el positivo fruto de su actividad y de su genio organizador, trató de paliar en algun modo el desaire nombrándole el dia 9 de noviembre de 1824 individuo de la comision militar de la plaza de Pamplona. Este cargo comprometido, y á mas de comprometido sedentario, no podia ser muy grato á ZUMALACÁRREGUI, cuyo carácter noble y generoso se avenia mas bien á privar de la vida á un enemigo suyo de una cuchillada, que á hacerle desaparecer de la escena y del mundo por medio de una bola negra. Pero por mas que se opusiese á su carácter el empleo de vocal de la comision militar permanente del reino de Navarra, no tuvo otro remedio que devorar interiormente su disgusto, y templar en lo posible el rigor de la ley, que siempre aplicó de la manera mas suave. En virtud de real órden de 4 de agosto de 1824 se estinguió dicha comision militar, y diez y ocho dias despues dejó de pertenecer á ella ZUMALACÁRREGUI, que despojado de su investidura de juez, recibió los despachos de teniente coronel del regimiento de infantería Cazadores del Rey, 1.° ligero, que se hallaba de guarnicion en Huesca, mereciendo como en justa compensacion de los anteriores desaires la gracia de que se considerase su antigüedad desde el dia 22 de agosto de 1822, en que se incorporó á las tropas que acaudillaba en Navarra el general Quesada. Dirigióse inmediatamente á Huesca nuestro teniente coronel, y como á la sazon careciese de gefe aquel regimiento, estuvo desempeñando las funciones de tal por espacio de catorce meses. A fines de febrero de 1827 cesó en el mando de este regimiento, que provisto ya de coronel, no tuvo necesidad de sus esfuerzos, si bien esperimentó á poco el notable vacío que su falta de direccion habia dejado. Pero no se vió del todo huérfano el regimiento de su saludable presencia, pues siguió en él hasta el fin del año desempeñando el cargo mas secundario, aunque siempre influyente, de su teniente coronel.

Con el mismo grado pasó al regimiento del Príncipe, 3.° de línea, que á principios del año 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza. El coronel que á la sazon le mandaba se prendó tanto del raro celo y consumada pericia de ZUMALACÁRREGUI, que delegando en él todas sus facul-

tades, le confiaba la direccion del regimiento que, gracias á la celosa actividad de su segundo gefe, se distinguió bien pronto por la rapidez y limpieza en las evoluciones, por su lujoso equipo y por la rígida y severa disciplina de todos sus individuos. Los militares mas inteligentes que tuvieron ocasion de ver maniobrar al regimiento del Príncipe le calificaron con justicia del mejor regimiento de España, y los paisanos gustaban tanto de admirar sus diestras evoluciones, que no habia ejercicio, y Zumalacárregui los tenia todos los dias, que no llamase la atencion de aquel pueblo entusiasta que concurria en masa al punto de las maniobras, como si cada ejercicio fuese una vistosa párada.

Los síntomas de insurreccion carlista que el año anterior de 1827 se habian presentado en Cataluña, dieron motivo al viaje del Rey D. Fernando VII á aquellas provincias. La presencia del monarca en aquel pais surtió el buen efecto que se habian prometido sus consejeros, pues á su voz depusieron las armas los rebeldes, y los mas obstinados buscaron en la fuga su salvacion. Disipado tan fácilmente el peligro y restablecida la paz en las provincias catalanas, se dirigió el Rey á Valencia para unirse á su esposa, y despues de visitar con ella algunos puntos de aquel reino volvió á Cataluña, entró de un modo triunfal en Barcelona y se encaminó en seguida á Aragon. Entre los agasajos y festejos con que el pueblo zaragozano procuró manifestar su júbilo por el feliz arribo á la ciudad heróica de la regia familia, fue uno de los mas notables un simulacro que se dispuso en el campo del Sepulcro, y en que tomó la parte mas principal el regimiento del Príncipe. Fueron tan hábiles aquel dia las maniobras de este regimiento, tan rápidos y tan uniformes sus movimientos, tan limpias y tan bien ejecutadas sus evoluciones, que el Rey D. Fernando quedó sobremanera complacido, no menos que de su instruccion, de su porte brillante y marcial. Montaba S. M. un brioso caballo blanco, y tanto hubo de admirarle la destreza militar de aquellos soldados, que seguia todos sus movimientos procurando moderar á ellos la fogosa impetuosidad de su corcel. Concluido el simulacro mandó el Rey llamar á los gefes superiores del regimiento del Príncipe, y presentados á S. M. en el mismo campo del Sepulcro, el Rey dirigiéndose al coronel le felicitó por los positivos resultados de su celo, manifestándole cuánto le habia agradado la admirable precision con que el regimiento habia ejecutado todas las maniobras. El coronel del Príncipe con una modestia tanto mas laudable, cuanto que es rara, no queriendo apropiarse agenos merecimientos, contestó respetuosamente á S. M., que aquella instruccion y aquellos notables adelantos eran debidos al celo de

si pudiera ponerse en duda la confirmariamos nosotros con el ejemplo del protagonista de nuestro libro, que condenado por su mala estrella á formar parte de una comision militar, fue una de esas honrosas escepciones á que acabamos de aludir. Conociendo, sin duda, el general que mandaba en Navarra toda la injusticia del desaire que á Zumalacárregui se habia hecho condenándole á pasar en la inaccion los meses en que debia saborear al frente de su batallon el positivo fruto de su actividad y de su genio organizador, trató de paliar en algun modo el desaire nombrándole el dia 9 de noviembre de 1824 individuo de la comision militar de la plaza de Pamplona. Este cargo comprometido, y á mas de comprometido sedentario, no podia ser muy grato á Zumalacárregui, cuyo carácter noble y generoso se avenia mas bien á privar de la vida á un enemigo suyo de una cuchillada, que á hacerle desaparecer de la escena y del mundo por medio de una bola negra. Pero por mas que se opusiese á su carácter el empleo de vocal de la comision militar permanente del reino de Navarra, no tuvo otro remedio que devorar interiormente su disgusto, y templar en lo posible el rigor de la ley, que siempre aplicó de la manera mas suave. En virtud de real órden de 4 de agosto de 1824 se estinguió dicha comision militar, y diez y ocho dias despues dejó de pertenecer á ella Zumalacárregui, que despojado de su investidura de juez, recibió los despachos de teniente coronel del regimiento de infantería Cazadores del Rey, 1.° ligero, que se hallaba de guarnicion en Huesca, mereciendo como en justa compensacion de los anteriores desaires la gracia de que se considerase su antigüedad desde el dia 22 de agosto de 1822, en que se incorporó á las tropas que acaudillaba en Navarra el general Quesada. Dirigióse inmediatamente á Huesca nuestro teniente coronel, y como á la sazon careciese de gefe aquel regimiento, estuvo desempeñando las funciones de tal por espacio de catorce meses. A fines de febrero de 1827 cesó en el mando de este regimiento, que provisto ya de coronel, no tuvo necesidad de sus esfuerzos, si bien esperimentó á poco el notable vacío que su falta de direccion habia dejado. Pero no se vió del todo huérfano el regimiento de su saludable presencia, pues siguió en él hasta el fin del año desempeñando el cargo mas secundario, aunque siempre influyente, de su teniente coronel.

Con el mismo grado pasó al regimiento del Príncipe, 3.° de línea, que á principios del año 1828 estaba de guarnicion en Zaragoza. El coronel que á la sazon le mandaba se prendó tanto del raro celo y consumada pericia de Zumalacárregui, que delegando en él todas sus facul-

tades, le confiaba la direccion del regimiento que, gracias á la celosa actividad de su segundo gefe, se distinguió bien pronto por la rapidez y limpieza en las evoluciones, por su lujoso equipo y por la rígida y severa disciplina de todos sus individuos. Los militares mas inteligentes que tuvieron ocasion de ver maniobrar al regimiento del Príncipe le calificaron con justicia del mejor regimiento de España, y los paisanos gustaban tanto de admirar sus diestras evoluciones, que no habia ejercicio, y ZUMALACÁRREGUI los tenia todos los dias, que no llamase la atencion de aquel pueblo entusiasta que concurria en masa al punto de las maniobras, como si cada ejercicio fuese una vistosa párada.

Los síntomas de insurreccion carlista que el año anterior de 1827 se habian presentado en Cataluña, dieron motivo al viaje del Rey D. Fernando VII á aquellas provincias. La presencia del monarca en aquel pais surtió el buen efecto que se habian prometido sus consejeros, pues á su voz depusieron las armas los rebeldes, y los mas obstinados buscaron en la fuga su salvacion. Disipado tan fácilmente el peligro y restablecida la paz en las provincias catalanas, se dirigió el Rey á Valencia para unirse á su esposa, y despues de visitar con ella algunos puntos de aquel reino volvió á Cataluña, entró de un modo triunfal en Barcelona y se encaminó en seguida á Aragon. Entre los agasajos y festejos con que el pueblo zaragozano procuró manifestar su júbilo por el feliz arribo á la ciudad heróica de la regia familia, fue uno de los mas notables un simulacro que se dispuso en el campo del Sepulcro, y en que tomó la parte mas principal el regimiento del Príncipe. Fueron tan hábiles aquel dia las maniobras de este regimiento, tan rápidos y tan uniformes sus movimientos, tan limpias y tan bien ejecutadas sus evoluciones, que el Rey D. Fernando quedó sobremanera complacido, no menos que de su instruccion, de su porte brillante y marcial. Montaba S. M. un brioso caballo blanco, y tanto hubo de admirarle la destreza militar de aquellos soldados, que seguia todos sus movimientos procurando moderar á ellos la fogosa impetuosidad de su corcel. Concluido el simulacro mandó el Rey llamar á los gefes superiores del regimiento del Príncipe, y presentados á S. M. en el mismo campo del Sepulcro, el Rey dirigiéndose al coronel le felicitó por los positivos resultados de su celo, manifestándole cuánto le habia agradado la admirable precision con que el regimiento habia ejecutado todas las maniobras. El coronel del Príncipe con una modestia tanto mas laudable, cuanto que es rara, no queriendo apropiarse agenos merecimientos, contestó respetuosamente á S. M., que aquella instruccion y aquellos notables adelantos eran debidos al celo de

su segundo el teniente coronel Zumalacárregui. «Celebro saberlo, repuso el Rey, pues no quiero que tan brillante oficial espere por mas tiempo un grado que tan merecido tiene.»



No es fácil que nuestros lectores puedan concebir todo el contento y toda la satisfaccion que esperimentó Zumalacárregui en aquel dia; baste

decir que su placer casi rayó en locura y que con las lisongeras palabras del Rey se juzgó sobradamente recompensado de todos sus afanes y sus esfuerzos." La regia palabra no tardó en cumplirse, y el dia 1.° de febrero de 1829 fue promovido á coronel del regimiento Voluntarios de Gerona, 3.° lijero.

A medida que se elevaba su posicion y se premiaba generosamente su celo, este parecia redoblarse y su genio organizador desplegaba nuevas y maravillosas dotes. Deseoso el gobierno de aprovecharlas, le nombró en 16 de marzo de 1829 inspector en comision de los cuerpos de inválidos del reino de Valencia, á cuyo punto se trasladó inmediatamente. Ocupóse allí con entusiasta actividad en la reorganizacion y reforma de dichos cuerpos, y tan bien desempeñó su cometido, que al poco tiempo los inválidos podian rivalizar en órden, instruccion y buen porte con la tropa mas lozana y jóven del mundo. Los ejercicios de los regimientos que dirigia merecian el honor de ser admirados por un pueblo inmenso, que concurria á ellos como al mas brillante espectáculo; viniendo casi siempre á aumentar la ilusion de que lo era los marciales y armoniosos ecos de una música militar, que era sin disputa la que se llevaba la palma entre todas las que tenian los demas cuerpos que guarnecian la ciudad del Cid.

No obstante la estricta disciplina que siempre hizo observar Zumalacárregui á su regimiento, deben marcarse algunos rasgos particulares que denotan que no era menos celoso de la conservacion de esa disciplina, que del exacto y cuidadoso esmero en la asistencia del soldado. Ocurrió en una ocasion durante su permanencia en dicha ciudad que faltaron á su regimiento las sobras por espacio de tres dias consecutivos; al cuarto se presentó el coronel Zumalacárregui en el cuartel y mandó tocar órden; serian las cuatro de la madrugada cuando se hallaba ya formado aquel y principiando á marchar, siendo un misterio para todos una determinacion tan repentina, y cuyo objeto ignoraban. Al dar frente á la Aduana mandó hacer alto y en su lugar descanso, dirigiéndose él solo al cuarto del intendente que se hallaba en el mismo edificio. Despues de llamar repetidas veces ála puerta salió el criado del intendente, sorprendido de oir preguntar por su amo á una hora tan intempestiva. Apenas reconoció en el interpelante al coronel del 3.° lijeros no vaciló un momento en avisar á su señor para que se levantase. En efecto, no se hizo esperar mucho tiempo el señor intendente, pues luego apareció en el recibimiento esclamando: «A estas horas por aquí, mi coronel.—Tres dias de sobras faltan á mi regimiento, repuso Zumalacárre-

GUI; mientras no se subsane esta falta no respondo de él.» Al cuarto de hora ya corrian por entre las filas algunas espuertas de dinero, recibidas con aplauso por la tropa, que se vió agradablemente sorprendida con esta novedad.

Llevado de su innata aficion á los ejercicios militares, y convencido de que para enseñar bien un oficial el manejo de las armas debe empezar por aprenderle prácticamente, hacia que sus oficiales asistiesen al ejercicio de fusil con su correaje y con todas las fornituras del soldado, sirviendo no pocas veces de figurin el mismo ZUMALACÁRREGUI. Por aquellos dias habia sido agregado á su regimiento un capitan napolitano que llevaba largos tirabuzones: «En mi regimiento no hay señoritas, le dijo el coronel al pasar lista, sírvase V. cortarse esos bucles, y dejar su cabeza como la mia», y se quitó el chacó: no hizo caso el napolitano de este requerimiento, y por segunda vez llamaron la atencion del coronel los bucles del romántico capitan en la lista inmediata. Indignado entonces al ver tamaña desobediencia, mandó que los barberos del regimiento cortasen al afeminado capitan sus estimados rizos, operacion que se ejecutó en el acto, sin dar lugar á la menor resistencia.

Permaneció ZUMALACÁRREGUI en Valencia dedicado á sus ocupaciones militares y viendo crecer cada dia mas su reputacion de inteligente y activo hasta que el fausto enlace del rey D. Fernando con la princesa Doña María Cristina de Borbon, hija de los reyes de Nápoles, le llamó á la corte donde, por decirlo así, se reunió toda la parte mas granada del ejército español con el fin de dar mayor realce y mas ostentacion á la entrada solemne de la bella princesa, que todos miraban como el iris que disipaba los nublados de las pasadas tormentas. El dia 11 de diciembre de 1829 verificó su entrada en Madrid la ilustre princesa, que tanto influjo debia ejercer en los destinos de España. El alegre rumor formado por un pueblo lleno hasta entonces de desventura, y que fundaba en la que venia á dividir con su rey, tálamo y trono toda su esperanza, se confundió aquel dia con los armoniosos sonidos de cien músicas militares, con el estampido del cañon y con el repique general de las campanas. En la correcta formacion en que esperaban los cuerpos del ejército á la regia familia y que se estendia desde la puerta de Atocha por el salon del Prado, calle de Alcalá, puerta del Sol, calle Mayor y hasta el palacio real, se distinguia y llamaba la atencion por su marcial porte el regimiento infantería Voluntarios de Gerona, que desde principios del año 1829 mandaba el entendido coronel D. TOMAS ZUMALACÁRREGUI. Mas no solo en este dia memorable logró el regimiento de Gerona fijar

la atencion de los curiosos y de los inteligentes, y escitar los celos de otros cuerpos del ejército; las paradas y los simulacros que para festejar tan fausto acontecimiento se sucedieron, proporcionaron mas de una vez al regimiento y á su entusiasta coronel ocasion de lucirse, y esta superioridad, lejos de conquistarle un ascenso, le causó un inmerecido disgusto.

Fatal era por cierto la estrella que presidia á los destinos de nuestro coronel: lo que para otros hubiera sido motivo justo y razonable causa de engrandecimiento y de mejora, iba á ser para él fecundo manantial de desgracias y de injusticia. Su celo admirable, su tacto especial y casi maravilloso para organizar batallones, para formar regimientos, para convertir acaso mas tarde en un ejército grupos desordenados y masas dispersas, lejos de valerle la consideracion y el alto lugar que merecia, iban á ser el origen tal vez esclusivo de sus disgustos primero, de su fama y de su nombradía despues. Pero demos punto á estas observaciones para referir el hecho que nos las ha sugerido.

Deseaba el monarca celebrar con una espléndida ostentacion de su munificencia su regio enlace en que tantas esperanzas de sucesion se cifraban por los amantes de la paz, y al efecto promovió al grado inmediato á todos los coroneles con mando de regimiento que habian concurrido á la corte para solemnizar la suntuosa ceremonia. Pero ya fuese por un olvido, imposible de concebir, ya por los celos con que le miraban los de su clase, ya por otras causas que no nos es dado conocer, solo el coronel Zumalacárregui fue escluido de esta gracia general, dando ocasion á no pocas hablillas que se premiase á todos y se desatendiese injustamente al que mas derecho tenia á la recompensa, por haberse entre todos distinguido. No dió muestras en público Zumalacárregui de la honda mella que habia hecho en su amor propio semejante desaire; pero en el seno de la amistad, y particularmente en el dulcísimo de la familia, manifestó sin rebozo cuánto le habia ofendido una esclusion tan injusta y bajo todos conceptos inverosimil é inesperada.

Satisfecho el objeto de su viaje á la córte, volvió con su regimiento á Valencia, y en esta ciudad se hallaba cuando fue nombrado para mandar el regimiento de Estremadura que estaba de guarnicion en Galicia. Dirigióse á esta provincia, y desde ella al Ferrol, de cuya plaza fue nombrado gobernador el coronel Zumalacárregui, mereciendo esta distincion del general D. Nazario Eguia que, como veremos despues, le honró con mas de una comision grave, porque es privilegio del genio emprendedor y activo el distinguirse en todas partes y estender la

fama de sus triunfos hasta los puntos mas distantes. ZUMALACÁRREGUI en la plaza del Ferrol, en vez de oscurecerse, estaba llamado á figurar en primer término: escaso siempre el número de hombres de raro mérito, aun en el centro mismo de las notabilidades, mas habia de serlo por precision en una plaza de segundo órden, y por lo tanto sobre él debian pesar todas las comisiones de alguna importancia, todos los encargos de alguna valía. Esta posicion ya mas elevada, y en la cual le colocó acaso mas bien que el cariño la mala fé de sus rivales, inaugura, por decirlo así, la vida pública de ZUMALACÁRREGUI; y los sucesos con que se señaló, y las gravísimas consecuencias que de ellos sobrevinieron, son harto importantes para que dejemos de ocuparnos de ellos con la detencion que merecen, dedicando á su narracion y esclarecimiento un capítulo entero de nuestra historia.



CAPITULO V.

1832.—Desempeña ZUMALACÁRREGUI el gobierno militar y político del Ferrol.—Importante descubrimiento de una sociedad de ladrones.—Logra esterminarla.—Consecuencias de su desinteresada conducta.—Sucesos del 20 de octubre.—Se le separa del gobierno de dicha plaza, y se le sujeta á un proceso.—Resultado de este.—1833.—Pasa á Madrid.—Recibimiento que le hace Quesada.—Pide su licencia ilimitada para Pamplona.—Obstáculos que encuentra su peticion.—Se le concede y pasa á dicha ciudad á reunirse á su familia



LEGAMOS ya á uno de los períodos mas importantes de la vida pública de D. Tomás ZUMALACÁRREGUI: estamos, por decirlo así, en los umbrales de su carrera política, de esa carrera que tan borrascosa prometió ser desde que se inauguró con el gobierno político de la plaza del Ferrol. Mandaba á la sazon en Galicia el general Eguía, una de las mas firmes y sólidas columnas sobre que se apoyaba en aquella época la causa realista, ya amenazada de muerte desde que ocupado el sólio por una Reina generosa é ilustrada empezó el disperso partido liberal á agitarse y á cobrar esperanza; y ya fuese porque en situacion tan crí-

tica quisiera valerse dicho general de hombres enérgicos y de caracteres resueltos y tenaces, ya porque partícipe de la celosa prevencion con que era mirado el coronel del regimiento de Estremadura, buscase ocasiones de comprometer su reputacion y su buen nombre, no contento con encomendar á su cuidado las mas difíciles y peligrosas comisiones, le confió tambien interinamente el gobierno político de aquella plaza. Era este cargo muy espinoso en aquellas circunstancias. Vacilante y decaido el sistema absoluto, incierto y las mas veces contradictorio el espíritu que dominaba en las altas regiones del poder, no bastaba á una autoridad política todo el celo y energía de que pudiera estar dotada para cumplir bien su mision difícil, y se hacia absolutamente necesario que ese celo fuese acompañado de suspicacia, y esa energía tuviese por inseparable compañera á la prudencia. Ni una ni otra cualidad faltaban del todo al gobernador militar y político del Ferrol, si bien, como lo hacian esperar los antecedentes de su vida, se mostró en todos los pasos de su nueva carrera mas prudente que suspicaz.

Una de las comisiones mas notables por su gravedad, por sus provechosas consecuencias y por lo dificil de su desempeño que el general Eguía cometió al incansable celo del gobernador Zumalacárregui, fue la de esterminar una misteriosa gavilla de ladrones que por espacio de muchos años tuvo en contínua alarma á los habitantes del Ferrol y de sus cercanías. Digna es por su singularidad y por su trascendencia esa sociedad misteriosa, cuyas bases eran la espoliacion y el robo, de que desentrañemos en la parte posible su organizacion y su forma; y para conseguir esto cumplidamente, nada podemos hacer mejor que dar principio á nuestra tarea por la insercion de una carta inédita hasta hoy, que dirigia el gobernador Zumalacárregui á su hermano D. Miguel, y en que con ingénua sencillez, modesta franqueza y rigorosa verdad da algunos pormenores sobre la sociedad á que nos referimos. Lleva esta carta la fecha del 27 de agosto de 1832, y en ella se lee lo siguiente, que no dudamos escitará poderosamente la curiosidad de nuestros lectores.

Querido hermano:

«El capitan general Eguía se ha empeñado en honrarme tanto con su »confianza, que pone á mi cuidado las comisiones más peligrosas y di»fíciles, algunas de las cuales son de tanta gravedad, que me hacen vivir »desvelado y tan ocupadísimo, que no puedo robar ni el tiempo suficiente

»para el preciso descanso. Cuando me mudó á esta guarnicion me encar»gó el gobierno militar de la plaza; luego me comisionó con ámplias fa»cultades para perseguir y esterminar una antigua gavilla de ladrones »que estaba impunemente cometiendo en este pais toda clase de escesos; »y para que pudiese entender yo solo esclusivamente en el descubrimien»to de tan vil canalla, sujetó á mi autoridad á los ayuntamientos y jus»ticias, é invitó á la marina para que en vez de entorpecer mi comision »por razon del fuero, me facilitase todos los auxilios que yo pidiese. Des»de luego traté de poner en ejecucion mi cometido; pero ¿qué escollos »y qué dificultades no se presentaban al querer procesar á los hombres »de mas prestigio, mas temibles y millonarios de este pais? Mas, sin em»bargo, rompí toda traba, no conocí obstáculo, y hoy es el dia que tengo »ya asegurados 40 de estos malvados en el castillo de San Felipe de esta »ria, los mismos que mandaré muy pronto con sus causas á la comision »militar de Santiago. Hablarte de todos los pormenores de esta causa se»ria nunca acabar, porque hay tanta particularidad, tantos hechos y co»sas tan singulares, que aun cuando quisiera no podria relatarte todo: »solo te diré, para que puedas formar una idea de estos criminales, que »componian una gavilla, ó por mejor decir, una sociedad secreta estable»cida hace mas de 20 años, juramentada, regimentada y combinada con »tal astucia y sagacidad, que solamente la fuerza del interés que yo he »tomado ha podido corresponder á tan penosa empresa. Los principales »agentes de esta sociedad son hombres riquísimos, vecinos de esta villa »y su comarca, que estaban en relaciones de amistad con lo mejor del »pueblo, tanto que eran los dueños de él; y el terror que llegaron á im»poner en todas estas inmediaciones unido al mucho oro que poseen y »al favor que siempre han encontrado, les ha abierto en todas ocasiones »un vasto campo para robar impunemente á cuantos querian, sin que na»die se atreviese á desplegar sus labios para delatarlos, no obstante de »ser conocidos públicamente por tales ladrones. Esta canalla tenia sus »reglas y estatutos, su administracion para el gobierno de los intere»ses, salarios fijos, dotaciones y pensiones para las viudas, bajo cuyo »pie estaba organizada desde un principio. Tienen jurado morir antes »que descubrirse, y así es que los consocios trataron de darles veneno »en las comidas para que concluyese la causa y no se hiciesen públicos »sus horrendos crímenes; pero yo, que supe afortunada y oportunamente »ese nuevo crímen proyectado, tomé mis disposiciones con los presos y »con la gente que los custodiaba, y he evitado todo peligro. Basta de ga»villa.—Tu hermano, TOMÁS.»

Del contenido de la anterior carta se deduce cuántas vigilias, cuánta constancia, y sobre todo cuánta lealtad y desinterés eran menester para no desmayar en el noble propósito de descubrir y esterminar una sociedad secreta de ladrones, cuyas raices se estendian por las entrañas mismas de la ciudad. Contando los malhechores con la seguridad que no podian menos de inspirarles veinte años consecutivos, en que sin sobresalto de ningun género habian ejercido sus rapiñas; con la confianza que les daba su organizacion; con la certeza de la impunidad que el oro les ofrecia, y con la probabilidad ademas de que este era suficiente para arrollar todos los obstáculos que á la perpetracion de sus crímenes pudieran oponerse, no esperaban por cierto que el nuevo gobernador del Ferrol fuese el designado por la Providencia para librar á aquel pueblo y á la sociedad toda de la desoladora plaga de sus maldades. Por otra parte, habiendo logrado esta misteriosa é infame asociacion infiltrarse, por decirlo así, entre las clases mas consideradas y respetables por su posicion y su riqueza; teniendo en comerciantes acaudalados y en ricos propietarios sus mas activos agentes y sus directores, con razon se creia á cubierto de toda pesquisa; y escudada con el brillo deslumbrador de las riquezas que proporcionaban á sus miembros la facilidad de lucir ostentosas galas, disfrutar de todas las comodidades de la vida y formar parte de las mas escogidas reuniones, natural era que creyesen que en tan poderosos elementos habria de embotarse el celo de la autoridad mas leal y mas activa. En esta esperanza contribuia mucho á mantenerles el ejemplo de otros gobernadores, que por indolencia sin duda, por temor acaso, pero no por criminal é interesada connivencia, habian tolerado que se entregasen tranquilos á la ejecucion y al goce de sus hurtos. Pero como los crímenes se repetian con mucha frecuencia; como á un robo seguia otro robo; como el temor y el espanto habian invadido no solo los barrios de la ciudad, sino tambien todas sus cercanías, las sentidas quejas de los que tan inícua y violentamente se veian despojados de sus fortunas y del fruto de sus sudores llegaron á oidos del general Eguía; y como la comision de descubrir la guarida de los malhechores fuese dificil, y solo pudiese darla feliz cima una constancia incansable y á toda prueba, nadie podia ser mas á propósito que el coronel del regimiento de Estremadura para desempeñar encargo tan espinoso. Confiósele en efecto á los pocos dias de haber echado tambien sobre sus hombros el peso del gobierno militar de la plaza, y apenas se estendió el rumor de que el coronel ZUMALACÁRREGUI habia sido revestido de ámplias facultades para perseguir y esterminar la terrible ga-

villa, temblaron sus directores y sus agentes, y por primera vez en tan prolongada serie de años y de maldades temieron por su vida.

Un sugeto de los mas ricos de la plaza, de educacion esmerada y de finos modales era el que capitaneaba la gavilla; y como sus circunstancias y su posicion le facilitaban las mejores relaciones, procuraba estrecharlas muy particularmente con las autoridades superiores, consiguiendo de esta manera, no solo ganar su confianza, sino, lo que es mas, iniciarse en sus secretos y hacer imposible todo golpe de mano. Llámabase este caballero de industria D. A...... C...; y prevalido de la íntima amistad que el anterior gobernador, Sr. Michelena, le habia dispensado, sin conocerle á fondo, apenas supo la disposicion de Zumalacárregui á destruir la gavilla, se apresuró á visitarle, y á ofrecerle su amistad y sus servicios. No era fácil que el sincero y veraz gobernador concibiese la menor sospecha de quien, á mas de su finura y de su rango, le presentaba como título para obtener su amistad haberla tenido y muy estrecha con su antecesor en el gobierno militar, y así no vaciló en corresponder á sus atenciones con iguales ofrecimientos.

Ocurrió á los pocos dias que Zumalacárregui comisionó á un oficial del regimiento de Estremadura para que recogiese cierta cantidad propia de dicho cuerpo en un pueblo inmediato al Ferrol. Salió el oficial á desempeñar su cometido; y habiendo cobrado 60,000 rs., que era á lo que ascendia dicha suma, volvia á su destino, cuando hubo de tropezar en el camino con C..., el gefe de la gavilla, que montaba uno de sus mejores caballos. Saludó cortesmente C... al oficial; y como manifestase deseos de trabar con él conversacion, y sedujese al sencillo militar la manera fina con que el industrioso caballero sabia producirse, cayó en el lazo que este le preparaba. Hizo en seguida el oficial á su interlocutor algunas preguntas sobre la famosa partida de ladrones que tan atemorizadas traia á las gentes, y que no dejaba de causarle algun recelo, si es que autorizan á creerlo así algunas de sus ingénuas palabras: «Fresco es»taria yo, dijo entre otras, dirigiéndose á C..., si me robasen los 60,000 rs. »que llevo para mi regimiento.» — «Chasco sería,» repuso el encubierto ladron; y sin añadir mas, aprovechándose del natural descuido del oficial, le puso una pistola al pecho, amenazándole con la muerte si no le hacia al punto entrega de los 60,000 rs. Embargó de tal modo la sorpresa las facultades todas del oficial, que sin dar el menor indicio de una resistencia, que ya hubiera sido inútil, entregó al astuto caballero la cantidad que le demandaba. Apoderado de ella el Sr. C..., apretó las espuelas á su magnífico caballo, y se dirigió á escape al Ferrol, dejando al

pobre oficial sumido en la mayor desesperacion. Una hora no habria aun pasado desde la ejecucion del robo, y ya estaba conversando C... con el gobernador en su misma casa. Ni la serenidad de su semblante, ni lo apuesto de su trage, ni ninguna de esas señales esteriores que tan fácilmente revelan la proximidad del crímen, concurrian en el simulado capitan de la cuadrilla, que al verle tranquilo y festivo conversando con Zumalacárregui, parecia el hombre mas inofensivo y mas honrado del mundo. Estaban en lo mas ameno y entretenido de su diálogo, cuando fue este bruscamente interrumpido por la entrada del despojado oficial,



que al presentarse trémulo á dar cuenta al gobernador de su desgracia, vió con inconcebible asombro, y sin poderse dar razon de lo que veia, que el sugeto con quien tan amistosamente departia aquel era el mismo ladron que acababa de despojarle violentamente el dinero recaudado.

«Me han robado, mi coronel, los tres mil duros cuyo cobro me encomendó V. S., esclamó entonces ébrio de cólera el oficial, y quien me los ha robado es este caballero.» Desmintió C... con inalterable serenidad el dicho del oficial, que calificó de calumnioso; y enojado ZUMALACÁRREGUI de lo que á todas luces parecia una audaz impostura, mandó que al punto fuese arrestado el lenguaraz comisionado. Pero este hecho, contribuyendo á despertar las sospechas que toda la poblacion abrigaba respecto á C..., derramó la apetecida claridad sobre la existencia de la gavilla; y convencido el gobernador de que en efecto la capitaneaba su falso amigo, puso en libertad al oficial, y empleó los mayores desvelos para dar con los criminales.

Inquietos y desasosegados estos, convocaron á junta general á todos sus cómplices, para tomar en ella una resolucion salvadora que conjurase la tormenta que bramaba sobre sus cabezas. Celebróse la junta en un subterráneo próximo á la plaza, que servia de local para sus sesiones, de guarida para sus crímenes y de almacen y general depósito para sus robos. Allí mientras los bandidos de escala mas inferior vaciaban los cofres y las maletas que en la última espedicion habian adquirido y conducian á sus sitios respectivos los objetos robados, los directores de la compañía, entre los cuales se distinguia á C..., llenos de terror y zozobra meditaban los medios que pudieran ser mas seguros para salvar su existencia y continuar en el ejercicio de sus depredaciones. Hombres desalmados é inmorales, del todo agenos á los sentimientos del honor, no concebian que nadie pudiese resistir á la tentacion del oro y no sacrificase á este el cumplimiento de su deber y los gritos de su conciencia. Así la primera idea que se les ocurrió, y que todos unánimes aprobaron como la mas feliz y de mas seguro éxito, fue la de atraerse con dádivas al incorruptible gobernador. Acordóse al efecto por aquella turba de malvados, que una de las personas mas autorizadas de la sociedad se aproximase á ZUMALACÁRREGUI, y pintándole con negro colorido las graves consecuencias que podria traer á los pacíficos habitantes del Ferrol el exasperar con una persecucion inútil é infructuosa á los individuos de la sociedad espoliadora, y manifestándose como temeroso de que se empleasen medidas de rigor para esterminarla, pues siendo uno de los mas acaudalados propietarios, podrian suponerle delator de sus crímenes y vengarse en sus bienes y hasta en su vida de la delacion supuesta, le indicase que él y otros sugetos no menos ricos, convencidos de la ineficacia de todos los esfuerzos para llevar á cabo la destruccion de una gavilla que tan hondas raices habia echado en aquel pais, habian creido conveniente á sus inte-

reses, y á los del mismo gobernador, aconsejarle que no siguiese adelante en su propósito, en cuyo caso tardaria poco en conocer todo lo profundo de su agradecimiento. Pero este acuerdo de la turbulenta junta fue revocado tan pronto como al nombrar el sócio que debia ejecutarle, pusieron los ojos en C.... Negóse este como se negaron todos á desempeñar tan peligrosa comision, pues decian que era lo mas probable que el astuto gobernador, comprendiendo toda la verdad del caso y resintiéndose tal vez de la propuesta, empezase por manifestar su conformidad á ella, poniendo en un calabozo al comisionado. Desechado pues este medio, pareció el mas prudente el de remitir un anónimo al coronel gobernador, pues de esta manera no se corria ningun peligro, y refiriéndole el objeto del mensage de un modo mas esplícito, el resultado era aun mas positivo, si daban por casualidad con un hombre que se dejase, como tantos otros, dominar por la pasion del oro. Dirigióse efectivamente el anónimo, que no produjo otro efecto que poner mas de manifiesto la audacia de los bandidos é irritar la susceptible delicadeza y pundonoroso desinterés de Zumalacárregui, el cual, mirando como una ofensa hecha á su honor la infamante proposicion, procuró vengarse de ella y dejar aquel en el alto lugar que merecia, redoblando su actividad en tales términos, que á los pocos dias ya habian caido en sus manos 40 ladrones, y el célebre capitan, que asegurados por algun tiempo en el castillo de San Felipe, fueron despues conducidos á Santiago, donde se sometieron sus causas al fallo de la comision militar. Casi milagrosamente tuvo ocasion de ser aplicada la justicia, pues alarmados justamente los directores de la sociedad de que en el trance crítico en que se hallaban sus cómplices no fuesen muy fieles en cumplir el juramento que tenian prestado y que sus estatutos prevenian de *morir antes que descubrirse*, concibieron la infernal idea de darles veneno en las comidas, para que muertos los encausados antes de terminar el proceso, no se descorriese el velo que cubria tantos y tan horrendos crímenes. El perspicaz y celoso gobernador supo con feliz oportunidad el nuevo crímen que se maquinaba; y las enérgicas disposiciones que adoptó, ya respecto de los presos, ya de sus carceleros y guardianes, haciendo imposible toda tentativa, permitieron que el proceso, mas luminoso cada dia por las nuevas declaraciones que se le aumentaban, siguiese su curso y esclareciese los hechos, para que inexorable cayese sobre la cabeza de sus autores la espada de la justicia, la cual alcanzó, como no podia menos de alcanzar, al señor C...., que fue condenado perpétuamente al presidio de Ceuta, donde nos consta que aun permanece.

Esta actividad y este vivísimo celo, tan ejemplares y tan dignos de elogio en una autoridad superior, que dieron por resultado la estincion de una gavilla de ladrones, que todos creian imposible destruir, fundándose para temer que fuese eterna en su metódica organizacion y en su



existencia de veinte años, fueron semillas de desventura arrojadas sobre el campo harto feraz de la venganza y del resentimiento, que tardaron poco en producir amarguísimos frutos. Constituida en lucha la autoridad

militar y política del Ferrol con todos cuantos interesados en que la misteriosa gavilla continuase sus robos, no podian darse razon de un desprendimiento tan noble y tan generoso, de un desinterés tan raro y tan estimable, y de una lealtad y un celo tan esquisitos como poco comunes: naturalmente allá en el fondo de su corazon debian jurar vengarse de quien así cortaba el vuelo á sus mal adquiridas riquezas. Y como fuese para estos encubiertos malvados cuestion de vida ó muerte la permanencia de ZUMALACÁRREGUI en el Ferrol y su continuacion en los cargos de gobernador militar y político, procuraron por todos los medios imaginables (y la maldad tiene muchos en su mano) minar la reputacion del hombre que era su pesadilla, suscitarle embarazos, crearle compromisos y malquistarle con la opinion, apelando á la falsedad y á la mentira.

Cabalmente las circunstancias de la nacion venian á facilitar mucho la obra laboriosa de la calumnia. A mediados de 1832 se habia verificado un cambio de política, que parecia el preludio de inmensas innovaciones. Destituido el célebre ministerio Calomarde, y dominantes ciertas ideas y ciertas personas que daban un colorido liberal al movimiento de los primeros dias de octubre, la reaccion contra el carlismo aparecia ya de una manera que no dejaba lugar á la duda. El ansiado decreto de amnistía vino despues á completar el cambio político, y estableciendo un órden de cosas diferente, preparó una traslacion de poder y hasta una mudanza radical en las instituciones. La amnistía fue considerada como el término de un sistema y la inauguracion de otro que debia lanzar al pais en nuevas y acaso peligrosas sendas. Por eso fue recibida por los unos, por los que todo lo esperaban de Cristina, con estraordinario y delirante júbilo, y por los otros, por los que todo lo querian y lo esperaban de D. Cárlos, con sombrío y amenazador silencio. Cristina fue desde entonces para los primeros la madre, el consuelo y el ídolo de los españoles, pues á su voz, como dice un elegante escritor de nuestros dias, las cárceles abrian sus puertas, rompíanse los reforzados hierros de las prisiones, los montes mas escarpados ofrecian sendas amenas al miserable proscrito, y el límite, antes inaccesible, que separaba á España de las demas naciones, trocábase en anchuroso camino por donde pudiesen tornar los desterrados al amoroso regazo de la patria. Colocados los hombres que dirigian los negocios públicos en el sendero de la amnistía, donde sin meditar el fin de ese camino, habian puesto el pie, cundió la alarma entre los realistas de corazon; y los que habian detestado y detestaban el sistema liberal, temerosos de que se entronizase de nuevo, cor-

rieron á agruparse bajo las banderas carlistas, así como todos los afectos á novedades y reformas se dieron á sí el nombre de *Cristinos*. Así las cosas, como era natural comenzaron á manifestarse en algunos pueblos ligeras colisiones, y se presentaron en otros chispazos de insurreccion hasta contra el mismo nombre del Rey.

Magnífica ocasion se ofrecia á los declarados enemigos de Zumalacárregui de verse libres de su vigilante celo, y no pensaron desaprovecharla. Los soldados de Estremadura que mandaba el gobernador pasaban por los mas acérrimos realistas del ejército, y no fue dificil estender con apariencias de crédito la calumniosa voz de que trataban de proclamar á D. Cárlos. La marcada opinion del regimiento, unida á los antecedentes políticos de su coronel, daban cuerpo á la calumnia y hacian que ocupase el lugar de la prevision. Amaneció el dia 20 de octubre de 1832, dia destinado para ejecutar la farsa que se habia urdido con el objeto claro y evidente de desautorizar y hundir al gobernador militar y político D. Tomás Zumalacárregui. Este importante acontecimiento, que tanto influyó en su posterior conducta, merece ser detenidamente examinado; y no contentos nosotros con hacer de él una relacion estensa y minuciosa, y de esclarecerle con todos los documentos oficiales á que dió márgen, queremos, porque así lo exige la imparcialidad y hasta la justicia, que antes que nuestra débil voz se oiga la voz autorizada, ingénua y veraz del mismo interesado, que en una carta que ni remotamente pudo creer al escribirla que hubiese de ver la luz pública andando el tiempo, refiere los hechos de una manera que no deja lugar á ningun género de duda sobre su orígen, su índole y sus verdaderas tendencias. Esta carta que el calumniado gobernador dirigia á su hermano D. Miguel, desde Santiago, lleva la fecha del 14 de noviembre, fecha que es una garantía mas de su certeza, puesto que prueba se escribió veinte y cinco dias despues de aquel en que se estendió la alarma en el Ferrol, y cuando no puede suponerse hija de las impresiones del momento, ni mucho menos producto de una imaginacion enferma y acalorada. Dice así este precioso documento inédito, con el cual encabezamos la relacion de los sucesos del 20 de octubré, temerosos de desflorarlos y de hacerles perder algun tanto la fuerza y el colorido de verdad que supo darles el celoso funcionario que juega en ellos tan gran papel.

«Santiago 14 de noviembre de 1832. = Querido hermano: No dudo que para esta fecha estarás enterado de lo ocurrido en el Ferrol, aunque no de todos sus pormenores ni de la verdad del caso; porque habiendo dado mis enemigos el colorido que han querido á estos sucesos, han

pintado la cosa como debes suponer. Yo te hubiera escrito desde luego para que estuvieses sin cuidado y pudieses desmentir en alta voz la infidelidad ó traicion que se me imputa; pero no he tenido tiempo ni sosiego para hacerlo hasta ahora, que aunque nada tranquilo, voy á manifestarte todo cuanto ha pasado y se ha intentado contra mí.»

«El dia 20 de octubre me hallaba en el Ferrol mandando el ejercicio á mi regimiento, cuando á las cuatro de la tarde recibí un oficio del comandante general de marina del apostadero, en que me decia: que por un aviso anónimo que se le habia dado, sabia se pensaba incendiar el navío *Soberano*; que al efecto habia tomado medidas de precaucion, siendo una de ellas el encerrar toda su fuerza armada en los reales arsenales, y que esperaba que sus providencias hallarian en mí el mayor apoyo. Yo, caminando de buena fé, le contesté durante el pequeño rato de descanso que dí al regimiento, diciendo que con mucho gusto contribuiria por mí mismo y con toda la guarnicion, no solo al mejor éxito de las medidas que él habia tomado, sino á cualquiera otra cosa en que se interesase el servicio del Rey N. S. Continué el ejercicio, y al retirarme á casa, á las cinco y media, me dijo una persona *que corria la voz en el pueblo de que iba á haber conmocion en aquella noche.* Yo que estaba muy distante de pensar en tal novedad, desprecié esa noticia, mucho mas cuando en aquel instante concebí la idea de que el pueblo habria estrañado el que la tropa de marina se hubiese metido en el arsenal, y que tal vez por esta razon sospecharian alguna cosa las gentes. Sin embargo, por si pudiese haber alguna verdad, y mas por enterarme amistosamente del comandante general de lo que hubiese acerca de la quema del navío, pasé á su casa, y no encontrándole en ella, fui al arsenal donde se me dijo que estaba. En efecto, le hallé allí acompañado de todos los gefes, oficiales y empleados de marina, cuya reunion me sorprendió; pero no por eso pude sospechar nada, y en el momento que entré, que serian las seis menos cuarto de la noche, me dió el comandante general un oficio, que dijo me iba á mandar en aquel momento á casa, en que me daba parte de que desde las nueve de la mañana de aquel dia estaba recibiendo avisos de conmociones preparadas en el pueblo, y que suponia que yo como gobernador tendria iguales noticias. Perplejo quedé cuando oí tal novedad, mayormente no habiendo tenido ningun parte del subdelegado de policía, comisarios de cuarteles, alcaldes de barrio, ni de ninguna otra persona; pero en fin, fue preciso tomar medidas de precaucion, y despues de haber hablado largamente sobre el asunto con el comandante general, salí para mi casa dejándole á

él con toda su comitiva y tropa en el arsenal. En seguida llamé á mi alojamiento á todos los gefes y oficiales de mi regimiento, y al comandante de cuatro compañías del 15 de línea que se hallaban de guarnicion en



dicha plaza; les hice saber los rumores que corrian y les encargué la mayor vigilancia, previniéndoles que á la primera novedad ó señal de alarma concurriesen á los cuarteles; y ademas dispuse que el teniente coronel mayor y los oficiales de semana de mi regimiento pasasen la noche en el cuartel, en razon á que toda la tropa se hallaba en él por estar franca de servicio en aquel dia, y á fin de poder mas prontamente acudir á la primera novedad. Yo anduve rondando hasta despues de amanecido, y el resultado fue que no hubo el menor síntoma de inquietud en el pueblo.»

«Al siguiente dia 21 se celebró el *Te Deum* en accion de gracias por el restablecimiento de S. M., á cuyo acto asistió la marina en concurso de todas las demas autoridades; y como despues de concluida la funcion se retirase aquella reunida al arsenal, llamó mucho la atencion del pueblo, infundiendo con este motivo la desconfianza de la guarnicion que hicieron correr el dia anterior; pero habiendo yo publicado un bando hice calmar todo recelo. El mismo dia oficié al comandante general del apostadero,

diciéndole que en el pueblo reinaba la mayor tranquilidad; que únicamente se habia notado alguna sorpresa en las gentes por la repentina disposicion suya de haberse encerrado en el arsenal con todas las dependencias y fuerza armada de la marina; y que averiguase el orígen de los avisos que le habian dado anteriormente, para castigar al inventor de ellos por calumniador. El comandante general contestó dándome mil satisfacciones acerca de mi comportamiento, añadiendo que siempre esperaba de mí que hubiese conservado la tranquilidad pública. De todo lo ocurrido dí parte al capitan general, y tambien lo dió el comandante general, y el resultado fue que el dia 23 recibimos uno y otro la contestacion de S. E. manifestando su agradecimiento por mi celo, y encargándonos que continuasemos acordes en todo. En vista de esta resolucion vino á casa el comandante general; me dió la satisfaccion mas grande que puedes imaginarte de palabra y por escrito; me dijo que la comunicase en la órden de la plaza para conocimiento de todos, y últimamente me suplicó y acordamos publicar un bando firmado por los dos y por el subdelegado de policía, haciendo ver al pueblo que no habia habido ni habria ningun motivo de temor.»

«Esto es en sustancia y en realidad lo que ha ocurrido en el Ferrol; pero yo no me he contentado con la satisfaccion que se me ha dado, sino que he representado enérgicamente á la Reina nuestra Señora como gobernador por conducto del capitan general, y como coronel por medio del inspector, cuya resolucion espero cada dia con mas impaciencia por las nuevas cosas que me pasan.»

«Ya que el primer golpe de mis enemigos se estrelló en mi bien acreditada opinion, trataron de pintar el suceso del modo que ellos quisieron, escribiendo á todas partes y sorprendiendo al nuevo capitan general, el conde de Cartagena. S. E. recibió esos avisos antes de entrar en Galicia, y cuando llegó á Lugo le llenaron tanto los oidos, que me mandó que entregase el gobierno militar y político al comandante general de Marina, y que saliese á Betanzos á recibir sus órdenes. Pasé inmediatamente al destino señalado, y de él en virtud de segunda órden vine á esta capital en donde me oyó S. E., y quedó convencido de mi inocencia; y aunque conoció la ligereza con que se me habia acusado, me dijo que convenia que yo saliese con el primer batallon para Vigo en relevo del segundo que pasaria al Ferrol. En su consecuencia volví á casa, y al momento dispuse la marcha; y al llegar aquí el dia 9 del corriente me encuentro con la inesperada novedad de que me separan del regimiento, dándome el mando del de Africa, 6.° de línea. He pasado muchos crueles dias con los com-

promisos que me han suscitado; pero te aseguro que este golpe de mandarme á otro cuerpo es el mayor de todos.»

«Esta determinacion es sin duda efecto del primer parte que la marina dió directamente al gobierno; pero sea como fuese, ¿por qué no se me castiga si soy criminal? Y si no merezco confianza para mandar un cuerpo de dos batallones como es este, ¿por qué se me confia un regimiento de tres?»

«Las dos representaciones que he hecho á la Reina han ido documentadas con la copia de todos los oficios que mediaron y bandos publicados, y ademas acompañé una sumaria que mandé instruir, por la que se desmienten las conmociones de que me dió parte el comandante general la noche del 20, probándose que únicamente hubo una pequeña agitacion ó sorpresa en uno de los barrios del Ferrol, efecto de la admiracion que causó la repentina entrada de la marina en el arsenal y de haber esparcido la voz un soldado de esa arma de que estaba conmovida la guarnicion.»

«Si fuese yo como generalmente son los hombres del dia, y en especial los de esta provincia, nada me hubiera sucedido, antes al contrario hubiera estado bien visto y con buenos miles en el baul. Me esplicaré mejor: si yo hubiera admitido las ofertas que me hicieron los interesados de aquella infernal gavilla de ladrones, de que tengo hablado, no se me hubiera hecho este tiro; pero como desprecié sus dádivas y conocieron que no me vence el interés, hé aquí porqué se han conjurado contra mí para sacarme del Ferrol, y no dudo que el dinero con que contaban ganarme lo han derramado en otros para calumniarme como lo han hecho. ¡Este es el pago que dan á los hombres íntegros, justicieros y amantes de su rey!»

«El general Morillo y el Sr. Moreda me han manifestado mucho sentimiento por mi salida.»

«La órden de mi pase al 6.° de línea la ha recibido ya este capitan general; pero hasta que se me comunique por conducto del inspector, no puedo ponerme en marcha. Será muy probable que luego se me comunique, y entonces emprenderé mi viaje con mi familia, luchando con el rigor de lo mas crudo del invierno, á Sevilla, en donde se halla el regimiento; pero pienso detenerme en Madrid hasta ventilar este asunto, y despues que haga ver al Rey, á la Reina y al gobierno entero con otra representacion, que presentaré acompañada de iguales documentos, que mi opinion y acrisolada fidelidad es mayor que la de mis calumniadores, pediré mi retiro, si no se me hace justicia. Yo no sé qué mira se han lle-

vado con estas calumniosas voces: si la de acreditarse algunos sorprendiendo á este capitan general con que habia en Galicia alguna trama, ó la de fraguar algun plan oculto que no concibo, porque tambien en la Coruña esparcieron iguales voces que en el Ferrol y en el mismo dia, y aun las hicieron entensivas á esta capital; pero como en la Coruña no pudieron tener lugar las medidas ligeras y alarmantes que se tomaron en el Ferrol, encerrándose toda la marina en el arsenal, resulta que solo yo he sido el blanco de estos sucesos. Lo único que me consuela, es que mi espíritu se halla tranquilo y sin la menor zozobra de que se me afee mi conducta, porque lejos de haber delinquido, tengo la satisfaccion de haber llenado leal y completamente mis deberes. Tambien estan convencidos de esto mismo todos los gallegos, á pesar de las noticias que esparcieron los que miran en mí el mayor obstáculo á sus planes. — Sin mas por hoy, te saluda tu hermano—Tomás. »

Esta relacion franca, ingenua y veraz, este natural y justísimo desahogo, esta indignacion, que no vacilaremos en llamar santa por el noble sentimiento que la inspira, que es el sentimiento de la honradez y de la lealtad ofendidas y puestas en tela de juicio, contribuyen bastante á esclarecer los hechos que por algun tiempo encubriera un velo impenetrable; velo que descorrerá del todo la relacion, no menos verídica, si bien mas minuciosa, que nos proponemos hacer, y la publicacion de los documentos oficiales sobre que estará basada.

Como la mala fé y la perfidia velan siempre, como vela la traicion, apenas empezó el sol á alumbrar con sus nacientes rayos la plaza del Ferrol el dia 20 de octubre de 1832, dieron principio á su obra los ocultos enemigos de D. Tomás Zumalacarregui. Eran las nueve de la mañana y el brigadier D. Roque Guruceta, comandante general de aquel apostadero, ya habia recibido varios avisos anónimos en que le decian: que corrian voces de una próxima conmocion en la plaza, despertando injustas sospechas contra el regimiento infantería de Estremadura que la guarnecia, y particularmente contra su bizarro coronel. Añadíase que el plan de los supuestos agitadores era proclamar nulo el decreto del rey D. Fernando VII de 6 de aquel mes, por el que tuvo á bien autorizar á su augusta esposa para que despachase en su nombre. La invencion revestida de todas las apariencias de verosimilitud y de verdad no podia ser mas ingeniosa. Revelada y conocida en el gobierno de Madrid cierta tendencia hácia las ideas de libertad, desde que la ilustre esposa de Fernando dirigia el timon del Estado, nada mas vorosimil, y nada mas cierto que suponer deseos de combatirlas en aquellos que siempre se ha-

bian distinguido por su acendrado amor á la causa de la monarquía pura. Y como se hallaba en este caso ZUMALACÁRREGUI, y como eran tan conocidos sus antecedentes y sus resentimientos, no era seguramente suponer un absurdo creerle poco afecto á la gobernacion de aquella augusta Señora. Pero esta creencia que, tratándose de otro hombre cualquiera, era la mas natural, por lo que hace al gobernador del Ferrol era completamente infundada, pues acostumbrado á subordinar sus afecciones y sus intereses al fiel cumplimiento de sus deberes, no era de temer que quien tan subordinado y leal se habia mostrado siempre, fuese el primero á rebelarse contra la legítima autoridad de la Reina, cualesquiera que fuesen el espíritu y las tendencias de su gobierno. Los avisos anónimos produjeron, sin embargo, el efecto que era de esperar; alarmóse el comandante general de marina con semejantes noticias, y si bien no las creyó suficientes para poner en accion y movimiento sus fuerzas, bastaron para que se preparase á detener el golpe que se le anunciaba con la mayor vigilancia. A los pocos momentos recibió otro aviso, y no pudiendo ya contener su impaciencia, mandó llamar al oficial encargado de la fuerza de la brigada Real de marina para enterarse del estado de aquella tropa y darle sus instrucciones preventivas. Tranquilizado respecto al buen espíritu de los marinos, el celo del oficial hubo de aumentar mucho sus temores, pues le preguntó si estaba instruido de las voces que corrian de próxima conmocion. Entonces el brigadier Guruceta no dudó ya de que en efecto se preparaba una insurreccion, y dispuesto á combatirla y domeñarla, como era de su deber, dió órden al oficial de mantener su tropa en actitud de resistir toda sorpresa, y de poder salir de su cuartel para el arsenal, en donde, en caso necesario, se hallaria él mismo con todos los de su dependencia.

Esta situacion de ansiedad y de zozobra para el comandante general, se hizo mas crítica pocas horas despues al recibir otro nuevo aviso. Era este ya mas minucioso, y en él se le comunicaba que el plan de los conspiradores era sorprender á media noche la tropa de la brigada Real con fuerzas del 14 de línea; sorprender asimismo á varios sugetos cuyos nombres y señas de las respectivas casas estaban apuntados en una lista, y por estos medios allanar el camino para consumar á la mañana siguiente la sedicion en la plaza. Avisos tan repetidos y tan acordes todos decidieron al espresado gefe á encerrarse en el arsenal, y al efecto dió órden al comandante de la brigada Real de marina de sacarla del cuartel, so pretesto de ejercicio, y de entrar con ella en el dique; mandó tambien que todos los oficiales del cuerpo se le reuniesen en dicho punto,

adonde pensaba trasladarse entre cuatro y cinco de la tarde. Se trasladó efectivamente á esta hora con la fuerza de su mando, no sin que semejante movimiento produjese el mayor asombro en los habitantes de la plaza, que unos á otros se preguntaban el motivo de resolucion tan inesperada, y ninguno sabia dar de ella razon. Cundió instantáneamente la alarma por toda la ciudad, cuyas calles no tardaron en verse desiertas como si amenazase estallar una tremenda conmocion. Constituido el comandante general de marina en el arsenal, donde ya se creia en disposicion de evitar toda sorpresa, ofició al gobernador militar y político en estos términos:

«Comandancia general de marina del departamento del Ferrol.—Un »anónimo en que se me dice se piensa incendiar el navío de S. M. *El* »*Soberano*, me obliga á tomar medidas de precaucion, siendo una de »ellas cubrir los Reales arsenales con la fuerza de la brigada Real, ade»mas de las guardias que ya tiene.—Lo que creo de mi deber noticiar »á V. S., esperando que en caso necesario mis providencias por el me»jor servicio de S. M. tendrán en V. S. un firme apoyo.—Dios guarde á »V. S. muchos años.—Ferrol 20 de octubre de 1832.—Roque Guruce»ta.—Señor gobernador político y militar de esta plaza.»

Hallábase tranquilo mandando el ejercicio Zumalacárregui cuando recibió esta comunicacion, á la cual dió poca importancia por creerla fundada en vagos y desautorizados rumores. Siguió por lo tanto ocupándose en lo que mas cautivaba su aficion, hasta que la luz del crepúsculo le obligó á suspender las maniobras y á dar la vuelta con su regimiento á la poblacion. Algunas personas que se le aproximaron despues, le dieron noticia de los generalizados rumores de conmocion que circulaban entre las gentes; rumores que desde luego creyó nacidos del inesperado movimiento de la fuerza de marina, cuya estremada vigilancia habria dado motivo á los malévolos para esparcir aquellas voces con mas visos de certeza. Pero por poco crédito que á Zumalacárregui mereciesen, como su silencio, sobre no ser oportuno, hubiera podido interpretarse siniestramente, apenas llegó á su casa, á las cinco y media de la tarde, contestó al oficio del comandante general de la manera siguiente:

«Gobierno militar y político del Ferrol.—Sabe V. S. que por el bien »del servicio de S. M. estoy dispuesto siempre á emplear todos mis es»fuerzos y hasta á sacrificar mi propia existencia, y bajo este seguro ga»rante cuente V. S. conmigo y con toda la guarnicion de esta plaza, no »solo para el caso de que se trate de incendiar el navío *Soberano*, de

»que me hace mencion en su oficio de hoy, sino para cualquiera otro »accidente en que se interese el servicio del Rey N. S.—Dios guarde á »V. S. muchos años.—Ferrol 20 de octubre de 1832.—El gobernador »interino, TOMÁS ZUMALACÁRREGUI.—Señor comandante general de ma»rina de este apostadero.»

Tomadas por el señor Guruceta en el arsenal todas las precauciones que podia aconsejar la mas esquisita prudencia, para asegurarse mas de la buena disposicion en que estaba de secundarle el gobernador, le ofició de nuevo en esta forma:

«Reservado.—Desde las nueve de la mañana estoy recibiendo avisos »de conmociones en este pueblo, que, como á militar que no sabe mas »que respetar, obedecer y cumplimentar las órdenes soberanas del Rey »nuestro señor y sus Reales decretos, me tienen en constante ansiedad. »Yo debo creer, y estoy persuadido que á V. S. como encargado del »gobierno P. y M. de esta plaza, habrán llegado las mismas noticias que »á mí: bajo este supuesto, y bien penetrado de que la analogía entre »los principios de V. S. y los mios, y la unidad de nuestros sentimien»tos debe producir tambien los mismos efectos en el mejor servicio de »S. M., me ha parecido conveniente hacer á V. S. esta manifestacion, »indicándole mi deseo de tener á la mayor brevedad una entrevista con »V. S. para acordar las medidas oportunas en tales circunstancias.— »Dios guarde á V. S. muchos años.—Dique de los Reales Arsenales del »Ferrol 20 de octubre de 1832, á las seis y tres cuartos de la noche.— »Roque Guruceta.—Sr. Gobernador M. y P. de esta plaza.»

No habia concluido de cerrar el oficio el secretario del comandante de marina, cuando se presentó ZUMALACÁRREGUI en el dique llevado del deseo de inquirir por sí mismo los motivos que habian dado lugar á tan alarmantes medidas. El comandante general le entregó al punto el oficio que pensaba dirigirle, y confirmándole verbalmente su contenido, procuró por todos los medios imaginables sondear las intenciones del gobernador. Este, con la naturalidad que tanto le distinguia, manifestó que el único rumor que habia llegado á sus oidos era que *se notaba conmocion en el pueblo, y que se decia que el 14 de línea trataba de degollar á la marina*, y que ese rumor habia procedido de dos religiosos, personas naturalmente medrosas, y por lo tanto en esta especie de noticias poco dignas de crédito. Replicó el brigadier Guruceta que él no habia oido tan alarmante rumor, y sí solo que se trataba de sorprender á la marina, sorpresa que no podia creer la intentase un regimiento tan leal como el de Estremadura, y que tenia á su cabeza un gefe tan enérgico como

riguroso observador de la disciplina. Zumalacárregui entonces, creyendo que hacia una ofensa á la lealtad de su tropa defendiéndola de imputacion tan injusta, se limitó á protestar que cumpliria con sus deberes con estas concisas, pero sentidas palabras: «Respondo del órden, mi »brigadier, y puede V. S. descansar en la confianza de que solo pasando »por encima de mi cadáver, podrán los enemigos del Rey llevar adelante »sus planes.» Contestacion tan categórica debió tranquilizar sin duda al gefe de marina, y cambiadas algunas protestas de conformidad de sentimientos y de opiniones, se separaron ambos gefes.

Vuelto Zumalacárregui á su casa, hizo reunir en ella á todos los gefes y oficiales de su cuerpo y á los de las compañías del regimiento de Castilla, y despues de darles conocimiento de las ofensivas voces que circulaban, poniendo en duda su lealtad y su obediencia, les indicó en una enérgica y familiar arenga, que nunca debian resplandecer mas en ellos aquellas cualidades que en ocasion tan crítica, y que procurasen vivir con vigilancia, evitando con gran cuidado el dar motivo á las sospechas que sobre su opinion se habian arrojado. Dispuso ademas en esta reunion que el teniente coronel y los oficiales de semana del 14 de línea pasasen la noche en el cuartel, estableciendo patrullas, y previniendo que él mismo rondária hasta despues de amanecido. Adoptadas estas disposiciones, y despues de haberse hecho cargo detenidamente del oficio que habia recibido de manos del comandante general, le contestó á las diez y media de la noche con el siguiente:

Gobierno político y militar del Ferrol.—«Despues de haber contes»tado al oficio de V. S. de hoy, ofreciéndome muy gustoso en obsequio »del mejor servicio del Rey N. S., á cooperar por mi parte á las medi»das de precaucion que V. S. ha tomado, y mas que tomase con motivo »del parte anónimo que dice se le ha dado de intentarse incendiar el na»vio de S. M. el *Soberano*, he oido una voz de que se susurraba alguna »conmocion en el pueblo; y aunque la he calificado de vaga, creyéndo»la emanada del pueblo ignorante que tal vez habrá hecho misterio de »la salida de la tropa de marina del cuartel para el Real arsenal; fun»dándome mas y mas en que seria falsa dicha voz, porque hasta en»tonces, que eran las cinco de la tarde, no habia tenido la menor noti»cia, antecedente ni sospecha de que pudiese alterarse la tranquilidad »pública; sin embargo, he querido personarme con V. S. por si acaso »tuviese alguna verdad aquella voz, en cuyo caso me ha entregado V. S. »en persona el oficio á que voy á contestar, comunicándome los avisos »que desde las nueve de la mañana de hoy le han dado anunciando

»conmocion en el pueblo.—En la entrevista y conferencia que acaba»mos de tener con dicho motivo, ha visto V. S. la sorpresa que me han »causado los repetidos avisos que han dado á V. S., mayormente cuan»do yo no he sabido mas que la noticia vaga que arriba refiero. Pero »en fin, sea lo que fuere, sean ciertos ó falsos los partes, inevitable es »tomar precauciones; y á este fin V. S. y yo acordamos cada uno por »nuestra parte dictar aquellas medidas mas análogas al caso.—Conve»nidos así, me he despedido de V. S., é inmediatamente he llamado á »mi casa á los gefes y oficiales del regimiento de Estremadura y al co»mandante de las compañías del de Castilla, á quienes he encargado »muchísimo que esten con suma vigilancia para que en el caso de cual»quiera novedad, se reunan inmediatamente en el cuartel. Tambien he »dispuesto que el teniente coronel mayor y un oficial por compañía de »dicho regimiento de Estremadura pasen la noche en el cuartel en ra»zon á que toda la tropa está en él por hallarse franca de servicio, para »que no se pierda un momento si llegase el caso de una alarma. Ademas »de la patrulla de capa he establecido otras que recorran incesante»mente el pueblo, y yo por mi parte ofrezco rondar y vigilar hasta el »dia, pues que no descansaré mientras haya tales rumores; y aseguro á »V. S. que yo el primero, y lo mismo todos los oficiales de la guarni»cion, en quienes tengo una indecible confianza, sabremos sofocar á »costa de nuestras propias vidas la menor inquietud que se observase.— »Yo respondo con las precauciones que he tomado que nadie se atre»verá á alterar la tranquilidad pública; y si alguno se atreviese, pron»to espiará su atentado. Lo que ahora importa es que V. S., puesto »que le han dado tales partes, averigüe con toda reserva el origen de »la conmocion de que se habla, para en el caso de que sea falsa, como »se cree, se aplique el condigno castigo á quien ó quienes han querido »perturbar el sosiego público, esparciendo voces tan alarmantes como »las que motivan las medidas que V. S. y yo acabamos de tomar: espe»rando me dé conocimiento del resultado de dicha averiguacion para »los efectos convenientes. Dios guarde á V. S. muchos años.—Ferrol 20 »de octubre de 1832, á las diez y media de la noche.—El gobernador »interino, Tomás Zumalacárregui.—Sr. Comandante general de mari»na de este apostadero.»

Naturalmente alarmados varios dependientes del ramo de marina y algunos oficiales del ejército, que á la sazon se hallaban en el Ferrol sin destino fijo, al ver las rigorosas precauciones y el bélico aparato que se notaban en el arsenal, creyeron de su deber ofrecer sus espadas al

comandante general, presumiendo con razon que si no daban este paso, tal vez pudiera suponérseles iniciados en la preparada conmocion. Presentáronse, pues, durante la noche al Sr. Guruceta, cuyas órdenes manifestaron estar dispuestos á obedecer como decididos defensores de S. M. Tranquilizólos en parte el brigadier de la armada; y agradeciendo su leal cooperacion, les dijo que sus disposiciones eran puramente de precaucion, y solo las que podian caber en el círculo de su jurisdiccion; que no esperaba tener necesidad de dictar otras, ni de traspasar el límite de sus facultades; pero que en todo caso estaba decidido con toda la fuerza de su mando á sellar con su sangre y con el sacrificio de su vida el juramento de fidelidad prestado al soberano.

La temida noche del 20 de octubre llegó á su término sin que la menor novedad alterase el pausado y tranquilo curso de sus horas. El sueño y el reposo habian sucedido al desvelo y á la ansiedad, y solo el grave y monótono ruido de los soldados que patrullaban, y las voces de *alerta* que daban los vigilantes centinelas del arsenal, podian revelar la supuesta proximidad de una terrible conmocion. El gobernador Zumalacárregui, despues de haber pasado la noche toda velando por la tranquilidad pública, que sin el menor esfuerzo logró conservar, porque nadie intentó perturbarla, apenas vió salir el sol por el horizonte, se dirigió á su casa persuadido de lo infundado de la alarma y penetrado ya del objeto que habian podido llevar sus inventores; para qué hechos tan sencillos no se desfigurasen y torciesen, creyó oportuno dar parte al capitan general de Galicia de las precauciones tomadas y de los rumores que habian corrido; y asi lo hizo á las seis y media de la mañana del 21 en estos términos:

«Gobierno político y militar del Ferrol.—Excmo. Sr.—A las cuatro y media de la tarde de ayer recibí un oficio del comandante general de marina de este apostadero, en que me espresaba que por un anónimo que se le dirigió, se le decia que se trataba de incendiar el navío de S. M. el *Soberano*: que al efecto habia tomado medidas de precaucion, siendo una de ellas cubrir los Reales arsenales con la fuerza de la brigada Real, ademas de las guardias que en los mismos habia, y que esperaba que en el caso necesario sus providencias por el mejor servicio de S. M. tendrian en mí un firme apoyo. Yo le contesté inmediatamente que con el mayor placer cooperaria por mí mismo y con toda la guarnicion á tan importante objeto y á cualquiera otro en que se interesase el servio del Rey N. S. Yo vivia sin antecedente alguno de que se intentase la espuesta quema hasta que recibí aquel oficio, ni podia pensar que el pueblo hi-

ciese misterio de las providencias dictadas por el señor comandante general, ni que la tropa de marina fuese al arsenal, ni menos sospechaba que hubiese el menor síntoma que pudiese alterar la tranquilidad pública, cuando á las cinco y media de la tarde me dijo una persona que se susurraba que iba á haber alguna conmocion. Esta noticia la oí



con desprecio, calificándola de vaga, porque no tenia el menor antecedente, ni motivo alguno para darla asenso, y la juzgué mas y mas falsa, formando la idea de que el pueblo habria estrañado que entrase en el arsenal toda la fuerza de marina, de cuya novedad creí que se valdria algun malévolo para esparcir la voz de que habia conmocion. Mas sin embargo, por si pudiese haber alguna reliquia de verdad, me personé

en seguida con el comandante general, y al momento de verme me entregó un oficio que decia iba á mandar á mi casa, en que me daba parte de que desde las nueve de la mañana estaba recibiendo avisos de conmociones en el pueblo, que le tenian en una constante ansiedad: que suponia que á mí como gobernador, habrian llegado tales noticias; que penetrado de que mis sentimientos y los suyos eran unánimes, me hacia dicha manifestacion, deseando tuviésemos una entrevista para acordar las medidas oportunas en tales circunstancias. Perplejo quedé al oir tal novedad, mayormente cuando yo, como llevo dicho, nada habia oido, ni el subdelegado de policía, ni nadie me habia dado el mas leve aviso, ni sabia mas que la noticia vaga de que dejo hablado.—Mirado este asunto bajo otro aspecto con la manifestacion que se me hacia, acordamos el comandante general y yo tomar cada uno por su parte aquellas medidas mas análogas á tales circunstancias. Convenidos asi, me despedí de él, fuí á mi casa y llamé á ella al comandante de las compañías del regimiento de Castilla y á los gefes y oficiales del de Estremadura, á quienes hice saber los rumores que corrian: que era preciso que cada uno vigilase, que estuviesen con precaucion, y que á la primera señal de alarma asistiesen al cuartel. Dispuse tambien que el teniente coronel mayor y un oficial por compañía de Estremadura pasasen la noche en el cuartel para estar prontos á la menor novedad que hubiese, en razon á que dicho regimiento estaba franco de servicio y tenia toda la fuerza reunida en el cuartel: establecí patrullas que recorriesen de noche el pueblo, ademas de la de capa que constantemente anda de ronda.—De todas estas disposiciones dí conocimiento á las diez y media de anoche al comandante general de marina para su gobierno, añadiéndole que yo mismo recorreria la plaza hasta despues de amanecido, y le aseguré bajo la garantía de mis buenos deseos y de la confianza que me inspira toda la guarnicion, que por nuestra parte se sofocaria al momento á costa de nuestras vidas la menor inquietud que se observase. Le decia tambien que lo que importaba era, puesto que á él le habian dado partes, que averiguase con toda reserva el orígen de la conmocion que se decia fraguarse, para si fuese falsa, como era de creer, se aplicase el condigno castigo á quien por tan viles medios intentó perturbar el sosiego público, y que me diese parte del resultado para los efectos que pudiesen convenir.—El resultado de todo es que hasta ahora no se ha observado el menor síntoma de inquietud. Las patrullas por una parte en distintas direcciones, yo por otra recorriendo el pueblo, los oficiales vigilantísimos, y mucho mas los que estaban en el cuartel, nadie ha no-

tado nada absolutamente que merezca la atencion: antes al contrario, se ha visto, como es comun en este pueblo, la mayor quietud y recogimiento de todos sus habitantes. Todo esto me hace creer que ha sido supuesta la idea de tal conmocion; mas sin embargo, yo viviré muy sobre mí; y aseguro desde ahora á V. E., que ínterin tenga la responsabilidad de esta plaza, primero sacrificaré mil vidas que tuviese, que tolerar en ella la alteracion de su tranquilidad. Ademas de que he dicho al comandante general de marina que convendria que averiguase el orígen de los avisos que le han dado, he dispuesto por mi parte instruir la correspondiente sumaria al mismo fin. Todo lo que me apresuro á comunicar á V. E. por estraordinario para su superior conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años.—Ferrol 21 de octubre de 1832.—Excmo. Sr.—El gobernador interino, TOMAS ZUMALACÁRREGUI.—Excelentísimo Sr. capitan general de este ejército y reino.

A las pocas horas de remitido este parte tuvo el comandante general absoluta necesidad de interrumpir la imponente actitud de sus fuerzas, pues un *solemne Te-Deum* que se cantaba aquel dia en accion de gracias al Todopoderoso por el inesperado y feliz restablecimiento del Soberano reunió en una de las principales iglesias del Ferrol á todas las autoridades, corporaciones, empleados eclesiásticos, civiles y militares, y á un inmenso pueblo, que en la prodigiosa mejoría del Rey veian patente y clara la mano de la Providencia, librando á la desventurada nacion española de las calamidades y de los infortunios que iba á descargar sobre ella una guerra dinástica, complicada acaso con una lucha no menos terrible de principios. Terminado el acto religioso, y cuando ya creian todos desvanecidos los recelos y disipados los temores, vieron con asombro que la fuerza de marina se dirigió reunida desde el templo al arsenal, donde se encerró de nuevo, tomando las mismas precauciones que el dia anterior habian derramado la desconfianza y la alarma por toda la poblacion. Este paso, por otra parte, que daba aisladamente la marina, sin proceder de acuerdo con el ejército, prestaba apariencias de verdad al rumor de que este último no inspiraba la mayor confianza, y ZUMALACÁRREGUI para desmentir ese rumor, y para volver el sosiego á los perturbados ánimos, publicó el siguiente bando que hizo fijar manuscrito en las esquinas y puntos mas concurridos de la plaza.

«Ferrolanos: No sin admiracion y sorpresa he llegado á entender »que os tienen en el mayor cuidado y desasosiego varios rumores espar»cidos, de que se trata de alterar la tranquilidad pública á favor de la »desunion que se imputa á los cuerpos que componen la benemérita guar-

»nicion de esta plaza. Si meditais nada mas que un momento en la dis»ciplina, subordinacion y amor al Rey N. S. D. Fernando VII que tanto »caracterizan á todos los individuos de la guarnicion, juzgareis, asi como »yo, que son mas acreedores á que se les haga el obsequio tan justamen»te debido á sus virtudes militares, que no á que se les tilde con la deni»grativa nota de insubordinados ni revoltosos; y si les haceis, como creo, »esta justicia, os convencereis de que la propalacion que tanto os ha in»quietado, es hija de un espíritu revolucionario, nacido del corazon mis»mo de aquellos malévolos, propensos por naturaleza y por costumbre á »sembrar la discordia y á agitar al pacífico y honrado vecino. Omito ha»blar mas de las causas que pudieron haber puesto en movimiento tales »rumores: mi deber en esta crisis es haceros entender y aseguraros bajo »lo mas sagrado de mi honor, que son falsas y muy vagas las voces con »que se ha infamado á la tropa y turbado vuestra quietud; y por conse»cuencia, que lejos de vivir con zozobra y temor, debeis descuidar y con»fiar en la disciplina y loables sentimientos de toda la guarnicion. Yo »sostengo esta garantía que os hago, y os juro y prometo conservaros la »dulce tranquilidad que hasta aqui habeis gozado; y si alguno osase per»turbarla, seré yo el primero que sabré sofocar su voz antes que llegue á »oirse, y en todos casos me tendreis siempre el mas adelantado, despre»ciando mi vida para defender vuestro reposo, y sobre todo los sobera»nos derechos del Rey N. S. D. Fernando VII.—¡Ferrolanos! Este es mi »voto bien acreditado en circunstancias críticas, y es tambien el vuestro. »Contad, pues, conmigo; descansad en mi vigilancia y firmeza y en el in»terés que me tomo en beneficio del pueblo. No lo dudeis; y en prueba »de esta verdad repetid conmigo identificados como lo estais en unos »mismos sentimientos. ¡Viva el Rey nuestro Señor! ¡Viva la Reina nues»tra Señora! ¡Viva su augusta descendencia! ¡Viva la real familia de Bor»bon!—Ferrol 21 de octubre de 1832.—El gobernador político y militar, »Tomás Zumalacárregui.»

Las francas palabras y las sinceras protestas de lealtad del gobernador disiparon hasta la mas remota sombra de sospecha, y todos cuantos se apresuraban á leer con ansiedad el bando, al enterarse de su contenido daban ya muestras de la mas completa seguridad é inalterable calma. Esta, sin embargo, no podia ser cumplida, ínterin permaneciesen los marinos en imponente y aterradora actitud; y deseando Zumalacárregui ver desvanecida hasta la mas ligera nube de zozobra, ofició nuevamente á la una de la tarde al comandante general del apostadero, diciéndole lo que sigue:

«Gobierno político y militar del Ferrol.—Ya dije á V. S. en mi escrito de las diez y media de anoche las medidas de precaucion que habia tomado en la plaza, consecuente á lo que acordamos en la entrevista que tuvimos, y lo mismo que aseguré á V. S. ha sucedido, pues que ni yo, que he estado de ronda hasta despues de amanecido, ni las patrullas,



guardias, ni los oficiales del regimiento de Estremadura que estuvieron vigilantísimos en el cuartel de Dolores, hemos notado el menor síntoma de conmocion, ni aun de sospecha.—Tambien me he informado con detencion y reserva del subdelegado de policía, comisarios de cuartel, alcaldes de barrio, y todos contestes me dicen que estan muy distantes de pensar que pueda haber en el pueblo el mas pequeño motivo que infun-

da recelo: que ayer se notó en la plaza el mismo sosiego y quietud qué felizmente se ha gozado siempre, y que únicamente hubo algunos pequeños rumores al oscurecer, hijos mas bien de admiracion que de inquietud, por haber visto con estrañeza el pueblo entrar en los Reales arsenales toda la fuerza de la marina, y llevarse á ellos algunas camas.— Sin embargo de lo persuadido que estoy de que no existe causa alguna para recelar que se altere ni haya podido alterarse la tranquilidad pública, vivo y viviré vigilantísimo, y no perdonaré medio alguno que conduzca á llenar objeto tan importante como el que pesa sobre mi responsabilidad.—Réstame saber ahora para mi gobierno, medidas y providencias sucesivas, si V. S. ha vuelto á recibir iguales avisos que los de ayer, si ha inquirido, como le supliqué en mi oficio de anoche, el orígen de aquellos, los motivos que pudo haber para circularlos, y si existe ó no la misma causa de recelo; pues que yo, como llevo dicho, no he podido averiguarla, á pesar de que no he cesado de vigilar é indagar.—Espero se sirva V. S. decirme cuanto hubiese adelantado ó haya sobre el particular para que por medio de la recíproca confianza que nos dispensamos, demos mayor impulso al mejor servicio del Rey N. S.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Ferrol 21 de octubre de 1832.—El gobernador interino, Tomás Zumalacárregui.—Sr. comandante general de marina de este apostadero.»

A oficio tan insinuante no podia menos de contestar al punto el comandante general de marina, y así lo hizo con el siguiente:

«Comandancia general de marina del apostadero.—He sido testigo como V. S. de la tranquilidad de esta plaza que V. S. me ofreció en nuestra entrevista, de cuya tranquilidad quedé seguro desde el instante que por nuestra conformidad de sentimientos, y decidida y constante accion en el cumplimiento de nuestras obligaciones, nos confirmamos mútuamente en nuestros recíprocos deberes.—Ningun aviso he vuelto á recibir desde que se me dieron los que noticié á V. S., motivando las medidas que habia tomado. Con ellas tengo resguardados de cualquier golpe fatal que se intente, y que ya no espero, los Reales arsenales con cuanto en sí encierran; y como con ellas en nada debilito ni entorpezco la accion y funciones de V. S., como gobernador político y militar de esta plaza, sigo en las mismas, contando siempre con la cooperacion importante de V. S., así como V. S. puede contar con la mia en obsequio debido al mejor servicio del Rey N. S. (Q. D. G.), en la inteligencia que de todo he enterado al Excmo. Sr. capitan general de este ejército y reino de Galicia.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Ferrol 21 de

octubre de 1832.—Roque Guruceta.—Sr. gobernador político y militar de esta plaza.»

No quedó satisfecho con esta respuesta ZUMALACÁRREGUI, y no sabiendo á qué atribuir la estremada y recelosa vigilancia del comandante de marina, que ya empezaba á ofenderle, ni mucho menos la obstinacion con que permanecia en alarmante actitud, dando con esto orígen al desasosiego de las gentes y á la desunion entre la marina y el ejército, que sin motivo alguno razonable se miraban la una en frente del otro, en mútua y silenciosa observacion, comisionó á uno de sus ayudantes para que entregase al capitan general de Galicia un nuevo parte, para ver si de este modo se ponia término á una situacion tan rara y tan anómala. Este parte estendido á las cuatro de la tarde del mismo dia 21 decia así:

«Gobierno político y militar del Ferrol.—Desde el parte que he dado á V. E. á las seis y media de la mañana de hoy hasta ahora, que son las cuatro de la tarde, no ha ocurrido la mas simple novedad en la tranquilidad pública: se observa por el contrario una paz y sosiego envidiables; mas sin embargo, y á pesar de que estoy persuadido hasta mas allá de la evidencia, de que no existe ni ha existido la menor causa de inquietud, ni ceso ni cesaré de estar muy sobre mí.—Los rumores de conmocion en el pueblo, de que me dió parte ayer el comandante general de marina, con referencia á los avisos que recibió, son enteramente falsos. Así es, que ni yo, ni el subdelegado de policía, comisarios de cuartel, alcaldes de barrio, ni oficiales de la guarnicion observamos ayer nada absolutamente que indicase sospecha de perturbar el sosiego público. Lo único que ocurrió, segun es público ya, y confesado por todos, es que al oscurecer de anoche hubo en el pueblo alguna sorpresa ó admiracion, mas no inquietud, efecto de haber visto las gentes con estrañeza que toda la fuerza de marina entró en el arsenal, y llevaron á él algunas camas para gefes ú oficiales.—Esta verdad está publicando la voz general del pueblo, y esto es lo único que ha ocurrido, ni mas ni menos, ayer en esta plaza; mas sin embargo, por si el comandante general de marina ha tenido nuevos avisos como los de ayer, y para caminar acorde con él, le he pasado hoy á la una de la tarde el oficio que por copia acompaño adjunto.—Los señores gefes, oficiales y tropa de marina aun existen en el arsenal; ellos sabrán la causa, que yo la ignoro; pero el resultado es que llaman la atencion del pueblo.—De todo lo espuesto deducirá V. E. que no existe ni ha existido la causa que ha querido suponerse, y que el señor comandante general ha obrado en esta parte con demasiada ligereza y poca prevision,

poniéndome á mí y á toda la guarnicion en una predispuesta alarma, é infundiendo en el pueblo con tales medidas una grande desconfianza en la tranquilidad y reposo de sus vecinos.—Lo que tengo el honor de comunicar á V. E. para su superior conocimiento, por medio del ayudante del regimiento infantería de Estremadura, 14 de línea, D. Juan Alcoverro.—Dios guarde á V. E. muchos años. Ferrol 21 de octubre de 1832.—El gobernador interino, Tomás Zumalacárregui.—Excmo. Sr. capitan general de este ejército y reino.»

En la situacion crítica y difícil, en que á impulsos de un escesivo celo por el mejor servicio del Rey, se habia colocado el brigadier de marina, todo, aun lo mas sencillo y natural, venia á producirle nuevos cuidados y recelos. Asi, en cuanto supo que habia salido en posta un ayudante del gobernador, conduciendo un parte para el capitan general, creyó preciso para que no se interpretaran de un modo siniestro y desfavorable sus medidas de precaucion, que una persona autorizada, y que hubiese sido testigo de su conducta, informase de todo verbalmente á aquel gefe superior. Cometió este encargo el Sr. Guruceta al brigadier de la armada D. José María Chacon, el cual salió del Ferrol á las cuatro de la tarde, dirigiéndose por mar á la Coruña, en la falúa del comandante general.

Deseoso el ayuntamiento del Ferrol de saber de una manera auténtica las causas que habian dado márgen á las preventivas y alarmantes precauciones de la marina, para tranquilizar á sus representados, una vez reconocido el orígen de que habian emanado, comisionó á uno de sus miembros para que acompañado del secretario de la corporacion municipal se presentase en su nombre al comandante general del apostadero, y pusiese en sus manos un oficio, donde al mismo tiempo que se pedian esplicaciones sobre la alarma, se ofrecia la municipalidad ferrolana á coadyuvar con todas las autoridades al mejor servicio de S. M. El señor Guruceta recibió cortesmente á los comisionados, y despues de hacerse cargo del contenido del oficio de que eran portadores, contestó al ayuntamiento con otro en que se limitaba á decir que las causas que habian promovido sus medidas las habia comunicado oportunamente al gobernador de la plaza, que como presidente de dicha corporacion estaba en el caso de ponerlas en conocimiento de esta.

Pero por mucho que abultase los peligros el laudable y escesivo celo del comandante general, el órden y la tranquilidad que por do quier reinaban venian á convencerle, de que si pudo intentarse un golpe de mano por los enemigos del reposo público, desanimados estos á la vista

de tan imponentes precauciones, sin duda alguna habian desistido de su criminal propósito. En esta persuasion, y con el objeto de dar algun descanso á sus subordinados, determinó dividir la oficialidad en dos turnos, mandando que una mitad permaneciese en el arsenal, de donde no se separó el vigilantísimo gefe.

Al dia siguiente, viendo el gobernador que las cosas seguian en el mismo estado, y que las precauciones de la marina eran las mismas, dirigió al señor capitan general de aquel reino el oficio que á continuacion transcribimos:

«Gobierno militar y político del Ferrol.—Excmo. Sr.—Desde el último parte que dí á V. E. á las cuatro de la tarde de ayer y remití por mano del ayudante del regimiento infantería de Estremadura D. Juan Alcoverro, no ha ocurrido la menor novedad en la tranquilidad pública; mas sin embargo continúo vigilando sin descanso. Los gefes, oficiales y tropa de marina aun continúan dentro de los arsenales, y yo sigo en comunicacion oficial con el comandante general del apostadero, guardando siempre una mútua correspondencia para llenar recíprocamente nuestros deberes, como verá V. E. por la copia del oficio que me pasó ayer y acompaño adjunto. Repito lo mismo que dije en mi oficio anterior, que la estancia de la fuerza de marina, sus gefes y demas dependientes en los Reales arsenales tiene al pueblo en espectacion, y para disuadirle de todo recelo creí conveniente publicar ayer el bando cuya copia acompaño.—Lo que elevo al superior conocimiento de V. E. para su gobierno. Dios guarde á V. E. muchos años. Ferrol 22 de octubre de 1832, á las seis y media de la mañana.—Excmo. Sr.—El gobernador interino, Tomás Zumalacárregui.—Excmo. Sr. capitan general de este ejército y reino.»

En contestacion al preinserto oficio recibió Zumalacárregui el siguiente:

«Capitanía general de Galicia.—Me he enterado de cuanto V. S. me comunica en sus dos oficios fecha de ayer acerca de los avisos que le dió el señor comandante general de ese apostadero sobre que se trataba de incendiar el navío de S. M. el *Soberano*, como de la conmocion que le espresó se observaba, y veo las disposiciones que ha tomado en su consecuencia y que no ha habido ni hay novedad alguna en realidad; y al paso que me es satisfactorio que en efecto no haya habido conmocion alguna, segun V. S. dice, como no esperaba menos del celo por el mejor servicio del Rey nuestro Señor de tan dignos gefes, solo tengo que prevenirle, que siendo del cargo del señor comandante general del

apostadero el tomar medidas por lo concerniente al arsenal, V. S. tome por su parte las que convengan para la conservacion de la tranquilidad pública en la plaza de su mando; y para que ningun detrimento sufra el servicio de S. M., así como tambien para evitar todo motivo ulterior de alarma sin necesidad, conferencie y se ponga de acuerdo con dicho señor comandante general de ese apostadero acerca de los medios oportunos al efecto, á cuyo fin doy traslado de este oficio al mismo señor comandante general. Dios guarde á V. S. muchos años. Santiago 22 de octubre de 1832.—Nazario Eguía.—Señor gobernador político y militar de la plaza del Ferrol.»

El mismo dia 22 fue reemplazado en la capitanía general de Galicia el teniente general D. Nazario Eguía por el mariscal de campo D. Rafael Sempere, el cual apenas se posesionó del mando dirigió al gobernador del Ferrol el oficio que sigue:

«Capitanía general de Galicia.—Por el oficial con que se ha servido V. S. dirigir su segundo parte le ha contestado el Excmo. Sr. capitan general de este ejército y reino, que me ha entregado el mando del mismo, cuanto consta por la copia que adjunta acompaño; pero como en medio de que el señor comandante general de ese apostadero, por un gefe de superior graduacion que se me ha presentado, manifiesta las razones por las cuales sin ofender en manera alguna la delicadeza de su empleo, persona y comportamiento, de las cuales me hace el mas alto elogio, ha creido debia tomar las medidas de precaucion que le han parecido convenientes, y ademas ha llegado á mi noticia que el primer parte que da ese subdelegado de policía al principal de la provincia acerca de esos sucesos, si bien lo reduce á lo mismo que V. S. y el citado señor comandante general manifiestan, sin embargo, dice: *A las tres de la tarde poco mas ó menos del dia de ayer 20 llegué á entender corria la voz de que este señor gobernador político y militar, coronel del regimiento infantería de Estremadura 14 de linea, que guarnece la plaza, queria hacer por la noche algunos arrestos y al dia siguiente publicar un bando para que no se obedeciesen las Reales órdenes de S. M. la Reina nuestra Señora.»* Aunque conceptúo esto enteramente destituido de fundamento respecto al honor y alabanza que tributan á V. S., como dejo dicho, el señor comandante general de ese apostadero y el brigadier de la Real armada D. José María Chacon, que es el gefe comisionado, los cuales miran el asunto de la misma manera, no obstante, no puedo menos de advertir á V. S. bajo la mas severa responsabilidad, que si hubiese persona que directa ó indirectamente, sea cualquiera la clase ó graduacion

á que pertenezca, pudiese propalar ó indicar especies que puedan alterar bajo pretesto alguno la perfecta tranquilidad de esta plaza y buena armonía que existe entre los dignos cuerpos y gefes qne se hallan en ella, tanto de la Real armada como del ejército, y mucho mas noticia ó espresion que pueda tender en manera alguna á debilitar la exacta y ciega obediencia con que deben cumplirse las soberanas determinaciones de la Reina nuestra Señora, á quien S. M. ha habilitado para el despacho de los negocios, proceda V. S. contra él para el castigo á que se haya hecho acreedor, debiendo V. S. continuar inspirando en el cuerpo de su mando y las compañías del regimiento de infantería del 15 que guarnecen esa plaza el cumplimiento de sus deberes que tanto les ha distinguido y la ciega obediencia á las superiores disposiciones; por lo que creo deber repetir á V. S. lo mismo que el Excmo. Sr. capitan general le ha prevenido en el citado oficio, cuya copia acompaño, y se reduce á que poniéndose de acuerdo y conferenciando con el señor comandante general del apostadero y el subdelegado de policía de esa plaza, dicten las medidas á propósito y que sean necesarias para conservar la paz, quietud, concordia y buena armonía que reina y ha reinado siempre entre las autoridades de la guarnicion y pacíficos habitantes de ella, á fin de que cooperando todos con el celo que los distingue, se haga el servicio del Rey nuestro Señor con la utilidad que el mismo exige; y á cuyo efecto doy traslado de este oficio que dirijo á V. S. por postillon á los espresados señor comandante general y subdelegado de policía, que no dudo un momento prestarán gustosos y con la mayor eficacia su poderosa cooperacion á los fines indicados. Dios guarde á V. S. muchos años. Santiago 22 de octubre de 1832.—Rafael Sempere.—Señor gobernador interino político y militar de la plaza del Ferrol.»

Como en la mañana del 23 continuase aun sobre las armas la tropa de marina, contestó Zumalacárregui al anterior oficio con este otro:

«Gobierno político y militar del Ferrol.—Excmo. Sr.: Desde el parte que dí á V. E. á las seis y media de la mañana de ayer no ha ocurrido la mas simple novedad que haya alterado la tranquilidad y sosiego de este pueblo.—Los gefes, oficiales, dependientes y tropa de marina existen todavia en los Reales arsenales, cuya permanencia causa bastante admiracion al pueblo y á la guarnicion.—Continúo siempre muy vigilante y con medidas de precaucion, á pesar de que el pueblo no inspira el menor recelo.—Si no ocurriese otra novedad, suspenderé dar á V. E. nuevos partes sobre este asunto, á menos que V. E. no tenga á bien disponer que continúe dándolos como hasta aqui.—Dios guarde á V. E. muchos

dicho objeto, fue la de que la tropa de Marina se retirase á su cuartel, pues solo la permanencia de esta fuerza en el Arsenal habia sido causa del desasosiego y de la inquietud que tan agitados traia á los ferrolanos. El Sr. Guruceta y el subdelegado de polícia, hubieron de convenir en esta idea, y aprobada por todos, se resolvió que ademas de la prudente retirada de la marina á su cuartel, se hiciese público en la órden de la plaza que habian cesado los motivos del recelo que produjeren los pasados disgustos, acordando tambien la publicacion de un bando suscrito por dichas tres autoridades que completase, por decirlo así, la tranquilizadora reparacion de que aquellos habitantes tanto necesitaban.

Convencido ya de una manera evidente el comandante general de Marina del ningun fundamento de las sospechas con que se habia tratado de empañar la lealtad de Zumalacárregui, quiso reparar tambien por escrito la ofensa hecha á su honrosa reputacion, y al efecto le dirijió un atento oficio en el que son dignas de notarse las siguientas palabras, que no podemos prescindir de consignar aqui en justo desagravio de las anteriores calumnias. «Si circuntancias que recuerdo con dolor, decia el señor »Guruceta, me han obligado á tomar medidas extraordinarias de precau»cion, siendo V. S. y el benemérito cuerpo que tan dignamente manda »su objeto principal, V. S. ha visto por el oficio de Sr. Capitan general »de la provincia, que en medio de ellas hacia de V. S. el justo »elogio que se merece por sus recomendables y apreciabilísimas cir»cunstancias. Cada vez mas confirmado en tan positivo concepto, lo he »manifestado á V. S. personalmente, pero no basta esto á mi satisfacion, »quiero hacerlo, y lo hago por escrito como un testimonio constante é in»deleble de la consideracion y singular aprecio que me merece tanto el »regimiento de Estremadura 14 de línea, como su coronel por las vir»tudes que le adornan.»

Contestó Zumalacárregui á este oficio con otro no menos atento, en el cual despues de dar al Sr. Comandante de marina las mas rendidas gracias, le decia que contase siempre con su cooperacion y la de todos los individuos de su cuerpo, que tantas y tan repetidas pruebas tenian dadas de su decision por la causa de Rey. «Extremadura, añadia el sincero y »veraz Gobernador, no sabe otra senda que esta, y siguiendo por ella »bajo mi guia, derramaremos todos hasta la última gota de sangre, que »circula por nuestras venas, antes que quebrantar el juramenta de fide»lidad que hemos prestado.»

El dia 24 se dió á los cuerpos de la guarnicion y á la plaza toda la orden general acordada en la reunion de autoridades de que hemos

hablado, y cuyo contenido se reducia á hacer una relacion verídica de los sucesos ocurridos y de las precauciones tomadas, á manifestar lo infundado de la alarma, y á participar que el señor comandante de marina habia hecho al gobernador de la plaza una manifestacion franca y generosa de lo sensibles que le habian sido los procedimientos á que los malévolos habian dado lugar, asegurándole ademas el aprecio y confianza que le inspiraban la disciplina y fidelidad que distinguian al regimiento de Estremadura y á su digno coronel.

Al dia siguiente se publicó el bando que suscribian el gobernador militar y político, como presidente del ayuntamiento, el comandante general del apostadero, el subdelegado de policía y el secretario de la municipalidad. En él se mostraban las autoridades reconocidas al juicio y sensatez de los ferrolanos, escitándoles á que continuasen dando igual ejemplo de órden y respeto á las leyes una vez disipados como el humo los rumores que los habian inquietado, y destruida la causa con que intentaron sorprenderlos.

La publicacion de este bando que tan claramente revelaba la armonía y buen acuerdo de que estaban animadas las autoridades del Ferrol, debia ser el término natural y preciso de la pasada agitacion. Zumalacárregui exento de pena y libre de disgusto al ver que se hacia cumplida justicia á la rectitud y pureza de sus intenciones, contemplaba ya con ánimo tranquilo disipadas las negras nubes de infortunio que no há mucho amenazaban descargar sobre él. Pero relevado de nuevo el capitan general de Galicia, y nombrado para este cargo el conde de Cartagena, tenia resuelto el aciago destino del gobernador, que otra vez volviera á desencadenarse la calumnia. Apenas llegó á Lugo el nuevo capitan general, hubo de persuadirse á favor de malignas y exageradas relaciones del mal sentido en que se hallaban ciertos hombres, y en esta persuasion vinieron á fortalecerle varias cartas en que se pintaban como salvadoras las medidas preventivas adoptadas en el Ferrol por el señor Guruceta, y se decia que á ellas se habia debido el aborto de la tremenda conspiracion que se fraguaba. Recibió asimismo noticias el conde de Cartagena, de que en Santiago se habian advertido síntomas de sublevacion y revuelta, y no necesitó mas para disponerse á restablecer el órden que creia turbado. A los ojos del conde, el foco de la gran conspiracion era á no dudarlo, la plaza del Ferrol, y el que se presentaba como director y gefe de la trama el tranquilo y leal coronel del regimiento de Estremadura. Así, la primera disposicion que tomó para llenar su mision pacificadora, aprovechando los cortos instantes de su permanencia en Lugo, fue en-

cargar el mando interino del Ferrol al comandante general de marina de aquel apostadero, por la fuerte desconfianza, decia, que habia concebido del coronel Zumalacárregui, que le desempeñaba con igual calidad y por nombramiento de su predecesor. Con fecha, pues, de 26 de octubre recibió el calumniado gobernador una comunicacion suscrita por el conde de Cartagena, en la cual, despues de encargarle que entregase el mando de la plaza al comandante general de marina, se le mandaba que sin pérdida de momento se trasladase á la ciudad de Betanzos á esperar ulteriores órdenes, avisando á S. E. á la Coruña de haberlo así verificado.

Atendidos los leales antecedentes de Zumalacárregui, conocida su conducta, y claro y patente á los ojos de todos el colorido político de las conspiraciones que se trataba de evitar, fácil es comprender á un mismo tiempo la impresion de enojo y de despecho que tan injusta separacion debió causarle, y lo absurdo y á todas luces inverosímil de la desconfianza con que se le injuriaba. El objeto de los temidos y acaso imaginarios conspiradores, no era otro, segun de público se decia, que proclamar á Cárlos V, fin al cual se suponian dirigidas todas las maquinaciones desde que los acontecimientos de San Ildefonso habian inoculado, por decirlo así, en el palacio de los reyes de España un nuevo espíritu que prometia para mas adelante un completo cambio de sistema. Suponer á Zumalacárregui iniciado en estos planes de subversion, sobre ser una suposicion gratuita, absolutamente carecia de la menor apariencia de verdad. Sin relaciones personales con el príncipe que se anunciaba como pretendiente á la corona, sin compromiso alguno que le ligase á los consejeros y favoritos de aquel, incrustado en su corazon noble el sentimiento de lealtad á su legítimo soberano, no podia creérsele adicto á una causa á que ningun vínculo de interés ni de predileccion le unia. Era, pues, un absurdo separar por carlista á Zumalacárregui de un puesto en que tan eminentes servicios habia prestado, y en el cual dió siempre las mas palmarias pruebas de adhesion al Rey D. Fernando, no solo por medio de hechos de todos conocidos, sino hasta por escrito en bandos y proclamas. Y aquí es de notar en comprobacion de nuestro aserto, que mucho antes de que se anulara el célebre decreto en que se derogaba la sucesion directa, se habia mostrado Zumalacárregui partidario de esta última, como evidentemente lo demuestra la circunstancia de no haber publicado un bando ó proclama en que al lado del grito verdaderamente nacional de ¡viva el Rey! y ¡viva la Reina! no se lea el de *¡viva su augusta descendencia!* Estas palabras hijas espontáneas y naturales del corazon, revelan fácilmente el apartamiento en que estaba

de las maquinaciones del partido carlista ó apostólico, á cuyas intrigas era del todo estraño.

Vivamente ofendido en su honor el coronel Zumalacárregui, la primera idea que cruzó por su mente al considerarse tan injustamente tratado, fue dirigir á S. M. la Reina una representacion aclarando los suce-



sos del 20 de octubre. La dirigió en efecto, y en ella pedia en términos enérgicos, que el comandante del apostadero declarase patentemente á la faz de la verdad y la justicia las personas que le dirigieron los avisos que motivaron sus determinaciones preventivas, y suplicaba á S. M. con frases respetuosas, que por efecto de su real bondad, se dignase dirigir su maternal mirada hácia su pura é inalterable fidelidad, siempre consagrada á perecer ó triunfar en defensa de los sagrados derechos del Rey y de su augusta descendencia. Acompañaba á esta instancia la sumaria de que ya hemos hecho mencion, y fue remitida á S. M. por conducto del inspector de infantería.

Mas resignado Zumalacárregui con su adversa estrella, despues de

este justísimo desahogo y de esta natural defensa, se apresuró á cumplimentar las órdenes superiores, y entregado el mando de la plaza, que le era deudora de tan señalados servicios, y sobre todo de la pacífica posesion de sus fortunas en que estaban sus habitantes, merced á su energía y á su celo, partió del Ferrol, no sin llevar el consuelo de verse rodeado de algunos de aquellos amigos que permanecen fieles en la desgracia, y cuyos ojos anublados por el llanto, demostraban todo lo profundo de su sentimiento, y todo lo verdadero de su pena.

No habia aun descansado ZUMALACÁRREGUI en Betanzos de las fatigas del viaje, cuando el dia 29 de octubre recibió una lacónica órden, firmada en el Carral por el conde de Cartagena, en que le mandaba se pusiese en marcha para la ciudad de Santiago á donde el general se dirigia. Así lo verificó el subordinado coronel, cuya franca y leal conducta recibia en aquellos momentos la mas siniestra y desfavorable interpretacion de sus gefes, pues el inspector de infantería en una conmunicacion que dirigia al ministro de la Guerra sobre los acontecimientos del Ferrol, se espresaba en estos términos: « Del contenido de los oficios que pasó el »comandante general de marina del apostadero, al gobernador interino »y coronel del regimiento de Estremadura, se desprende evidentemente »la desconfianza que este habia inspirado al primero, de cuya desventa»ja habia hecho partícipe á su cuerpo, por la natural influencia que se »le debe suponer á un primer gefe y no por otra razon, pues que los »demas gefes y oficiales de aquel cuerpo, á cuya mayor parte conozco »personalmente, merecen toda mi confianza, y no han dado motivo para »lo contrario; y se comprueba tambien la ansiedad en que pasaron »aquellos dias el vecindario y guarnicion, nacida sin duda del concepto »anterior que se tuviera formado del mencionado coronel, ó bien del »que se granjeó en aquella crisis, en la que cuando menos dejó de obrar »con la decision y leal franqueza que han acreditado otros muchos co»roneles del arma de mi cargo, en cuya opinion me confirman otras no»ticias del momento que tengo de aquellas inmediaciones: por todos es»tos datos, por la particular confianza que ha merecido este gefe en los »tiempos pasados á varias personas marcadas por su sistema de perse»cucion, por otros antecedentes que recuerdo de su comportamiento y »carácter, naturalmente dispuesto á encontrar acriminaciones bajo de»terminado colorido, de cuya clase serán tal vez las muchas prisiones »de gentes acomodadas que verificó tiempo atrás en dicha plaza por su»ponerlas encubridoras de robos, lo que parece dificil cuando él mis»mo las considera millonarias; y por último, por sus austeros prin-

»cipios en materia que tanto interesa al servicio de S. M., aun cuan»do el referido gefe, cediendo al peso de la opinion general de su bene»mérito regimiento, é impulsado por mi circular de 13 del pasado, haya »contestado á ella manifestándome su decision y la de su cuerpo: no »obstante por las razones que llevo espuestas, y muy particularmente »por la conducta cuando menos apática, si no sospechosa, que ha ob»servado en los momentos en que debió hacer brillar la escelente dis»posicion de su regimiento, y conservar su bien merecida reputacion »en lugar de empañarla con desconfianzas á que han dado lugar sus in»decisivas operaciones; soy de parecer que el referido coronel Zumala»cárregui sea separado del mando del regimiento, sin perjuicio de que »pueda otra vez empleársele mas adelante, si su conducta venidera le »hiciere mas acreedor de lo que en el dia aparece, y en su lugar pu»diera colocarse para el mando del espresado al coronel que considere »mas apto entre los que mandan actualmente los regimientos ligeros, »en caso de que estos se reorganicen en batallones sueltos, segun pro»puse en mi esposicion de 2 del actual. Sin embargo, V. E. podrá en »vista de los antecedentes y datos que hayan acaso llegado á su noticia, »comprobar con mas conocimiento la certeza de mis fundados recelos, ó »rectificarlos con mas exactitud, mientras yo en virtud de ellos y por la »rigidez de mis principios en obsequio del real servicio, no puedo me»nos de proponer á S. M. se sirva separar del mando del regimiento de »Estremadura al coronel D. Tomas Zumalacárregui en los términos que »llevo espresados.»

Esto decia el general Llauder con fecha del 5 de noviembre al ministerio de la Guerra, y el dia 6 el subinspector del arma D. Isidro de Diego comunicaba á Zumalacárregui una real órden de fecha del 3, confiriéndole el mando del regimiento de Africa, 6.° de línea, por salida al gobierno de Villafranca del Panadés del coronel de dicho cuerpo el brigadier Strauch. Apenas tuvo conocimiento de esta real órden el inspector general, acudió al gobierno manifestando que dicha órden habia sido comunicada sin su participacion por el subinspector, y que no podia menos de hacer presente en descargo de su responsabilidad que no consideraba en manera alguna conveniente al mejor servicio de S. M. que el coronel Zumalacárregui, á quien con razon no se habia considerado apto para continuar en el mando de un regimiento de dos batallones, pasase á encargarse de otro de tres, en el cual seria de un pésimo efecto en aquellas circunstancias la presencia de un gefe de opinion dudosa, marcado con el sello de la desconfianza, cuyos motivos no eran

aun bien conocidos, y que habia podido comprometer la reputacion del regimiento á cuya cabeza se hallaba. El Gobierno de S. M. no obstante esta comunicacion y la anterior, resolvió que se estuviese á lo dispuesto ínterin se recibiesen informes que aclarasen mas la conducta del coronel y la índole de aquellos acontecimientos.

Pocos dias despues el capitan general de Galicia aumentó las desconfianzas que respecto á Zumalacárregui se abrigaban, trasladando al ministro de la Guerra copia de una carta, recibida de la Coruña, en que se decia que habiendo corrido la voz de la muerte del Rey, el coronel Zumalacárregui se preparaba para proclamar á Carlos V. A tan repetidas instigaciones no podia hacerse sordo el gobierno, y por mas que tuviese pruebas de la acrisolada lealtad del coronel, vióse en la precision de mandar en 12 de noviembre que suspendiéndose los efectos de la real órden del 3, permaneciese por entonces sin mando alguno el coronel Zumalacárregui.

Por muy acostumbrado que este se hallase á los inmerecidos rigores de su adversa suerte, no podia esperar que descargase sobre su cabeza tan estraordinaria tormenta de recelo y de desgracia. Tranquilo por el testimonio de su conciencia, se dirigió con su familia desde Santiago á Madrid en los últimos dias de noviembre de 1832, y al llegar á la corte el 8 de diciembre se encontró con una órden del general Llauder previniéndole se detuviera en el punto que la recibiese, esperando la resolucion de la instancia que con la sumaria de los sucesos del Ferrol habia elevado á la Reina por su conducto. Gran sorpresa causó á Zumalacárregui esta inesperada órden, espedida el 12 de noviembre desde Pamplona, y no se la produjo menor la noticia de su separacion, como lo demuestran los párrafos que á continuacion transcribimos, y que se encuentran en una carta dirigida por el coronel á su hermano desde Madrid con fecha del 2 de enero de 1833. «De este modo, decia, aludiendo á las citadas órdenes, ha recompensado este señor las delicadas »confianzas, las importantes comisiones y los pesadísimos trabajos que »desempeñé á completa satisfaccion suya, dándome por ello repetidísimas gracias; y no es esto lo peor, sino que por informe suyo se ha »provisto en otro el regimiento 6.º de línea á que me habian destinado, »y de sus resultas he solicitado para esta corte la licencia ilimitada, esperando la terminacion de este asunto que no sé cuando concluirá, y »que deseo sea pronto para que resplandezca la inocencia y rectitud de »mi constante buen modo de proceder, en el mejor servicio del rey y »de la patria, recibiendo ahora en retribucion persecuciones, pérdidas

»y las incomodidades y disgustos consiguientes á tantos trastornos.....»

«Espero, pues, que convencido de que solo los emisarios y eficaces »agentes de los ladrones pueden haber promovido las calumnias que han »dado lugar á estos incidentes, me mandes algunas cartas de recomenda»cion para que algunas personas influyentes se persuadan de la justicia de »mi causa, pues yo permaneceré en esta corte hasta obtener algun resul»tado, favorable ó adverso, y dentro de muy pocos dias mandaré á Na»varra la familia, porque ya no deseo mas que estar en un rincon don»de pueda vivir tranquilamente, libre de las tempestades políticas y de »las agitaciones del mundo, y dar allí la debida educacion á mis niñas.»

En los primeros dias de enero de 1833 hallábase ya sometido á la resolucion y fallo del consejo supremo de la Guerra el espediente sobre los sucesos del 20 de octubre, y cuando se lisonjeaba ZUMALACÁRREGUI de su pronto despacho, quiso su desgraciada estrella que á la sazon desempeñase interinamente el Ministerio de la Guerra, el Ministro de Marina Ulloa. De los documentos auténticos que el espediente comprendia, resultaba claramente demostrada la ligereza y poco aplomo con que en aquella ocasion procedieron los marinos, y persuadido de esto el Ministro que por las simpatías que no podian menos de inspirarle los suyos, debia suponerse su natural favorecedor, pidió nuevos informes á Galicia, mas con el objeto de demorar que de esclarecer el asunto.

Lamentándose justamente ZUMALACÁRREGUI de tanta tardanza, apenas llegó á la corte el general Quesada, nombrado comandante general de la Guardia é inspector de Infantería, se presentó á él, y recibido por el general, su antiguo caudillo, con una ceremoniosa afabilidad que distaba mucho de la franqueza y de la confianza que anteriores recuerdos parecian exigir, le hizo una minuciosa relacion de todo lo ocurrido, protestando con sincero y verídico acento su lealtad y su inocencia. El antiguo general carlista de 1822, cuando el ofendido coronel terminó su relato, se encogió de hombros, diciéndole que si hubiera llegado antes se hubiera compuesto todo, pero que estando el espediente en el consejo supremo de la Guerra, era menester esperar el resultado.

Mas desanimado y triste de lo que se prometia salió ZUMALACÁRREGUI de esta entrevista. La indiferencia con que su antiguo gefe le habia recibido, le causó no poco disgusto, disgusto que facilmente revelan las sentidas palabras que algunos dias despues se leian en otra de sus cartas. «Este Sr. Inspector, decia, me ha mirado con una indiferencia que no »era de esperar de las relaciones que antes hemos tenido, siendo así que »para todo se valia de mí, que nada hacia sin mi consejo, y que le he

»acompañado hasta Francia y hecho otros servicios de consideracion »que ahora parece quiere pagar con ingratitudes: sin embargo, no »quiero romper con él porque puede mucho en el puesto en que se halla.» En esta persuasion y conociendo que es harto débil por sí sola la justicia sin la ayuda del favor, procuró proveerse por medio de su hermano de una carta de recomendacion de un alto personage para el general Quesada, carta, que rehusó presentarla en persona, por temer con razon, los ímpetus de su genio si el general le provocaba, y que creyó mas prudente entregar á su hijo.

Evacuados ya todos los informes reclamados por el consejo, dió este por terminado el asunto de la manera mas satisfactoria y mas honrosa que podia esperarse para nuestro coronel. Su lealtad, su inocencia y su fidelidad nunca desmentida, salieron puras y resplandecientes del crisol del juicio, y sin que hubiese logrado empañarlas el vapor de la calumnia, como se deduce del contenido del dictámen fiscal y de la real órden que en justo desagravio á las recibidas ofensas insertamos á continuacion.

Dictámen fiscal.

Excmo. Sr.=El consejo supremo de la Guerra se ha enterado del espediente instruido con motivo de las ocurrencias del Ferrol de octubre del año próximo pasado, que motivaron la separacion del coronel del regimiento infantería de Estremadura, 14 de línea, D. Tomas Zumalacárregui, que V. E. se sirvió dirigir á mi antecesor en 21 de diciembre del mismo año, de real órden: tambien se ha enterado de la otra real resolucion, que en 14 de enero último remitió á dicho mi antecesor, acompañando el oficio del capitan general de Galicia, y documentos que en él se citan relativos á las antedichas ocurrencias: el tribunal en su vista acordó pasase todo á sus fiscales, y el militar, en respuesta de 6 de febrero próximo pasado, á la que suscribió el togado en 14 del mismo, espuso lo que sigue:=El fiscal militar en nueva vista de este espediente dice: que los documentos remitidos por el capitan general de Galicia, en cumplimiento de la real órden de 21 de diciembre último, estan reducidos á la copia del parte dado por el comandante general del apostadero del Ferrol en 24 de octubre anterior al Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Marina, y á las de varias contestaciones que mediaron por escrito entre dicho comandante general, el gobernador de la plaza y ayuntamiento: que casi todas existian ya en el espediente. Al dar parte de la medida que tomó el 20 de octubre de conducir al arsenal la tropa de Ma-

rina, manifiesta haberlo hecho á consecuencia de tres avisos que le comunicaron de la rebelion proyectada en aquella plaza para desarmar la tropa de Marina, por la del regimiento 14 de línea al mando de Zumalacárregui, prender durante la noche á varios sugetos notables, y publicar un bando para que no se obedeciesen las órdenes de la Reina nuestra señora. Pero como no espresa el fundamento de estos avisos, ni las personas que se los comunicaron, y aun cuando los mismos llegaron tambien á noticia de la policía, no es dable al fiscal fijar opinion alguna sobre rumores, que así como pueden ser ciertos, pudieran tambien ser hijos de la malignidad ó de la ligereza. La formacion de un sumario, si se hubiese dispuesto, prestaria probablemente datos para fijar alguna opinion. Pero en el dia ateniéndose estrictamente el fiscal al punto de la consulta y al resultado que ofrecen los documentos que la instruyen, no solo no encuentra delito probado en las ocurrencias del Ferrol de 20 de octubre para separar al coronel Zumalacárregui del mando de su regimiento, pero ni aun acusacion de que lo hubiese cometido ó dado márgen á que desconfiára de él el comandante general del apostadero. Por lo tanto, equitativamente hablando, tampoco parece sea este el momento oportuno de tomar providencia contra él, porque cualquiera que sea, se atribuirá á aquel motivo en menoscabo de su reputacion militar y de sus sentimientos de fidelidad. Esto no obstante, si por otras noticias que tenga el gobierno, y no estan al alcance del que suscribe, ó por antecedentes que tenga el gefe superior de su arma, se creyese conveniente la separacion del interesado, y aun su retiro, podria adoptar la medida oportuna, pues el que suscribe, como arriba dijo, se limita á hablar por el mérito que presentan los enunciados sucesos del Ferrol.=El consejo habiendo examinado este espediente, héchose cargo de lo espuesto por sus fiscales en los anteriores dictámenes, es de opinion, que la conducta del referido D. Tomas Zumalacárregui ha sido en la época ó en los dias de que se trata en este espediente la de un fiel militar adicto al rey nuestro señor, y que por esta razon es acreedor á que sea repuesto en el mando de su regimiento ó en el de otro cualquiera, y ha acordado lo haga así presente para la resolucion que fuese del gr ado de S. M.=Dios guarde á V. E. muchos años.=Madrid 14 de marzo de 1833.=Excmo. Sr.=Juan de la Fuente.=Señor Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Real órden.

Ministerio de la Guerra.=Excmo. Sr.=He dado cuenta al Rey N. S.

del espediente instruido de resultas de las ocurrencias del Ferrol, en octubre del año pasado, que motivaron la separacion del coronel del regimiento infantería de Estremadura D. Tomas Zumalacárregui; y S. M., en vista de lo que de él resulta, y conformándose con lo que sobre el particular le ha consultado su Consejo Supremo de la Guerra, se ha dignado declarar que la conducta del referido coronel D. Tomás Zumalacárregui en los dias de que trata el espediente ha sido la de un fiel militar adicto á S. M., por cuya razon es acreedor á ser repuesto en el mando de su regimiento ó en el de otro cualquiera de su arma.—Madrid 10 de abril de 1833.—José de la Cruz—Sr. Inspecto general de infanteria.

Apoyado Zumalacárregui en esta real órden, presentó una instancia á mediados de abril solicitando, por conducto del Capitan general, que interin el Inspector tuviese á bien darle colocacion en el ejército, se le trasladase para Pamplona la licencia ilimitada que disfrutaba en Madrid, en razon á hallarse establecida su familia en aquella ciudad. Elevada esta instancia con buen informe al ministro de la guerra, la miraba ya Zumalacárregui como favorablemente resuelta; pero esto que parecia lo mas probable, no pasó de una engañosa esperanza. Viendo sin embargo que la favorable resolucion se dilataba, pasó á la inspeccion á suplicar al secretario que le trasladase de oficio la real órden que recayó á su favor, á fin de hacer constar en cualquier tiempo el resultado del espediente instruido sobre los sucesos del Ferrol. Habia con razon estrañado Zumalacárregui que se retardase tanto el traslado de la referida órden, y aun le habia chocado mas la oposicion indirecta que á esta instancia habia manifestado anteriormente el inspector. El secretario de la inspeccion, despues de hacer sentar al coronel, le manifestó que el traslado estaba corriente y que iba á pasarle á la firma del general, que era lo único que faltaba. Entró en efecto á la firma, y á los pocos momentos volvió á salir, diciendo: que el general se negaba á firmar, y que esperaba en su despacho al pretendiente.

Pasó Zumalacárregui al despacho del inspector, el cual esta vez no trató de encubrir su enojo con fingida y cortesana afabilidad. Despues de contestar con un ligero movimiento de cabeza al saludo grave y severo del coronel, cambiaron ambos entre sí la siguientes palabras:

—Ha tomado V. la licencia ilimitada?

—No señor.

—Pues cómo?

—V. E. debe saber que solo hace cuatro ó cinco dias que presenté la

instancia al Sr. Capitan general, y si bien me consta que se halla ya en el ministerio, espero aun su resolucion.

—Pues le han negado á V. su instancia.

—Mucho lo estraño, porque era tan justa.....

—Suspenda V. esa estrañeza, porque aun no he concluido.

—Aun hay mas?



—Si señor: el ministro me ha encargado encarecidamente que por ahora y en mucho tiempo no le coloque á V.

Ciego de cólera y de despecho salió de la inspeccion el coronel ZUMALACÁRREGUI, que al ver que se ponian dificultades para concederle lo que á nadie, por sospechoso que fuese su proceder, se le negaba, no podia ya dudar de que todos los hombres de algun influjo en aquella situacion se habian conjurado contra él. Confiado, no obstante, en la justicia de su causa, y queriendo apurar todos los medios legales que estaban en su mano para obtener lo que á nadie que no sea muy criminal se niega en

la desgracia, el consuelo de mitigar sus penas en el seno de su familia querida, elevó al Rey por conducto de sus gefes la siguiente representacion:

«Señor: D. Tomás Zumalacárregui, coronel que fue del regimiento infantería de Estremadura, 14 de línea, y actualmente ilimitado en esta plaza, con el debido respeto hace presente á V. M.: que á virtud de los sucesos ocurridos en el Ferrol en octubre último, se le separó injustamente del mando del espresado regimiento y del gobierno de aquella plaza; y aunque á virtud de las esposiciones que dirigió por conducto del Capitan general de Galicia y del Inspector general de su arma, acompañando á cada una de ellas copia auténtica y en debida forma del sumario que mandó instruir en averiguacion de las circunstancias que pudieron preceder y acompañar á las citadas ocurrencias, con las contestaciones ocurridas, y V. M., con presencia del mérito que arrojan y demas noticias que tuvo á bien tomar sobre el indicado asunto, conformándose con el parecer del Supremo Consejo de la Guerra, por Real órden de 10 del actual se ha servido declarar que la conducta del esponente ha sido la de un fiel militar adicto á V. M., y por lo tanto acreedor á ser repuesto en el mando de su regimiento ú otro de la misma arma: como esto no repara del todo los daños y perjuicios que está sufriendo, víctima de la mas suspicaz intriga, se ve en la precision de poner en el Soberano conocimiento de V. M. que el Capitan general de Galicia le comisionó para la persecucion y esterminio de una gavilla de ladrones, que hace mas de 20 años infestaba las inmediaciones del Ferrol, teniendo atemorizados á los curas y habitantes de aquella comarca con sus robos, asesinatos y toda clase de escesos, que la pluma resiste describir, al estremo de que los párrocos y otras personas pudientes tenian que abandonar sus casas para guarecerse en las poblaciones grandes; y á pesar del juramento y los estatutos con que estaran ligados entre sí los individuos que componian esta horda horrorosa que á beneficio de sus maquinaciones ha subsistido vergonzosamente por tan largo tiempo, no sé si con desdoro y oprobio de las autoridades que han burlado ó no han sabido perseguirlos; el esponente deseoso de llenar su comision y de purgar al pais de semejantes bandidos, restituyendo la seguridad y tranquilidad de que carecian aquellos habitantes á costa de mil fatigas, puso en accion todos los medios y resortes imaginables, y á afavor de ellos logró poner en prision al titulado comandante general de dicha gavilla, á varios comandantes de distrito subalternos suyos, con otros individuos de la misma hasta el número de mas de 40, que

subsisten presos en el castillo de San Felipe y otras prisiones. V. M. que tiene conocimiento de la competencia que se suscitó y que tuve que seguir con la marina, con motivo de ser el comandante general de la espresada horda, José Cruz (alias Sopiñas), y otros de la misma, aforados del citado Real cuerpo, y como una parte de los presos son comerciantes de los mas fuertes del Ferrol, y estan complicados en la causa diferentes personas pudientes de aquella plaza y otros puntos, trataron de sobornar al que espone con crecidas sumas, valiéndose al intento de su muger y familia, sin perdonar otros medios, y viendo frustradas sus esperanzas y próximo su estérminio por no poder corromper su pureza é integridad, nada tiene de estraño que apurasen la intriga por los medios y relaciones que les suministra su poder, y hayan tratado de destruirle con la trama de separarlo de aquel punto, único recurso que les quedaba, y es muy posible que el anónimo y avisos confidenciales que dieron márgen á los recelos del comandante general de marina en las ocurrencias de octubre próximo pasado ya referidas, haya sido parto de los discursos tenebrosos de aquella horda, siendo reparable que dicho gefe se haya resistido á descubrir sus autores, particularmente cuando el tiempo y la esperiencia demostraron eran calumniosas, y que segun las leyes del reino todo delator debe ratificarse en debida forma, en razon de que los anónimos carecen de fuerza legal, y la buena reputacion del que espone y del regimiento que mandó, sellada con tantos hechos incontestables, exigen se aclaren y descubran aquellos, sean de la clase y gerarquía que quieran: por todo lo que suplica á V. M. que tomando en consideracion las razones y fundamentos espresados, de los que V. M. y el consejo Supremo de la Guerra tienen conocimiento y constan al capitan general de Galicia, su antecesor, y al real Acuerdo de dicho reino, á todos los hombres buenos y curas párrocos del Ferrol y sus inmediaciones, se sirva mandar reunir todos los antecedentes citados, y en su vista determinar que se le resarzan los perjuicios que está sufriendo y le ocasionan su inalterable pureza y fidelidad que han querido disfrazar de mil maneras sus enemigos, estrechando al mismo tiempo al comandante general de marina á que descubra los autores de las indicadas calumnias para que se proceda contra ellos segun las leyes del reino, con las demas declaraciones que exige la justicia, la vindicta pública y el honor y estimacion del recurrente tan alta y atrozmente ofendido: todo lo que espera de la inexorable justicia y piedad de V. M.=Madrid 28 de abril de 1833.= Señor.=A. L. R. P. de V. M.=Tomás Zumalacárregui.»

Como la satisfaccion á su honor ofendido se retardase, y como las

maquinaciones del partido que reconocia en el infante D. Cárlos su gefe y su futuro rey fuesen cada mayores y mas desenvueltas, algunos de los que estaban al frente de la conspiracion carlista aprovecharon el hondo resentimiento de ZUMALACÁRREGUI en favor de su causa, y hubieron de insinuarle, al mismo tiempo que la oportunidad de la venganza, cuán conveniente seria que tuviese una entrevista secreta con el Infante. Túvola en efecto, y al presentarse el desairado coronel á D. Cárlos le preguntó este: «Pues qué, ¿te han echado á tí tambien?—Sí, señor, y vengo á ofrecer mis servicios y mi espada á V. A.—¿Y á qué punto piensas dirigirte? repuso D. Cárlos.—A Pamplona, señor, donde V. A. me tendrá á sus órdenes, contestó el coronel.—Pues corriente, añadió el infante, marcha con tan buenas intenciones y permaneciendo en ellas, procura no mostrarte partidario mio mientras no ocurra el fallecimiento de mi hermano.»

A los pocos dias, y cuando ya tenia ZUMALACÁRREGUI resuelto su viaje, pareció cansarse la suerte de perseguirle con sus rigores, y le fué concedido pasar á Pamplona á reparar en las delicias del hogar doméstico el ánimo desfallecido por tantos sufrimientos como sobre él habian pesado en la vida pública: dejémosle pues, que se dirija á aquella ciudad, desde la cual, tenia resuelto la Providencia en sus inescrutables designios, que habia de ver inaugurarse el sangriento y terrible drama de la guerra civil, reservando á su genio y á su militar pericia uno de sus primeros y mas importantes papeles.





CAPITULO VI.

1833.—Situacion política de España.—Juramento de la Princesa de Asturias.—Muerte del Rey.—Inauguracion del reinado de Doña Isabel II y del gobierno de su augusta Madre.—Primeros síntomas de insurreccion.—Zumalacárregui en Pamplona.—Fusilamiento de D. Santos Ladron.—Accion de Guernica.—Huye Zumalacárregui de Pamplona, y se presenta á los carlistas.—Proclámanle estos por su caudillo.—Obstáculos con que tropieza.—Es reconocido por todos como gefe.—Sus primeros planes.—Incidentes de la campaña del Norte.—Célebre accion de Nazar y Asarta.

DIFICIL y complicada era la situacion de España por el año de 1833. Inaugurábase con buen éxito, aunque no sin dificultad, el sistema de la reforma administrativa; el espíritu de liberalismo, infiltrado ya en las clases ilustradas, y en especial en la clase media, iba escalando el poder á pasos agigantados; el partido carlista, numeroso y valiente, se disponia resuelto á defender en los campos de batalla sus derechos sagrados y legítimos, á cuyo sustentamiento se comprometiera en secretos y misteriosos conciliábulos, y por todas las provincias brotaban entusiastas y fanáticos adalides.

El choque, pues, entre los que querian avanzar y los que no solo deseaban estacionarse sino retroceder, era inevitable, y tarde ó temprano era preciso que la preparada lucha comenzase. La vida de un hombre, sin embargo, comprimia tantos elementos de guerra y tantos síntomas de discordia. Ese hombre era Fernando VII, y su aliento, aunque fatigoso y moribundo, tenia poder bastante para mantener en muda y vigilante espectativa á los que debian levantar opuestas banderas en la guerra dinástica próxima á estallar.

No se ocultaban al gobierno de aquella época los peligros y las dificultades de situacion tan embarazosa y tan incierta, y no se ocultaban sobre todo á un hombre de Estado, sagaz, prudente y conciliador, personificacion viva del ministerio todo que dirigia por aquel entonces los negocios públicos. Apoyado en el prestigio y en la fuerza de la régia autoridad, trabajaba incansable el ministro Cea Bermudez por desvanecer los unos y contrastar las otras; y empeñado en una doble lucha, sin mas cooperadores que su conciencia y su ilustracion, veíasele simultaneamente combatir contra las tendencias que por uno y otro lado se levantaban, rechazando al partido liberal como al carlista, para él igualmente criminales, pues que se sublevaban contra la legitimidad y subvertian el órden público. Pero eran harto flacas las fuerzas de un hombre, por hercúleas que se supongan, para contener el empuje irresistible de tan poderosas facciones. Fuertes llamaradas anunciaban en las provincias la proximidad de un incendio general. Intentaban los liberales catalanes sacudir el yugo del conde de España: veian los carlistas con devoradora impaciencia que la agonía del monarca era lenta y trabajosa, y que la luz amortiguada de su vida tardaba en estinguirse: en tanto se sublevaba en Leon el famoso obispo Abarca; amenazaba pronunciarse la milicia realista de Burgos y Toledo; se conspiraba desenvueltamente en Andalucía como en Valencia, en Castilla como en Galicia; y partia desterrado á Portugal el infante D. Cárlos y su familia: medida enérgica que adoptára el monarca, no sin hacer un grande esfuerzo por la deferencia y cariño que á su hermano siempre profesára. Estos sucesos daban alas al partido reformista, y tan audaz y tan envalentonado llegó á presentarse, que fue preciso bajar su orgullo y cortar los vuelos á su preponderancia, obligando á salir del ministerio á los tres secretarios del despacho que mas inclinados al liberalismo se mostraron, y poniendo un término con el triunfo del partido enérgico que representaba el Sr. Cea, al espíritu de concesiones que por octubre del año anterior habia empezado á desarrollarse.

Indicada esta ligera reaccion, y con el buen ánimo de hacer imposible la guerra dinástica, dando estabilidad al trono y seguridades al pais, se mandó proceder al juramento de la infanta Doña Isabel por princesa de Asturias, heredera de la corona. Por este medio magnífico y solemne la religion venia á fortalecer los leales sentimientos de los españoles con su santa y poderosa sancion, y la grandeza y el glorioso prestigio de que



se vió rodeada en el célebre monasterio la inocente heredera del trono, hacian mas palpable á los ojos del pueblo y de la Europa la legitimidad del derecho con que poco despues debia ocuparle. Reconocida y jurada por los diputados del pais como futura soberana la augusta niña, faltaba en aquel entonces el reconocimiento y juramento mas importantes, y

acaso los únicos que podian asegurar la sucesion directa en las hijas de Fernando. Este juramento que faltaba era el del infante D. Cárlos; pero no daba esperanzas de què lo prestase la proverbial é inflexible severidad de sus principios. Ni los ruegos del hermano, ni las órdenes del monarca pudieron hacerle renunciar á derechos que Dios en su concepto le habia dado al nacer, y que solo Dios le podia quitar concediendo á su hermano un hijo varon.

Alentaban no poco á D. Carlos en sus esperanzas su posicion tan inmediata á nuestras provincias de Occidente por un lado, y las contínuas incitaciones á la rebelion que le hacia D. Miguel, brindándole su amistad y sus áuxilios. Conoció entonces el gobierno el desacuerdo con que habia procedido al confinar al infante en el territorio portugués; pero era ya tarde para reparar el mal, y tarde para conjurar el péligro. Llegó en esto para el monarca español la hora suprema, y el 29 de setiembre de 1833 á las tres menos cuarto de la tarde tocó el límite de la vida y se abrieron para él los de la eternidad. Ascendió entonces al trono de su padre Doña Isabel II, y se inauguró el gobierno de María Cristina, que por su testamento la legára su esposo, acompañándola de un consejo de gobierno, con el que debia consultar los puntos árduos de la administracion. Con el reinado de la tierna niña y el gobierno de su augusta madre inaugurábase un período azaroso; y colocada la nacion en una de aquellas situaciones en que, rotos los lazos de la obediencia, y relajados los vínculos de la lealtad, se ven arrastrados los pueblos por los impetuosos huracanes de la revolucion y de la guerra, presentábase oscuro, incierto y nebuloso su porvenir.

Confirmados los ministros y las primeras autoridades de la monarquía en sus respectivos cargos por la reina Cristina, el célebre manifiesto del 4 de octubre, produccion del ministro Cea, anunció á los pueblos cuál era el sistema político que habia de formar en lo sucesivo la base del gobierno de España. Mantener religiosamente la forma y las leyes fundamentales de la monarquía sin admitir innovaciones peligrosas, aunque halagüeñas en su principio, probadas ya sobradamente por nuestra desgracia, hé aquí todo el programa de la nueva administracion; programa que al propio tiempo que no satisfacia á los unos, llenaba de zozobra á los otros, á quienes no bastaban las mas solemnes promesas de quietismo é invariabilidad en el sistema de gobierno desde que se indicaron ciertas tendencias, tan marcadas como peligrosas para ellos, en las regiones del supremo poder. Y que tan solemnes promesas no eran suficientes á calmar sus recelos ni á hacerles desistir de sus planes, lo prueba elocuente-

mente la circunstancia de lanzarse en una provincia el grito de rebelion contra la reina Isabel en los mismos momentos en que su madre sancionaba con su firma el manifiesto á que hemos aludido. En la noche del 2 de octubre asomó en Talavera de la Reina el primer chispazo de insurreccion carlista, siendo un administrador de correos, suspenso á la sazon de su destino, el que figuró como director y protagonista en aquella escena. Reprimida esta intentona, el grito de guerra halló eco en las provincias septentrionales del reino, y repetido despues por cien y cien bocas de otros tantos descontentos de los muchos que la arbitrariedad y la injusticia habian producido, el genio del mal estendió sus negras alas sobre esta nacion desventurada, cuyos hijos amenazaba devorar una guerra asoladora á la par que una peste mortífera. El 3 de octubre resonó en Bilbao el grito insurreccional, y al movimiento de Bilbao siguieron los de Vitoria, Logroño, Orduña y otros puntos, y habia una razon muy poderosa para que en aquellas provincias hiciese á centenares prosélitos el espíritu de la guerra. Recordaban aquellos provincianos que aviniéndose mal la existencia de sus fueros con la unidad constitucional á que segun ellos se caminaba, una vez instalado el nuevo régimen verian perdidas sus franquicias, hollados sus fueros, y del todo destruida su libertad. Conservar, pues, aun á costa de su sangre estos objetos queridos de su corazon, era su mayor interés como su deber primero, y para conseguirlo nada mas propio que cobijar sus venerandas leyes bajo la nueva bandera que audaz enarbolaba el partido carlista para oponerse y echar por tierra al gobierno de Madrid. Así se esplica ese entusiasmo con que corrian los vizcainos y los alaveses, los guipuzcoanos y los navarros á alistarse en las filas de D. Cárlos, único soberano legítimo para ellos.

El movimiento qué en un principio pudo no dar cuidado al gobierno de la reina, le inspiró y grande á los pocos dias. Colocados á su frente el brigadier Zabala y el marqués de Eruma en Bilbao; el coronel de realistas Verástegui en Vitoria; el famoso D. Santos Ladron en la provincia de Logroño con el comandante Miranda y el coronel D. Basilio García; Ibarrola y Goiri en Orduña, y Eraso en Roncesvalles, la rebelion ofrecia un cuadro imponente de unidad y de fuerza, que no era por cierto fácil romper con proclamas ni con declamaciones, sino con fuertes y numerosas columnas dirigidas por activos y diestros generales. Todas las tropas que guarnecian aquellas provincias se pusieron en movimiento para reprimir la rebelion. El general Castañon salia de la plaza de San Sebastian con direccion á Bilbao; el general Solá marchaba contra los

insurgentes de Alava, y encaminábase activo el brigadier Lorenzo en perseguimiento de D. Santos Ladron, que con fuerzas ya respetables habia penetrado en Navarra, y procuraba estender la insurreccion por toda esta provincia para propagarla despues á las de Castilla.

Tambien en Pamplona reinaba una sorda agitacion desde que llegó la noticia de la muerte del rey. Hallábase en aquella ciudad, como deben suponer nuestros lectores, el coronel Zumalacárregui. Altamente ofendido por el gobierno del último monarca, y acariciando alguna que otra vez en su mente la idea de la venganza, procuraba olvidar en el seno de su familia los rigores de su fatalísimo hado, y trataba de hacer mas tolerable su monótona existencia, ya dedicándose al cuidado y educacion de sus hijas, ya entregándose á ciertas distracciones de aquellas que mas en armonía estaban con su carácter y su profesion. Una de las diversiones que mas cautivaban su aficion era la caza, sin duda por la semejanza que con la guerra tenia; y ya solo, ya formando parte de alegres espediciones con varios de sus amigos, apenas pasaba una semana en que el coronel ilimitado no disfrutase dos ó tres dias de su ejercicio favorito. En estos inocentes é inofensivos entretenimientos deslizaba sus mejores dias, muy ageno por cierto de tener que interrumpir su regalada y tranquila vida por la activa y agitada de los campamentos. Pero llegó á Pamplona en los primeros dias de octubre la infausta nueva de que el rey de España habia descendido á la tumba; y apenas circuló de boca en boca y de casa en casa, apoderóse la mas viva y desesperante impaciencia de Zumalacárregui, que creyendo llegado el momento de cumplir la palabra que en Madrid empeñára al infante D. Cárlos, ardia en deseos de esgrimir la espada en defensa del que ya reconocia por su rey, enalteciendo su causa al propio tiempo que abatiese la de sus contrarios. Comiendo estaba el pundonoroso coronel cuando supo lo que él calificó de gran noticia, y aun no se habian levantado los manteles, vistióse su antiguo trage militar y se preparó para salir á la plaza del castillo con ánimo de dar en ella el grito de «*viva Cárlos V.*» Apercibiéronse de esto con sorpresa su esposa, su cuñado y un amigo suyo, que por casualidad allí estaba, y con súplicas y con reflexiones trataron de disuadirle de su propósito. Una y otra vez trató de calmarlos Zumalacárregui, diciéndoles que estrañaba mucho que á aquellas horas no hubiese proclamado ya la tropa al nuevo rey, porque estaba seguro de que el ejército entero se hallaba dispuesto á hacerlo, esceptuando los oficiales amnistiados por la Reina. Pero las lágrimas de su muger y de sus hijas, y las cuerdas observaciones de su cuñado y de su amigo, vencieron por fin su tenaz empeño, y

la consideracion de que se esponia á ser víctima sin resultado alguno favorable para la causa que tan resueltamente se arrojaba á defender, hubieron de persuadirle de que era imprudente y ademas estéril dar semejante paso. Cuidó por tanto de refrenar su impaciencia y de contener su deseo, observando por algun tiempo con intranquilo espíritu el giro que tomaban los sucesos políticos, y el éxito, ya venturoso, ya adverso de las primeras tentativas. Lamentábase mucho de que Eraso y D. Santos, al levantar el estandarte carlista no hubiesen contado con él, no obstante la íntima amistad y absoluta conformidad de opiniones que de muy antiguo los unia.

Nombrado virey de Navarra el general Sarsfield, se le encomendó por el gobierno la importante y dificil mision de ahogar la rebelion en su cuna, mision que dudaron mucho llegase á cumplir, porque la opinion un tanto incierta de este general inspiraba fundadas desconfianzas. Poco tardaron los hechos en confirmarlas, y la lentitud que mostró en recoger el armamento de los realistas y su inesplicable permanencia en Vitoria por espacio de 20 dias, en vez de marchar presuroso sobre Bilbao, contribuyeron poderosamente á fomentar la insurreccion, y dió á los gefes carlistas el tiempo necesario para hacer preparativos de defensa.

La falta de víveres y municiones, y sobre todo la de una organizacion militar sabia y acertada, introdujeron el desaliento en las informes filas del naciente ejército, y la mayor parte de aquellos provincianos volvió desanimada y abatida á sus hogares. El único gefe que se mostraba animoso era el brigadier D. Santos Ladron, cuyas fuerzas se acrecentaban por dias, y cuya influencia era cada vez mayor en aquellos pueblos que le respetaban y querian por ser uno de los guerrilleros antiguos, y sugeto ademas de preponderancia estraordinaria en las provincias. Conocedor el general Solá de los notables progresos que iba haciendo D. Santos puso á precio su cabeza, y comisionó al activo brigadier Lorenzo para perseguirle. Con una rapidez y energía verdaderamente estraordinarias, emprendió el brigadier cristino, cuya fuerza no escedia de 1,500 hombres, la persecucion de su antagonista, el cual cometió la imprevisora falta de destacar desde los Arcos á Lodosa la mitad de sus fuerzas, cuando todas eran pocas para resistir al incansable enemigo que sobre él marchaba. En la tarde del 11 de octubre y al pie de las alturas que guarnecen la derecha del camino de Estella hubieron de encontrarse ambas divisiones. Un fuerte destacamento de los carlistas se hallaba avanzado en dicho punto, y lo restante de su fuerza, que no pasaba de 800 hombres, se habia situado en columna sobre el cami-

no de Viana. Cediendo al ataque de dos compañías de cazadores, fueron sucesivamente abandonando sus posiciones los soldados de D. Santos, y dada una carga de caballería por el brigadier Lorenzo, carga que le separó de los suyos y le puso frente á frente del gefe carlista, cayó este en poder de aquel por haber perdido su caballo en la refriega. Dueño Lorenzo de la persona del caudillo enemigo, quedólo en breve del campo, y se dirigió ufano con su prisionero á Pamplona. La dureza, en parte necesaria, de los últimos decretos del gobierno, imponia la pena de muerte á todo el que fuese cogido con las armas en la mano, y lo crítico de las circunstancias, y la exacerbacion de los rencores políticos no daban ciertamente esperanza de que se mitigase para el brigadier carlista el rigor de la ley. Lorenzo, sin embargo, difirió su aplicacion por haberle manifestado aquel que tenia que comunicarle noticias del mayor interés. Pero como estas comunicaciones no tuviesen lugar, siendo acaso su anuncio un disimulable pretesto para dilatar por algunos dias la tremenda ejecucion, y como fuese preciso y hasta reclamado en aquellos primeros momentos un escarmiento ejemplar que intimidase á los insurgentes, el dia 14 del referido mes de octubre fue pasado por las ar-



mas en la ciudadela de Pamplona el brigadier D. Santos Ladron juntamente con el teniente de voluntarios realistas D. Luis Iribarren, uno de sus mas fieles y decididos compañeros. Estas fueron las dos primeras víctimas inmoladas al cruento furor de la lucha civil; estos son los dos

primeros nombres que figuran en el martirologio inmenso de nuestras discordias, y con la sangre de esos dos infortunados españoles se escribieron las primeras páginas de ese horrible y harto voluminoso libro. En vano se creyó que el escarmiento fuèra freno bastante poderoso para sujetar las iras de un partido; esas iras se exacerbaron estraordinariamente, y la sangre de D. Santos Ladron, haciéndolas salir de madre, fecundizó abundosamente aquel terreno ya removido de venganzas y de rencor.

El dia que el infortunado D. Santos entró prisionero en Pamplona, no siéndole ya posible á Zumalacárregui contener su impacientísimo deseo de tomar una parte activa en la comenzada lucha, dirigió por medio de un capitan realista un oficio á Eraso en que le preguntaba en términos que rebosaban enfado y resentimiento, por qué motivo no se habia contado con él para la empresa que bajo tan tristes auspicios se proseguia. Mucho se tardó en contestar al oficio porque tardó no poco en llegar á manos de Eraso, pues derrotada la partida de Ladron, proclamada el 25 en Madrid como Reina de España Doña Isabel II, desarmados á los pocos dias los realistas, tranquila la villa de Bilbao, posesionadas algunas tropas de Vitoria, y desalojados por el general Lorenzo de todos los puntos que ocupaban en los Pirineos de Navarra los sublevados, la fortuna parecia sonreir á la causa de la Reina que se afirmó un tanto aquellos dias con esa série no interrumpida de venturosos sucesos.

A Sarsfield sucedió Valdés en el mando en gefe del ejercito del Norte, despues de lá accion de Guernica, tan desgraciada para las armas de la Reina, como propia para reanimar el aliento de las abatidas fuerzas carlistas. Dirigió esa triste accion el baron del Solar de Espinosa, que cometiendo la arrojada imprudencia de penetrar en el pueblo, vió de repente acometidas sus tropas por lòs soldados del gefe carlista Simon Torre, antiguo oficial de la Guardia, tan valiente como diestro. Una lluvia de fuego que á mansalva hacian desde las casas cayó sobre los pobres soldados del Baron, que aterrado y sin aliento, corrió hasta Bilbao sin poder dar razon de cuál era el paradero de su brigada. El brigadier Iriarte reparó en parte tantas pérdidas, recuperando desde Bilbao á Guernica muchos soldados dispersos, y salvando de las garras enemigas al coronel Villalonga.

Por aquellos dias estaba Eraso refugiado en Francia y allí recibió el oficio de Zumalacárregui de que antes se hizo mencion. Contestóle al punto en tono afectuoso dándole las mayores satisfacciones y previniéndole que saliese inmediatamente de Pamplona, y puesto á la cabeza de

los baldorveses diese á la causa carlista el empuje que necesitaba y la direccion que con tanta urgencia requeria. A esto mismo le escitaron una vez y otra diferentes comisionados, asegurándole que si se ponia á su frente estaban dispuestos á seguirle mil valientes, y en particular la oficialidad realista de Pamplona y aun la restante de Navarra. A estas instancias y á estas manifestaciones agregóse despues otro oficio, que desde Salvatierra le escribia Uranga, diciendo: que acababa de proclamar á Cárlos V en aquella villa, y que siendo sobremanera necesaria su presencia y su cooperacion, esperaba que al punto correria á unírsele.

Este general movimiento de actividad que en el campo carlista se notaba, era igualado, cuando no escedido, por las fuerzas cristinas. El general Valdés perseguia incansable al enemigo; sus planes revelaban ser hijos de profundas combinaciones, y sus resultados eran tanto mas positivos y favorables cuanto que sus operaciones tenian por base y por objeto mantener viva la division que entre los gefes carlistas reinaba, y que hacia del todo imposible una fuerte y ordenada resistencia. Iturralde, que sucedió á D. Santos en el mando del grupo mas notable de insurgentes, procuró reparar en lo mas recóndito de la montaña las pérdidas por la derrota producidas, y fue tal y tan rápida su habilidad, que en muy poco tiempo organizó los dos primeros batallones de voluntarios realistas de Navarra, que tan brillante y merecida reputacion se conquistaron despues.

Esta era la situacion de las cosas por el mes de octubre de 1833. Equilibradas las fuerzas de uno y otro bando, porque la superioridad de los cristinos en organizacion y en número estaba compensada con la proteccion y simpatía que en todo el pais encontraban los carlistas, no era seguramente verosímil vaticinar fin próximo á la guerra. Dueños los últimos de cuantos elementos eran necesarios para una resistencia tenaz y prolongada, defendida su bandera por miles de voluntarios valientes y entusiastas, capaces por su robustez y sufrimiento de soportar las mas duras fatigas; poseedores de una administracion civil ordenada, pura y escelente, citada como modelo aun en los paises mejor administrados, con recursos seguros y abundantes para el sosten del ejército, y con gefes del pais que reunian á la autoridad de padres el cariño de hermanos y compatriotas, solo les faltaba para sacar partido de tan poderosos medios un brazo fuerte y vigoroso que cortase las rivalidades y las envidias, una cabeza bien organizada que diese acertada direccion á sus fuerzas, y un corazon leal y entusiasta que ébrio de poder y ambicioso de gloria coronase con repetidos triunfos sus armas y sus banderas.

Existia por desgracia de España, y decimos por desgracia, porque en la existencia á què nos referimos estaba cifrada la de la guerra, un hombre que reunia á ese corazon leal esa cabeza organizadora y ese brazo vigoroso. Ese hombre con quien ya estarán familiarizados nuestros lectores, era D. Tomás Zumalacárregui. El mismo dia en que recibió con un propio el oficio de Uranga, y nótese que lo recibió al amanecer, salió entre ocho y nueve de la mañana de Pamplona, solo y en trage militar, pues el virey Solá le habia comunicado la órden de que no saliese nunca de su casa sin uniforme. Reunidò con Uranga marchó á Vitoria, en donde se le propuso si queria pasar á Castilla á ponerse al frente de la fuerza que acaudillaba Merino, ó bien á Navarra á colocarse á la cabeza de los resueltos provincianos. Aficionado al franco y noble carácter de estos, en otro tiempo sus camaradas, y persuadido de la gran falta de gefes y oficiales que entre ellos se sentia, aceptó esta última propuesta.

En el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona, se divisaba en una mañana del mes de octubre de 1833 un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas, cuyos semblantes mustios y abatidos retrataban fielmente el estado precario é incierto de su causa. Conversaban unos con otros aquellos provincianos sobre el poco suceso de la guerra, y los que con menos espontaneidad, y ora cediendo á consejos agenos, ora á la fuerza del ejemplo, habian dejado la esteva por el fusil, reconvenian agriamente á los que con halagüeñas promesas y seductores ofrecimientos los habian separado del dulce y tranquilo seno de sus mugeres y de sus hijos, haciéndoles trocar las pacíficas y sosegadas faenas del labrador por los afanes y la agitacion del soldado. Estaban los desfallecidos defensores de Cárlos V en lo mejor y mas sabroso de su plática cuando vieron venir hácia ellos un hombre de mediana y fornida estatura, envuelto en una capa y con voina y alpargatas á estilo del pais. A medida que este hombre se les aproximaba parecia renacer la esperanza en los desmayados corazones; los semblantes de los soldados iban recobrando su ordinaria animacion, el apiñado grupo se iba estendiendo, y como por una especie de instinto abria paso hasta su centro para que en él se colocase el hombre de la voina y de la capa. Llegó en fin este hombre, cuyo mágico poder se dejó sentir apenas se le divisó á lo lejos, y cuando al verse rodeado de toda aquella gente se desembozó con dignidad y se dió á conocer, el mas ferviente entusiasmo se apoderó de aquellos soldados, que levantando en alto sus fusiles lanzaban gritos de júbilo marcial, y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de «*viva Zumalacárregui.*»

proclamar á Cárlos V y enarbolar su bandera con el destacamento de carabineros que tenia en Roncesvalles. Poco despues, como lograse Eraso burlar la decantada vigilancia de la policía francesa, se introdujo de nuevo en las provincias, y fiel cumplidor ZUMALACÁRREGUI de su palabra, se apresuró á hacerle entrega del mando; pero Eraso, admirador suyo, conocedor de su mérito y de su superioridad, hizo abnegacion de su persona, de su amor propio y hasta del prestigio que entre sus compañeros gozaba, y dándose por subordinado de ZUMALACÁRREGUI solo se avino á mandar en segunda línea.

Tenemos ya absoluto dueño del campo carlista al ilustre caudillo llamado á dar forma á las masas de hombres que voluntariamente y á bandadas se presentaban á servir la causa que apellidaban del pais, y que colocado á su frente tenia la mision de utilizar y hacer fructíferos los inmensos sacrificios que aquellas provincias comenzaban á hacer en el ara de sus inmemoriales tradiciones y de sus venerandas y amadas leyes. Dentro de poco la esperiencia habia de decir si era capaz de llenar mision tan difícil, y al tiempo estaba reservado demostrar si sus memorables hechos de armas debian sobrepujar los deseos, las ilusiones y las esperanzas de los mas ardientes enemigos del gobierno de Cristina.

Uno de los primeros y mas fecundos pensamientos de ZUMALACÁRREGUI apenas echó sobre sus hombros la responsabilidad de crear y dirigir un ejército, fue el de nombrar una junta económica, á cuyo cargo puso la recaudacion de intereses, los acopios de subsistencias, la construccion de armamento y vestuario y la fundicion de cañones y proyectiles, convirtiendo á poblaciones enteras en fábricas y talleres militares. Completamente correspondió la junta al objeto de su nombramiento, y administradora pura y severa de los fondos públicos, anticipábase con previsora actividad á las necesidades del ejército, que cada vez eran mayores y mas apremiantes, dejando á ZUMALACÁRREGUI libre del angustioso cuidado de reunir medios y recursos, y en disposicion por lo tanto de dedicarse con ánimo tranquilo y desembarazado á ordenar sus masas, organizar y disciplinar sus nacientes batallones, combinar su plan de campaña y sacar todo el provecho posible de los descuidos de sus contrarios y de los azares siempre inevitables en aquel pais para un ejército invasor.

Adoptó ademas para la mas pronta y fácil organizacion de su ejército, el plan que las anteriores guerras habian señalado como el mejor y el mas preferente en un pais tan montañoso como aquel. En vez de formar regimientos distribuyó sus fuerzas por batallones, y conociendo que la

audacia y rapidez en los movimientos eran las cualidades mas esenciales y necesarias en aquel género de guerra, equipó á sus soldados de un modo tan sencillo como ligero. Una voina, una canana, un capote gris, dos pares de pantalones encarnados, unos zapatos y dos camisas eran todas las prendas que constituian el equipo de un soldado carlista.

Otro de los cuidados de ZUMALACÁRREGUI en los primeros dias de su mando fue establecer un sistema de espionage admirablemente organizado. La adhesion y el cariño que le profesaban los habitantes del pais, y la cooperacion que antiguas y particulares relaciones le proporcionaban, contribuyeron mucho á que servicio tan importante llegase al mayor grado de perfeccion posible. De este modo por medio de sus confidentes no ignoraba ni los mas pequeños movimientos del enemigo; conocia la fuerza y organizacion de sus regimientos; sorprendia los mas interesantes secretos militares, y no le era desconocida ni la mas leve é insignificante circunstancia que con sus contrarios tuviese relacion.

Como complemento de su plan tomó por último ZUMALACÁRREGUI una disposicion que por algun tiempo se calificó y con apariencias de razon de necia fanfarronada. Consistia aquella en un bando previniendo el bloqueo de todas las plazas y puntos fortificados por las tropas de la reina. Pareció en un principio un tanto risible que quien tan escasas fuerzas tenia mandase bloquear á las contrarias, tan superiores en número; pero ese pensamiento fue despues justamente aplaudido cuando para completarle ideó la formacion de un cuerpo de aduaneros, nutrido en su mayor parte de contrabandistas del Pirineo. Estos hombres, tan especiales en su profesion, tan incansables, tan sagaces siempre, fueron organizados en partidas de 40 ó 50 que dirigian los que á mayor destreza y audacia reunian mayor conocimiento de las localidades inmediatas á cada guarnicion. Estas partidas contribuian poderosamente á secundar las miras del gefe carlista, y ora cercenando los comestibles de los puntos fortificados, ora interrumpiendo sus comunicaciones, ora en fin cobrando derechos y exigiendo cantidades á los comerciantes, arrieros y trajineros, hacian grandes y señalados servicios á la causa de los insurgentes, que defendian tambien con el fuego de sus trabucos hostilizando de cerca y desde terrenos difíciles y montuosos á los destacamentos que salian de las guarniciones, y desapareciendo á la manera y con la velocidad de impalpables sombras cuando alguna fuerza se encaminaba á desalojarlos.

Mientras ZUMALACÁRREGUI reunia y organizaba todos estos elementos de guerra, la campaña del Norte ofrecia cada vez incidentes mas interesantes, empeñaba cada dia mas la espectacion pública, é inspiraba ma-

yores cuidados y exigia mas fuerzas y mas recursos del gobierno de la Reina. Obtenido un brillante triunfo por el conde Armildez de Toledo en la sierra llamada Cubillo de Perazancas contra la partida que mandaba el gefe carlista Villalobos; y rota por el general Castañon la línea que los carlistas habian establecido desde Tolosa hasta Irun, y que prolongándose por Hernani los hacia dueños del pais entero, tuvo lugar una jornada igualmente gloriosa para ambos ejércitos. Esa jornada, la primera en que se dejó conocer y se hizo sentir el influjo y la inteligencia del nuevo general carlista, fue la del 29 de diciembre en los pueblos de Nazar y Asarta. En estos pueblos, testigos en 1822 del valor y de la pericia de Zumalacárregui, y donde contra su espresa voluntad se libró una accion harto desgraciada para la causa realista, y mas aun para el crédito del general Quesada, entonces su caudillo, habia concentrado aquel las mejores fuerzas de Alava, Guipúzcoa y Navarra, con el fin sin duda de caer sobre Bilbao, objeto constante de su ambicion y causa primordial de su desgracia. El general Lorenzo, unido á la columna de operaciones de Aragon, marchó resuelto contra los enemigos, con ánimo de presentarles la batalla donde quiera que los encontrase. Despues de largas y penosas marchas llegó á los pueblos de Luqui, Urbida y Villamayor, distantes solo tres leguas de Nazar y Asarta. Imponente era el aspecto que presentaban las fuerzas situadas en estos últimos pueblos. Ascendia su número á 6000 hombres, divididos en siete batallones, cuatro navarros que mandaba el mismo Zumalacárregui, y tres alaveses á las órdenes de Uranga, Villareal y Lazarraga. En la ermita llamada de Ziñena se veian brillar los fusiles de los avanzados centinelas carlistas; en Nazar estaba acampado un batallon navarro, otro alavés y hasta 200 ginetes. Estendíase al frente de estas fuerzas una vasta llanura que brindaba con un seguro triunfo á la brillante y justamente afamada caballería del ejército de la Reina. El coronel Oráa, comandante de la columna de operaciones de Aragon, dirigió con éxito feliz el ataque por esta parte, consiguiendo al cabo de varias y acertadas embestidas que se retiraran los 200 ginetes enemigos, que ni por su organizacion ni por su número podian rivalizar con las fuerzas que los acometian. La retirada de la caballería carlista pareció la señal para proseguir el comenzado ataque con desusado encarnizamiento. Los dos batallones carlistas de Nazar se vieron por fin envueltos por las tropas de Lorenzo que compraron á alto precio este triunfo, pues recibidas por tres veces con las bayonetas de los valientes y desesperados defensores de D. Cárlos, sufrieron notable y horrorosa pérdida. Zumalacárregui, situado en Asarta

con los cinco batallones restantes, dirigia la accion, y con su voz y con su ejemplo aumentaba, si de aumento era posible, el valor de sus soldados. Repartidos estos en cuatro fuertes columnas, dos á la izquierda del pueblo, y de ellas una á la entrada del bosque de su flanco, y la otra avanzada á corta distancia para sostener el fuego de guerrillas, y las otras dos en las calles del mismo pueblo y su retaguardia, la division de Lorenzo, subdividida en tres columnas de ataque hizo movimiento contra los defensores de Asarta; movimiento combinado de modo que al romper el fuego la artillería carlista dirigiese la primera columna el suyo en guerrilla por los flancos de las posiciones contrarias, y la segunda y tercera avanzasen en masa en una misma línea, marchando la reserva á retaguardia del centro de estas para reforzar durante la accion el punto donde fuese mas necesaria su ayuda. Al ver Zumalacárregui envueltas sus guerrillas y sumamente molestada su tropa por el fuego de la artillería enemiga, mandó adelantar su columna izquierda para envolver de este modo el lado opuesto de sus contrarios; pero como la resistencia fuese vigorosa, la columna avanzada desistió de su empeño, y tuvo que replegarse sobre el pueblo. En esta situacion poco lisonjera acometió Zumalacárregui á la bayoneta con el núcleo de sus fuerzas á la tercera columna de Lorenzo, que marchaba decidida á apoderarse del pueblo. Dudoso y vacilante estuvo por algunos momentos el éxito de la accion, pues al verse tan rudamente acometidos, perdieron toda esperanza de salvacion los soldados de la Reina, que sin los esfuerzos y decision de sus gefes se hubieran visto espuestos á sufrir un desaire de la fortuna. Dióse por satisfecho Zumalacárregui con las sangrientas ventajas obtenidas, y prefiriendo á un resultado aparentemente glorioso la conservacion de su gente, se retiró á Santa Cruz de Campezu, hasta cuyo punto fueron los vencedores picando la retaguardia de las tropas carlistas.

Esta accion, que vino á cerrar la campaña de 1833 por haber espirado el año á los dos dias, aunque afortunada para las armas de la Reina, dió origen á graves cuidados y á no infundados temores. En esta accion habian aparecido convertidas en un ejército las dispersas y desorganizadas partidas que un tiempo ocasionaran mas incomodidad que verdadera inquietud, y que si en un principio pudieron mirarse con desdeñosa indiferencia, ya reclamaban séria atencion, poderosos recursos y actividad incansable. En ella tambien, sobre probar sus fuerzas la insurreccion, habia hecho alarde de sus progresos, y se habia presentado imponente y atrevida, demostrando al gobierno de Madrid que las fuerzas con que contaba para su triunfo y en que fundaba su esperanza, no obs-

tante los anteriores descalabros, merecian ya el nombre de ejército á que ufanas y orgullosas aspiraban, y no solo se habian acrecentado considerablemente, sino que iban adquiriendo por dias una instruccion, una firmeza y una regularidad que la agitacion y movimiento contínuo, que eran el alma de su existencia, no hacian esperar por cierto, y que revelaban que eran acaudilladas y dirigidas, no por un guerrillero de capacidad mediana, sino por un militar inteligente, por un hombre de genio, capaz de concebir un plan, de reunir los elementos necesarios para su desarrollo, y de llevarle á feliz y venturoso término.



CAPITULO VII.

1834. — Nuevo ministerio.—Progresos de la guerra del Norte.—Se introduce Zumalacárregui por sorpresa en la ciudad de Vitoria.—Prisioneros de Heredia.—Accion de Huesa.—Se confia al general Quesada el mando del ejército.—Medios que se ponen en juego por el Gobierno de la Reina para separar á Zumalacárregui de su propósito.—Se dirige su hermano en su busca.—Interesante correspondencia que medió entre ambos y el general Quesada.—Inutilidad de todas estas tentativas.—Estatuto Real.—Tratado de la Cuádruple Alianza.—Táctica de Zumalacárregui.—Sorpresa de Calahorra.—Acciones de Alsasúa y de las Dos Hermanas.



Ápido y prodigioso vuelo iba tomando por enero de 1834 la guerra civil: la opinion liberal se mostraba descontenta y enojada; hostil y amenazadora la realista; la mayoría de la nacion, compuesta, no de hombres de partido, sino de honrados y pacíficos ciudadanos, estaba justamente alarmada y naturalmente recelosa. Este cuadro palpitante de hostilidad, de descontento y de alarma acabó sin duda de persuadir al enérgico ministro Cea Bermudez de la imposibilidad de llevar adelante su sistema de gobierno, y en 15 de enero depositó el poder, que con tan buenos ánimos y tantas esperanzas habia recibido, en manos del Sr. Martinez de la Rosa. Los antecedentes políticos del nuevo presidente del consejo, su honradez proverbial y su reconocido talento por un lado, y por otro los nombres de los ministros que se le asociaron, hubieron de satisfa-

cer por entonces las exigencias de los que querian se ensanchase aun mas el círculo de las concesiones.

En tanto la guerra del Norte presentaba un aspecto cada dia mas respetable. En las provincias Vascongadas como en Navarra iba recibiendo el ejército carlista una organizacion vigorosa; y si bien los mas de los dias cantaban los generales de la Reina un nuevo triunfo, esos triunfos, ya que se decoraba con este nombre á parciales é insignificantes encuentros, no eran seguramente precursores de un término venturoso. Las tropas de la Reina estaban en contínuo y no interrumpido movimiento, obligándolas las correrías de los insurgentes á fatigosas é incesantes marchas que amenguaban notablemente sus filas. Uno de los gefes mas afortunados entre todos los que en aquella ocasion hacian la guerra era el brigadier Espartero, comandante general de Vizcaya. El 19 de enero dispersó en Marquina á un batallon carlista, obteniendo al siguiente dia otro triunfo en las inmediaciones de Garnica sobre las fuerzas carlistas que Zabala acaudillaba.

Al espirar el mes de enero se habia situado Zumalacárregui en la frontera divisoria de Aragon y de Navarra, posicion ventajosa que le facilitaba dirigir las operaciones de uno y otro punto y acudir donde hubiese mas necesidad de su presencia. Observaban atentos á Zumalacárregui los brigadieres Oráa y Linares; pero aquel trató de burlar su vigilancia, y se decidió á imponer con un golpe rápido y sorprendente á las esparramadas fuerzas de los soldados de la Reina. La dilatada estension de las líneas que estos ocupaban le persuadió de que acaso no seria difícil por alguna parte romperlas, y aproximándose hácia Alava en compañía de Eraso y con unos 5 ó 6,000 hombres, logró introducirse por sorpresa dentro del recinto de la plaza de Vitoria. Desvanecida la confusion de los primeros momentos, y vueltos en sí los defensores de tan inesperada sorpresa, rechazaron de aquellos muros, si bien con gran pérdida, al arrojado enemigo. Torció entonces Zumalacárregui su direccion al noroeste, y ciego de cólera por el revés sufrido, la suerte le proporcionó ocasion de satisfacer su despecho y su venganza. Al retirarse de Vitoria quiso la fatalidad que tropezase en Heredia con un pequeño destacamento de las tropas de la Reina. Envolvióle desde luego, y despues de una resistencia tenaz y sangrienta, la superioridad de las fuerzas de sus enemigos y la imposibilidad de continuar una defensa ya desesperada, obligó á los soldados cristinos á rendirse, entregándose como prisioneros de guerra en manos de los enojados carlistas. Entonces Zumalacárregui, dando por la primera vez de su vida un ejemplo de

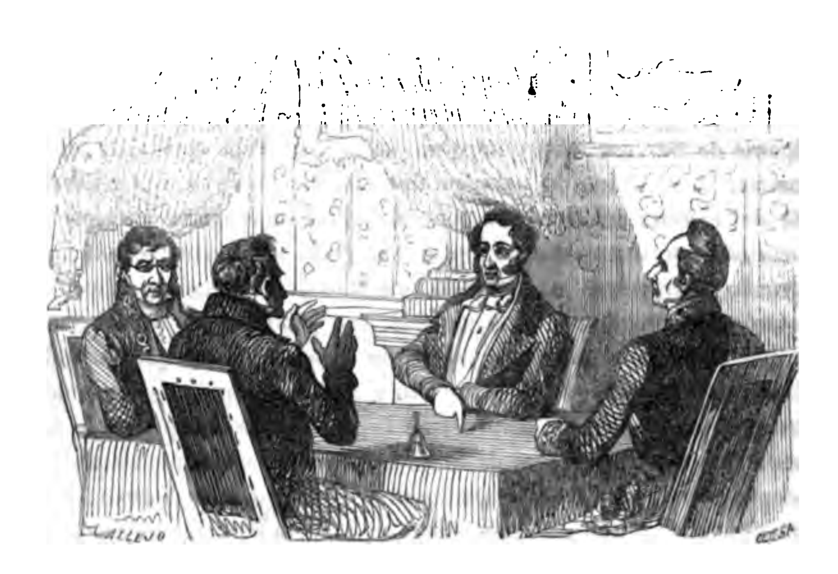
crueldad que tuvo despues bastantes imitadores, mandó fusilar á los infelices prisioneros, creyendo de este modo fortalecer su causa y difundir el terror en sus contrarios.

La persecucion que las tropas de la Reina habian emprendido contra Zumalacárregui fue mas tenaz y mas viva desde que circuló el rumor de tan sangrienta escena. El general Valdés, que marchaba afanoso en perseguimiento del caudillo carlista, logró alcanzarle en el pueblo de Huesa. Situado estaba Zumalacárregui con dos batallones navarros en las posiciones inespugnables de este pueblo que entre dos montañas escarpadísimas abren paso á la rápida corriente del rio Salazar. Como era de esperar, el gefe carlista defendió animoso por espacio de cuatro horas el punto en que estaba situado, hasta que flanqueado de una manera que le forzó á abandonarlo, tuvo que retirarse con su gente, si bien lo hizo sin pérdida y de una manera honrosa y ordenada, merced á las ventajosas posiciones que sucesivamente le fue ofreciendo aquel ameno valle.

Otras acciones de ventajoso resultado para las armas de la Reina tuvieron lugar por aquellos dias en Oñate, en Amezqueta y en el puente colgante de Burceña, y la guerra no obstante no daba esperanzas de terminarse. La variacion del gabinete debia llevar consigo la del general en gefe del ejército del Norte. El general Valdés, mas activo y celoso que afortunado, trató en vano de reprimir el vuelo á la insurreccion, y no logrando distinguirse ni sofocarla con uno de esos golpes felices que bastan para dar nombre á un general, fue poco á poco desvaneciendo las ilusiones que al nombrarle se habian formado. Un general mandaba á la sazon en Castilla la Vieja, activo y esforzado, que en premio de los servicios que acababa de contraer en la pacificacion de aquel vasto territorio habia recibido merced de título de Castilla. Era este el general Don Vicente Genaro de Quesada, marqués de Moncayo, y en él puso los ojos y la esperanza el ministerio Martinez de la Rosa para reemplazar á Valdés, á quien se confirió la capitanía general de Castilla la Vieja, pretestando, para que no lo tomase por desaire, que esta provincia era mas favorable al estado de su salud.

Fue nombrado el general Quesada para mandar el ejército del Norte á principios del mes de febrero; y ya fuese por haber demostrado la esperiencia en aquellos primeros meses cuán poco conducian á un feliz resultado los mas venturosos encuentros, ya porque tal vez hubiese sido una de las razones para dicho nombramiento la influencia que equivocadamente suponian algunos podia ejercer Quesada sobre el ánimo del cau-

dillo carlista, en otros tiempos su subordinado y su amigo, es lo cierto que en consejo de ministros se agitó la cuestion de si convendria atraer por medio de seductoras promesas á ZUMALACÁRREGUI, privando á la causa de D. Cárlos de uno de sus mas robustos pilares. Unánimes acogieron esta idea todos los secretarios del Despacho, y dándose á pensar sobre los medios de realizarla, creyeron como el mas seguro invocar desde luego para el logro de su objeto la cooperacion del hermano del general carlista, D. Miguel Antonio de Zumalacárregui, antiguo y acreditado liberal, y magistrado íntegro y respetable, que á la sazon se hallaba en la corte. Al efecto le nombraron regente de la audiencia de Búrgos, y á los pocos dias y con la reserva que exigia la importancia del caso, recibió una carta en que se le decia que pasase por la secretaría de Estado, pues deseaba hablarle el Sr. Martinez de la Rosa. Acudió presuroso á la cita el Sr. de Zumalacárregui, y halló reunidos en consejo



á todos los señores ministros. Como era natural giró al punto la conversacion sobre los progresos de la guerra de las provincias; y como era imposible hablar de la guerra sin recordar al diestro y animoso caudillo que por el otro bando la dirigia y casi sustentaba, hicieron los ministros algunas preguntas á D. Miguel sobre la situacion de su hermano. D. Miguel que la ignoraba del todo por haber interrumpido con él sus relaciones desde que desapareció de Pamplona, se limitó á hacer alguna indicacion sobre la tenacidad de su carácter, lo firme de sus propósitos

y la pundonorosa nobleza de sus sentimientos. Convencidos los ministros por esta franca relacion de lo infructuosas que serian las ofertas para el que era tan desprendido en su proceder como inalterable en sus resoluciones, manifestaron que lo único que mas probabilidad de éxito ofrecia era que se dirigiese D. Miguel á las provincias y procurase alli obtener una entrevista con su hermano, en la cual por medio del consejo y de la reflexion, y apelando tambien á los impulsos de la sangre, lograse persuadirle, no menos que de su rebelde conducta, del triste porvenir que esperaba á su causa. Amante D. Miguel, como lo son pocos, de la paz y de la felicidad de su pais, y deseoso de secundar las buenas intenciones del gobierno de S. M., se prestó desde luego á dar cuantos pasos fuesen conducentes al ansiado objeto, y sin considerar los peligros á que se esponia, ni la gravedad del compromiso que iba á contraer, atento solo al interés que podia reportar la patria de su mision verdaderamente pacificadora, dijo en pleno consejo que en el acto mismo estaba pronto á emprender su marcha, con tal que se le autorizase para ocultar su nombre y tomar el camino que mejor le pareciese. Con vivo placer oyeron los ministros las sinceras palabras de D. Miguel, y sin titubear iban á acceder á lo que solicitaba; pero el ministro de la Guerra, señor Zarco del Valle, manifestó entonces que no podian aceptarse tan patrióticos servicios si no se procedia de acuerdo con el general en gefe, que justamente podria resentirse de que para objeto tan importante no se contase con él, procurando combinar con los suyos estos esfuerzos. No aceptó de muy buen grado D. Miguel la anunciada cooperacion del general Quesada; pero no desistió por eso de su noble propósito. Dirigióse por tanto á Búrgos, y desde esta ciudad al cuartel general con nombre supuesto. Estaba á la sazon en Logroño el general en gefe, y en este punto se presentó á él D. Miguel Antonio de Zumalacárregui, que mereció al general la mas benévola y amistosa acogida. Alli reunidos se ocuparon sériamente una vez y otra del modo de conseguir la ansiada entrevista, y despues de mucha meditacion se convino, á propuesta del general en que D. Miguel tomase la pluma y escribiese á su hermano, como en el acto y á presencia del mismo Quesada lo verificó. Tambien el general dirigió otra carta al caudillo carlista, y de ambas fue portador un oficial. La carta que escribió D. Miguel, documento auténtico y hasta el dia inédito, está concebida en estos términos:

«Logroño 23 de febrero de 1834.

«Mi querido hermano: Nada puede serme mas interesante que tu felicidad y la de tu familia: el paso que estoy dando es la prueba mas con-

»vincente de esta verdad: hasta mi llegada á Madrid á mediados del mes »anterior, ignoraba absolutamente tu existencia, y cuando supe de tí, se »llenó de amargura mi corazon: á pocos dias se dignó nuestra benéfica »Reina nombrarme regente de la nueva audiencia que debe establecerse »en Burgos, y desde este momento me propuse buscar cuantos medios »me fuesen posibles para hacerte saber mi posicion y proporcionarte los »que te pudieran instruir del estado en que se halla la nacion. Feliz»mente era Capitan general de Castilla la Vieja tu antiguo gefe el Ex»celentísimo Sr. D. Vicente Quesada, y no dudé que contribuiria eficaz»mente para conseguir el plan que me proponia: el 21 de este mes llegué »á Burgos con el objeto de arreglar el nuevo tribunal; mas al saber que »el mismo general estaba nombrado para el mando del reino de Navar»ra y su ejército, abandoné por ahora mi proyecto y me apresuré á ve»nir á esta ciudad para tratar esclusivamente de tu bien.

«He encontrado á este digno gefe, cuyo carácter y escelentes cualida»des te son bien conocidas, tan dispuesto á cuanto le he manifestado, »que me es imposible pintarte la satisfaccion de que estoy poseido: me »ha manifestado los pasos que tiene dados al mismo fin, y de esto debes »inferir que conservas personas interesadas en evitar tu ruina: estoy »convencido de que tus resentimientos provienen de la injusticia con que »te trataron á consecuencia de tus contestaciones en el Ferrol; pero di»me, Tomas: ¿hay jamás razon para proceder contra la patria? ¿contra »nuestra legítima soberana? Si podemos tener un rato de conversacion, te »argüiré con lo mismo que me tienes escrito en aquella época; hasta este »caso prescindiré de todo.

«Conviene, pues, y es absolutamente preciso que te dejes conducir por »el general: no puedes dudar que soy el mas interesado en tu honor y »que en manera ninguna consentiré en que quede mancillado: esta es la »mejor ocasion, y quizás la última en que puedes demostrar que eres »amante de tu patria y que deseas manifestarlo, como lo tienes hecho »en otras ocasiones. Lo que te ofrezca el general será cumplido en un »todo; me constan sus relaciones y la grande consideracion que se le tie»ne en el gobierno: en este concepto desecha tus resentimientos y dame »el placer de verte reconciliado con la mejor de las soberanas, para lo que »contribuiremos todos del modo mas eficaz. Me alegraré que continúes »sin novedad en tu salud, y que dispongas de tu hermano que te ama de »corazon.=Miguel.

P. D. «Te advierto que la mediacion del general será estensiva á to»dos tus compañeros, quienes esperimentarán respectivamente los mis-

»mos beneficios que tú; quisiera que me contestases á la mayor brevedad, »porque habiendo venido á esta ciudad con el solo objeto que dejo mani»festado, he resuelto permanecer en ella hasta tu determinacion.»

Algunos dias despues llegó á manos de D. Miguel la siguiente respuesta que su hermano le dirigia, respuesta que recibió por conducto del general Quesada.

«Domeño 1.º de marzo de 1834.

»Mi querido hermano: El mismo oficial portador de una carta del ge»neral Quesada me ha hecho entrega de la tuya del 23, por cuyo con»testo veo haberte nombrado la Reina Gobernadora regente de la nueva »audiencia de Burgos, de lo que como buen hermano te doy la enhora»buena, pues te deseo de todo corazon las mayores felicidades, y en nada »soy menos que tú con respecto á mí, en desearte bienes.

«A las reflexiones sobre mis operaciones no debo contestar, porque »en este punto cada uno conservará las suyas. Hoy escribo al general »Quesada, mi antiguo gefe, haciéndole presente que para contestar á sus »proposiciones necesito reunir los cuerpos y personas caracterizadas de »este ejército, pues que yo, para asunto de tanta gravedad, no soy »mas que un solo individuo, y aquí hay muchos sugetos de rango é ilus»trados que deben discutir el negocio. Tú ya sabes el modo con que »siempre me he comportado; que el honor ha sido mi divisa, y que pa»ra conservarlo en la delicada posicion en que me encuentro, debo pul»sar el negocio con el mayor cuidado.

«Consérvate bueno y manda á tu afectisimo hermano. = Tomás Zu»malacárregui.»

P. D. «Nada sé de Pancracia desde que me dijeron que la habian »hecho presa.»

La carta con que acompañaba Quesada la anterior es la siguiente:

«Pamplona 4 de marzo de 1834. = Sr. D. Miguel Zumalacárregui. = »Mi estimado amigo: acompaño á V. la contestacion de su hermano: la »que á mí me ha dado no es tan franca cual debia desearse; pero da »esperanza de que podremos entendernos: hoy le he vuelto á escribir »llamándolo á una entrevista á la que debe venir con alguno de sus »compañeros: si accede á ello, espero convencerlos.

«A su muger la puse en libertad desde el momento que llegué á Es»tella; la ví en Puente la Reina, y le dí pasaporte para Elizondo en el »valle de Bastan, para donde lo pidió: la dije el interés de V. y que se »hallaba en Logroño; manifestó complacencia y apreciar sumamente la »fineza.

«Yo creo que es innecesario que V. se detenga por mas tiempo en »esa, pues si la cosa se ha de hacer, se realizará en nuestra entrevista, »y la terminacion no será entonces tan rápida que lograse V. verlo en »veinte y cuatro horas, por lo que le será mas cómodo aguardar en Búr»gos; pero V. hará lo qúe le acomode en esta parte.

«Mis espresiones al amigo Ligues, y V. disponga de su afectísimo »Q. S. M. B.= *Vicente de Quesada.*»

Al ver D. Miguel cuán pocas esperanzas le daba derecho á concebir la lacónica carta de su hermano, desconfió de llevar á cabo su plan, plan á cuyo feliz desarrollo habia tal vez presentado obstáculos la intervencion del general en gefe. La ofensa que de este habia recibido Zumalacárregui era harto grave para que en su orgullo se allanase á tomar parte en una transaccion en que aquel se presentaba como mediador, y por esta razon, si decidido estaba por conviccion y por compromiso á no ser infiel á su nueva bandera, su fidelidad, enlazada ahora á su amor propio, echó mayores y mas hondas raices. Nada de esto se ocultaba á la penetracion de su hermano; pero queriendo este tentar el último esfuerzo, aunque sin esperanza de éxito, le remitió de nuevo la siguiente carta por el mismo conducto que la anterior:

«Logroño 7 de marzo de 1834.=Mi querido Tomás: Quedo impues»to de cuanto me dices en tu estimada de 1.° del corriente, y no he duda»do jamás de tu buen afecto, ni de la satisfaccion que te habrá causado »la noticia de la bondad con que me ha distinguido S. M. la Reina Go»bernadora.

«No considero fuera del caso haber de contestarme á las cortas re»flexiones que te hice en órden á tus operaciones, porque siendo yo, »como te he manifestado, el mas interesado en tu bien y en el de tu fa»milia, pues la tengo como mia, debiste creer que mis indicaciones eran »hijas de mi buen deseo, y que descansaba en datos los mas positivos: »de todos modos, creo que no desecharás la opinion de un hermano que »te ama y que siempre te ha considerado como hombre de honor.

«No es mi ánimo ni el del general Quesada, tu antiguo gefe, precipi»tar un asunto que te parece tan grave: te dije y repito que una entre»vista allanaria todas las dificultades, porque haciéndote cargo del ver»dadero estado de las cosas, no me cabe duda en que aceptarias lo que »te propuse. Respeto sobre manera el rango é ilustracion de las perso»nas que te acompañan; pero estoy cierto que esas respetables personas »estan mal informadas, y de que su posicion es tan delicada como la tu-

»ya, y por consiguiente, por su mismo honor deben procurar saber la »verdad.

«Te ruego, querido hermano, que te veas con ese apreciable general: »pueden ir contigo los sugetos ilustrados que elijas, se discutirá el asun»to, y tomarás el partido de la verdad y de la justicia.

«Mañana marcho á Búrgos en donde me detendré dos dias: pasaré á »Madrid, y reunido con mi familia regresaré á Búrgos: mi venida á Lo»groño no tuvo otro objeto que el de verte; mas la distancia que nos se»para lo hace impracticable por ahora, y no me es posible esperar: es»críbeme por medio del general, y si me necesitas volaré al momento.

«Deseaba tambien hablar à Pancracia y tus niñas: todo me ha sido »imposible por lo delicado de mi salud; pero conservo la dulce espe»ranza de tenerte en mi compañía despues de darte un abrazo. A Dios! »Sabes cuanto te ama tu afectísimo hermano. = Miguel.»

Claramente se deduce del contenido de las anteriores cartas cuán poco contribuyeron á vencer la resolucion de Zumalacárregui ni los cariñosos ruegos del hermano, ni las finas proposiciones del gefe. En vano uno y otro, correspondiendo á la confianza del gobierno de la Reina, trabajaron con estraordinario celo por arrancar á la causa de D. Cárlos el mejor de sus defensores; en vano procuraron para atraerle pintarle con negro colorido la situacion desesperada de los suyos; Zumalacárregui, despues de pasar los airados ojos por el papel, fijábalos veloz en los soldados de su guardia y en sus entusiasmados batallones, y contestaba con una imperceptible sonrisa de compasion á los que tan mal informados suponia del estado de sus fuerzas y de las probabilidades de triunfo de su partido. Creia ademas, que los pasos que en aquella ocasion daba su hermano, no eran espontáneos, ni nacidos de su propia voluntad, y que forzado á darlos por compromisos de su posicion política, trataba de tendérsele por el gobierno de Madrid una red engañosa, en la que una vez prendido, quedaria por siempre mancillado su honor, desvanecidas sus esperanzas y enteramente perdido su porvenir. Mantúvose por tanto firme contra todas las seducciones; hízose sordo á todos los clamores, y se negó tenaz, si bien de una manera indirecta, á toda entrevista que pudiera conducir á un acomodamiento. Escudado con que el honor habia sido siempre su divisa y con que era necesario para tan delicado asunto el concurso de las muchas personas de ilustracion y de categoría que estaban al frente de su partido, esquivó mirar la cuestion como personal, y dándola un carácter mas general y mas importante, supo rehuir con destreza el compromiso en que, llevado sin duda del

mejor deseo, le ponia su hermano: desesperanzado este de conseguir su objeto, y creyendo ya del todo innecesario seguir los movimientos del cuartel general, dócil al consejo de Quesada, se volvió á Burgos donde le llamaban las altas funciones judiciales de que habia sido revestido.

Plenamente convencido el gobierno de la Reina de que ni los medios mas diplomáticos, ni los mas numerosos ejércitos bastaban para convertir en amigos tibios á los que eran implacables enemigos, y viendo que la rebelion, si bien se ostentaba en toda su fuerza y en todo su poder en las provincias Vascongadas, estendia tambien su terrible influjo por Castilla y por Cataluña, por Aragon y por Valencia, alzando la cabeza, no sólo al otro lado del Ebro, sino tambien desde las fronteras de Portugal hasta las opuestas playas del Mediterráneo, trató de buscar fuerza y de crearse elementos de apoyo y de resistencia en un nuevo sistema político, que ofreciendo á los pueblos ciertas garantías de ser gobernados en justicia, y brindándoles con alguna influencia en el gobierno que debia conciliar los derechos de la nacion con las prerogativas de la corona, fuese un lazo comun con el cual pudieran anudarse todas las simpatías y amalgamarse todas las opiniones. Procuróse al efecto preservar al nuevo código político de los lunares que afeaban al de 1812, y para no provocar desfavorables recuerdos, se le dió el nombre de *Estatuto Real*. Era el Estatuto una mera convocatoria á Córtes; y como á esta circunstancia reunia la de haber sido otorgado por la Corona, no satisfacia mucho á los antiguos liberales que recordando con paternal cariño la Constitucion de 1812, único y verdadero símbolo de sus creencias y objeto de sus esperanzas, tachaban de escasa y de mezquina la concesion de la Corona. Pero por escasa y mezquina que fuese, llevaba en su seno el gérmen del sistema representativo; motivo poderoso para que inspirase, no solo temores, sino hasta repugnancia á los decididos realistas.

Dotado ya el pais por abril del año cuyos sucesos vamos recorriendo de la ley política que, segun algunos, anhelaba, hubo de fijar su atencion el gobierno del Estatuto en los sucesos de Portugal. El Infante D. Cárlos, á quien ya un ejército y algunos pueblos daban el título de rey, continuaba en aquel punto de su destierro; y como las armas triunfantes de Doña María de la Gloria fuesen cada dia obteniendo mayores ventajas sobre las de su tio D. Miguel, que poco galante y menos leal intentaba usurparle la corona, se temia mucho que consolidado el gobierno de aquella jóven princesa, no creyéndose seguro D. Cárlos en sus dominios, tratase de salvar la frontera y de penetrar, ora en Castilla, ora mas bien en las provincias Vascongadas, que era donde con mas ardoroso brio se enarbola-

ba su bandera. Para evitarlo introdújose en Portugal el general Rodil con el ejército acantonado en Estremadura, ejército que contribuyó no poco á la terminacion de la contienda, apresurando el triunfo de la causa de D. Pedro.

La circunstancia de ser dos niñas de edad tierna las que ocupaban los dos tronos de la Península, y la consiguiente inseguridad de estos, unida á otras consideraciones de alta política y de recíproco interés, dieron orígen al célebre tratado de la *Cuádruple Alianza*, llamado asi por haber tomado en él parte la Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. Comprometíanse en él las altas partes contratantes á cooperar por los medios que estaban á su alcance á que saliesen de los dominios portugueses los infantes don Cárlos y don Miguel; y como los sucesos acaecidos despues demostrasen la esterilidad del tratado, adicionóse éste á los pocos meses, y se estendió el compromiso de los reyes de Francia y de Inglaterra y del duque regente de Portugal á tomar el primero en los puntos de sus dominios fronterizos á España las precauciones necesarias para impedir que se entrase del territorio francés ninguna especie de socorros de gente, armas ni pertrechos militares á los insurgentes de España; el segundo á facilitar los auxilios de armas y municiones de guerra que la necesidad reclamase, y á cooperar ademas con una fuerza naval, y el tercero á contribuir al triunfo de la causa de la reina por todos los medios de que pudiese disponer la reina su hija. Aliento y esperanza infundió en muchos corazones esta proteccion, dispensada por gobiernos poderosos á la causa liberal; pero el tiempo tardó poco en desvanecer las ilusiones, y dió á conocer que los ofrecimientos no eran tan sinceros, como se los prometian algunos españoles llevados de su ingénua y proverbial credulidad.

Mas que nunca se mostraba entonces la guerra embravecida en las provincias del Norte, donde eran cada vez mas estériles é ineficaces los parciales y repetidos triunfos que obtenian las tropas de la reina. En vano el general Lorenzo combatía con su acostumbrado denuedo el dia 29 de marzo contra los batallones navarros y alaveses que Villarreal acaudillaba en las alturas de la ermita de santa Bárbara y pueblo de Muro, en las inmediaciones de Estella; en vano el brigadier Espartero obtenia el dia 9 de abril una nueva y sangrienta victoria en unas alturas situadas entre Bermeo y Mungnía, victoria que le valió la faja de mariscal de campo: esos combates terribles y esas tristes victorias no eran fecundas en esperanzas, sino en cadáveres; y lejos de conducir á la paz ansiada, derramaban la desolacion y el luto por todos los ángulos de España, y per-

petuando los ódios y los rencores en las familias á quienes la guerra robaba un padre, un esposo ó un hermano, hacian imposible toda reconciliacion futura entre aquellos que se veian separados por abismos de sangre.

Fácilmente supondrán nuestros lectores que el infatigable Zumalacárregui no se dormia sobre sus primeros laureles ínterin pasaban estos sucesos. Activo como siempre, todo lo dirigia con especial tino y se dedicaba con modesto placer á la organizacion y enseñanza de los nuevos soldados que venian á engrosar sus filas. El valle situado entre la sierra de Araya y la de Andía era el punto ordinario de su residencia, y desde él estendia alguna vez sus proezas hasta dos leguas de Pamplona y Salvatierra. Firme en su plan de operaciones, veia sin alteracion y sin susto las continuas escursiones que hacia Espartero en persecucion de los batallones vizcainos, porque conocedor de la topografía particular del pais, sabia que ésta hacia inútiles sus esfuerzos, sin mas resultado que el cansancio de su tropa. Así se admiraba entonces que no encontrase nunca obstáculos en sus marchas este afortunado general, que sin la menor oposicion recorria toda la provincia de Vizcaya, y solia sucederle, que despues de algunos dias de penosas marchas, cuando el soldado no podia resistir mas la fatiga y se veia obligado el general á darle algun descanso al pie de una colina, aparecian los carlistas en su altura, sostenian el fuego por espacio de media ó de una hora, causaban á sus enemigos una pérdida de 50 ó 100 hombres y abandonaban despues el disputado terreno, dejando al general cristino vencedor en la apariencia porque quedaba dueño del campo, y realmente vencido porque veia diezmada su fuerza y tenia que lamentar la pérdida de sus mejores soldados.

Este sistema de vencer y destruir en detall las fuerzas generalmente superiores del gobierno de la Reina, fue siempre el sistema favorito de Zumalacárregui, cuya astucia militar ofeciéndole contínuas sorpresas le proporcionaba ocasiones frecuentes para que sus noveles tropas fuesen adquiriendo sin gran esposicion el valor y la costumbre de guerrear que despues tan maravillosamente desplegaron. Era ademas este sistema el mas ventajoso que podia adoptarse en un pais donde tantos y tan grandes obstáculos presenta la naturaleza, y eligiendo en un principio Zumalacárregui para teatro de sus proezas lo mas fragoso de aquellas montañas, estas pequeñas victorias que contribuian á mantener vivo en los pueblos el prestigio de sus armas, le sirvieron pronto de base para realizar planes mas grandiosos y para lanzarse en empresas mas árduas y atrevidas, y por lo tanto mas gloriosas.

Un hecho ocurrió por aquellos dias, que al mismo tiempo que vino á probar cuán lejos llevaba su audacia ZUMALACÁRREGUI, fue un vivo testimonio de la justa confianza que le inspiraban los pueblos contenidos en el radio de sus operaciones, pueblos que le eran del todo favorables y en los cuales podia contar el número de sus confidentes por el número de sus vecinos. A las tres de la tarde del dia 9 de abril se presentó como por encanto delante de Calahorra con 2,800 infantes y 200 caballos. Ni remotamente esperaban los de la ciudad semejante visita, y aturdidos y presurosos á la voz del comandante de armas se reunieron unos pocos soldados que allí habia, algunos milicianos y dependientes del resguardo y corrieron á encerrarse en una casa-cuartel que se estaba fortificando, falta de víveres y enteramente desprovista de recursos para resistir en ella á tan tenaces enemigos. Sin el menor obstáculo por parte de los sitiados cercó ZUMALACÁRREGUI el edificio, y despues de mantener contra él un vivísimo fuego por espacio de algunas horas, les intimó la rendicion en los siguientes términos:

«Capitanía general de Navarra por el Sr. D. Cárlos V.=Si en el término de media hora no se entrega el comandante de la casa-fuerte de esta »ciudad, será el edificio reducido á cenizas y la guarnicion pasada á »cuchillo.=Cuartel general de Calahorra 9 de abril de 1834.=TOMÁS »ZUMALACÁRREGUI.=Sr. comandante del fuerte de Calahorra.»

Los defensores de la casa-fuerte por medio de su comandante contestaron animosos de esta manera:

«Esta casa-fuerte no se entrega á enemigos de la Reina nuestra señora; »y sus defensores estan resueltos á morir entre sus ruinas.=Fuerte de »Calahorra 9 de abril de 1834.=Antonio Aznar.=Sr. titulado coman»dante general de Navarra.»

Al ver la obstinacion de aquellos valientes redobló su ataque con vigor ZUMALACÁRREGUI, y ya estaba para tocar el término de sus esfuerzos, y ya se lisongeaba con la perspectiva del triunfo, cuando sabedor de que á marchas forzadas se aproximaba el general Lorenzo á socorrer á los sitiados, obedeció á la voz de la prudencia que le mandaba desistir de su empresa, y al amanecer del dia 10 repasaba con sus fuerzas el Ebro por el vado de Calahorra con direccion á Lerin.

Una accion notable y que estuvo para ser decisiva, tuvo lugar á los pocos dias. El general Quesada, contra quien tanta y tan justa animosidad abrigaba ZUMALACÁRREGUI, salió el dia 22 de abril de Salvatierra con la brigada de reserva en direccion á Pamplona, escoltando un convoy de enfermos, de caudales y de otros efectos que debian reunirse en di-

cha ciudad. Con impaciente placer tomó á su cargo el general en gefe del ejército de la Reina la conduccion de un convoy, que naturalmente correspondia á un general de division ó á otro gefe de menor categoría. Pero Quesada que sobre la prevencion con que habia mirado á Zumalacárregui antes de la muerte del rey, se veia recientemente desairado por el estéril efecto que habian producido en el ánimo del gefe carlista sus comunicaciónes amistosas y sus pasos diplomáticos, ardia en deseos de bajar su orgullo, y al efecto no desaprovechó la ocasion que se le presentaba de operar sobre el valle de Araquil, donde estaba comunmente acampado con algunas de sus fuerzas el caudillo de don Cárlos. Este que no tenia menos deseos por su parte de dar á Quesada una leccion severa, apenas tuvo noticia de este movimiento, salió resuelto á interceptarle el paso y á apoderarse del convoy. Para que Quesada no desistiese de su propósito se adelantó algunas leguas Zumalacárregui, y apenas divisó á lo lejos la masa de tropas que escoltaba el convoy, hizo una fingida retirada, cuyo verdadero objeto no fue por el momento comprendido. Al ver la fuga de sus enemigos cobró Quesada mayores ánimos, y ya contaba como cosa segura la completa posesion del valle de Araquil, y con esta intencion despues de haber pernoctado en Olozagoi-



tia llegó al amanecer al pueblo de Alsasúa que es uno de los mejores de Navarra. Situado á la derecha de la carretera de Vitoria á Pamplona ocupa este pueblo una posicion de las mas pintorescas. Alzase en la falda de una pequeña colina, y á su espalda se descubre un poblado y fron-

doso bosque que se estiende hasta Guipúzcoa. Un riachuelo, coronado por un puente viejo de madera, serpentea bullidor por aquel campo, y viene á aumentar su belleza, su frondosidad y su frescura. Apenas puso el pie en Alsasúa el general Quesada, se ofreció á sus atónitos ojos un espectáculo sorprendente. ZUMALACÁRREGUI con sus voluntarios tenia tomadas sus posiciones, y esperaba el ataque precisamente en la colina sobre la cual descansa el referido pueblo. Sus fuerzas se componian de tres batallones alaveses, cuatro navarros, dos vizcainos, uno guipuzcoano y otro castellano, y de tres escuadrones de caballería. La mayor parte de estas fuerzas estaban al abrigo del frondoso bosque, posicion sumamente ventajosa, puesto que en caso de una derrota les proporcionaba fácil retirada hasta Guipúzcoa. En esta forma provocaba el combate ZUMALACÁRREGUI, pareciendo cosa providencial que la primera accion que merecia este nombre fuese á trabarse en el sitio mismo en que sus entusiastas soldados le habian aclamado su caudillo.

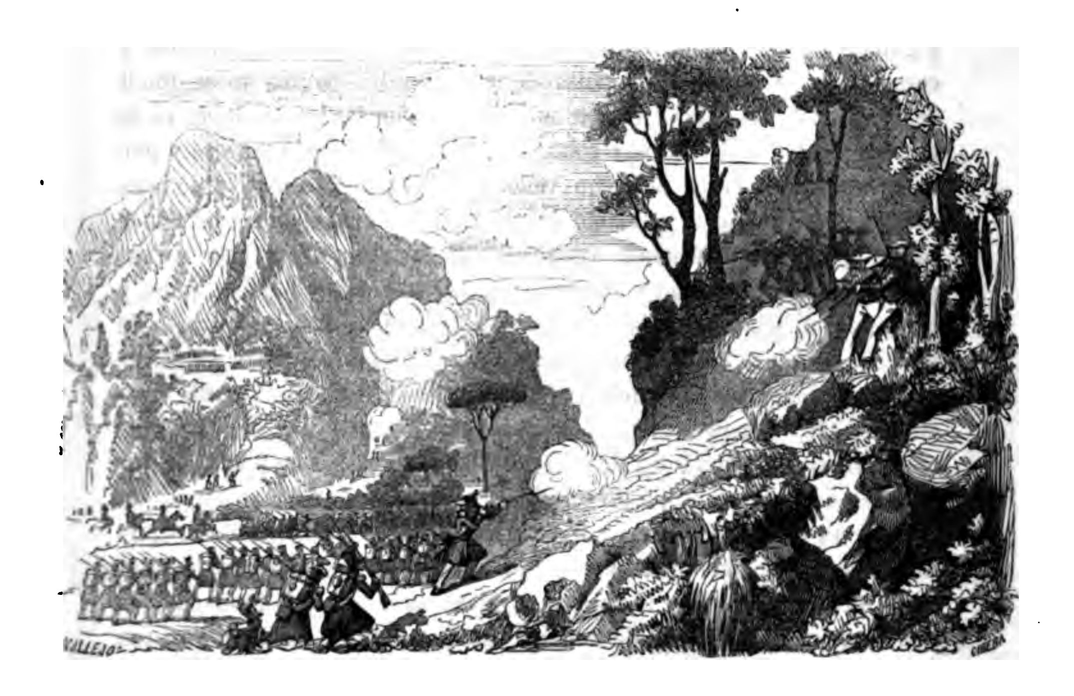
Antes de principiar el ataque, bien fuese porque el aspecto imponente de las tropas carlistas hubiese templado un poco el ardor de Quesada, ó bien por manifestar á su adversario un desprecio, que á la verdad no merecia, usando de una baladronada muy propia de su carácter, mandó una comunicacion por medio de un oficial á ZUMALACÁRREGUI, en la cual le intimaba á él y á su gente en términos bruscos y groseros que si querian evitar la efusion de sangre depusieran al punto las armas. Quesada en tanto, haciéndose la ilusion de que aquel pliego bastaria para desvanecer todo proyecto de resistencia, tomó posicion en una altura inmediata. Llegó el oficial parlamentario al principio del bosque donde á la sazon estaba desmontado y hablando con sus camaradas el general carlista, y despues de hacerle un respetuoso y militar saludo, puso en sus manos el pliego de Quesada. Recibiólo con desdeñosa altivez ZUMALACÁRREGUI; y como leyese en su sobre *Al gefe de los bandidos*, se le devolvió en el acto al oficial portador, encargándole con tranquila y severa dignidad que dijese á Quesada «que como no iba dirigido á ningun gefe del ejército carlista, ninguno habia querido abrirlo.» No esperaba el general Quesada esta respuesta; y situado con sus tropas en la posicion poco distante y mas elevada de que antes hablamos, y desde la cual estaba en observacion de su enemigo, puso el mayor conato en evitar el combate que ya empezaba á empeñarse, como aterrado de la superioridad de las fuerzas con que tenia que habérselas. Al ver ZUMALACÁRREGUI tanta indecision y tanta duda, y deseoso de sacar todo el partido posible de su momentánea superioridad numérica, hizo un diestro movimiento de flanco para

caer por la espalda de las eminencias de Ezagarate y atacar esta posicion que era la de las tropas de Quesada. Estas con un fuego incesantemente sostenido hicieron una obstinada resistencia; pero no obstante esta, la posicion fue envuelta y abandonada, pronunciándose en fuga las tropas liberales. No obtuvo este resultado sin gran trabajo Zumalacárregui, á quien se veia por todas partes animando á su gente en medio del combate, y que solo á fuerza de perseverancia y despues de tres ataques consecutivos logró tan señalada victoria; victoria que hubiera sido completa sin el inesperado refuerzo de la division de Jáuregui que varió un tanto el aspecto de aquella célebre jornada. Sucumbieron en ella muchos valientes, entre los cuales merecen una especial mencion el capitan de la Guardia Real D. Leopoldo O'Donell, hijo del conde de Labisbal y jóven de grandes esperanzas, que atacado en medio del combate de una convulsion epiléptica no pudo en la retirada ser llevado por los suyos, y cayó en manos de los navarros. El valiente oficial Clavijo fue tambien hecho prisionero con otros 83 soldados y una compañía entera de la Guardia Real provincial, y todos fueron inhumanamente fusilados al siguiente dia. ¡Atroz ejemplo de crueldad que ni el ciego furor de una guerra de partido basta á justificar, y que una y otra vez repetido tronchó en flor tantas vidas lozanas y juveniles, orgullo y esperanza de la patria!

Diéronse por entonces dos versiones para atenuar lo horrible de este cruento sacrificio. Díjose, y esto circuló con muchas apariencias de verdad entre los carlistas, que sensible Zumalacárregui al desastroso fin que esperaba al bizarro O'Donell, cuya juventud y caballerosa firmeza habian interesado vivamente al general de D. Carlos, propuso á Quesada la realizacion de un cange entre O'Donell y otro oficial suyo que aquel tenia prisionero, y que el general Quesada en uno de esos arranques bruscos tan propios de su genio, dió por toda respuesta al oficial parlamentario que podia llevarle á su gefe la de que habia sido espectador del fusilamiento del oficial cuyo cange le pedia; fusilamiento que segun los rumores corridos aquellos dias, tuvo lugar en el acto y á presencia misma del parlamentario. Refirióse tambien, y esto es evidentemente cierto, que Zumalacárregui, compadecido de la infortunada suerte de O'Donell, Clavijo y otros jóvenes oficiales, y al mismo tiempo que compadecido, deseoso de que se alistasen bajo sus banderas, les ofreció una y otra vez la vida y un grado correspondiente á su categoría y á su mérito; pero los pundonorosos oficiales, prefiriendo una muerte honrosa á una traicion lucrativa, sin titubear desecharon proposiciones que eran incompatibles con el honor, tan puro, terso y brillante como le habian

heredado de sus mayores, y como ellos solo le comprendian, y resignados presentaron sus pechos al plomo fratricida.

No dejó ZUMALACÁRREGUI, despues de tan brillante jornada, resfriar el entusiasmo de sus soldados, y la suerte le deparó bien pronto otra ocasion en que poder lucir su genio militar y hacer ufana ostentacion del denodado esfuerzo de su tropa. Hay en las provincias un valle que se llama el valle de Gulinas; remata en el camino real de Pamplona á Tolosa, y está pintorescamente colocado entre dos altísimas peñas que han merecido por la rara y perfecta igualdad de su inmensa mole y elevadísima altura que se les dé el nombre de las *Dos Hermanas*. Hacia



tiempo que el general Quesada arrullaba sus mas gloriosos ensueños con el pensamiento de ocupar la Borunda, y de este pensamiento que abrigaba el general cristino hicieron partícipe á ZUMALACÁRREGUI sus

numerosos confidentes y sus bien pagados espías. El deseo aun no satisfecho por Quesada de abatir á su antiguo secretario de campaña, le impulsó á poner al punto por obra lo que hasta entonces no habia pasado de ser una simple idea de las muchas que sin llegar á convertirse en hechos cruzan por la mente de un general en gefe. Se dirigió, por tanto, animoso y resuelto con el general Lorenzo á posesionarse de la Borunda, empresa que no debia ser tan fácil como á él le parecia. Pusiéronse las divisiones en marcha, y á ambas precedió el general Quesada con su estado mayor. La seguridad con que galopaban los caballos, y la sonrisa de contento y satisfaccion que se vislumbraba en los semblantes de los ginetes, parecian revelar el convencimiento en que estaban de que nadie se les opondria á su paso. No obstante esta conviccion de la facilidad del triunfo, al aproximarse al valle de Gulinas, y al dar vista á las cumbres de las Dos Hermanas, fue preciso tascar el freno á los fogosos bridones, y ginetes y caballos dieron tregua á su carrera quedándose inmóviles y como clavados en tierra. La causa de tan repentina parada no es difícil de adivinar: Zumalacárregui con su gente habia tomado posiciones en la entrada del valle de Gulinas sobre las dos eminencias referidas y por entre las cuales corre el dicho valle. Justo y poderoso motivo de sorpresa era ver dueño al enemigo de posicion tan formidable, y de temer era tambien que dominando las alturas el diestro gefe carlista sacase partido de la desigualdad y aspereza del terreno. Sorprendidos, pues, y temerosos dirigian Quesada y Lorenzo sus asombrados ojos á lo alto de aquellas cumbres en cuya cúspide se veia un hombre que por su contínuo movimiento, por los muchos ayudantes que le rodeaban, y por la vivacidad de sus ademanes no podia ser otro que Zumalacárregui. En situacion tan crítica la conducta de los generales de la Reina no podia ser dudosa. Desistir de su propósito y retirarse á la vista de sus enemigos sin quemar un cartucho equivalia á reconocer su superioridad, y á entregarles la corona del triunfo, esponiéndose á todas las consecuencias que no podia menos de producir el natural envalentonamiento y la fundada preponderancia que habrian de adquirir las tropas de D. Carlos al ver que las de la Reina esquivaban medrosas el ataque. Cerráronse por tanto los ojos sobre el resultado del choque, como en tales casos los cierran siempre los que de valientes blasonan, y decidióse Quesada á forzar aquellas altísimas posiciones. Empeñóse por una y otra parte un vivo combate; disputóse el terreno palmo á palmo; convirtióse cada árbol y cada roca en un reducto cuya conquista costaba abundosa sangre. Zumalacárregui conoció que su objeto estaba conseguido, á juzgar por los cadáveres que

poblaban aquellas cuestas, y no entrando en su plan otra mira que cercenar gente, abandonó la posicion temida y de la cual se apoderó Lorenzo despues de un desesperado y casi fabuloso esfuerzo. Vino por fin el crepúsculo á cubrir con su tenebroso manto cuadro tan horrible, y la hermosa reina de la noche, apiadada de tanta desventura, no quiso alumbrar con sus esplendentes rayos aquel campo de sangre donde aparecian tendidos y sin vida mas de seiscientos españoles ¡seiscientos hermanos! víctimas casi todos de su pundonor, y á quienes el maléfico genio de la discordia civil habia arrastrado á combatir unos contra otros sin ventaja para ningun partido, sin provecho propio, y sin gloria para el pais.



CAPITULO VIII.

Sistema de rigor adoptado por ZUMALACÁRREGUI.—Sorpresa de Muez.—Sucesos de Portugal.—Entra Don Carlos en España.—Se le presenta ZUMALACÁRREGUI en Elizondo.—Acciones en el puerto de Artaza y en los campos de Lorrion.—Sorpresa de Carondelet en Viana.



URABA aun en Pamplona la terrible impresion producida por la accion de las Dos Hermanas; impresion tanto mas honda, cuanto que los rumores que en un principio circularon sobre el brillante éxito de un triunfo que habia bastado, segun se decia, para concluir con el ejército á que se daba el nombre, ya impropio, de faccion, se vieron pronto desmentidos por los numerosos carros de soldados heridos que fueron entrando en la ciudad. Ante tan cruel y duro desengaño desvaneciéronse las ilusiones; y persuadidos los pamploneses, como los españoles todos, de la dificultad de contrarestar y de la imposibilidad de vencer á fuerzas tan numerosas y bien organizadas como las que el caudillo carlista dirigia, fueron mas cautos en dar crédito á grandiosas noticias y pomposos partes, y natural era oir las unas y leer los otros con prevencion, cuando apenas pasaba un dia sin que algun hecho notable

viniese á recordar la habilidad ó la astucia del general Zumalacárregui. No contento este ya con permanecer á la defensiva, y desplegando la táctica de guerrillas en mayor escala, dedicábase á tener en perpétua alarma con contínuas sorpresas los pequeños destacamentos, las guarniciones reducidas y escasas y las partidas que escoltaban los convoyes. Por otra parte, el sistema de terror que habia adoptado iba produciendo los mejores frutos, y gozoso esperimentaba las consecuencias de algunas medidas cruelmente rigorosas que habia dictado, y entre las cuales es digna de citarse por su dureza una circular que por aquellos dias dirigió á los ayuntamientos y justicias de los pueblos, cuyo contenido era el siguiente:

Circular. «Comandancia general de Navarra.=Decidido con todos los valientes navarros que estan á mi cargo á sostener á todo trance y defender los tan conocidos derechos á la corona de las Españas del Sr. Don Carlos V de Castilla y VIII de Navarra, es llegado ya el caso en la activa y sangrienta lucha comenzada contra los revolucionarios que se oponen á que brille el sol de justicia en el trono que ocupó el piadoso Recaredo y San Fernando, de dictar las medidas que hasta ahora por miras á los pueblos se han omitido; pero siendo las providencias del enemigo obedecidas en unas partes por temor y en otras por malignidad, á fin de remediar uno y otro se previene por esta circular: que cualquiera que falte á los artículos siguientes, obtendrá el castigo que se marca irremisiblemente y sin que se oiga disculpa.

Artículo 1.° Todo Alcalde, Regidor y demas miembros de justicia que circulasen órdenes del gobierno revolucionario, emanadas de la titulada Reina Gobernadora ó de los que defienden su partido, será pasado por las armas, y lo mismo los que hablasen en su favor.

Art. 2.° Los conductores de los pliegos que contuviesen las citadas órdenes, ya escritas ó ya impresas, que fuesen contrarias á las órdenes del Rey N. S., serán en el acto pasados por las armas. Tambien lo serán las justicias que retuviesen en su poder dichas órdenes, pues que deben echarlas al fuego inmediatamente.

Art. 3.° Los Alcaldes que diesen parte al enemigo de los movimientos de las tropas del Rey N. S. serán declarados traidores, y como tales sufrirán la pena de muerte y confiscacion de bienes.

Art. 4.° Los alcaldes y justicias de los pueblos donde existiendo voluntarios pertenecientes á este ejército sin la correspondiente autorizacion por escrito, no les intimasen que tienen pena de ser fusilados si dentro de tres dias no se incorporasen en sus batallones, serán pasados por las armas; en la inteligencia, que para librarse de la responsabilidad

que por este artículo se les impone, deben darme parte del dia en que se les intime y á quienes; igualmente se impondrá la misma pena á todo miembro de justicia que no cooperase con su ayuda á la aprehension de los desobedientes cuando se presenten las partidas destacadas á dicho objeto.

Art. 3.° Tomando en consideracion las actuales críticas circunstancias, deben penetrarse las justicias que para rechazar la fuerza estoy en el caso de poner en ejecucion las dichas penas y otras tambien rigurosas contra los que con su conducta den á sospechar que son enemigos del Rey y de la fidelidad navarra.—La antecedente circular será comunicada á los pueblos de esta inmediacion, debiendo darme cuenta directamente todos los que la reciban; en la inteligencia, que de no hacerlo asi serán los primeros en esperimentar el rigor que mediante la presente circular me veo en la precision de usar en adelante.=Dios guarde á V. muchos años.=Cuartel general de Navascúes 9 de mayo de 1834.=El comandante general, Tomás Zumalacárregui.=Sr. Alcalde y Ayuntamiento de la Villa de.....»

Cada dia mas diestro y mas feliz en las pequeñas sorpresas que intentaba, y llevaba á cabo, ni el mismo cuartel general se vió libre de ellas. El dia 26 de mayo á las dos de la madrugada vióse de improviso atacado el cuartel general de Quesada en el pueblo de Muez, donde tranquilo se habia entregado al sueño el citado general. El que dirigia el ataque era el mismo Zumalacárrregui, que con seis batallones y toda su caballería habia salido silenciosamente de la Borunda, con ánimo de dar este gran golpe. No le dió sin embargo, porque dos compañías del primer batallon de Soria, que por aquellas inmediaciones permanecian vigilantes, apenas descubrieron á los enemigos, dieron la voz de alarma á sus camaradas. A los primeros tiros que oyeron mandó Quesada tocar á generala, salió precipitadamente acompañado de sus ayudantes de campo, y precedido de su secretario de campaña el teniente coronel D. Francisco La-Vallete. En medio de la oscuridad de la noche, y á pesar de cruzarse las balas en todas direcciones, salian las tropas de sus alojamientos, y formaban con todo el órden que en aquellos momentos críticos era posible. Los gefes y oficiales entregados poco antes al mas dulce y tranquilo sueño, tomaban en sus respectivos puntos las medidas mas oportunas para contener el ímpetu del enemigo. Con la celeridad del rayo fueron ocupadas por las tropas de la Reina todas las casas situadas en las entradas del pueblo, para cruzar desde ellas sus fuegos sobre los puntos atacados; situáronse otras compañías en las bocas calles y en

las eras, tomando posicion la artillería en las que estaban contíguas al punto adonde se dirigia el ataque con mas fuerza y con mayor empeño. El general Moscoso, gefe de la plana mayor, y los brigadieres baron de Meer y Linares, tomaron una activa parte en todas estas operaciones, cuyo primer resultado fue rechazar á los carlistas de los puntos que habian ocupado, y hasta entonces defendido con su acostumbrada tenacidad. Pero reanimados estos á la voz de Zumalacárregui, recobraron sus posiciones, y las tropas de la Reina tocaron retirada. Dueños los carlistas del campo, y por lo tanto del cuartel general, encaminóse Zumalacárregui al alojamiento de Quesada, donde encontró algunas prendas de su vestido y de su equipage, que le demostraban con cuánta precipitacion habia salido, y cuán inminente habia sido el peligro de que habia logrado salvarse.

Este hecho sin embargo no aparece cierto, si se da crédito al parte que dirigió al Gobierno de Madrid el general Quesada. Pero nosotros, para consignarle aqui como verdadero, presentaremos otro que nadie puede poner en duda. El dia 26 de mayo se verificó la sorpresa del cuartel general de Muez; el dia siguiente 27 ya se hallaba Quesada en Pamplona. Si mantuvo su posicion, y si vió coronada por la victoria su defensa, no se concibe cómo el vencedor pudo abandonar con tanta rapidez el teatro de su triunfo, para que de él se enseñorease el vencido. Es pues lo mas verosimil, y á nuestro modo de ver lo mas cierto, que la accion tuviese el desenlace que dejamos indicado; desenlace que atestiguan repetidos documentos, y que solo el parte del general Quesada pone en duda.

En otro posterior que espidió el mismo general desde Pamplona con la citada fecha del 27, se transcribe una órden comunicada por Zumalacárregui á sus secuaces, órden que se dice encontrada entre los papeles de uno de los muertos en la accion de Muez, y que por mas que aparezca en contradiccion con lo que mas de una vez hemos dicho y ha proclamado y proclama la voz pública sobre el brillante estado de disciplina de las fuerzas carlistas, nos manda la imparcialidad insertar aqui:

«Orden general del 18 al 19 de mayo.=Cuartel general de Huarte »Araquil.=Sorprendido hasta el mas alto grado al examinar hoy algu»nas de las cananas y fusiles del primer batallon, no he podido menos »de manifestar mi descontento é indignacion á sus gefes y oficiales, cono»ciendo el estremado abandono con que se miran unos objetos en que »consiste la defensa, no solamente de nuestro soberano, sino de la pro»pia existencia de nuestras vidas. Las municiones estan perdidas en su »totalidad, asi por haberse mojado, como porque el soldado gasta para

»ciertos abusos porcion de pólvora en cebos, dejando reducido el cartu»cho á una cantidad insuficiente para arrojar la bala. El armamento »manejado por los soldados poco inteligentes, cuyos cabos y sargentos »son la imágen de la mas alta desidia, ha padecido un estraordinario »detrimento, quedando en su mayor parte reducido á la inutilidad.

«Cuando males tan grandes nos amenazan y nos cercan, es preciso »dictar providencias enérgicas; las que yo tomaré para prevenir tan fu»nestas consecuencias, serán las mas activas, eficaces é inexorables que »se han observado, y por ahora bajo la responsabilidad de los gefes de »los batallones que responderán con su persona y empleo, ordeno lo »siguiente: (Continuan varios artículos mandando que se rehagan los »cartuchos con pólvora seca; que se recomponga el armamento, y que »se dispongan á ser revistados por el mismo Zumalacárregui.)»

Todas esas proezas, todos esos hechos que revelaban actividad y entusiasmo, no pasaban desapercibidos para el hombre que era su móvil principal y su verdadera causa. Comunicaciones oficiales minuciosas, correspondencia particular detallada, y sobre todo las mil lenguas de la fama, ponian en conocimiento del que disputaba la corona de España á su sobrina, los esfuerzos verdaderamente heróicos con que luchaban por ceñírsela á sus sienes el bravo Zumalacárregui y sus entusiastas soldados. Conocedor y apreciador D. Carlos de tan distinguidos servicios, y convencido íntimamente de que la gratitud es una de las cualidades que mas deben brillar en un príncipe, sobre todo en dias de infortunio, procuró manifestarse reconocido á los denodados amigos que tan bizarramente sostenian su causa; y ya que no le era por entonces posible animarlos y enardecerlos con su presencia, hizo que llegase su voz á aquellos soldados, dirigiendo desde Portugal á su gefe Zumalacárregui alocuciones y proclamas, en las cuales, como verán nuestros lectores, dispensaba al general la mas alta consideracion, y le honraba con las mas lisonjeras espresiones.

Una de esas proclamas, que como todas las que tenian esta procedencia, se apresuraba Zumalacárregui á comunicar á la junta gubernativa de Navarra y á todo el ejército, estaba concebida en estos términos:

«Comandancia general de Navarra.—El Rey N. S. se ha dignado diri»girme firmada de su Real mano la carta siguiente:

«Mi Real ánimo y corazon se hallan dulcemente afectados há ya mu»chos dias al contemplar los heróicos esfuerzos que hacen en favor de »la religion y de mi legítima causa las provincias de Álava y Guipúzcoa, »Navarra y Vizcaya, á quienes nombro sin preferencia, siguiendo solo el

»órden alfabético. Mis Reales sentimientos manifestados en la alocucion »adjunta, quiero que se publiquen á la faz del mundo entero: tratad, »hijos mios, de reimprimirla con este grande objeto, pues vuestros »hechos oscurecen ya el heroismo de todos los pueblos. Mas de una vez »os he dirigido mis oficios ó cartas; pero estoy con el sentimiento de que »quizás no han llegado á vuestras manos. Digno gefe Zumalacárregui, »os encargo que hagais presente mi Real gratitud á todos los que mandan »las divisiones, y tambien á la junta de esas cuatro provincias. Confir»mo cuantos grados militares haya dispensado ó los que vos ó demas ha»yais concedido, y la autorizo para esto, y cuanto sea necesario y opor»tuno al grande fin que os habeis propuesto, para lo que deposito esta »parte de mi autoridad soberana. Trabajad con union, y alejad de voso»tros todo espíritu de discordia, y aun los mas imperceptibles elementos »de division. Fijad solo los ojos y el corazon en Dios, en mí, en la na»cion española. Vosotros sabeis lo que conviene á esas provincias en el »órden civil y administrativo. Sentado sobre mi sólio he de conservar »sus fueros. Para todo os revisto de la facultad necesaria y oportuna; os »dirijo tambien el decreto de ley penal que he mandado publicar con »objeto de prevenir las violencias del gobierno usurpador. Como no se »pueden multiplicar escritos, vos, el mariscal de campo de mis ejérci»tos D. Tomás Zumalacárregui, pondreis en conocimiento de la junta »y demas gefes militares toda esta mi soberana voluntad; á los oficiales, »soldados y pueblos manifestareis mi amor. Obrad con prudencia, sí; »pero con desembarazo, porque hijos tan amados por sus virtudes, de»ben proceder con libertad, pues tienen á su favor todo el lleno de la »autoridad de su padre: este es el concepto bajo el que me habeis de »mirar, y la preciosa joya de mi corona: si alguna vez fuera conve»niente conceder gracias á los gefes y demas de la Reina viuda, todos »teneis mi autoridad.—Palacio de Villareal 18 de marzo de 1834.—Car»los, Rey de España.

«Lo que me apresuro, lleno de satisfaccion, á poner en conocimiento »de V. E., á fin de que participe de la misma, acompañándole copias »de cuantos documentos he recibido, y los cuales con arreglo á la sobe»rana voluntad espero dispondrá V. E. se reimpriman en grande núme»ro de ejemplares, para proveer á las tres provincias y Navarra, como »tambien al reino de Aragon.—Dios guarde á V. E. muchos años. Cuar»tel general de Piedramillera 12 de Abril de 1834.—Tomás Zumalacár»regui.—Excma. Junta Gubernativa de Navarra.»

Tambien al ejército de las cuatro provincias dirigia el proscrito Rey

su voz agradecida, y ZUMALACÁRREGUI se apresuró tambien á dar conocimiento á todos en la órden general, de una alocucion que tanto influjo debia ejercer en los sencillos y nobles corazones de aquellos provincianos, y cuyo contenido era el que sigue:

«Carlos V. á las inmortales tropas de las provincias de Álava, Guipúz»coa, Navarra y Vizcaya.—Soldados: Enagenado de vuestro heroismo os »dirijo mi voz paternal. Yo me envanezco, y muy justamente, de qué el »cielo me haya destinado á regir unos pueblos de héroes: habeis oscure»cido la gloria de los defensores de las Termópilas: la Europa entera ad»mira vuestras virtudes. España os bendice, y yo estoy preparando los »laureles con que algun dia he de coronar vuestras sienes victoriosas: »las viudas é hijos de vuestros compañeros sacrificados en el campo del »honor serán acogidos bajo mi manto de piedad. Soldados: Sabed en»tre tanto que os mira como la joya mas preciosa de su diadema vuestro »Rey.—Palacio de Villareal 18 de marzo de 1834.=Carlos, Rey de »España.»

Una cosa resalta en una de estas proclamas que no podemos dejar en olvido: tal es que D. Carlos al dirigirse oficialmente á ZUMALACÁRREGUI por la vez primera le da el título de mariscal de campo, viniendo á confirmarle de este modo solemne en el puesto en que su pericia militar y su decision le habian de antemano colocado.

Cuando mas grave y difícil parecia la situacion de España, tocaba á su término la guerra en el vecino reino de Portugal, contribuyendo no poco á tan favorable desenlace la entrada del general Rodil en aquel territorio. Aumentóse como era consiguiente con este suceso la inseguridad de D. Carlos en dicho punto, el cual á poco de haber puesto el pie en el suelo portugués las tropas de la Reina, corrió inminente riesgo de caer en manos de sus enemigos; desgracia de que no se libertaron sus equipages. Asegurada por tanto la corona de Portugal en las sienes de Doña María de la Gloria, pasó la division de Rodil á reforzar el ejército cristino; y unidos por el estrechísimo vínculo de la desgracia D. Miguel y D. Carlos, accedieron ambos al tratado de Evora-Monte, para uno y otro humillante y ruinoso, y en virtud del cual se despidió el destronado rey de Portugal de su ejército y se embarcó para Italia el 30 de Mayo, y D. Carlos, residente á la sazon en Evora, se vió forzado á alejarse de aquella tierra tan fecunda para él y para los suyos en peligros y en inquietudes.

A bordo del navío inglés *Donegal* se hizo á la vela D. Carlos con su familia y comitiva para las costas británicas. Mil esperanzas consolado-

ras cruzaron por la mente del errante príncipe en los dias que duró la navegacion: la mayor facilidad que le ofrecia para unirse á sus vasallos su estancia en Inglaterra, era la idea constante y fija que le hacia sobrellevar resignado todo género de trabajos y de zozobras. Pocos dias despues entró en la rada de Porstmouth, desde cuyo punto se dirigió á Lóndres. Una vez en el seno de esta gran capital, dedicóse con incansable afan á realizar su dorado pensamiento de regresar á España, ideando los medios de verificarlo sin riesgo. Se le asoció para ayudarle en esta empresa un francés llamado M. Auget de Saint-Silvain, que de largo tiempo atrás se habia constituido en su agente de negocios, los cuales debió desempeñar tan á satisfaccion de D. Carlos, que mereció de este ser honrado con el título de baron de los Valles, y con el grado de brigadier. Maduramente dispuesto el plan del viaje, y provistos los viajeros de los competentes pasaportes espedidos á favor de Alonso Saez y Tomás Saubot, comerciante el primero y propietario el segundo de la isla de la Trinidad, salieron de Lóndres los disfrazados personajes en los primeros dias de julio; atravesaron rápida y misteriosamente la Francia, esa Francia cuya vigilante y escudriñadora policía tanto se decanta, y en breves dias salvaron la frontera, y se hallaron entre los suyos.

En todo el camino desde la frontera tropezaron los viajeros con numerosas partidas de tropas carlistas que ni siquiera se tomaron el trabajo de alzar los ojos para fijarlos en los que tan fatigados venian; tan lejos estaban de creer aquellos soldados que tenian ya en medio de sus filas al que proclamaban por su Rey. Entró este por fin en Elizondo el 10 de julio sin otro acompañamiento que el de su secretario y el de un individuo de la Real Junta gubernativa de Navarra. Queria D. Carlos que su llegada se ignorase por algunos dias, que sin duda juzgaba necesarios para reponerse del cansancio de tan largo viaje; pero la casualidad de haberle conocido algunas personas que se estaban paseando por el pueblo, difundió por todas las provincias con la instantánea rapidez del rayo el rumor de que Carlos V estaba ya al frente de sus decididos defensores. Los soldados y los paisanos corrian á su alrededor ansiosos de contemplarle; precipitábanse tras él poblaciones enteras, á quienes su vista entusiasmaba hasta el delirio, y feliz en el seno de sus partidarios, los víctores y las aclamaciones de aquellos hombres entusiastas que veian simbolizada en el triunfo de su causa la salvacion de sus fueros y libertades, le hicieron concebir acaso doradas ilusiones sobre la opinion del resto de España, ilusiones que la interminable duracion de la contienda vino al fin á desvanecer.

Apenas llegó D. Carlos á Elizondo, fue su primer cuidado escribir á su general Zumalacárregui, invitándole á que se presentase en su cuartel Real. El marqués de Valdespina, que á la sazon se hallaba en Vizcaya á la cabeza de la diputacion de aquella provincia, mereció tambien igual distincion de su soberano. Zumalacárregui salvó al punto la corta distancia que le separaba de su Rey, y el 12 de julio por la mañana llegó con parte de sus fuerzas á la villa de Elizondo. Impaciente esperaba Don Carlos al animoso caudillo en quien tantas esperanzas fundaba, y que á juzgar por sus anteriores y heróicos hechos, y por la decision con que habia enarbolado su bandera, parecia el predestinado por la providencia para clavarla triunfante en los torreones del palacio de Madrid. Presentóse al cabo el espresado general con ademan franco y al mismo tiempo respetuoso á D. Carlos; y no pudiendo este contener su emocion á la vista de un súbdito tan leal como valiente, despues de dirigirle algunas entrecortadas palabras que rebosaban gratitud y satisfaccion, se arrojó en sus brazos, le estrechó contra su corazon, y le manifestó con



toda la elocuencia del sentimiento cuán dichoso se creia al ver á su lado, en el momento en que venia á participar de los peligros y de las glorias de sus fieles vasallos, al diestro y entendido general, que dando una sábia direccion al entusiasmo de aquellas provincias, habia convertido en un ejército las desordenadas masas de sus numerosos partidarios.

Al dia siguiente, acompañado D. Carlos de ZUMALACÁRREGUI, del marqués de Valdespina, de sus edecanes y del presidente y demas miembros de la Junta de Navarra, pasó revista á seis batallones y tres escuadrones navarros que se hallaban en Beunz, pueblo situado á seis leguas de Elizondo. Grande fue el entusiasmo de las tropas al disfrutar el primer dia de felicidad y de sosiego despues de nueve meses de combates y de contínuas marchas. D. Carlos era el que en su arribo habia dado tregua á su afanoso movimiento; y como si no les esperasen largos dias de fatiga y de trabajo, bendecian su llegada, y la miraban como un suceso de felicísimo agüero. Así, para coronar dignamente la fiesta militar de aquel dia, pasaron la noche bailando al alegre son del tamboril y entonando graciosos zorcicos á favor de la interrumpida y vacilante luz que derramaban sobre tan animado cuadro los fuegos y hogueras del campamento.

Despues de haber dado aquellos provincianos expansion á su entusiasmo por la llegada de su Rey con otros dias de festejos y de regocijo, ocupóse D. Carlos en sacar todo el provecho posible para la completa organizacion de su ejército del impulso regenerador que con su presencia habia dado á su causa. Al efecto nombró á D. Benito Eraso mariscal de campo y segundo comandante del ejército de Navarra; premió tambien con la faja de mariscal á D. Fernando Zavala, comandante en gefe del ejército de Vizcaya, y confió interinamente el Ministerio de la Guerra al teniente general conde de Villemur. Estos nombramientos y promociones y la publicacion de sus proclamas y de una amnistía á los generales, oficiales y soldados de la Reina que depusieran las armas y reconociesen los que él llamaba sus legítimos derechos, fueron los primeros actos de gobierno bajo los cuales puso Don Carlos la ansiada firma de *Yo el Rey*.

Otro de sus actos mas importantes en aquellos primeros dias de su aparente reinado fue la creacion de una junta consultiva, de la cual se llamó á formar parte á todos los procedentes de las diversas juntas, y cuyo objeto principal fue conocer por medio de estos individuos las necesidades y los recursos de las provincias que representaban. Compusieron esta junta el marqués de Valdespina, Echevarría, Uranga, Eraso, Alzaa y Vidaondo, y se concedió en ella voz deliberativa á ZUMALACÁRREGUI y al conde de Villemur.

A medida que la corte de D. Carlos se iba formalizando con los numerosos refuerzos de militares y paisanos que, ya del estrangero, ya del interior, se iban agrupando á sus banderas, perdia su causa en fuerza y unidad de accion lo que ganaba en aparente importancia. Impasible

contemplaba Zumalacárregui la gran masa de cortesanos que en el cuartel Real se iba reuniendo, porque convencido de su poder se hacia la ilusion de que le seria fácil destruir de un soplo todas sus maquinaciones y todas sus intrigas. Militar severo y de carácter independiente y altivo, no comprendió entonces lo que una triste esperiencia vino á demostrarle despues, á saber, que aquella falange de palaciegos era un plantel fecundo de donde habian de brotar para él no pocos enemigos, y en cuyo seno habia de germinar la funesta semilla de la division y de la discordia, hundiendo en el abismo una causa que tantas y tan seguras probabilidades de triunfo presentaba en un principio, cuando aun no habia invadido sus reales el gusano roedor de la adulacion y de la perfidia.

Coincidió, como ya hemos dicho, con la entrada de D. Carlos en Navarra la llegada del general Rodil á aquellas provincias con catorce mil hombres de refuerzo. Este suceso alentó mucho al partido liberal, que primero se sonrió incrédulo á la noticia de estar el Infante al frente de su ejército, y que despues la dió crédito, mas no importancia, por suponer imprudentemente con un Ministro de la Reina, que Don Carlos en Navarra no era otra cosa que un *faccioso mas*. Pero justo era mirar con indiferente desden este acontecimiento, si el cuadro que por aquel entonces trazaba el general Rodil en una notable proclama hubiera sido tan exacto como poético y pintoresco. El dia 9 de julio, cuando el ejército carlista estaba en vísperas de recibir á su Rey, y de dar con su venida impulso á su pujante causa, se entretenia Rodil para disuadir de su propósito á los navarros y guipuzcoanos, á los alaveses y vizcainos, en pintar desde su cuartel general de Mendavia el siguiente cuadro verdaderamente poético, porque la imaginacion tuvo en él mas parte que la razon y la verdad.

«Concluida en breves dias la campaña de Portugal, y arrojados lejos de la península D. Miguel y D. Carlos, que se dirigen por opuestos rumbos á naciones distantes; rendidos y desarmados los que han seguido en aquel reino las banderas de la usurpacion; aliadas dos naciones tan poderosas como la Francia y la Inglaterra para ayudar en virtud de un tratado solemne á la pacificacion de ambos reinos, concurriendo en caso necesario á la espulsion de uno y otro príncipe; tranquilas y obedientes todas las provincias de España, escepto este desventurado territorio, que continúa aniquilándose con los estragos de la guerra civil; el ejército cada dia mas fiel á su Reina legítima, mas animoso y lleno de entusiasmo; los guerreros que vuelven coronados de gloria de la campaña de Portugal, y los que en estas mismas provincias han combatido con

tanta constancia y bizarría abrazándose en el campo como hermanos y deseando pelear unidos con la noble emulacion de valientes; el Gobierno de S. M., abundante de medios y recursos, y el partido de la usurpacion cada dia mas débil, mas exhausto, haciendo el último esfuerzo como que ya se siente en la agonía....» Tal era el cuadro que desplegaba á la vista de aquellos provincianos el nuevo general que acababa de tomar el mando en gefe del ejército del Norte.

Pero aunque la situacion de la causa de la Reina no era tan lisonjera como daba derecho á creer la pomposa proclama de Rodil, conoció Zumalacárregui que le era imposible de todo punto resistir á fuerzas tan superiores en número á las suyas como las que el general Rodil acaudillaba; y persuadido hasta la evidencia de esta imposibilidad, ideó un medio hábil y de seguro éxito para luchar sin desventaja contra ejército tan numeroso. Ese medio hábil, y que desde luego revela los recursos de su genio, fue el de dividir las masas enemigas, lo que creyó conseguir fácilmente aconsejando á D. Carlos que obrase siempre separado de él. De esta manera, como Rodil cifraba su mayor empeño en alcanzar á Don Carlos, que milagrosamente se le habia escapado de entre las manos en Portugal, llamando su atencion sobre el cuartel Real, y al mismo tiempo y por diverso lado amenazando Zumalacárregui con sus fuerzas, le era preciso dividir su gente, y una vez dividida, y equilibradas por lo tanto aquellas, no era aventurado para Zumalacárregui aceptar cuantas acciones le presentasen. Muy pronto produjo el plan del general carlista el resultado que al concebirle se habia prometido; y apenas se separó de D. Carlos, cuya custodia encomendó á un batallon que mandaba Eraso, Rodil envió dos de sus columnas contra Zumalacárregui, y se encargó él mismo de perseguir á D. Carlos con sus principales fuerzas.

La primera accion que tuvo lugar despues de la llegada del general Rodil al ejército del Norte, fue la que le presentó Zumalacárregui en los puertos de Olozagoitia y Ciordia, accion de dudoso éxito, en que ninguno de los combatientes sacó considerables ventajas, y en la cual ambos sufrieron sensibles y casi iguales pérdidas. Este primer encuentro, mas favorable que adverso para Zumalacárregui, puesto que le habia convencido prácticamente de que no tenian superioridad sobre sus fuerzas las de Rodil, le animó para empeñar otros nuevos, y el dia 31 de julio fue el puerto de Artaza teatro de un terrible combate.

Emboscado Zumalacárregui el dia anterior con algunos batallones mas allá del puerto de Artaza en direccion á Lezaun, tuvo noticia por sus confidentes de que Rodil y su ejército ocupaban los pueblos de la

Amescua baja; y no obstante lo escaso de sus fuerzas por haber destinado cuatro batallones alaveses á otras operaciones, concibió el propósito de ocupar la posicion del puerto de Artaza, confiado en que desde este punto podia provocar al enemigo con seguridad de éxito á la pelea. Rodil por su parte, conociendo la importancia de esta posicion, se dedicó afanoso á protegerla, poniéndola á cubierto de todo ataque; y al efecto colocó la quinta division al mando de Espartero en Artaza y Gallana, una brigada de la cuarta y la caballería que mandaba el brigadier Amor en Barnidano, la division de Lorenzo en el centro del rio Baquedano, y la de Gomez y Ansa en Zudaire. Una vez asi distribuidas sus fuerzas, permaneció Rodil quieto y en silencio, esperando para lanzarse á la lucha la provocacion de su contrario. Cinco batallones tan solo podia presentar este en accion, los cuatro navarros y el segundo de Guipúzcoa; pero la justa nombradía de serenos y valientes que ya por entonces se habian conquistado los carlistas navarros, venia á compensar la falta de equilibrio que entre unos y otros se notaba, puesto que como es fácil deducir de los anteriores detalles sobre la colocacion de las fuerzas de Rodil, éste para acometer á un enemigo privado aun de los elementos mas precisos para hacer frente, empleaba, por decirlo asi, todo el grueso de su ejército.

Sonaban las doce en el reloj de la iglesia del pueblo de Artaza el dia 31 de julio. Siete mil infantes y doscientos caballos del ejército de Rodil ocupaban silenciosos sus inmediaciones, sin que el mas ligero rumor viniese á apagar el pausado sonido de las campanadas que distintamente se dejaron oir en el campamento carlista. A esta hora, no pudiendo contener ZUMALACÁRREGUI por mas tiempo su impaciencia, y conociendo que el enemigo estaba resuelto á no tomar la iniciativa, emprendió su movimiento con los cinco batallones que componian á la sazon todo su ejército, y dejando dos de reserva avanzó con los restantes y al frente de sus dos compañías de guias sobre el puerto de Artaza, desde donde se divisaban completamente los batallones de Rodil estendidos por los pueblos de la Amescua baja. Muy cerca del referido puerto descubrió ZUMALACÁRREGUI una avanzada compuesta de 20 hombres y dos caballos, y como medio seguro de poner en movimiento á las tropas de la Reina, y de introducir acaso la confusion en sus filas, se dirigió resuelto con un batallon á envolver la avanzada, á la cual hizo algunos prisioneros. Este brusco ataque produjo el efecto apetecido, pues al punto mandó Espartero que parte de su division á las órdenes del coronel Olivares Manzanedo corriese en auxilio de los fugitivos de la avanzada, y contuviese el

ímpetu de las guerrillas carlistas que audaces iban avanzando sobre el pueblo. Bizarramente desempeñó su comision el coronel cristino, sosteniendo por espacio de media hora un vivísimo fuego contra todo el grueso de las tropas carlistas, que ya ocupaban una línea paralela á ambos lados del camino del puerto. A los pocos momentos hízose general la accion. Los carlistas intentaron varias veces, y consiguieron alguna, ar-



rollar á sus enemigos y obligarlos á refugiarse en sus masas. Rodil con todas sus divisiones atacó con brio la derecha é izquierda del enemigo, sin que lo inespugnable del terreno ni la vigorosa resistencia que sus soldados encontraban bastase á entibiar su marcial corage. La naturaleza con sus desencadenados elementos y la necesidad con sus apremiadoras condiciones vinieron á poner término al combate, y con el combate á la desolacion y á la muerte, que insaciable hacia víctimas sin cuento en las filas

de los que indiferentes la esperaban. Obligados por un terrible aguacero, no menos que por la absoluta falta de cartuchos, replegáronse á la altura las tropas de Zumalacárregui; reconcentró Rodil las suyas en el puerto de Artaza, y retirados á sus respectivos campamentos uno y otro general, apresuráronse á dar cuenta de este notable hecho de armas á sus gefes superiores. Por qué parte quedó el triunfo, no nos atreveremos á decirlo; lo mas racional es creer que quedaria por ambas partes contendientes y por ninguna, como las mas veces sucedia, y como nos lo da á entender el contenido de los partes que sobre esta accion se escribieron; pues Rodil la califica de *feliz jornada*, al paso que Zumalacárregui la da el pomposo título de *accion gloriosa*. En este juicio, que por ser el mas verídico emitimos aqui, se confirmarán sin duda nuestros lectores despues de pasar sus ojos por los partes oficiales á que hemos aludido y que á continuacion insertamos.

En el núm. 36 del Boletin carlista del dia 3 de agosto de 1834 se encuentra el parte siguiente:

«El orgulloso Rodil con siete mil infantes y doscientos caballos ha »sido batido por solos tres batallones de las tropas del Rey N. S. que le »han causado un crecidísimo número de muertos que no bajará de dos»cientos cincuenta y de quinientos á seiscientos heridos, dejando aterȃ»rados á los impíos defensores y partidarios de la usurpacion. Véanse »los detalles de tan gloriosa jornada en el parte oficial siguiente.=Exce»lentísimo Sr.=Noticioso de que el enemigo en número de unos siete mil »infantes y doscientos caballos mandados por el rebelde Rodil se halla»ba ocupando ayer los pueblos de Amescua baja, y no obstante de que el »dia antecedente se desmembraron del cuerpo de operaciones de mi cargo »los cuatro batallones alaveses para marchar en diferente direccion con »otro objeto, me pareció que si lograba con los cuatro navarros y segundo »de Guipúzcoa que me quedaban, ocupar la posicion del puerto de Ar»taza situado sobre el pueblo de este nombre, podria provocar al enemi»go á un recio combate y destruirle gran parte de su fuerza. Las glorio»sas tropas navarras de S. M., que jamás han temido al gran número, »manifestaban los mas belicosos y ardientes deseos de venir á las manos »con las hordas revolucionarias nuevamente llegadas á este reino, y á »mí me pareció que una ocasion tan brillante no debia dejarse. A este »fin sobre las doce del dia emprendí mi movimiento con los cinco bata»llones referidos, y dejando para sostener la retirada y atender á los flan»cos de derecha é izquierda del camino al 4.º batallon de Navarra y al 2.º »de Guipúzcoa, avancé con las dos compañías de guias y los batallones

»1.º, 2.º y 3.º sobre el puerto indicado de Artaza, desde donde se veia al »enemigo pefectamente en los pueblos de la dicha Amescua baja. Dos »paisanos celosos defensores de los derechos de S. M. marchaban á la »cabeza de las tropas, y como diestros en el pais, tomando á su cargo los »granaderos del primer batallon, los condujeron sobre la avanzada ene»miga mas inmediata, á la que sorprendiendo lograron coger prisioneros »dos soldados de caballería montados del 5.º ligero y siete infantes del 3.º »de línea pertenecientes á la columna del revolucionario Espartero, dejan»do varios cadáveres en el campo. Cuando los que pudieron fugarse lle»garon al pueblo, sus gritos fueron la primera señal de alarma. En los pue»blos comarcanos donde se hallaba el enemigo, todos los cuales se veian »perfectamente desde los puntos que ya ocupaban parte de los batallones »1.º y 2.º y compañías de guias, salian, Excmo. Sr., á millares los enemi»gos á formar en los terrenos despejados, mientras nuestras guerrillas, en»sanchándose por derecha é izquierda, avanzaban hasta el pueblo de Arta»za. Una fuerte columna enemiga salió como á detener este torrente, que »aunque de pequeño caudal atendidas sus fuerzas, bajaba rápidamente. »Los valientes, que ya ocupaban una línea paralela desde uno á otro lado »del camino principal del puerto, como en número de mil hombres, »avanzan á la vez cual podrian hacerlo los mas aguerridos, diestros y »valerosos soldados; arrollan al enemigo, y le obligan á refugiarse en »sus grandes masas. Una crecida parte de sus fuerzas entró como de re»fuerzo en el combate, y trabó un fuego terrible contra nuestra línea »por espacio de una hora; pero era llegado un dia en que se habia de »ver que la falta del número se suple con el valor: avanza otra vez nues»tra línea, y logra á un mismo tiempo rechazar toda la del enemigo, »y sumirla en sus grandes masas. En este estado es sin duda cuando Ro»dil se convencería que debia emplear todas sus fuerzas para salvarse, »pues puso en movimiento la muchedumbre, desplegó en seguida y entró »en combate con nuestros tres batallones que hacia dos horas estaban »en él; mas sin embargo no aflojaron un momento; se mantienen en el si»tio con firmeza, y animándose mútuamente con los gritos de VIVA CAR»LOS V, sostienen el combate mas heróico contra cuadruplicadas fuer»zas enemigas: ¡hasta cuándo!..... Hasta que ya no tenian un solo cartu»cho, en que fue preciso replegarse á la altura, y con paso tardo llegar á »la entrada del bosque camino de la Borda de Ibirieu é Iranzu, en la »cual se hallaba el cuarto batallon por si era necesaria su cooperacion. »Internados ya los tres batallones navarros en la arboleda, se divisó al »enemigo, que aproximándose á esta, bastaron algunos tiros del batallon

»apostado para rechazarle. Desde esta posicion destaqué las dos compa-»ñías de preferencia del referido cuarto batallon á sorprender al enemigo »por la noche, y á las once de ella se sentia el fuego, de cuyo resultado »daré parte á V. E. en cuanto reciba los detalles.

«Asi se concluyó, Excmo. Sr., la gloriosa accion de Artaza, provocada y »sostenida por solos tres batallones navarros. Asi, Excmo. Sr., el confiado »Rodil quedó escarmentado, y satisfecho que no le será tan fácil la con-»quista de este reino, como le fue la decantada de Portugal, debida solo »al oro; y asi verá que los trofeos y condecoraciones que aqui ha de ga-»nar, solo serán á costa de sangre. La pérdida del enemigo ha sido hor-»rorosa á causa de que los fuegos se hacian muy inmediatos; de suerte »que no bajarán de doscientos cincuenta los muertos y de quinientos á »seiscientos los heridos: en la nuestra se ve la prueba mas clara de la »visible proteccion del Cielo, y de que el Dios de los ejércitos ha esco-»gido para ocupar el régio trono español á nuestro excelso Monarca, el »Sr. D. CARLOS V, pues consiste en cuatro muertos y veintidos heridos, »entre estos últimos, de poca consideracion, el segundo comandante del »tercer batallon D. Francisco Lazaroti, el capitan de granaderos del mis-»mo D. Manuel Zuffa, y el subteniente del cuarto D. Alejandro Galár. Ha »dejado el enemigo en nuestro poder una porcion de armas y otros efec-»tos durante las dos ocasiones que lo hemos arrojado hasta dentro de »la poblacion.

«No encuentro, Excmo. Sr., espresiones suficientes para hacer el debi-»do elogio de los batallones navarros; solo diré que cada dia son mas »dignos del renombre que por sus hazañas se han merecido; siendo la »menor cualidad de la gloriosa accion de ayer los hechos de valor, pues »su disciplina, serenidad, acierto en la direccion de los fuegos y demas »circunstancias que requiere un perfecto militar se vieron brillar en ellos; »de manera que no es mucho confesar que de lo alto desciende el acier-»to con que todos obran. Todos los gefes, oficiales y soldados de los ci-»tados batallones son dignos de mi especial recomendacion, en parti-»cular los comandantes del primer batallon D. José Antonio Goñi y Don »Francisco Larrodé; los del segundo D. Tomás Tarragual y D. Dámaso »Berdiel, que en medio de un diluvio de balas recorrian la línea de »sus respectivos batallones para animarlos y sostenerlos en órden du-»rante el combate; sin que pueda omitir el hacer mencion del tercero, »que aunque fue el último que entró, lo hizo con una bizarría y entu-»siasmo sin igual. Los brigadieres D. Bartolomé Guibelalde, comandante »general de Guipúzcoa, y D. Francisco Iturralde, gefe de la primera bri-

»gada, se hallaron á mi lado cumpliendo las órdenes que les indiqué, como »tambien los ayudantes de E. M. que me acompañan. Todo lo que pongo »en noticia de V. E. para que se sirva elevarlo al soberano conocimiento de »S. M., asegurándole que la inferioridad del número suplirán los navar»ros en todas ocasiones con el valor. Dios guarde á V. E. muchos años. »Cuartel general de Munarriz 1.° de agosto de 1834.=Excmo. Sr.=To»más Zumalacárregui.=Excmo. Sr. Secretario interino de Estado y del »Despacho de la Guerra.»

En el núm. 183 de la *Gaceta estraordinaria* de Madrid del 17 de agosto de 1834 se lee el siguiente artículo de oficio:

«Excmo. Sr.=Despues de haber quedado en là Borunda y valle de »Araquil la vanguardia de este ejército á las órdenes del Sr. brigadier »D. Francisco de Paula Figueras, estendí mis operaciones á toda la am»plitud que dieron de sí las circunstancias y los movimientos del enemigo »segun tuve el honor de participar á V. E. diariamente desde el 27 al 31 »inclusive del próximo pasado julio, en que sucintamente le indiqué ha»ber batido en el dia al rebelde Zumalacárregui, ofreciéndole los detalles »de esta brillante jornada.

«El enemigo, Excmo. Sr., quedó el 30 emboscado mas atrás del puerto »de Artaza en direccion de Lezaun, por ser el que creia hubiera yo em»prendido para buscarle; mas se equivocó, porque mis intenciones eran »otras; y asi me contenté con situar las divisiones del modo siguiente: la »quinta al mando del Sr. mariscal de campo D. Baldomero Espartero, en »Artaza y Gallana; la brigada de la cuarta al mando del Sr. coronel Car»rera y la caballería del Sr. D. Bartolomé Amor en Barnidano cubrian el »camino del valle de Allin por la orilla derecha del rio Baquedano, y ser»vian de reserva en segunda línea á la quinta; la division al cargo del »Excmo. Sr. D. Manuel Lorenzo ocupaba el centro de dicho Baquedano, »cubriendo yo la izquierda en primera division, confiada al Mariscal de »Campo D. Joaquin Gomez y Ausa en Zudaire, la que segun las ten»tativas de los facciosos podia ser tambien reserva de cualquiera de las »otras divisiones.

«Colocada asi convenientemente la fuerza que me acompañaba, nada »podia ni debia temer, y sí dejar eficazmente que los malvados me bus»casen para repetirles de nuevo la leccion de Olozagoitia, como se ve»rificó con loor eterno de los que tuvieron parte en el combate contra »los rebeldes, que procuré hacer observar desde la madrugada por la di»reccion de dicho puerto de Artaza y Baquedano; fue suficiente semejan»te disposicion para que á las once de la mañana del indicado 31 de ju-

»lio intentase el enemigo envolver con un batallon veinte hombres y dos »caballos apostados con aquel intento, y al instante el Sr. general Espar»tero hizo salir el segundo batallon del regimiento de Gerona, tercero »ligero, con la primera y segunda compañía de cazadores del Príncipe, »tercero de infantería de línea, bajo la direccion del gefe interino de »brigada coronel D. Julian Olivares Manzanedo, siguiendo dicho general »en apoyo de este gefe con el provincial Alcázar de San Juan, el segun»do batallon del regimiento 18 de línea, Almansa, subiendo en pos de »estos el primero y segundo del Príncipe con el primer comandante del »mismo cuerpo á la cabeza D. Cesáreo Erranz: los momentos fueron muy »críticos para el indicado coronel Olivares, y su columna por espacio »de media hora contuvo á siete batallones facciosos, mereciendo particu»lar recomendacion mia.

«En este estado la accion se fue haciendo general; se estendió en »guerrilla el segundo de Gerona; Alcázar le sirvió de reserva, hasta que »le llegó el instante de atacar la derecha del enemigo, apoyado de un »despeñadero cubierto de bosque de muy difícil acceso, que necesitó la »ayuda bizarra del referido batallon de Almansa y la valentía del segundo »del Príncipe, que prosiguió y decidió la toma de aquel punto inespug»nable: no era menos el de la izquierda de los contrarios, y nuestra »derecha defendida por un barranco de muchísima profundidad; pero fue »domina do á la vez por el arrojo del espresado teniente coronel Erranz »con el primer batallon de su regimiento, y la fuga de los rebeldes se »hizo general y desordenada; viendo la marcha veloz en proteccion, en »reserva de los cuerpos y tropas arriba mencionadas de la primera bri»gada de la segunda division, que sin detencion trajo al campo del »combate el mismo Sr. general Lorenzo con la serenidad y buenos de»seos que le caracterizan, me trasferí con mi cuartel general á este »punto, cuya posicion acababa de ser el teatro de la valentía leal de las »tropas de este ejército, singularmente de la quinta division, que con »2,500 combatientes venció, derrotó y dispersó á mas de 5,000 acaudi»llados por Zumalacárregui, Villarreal, Eraso y otros facciosos, persi»guiéndolos en todas direcciones, hasta que la noche y la tempestad de »agua que sobrevino puso término á esta feliz jornada en los vertien»tes y desfiladeros del puerto de Portucha, sobre el referido Lezaun, y »en seguida concentré las divisiones en el ya repetido puerto de Artaza, »donde pernocté para aprovechar el dia siguiente el terror impuesto á »los fugitivos del modo mas útil al servicio de la Reina y de la patria.

«Las relaciones que remito á V. E. le presentarán los individuos que

»mas se han distinguido en la accion que dejo detallada; los que fueron »heridos y muertos en la misma; pero no debo olvidar que el Sr. maris- »cal de campo D. Baldomero Espartero ratificó en esta ocasion su bien »adquirida reputacion, y llenó á toda mi satisfaccion los deberes de gene- »ral y de soldado sin economizar su buen ejemplo, sus disposiciones y su »existencia; es pues, como todos los que se han distinguido, acreedor á »la munificencia soberana y remuneracion que S. M. tenga á bien dis- »pensarles.

«Las brigadas y divisiones que no pudieron haberlas con el enemigo, »me han manifestado una verdadera impaciencia muy acreedora á mi »particular consideracion, y el piquete de caballería de la division por »su carga oportuna.

«El Sr. coronel inglés Caradoc, que sigue voluntariamente en mi »cuartel general, ha mostrado en el dia 31 último buena disposicion, »conocimientos y la serenidad propia de la nacion á que pertenece, igual- »mente que el capitan de navio que le acompaña.

«El Sr. coronel D. Manuel Guerra, mis ayudantes de campo, el te- »niente coronel D. Juan Frau, el alférez de caballería, capitan de la mi- »licia urbana de Valencia de Alcántara D. Gonzalo Barrates y el sub- »teniente de infantería D. Joaquin Ortega, buscaron en lo mas acti- »vo del fuego, y sin reparar en ningun peligro, al Sr. general Espartero »y demas gefes, á quienes comunicaron mis órdenes oportunas eficaz y »activamente durante lo mas reñido de la accion, en que tuve tambien »ocupado al recomendable capitan de ingenieros, ayudante de la plana »mayor D. Manuel Monteverde, y debo asimismo en consecuencia hacer »de ellos mencion honorífica, recomendando su mérito á la considera- »cion soberana de la augusta Reina Gobernadora. Dios guarde á V. E. »muchos años. Cuartel general de Muez 3 de agosto de 1834.=Exce- »lentísimo Sr.=José Ramon Rodil.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y »del Despacho de la Guerra».

A este triunfo dudoso que cada uno de los dos ejércitos combatientes convirtió en propia gloria, siguió otro completo á todas luces para las tropas carlistas. Entreteníase el general Rodil en hacer la guerra, por decirlo asi, á los pueblos, queriendo castigar en ellos la buena acogida y amigable hospitalidad que prestaban á los enemigos de la Reina; aco- gida y hospitalidad á que contribuia muchas veces el fanatismo político, pero que las mas provenia de los vínculos de la sangre con que la ma- yor parte de aquellas gentes estaban ligadas á los soldados de D. Carlos, siendo rarísima la familia que no tenia en las filas del que llamaban su

rey un padre, un esposo ó un hermano. Zumalacárregui en tanto no se dormia, y las contínuas molestias causadas por Rodil á sus amigos no pasaban para él desapercibidas. Constante en su sistema de sorpresas, proyectó una por aquellos dias que le proporcionó, como deseaba, indemnizarse con usura de tantos desafueros. Hacíanse por aquel entonces la ilusion algunos de los generales de division del ejército de la Reina de que, apurados los carlistas por la persecucion de Rodil, en vez de pensar en nuevas sorpresas, tratarian solo de buscar en la fuga y en la dispersion un remedio contra la destruccion que les amenazaba, lo que estaba muy lejos de ser así. En esta engañosa confianza recorrian el pais en todas direcciones, sin cuidarse de averiguar si podrian ó no esperarlos en una emboscada ó amagarlos con una sorpresa. El baron de Carondelet era uno de los mas cándidos y confiados generales, y bien cara pagó por cierto, y carísima hizo pagar á su causa tanta candidez y tanta confianza.

Hallábase el 19 de agosto en Eulate el general Zumalacárregui, y en este punto supo que las columnas de Figueras, Oráa y Carondelet intentaban dirigirse sobre él. Apenas columbró este plan, encaminóse con cinco batallones navarros y dos guipuzcoanos á la célebre posicion de Artaza que tan conocida tenia, para observar desde allí si estaban ó no en combinacion con las citadas fuerzas las que mandaban Anleo y Lorenzo. Ocupábase en esta observacion en dicha altura, cuando recibió aviso de que una de las columnas al mando de Carondolet se hallaba en el pueblo de Galdeano, punto intermedio entre Estella y las Amescuas, al paso que Oráa y Figueras estaban próximos á Eulate. En esta situacion calculó Zumalacárregui que un movimiento rápido sobre la columna de Carondelet le pondria en disposicion de batirla, sin dar lugar á que las demas viniesen en su auxilio. Formó al efecto una columna escogida de las compañías de preferencia, y con ellas se dirigió al pueblo de Eraul en la direccion de Estella, situándose en lo mas elevado de una montaña desde la cual se domina todo el valle de Allin. Desde esta posicion distinguió al enemigo que aparecia formado junto al puente y pueblo de Larrion y daba muestras de dirigirse á Estella. Dispuso por tanto que se emboscasen algunas fuerzas entre las peñas de S. Fausto, á poca distancia de Abarzusa, punto por el cual debia precisamente pasar el general cristino, para penetrar por Val de Ollo en las llanuras de Pamplona. Estan situadas las peñas de San Fausto en un terreno sembrado de rocas, lleno de arbustos y cubierto de espesura, por entre la cual abre paso el camino real. A favor de estas circunstancias topográficas y al abrigo de las gigantescas moles de granito que por do quiera se le-

vantan en aquel suelo pintoresco, logró ocultar Zumalacárregui sus fuerzas con tan singular destreza, que parecian dueños absolutos de aquellos sitios la soledad y el silencio. Del todo desconocida para Carondelet esta emboscada, precipitó para salir pronto de terreno tan quebrado el movimiento de sus tropas en términos que los caballos que iban á vanguardia de descubierta habian salvado ya el sitio en que estaban Zumalacárregui y los suyos, cuando llamó su atencion un hombre con trage del pais, que dirigiendo la vista hácia las alturas pasó por delante de ellos con la misma velocidad que una exhalacion. En vano le llamaron los soldados para que se detuviese; en vano á fuertes voces le dirigian preguntas y chanzonetas de aquellas que los soldados españoles, alegres y bulliciosos por carácter, siempre tienen en boca: el hombre apresuró su carrera sin volver la cara atrás, una vez satisfecho su objeto, que no debió ser otro que espiar el movimiento de la columna que habia seguido, y de la cual tan rápidamente se alejaba. Desapareció por fin entre los peñascos como una sombra, y á los pocos instantes una descarga de fusilería á quema-ropa anunció á los pobres soldados de Carondelet que habian sido víctimas de una sorpresa. Cuatro batallones al mando del comandante Goñi salieron de la espesura, y acometiendo á la bayoneta á la sorprendida division, consiguieron arrollarla, haciendo horrible estrago en su vanguardia y en su centro. La retaguardia, mientras esto sucedia, era rudamente acometida por algunas compañías de preferencia que dirigió con notable acierto el primer ayudante general de E. M. D. Juan Antonio Zaratiegui, las cuales cortando el paso del puente de Larrion, obligaron á precipitarse en el rio á los soldados que á toda costa quisieron salvarse de caer en manos de sus enemigos. Los mas de los oficiales de la Reina fueron muertos ó prisioneros, contándose en este segundo número el jóven conde de Via-Manuel, á quien fueron muertos tres caballos, y el último cuando intentaba seguir á su general que se salvó milagrosamente, siendo esta la causa de haber sido aprehendido el conde con otros oficiales. Cuantiosas sumas de dinero fueron tambien parte del botin; sumas que el desprendido Zumalacárregui mandó distribuir entre sus soldados en justo premio del acierto y bravura con que se habian conducido.

Desde el campo de batalla se dirigió Zumalacárruegui á Lumbier; y situado en este pueblo dió parte á su Ministro de la Guerra del resultado de esta sorpresa en los términos siguientes:

«Parte oficial detallado de la gloriosa accion de los campos de Larrion.= E. M. G.=Excmo. Sr.=Hallándome el 19 del corriente en Eulate, tuve

noticia que las columnas enemigas al mando de Figueras y Oráa que habian pernoctado la noche antecedente en Contrasta, distante dos horas del punto que yo ocupaba, venian al encuentro de las que yo mandaba; pero como podria suceder (lo que efectivamente sucedió) que dichas columnas, en vez de venir por el llano del valle de la Amescua alta lo harían por la sierra para caer de alguno de los puertos sobre dicho Eulate, pasé con cinco batallones navarros y dos guipuzcoanos á ocupar la posicion de Artaza (la misma en que ataqué á Rodil, Lorenzo y Espartero reunidos el 31 del pasado julio), con intencion de observar desde allí las columnas de Anleo y Lorenzo que se hallaban en Estella, distante dos horas y media, pues me persuadia que estarian en combinacion con las otras que venian de frente para ocupar sobre mi flanco izquierdo ó retaguardia. Colocados los siete batallones en lo alto de la referida posicion de Artaza, recibí aviso de que una de las columnas enemigas compuesta de infantería y caballería, se hallaba en el pueblo de Galdeano, distante una hora de donde yo me encontraba, y situada en un punto intermedio entre Estella y las Amescuas. Eran ya las doce del dia; Figueras y Oráa con sus fuerzas llegaban á Eulate, desde donde solo habia hora y media. En este estado conocí que si hacia un movimiento rápido sobre la columna de Galdeano, tal vez me seria fácil batirla; pero dicha operacion exigia hacerse antes que las otras columnas pudiesen protegerla, y á este efecto procedí á la formacion de una columna compuesta de todas las compañías de preferencia de los batallones navarros primero, segundo, cuarto y quinto y de los de Guipúzcoa segundo y tercero, é inmediatamente haciendo marchar la restante fuerza á Lezaun, me dirigí con la columna selecta al pueblo de Eraul en la direccion de Estella, distante una hora, y situado en la elevacion de una montaña desde la cual se domina perfectamente el valle de Allin donde está Galdeano. Apenas se descubrió de la cuesta de la cordillera el valle, observé que el enemigo permanecia formado junto al puente y pueblo de Larrion, indicando su marcha al referido Estella; y como el camino pasa paralelo á la espresada cordillera, dispuse que inmediatamente se tomasen los boquetes que descienden á aquel, y que la tropa se mantuviese oculta hasta que principiando á andar el enemigo, y llegando al frente de los puntos, se le pudiese acometer. Sin embargo que en este crítico momento sobrevino una fuerte lluvia, el Dios de las victorias quiso dar el mas feliz éxito á esta dichosa jornada, pues al poco rato que estaba en acecho de los movimientos de la columna enemiga, se vió á esta emprender la marcha. Se hallaba el capitan de granaderos del cuarto batallon

D. Julian Oteiza colocado en un portillo junto á la peña que llaman de S. Fausto, sitio que se angosta entre la cordillera y el rio, por el cual pasa el camino, cuando llegando la columna á aquel punto le hizo una descarga á quema-ropa y en seguida acometiéndole las compañías que estaban con el comandante del primer batallon D. José Antonio Goñi á mi inmediacion, arrollaron al enemigo, dejando en un momento destrozada toda la vanguardia y centro de la columna, haciendo en ella una horrorosa carnicería, y cargando con tal ímpetu, que se apoderaron, despues de dejar cubierto el campo de cadáveres, de una porcion de prisioneros. Mientras esto sucedia por la vanguardia, donde volviendo la espalda se retiraban los pocos infantes que quedaban con vida, y la caballería que iba en el centro, fue acometida la retaguardia por las dos compañías de preferencia del segundo batallon dirigidas por el primer ayudante general del E. M. D. Juan Antonio Zaratiegui, las que cargando con oportunidad desde la cumbre cerraron el paso á los miserables fugitivos, quienes fueron precisados, ó á caer en nuestras manos, ó á arrojarse en el rio Amezcua precipitadamente respecto á que se les cortó el paso del puente de Larrion. La caballería vadeó por diferentes partes; pero muchos de los caballos y ginetes inespertos en los vados quedaron ahogados en el rio, cuyo triste fin tuvo un considerable número de infantes, pudiéndose contar por muy felices los que alcanzaron la orilla opuesta, pues que todos cuantos no lograron su libertad por este medio, sin escepcion de uno solo, fueron muertos ó prisioneros. El botin que ha caido en nuestro poder ha sido muy cuantioso, especialmente en efectos, monturas, caballos, acémilas de carga, fusiles, un botiquin, cajas de guerra, todo el instrumental de una música, y equipajes, en los cuales habia sumas de mucha consideracion, que se han distribuido los bizarros aprehensores amigablemente; algunos valientes siguieron el alcance de los fugitivos al otro lado del rio; pero teniendo noticia que tanto la columna enemiga de la derecha, como la de la izquierda se habian puesto en movimiento, y avanzaban al punto del combate, suspendí el que lo verificase el grueso de la columna, y recogiendo los despojos del campo, me retiré al pueblo de Abárzuza. Sin contar los que perecerian en el rio, cuyo número debe ser de consideracion, se puede asegurar á V. E. que el de los enemigos muertos en el campo pasa de 250 hombres, entre ellos varios gefes, uno de estos el brigadier coronel del provincial de Valladolid llamado Erranz, y el sargento mayor del mismo D. N. Araujo: los heridos han sido tambien en número; y aunque el de los prisioneros es mucho mas inferior, sin enbargo se halla entre ellos el conde de Via-Manuel,

Grande de España de primera clase, que con el grado de coronel servia en clase de ayudante del E. M. enemigo. Consta por relacion que la columna batida se componia de la division del titulado *Ejército del Norte*, al mando del baron de Carondelet. No encuentro, Excmo. Sr., palabras para manifestar á V. E. el arrojo y decision de las valientes tropas que en este dia conduje á la victoria: basta decir que correspondieron á la confianza que tenia en ellos, y á la predileccion que merecen, y por lo tanto son dignos todos sus oficiales é individuos del aprecio del Rey N. S., en especialidad el primer ayudante general del E. M. D. Juan Antonio Zaratiegui, el primer comandante del primer batallon D. José Antonio Goñi, el segundo ayudante de E. M. D. Pedro Castillo, y el capitan de granaderos del cuarto D. Julian Oteiza, que como llevo referido, se echó con tal oportunidad sobre el enemigo con su compañía, que á la primera embestida le desordenó y destrozó toda su vanguardia. Tan señalada victoria conseguida por las armas del Rey N. S. manifiesta claramente la visible proteccion del cielo; mucho mas si se compara con la pequeña pérdida de nuestra parte, que consiste en un muerto y diez heridos. Todo lo pongo en noticia de V. E. á fin de que se sirva elevarlo al soberano conocimiento del Rey N. S. D. CARLOS V. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Lumbier 22 de agosto de 1834.= Excmo. Sr.=TOMÁS ZUMALACÁRREGUI.=Excmo. Sr. Secretario interino de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Esta notable accion no figura en los partes de los generales de la Reina publicados por aquella época, dándose acaso por primera vez el ejemplo de pasar desapercibido un sangriento combate del cual no se hizo mencion en ninguna *Gaceta*, ni aun con la atenuacion, en otras ocasiones empleada de convertir en glorioso hecho de armas un lamentable descalabro. Lamentable hemos dicho, y bien merece esta calificacion el que nos ocupa; puesto que no solo dejó sin vida á muchos españoles en el campo de batalla, sino que aun despues de haberse entibiado el ardor del combate, obligó á derramar generosa y nobilísima sangre. El jóven conde de Via-Manuel, prisionero como ya saben nuestros lectores en tan desgraciada accion, se distinguió aun mas que por su clase y por su nombre, por el heróico valor que demostró en el infortunio. Conducido á presencia del general carlista, hizo franca ostentacion de sus opiniones liberales, y manifestó cuán poca esperanza tenia de escapar con vida del trance en que su mala suerte y su arrojo le habian colocado. Pero el conde de Via-Manuel era jóven, y como jóven amaba la vida; esa vida que tan brillante y glorioso porvenir le presentaba. Animado

pues, por ese poderoso sentimiento de conservacion, todo lo que sin hacer traicion á su honra pudo ofrecer, si se le perdonaba la vida, fue comprometerse bajo su palabra á no esgrimir en adelante su espada contra el partido de D. Carlos, separándose para siempre de la arena política; tanto valor y tanta desgracia conmovieron hondamente el generoso corazon de Zumalacárregui, que compasivo por carácter, cuando su deber y su posicion no le arrancaban algun acto de dureza, no podia menos de interesarse por jóven tan bizarro. Asi es, que hizo se le guardasen las mayores consideraciones, y hasta le dispensó el honor de sentarse á su mesa. Pero no fueron solo estas las muestras de interés que dió el general carlista por la suerte del conde: deseoso de salvarle sin dar motivo á las hablillas, ni á los recelos de los suyos, escribió al punto á Rodil proponiendo el cange de Via-Manuel por el de un oficial y algunos soldados carlistas que aquel general habia hecho prisioneros pocos dias antes. Esta humana proposicion no fue acogida, porque no podia caber en el sistema de rigor adoptado por Rodil, y casualmente se hallaban á la mesa el general y el prisionero conversando como amigos, cuando el primero suspendió por un momento la conversacion para leer lleno de ansiedad y de zozobra la respuesta del general Rodil que acababa de ponerse en sus manos. Al tomarla en ellas, una negra nube de tristeza



empañó sus ojos, como si un oculto presentimiento le dijera que en la contestacion de Rodil venia envuelta la sentencia de muerte del desgraciado conde. Leyóla por fin, haciendo por disimular su emocion, y ella estaba concebida en estas lacónicas é inexorables palabras: «*Los prisioneros rebeldes han sido pasados por las armas.*» Zumalacárregui sin articular una sola frase entregó al jóven coronel el papel funesto, y se salió de la habitacion.

Imposible le era ya al generoso Zumalacárregui evitar el triste fin que al prisionero esperaba; sin embargo, deseando retardar la tremenda ejecucion todo lo posible, tentó el último esfuerzo que podia hacer por salvarle, y dirigió un mensage á D. Carlos implorando la real clemencia. Fácil era prever la respuesta del príncipe, y el funesto mensagero no se hizo esperar mucho. «*Cuando oficiales de un rango inferior, y soldados hechos prisioneros con las armas en la mano*, decia D. Carlos contestando al mensage, *sufren la pena de muerte, no hay motivo para perdonar á un grande de España.*» Zumalacárregui triste y afectado no quiso ver mas al infortunado jóven, y se apresuró á salir de Lecumberri. Al dia siguiente se leia en el Boletin carlista el siguiente párrafo:

«No habiendo sido suficientes para calmar el furor de los revolucionarios con respecto á los infelices prisioneros, la infinidad de ejemplos de humanidad que el general Zumalacárregui ha ofrecido al público, perdonando la vida á los que caian en sus manos, y aun mandando en libertad á sus casas y cuerpos muchos individuos de las filas de la usurpacion, hizo pasar por las armas con arreglo á las reales órdenes vigentes al conde de Via-Manuel, grande de España, hecho prisionero en la gloriosa accion del 19. Muy doloroso es para un gefe verse en la necesidad de aplicar el rigor de la ley; pero es indispensable hacerlo cuando lo provocan con tanto escándalo las tropas del gobierno usurpador, quienes no satisfechas con asesinar al infeliz defensor de la legitimidad, dirigen su saña contra el venerable párroco y el tranquilo religioso que en nada mas se ocupan que en implorar la misericordia del Omnipotente, para que cesen las calamidades que afligen á la desgraciada España.»

Otra emboscada tambien de éxito feliz para las armas carlistas tuvo lugar poco despues. Ansiosos los brigadieres Oráa y Figueras de dar alcance á Zumalacárregui para vengar en una batalla los descalabros sufridos, se les veia en contínuo movimiento, marchando siempre sobre el general carlista. Este, que tan á fondo conocia sus planes, y que tanto se complacia en frustrarlos, sabiendo la aproximacion de las columnas enemigas se desembarazó de los batallones que mandaba: mandóles mar-

char por Abarzuza á Lezaun, y se quedó emboscado en la sierra con siete compañías escogidas. A las cinco de la tarde de aquel dia, Figueras y Oráa con sus divisiones desfilaban por Eraul hácia Abarzuza, cuando fueron de improviso cargados por las siete compañías, que arrollaron su retaguardia y se hicieron dueñas de un respetable botin. El dia 2 de setiembre daba Zumalacárregui desde Eulate el parte siguiente sobre este provechoso encuentro.

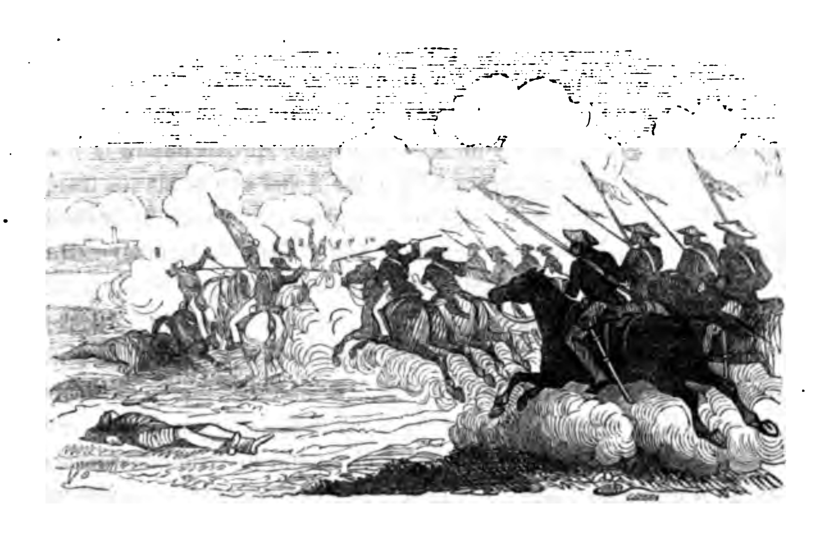
«Excmo. Sr.=Reducidas á solos dos batallones las fuerzas que me acompañaban, por haber destinado las otras á diferentes espediciones muy interesantes, llegaron sobre mí, hallándome en estos puntos, las columnas enemigas de los rebeldes Figueras, Oráa y Lorenzo; pero retirándome á pernoctar á Galdeano, en la mañana de ayer dí á los batallones primero y cuarto la direccion de Abarzuza y Lezaun, quedándome con siete compañias elegidas de los dos, inclusa la primera de guias, con las cuales me embosqué en la sierra, donde subsistí hasta las cinco de la trade, en que recibiendo aviso que la dicha columna de Figueras y Oráa pasaba desfilando por Eraul hácia Abarzuza, cargué con las siete compañías sobre su retaguardia, arrollándola y dispersándola completamente, tomándolas todas sus brigadas, que consisten en mas de 60 caballerías cargadas de equipages y propias del ejército rebelde. Ademas fueron muertos muchos en el alcance; y aunque toda la columna trabajó por rescatar lo perdido, todo fue en vano, pues logré ponerlo en salvo, sin que por nuestra parte hayamos tenido pérdida alguna. Todo lo que me apresuro á poner en noticia de V. E. para que se sirva elevarlo al soberano conocimiento del Rey N. S. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Eulate 2 de setiembre de 1834.=Excmo. Sr.=Tomás Zumalacárregui.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Con la noticia de esta nueva desgracia avivó el general Rodil su infructuosa persecucion contra Zumalacárregui; y como se dirigiese aquel á Santa Cruz de Campezu, vióse el segundo para eludirla en la necesidad de correrse hácia la estremidad de la ribera de Navarra, muy inmediata á Alava; y sabedor de que Carondelet ocupaba á Viana, trató de sacar partido de su forzada correría, y maquinó contra el poco previsor general una nueva sorpresa cuyo buen éxito le aseguraba su fortuna en las anteriores. Pero era preciso para llevar á cabo este proyecto que Rodil no se apercibiese de él, y un rápido movimiento le hizo salvar en pocas horas mas de diez leguas de una manera silenciosa y reservada, llegando la noche del 3 de setiembre á Santa Cruz de Campezu.

La posicion topográfica de la ciudad de Viana facilitaba mucho su defensa, y Zumalacárregui esperaba encontrarla. Está situada la ciudad sobre una pequeña eminencia y en medio de una vasta llanura, y todas las entradas de sus calles se veian defendidas por trincheras y barricadas. Otra razon habia para estimular á la defensa á los que guarnecian á Viana, á saber, su proximidad á Logroño, que distante solo dos leguas daba la esperanza fundada de un fácil y pronto socorro en caso de apuro. Hubiérale por tanto sido fácil á Carondelet resistir el ataque aun de fuerzas superiores; pero tambien hubieran sido necesarias para organizar la resistencia ciertas disposiciones que el buen sentido indicaba y que la prevision militar exigia. Ninguna de estas tomó el confiado general, que tranquilo en su alojamiento, ni remotamente se le pasaba por la imaginacion que debia ser hostilizado en el punto que se hallaba. La mañana del 4 hizo batir marcha Zumalacárregui, y algunas horas despues pasaba con su gente por el camino de Cabredo, desde donde tuvo la ocasion de cerciorarse de que las tropas de Carondelet no habian hecho el menor movimiento. Animado ante este cuadro de inmovilidad y de inaccion, avanzó mas el general carlista, hasta que llegó á colocarse en frente de Viana. Tres batallones navarros, dos compañías de guias y el regimiento de lanceros, componian el total de sus tropas. En la accion que se preparaba iban á ensayar por primera vez sus fuerzas los lanceros navarros, masa informe y desorganizada en un principio, que el entendido coronel D. Carlos O'Donell supo convertir en un brillante regimiento de caballería, no menos notable por su armamento y su equipo, que por su instruccion y destreza en las evoluciones. Este escuadron sirvió de base á la formacion de la caballería carlista, que desconocida en un principio, y débil é informe luego por su falta de organizacion, debió su existencia á los hábiles esfuerzos del coronel O'Donell.

Alarmóse por fin el general Carondelet al ver cerca de sí á tan osado enemigo; y puesta la guarnicion sobre las armas, mandó formar en batalla en una pequeña meseta que habia á la salida del pueblo los seiscientos hombres que componian toda su infantería. Un pequeño puente situado en la subida de la ciudad pareció á Carondelet posicion digna de defenderse, y al efecto y con el objeto de apoderarse de él, desplegó algunos cazadores en guerrilla. Al ver Zumalacárregui avanzar la guerrilla se arrojó sobre ella con su escolta, al propio tiempo que la infantería carlista avanzando hácia la poblacion á paso de ataque rompió el fuego, vivamente contestado por toda la línea de Carondelet. Simultáneamente avanzaron, arma á discrecion, dos batallones navarros que des-

preciando las balas de sus adversarios, se dirigieron animosos hácia las calles del pueblo. Faltos de direccion los soldados de la Reina, al ver el arrojo con que los navarros se posesionaron de las primeras casas, abandonaron sin esperar al choque su ventajosa posicion, refugiándose unos en la iglesia de Viana y en varias casas, desde las cuales se hicieron fuertes, prolongando su defensa, hasta que el coronel Amor y el brigadier Marsilla vinieron en su auxilio, y saliendo los otros de la ciudad en direccion de Mendavia. En esta hermosa llanura creyeron poder reha-



cerse los soldados de Carondelet, contando para ello con el justo renombre y poderoso esfuerzo de su caballería; y formada esta en batalla, los cazadores de la Guardia Real que en número de 450 la componian, dieron muestras de esperar serenos el ataque. Al punto mandó ZUMALACÁRREGUI que avanzasen los tres escuadrones de lanceros, los cuales se colocaron á sesenta pasos de los cazadores de la Guardia, hasta que el eco del clarin les mandó acometer. La suerte quiso conceder en esta ocasion su primer triunfo á la caballería carlista sobre la que tantas veces habia alcanzado la victoria. Rudamente acometidos los cazadores, no pudieron resistir el empuje de sus orgullosos enemigos, y los que no fueron víctimas de las picas de los lanceros, encomendaron su salvacion á la fuga. El movimiento de dispersion de la caballería de Carondelet se comunicó con la velocidad del rayo á la infantería, que cargada tambien por

los lanceros, se salvó á duras penas, dejando en manos de los navarros, como glorioso trofeo de su triunfo, la bandera coronela del regimiento de Castilla.

Las fuerzas del brigadier Marsilla y del coronel Amor que salieron precipitadamente de Logroño pusieron término á la accion; y no juzgando ZUMALACÁRREGUI oportuno habérselas con tropas que venian de refresco, reunió las suyas y dispuso su vuelta á Viana, desde cuyo punto se dirigió al pueblo de Alegria de Álava. Establecido allí su cuartel general, despues de dos dias de descanso, detalló en el siguiente parte todas las circunstancias de tan ventajosa sorpresa.

«Excmo. Sr.=Informado de que en la ciudad de Viana existia la division enemiga mandada por el revolucionario Carondelet, compuesta de »800 infantes y 600 caballos, hasta cuyo número se habia reforzado »despues de la accion del 19 de agosto último, aprovechando la ocasion »del descanso que se veian precisados á dar á sus columnas los traidores »Oráa, Lorenzo y Figueras, hice un movimiento oculto la tarde del 3 »del corriente, viniendo á pernoctar á Santa Cruz de Campezu. Reuni»dos el dia siguiente los batallones primero y cuarto de Navarra, las »compañías de guias primera y tercera, y el regimiento de Lanceros de »caballería, principiaron la marcha á las once de la mañana con direc»cion á la espresada ciudad de Viana. Serian las cinco de la tarde, »cuando desde el camino de Cabredo, y como á distancia de tres cuartos »de hora, se divisaba perfectamente en el pueblo un grupo de tropa ene»miga, lo que me rectificó en la idea, incierta hasta entonces, de que no »habian hecho movimiento alguno. Inmediatamente hice pasar á van»guardia la primera compañía de guias, y la escolta de caballería del »cuartel general, y dí órden para que las demas tropas continuasen su »marcha por el mismo camino á paso mas rápido que lo natural: confor»me la vanguardia iba adelantándose hácia el pueblo, se veia claramente »formar en batalla y sobre un terreno despejado, cuyo frente era inacce»sible, una columna de infantería de 500 á 600 hombres, la que se iba co»locando sobre la base que formaba un paredon de dos estadios de altura, »que figuraba una línea de ángulo saliente. Aunque el enemigo mandó en »este momento una guerrilla con el objeto de apoderarse del pequeño »puente que hay á la subida á la ciudad, la escolta del cuartel general se »arrojó sobre ella con la velocidad del rayo, cargándola con una decision »inimitable; al mismo tiempo las compañías primera y tercera de guias »principiaron un fuego vivísimo por la derecha é izquierda del camino »siempre avanzando á la poblacion á paso de ataque, el que fue contes-

»tado con un graneado apresurado por toda la línea enemiga: mientras »tanto hice que el primer batallon pasando sobre la izquierda atacase la »entrada del pueblo por el mismo frente, quien despreciando la lluvia de »balas que caian sobre él, avanzó arma á discrecion á desalojar al ene»migo de su fuerte posicion. El tercer batallon, dividido en dos partes »iguales, continuó por derecha é izquierda sobre el pueblo, y el cuarto »quedó por aquel momento de reserva. Flanqueando el enemigo por su »derecha asi que vió á nuestros valientes tomar las primeras casas, y que »por su izquierda, despreciando la muerte, subian á arrojarlo de su ven»tajosa posicion, abandonó esta, distribuyéndose una parte de su fuerza »aunque pequeña por el pueblo, la que se refugió en la iglesia principal, »casas del Ayuntamiento, de Ichaso, del Estudio y algunas otras; el ma»yor número siguió la salida que tiene el pueblo en direccion de Mendá»via, en cuya estensa é inmediata llanura creyeron sin duda tener un apo»yo con su caballería, que se mantenia formada en el llano en número »de mas de 450 caballos. Luego que me informé de la direccion de di»cha infantería, y posicion de la caballería enemiga, hice avanzar al gran »trote á los tres escuadrones del regimiento de Lanceros, el tercero pa»sando por la ciudad, y los primero y segundo por los campos inme»diatos de la derecha. Hice tambien que el cuarto batallon, que cubria »la retaguardia, avanzase y siguiese esta misma direccion. Pasadas las »tropas á la parte opuesta de la ciudad, esceptuando la fuerza que se »dejó sosteniendo la posesion del pueblo y el ataque contra los enemi»gos encerrados en las casas, se dejó ver en un terreno estendido y lla»no formada en batalla y con todo órden la caballería enemiga acompa»ñada de unos 400 infantes: inmediatamente ordené al coronel del re»gimiento de Lanceros formase los tres escuadrones de este al frente de »enemigo, lo que se verificó rápidamente, colocándose á cincuenta ó se»senta pasos del contrario. Este era el momento en que los esforzados »lanceros de Navarra debian dar al mundo entero una prueba de su va»lor que siempre he conceptuado grande; y en efecto, sus corazones beli»cosos dejaban asomar al semblante aquella satisfaccion que caracteriza »la esperanza de la victoria. Lejos de arredrarse al ver que el enemigo »les superaba en mas de una tercera parte de fuerza, tan pronto como »oyen que el eco guerrero del clarin les manda acometer, toman las lan»zas, pican los caballos, y se arrojan impávidos al enemigo. ¡Qué espec»táculo mas tierno, Excmo. Sr.! El corazon al renovar aquel glorioso ins»tante participa el mas dulce placer: aun no se les acababa de intimar, »cuando el enemigo es batido: las armas del escelso CARLOS V son las vic-

»toriosas: ellas son las que desordenan las filas de la pujante y orgullosa »caballería enemiga, las que la arrollan y dispersan. Destrozada esta arma »en que confian, huyen con sus restos en precipitada fuga; pero todavia »hay lanzas que los alcanzan y acaban con varios de ellos; huye tambien la »infantería atacada por la misma; y para colmo de este dia cae en nuestro »poder la bandera coronela del regimiento de Castilla del ejército de la »usurpadora con siete oficiales y varios soldados. La noche y los límites »del llano teatro de la accion que finan en el Ebro, son la señal de cesar »en el alcance de los fugitivos, de cuyos cadáveres así de hombres como de »caballos se encuentra lleno el campo; entonces reuniendo las tropas dis»puse se volviese á descansar á Viana con ánimo de continuar el ataque »á los que allí quedaban encerrados: durante la noche se consiguió »tomar á fuerza de armas seis de las casas que ocupaban, cogiendo en »ellas varios individuos prisioneros de todas clases, quedando única»mente por hacerlo los que se fortificaron en la iglesia y casa de Ayun»tamiento, que en razon á lo sólido de estos edificios y á carecer de »artillería y otros efectos necesarios, no ha sido posible tomarlas, siendo »la mas principal causa la de tener que acudir á otras atenciones mili»tares. En la señalada victoria de la tarde y noche del 4 las vencedo»ras tropas del Rey N. S. han conseguido grandes ventajas, entre otras »son las de haber tenido el enemigo pasados 300 muertos; de estos mas »de la tercera parte del arma de caballería, entre ellos el coronel gradua»do comandante D. N. Virto, y otros muchos oficiales de todas graduacio»nes; han caido en nuestro poder 76 prisioneros de las dos armas, siete »de ellos oficiales, mas de 40 caballos con sus monturas, sin contar un »número mucho mas considerable de estos que sin ginetes vagaban por el »llano, y que su instinto natural les condujo á donde estaban sus compa»ñeros de la caballería enemiga, como se ha esperimentado en iguales ca»sos; veinte y seis acémilas de bagaje y demas pertrechos, un considerable »número de fusiles, sables y otras armas; y finalmente ha sido batida y »deshecha la division de caballería enemiga con la que creia el enemigo »detener nuestras correrías por la tierra llana. Nuestra pérdida consiste »en cinco muertos y doce heridos, muchos de ellos leves; entre los pri»meros lo está el teniente de la primera compañía de guias D. Felipe Za»mora, y el subteniente de la misma D. Miguel Alzorriz, oficiales que te»nian muy bien merecida su reputacion de valientes, y herido aunque »no de gravedad, el bizarro capitan de tiradores del primer batallon Don »Raimundo Riezu y el teniente D. Torcuato Mayo. No es fácil, Excmo. »Sr., hacer mencion de todos los que se han distinguido en esta victo-

»riosa jornada, pues todos en general han rivalizado en valor, y los cuer»pos han llenado perfectamente el hueco de sus deberes: sin embargo, »no se puede omitir el arrojo del sargento primero de caballería Simon »Capapé que fué de los primeros que embistieron al enemigo, y el de la »misma clase y arma Benigno Unciti, que tuvo la gloria de tomar la »bandera, y al oficial que la conducia. El capitan D. Gregorio Oyart y »los diez individuos de la escolta de caballería del cuartel general mere»cen un especial lugar en este parte por su temerario arrojo, y el capitan »de caballería D. Venancio Urdiain por su estremado ardor en perseguir »con algunos individuos á la caballería enemiga, asi como el comandan»te D. Francisco Ortigosa por el ejemplo de valor que dió al escuadron »de su cargo. Me detengo, Excmo. Sr., sin espresar otros muchos, por»que seria nunca acabar el nombrar á todos los valientes, pues confieso »que apenas hay uno entre los que se hallaron en la accion que no sea »digno de merecer el que se haga mencion de él en este parte. El coman»dante general de Alava D. José Uranga se halló á mi lado todo el tiem»po que duró la accion, y por lo tanto es uno de los partícipes en la glo»ria de este dia. Para que exista un perpétuo recuerdo de tan completa »accion acompaño á V. E. la adjunta relacion que comprende los indi»viduos á quienes considero dignos de las gracias que la misma espresa, »y para lo que les propongo á S. M., esperando se sirva V. E. darle cuen»ta al mismo tiempo que lo hace de este parte. Dios guarde á V. E. »muchos años. Cuartel general de Alegria de Alava 7 de setiembre de »1834.=Excmo. Sr.=Tomás Zumalacárregui.=Excmo. Sr. Secretario »interino de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Para que nuestros lectores formen cabal idea de cuán fatal fue esta accion para la causa de la Reina, réstanos aun decir que el general Carondelet entró en Logroño con muy pocos caballos, esparciendo el terror y la alarma por la ciudad y sus alrededores el triste espectáculo de sus menguadas fuerzas. Y como hacia algun tiempo que la fortuna se mostraba esquiva con las armas de Isabel II, y como á una desgracia seguia otra, la reputacion de Zumalacárregui se iba engrandeciendo de una manera prodigiosa; su nombre se pronunciaba con un respetuoso terror; sus felíces hechos de armas se referian con entusiasmo y se escuchaban con asombro; y á tal grado llegó su fama de invencible, que hasta en la mente de los mas decididos defensores de la Reina se arraigó la idea de que era preciso pelear hasta morir contra las fuerzas carlistas; pero pelear con la seguridad de que mientras Zumalacárregui alentase, nunca esta lucha estéril y sin esperanza seria coronada con el vencimiento.

CAPITULO IX.

Sistema de persecucion del general Rodil.—Contínuos movimientos del ejército carlista.—Plan para entregar la plaza de Echarri Aranaz.—Castiga severamente ZUMALACÁRREGUI á un aposentador.—Se escluye al infante D. Carlos del derecho de suceder en la corona de España.—Destitucion de Rodil.—Se divide el ejército cristino del Norte en dos cuerpos independientes.—Se aproximan los carlistas á Villarcayo.—Combate de Olazar.—Pasa ZUMALACÁRREGUI el Ebro.—Se apodera de un convoy entre Cenicero y Fuen mayor, y derrota á las tropas que le escoltaban.—Defensa de Cenicero.—Disposiciones que precedieron á la accion de Alegria.—Accion de Alegria y derrota de Odoyle.—Segunda accion con el general Osma.—Se replega este á Vitoria.



Sucesos tan desgraciados como el de Carondelet, al paso que aumentaban la fuerza moral de los carlistas, patentizaban la imperiosa necesidad de enlazar con mayor tino las operaciones militares del ejército de la Reina, reduciendo á un centro comun las esparramadas fuerzas, y procurando con particular cuidado mantener fáciles y espeditas las comunicaciones. Rodil llevado del mas ardiente celo por su causa, no descansaba un solo instante; pero la esperiencia presentaba sus planes como faltos de profundidad y de acierto, y la fortuna se le mostraba del todo adversa. Era, por otra parte, poco honroso para un general que se estima en algo convertirse de gefe de un ejército en un cazador que corre exhalado tras de su presa uno y otro dia, para tener en premio de tanto afan, el tristísimo consuelo de decir que

se le ha escapado de entre las manos. Y que todo el plan de campaña del general Rodil estaba cifrado en la persecucion de D. Carlos, se colige fácilmente, no solo del contínuo movimiento en que estaba acechando siempre la direccion del perseguido príncipe, sino de todos sus partes oficiales, y aun de sus mas confidenciales avisos. Asi en 21 de agosto decia por medio de un confidente al conde Armildez de Toledo lo que sigue: «*Estoy haciendo una batida en la peña de Anviain inmediata, porque tengo sospechas de si en ella se me escondió el pretendiente.*» Escusado es añadir cuánto contribuian al descrédito del general cristino esas ridículas esperanzas, á cada momento burladas.

Grandes inquietudes, sin embargo, esperimentaba D. Carlos, y el porfiado empeño de Rodil apenas le permitia un instante de reposo. Soportaba las fatigas y los crudos rigores de la estacion con ánimo valiente; emprendia sus marchas á cualquier hora del dia ó de la noche, y ni las nieves, ni las lluvias, ni lo impracticable de los caminos y veredas eran para él motivo de desfallecimiento. Muchas veces cuando despues de haberse salvado de un riesgo inminente le rodeaban sus amigos para contemplar en su rostro la perseverancia de su ánimo, aconsejábanle, temerosos de perderle, que se decidiese á entrar en Francia; pero esta idea la rechazaba siempre, mostrando su irrevocable voluntad de permanecer al frente de los que proclamaban su nombre.

Hay una montaña en lo mas recóndito y escarpado de los Pirineos, que era por lo comun el asilo de D. Carlos y su errante corte en los dias mas críticos. Estaba allí tambien establecido un taller de fundicion de cañones, de que tanta necesidad tenia ZUMALACÁRREGUI para ensanchar su plan de campaña. El jóven oficial de artillería Reina era el comisionado para dirigir los trabajos de fundicion. Apenas llegó á oidos de Rodil la nueva de este asilo, dirigióse á él tomando todas sus avenidas. Era la noche oscura como boca de lobo, y amenazaba el cielo con terrible tempestad. Apercibido Reina del intento de Rodil, púsose al punto en fuga con sus obreros; y como tropezase con la escolta de D. Carlos y no se divisasen sino los bultos por la oscuridad de la noche que solo interrumpian las hogueras de los cristinos, tomáronse mútuamente por enemigos ambos pelotones, y ya iban á romper el fuego con grave riesgo de la vida del príncipe, cuando, gracias á un aldeano práctico en el pais, se reconocieron los amigos, y convertidas las muestras de hostilidad en abrazos y parabienes, huyeron juntos del comun peligro.

En vano, pues, insistia Rodil en su plan de persecucion, plan de que sabia burlarse D. Carlos, á quien las entendidas maniobras de ZUMALA-

cárregui ponian al abrigo de toda sorpresa. Convencido por fin de la infructuosidad de sus fuerzas, creyó sin duda que para finalizar la guerra urgia mas que perseguir al príncipe, destruir al caudillo que sustentaba su bandera, y al efecto redobló su rigor y su perseverancia. Para esterilizar uno y otra modificó un tanto su plan Zumalacárregui, que cediendo á la necesidad de concentrar sus fuerzas, marchaba algunas veces con el cuartel Real, y solia acontecer que algunos dias en veinte horas consecutivas de marcha apenas se disfrutaba media hora de descanso, ó se hacia alto á las horas mas avanzadas de la noche en un monte donde se destinaba para D. Carlos el mejor albergue, que era alguna miserable cabaña de pastores, que nunca pudo prometerse alcanzar el honor de



convertirse en palacio, ni servir de asilo al príncipe de sangre Real que á nada menos aspiraba que á sentarse en un trono.

Uno de los grandes vacíos que se notaban en el ejército carlista y que mas de una vez cortaba el vuelo á los planes gigantescos de Zumalacárregui era la absoluta falta de artillería; falta que se hizo ya sentir cuando las ventajas obtenidas sobre Quesada presentaban porvenir tan bello á

la causa de D. Carlos, y que vino á ser insoportable, cuando el general Rodil adoptó por sistema la fortificacion de una gran parte de poblaciones. En tan críticas circunstancias no parecia prudente para tener piezas esperar á que se pudieran fundir; y resuelto Zumalacárregui á procurárselas á toda costa, creyó que el medio mas fácil y espedito de conseguirlo era apoderarse de ellas á viva fuerza ó bien con astucia ingeniosa. Recordó al efecto que entre sus confidentes merecia particularmente su confianza uno diestro y consumado en el espionage. Llamábase este Jimenez; y encargado por el general de facilitarle lo que tanto necesitaba, se ofreció el confidente á introducirse entre los cristinos á título de amigo, y una vez esparcida la confianza, ponerse de acuerdo con alguno de los gefes que mandaban puntos fortificados, para que entrando este en el complot le entregase la artillería. Aprobó este plan el general carlista, y partió el negociador á cumplir su encargo.

Dirigióse este á Echarri-Aranaz, pueblo situado en lo interior de la Borunda, de la cual estaban posesionadas las tropas de la Reina, y en donde por consiguiente no habia una sola aldea que no estuviese fortificada. Guarnecian la plaza de Echarri-Aranaz 600 hombres que contaban para la defensa con 4,000 fusiles, seis piezas de artillería y abundantes pertrechos de guerra. Informado Jimenez de estas circunstancias, no vaciló en elegir esta plaza para teatro de su empresa; y confundido entre sus defensores, logró ganarse con facilidad su confianza y conocer á fondo sus opiniones. Pero con quienes trabó mas íntima amistad, fue con dos hermanos de apellido Manzano, tenientes ambos del provincial de Valladolid. Profesaban estos opiniones diametralmente opuestas á las que en las apariencias sostenian; y apenas vislumbró sus tendencias el astuto negociador, confesóles francamente su plan, y demandó su ayuda para ponerlo en ejecucion. Nada mas fácil, segun el confidente, que llevarle á cabo el dia que les tocase de guardia, abriendo las puertas á una señal convenida para que entrasen los carlistas. Los dos oficiales acordes en el pensamiento del espía, le dieron su palabra de honor de realizarlo en los términos indicados, y en esta seguridad voló á anunciar al general el resultado de sus gestiones, y á comunicarle la noche en que por estar los dos hermanos de guardia, podia tener lugar la sorpresa. Intentóse por fin en una noche cuya completa oscuridad aseguraba el éxito del plan; y encaminándose algunos batallones con el mayor silencio por entre los bosques que se estienden entre Arbizu y Echarri-Aranaz, llegaron á las puertas de la plaza y se formaron con el mismo sigilo, colocándose á vanguardia y en primer término dos compañías de guias y

dos del tercer batallon navarro, que tenian órden de penetrar en la plaza á la bayoneta, apenas se abriesen sus puertas. No habia pasado un cuarto de hora en que aquellas masas de hombres parecian estátuas por su completo silencio, cuando interrumpió este el remedo de un gato que era la señal convenida. Pasados diez minutos sin que la contestacion se dejase oir, hubo que repetir la señal, que al punto fue contestada desde el fuerte. Quiso la fatalidad que al ver los carlistas que tardaba en responderse á la primera señal, cundiese entre ellos el rumor de que se les preparaba una traicion, y este rumor empezaba á producir el desaliento, cuando las dos compañías de guias recibieron la órden de avanzar. Avanzaron en efecto; pero con tal precipitacion y con tanta desconfianza, que la obcecacion producida por esta por un lado, y la oscuridad de la noche por otro, fueron causa de que no reparasen los carlistas en un foso, y cayeron en él hasta veinte soldados. Aumentóse con los gemidos de los que se hundieron la alarma de los demas, algunos de los que dieron el grito de *traicion*, en el momento mismo en que abiertas las puertas se dejaron ver los dos tenientes con linternas en la mano, seguidos de varios soldados que habian logrado seducir. Al alarmante grito de *traicion* echáronse los guias sus fusiles á la cara sin que precediese órden alguna, é hicieron aturdidamente y á quema-ropa una descarga á los que salian por la puerta, de cuya descarga resultó muerto uno de los hermanos, y logró salvarse milagrosamente el otro. Puestos en fuga los que le acompañaban, esparcióse la alarma por la plaza, y al punto la guarnicion avisada del peligro comenzó á hacer fuego en todas direcciones.

Cuando llegó á noticia de Zumalacárregui que el infundado desaliento de los guias habia frustrado un plan que se presentaba como de éxito tan seguro, su indignacion no reconoció límites. Arrebatado de cólera queria en los primeros momentos fusilar á todos los oficiales y sargentos de las dos compañías; pero mas templado despues, cuando en virtud de una averiguacion prolija del suceso supo que los guias habian sido los últimos en la fuga, se resignó su militar rigorismo á consignar el hecho por via de castigo en la órden general del ejército, y á sortear en cada una de las dos compañías un individuo de tropa para ser pasado por las armas. Ejecutóse la severa disposicion; y cuando algunos dias despues los dos infortunados capitanes que mandaban estas compañías se atrevieron á dirigir al general una respetuosa solicitud, pidiendo servir en las filas de su Rey como simples soldados, Zumalacárregui recordando indignado el éxito de la sorpresa y la conducta de los capitanes, tomó

la pluma y puso al márgen de la solicitud estas notables palabras: «*En nuestro ejército no se admiten cobardes.*»

Pero tan rigoroso y severo como era ZUMALACÁRREGUI cuando se trataba de castigar una falta militar, y sobre todo una falta de valor, era compasivo y humano con sus soldados, haciendo recaer los mas fuertes castigos sobre los que aumentaban su malestar con su indolencia. Un hecho por aquel tiempo ocurrido demuestra elocuentemente esta verdad, y es un ejemplo patente de la prontitud y equidad con que acostumbraba á administrar justicia. Estaba el general carlista acantonado con dos batallones en la villa de Dicastillo, y ocupábase en su alojamiento con su secretario en negocios del servicio, cuando entró en la plaza batiendo marcha un batallon que venia fatigado por haber hecho en aquel dia una marcha forzada. ZUMALACÁRREGUI, aunque muy entretenido en sus trabajos, notó con su natural vivacidad la entrada del batallon, y asomándose á uno de los balcones para ver á sus soldados, advirtió que estaba lloviendo. Abandonó el general el balcon, y estaba de nuevo dedicado á su tarea, cuando le distrajo un tanto el ruido y vocerío que en la plaza se oia. Provenia la algazara de la impaciencia de los soldados, que disgustados de la tardanza en repartirles sus boletas, y calados de agua, se refugiaban desordenadamente en las casas, para ponerse á cubierto del chaparron. Iba el ruido creciendo por instantes; y queriendo el general averiguar la causa que le producia, se asomó segunda vez al balcon, y dirigiéndose á un grupo de oficiales les preguntó con voz fuerte qué era lo que motivaba aquel desórden. Entonces el coronel del cuerpo tomando la palabra contestó que el origen del ruido era que hacia mucho tiempo que esperaba la tropa las boletas, y las boletas no parecian porque el aposentador estaba comiendo. «¿Con que está comiendo y mis soldados mojándose? repuso ZUMALACÁRREGUI enojado: pues yo le acostumbraré á anteponer el servicio público á su comodidad particular.» En seguida mandó que le trajesen á su presencia al aposentador, que trémulo y descolorido se presentó al general pasando por la amargura de oir de su boca que al punto iba á ser degradado, con adicion de que le inundasen con dos cubos de agua de una hermosa fuente que en la plaza habia, para que de este modo práctico conociese toda la incomodidad que habia causado á los infelices soldados, obligándoles á permanecer espuestos á la intemperie y á la lluvia, mientras él, poco celoso del bienestar de sus semejantes, saboreaba tranquilo los manjares. En vano fueron las súplicas y los lamentos del pobre aposentador; el general, impasible al llanto, hizo que se llevase á efecto la sentencia y verificóse la ceremonia bautis-

mal con gran júbilo de los soldados, que tomaban con placer venganza del que tan poco compasivo se habia mostrado con ellos.



La terrible estension que por entonces iba tomando la guerra revelaba bien á las claras que la causa carlista no solo contaba con un gefe diestro y animoso, sino tambien con un caudillo superior y de sangre Real, que estimulando á los unos con su presencia, y manteniendo vivo el entusiasmo de los otros con su ejemplo, era un elemento poderoso de resistencia contra el gobierno de Madrid. La decision ademas con que se presentaba en medio de los suyos á participar de todos los riesgos y fatigas de los combates un Príncipe Real, parecia una elocuente protesta de la justicia de sus derechos y de la seguridad de su causa, y no podia

menos de pesar mucho en la balanza diplomática de todas las potencias europeas. Por mas que aparentase desconocerlo, bien comprendia el gobierno de Madrid cuánto habia crecido en probabilidades de triunfo la causa carlista con haberse colocado á su frente el que la prestaba su nombre; y á tal punto llegaron las cosas, y tan engreidos se mostraron los partidarios del nuevo Rey, que fué preciso, lejos de ocultar su presencia entre los insurgentes, como se hizo en un principio, presentarla en toda su deformidad haciendo recaer sobre el que tenaz disputaba la corona á su augusta sobrina con las armas en la mano y acaudillando un ejército de valientes, todo el peso de la animadversion pública, que no podian menos de producir los desastrosos efectos de una guerra dinástica. Entró tambien por mucho en la política del Gobierno adoptar una gran medida que al propio tiempo que sirviese de castigo al Infante por la que calificaban de rebeldia, segase de raiz para él, para sus hijos y para sus defensores todos la inmarchitable flor de la esperanza; flor que crece erguida y lozana aunque la fecunde el llanto y la desgracia. Ninguna medida pareció, pues, mas á propósito que la de despojar á D. Carlos y á sus sucesores, no solo de los derechos con que se presentaban á reclamar la corona, sino hasta de aquellos que como Infantes de España y como españoles habian siempre disfrutado. Sometióse á la aprobacion de los Estamentos esta gravísima declaracion, siendo muy de notar que el ministro que, por decirlo así, tomó en ella la iniciativa y mas empeño mostró en que se hiciera, echando sobre sí tan inmensa y aterradora responsabilidad, fué el mismo que á los principios dió tan poca importancia á D. Carlos, que le calificó con la frase despreciativa de *un faccioso mas*. ¡Prueba palmaria de que habia cometido una ligereza que los sucesos le pusieron mas tarde en el caso de reparar!

Despues de una discusion solemne y detenida aprobóse en ambos Estamentos el proyecto de esclusion, y el dia 25 de octubre de 1834 se sancionó en el Real palacio del Pardo la ley por la cual se declaraba quedar escluido el Infante D. Carlos María Isidro de Borbon y toda su línea del derecho á suceder en la corona de España, y privado asimismo dicho Sr. Infante y toda su línea de la facultad de volver á los dominios españoles.

A esta gravísima medida precedieron otras el mes anterior igualmente dirigidas al objeto que entonces ocupaba todos los ánimos y era el blanco de todos los deseos, la conclusion de la guerra. Gastada la opinion del general que mandaba en el Norte el ejército de la Reina, y desacreditado su infructuoso sistema de contínua persecucion, se creyó llegado el

caso de introducir algunas variaciones en la organizacion de aquel ejército. La gran estension de la línea de operaciones por un lado, y por otro la asombrosa rapidez con que se movian las fuerzas carlistas, aconsejaron como prudente y oportuna la division del ejército del Norte en dos cuerpos independientes, destinando uno al reino de Navarra y otro á las provincias Vascongadas. Buscóse para mandarlas á dos gefes de prestigio, y recordando el que disfrutó en aquel pais en la guerra de la independencia el célebre Mina, pensóse en él para neutralizar en algun modo el inmenso poder moral de Zumalacárregui. Se dió por tanto el mando del primer cuerpo de ejército al teniente general D. Francisco Espoz y Mina, y confióse interinamente el segundo al mariscal de campo D. Joaquin de Osma, mandando que permaneciese de comandante general de Navarra con cargos de virrey el conde Armildez de Toledo, y que el marqués de Rodil pasase de nuevo á la capitanía general de Estremadura, provincia á la sazon tranquila, cuyo estado de paz podia sin duda permitirle largos ratos de ocio, en que desarrollar para lo sucesivo mas sabios y mejores planes de guerra.

Las circunstancias de la guerra obligaron á Rodil á continuar por algun tiempo mas al frente del ejército ínterin se presentaba su sucesor, presentacion que para los comprometidos por la causa liberal se retardaba mas de lo que debiera, pues ansiosamente deseaban que la opaca estrella del poco feliz general dejase de presidir los destinos de la guerra. En la superioridad que sobre él habia adquirido Zumalacárregui, no era verosímil esperar triunfos por parte de Rodil: quien no los habia alcanzado cuando podia disponer de un ejército numeroso y aguerrido, mal podia conquistarlos con divisiones mermadas por la muerte, aniquiladas por las fatigas y por las enfermedades, y cuyos despojos habian servido para equipar á las tropas carlistas. Envalentonadas estas por tan contínuas y ventajosas victorias emprendian á cada paso osados movimientos que todo el celo de los generales cristinos no bastaba á contener. Una division de 4,000 hombres del ejército carlista se aproximó el 18 de setiembre á Villarcayo y las tropas de la Reina que les salieron al encuentro con ánimo de detenerlos en su marcha, lejos de conseguir su objeto, se vieron forzadas á retirarse á Santander á toda prisa.

Los generales Córdova y Espartero á quienes se mostró siempre la fortuna mas propicia que al general Rodil, procuraron por aquellos dias volver un poco de su perdida fuerza moral á las armas cristinas. Hacia ya doce dias que las fuerzas carlistas tenian cercada la casa fuerte de la villa de Elizondo, donde se defendian con ánimo imperturbable algunos

soldados de la Reina bajo la direccion de D. Ramon Zugarramurdi, comandante del fuerte. Riesgo inminente corrian los sitiados de caer en manos de sus tenaces enemigos, cuando el general Córdova recibió órden el 27 para socorrer dicho fuerte. Emprendió, pues, al amanecer del 28 un rápido movimiento desde Larrainzar, descansando en el espacio de seis leguas solo un cuarto de hora en Almandoz; y como allí supiese que dos espías le habian precedido llevando á los carlistas el aviso de su llegada, apresuró el paso y llegó á Irurita con su vanguardia á poco mas de la una del dia. Dos horas antes se habian retirado los carlistas por el camino de Echalar; y viéndose Córdova burlado en su esperanza de encontrar á su adversario, contramarchó sobre el camino de Elizondo, en cuya direccion esperaba hallarle. No se engañó esta vez; y apenas habia andado diez minutos, cuando descubrió en Santa Bárbara el primer punto ocupado por los carlistas. Favorecidos estos por la espesura de un bosque, esperaron serenos el ataque de la caballería; y obligándola con brio á replegarse, empeñaron con sagacidad el combate con la infantería que iba por aquel punto sosteniéndola. Aumentaba el fuego por momentos y se estendia de izquierda á derecha hasta el pueblo de Lecaroz, cuando se decidió Córdova á marchar al sitio del empeño, lo que consiguió vadeando á pie el rio. Una vez situado en el punto que deseaba, comenzó el general cristino á desplegar sus guerrillas; y á medida que estas se iban desplegando, descubrian los carlistas un tejido de puestos emboscados que flanqueándose recíprocamente á derecha é izquierda, ocupaban una série de posiciones en anfiteatro, las cuales parapetadas por caseríos y cercas de piedra forman una posicion realmente inaccesible, llamada la posicion de Olazar. Esta posicion formidable que desde Irurita hasta el punto mas culminante del monte cuenta dos horas del mas penoso acceso, tiene asegurados ambos flancos por dos peñas inabordables cuyas crestas coronoban los denodados carlistas. Faltábale á Córdova para realizar mejor su plan de ataque descubrir el todo de la posicion que sus enemigos ocupaban, y al efecto avanzó sobre el frente á la bayoneta, tomando al paso de carga como un tercio de aquella. Este primer empuje le condujo á un bosquecillo donde hizo alto por algunos instantes. En esta situacion mandó Córdova una órden al comandante del fuerte para que saliese con la guarnicion á envolver y flanquear la derecha de las tropas carlistas, órden que no pudo cumplirse por haberla interceptado un gefe carlista. Presumiéndolo así el general al ver que no era obedecido, se aproximó á Elizondo para inspirar confianza á los carlistas y ver si de este modo los obligaba á descender

de sus inabordables eminencias. Para conseguirlo mejor mandó tocar retirada, al mismo tiempo que prevenia por medio de sus ayudantes á sus puestos avanzados que se mantnviesen firmes y con atencion á los toques sucesivos. Los carlistas, dirigidos en aquella ocasion por gefes mas cándidos y menos astutos que el general cristino, creyeron una verdad la retirada; é impulsados al ataque por el toque de sus cornetas, bajaron ébrios de júbilo de sus puestos á cargar á la bayoneta á los que ya suponian vencidos. Pero su ilusion se desvaneció pronto; el toque de ataque fue repetido por todas las cajas y cornetas de la division de Córdova, cuyos soldados se arrojaron audaces al encuentro de sus contrarios. Este movimiento, á cuyo frente se puso el general Córdova, fue decisivo: y apoyados los que lo emprendieron por otras fuerzas oportunamente colocadas, hiciéronse pronto dueños de la estensa y formidable posicion tan tenazmente defendida. Las fuerzas carlistas se retiraban por el monte de Aracau en el momento en que el sol descendia á su ocaso, y sus gefes, entre los que se contaban Ibarrola y Lans, marchaban tristes y cabizbajos pensando en la brillante posicion que habian perdido por efecto de su cándida imprevision. Era en efecto de lamentar que una posicion en que 500 hombres pueden defenderse contra 10,000 se hubiese perdido, contando para su defensa con el quinto y sesto batallon de Navarra, con dos compañías de guias, con la escolta de la Junta y con algunos destacamentos sueltos que componian en total la fuerza de 3,000 hombres.

Aunque poco afecto Zumalacárregui á abandonar el pais teatro de sus glorias para lanzarse á espediciones siempre funestas, cuando antes de emprenderlas se presenta su éxito como dudoso, los recientes triunfos obtenidos sobre Carondelet le decidieron á proyectar una espedicion hácia Castilla, pensamiento que hacia algun tiempo giraba por la cabeza del general. La circunstancia de conservar aun el mando del ejército cristino Rodil, tan poco temido por su mala estrella, hubo de animarle á llevar á cabo su proyecto. Hizo, pues, á mediados de octubre una pequeña escursion, y pasó el Ebro por el vado de Tronco-negro con un batallon de guias de Guipúzcoa, el primero y segundo de Navarra y el regimiento de lanceros de la misma provincia. A poco de haber emprendido su movimiento anunciáronle sus confidentes que el coronel Amor se dirigia hácia Logroño, escoltando un convoy de siete carros que conducia diferentes artículos y hasta 2,000 fusiles. Tan bella ocasion nó podia desaprovecharla Zumalacárregui, que tanta aficion habia mostrado siempre á esta clase de encuentros. Dada por tanto la órden á su vanguardia de dirigir-

se á marchas forzadas sobre aquella ciudad, púsose á su cabeza y voló al encuentro del convoy. A favor de esta rapidez llegó al pueblo de Fuenmayor, y aun no habia entrado en él, cuando descubrió á su enemigo



sobre la altura que le domina. La vista del adversario que buscaba aumenta su brio militar, y poniéndose al frente de un escuadron de caballería y de una compañía del tercer batallon de Navarra se precipita sin vacilar á su encuentro. Tenia el coronel Amor á sus órdenes 200 caballos escogidos y una compañía de infantería de la bizarra Guardia Real; pero no obstante la superioridad del número y aun de la calidad de las fuerzas, puesto que Zumalacárregui solo contaba en aquel momento con 120 caballos y 60 infantes, apenas vieron los que escoltaban el convoy la impetuosidad con que se lanzaban al ataque los carlistas, desbandóse la caballería á la primera señal, y dejando abandonado aquel, la infantería sin fuerzas para resistir tuvo que rendirse á discrecion. La retirada de la caballería, sin embargo, habia sido, segun mostró despues, efecto

no de desaliento, sino del plan que en tan crítica ocasion pareció al coronel Amor mas acertado. Asi es que despues de haberse retirado la caballería cristina ante fuerzas muy inferiores, hizo alto á alguna distancia en la llanura, desde donde parecia que intentaba para volver por el honor de su pabellon, provocar un nuevo combate. Gozoso Zumalacárregui de que le esperasen de nuevo, ínterin ponia á buen recaudo la presa que acababa de hacer y ostentando aquel valor que resaltaba mas en las circunstancias mas críticas, dió la órden de ataque. Ejecutóse este; y justo es decir en elogio de los soldados de la Reina, que no obstante el triste resultado del primer ataque, esperaron firmes y serenos el segundo; y no solo le esperaron, sino que le resistieron con tal bizarría que los orgullosos lanceros de Navarra se vieron obligados á retirarse. Ardiendo en ira el general carlista por la desgracia ocurrida á sus lanceros, contúvolos con su voz de trueno en la retirada, y poniéndose al punto á su cabeza les arengó en idioma del pais, jurando conducirlos á la victoria ó la muerte. El resultado de este tercer ataque correspondió al marcial corage con que se hiciera el juramento; y puestos en dispersion al primer choque los soldados cristinos, q uedó por Zumalacárregui el campo, donde perdieron la vida mas de 50 valientes.

Tuvo lugar este sangriento choque á las inmediaciones de Cenicero; y deseando Zumalacárregui llenar por completo el objeto de su escursion, que no habia sido otro sin duda que desarmar á los urbanos, se encaminó derecho al pueblo de Cenicero, pueblo que tenia fama de liberal, y cuyos milicianos habian adquirido el renombre de patriotas y de esforzados. Es Cenicero un pueblo por todas partes abierto, cuya defensa militar es de todo punto imposible. Conociéndolo asi los milicianos urbanos, apenas tuvieron noticia de que el enemigo se aproximaba, refugiáronse en la iglesia, desde cuya torre estaban decididos á resistir á un ejército entero. Llegó á poco el general carlista, y viendo la resistencia que se le preparaba, cercó la torre de la iglesia é intimó la rendicion á los que la ocupaban. Ni las mas suaves razones, ni los ofrecimientos mas lisonjeros lograron entibiar el valor indomable de los urbanos; y agotado el sufrimiento del general, sucedieron á las súplicas las amenazas sin que produjesen estas distintos resultados que aquellas. Admiró á Zumalacárregui sobre manera la firme resolucion de los sitiados, cuyo ánimo no hizo decaer ni el horrible cuadro que presentaban sus casas presa de las llamas por haber prendido fuego á la mayor parte del pueblo los encolerizados sitiadores. Veinte y siete horas permanecieron los carlistas esperando el desenlace de drama tan terrible; y convencido

al fin Zumalacárregui de que no conseguiria su intento, sino á costa de mucha sangre, y cuando no quedase ya ni uno de los que con tanto denuedo le disputaban el lauro de la victoria, movido por los sentimientos de humanidad que en medio de los mas sangrientos combates agitaban su corazon, emprendió la retirada dejando, como no podia menos de suceder, en aquella infeliz poblacion un recuerdo eterno de los estragos de la guerra.

Era grande por aquellos dias la actividad de que hacian contínuo alarde las fuerzas carlistas. El dia 13 se aproximó D. Carlos con numerosas tropas que dirigia Simon Torre á la villa de Bilbao, mientras el gefe Villarreal continuaba con el resto de las fuerzas en observacion de Espartero que se hallaba fortificando á Plencia. Deseoso Simon Torre de llevar á cabo su plan, atacó la plaza contra la cual se dirigia por las alturas de Santo Domingo, ataque combinado y para cuyo mejor éxito recibió órden Castor de ocupar la parte de Albia. Gruesas güerrillas avanzaron hasta un tiro de fusil de la plaza; pero la artillería de los fuertes las obligaron á replegarse, y el gefe Simon Torre tuvo, mal de su grado, que desistir de su propósito.

Alcanzado el triunfo de Cenicero y Fuenmayor, supo Zumalacárregui que el general Osma con el objeto de proseguir las operaciones habia salido de Vitoria; dióse por tanto prisa á repasar el Ebro, y lo repasó como deseaba á pesar de los movimientos combinados de los generales Córdova, Lorenzo y Lopez que intentaron con empeño impedirle el regreso á las provincias, ya que no les fue dado oponerse por mas que lo procuraron á su salida momentánea de ellas. Burladas por Zumalacárregui todas las combinaciones, pernoctó en Zúñiga. Supo aquella noche que el general Osma con una fuerte columna se hallaba en Alegria, poblacion situada á legua y media de Vitoria en el remate de una inmensa llanura y en el centro de varios pintorescos pueblecitos. Esta llanura se estiende en direccion de N. E. hasta Salvatierra, que dista muy pocas leguas de Vitoria y está sobre el camino de esta ciudad á Pamplona. Creyó oportuno Zumalacárregui venir á caer con algunas fuerzas á aquella llanura, trasladándose por medio de una marcha oculta y á través de las montañas desde Zúñiga al llano de Salvatierra. Este movimiento, tan bien concebido como rápidamente ejecutado, se verificó en muy pocas horas; y al mismo tiempo que se emprendia, Iturralde se adelantaba por la izquierda de Zumalacárregui para colocarse, cumpliendo las órdenes de este, entre Vitoria y las fuerzasde Osma. Practicada esta maniobra, pasó el general carlista por frente de Salvatierra, y mandó

disparar algunos tiros, para que alarmada su guarnicion acudiesen de Alegria en su socorro las tropas allí acantonadas, cuyos gefes estaban muy lejos de sospechar que iban á venir á las manos con un enemigo que suponian aun á la derecha del Ebro. Regresaba á la sazon el gobernador de Salvatierra de Vitoria á donde habia conducido algunos presos; y al ver la tropa espedicionaria que Zumalacárregui descendia al llano, replegóse con el gobernador precipitadamente sobre la plaza. Cuando esto sucedia, el sol bañaba con toda su luz la dilatada llanura; y sospechando Zumalacárregui que no habia llegado á oidos del enemigo el fuego de sus tiradores, mandóles de nuevo hacer dos ó tres descargas cerradas, ardid ingenioso que surtió el apetecido efecto. Al oir el fuego creyó fundadamente el general Osma que los carlistas estaban atacando á Salvatierra, ó mas bien á su gobernador en su marcha; y deseoso de protegerle, destacó al brigadier O'Doyle con 3,000 hombres, dos piezas de lomo y unos 100 caballos. Esperábale Zumalacárregui en medio del llano á tres cuartos de legua de Salvatierra, donde tenia ya formados sus batallones y tambien su caballería en disposicion de protegerlos. Muy sorprendido quedó O'Doyle al verse tan súbitamente al frente de Zumalacárregui; y aunque espectáculo tan imprevisto podia hacerle sospechar que iba á caer en la red de alguna astuta combinacion, no desmayó por esto, y con toda la serenidad propia de un general español resolvió esperar en posicion el ataque de los carlistas. Preparóse, pues, á la defensa en el mejor terreno que encontró, operacion justificada por las muestras de ofensivo que envolvia el movimiento de los contrarios. Situado O'Doyle cerca de Arrieta, aldea que está próxima á la carretera de Salvatierra á Vitoria, al ver que los de Zumalacárregui avanzaban, hizo jugar sobre ellos su artillería. El gefe Iturralde estaba encargado de hacer un movimiento sobre la retaguardia del enemigo para cortarle la retirada; y apenas conoció Zumalacárregui que Iturralde podia sin obstáculo desempeñar su cometido, decidióse á atacar; y para que el ataque produjese el seguro efecto que se prometia, recorrió lleno de entusiasmo las filas de sus soldados, animando con sus escitaciones y con sus palabras á los que ardian en deseos de combatir. Y estos deseos eran ardientes, porque exasperados los ánimos de aquellos provincianos al contemplar el triste cuadro de devastacion y de incendio que presentaban sus caseríos y sus aldeas por efecto del riguroso é inhumano sistema del general Rodil, ansiaban satisfacer el furor que tal cúmulo de desgracias habia atesorado en sus corazones. Asi á los pocos momentos de haber comenzado el tiroteo de las guerrillas, avanzaron todos los batallones en masa con singular decision, interrum-

piendo solo el monótono compás de su marcha los desaforados gritos con que pedian los batallones de guias se les dejase ir á la bayoneta. Con un fuego nutrido y vigoroso contestaron las tropas de O'Doyle al clamoreo de los carlistas; pero estos despreciando impávidos las descargas cerradas que se les dirigian, continuaron su marcha con impetuoso ardor, fija la vista en las banderas blancas sembradas de calaveras que conducian los primeros guias. Un batallon del regimiento de infantería sesto de línea se adelantó con ánimo de contener el impetuoso ataque; pero acometido con fiereza por los carlistas, fue batido y dispersado, sufriendo igual suerte sucesivamente los demas batallones de O'Doyle, que unos tras otros fueron vencidos y deshechos, á medida que se generalizaba el vigoroso ataque. Declarada ya la derrota, no fue posible á los cristinos hacer uso de su artillería; y apenas se convenció de esto Iturralde, hizo un movimiento sobre la retaguardia de los fugitivos con los batallones sesto de Navarra, tercero de Alava y segundo de Guipúzcoa, y logró cumplidamente su doble objeto de cortarlos la retirada sobre Vitoria y envolverlos entre dos fuegos. Visto por Zumalacárregui el movimiento de Iturralde, ya próximo á la retarguadia enemiga, dió con su escolta y el primer escuadron navarro una carga de caballería por vanguardia, siendo el resultado de esta doble embestida la mas horrible matanza, á la que contribuyó no poco el completo desórden en que marchaban los cristinos. En vano el brigadier O'Doyle se esforzó para ordenar á sus soldados; pues cuando mas lo procuraba fue muerto su caballo, y él, imposibilitado de huir, quedó hecho prisionero.

La captura del caudillo y la dispersion de los soldados no bastaron para poner término á la lucha que continuó hasta muy entrada la noche. Solo la oscuridad obligó á los carlistas á detenerse en su marcha asoladora, y muy pocos soldados de O'Doyle lograron salvarse de su furor, si se esceptuan 500 hombres que pudieron refugiarse con el mayor órden en varias casas del lugar de Arrieta. Las víctimas de este sangriento combate pasaron de 1,500 hombres por una y otra parte, sufriendo la mayor pérdida, como es fácil deducir, el ejército de la Reina. El brigadier O'Doyle y gran número de oficiales prisioneros, dos piezas de artillería y la bandera del sesto de línea, completaron los gloriosos trofeos alcanzados por Zumalacárregui y sus tropas en tan encarnizada batalla.

En la misma noche marchó el tercer batallon navarro con objeto de intimar la rendicion á los refugiados en Arrieta, en cuya defensa acudió el brigadier Yarto al siguiente dia. En el mismo salió de Vitoria el general Osma, que al tener noticia de la derrota de O'Doyle reunió hasta

4,000 hombres, contando en este número á los milicianos nacionales y cuatro piezas de artillería, con cuyas fuerzas marchó al socorro de los encerrados en Arrieta. Se hallaba Zumalacárregui oyendo misa con sus tropas por ser domingo el dia 28 de octubre, cuando recibió aviso del movimiento del general Osma. Hizo al punto formar sus tropas, y una vez formadas, dirigiólas la voz en estos términos:

«Soldados: El enemigo abatido por el golpe de ayer avanza hácia »nosotros, haciendo el último esfuerzo. Yo, pues, que conozco vuestro »valor y vuestra constancia, os pregunto si quereis abandonar un campo »empapado aun en sangre enemiga y cubierto de los gloriosos trofeos de »vuestra victoria.»

«*A ellos, á ellos*» contestó aquella masa de hombres con un grito unánime y atronador; y al ver Zumalacárregui que todos le pedian que los condujera á un nuevo triunfo, lanzóse resuelto á embestir al general cristino. No habia tenido este aun tiempo de prepararse al choque y colocar sus fuerzas en batalla, cuando vió su izquierda y su derecha simultáneamente atacadas y con irresistible ímpetu. Los milicianos nacionales de Vitoria, poco acostumbrados á resistir choques tan duros, desbandáronse en los primeros momentos, y su dispersion prematura introdujo, como era natural, el desórden en toda la division. Entonces redobló Zumalacárregui el ataque, y obligó á Osma á emprender su retirada, no obstante los esfuerzos del general cristino por conducir de nuevo sus soldados al combate. Perseguidos vivamente los fugitivos por los voluntarios navarros, fueron los mas hechos prisioneros, debiendo lo restante de la infantería su salvacion, en trance tan crítico, á su ordenada y hábilmente dirigida caballería que hizo una brillante retirada, custodiando constantemente aquella en perfecta formacion de batalla, formacion que ni un momento descompuso el vivísimo fuego de los carlistas. No menos notable por su acierto fue la retirada de la artillería de la Reina, la cual supo realizar amenazando siempre y conteniendo con sus fuegos el ímpetu de los osados perseguidores.

Trescientos muertos y cuatrocientos prisioneros fueron el triste resultado de la laudable y desesperada tentativa del general Osma, el cual se vió arrastrado en su derrota hasta Vitoria, á donde se replegó en el mayor desórden, despues de haber conseguido su objeto, no obstante su desgracia, pues libres de la presencia de los sitiadores los refugiados en Arrieta, lograron evadirse durante el combate.

Desde el campo de batalla se dirigió Zumalacárregui á Oñate, residencia á la sazon de D. Carlos. Allí recogió mil plácemes y parabienes

de los prohombres de su partido que pululaban en la improvisada corte, recibiendo en justo premio de sus hazañas y de su denuedo el ascenso á teniente general y la gracia de la gran cruz pensionada de S. Fernando, y alcanzando la señalada honra de que su mismo Rey le pusiese por sus manos la banda de dicha órden. Tambien á Iturralde llegaron las régias mercedes, y en recompensa de la gloriosa parte que tuvo en la victoria fue ascendido á mariscal de campo y agraciado con la cruz de comendador de la misma Real y militar órden.

Natural era que estos golpes, tan desgraciados para las armas de la Reina, avivasen en vez de atenuar el sistema de rigor empleado por sus generales. Algunas noticias sobre nuevos y rigorosos hechos ocurridos por aquellos dias indicaron á Zumalacárregui la necesidad imperiosa de ajustar sus disposiciones á las de sus contrarios, y de responder con dureza, y hasta con inhumanidad, á la dureza é inhumanidad de sus antagonistas. Persuadido de esa durísima necesidad, y arrastrado por esas ideas, dictó á los dos dias en Lecumberri el siguiente bando:

Bando. «D. Carlos V por la gracia de Dios Rey de las Españas, y en »su Real nombre D. Tomás Zumalacárregui, teniente general de sus »Reales ejércitos, comandante general del de Navarra, y gefe del estado »mayor general etc., etc.=En el momento en que los valientes navarros »enarbolaron el estandarte de la gloriosa insurreccion en defensa de su »legítimo soberano, se presentó orgulloso para sofocarla el rebelde Don »Manuel Lorenzo, y en el acto desplegó su barbarie, sacrificando al in»mortal D. Santos Ladron en el foso de Pamplona. Por su atroz con»ducta, desde la esfera de coronel la titulada Reina Gobernadora en »menos de un año lo ha promovido al vireinato, confiriéndole la coman»dancia general del distrito. El cruel Quesada y el incendiario Rodil »son humanos en comparacion del fratricida Lorenzo. La sola lectura »del bando por él publicado el dia 14 del mes próximo pasado manifies»ta con evidencia sus ideas sanguinarias y los deseos de esterminar los »inocentes pueblos con su feroz despotismo. ¡Cuán diferente ha sido la »conducta que los defensores de la legitimidad han observado con sus »enemigos! Sin embargo de carecer de plazas fuertes y de todo punto »fortificado, han respetado, en medio de la mas continuada persecucion »de una fuerza cuadruplicada, la desgracia de los prisioneros; han pro»digado á sus heridos y enfermos los auxilios que reclamaban sus do»lencias, conduciéndolos con el mayor cuidado á los puntos dominados »por los rebeldes; en una palabra, ejerciendo todos las virtudes militares, »han encontrado los sectarios de la usurpacion en las filas leales una ge-

»nerosa acogida. Pero en vez de corresponder los malvados á unos actos »tan análogos á la humanidad, han desconocido las leyes de la guerra, y »su decantada filantropía degeneró en una detestable brutalidad; pues »cual tigres sedientos de sangre humana, no solo pasaron por las ar- »mas á varios individuos que militaban en el ejército que está á mis »órdenes, sino que ademas degollaron con sus horrendos puñales y en- »sangrentaron sus cobardes bayonetas con los enfermos y heridos, res- »petados por las naciones cultas. Tan inhumano proceder, sofocando »mi sensibilidad, me puso en la precision de usar el derecho de represa- »lia; y á fin de contener la efusion de sangre, dispuse se fusilaran cinco »prisioneros por cada realista que fuese pasado por las armas. Tampoco »pude con esta rígida medida contener el atroz asesinato de algunos lea- »les que casualmente caian en su poder, los que á sangre fria eran in- »molados por la bárbara ferocidad de los enemigos. Estos prudentes mi- »ramientos fueron asimismo menospreciados por los rebeldes, quienes »no solo continuaron sus crueldades, sino que recorriendo sus cabecillas »la historia de las revoluciones, adoptaron todos los medios para infun- »dir el temor y devastar las provincias insurreccionadas. El rebelde »Quesada dictó bandos crueles: el pérfido Rodil, á mas de adherirse á »ellos, circuló otros que no respiran sino sangre y desolacion; y última- »mente el traidor Lorenzo acaba de confirmar todas las cruentas cir- »culares de sus predecesores en el mando, de cuya falta de ejecucion se »lamenta estraordinariamente. En tal estado, dejando á un lado todos »los miramientos y consideraciones que hasta aqui he tenido con los »enemigos, y usando de la ley de represalias, he decretado lo siguiente:

Artículo 1.° «Todos los prisioneros que se hagan al enemigo, sean »de la clase ó graduacion que fueren, serán pasados por las armas como »traidores á su legítimo soberano.

Art. 2.° «Se colocará desde luego en cada uno de los batallones el »emblema y la inscripcion *Victoria ó Muerte*, como el único blanco á que »aspira el ejército que está á mis órdenes, cuya insignia perseverará »hasta que el enemigo reclame por convenio la concesion de cuartel.

Art. 3.° «Siendo muy repetidas las pruebas de adhesion á la justa »causa que desde las filas enemigas presentan muchos de sus individuos, »y viendo al mismo tiempo la imposibilidad de que algunos de estos aban- »donen inmediatamente las banderas de la rebelion por la mucha vi- »gilancia de sus gefes, en virtud de las facultades con que me hallo »autorizado por el Gobierno, y con arreglo á sus benéficas intenciones, »no solo acogeré como hasta ahora á todos los que se me presenten, si-

»no que ademas los distinguiré segun sus méritos y servicios prestados.

Art. 4.° «No solo dejo en su fuerza y vigor mis circulares relativas »al rigoroso bloqueo de las plazas y puntos fortificados por el enemigo, »sino que encargo la mas exacta observancia.

Art. 5.° «Los alcaldes, regidores y demas miembros de justicia que »circulen las órdenes del Gobierno revolucionario, serán pasados por las »armas, y lo mismo cuantos hablen y sostengan por escrito la rebelion.

Art. 6.° «Los conductores de los pliegos que contengan las indica»das órdenes, sean estas manuscritas ó impresas, siendo contrarias al »Rey N. S., serán en el acto pasados por las armas. Las justicias, apenas »reciban dichas órdenes, deberán quemarlas, y en el caso de retenerlas »sufrirán pena de muerte.

Art. 7.° «Se declaran traidores los alcaldes y demas individuos que »dieren parte al enemigo del movimiento de las tropas leales, y como ta»les serán pasados por las armas.

Art. 8.° «Los alcaldes y cualesquiera otras personas denegarán al re»belde Lorenzo las noticias y listas de los voluntarios que les exige en el »art. 7.° del citado bando, y los contraventores serán pasados por las »armas. Y á fin de que nadie pueda alegar ignorancia, ordeno y mando »que este bando se publique y fije en las ciudades, villas y lugares de este »reino, remitiéndose al efecto los ejemplares necesarios, cuyo recibo se »acusará por la respectiva justicia; y á mayor abundamiento se introduz»can y diseminen en los puntos dominados por la tropa enemiga. Cuar»tel general de Lecumberri 1.° de noviembre de 1834.=Tomás Zuma»lacárregui.»

Este bando que solo respira sangre en todos sus artículos es un testimonio, harto triste, del grado de furioso encarnizamiento á que habia llegado la guerra civil. Como ese bando publicaron otros los generales de la Reina, y todos á porfia impulsados por un espíritu maléfico y destructor, tomaban parte en la obra de la desolacion universal de esta nacion desventurada, cuyos hijos parecian condenados por el destino á devorarse unos á otros. El horroroso espectáculo de tanta destruccion y tanta sangre, no solo conmovia á los naturales de España, no solo aterraba á las desgraciadas y numerosas familias que lloraban la pérdida de sus padres, de sus hijos ó de sus hermanos, sino que tambien las naciones estrangeras, indiferentes por lo general á nuestros males, como parte integrante del mundo civilizado, se estremecian cuando llegaba hasta ellas el rumor de tan estraordinarios horrores. Interesáronse, pues, en nuestra suerte; y como si temiesen el contagio del espíritu sanguinario y feroz que asolaba

nuestras ciudades y nuestras campiñas, hubieron de decidirse mas tarde á intervenir en los sucesos de España, y trataron de poner término en nombre de la humanidad á tan sangrientas escenas. Y estas escenas eran por desgracia una tristísima realidad, porque no puede decirse que los terribles bandos de que antes hemos hecho mencion fuesen solo amenazas arrojadas al viento; no: los cadáveres de O'Doyle y de sus oficiales fusilados á los pocos dias de su derrota en el campo carlista, y los de tantos gefes y soldados realistas sacrificados antes en el campo de Isabel II, proclamaban con la fúnebre elocuencia de los hechos consumados cuánta horrible verdad encerraban aquellas fatídicas palabras de muerte y de esterminio.



El Gen.l D. Fran.co Espoz y Mina.

CAPITULO X.

El general Mina toma el mando del ejército del Norte.—Esperanzas y recelos que hace concebir su nombramiento.—Proclamas de Mina y de D. Carlos.—Sale Zumalacárregui al encuentro del brigadier Lopez.—Accion de Sesma.—Se dirige Zumalacárregui á Villafranca.—Situacion de este pueblo.—Su espíritu y sus quejas.—Le ataca Zumalacárregui, y se refugian los Milicianos á la torre de la iglesia.—Incendio de esta.—Se rinden sus defensores.—Su suerte.—Triunfa Córdova sobre Zumalacárregui en Mendaza.—Resultados de este triunfo.—Accion del puente de Arquijas.—Refuerzo de Oráa.—Ataca este á los alaveses.—Desvirtúa Zumalacárregui el ataque, y restablece en su favor el combate.



El general Mina, el célebre guerrillero de la Independencia, que tan alta fama habia conquistado desde 1808 en aquellas provincias, fue el quinto de los generales que vino á tomar el mando en gefe del ejército del Norte. Este nombramiento fue considerado en España y aun en Europa como un acontecimiento importante que debia apresurar mucho la conclusion de la guerra. Recordaban todos para juzgarlo asi las antiguas glorias del nuevo general, su astucia, su conocimiento del pais que le vió nacer, y sobre todo su decantada energía; pero desconociendo el funesto influjo de los años, y no fijando la atencion en la diversidad de las circunstancias, se olvidaban completamente de la sa-

lud valetudinaria y achacosa del antiguo caudillo de 1808, cuya estrella ya amortiguada por los rigores de la edad no podia competir con la brillante de otro genio mas vigoroso y mas lozano que lucia en aquel pais é iluminaba aquellas montañas.

Algun recelo, en parte fundado, inspiró al partido carlista la venida del general Mina, siendo ZUMALACÁRREGUI el único acaso que interiormente se felicitó de ella, tardando poco los sucesos en demostrar con cuánta razon la habia mirado como un feliz augurio. Los antecesores de Mina habrian dado indudablemente mucho que pensar al general carlista; sus movimientos y sus combinaciones mas de una vez le habrian engañado por serle desconocidas; pero al general Mina, práctico é inteligente precisamente en el género de guerra en que él se distinguia, no podia menos de entenderle siempre. Al entrar por tanto en lucha con el nuevo general estaba de parte de ZUMALACÁRREGUI, no solo la ventaja que dan los años y la superioridad de los conocimientos estratégicos, sino tambien el verse favorecido por las mismas circunstancias que tanto contribuyeron á la celebridad de aquel en la guerra de la independencia, y que á la sazon por la causa que defendia le eran enteramente contrarias.

Si el sistema de rigor y hasta de crueldad estaba, por decirlo asi, en su apogeo cuando el general Rodil dirigia las operaciones del ejército, no era ciertamente de esperar que se entibiase bajo el mando de un general que debia su principal celebridad á su carácter enérgico y tenaz. Sin embargo, un poco templado este por la edad y por los desengaños, antes de pasar á las vias de rigor hizo oir su voz á los carlistas con palabras de paz y de reconciliacion, palabras que no tuvieron eco, y que no obstante su dulzura envolvian la prevencion de que todo individuo que se encontrase por la tropa estraviado del camino real en las horas que mediaban desde que el sol se ponia hasta que salia, y no justificase en el acto su procedencia legal, fuese incontinenti pasado por las armas. Para formar con este rigor un contraste favorable á la causa carlista, hacia algun tiempo que en sus hechos, y mas particularmente en sus proclamas, ostentaba ZUMALACÁRREGUI un espíritu humanitario y filantrópico que era seguramente de admirar en medio de los horrores de tan encarnizada contienda. Por esta razon sin duda se publicó en aquellos mismos dias una alocucion de D. Cárlos, en la cual se hacia notar por las circunstancias indicadas el siguiente párrafo:

«Constante siempre, decia el que se titulaba en aquel escrito Rey de »las Españas, en mis sentimientos de humanidad, y resuelto á ahorrar

»la sangre española cuanto me lo permita la guerra que me veo obligado »á sostener para recobrar el trono que me ha usurpado la rebelion, he re»suelto absolver de la pena capital y de toda otra aflictiva á cuantos mi»litares han caido en poder de mi ejército en las gloriosas acciones del »27 y 28 del mes de octubre último. El gefe de mi estado mayor me »designará los cuerpos en que deberán ser admitidos aquellos que ma»nifiesten deseo de entrar á mi Real servicio.»

Durante dos dias, desde el 3 de noviembre en que tomó el mando del ejército de la Reina el general Mina en Pamplona, estuvieron en inaccion ambos ejércitos sin llegar á apercibirse. Pero cansado Zumalacárregui de esta inaccion, y no pudiendo ver tranquilo que pasase una semana sin conquistar para su causa un nuevo triunfo, determinó ponerse en marcha desde Villamayor para Sesma; y como supiese al emprenderla que el brigadier D. Narciso Lopez con tres batallones y 700 caballos avanzaba hácia él, proyectó al punto salirle al encuentro y atacarle apenas pronunciase su retirada. Pero el brigadier Lopez, conociendo previsor la intencion de Zumalacárregui, se replegó rápidamente sobre Sesma en cuanto tuvo noticia de su aproximacion. Esta operacion harto previsora fue severamente censurada por amigos y adversarios, pues ninguno esperaba de la justa reputacion de valiente que gozaba D. Narciso Lopez, que viéndose al frente de la bizarra caballería que tantas veces decidió la victoria en favor de las armas liberales, corriese á replegarse á una poblacion que en el triste caso de una derrota le ofrecia fácil defensa. Situada esta poblacion sobre el declive de una eminencia, y rodeada de barrancos y cortaduras en medio de una vasta llanura, competentemente dotada de artillería, puede reputarse inespugnable. Pero nada de esto debió tener presente el brigadier Lopez; y desaprovechando un terreno tan á propósito para hacer jugar su caballería, tuvo á esta detenida, sin que se vislumbrase el motivo, á la entrada de una de las calles estrechas del pueblo, haciéndola blanco del fuego de los tiradores carlistas, no contestado por aquel punto. Zumalacárregui, sintiendo que Lopez no le presentase la batalla, se contentó con estrenar las piezas cogidas á O'Doyle, y arrojó algunas granadas á la poblacion, que produjeron escaso destrozo y solo algunos muertos.

Descontento por el poco resultado de su espedicion, se dirigió Zumalacárregui á la iglesia fortificada de Villafranca, deseoso de probar el esfuerzo de los nacionales que la defendian, y de saber si eran tan valientes y tan decididos como los de Cenicero.

Es Villafranca un pueblo de Navarra, cuya poblacion asciende á 4,000

almas, y que situado sobre el Ebro se ve constantemente defendido por sus caudalosas aguas. En esta impenetrable barrera tenian puesta su confianza aquellos nacionales, y en caso de que no fuera bastante á contener el ímpetu de los sitiadores, tenian fortificada la iglesia, y ofrecíales segura defensa la torre de la misma, donde se atrincheraban las mas de las noches por temor de una sorpresa por parte de los mismos vecinos del pueblo, que participando de las ideas políticas que allí contaban tantos prosélitos, miraban con reconcentrado odio á los defensores de la Reina. Quejábanse ademas estos vecinos de las contínuas tropelías cometidas por los nacionales en sus personas y propiedades; y estas quejas que llegaron sin duda á los oidos del general carlista, entrarian por mucho para decidirle á aquella empresa. Al primer aviso de su llegada corrieron los nacionales á encerrarse en la torre, atrancaron bien las puertas de la iglesia, en las cuales asi como en las paredes y en las bóvedas habian practicado aspilleras, y desde estas rompieron un fuego horroroso sobre las fuerzas que los cercaban, fuego de que resultaron heridos algunos oficiales y muchos individuos de tropa. Sorprendido el general de recibimiento tan poco amistoso, mandó colocar delante de la puerta de la iglesia las dos únicas piezas que poseia, y los artilleros cumplieron tan perfectamente su cometido, que á los pocos disparos quedó del todo destruida la citada puerta. Iban á precipitarse en la iglesia los voluntarios navarros apenas vieron practicable su entrada; pero ZUMALACÁRREGUI pudo contenerlos, y antes de permitir el asalto, intimó la rendicion á los defensores de la torre, prometiendo conservarles las vidas. Por tres veces repitió la intimacion, y otras tantas obtuvo por respuesta insultos y baladronadas. Todos aquellos hombres encerrados en la torre estaban decididos á defenderse hasta morir; y cuando algunos daban muestra de querer cejar en tan heróico propósito, el mayor número desoia sus consejos, y las mugeres eran las primeras en escitar á sus maridos á una heróica resistencia, persuadiéndoles temerariamente de que era imposible que pudiesen desalojarlos de la inexpugnable fortaleza en que se habian atrincherado. Viendo ZUMALACÁRREGUI la obstinacion de aquellos valientes, persuadido de que apurarian todos sus medios y hasta sacrificarian sus vidas antes de rendirse, concibió el plan de minar el edificio en cuya torre tan orgullosos se mostraban. Mas para llevar á cabo este proyecto, para minar un edificio tan fuerte y tan sólido como la iglesia de Villafranca, se necesitaba mucho tiempo, y nada mas fácil por otra parte que la aproximacion de cualquier columna enemiga que le hiciera desistir de su empeño. No le quedaba mas recur-

so que incendiar la iglesia; y hallábase indeciso y vacilante sobre si emplearia ó no tan terrible elemento de destruccion, cuando llegó el baron de los Valles con una órden espresa de D. Carlos en que mandaba que al punto fuesen entregados á las llamas el edificio y sus defensores. Encargóse de la direccion del incendio el mismo baron portador de la



órden, y por mandato suyo se hacinaron al pie de la torre grandes montones de leña y otras materias combustibles, que en poco tiempo hicieron el incendio general. En los primeros momentos miraban los sitiados crecer el fuego con ojos imperturbables y serenos; ¡tan confiados estaban en que serian á las pocas horas socorridos! Pero cuando las lla-

mas llegaron hasta el punto mas elevado de la torre, último refugio de los sitiados, se oyeron sentidas voces y lastimeros ayes de niños y de mugeres que imploraban piedad para ellas y para sus hijos. Con gritos de muerte contestaban los irritados sitiadores á aquellas súplicas, y continuaban dirigiendo sobre la torre un fuego mortífero y terrible.

A las diez de la noche las voraces llamas ocultaban ya la torre de la iglesia, que habia estado ardiendo toda la tarde, y los nacionales salvándose gradualmente del progresivo fuego seguian dirigiendo nutridas descargas sobre cuantos bultos se presentaban á su vista. Hondamente conmovido Zumalacárregui al contemplar aquella escena de horror y de desolacion, mandó cesar el fuego, lo que logró con algun trabajo y solo despues de recordar á sus soldados que era impropio de su valor batirse contra débiles mugeres é inocentes niños. Empezaba entonces á amanecer, y los gritos de *Viva el Rey* anunciaron á los de la torre que se habia dado tregua al ataque. Preguntó á poco el comandante de los nacionales si se les daria cuartel, á lo que respondió el general carlista que á los hombres no se les concederia, pero que desde luego perdonaba la vida á sus hijos y esposas, y que unas y otros podian bajar por medio de cuerdas hasta el techo de la iglesia sin temor de que se disparase contra ellos. Subieron en efecto algunos soldados por medio de escalas hasta el primer techo, y cargando allí sobre sus hombros con las mugeres y con los niños, los pusieron en seguridad. Tres de las primeras y dos de los segundos habian perecido en la torre sofocados por el humo y por las llamas; los demas se salvaron todos, y dos mugeres gravemente heridas fueron tratadas con la mayor consideracion, y conducidas al mismo alojamiento del general; el cirujano mayor de su ejército las asistió con el mayor esmero.

Este acto hasta cierto punto humanitario y generoso no bastó para desarmar á los sitiados, los cuales al verse lejos de sus mugeres y de sus hijos, redoblaron con mas desembarazo sus esfuerzos, y continuaron resistiéndose toda la noche, hasta que al dia siguiente, no pudiendo ya soportar el calor y el humo, se rindieron á discrecion despues de preguntar si antes de morir, pues no se hacian ilusiones sobre la suerte que les estaba reservada, les concederian los consuelos de la religion. Contestóseles afirmativamente á su pregunta; pero añadiendo que su tenaz resistencia no los hacia acreedores á ninguna consideracion y no tenian que esperar la menor gracia. Completamente apagado el fuego, se colocaron las escalas por las cuales bajaron con gran dificultad los valientes defensores de Villafranca, débiles y estenuados por la fatiga y por el

humo. Treinta de ellos habian perecido heróicamente en la torre. ¡Triste suerte, que era sin embargo de envidiar por los desventurados compañeros que, salvos é incólumes en medio de las llamas y del nutrido fuego de los sitiadores, fueron al otro dia pasados por las armas, despues de recibir los auxilios espirituales!

Para perpetuar la memoria de la heróica resistencia de los milicianos urbanos de la villa de Villafranca, mandó en 10 de diciembre de aquel año la Reina Gobernadora en nombre de su hija Doña Isabel II, que se reedificase á costa del Estado la iglesia de Villafranca, y que se erigiese en ella un monumento que trasmitiese á la posteridad mas remota el valor y lealtad acendrada con que un corto número de leales habia sostenido la causa de su Reina y de su patria. En Reales órdenes de la misma fecha mandó la misma Señora que el comisario régio de Navarra D. Florencio García Goyena por sí, ó nombrando un letrado y escribano de acreditada lealtad, actividad y pericia, auxiliado de la fuerza necesaria, se dirigiese inmediatamente á dicha villa, abriese la correspondiente sumaria, y asegurase á los que apareciesen reos de los horribles crímenes cometidos el dia 28 de noviembre último en la referida villa por algunos de sus desleales moradores, auxiliando á los rebeldes en el incendio de una parte de la iglesia, en el robo y destruccion de casas particulares, y en la escandalosa perpetracion de los ultrages mas inhumanos. Mandó asimismo S. M. para proporcionar algun consuelo á tantas viudas y huérfanos, y reparar en lo posible los daños causados, que el mismo comisario régio se ocupase desde luego en formar y remitir á la secretaría de Gracia y Justicia una razon exacta de las viudas, huérfanos y demas personas que hubiesen perdido en aquella lucha, asi como de los daños que les hubiese causado, destinando para su indemnizacion los bienes de los vecinos de Villafranca que coadyuvaron á los proyectos de los carlistas.

De esta manera procuraba el gobierno de Madrid estimular la lealtad de sus adeptos y mantener viva la llama del entusiasmo en los pechos en que aun ardia. Asi á la accion distinguida seguia la recompensa, como sigue la sombra al cuerpo; y esa recompensa era tanto mayor, cuanto era mas de admirar que en un pais donde por todas partes brotaban enemigos, apareciese un pueblo que contase en su seno un puñado de hombres resueltos á defender hasta la muerte la bandera liberal. Por eso los premios y las menciones honoríficas se sucedian unas á otras en el periódico oficial; por eso se concedian á Villafranca honrosas distinciones y señaladas recompensas, y antes que á Villafranca se habian dado á

Cenicero, pueblo digno, aunque no tanto como él segundo, de la reputacion heróica que los mas entusiastas le atribuian. Un mes antes, el 18 de noviembre, dirigia la Reina Gobernadora á su mayordomo mayor desde el Real sitio del Pardo un Real decreto autógrafo en que se leian las palabras siguientes: «La bravura con que defendieron los fieles urbanos de Cenicero la causa de mi muy querida Hija la Reina Doña Isabel II en la gloriosa accion que sostuvieron contra las fuerzas reunidas del rebelde Zumalacárregui el dia 21 de octubre último, ha dejado en mi corazon recuerdos tan agradables, que deseando solemnizar el fausto dia de mi muy querida Hija con un rasgo que pruebe á sus defensores mi constante solicitud hácia ellos, vengo en mandar que por la mayordomía mayor se pidan las noticias necesarias acerca de las circunstancias y cualidades de aquellos valientes, para que se coloque ventajosamente en el Real patrimonio á los que lo solicitaren.»

La presteza y prodigalidad con que se dispensaban estos premios producian el efecto que al concederlos se habia propuesto el Gobierno de la Reina. Estimulados por este medio los pocos pueblos en que era menos pronunciada la opinion realista, y en los cuales se ostentaban como dominadores algunos hombres de ideas liberales, mas valientes que numerosos, secundaron el ejemplo que los de Cenicero fueron los primeros á dar. Por eso al nombre de Cenicero se unió poco despues el de Peralta, y á uno y otro se agregó mas tarde el de Villafranca, que superando en heroismo á todos, de todos eclipsó las glorias. El éxito sin embargo del ataque de Peralta no fue tan favorable como lo fueron los otros á los designios de Zumalacárregui; y aunque tuvo lugar once dias antes que el ataque de Villafranca, nos hemos tomado la libertad de postergarle en el órden de la narracion por no interrumpir con ella la gloriosa y continuada cadena de triunfos que conquistó para las armas carlistas la pericia de su general.

Es Peralta una villa de España en el reino de Navarra, cuya poblacion se halla en parte situada en la pendiente de un monte, y la restante al pie de él en una llanura. Su posicion topográfica por un lado, y su reconocida influencia por otro en todos los pueblos de la ribera que por lo general seguian su ejemplo como lo hizo la villa de Falces, apenas vió armados en defensa de la Reina á los de Peralta, hacian interesante su posesion; y Zumalacárregui, sabedor de que á la sazon se hallaban las columnas de sus contrarios á bastante distancia de aquella poblacion, intentó dirigirse contra su fuerte que le privaba de un punto que bajo muchos aspectos le era necesario. Dirigióse pues en la noche del 7 de

noviembre hácia la ribera baja, y contramarchó despues con el objeto de internarse en la montaña. Hallábase á la cabeza de los urbanos de comandante del fuerte de Peralta D. Fermin de Iracheta, sugeto muy conocido en el pais y que contaba con numerosos é íntimos amigos en las filas contrarias. La contramarcha de ZUMALACÁRREGUI no pudo burlar la perspicacia de Iracheta, que conociendo que seria una estratagema para cogerle desprevenido, hizo al momento poner sobre las armas la pequeña fuerza de su mando. En esta posicion permaneció toda aquella noche y el dia siguiente hasta las tres de la tarde, en cuya hora se presentó una considerable masa de infantería y caballería en el camino que desde Peralta se dirige á Falces. Media hora despues habian ya entrado en la villa algunos batallones carlistas, pasando á ocupar los restantes el camino de Lerin. Situado ZUMALACÁRREGUI con parte de sus fuerzas dando frente al fuerte, mandó entre otros preparativos para el ataque, horadar las casas todas hasta la última que apenas distaba veinte pasos del fuerte, y aspillerar las paredes de la huerta que por tres puntos le rodeaba. Concluidos estos trabajos, agolpados en el mismo punto varios carros cargados de paja, leña, colchones, compuertas y otros combustibles, y colocadas sus dos piezas de artillería, mandó ZUMALACÁRREGUI llamar á Iracheta desde la casa mas inmediata por medio de una muger anciana que habia sido aya del comandante del fuerte en sus primeros años. Suplicóle la buena muger con las lágrimas en los ojos que suspendiese el fuego, y puso trémula en sus manos dos oficios de cuya entrega la habia hecho ZUMALACÁRREGUI particular encargo. Suscribia uno de estos oficios el general carlista, y era el otro de su secretario de campaña Zaratiegui, antiguo y reconocido amigo de Iracheta. El contenido de ambos oficios era el siguiente:

Oficio núm 1. «Ejército de Carlos V, Rey de España.=¡Insensatos! Conoced vuestro engaño: reconoced á vuestro legítimo Rey: deponed las armas: entregaos, y obtendreis el perdon. Si no lo haceis en el término de un cuarto de hora, antes de pocos momentos vais á ser abrasados. Cuartel general de Peralta 8 de noviembre de 1834.=El comandante general, TOMÁS ZUMALACÁRREGUI.=A los que se encierran en el fuerte de esta villa.»

Oficio núm 2. «La amistad y el recuerdo de lo que debo á su tia de V. ponen la pluma en mi mano. Siga V. mi consejo, y despues haga lo que guste. su perdicion si no se entrega es segura: ningun auxilio debe V. esperar principiando la artillería: evíteme V. el dar un pesar á personas que estimo. Soy de V. amigo apasionado Q. S. M. B.=Juan

Antonio Zaratiegui.=El general es inexorable.=A D. Fermin de Iracheta E. P. M.»

Iracheta oyendo solo en aquel momento la voz de su deber, y olvidando que le cercaban fuerzas numerosas á cuya cabeza se hallaba ZUMALACÁRREGUI con los mas acreditados gefes del ejército carlista y sus mas famosos lugartenientes, como Valdespina, Zabala, Iturralde, Guibelalde y Villarreal, contestó intrépido al oficio en que se le amenazaba y al otro en que se apelaba á su amistad y á sus recuerdos para hacerle desistir de su noble propósito. Su respuesta, á la par que valiente, honrosa, merece bien figurar al lado de los anteriores oficios, y no podemos negarla el honor de insertarla á continuacion.

Oficio núm. 3. «Un voto solemne con que me ligué desde el instante que tomé las armas será siempre mi guia. Tal es morir por Isabel II, y con ese sacrificio no llenaria lo que exige de mí la gratitud á tan augusta persona: estos mismos sentimientos animan á toda la guarnicion. Fuerte de Peralta 8 de noviembre de 1834.=El Comandante, Fermin de Iracheta.=A D. TOMÁS ZUMALACÁRREGUI.»

Oficio núm 4. «D. Juan Antonio: Nunca manché mi conducta con ninguna debilidad, y mi existencia la miraria como un oprobio, si solo me ocurriese la idea de rendirme. En mi muerte solo fundará V. la victoria: este es mi deber, sin que el temor de encontrarla sea capaz de arredrarme ni á ninguno de esta guarnicion. Es de V. S. S. Q. S. M. B.= Fermin de Iracheta.»

Poco satisfecho ZUMALACÁRREGUI del resultado de sus oficios, ideó otro medio de efecto mas seguro y bastante ingenioso. Trató de inquirir el paradero de la esposa de Iracheta, dando órden de que le fuese presentada. Presentósele en efecto esta señora, y pintándole con vivos colores la situacion triste y desesperada de su esposo, la encargó encarecidamente que si deseaba su salvacion y su bien, corriese á disuadirle de su empeño y le escitase á la rendicion. Como es de suponer, no se hizo sorda la buena esposa á los ruegos del general, y se encaminó con mas deseos que esperanza á disuadir á Iracheta. De nada sirvieron para conseguirlo los poderosos impulsos del amor conyugal; y tan decidido estaba el comandante á que ondease en el fuerte de Peralta la bandera de Isabel II, que como insistiese su esposa en su laudable y natural empeño, la obligó bruscamente á retirarse, amenazándola con que si no lo hacia iba á mandar hacerle fuego.

Defraudadas las esperanzas de ZUMALACÁRREGUI al contemplar la inutilidad de este último recurso, dió la voz de fuego, y la infantería y artille-



El Ten.te G.l D. Luis Fern.z de Cordoba

ría principiaron sus disparos, logrando introducir algunas granadas dentro del fuerte por la circunstancia de favorecerles la elevacion de una pared que se levantaba á la espalda de los sitiados, y donde se estrellaban los proyectiles cayendo sobre el techado que aun estaba descubierto. Contestaban los defensores del fuerte con un fuego nutrido á sus contrarios, los cuales se vieron obligados á parapetarse con colchones mojados, en cuyo centro se abrieron agujeros para que sirviesen de tronera. Una de las veces que se aproximó el mismo Zumalacárregui á la improvisada tronera á hacer la puntería, introdújose una bala por ella que milagrosamente no hirió al general, por haberle servido de escudo el artillero que la cubria, y que cayó muerto á sus pies.

Proyectó entonces una nueva forma de ataque, prolongando sus trabajos por toda la noche como para repetir á la madrugada una nueva tentativa. Pero la imperturbable resolucion de los sitiados, que ocuparon aquella misma noche en derribar una de las dos escalas que daban subida al edificio, imposibilitando de este modo toda aproximacion que antes no se hubiera podido evitar por carecer la puerta de los dos ángulos salientes que debian servirle de defensa, forzó á Zumalacárregui á desistir de sus propósitos, y menos satisfecho que de costumbre, mandó á las cuatro de la tarde tocar retirada, y emprendió su marcha, no sin que sus soldados naturalmente irritados causasen en los edificios de los vecinos mas comprometidos lamentables daños, estropeando sus muebles, derramando las cubas de vino, estrayendo los frutos, y llevándoselos con considerable porcion de ganado lanar y mular. De este modo, tan sensible como frecuente y habitual en las destructoras guerras civiles, quedaron reducidos á la mendicidad mas espantosa aquellos de los defensores del fuerte que pocos dias antes contaban con un pingüe y considerable patrimonio.

Cansada la fortuna de mostrarse tan adversa á las armas liberales en Alegría, Villafranca y Sesma, concedió dos triunfos mas, como para compensar tantos reveses, al general Córdova, militar entendido y bizarro, que no menos por su fogosidad que por su juventud, mereció el nombre de jóven caudillo. Gozaba el general Córdova de muy poca salud, y á mediados de diciembre que es la época á que nos referimos, hallábase gravemente enfermo en los Arcos. Mucho contribuia á acrecer el malestar del jóven general la triste idea de que su forzada inaccion era en gran parte causa de la superioridad que iban tomando sus enemigos; y deseoso de escarmentarlos y de humillar sobre todo la altivez de Zumalacárregui, natural y justamente engreido con sus anteriores triun-

fos, desoyendo la voz de los facultativos, y desdeñando los cuidados que su delicada complexion exigia, determinó salirles al encuentro, y emprendió la marcha montando en una mula, por parecerle impropio hacerlo en una camilla que al efecto le tenian preparada.

Los soldados de Zumalacárregui hallábanse acantonados en las aldeas de la Berreza, donde puede decirse que estaba á la sazon reunido todo el grueso del ejército carlista. Las tropas de la Reina ocupaban á Arcos y Estella. Al saber esta reunion de fuerzas, bien conoció Zumalacárregui que se trataba de reanimar á toda costa el espíritu un tanto decaido de los soldados y de los partidarios de la Reina, procurando obtener algun triunfo que volviese á derramar la esperanza en los acongojados corazones. No dudaba pues que se preparaba un combate; y no menos animoso y decidido que el jóven caudillo, esperábale impaciente ocupando con doce batallones las llanuras situadas entre Piedramillera, Lasarta y otros pueblos de aquel valle.

Apenas supo Zumalacárregui que Córdova habia emprendido su movimiento en la mañana del dia 12 de diciembre, formó sus fuerzas en batalla junto á Mendaza y cerca de los desfiladeros que conducen á los montes de Santa Cruz de Campezu. Tres batallones con el encargo especial de sostenerse á todo trance delante de Mendaza fueron confiados á Iturralde, cuyo carácter estremadamente belicoso y arrojado comprometia las mas veces el éxito de los planes mejor combinados. A las dos horas de haber emprendido su marcha el general Córdova que venia avanzando hácia Sorlada con unos 10,000 hombres, encontró á los carlistas parapetados en la posicion que hemos descrito; y al ver la prisa con que se replegaban las avanzadas carlistas, dividió sus fuerzas en seis columnas de ataque, siendo una de ellas dirigida con estraordinario vigor y notable habilidad sobre los tres batallones de Iturralde. Al principio fueron por tres veces rechazadas las tropas de Córdova; y tan mal aspecto presentaba la accion, que por no perder el fruto de sus afanes vióse precisado á tomar un caballo, y adelantándose animoso hácia los contrarios, entusiasmó á los suyos diciéndoles con marcial corage que preferia la muerte á la afrenta en que le ponian. Estas palabras que llegaron al corazon de sus pundonorosos soldados bastaron para que se precipitaran todos tras él y arrancasen de manos de los carlistas un triunfo que estos contaban ya como seguro. Si Iturralde hubiera sido tan entendido como era valiente, al apercibirse de tan impetuoso ataque debió haberse limitado á replegarse algo sobre su izquierda; pero arrastrado por su carácter irreflexivo y belicoso, tomó la desacertada resolucion de ade-

lantarse con ánimos de contener á los que tan decididos venian, y empeñó con ellos un combate vivísimo, viéndose por último obligado á ceder el campo con gravísima pérdida. Al propio tiempo otras dos columnas de Córdova trepaban con rapidez por las alturas con el objeto de desalojar á los batallones navarros tercero y sesto que en ellas se hallaban situados: con increible prontitud se vieron arrojados de sus posiciones los que poco antes las dominaban orgullosos; y ZUMALACÁRREGUI, á quien no abandonaba la reflexion ni en momentos críticos y desgraciados, destacó dos columnas para sostener la retirada, ó por mejor decir, la fuga de los espresados batallones. Una de las columnas se presentó por Orbizu, y otra atacó fuertemente en Zúñiga á las fuerzas de Córdova; mas una y otra fueron al punto derrotadas y perseguidas. Pero en esta derrota lamentable para la causa carlista reclama la justicia que se haga especial mencion de algunos batallones que se mostraron en situacion tan apurada dignos del general á quien debian su instruccion y su disciplina. El batallon de guias particularmente desplegó su acostumbrada bravura, y fue de los que conservaron mejor órden en el combate. Tambien el batallon del *Requeté* se sostuvo á la altura de su fama oponiendo una vigorosa resistencia á sus adversarios, y uno y otro contribuyeron poderosamente á la salvacion de los dispersos. La caballería carlista no fue mas feliz en este encuentro que su infantería, pues tres de sus escuadrones al marchar con el objeto de detener á la caballería enemiga, sufrieron redobladas descargas y vivo fuego de la artillería al pasar por una cortadura donde tenia Córdova emboscados dos batallones. Seiscientos hombres costó á ZUMALACÁRREGUI este encuentro, que gracias á su presencia no fue mas desastroso. La pérdida de los de Córdova fue asimismo considerable, como debia serlo en tan encarnizado combate. Retiráronse los carlistas con órden, si bien con conocido desaliento, á Zúñiga, Orbizu y Santa Cruz de Campezu, y el jóven caudillo del ejército de la Reina vió realizados sus deseos y convertido en verdad su sueño de oro, reanimando como se prometia el espíritu de sus tropas, y echando los cimientos de su gloria militar con el triunfo obtenido en la accion del 12 de diciembre en Sorlada, que era, segun sus espresiones, la primera batalla campal que habia tenido lugar en tan prolongada guerra.

El dia que siguió á esta accion estaban ya reunidas en Zúñiga la mayor parte de las fuerzas carlistas. Una fuerte y no interrumpida lluvia caia sobre aquellos campos, como para limpiarlos de los regueros de sangre, y el cielo nebuloso y la atmósfera fria y cubierta de espesa niebla daban cierto colorido solemne de tristeza á aquel monótono cuadro.

Los soldados que se paseaban por las calles del pueblo y los que permanecian en sus alojamientos, no manifestaban aquella ruidosa alegría y constante algazara tan habituales en los soldados españoles; mústios y abatidos apenas se atrevian á levantar los ojos hácia ZUMALACÁRREGUI, cuyo semblante naturalmente sério y cejijunto revelaba el profundo enojo de que estaba dominado; enojo que harto se hacia sentir en el marcado mal humor con que dictaba sus disposiciones. Todo en fin demostraba que aquel ejército habia sufrido una derrota; derrota tanto mas sentida, cuanto que hacia mucho tiempo que los soldados carlistas marchando de victoria en victoria no estaban á ella acostumbrados.

Animado el general Córdova por el venturoso éxito de su primera tentativa, despues de dar á sus soldados algun descanso, sin desaprovechar por esto el tiempo, puesto que la lluvia que no cesó de caer hacia imposible todo combate, dividió sus fuerzas en dos columnas para dirigirse á los valles formados por las vertientes meridionales de la sierra de Andía, donde era de presumir que se hubiese dirigido ZUMALACÁRREGUI á reponerse de sus pérdidas. La primera columna, que el mismo general se encargó de dirigir, se componia de siete batallones y la caballería, y la segunda que mandaba el brigadier Oráa se componia de ocho batallones, que operando por los valles de Arana, Lana y Allin, debia dirigirse al punto en que se hallasen los carlistas, obrando en combinacion con la primera. Con este objeto salieron de Mendaza al medio dia del 13, tomando el general el camino de los Arcos y Oráa el de Arquijas; pero habiendo notado este último gefe al llegar á la ermita de dicho pueblo que el vivaque de los carlistas permanecia en la barranca de Santa Cruz, punto que les era sumamente ventajoso en todos sentidos, contramarchó á Sorlada dando aviso al general Córdova. Desde luego conocieron ambos generales que su hábil antagonista no rehusaba el combate, y que lejos de esquivarle le ansiaba, para compensar con un triunfo su anterior desgracia. Se trató por tanto de atacarlo al dia siguiente; pero dificultades insuperables hicieron diferir el ataque hasta el 15, en que se emprendió el movimiento en esta forma. La fuerza total de infantería se dividió en tres columnas: la primera al mando del brigadier Oráa debia marchar por Acedo, puente de Galvarra y Galvarra, con el objeto de caer sobre el pueblo de Zúñiga, dominando, batiendo y reconociendo el bosque de la derecha, y envolviendo las terribles posiciones del puente de Arquijas, que como punto central del ataque se reservó para sí el general Córdova. Este era el objeto y el destino de la segunda columna. La tercera al mando del coronel Rivero de-

bia pasar un vado que sale al molino de Zúñiga en el momento del ataque general. Otra brigada de reserva al mando del coronel Barrena debia quedar en posicion sobre la altura de la ermita de Arquijas, para reforzar los puntos necesarios, custodiar los equipages, mantener la comunicacion por el puente de tablas y por los vados de derecha é izquierda del rio entre todas las columnas. Finalmente, la brigada del coronel Gurrea, llegando desde Viana por la parte de Santa Cruz, debia envolver y cargar la retaguardia de los carlistas, á los cuales privaba con la posesion del puente de Orbizu del solo punto que tenian de retirada para el valle de Arana. Este era el plan de ataque del general Córdova.

El plan de defensa del general su contrario era el siguiente. Dominaba el general carlista á Zúñiga, villa rodeada de un antiguo muro, que aunque de corta estension, ofrece fácil defensa por estar situada al remate de un llano sobre una meseta bastante elevada. El terreno que la rodea, terreno impracticable y pedrajoso, dificulta mucho su acceso; pero no es este el obstáculo de mas bulto que presenta para su posesion, pues la verdadera dificultad está en el rio Ega que defiende y baña sus murallas. En la mañana del 15, cuando se apercibió Zumalacárregui de que avanzaba hácia él el grueso del enemigo, situó el tercer batallon navarro y parte del cuarto en la orilla del Ega, y ocultos entre la arboleda, distribuyendo los 12 batallones restantes sobre las alturas en reserva á la espalda de Zúñiga y en la llanura. Entre esta, Orbizu y Santa Cruz escalonó seis escuadrones de caballería.

Córdova llegó á la ermita de Arquijas y tomó posesion á uno y otro lado de ella: situó en escalones á retaguardia el grueso de sus tropas sobre las alturas mas ventajosas; colocó al pie de la ermita dos piezas de montaña; encerró en su cerca los equipages, y mandó ocupar con tres compañías el puente de tablas, haciendo avanzar en seguida algunas compañías de cazadores á las cuales sostuvo con otras de la Guardia Real y de Gerona en escalones desde la ermita hasta el borde del agua.

A las doce y media del dia rompieron el fuego los carlistas sobre los primeros tiradores de Córdova que empezaban á descender desde la ermita. El general cristino no habia emprendido antes su ataque con el fin de dar á Oráa el tiempo necesario para colocarse á la espalda de Zumalacárregui; pero este supo cubrirla con tres batallones alaveses obligando á Oráa á describir un arco mayor para llegar al punto señalado, motivo por el cual no le fue posible acercarse á Zúñiga sin arriesgar un combate. Convertida la primera escaramuza en formal accion, presentó Córdova sus fuerzas formadas en batalla cerca de la ermita de

Arquijas, que domina el arroyo por la parte del puente. Una batería estaba colocada en aquel punto para proteger el paso de las tropas; y los soldados despreciando el fuego vadearon una y otra vez temerariamente el rio, llegando hasta la cresta de las posiciones enemigas; pero pagaron caro su arrojo, porque dos batallones carlistas situados al pie de la posicion los cargaron con brio, matando á bayonetazos á los que á



duras penas pudieron llegar á la orilla opuesta. Cubierto el puente de cadáveres, continuó el fuego alternativamente en toda la línea, y en tanto la columna del brigadier Oráa no parecia, y el general Córdova se impacientaba por de mas de tan inesplicable tardanza. En esta situacion mandó que el batallon de Sigüenza escoltando los heridos y equipages marchase á los Arcos por Muez, y que la fuerza que estaba á

retaguardia fuese bajando al llano de Acedo donde se hallaba la caballería, formando en columna con el frente á Nazar y Asarta, por donde podia temer ser envuelto, colocando al mismo efecto algunas compañías en observacion de uno de los desfiladeros. Verificábanse estos movimientos, cuando se oye algun fuego por la otra parte de la barranca. El origen de este fuego era el combate trabado con Oráa. El brigadier, como ya se ha dicho, tenia órden de dirigirse por medio de una marcha oculta á la retaguardia del ejército realista, al propio tiempo que estaba encargado el brigadier Lopez de figurar el mismo movimiento por el lado de Santa Cruz, esperando distraer por este medio la atencion de su adversario. Esta hábil maniobra, bastante por sí sola para acreditar la capacidad de un general, fue al punto adivinada por Zumalacárregui. La division del general Iturralde que formaba la retaguardia, no habia tomado parte en el combate, y recibió órden de marchar á toda prisa al encuentro del nuevo enemigo. Terrible fue este encuentro; y Oráa, dirigiendo un furioso y bien combinado ataque sobre los alaveses, los habia puesto ya en desordenada fuga á pesar de la intrepidez de Iturralde y de la pericia de Villarreal, cuando Zumalacárregui marchó en su socorro con el batallon primero de Navarra y el primero de Guipúzcoa, despues de dejar afianzada la defensa del puente y del paso del rio. Restablecido asi el combate en favor de las armas carlistas, avanzaron decididos sus batallones hácia el enemigo, que verificó su retirada en dos columnas dirigiéndose por Mendaza y Nazar á los Arcos. Enormes y lastimosas pérdidas produjo este sangriento combate en uno y otro ejército. A 1,000 heridos y 300 muertos ascendieron las de las tropas de Córdova, mereciendo á este especial mencion por su bravura los capitanes de la Guardia D. Francisco Ruiz Apodaca y D. Manuel de la Concha, heridos ambos gloriosamente en la accion en que tanto se distinguieron los oficiales D. José Oribe, D. Valentin Cañedo y D. Manuel Pavía. Considerable fue tambien la mortandad de los carlistas, los cuales por el solo punto de Zúñiga retiraron del puente mas de 300 heridos. Muchos de estos murieron despues por el rigor de los frios.

Mientras la crudeza de la estacion y la abundancia de nieve que cubria todas aquellas montañas y llanuras obligaban á Zumalacárregui á buscar un seguro asilo en las Amezcoas, corria de boca en boca la noticia de un nuevo triunfo obtenido por el general Lorenzo en los campos de Unzué, y la de un encuentro feliz tambien sostenido algunos dias despues en las inmediaciones de Urbina por el coronel Buren. Este giro mas bonancible que iba tomando la causa de la Reina, mas que á la

influencia y á los esfuerzos del nuevo general en gefe del ejército del Norte, era debido á la buena suerte y laudable celo de los gefes de division. El general Mina, sin embargo, desde su cuartel general de Pamplona, de donde aun no habia salido, entonaba cantos de triunfo por los últimos venturosos sucesos con tanto entusiasmo, como si le hubiera cabido en ellos una parte muy principal. Hé aqui los términos en que dirigia su voz el 16 de diciembre al ejército de su mando y á los habitantes de Navarra.

«Valientes que operais á mis órdenes: En un mismo dia y casi á una »propia hora habeis hecho ver en los campos de Sorlada y Unzué á la »Europa que os contempla, lo que valeis y lo que podeis; á nuestras au»gustas Reinas los dias de satisfaccion que deben prometerse de vuestra »decision y denuedo; habeis llenado de contento el alma de vuestro ge»neral en gefe, y hecho conocer á esos ilusos desgraciados el desastroso »fin que les espera, si á pesar de la dura leccion que les habeis dado, se »obstinan todavia en seguir obedeciendo á esos gefes rebeldes que hacen »víctimas de su ambicion personal al pais y á sus moradores. Os doy gra»cias, compañeros, por vuestro bizarro comportamiento, y S. M. la Reina »Gobernadora os acordará con mano liberal las recompensas á que sois »acreedores. Continuemos sin descanso en nuestra obra principiada bajo »tan buenos auspicios: demos á la patria contra sus enemigos otros dias »semejantes al de 12 de diciembre de 1834, y sus bendiciones recaerán »sobre nosotros.

«Paisanos: Habeis despreciado mi consejo y ofertas, y ya teneis á la »vista el cumplimiento de mis amenazas. Mil y quinientos hombres cuan»do menos, ciegos y obstinados en su rebeldía, han sido víctimas en un »solo dia en los campos de Sorlada y Unzué, y esta es la triste suerte »que está preparada á todos los que no abandonen su criminal empresa. »¡Desgraciados! ¿Qué esperais de ese tirano, estrangero á vuestra provin»cia, que está sacrificando á su capricho y ambicion sin miramiento nin»guno á vuestros padres, á vuestros hijos, á vuestros hermanos y á todas »vuestras pequeñas fortunas? Las valientes tropas de mi mando harán »justicia de Zumalacárregui: no os asocieis á su suerte: abandonadle; »acogeos á vuestro virey, á vuestro paisano, á vuestro hermano: yo os »salvaré; yo os protegeré, os daré la paz. Empeño mi palabra, y sabeis »que mis palabras no faltan. Testigos los campos de Sorlada y Unzué: »declaré guerra de esterminio á los obstinados, y esterminados quedan »en un solo dia 1,500. Si esperimentais la misma suerte, vuestra será la »culpa.»

La feliz coincidencia para la causa de la Reina de estos hechos de armas, prósperos y favorables todos, engrandecidos por la fama, y naturalmente exagerados por el espíritu de partido, habian hecho decaer un tanto el buen aspecto que los negocios carlistas presentaban. Uníase á esto otra circunstancia fatal y que daba á la causa de D. Carlos cierta sombra de abatimiento que en el corazon de sus partidarios no existia: tal era el hallarse el ejército de ZUMALACÁRREGUI enteramente desprovisto de municiones. Esta lamentable escasez no le permitia por entonces tomar la ofensiva, produciendo el mal efecto de que se atribuyera á desaliento lo que era motivado por absoluta imposibilidad. Al hablar de escasez de municiones naturalmente se volvian los ojos á las fábricas del Baztan y de Echalar, fábricas que á la sazon suministraban muy poca pólvora por la falta de salitre y de azufre, artículos que solo venian de Francia y que con dificultad podian adquirirse por contrabando á doble precio. Tenia pues que luchar el general carlista con el grave obstáculo de la falta de municiones, obstáculo harto frecuente y que no le era dado á su genio vencer. De aqui la precision de mantenerse á la defensiva, guareciéndose para reparar sus fuerzas y aumentar sus provisiones en la Amezcoa, valle cuyo nombre vino á hacer célebre la guerra civil, y que se halla situado en una especie de canal hondísimo que se forma entre los bordes de la sierra Urbasa y otra que corre paralela á los mismos por la parte de mediodia. Diez pueblos componen este valle, y de ellos cinco corresponden á la Amezcoa alta, y otros cinco á la baja. Los habitantes de estos pueblos, valientes y generosos como buenos navarros, tomaron un vivo interés en el triunfo de la causa carlista, y cobraron una decidida aficion á ZUMALACÁRREGUI, muy dispuesto desde un principio á captarse la voluntad de los vecinos de un valle que por sus circunstancias locales consideraba como el verdadero baluarte de la guerra en la merindad de Estella. Asi es que la Amezcoa le sirvió en aquella ocasion, como en otras muchas, de apoyo para sus operaciones, apoyo que no podia prestarle una plaza de guerra en mayor escala que la Amezcoa, que reunia por otra parte la singular ventaja de no necesitar fuerza alguna para su custodia y su defensa.

Con estos acontecimientos terminó el año de 1834, año fecundo en sucesos políticos, en lamentables catástrofes y en brillantes esperanzas, como fue escaso de bienes y de sosiego. La situacion de España al espirar el mes de diciembre era mas azarosa y mas incierta que la que en igual tiempo del año anterior habia atravesado; las victorias y las derrotas con que alternativamente cobraban ánimos ó abatimiento los partidos

contendientes, eran una viva demostracion de que continuaba entre uno y otro bando el funesto equilibrio que amenazaba perpetuar en los campos españoles la asoladora plaga de la guerra. Y las convulsiones políticas que preparaban los mismos partidos en que se subdividió el liberal despues de la promulgacion del Estatuto, no daban derecho á concebir mas lisonjeras esperanzas. Si unidos y compactos los partidarios de la causa liberal no habian podido, apurando todo su esfuerzo, contrarestar el empuje de los mantenedores de la causa realista, no era probable que el triunfo coronase sus trabajos y sus afanes, cuando iban á malgastar en intestinas luchas de partido la fuerza de unidad, de accion y de entusiasmo que la prudencia y el propio interés les aconsejaban emplear esclusivamente contra el comun enemigo. Inmenso porvenir de gloria y estenso campo donde desarrollar sus planes militares y sus ambiciosos pensamientos debia presentar á Zumalacárregui el año de 1835, año fatal para el esclarecido general realista, y que encerraba en sus entrañas una gran catástrofe para la causa de D. Carlos. Pero aun sin esta terrible desgracia á que aludimos, aquel porvenir y aquel campo se hubieran visto destruido el uno y estrechado el otro, porque tambien en la corte donde se rendia culto á la monarquía absoluta se agitaban mezquinas y miserables pasiones, y se cruzaban ruines y villanas intrigas que andando el tiempo habian de dar al traste con una causa que contaba en un principio con numerosos adeptos, poderosos recursos, y sobre todo con el genio y con la espada del bravo general cuyos hechos de armas legará á la posteridad mas de una historia.



CAPITULO XI.

1835.—Situacion política.—Sublevacion militar en la casa de Correos.—Separacion de Llauder.—Obstáculos con que tenia que luchar el Gobierno de Madrid.—Posicion de los ejércitos beligerantes.—Movimientos de ZUMALACÁRREGUI.—Interceptacion de un Correo.—Avanza el ejército de la Reina, y se retira ZUMALACÁRREGUI en direccion de Ormaístegui.—Su casa en este pueblo.—Accion de Ormaistegui.—Nuevo movimiento de las fuerzas de Carratalá.—Persecucion que sufre por ZUMALACÁRREGUI.—Inminente peligro que corre este.—Parte detallado de la accion de Ormaístegui.—Se dirige ZUMALACÁRREGUI á Zúñiga, y retrocede despues á Orbizu.—Le persigue Córdova, y le ataca en la colina de Orbizu.—Triunfo de Córdova.—Evita ZUMALACÁRREGUI las malas consecuencias de la derrota.—Convoy en los Arcos.—Sorpresa del regimiento de Granada.—Trata ZUMALACÁRREGUI de rescatar á su hija.—Interesantes cartas relativas á este objeto.—Falta de artillería.—Bloqueo de Elizondo.



MUY pronto vinieron los sucesos á justificar los temores que en las últimas líneas dejamos entrever, y las escisiones y las rivalidades suscitadas entre los defensores de la causa liberal, avivando antiguos y amortiguados resentimientos, añadieron nuevos peligros á una situacion erizada ya de dificultades. La rebelion militar encastillada el 18 de enero en la casa de Correos y en el centro mismo de la capital de la monarquía relajó poderosamente los vínculos de obediencia y respeto que un Gobierno nunca deja impunemente romper, y

produjo á los pocos dias la separacion del ministro de la Guerra, el general Llauder, recayendo la direccion de este ministerio tan importante en aquellos momentos en el Sr. Martinez de la Rosa, que aunque disfrutaba en la primera época de la reforma una alta reputacion de hombre de Estado, no era seguramente el mas á propósito para dirigir los asuntos militares. Esta singular anomalía contribuyó en gran manera á que se diese un giro desacertado y poco conveniente á los sucesos de la guerra desde principios de 1835: el marcado descontento de los fogosos partidarios de la causa liberal que ya trataban de conquistar por la fuerza lo que de buen grado se les negaba, suscitaba al Gobierno de Madrid continuos obstáculos, para cuyo vencimiento se veia precisado á alterar sus mejores planes, y su debilidad y falta de energía aumentaban la osadía de sus enemigos, á quienes el ejemplo verdaderamente notable de ver mas tarde honrado con el cargo de ayudante del general Mina al arrojado oficial que abrió tan honda herida en la casa de Correos á la subordinacion militar, alentaba con justo título á mayores y mas atrevidas empresas.

En tanto se prolongaba la guerra en las provincias, y continuaba imponente y respetable en su principal foco, en las del Norte. Zumalacárregui pasaba la festividad de año nuevo en Villarreal de Guipúzcoa, donde estaba acantonado con el grueso de sus fuerzas. Las columnas de Espartero, Jáuregui, Lorenzo y Carratalá estaban reunidas entre Vergara y Villafranca, y no era por cierto difícil adivinar que esta reunion de fuerzas tenia por objeto cercar al general carlista en las posiciones que le servian de asilo. Este, que suponia por su parte reducidas á la nulidad las fuerzas contrarias desde la famosa batalla del 15 del mes anterior, sin descuidar las operaciones militares del reino de Navarra á que se dedicaba con preferente atencion, deseaba inaugurar la campaña de aquel año con un encuentro de resultado feliz y de trascendentales consecuencias. El dia 2 de enero llegó á Zumalacárregui la noticia de que Jáuregui se hallaba en Vergara, y de que habia pernoctado en Oñate otra columna cristina. Mandó por tanto tocar marcha á las diez de la mañana; y formados sus batallones, hizo que se repartiesen á sus soldados abundantes cartuchos. Esta operacion dió á entender á las tropas que el momento de entrar en accion no podia estar lejano. Y no lo estaba en efecto. El primer pensamiento de Zumalacárregui fue situarse en punto igualmente distante de las fuertes guarniciones de Vergara, Bilbao, San Sebastian y Villafranca, las cuales si llegaban á apercibirse de su movimiento, era muy probable que se concertasen para molestarle y frustrar

su plan. Para realizarlo marchó con algunos batallones y un escuadron á caer sobre Villarreal y Zumarraga, movimiento que envolvia tambien la idea de encontrarse con Jáuregui, vulgarmente conocido por el Pastor, cuya estratégia y cuyo sistema conocia tan bien el que un tiempo se honró con el cargo de su secretario. Pero el Pastor se habia dirigido á Mondragon en lugar de dirigirse á Villafranca, como ZUMALACÁRREGUI



creia, y la rápida marcha de los carlistas no alcanzó otro resultado que el de interceptar un correo que conducia un pliego para el gobernador de Vitoria. Abierto el pliego por ZUMALACÁRREGUI, vió que en él se decia al referido gobernador lo siguiente: «Las columnas de Espartero, Jáuregui, Lorenzo y Carratalá estan reunidas en Mondragon y completan un cuerpo de mas de 10,000 hombres; el gefe rebelde ZUMALACÁRREGUI va á verse bloqueado en sus mismas guaridas, y las disposiciones adoptadas

hacen imposible que ni él ni sus hordas puedan salvarse de la ruina que les amenaza.»

Este aviso convenció á ZUMALACÁRREGUI de que no se habia engañado respecto al objeto que tan notable reunion de fuerzas envolvia, y á poco supo que las columnas reunidas avanzaban á paso acelerado, inspeccionando las alturas inmediatas al camino Real, teniendo por indudable la victoria de atacar á ZUMALACÁRREGUI en la insegura posicion que ocupaba. Por algunos instantes asaltaron el ánimo del general carlista la vacilacion y la duda sobre el partido que deberia tomar; pero iluminada de pronto su razon á la vista del peligro, emprendió su retirada en direccion de Ormaístegui, como si le inspirase confianza y seguridad aproximarse al pueblo querido que le sirvió de cuna, y donde pasó feliz sus primeros años. Llegó en efecto á Ormaístegui, y hé aqui cómo describe la emocion que naturalmente debia esperimentarse al pisar el pueblo del célebre general el Baron Du-Casse, uno de los escritores carlistas mas novelescos.

«Cuando llegué á Ormaístegui, dice, mi primer cuidado fue ir á visitar el humilde techo que cobijó los primeros dias de la infancia de ZUMALACÁRREGUI. ¡Cuán conmovido me sentí al penetrar en aquella modesta morada, de la que el héroe de la España salió un dia, sin nombre, sin fortuna, sin apoyo, con los únicos recursos de su genio, para lanzarse en el camino de la inmortalidad! Al ver aquella casa casi rústica, aquellas paredes blancas sin retratos de antepasados, y adornadas como las del labrador con algunas estampas de Santos; al tocar los muebles cuya sencillez recordaba la *aurea mediocritas* de Horacio, me sentí penetrado de un respeto mas profundo que si hubiese saludado la soberbia morada de algun guerrero de ilustre raza, descansando de sus victorias, en medio del lujo, de las riquezas, debajo de galerías de mármol y al compás de mil caños de agua que no callan ni de dia ni de noche.»

Desde allí tomando una direccion oblícua hácia la derecha, mandó ZUMALACÁRREGUI hacer alto á sus tropas en la cima de Celandieta, montaña por donde cruzan las veredas que conducen al valle, en cuyo fondo se ostenta el pueblo de Segura. Esta montaña que dista media hora de camino de este pueblo al de Ormaístegui, es sumamente árida, y la poca yerba que constituye toda su vejetacion sirve de pasto á los ganados. Los propietarios de aquellas cercanías, formales y equitativos, ven respetada su propiedad en tiempos de paz de la manera religiosa con quc en aquel pais se respetan las propiedades de sus habitantes, y para evitar el caso, que atendidas sus costumbres puede llamarse inverosimil,

de que se susciten disputas sobre el aprovechamiento de los pastos, disputas tan frecuentes en casi todos los pueblos, tienen levantadas barreras formadas de piedras que designan el sitio en que al ganado de cada propietario le es permitido disfrutar de este beneficio. Estas barreras ó demarcaciones prestaron en aquella ocasion un importante servicio á los soldados carlistas, sirviéndoles de parapetos para el fuego de fusilería. Detrás de ellas situó Zumalacárregui algunos batallones dejando en la altura á los de guias, sesto de Navarra y primero de Guipúzcoa, con los cua-



les al mismo tiempo que entretenia al enemigo, intentaba hacerle aproximar al sitio que habia elegido para el combate. En la parte declinante de la montaña que domina un llano que tiene á sus pies situado á la orilla del rio Orio y entre dos puentes poco distantes uno de otro, colocó el cuarto batallon de Guipúzcoa, cubriendo de esta manera hábil su retirada sobre Segura, dado el caso de verse arrojado de su posicion en la montaña. Un tanto disgustó á los soldados carlistas que Zumalacárregui los forzase á ocupar posiciones tan arriesgadas, cuando estaban tan próximos á Segura, punto montañoso y que les ofrecia en caso de apuro fácil retirada; y como no alcanzaban las razones que pudiese haber para pro-

longar la defensa de aquella posicion, manifestaban muy á las claras su descontento. Las razones del general eran sin embargo poderosas, puesto que esperaba que viniese Iturralde con algunos batallones por la Borunda y se le reuniese al amanecer del dia siguiente para hacer decisiva la victoria. No pasaron desapercibidas para Zumalacárregui las simuladas muestras de enojo de sus soldados, y procuró con amistosas palabras hacerles partícipes de su confianza y de su serenidad, apenas divisó las masas del ejército de la Reina, que avanzando hácia él se situaron á uno y otro lado del camino de Segura.

Las masas que avanzaban, y sobre las cuales se veian relucir las bayonetas, eran las cuatro columnas de Jáuregui, Espartero, Lorenzo y Carratalá, las que se colocaron enfrente de la posicion que ocupaban los guias, escalonados en los parapetos de piedra. Zumalacárregui, que no se creia bastante fuerte para resistir á tan numeroso ejército en las posiciones que ocupaba, deseaba traer al enemigo hácia Segura con una falsa retirada: pero su deseo no pudo verse satisfecho, porque Lorenzo se anticipó á atacar al sesto batallon carlista que cubria otra parte de la falda de la montaña á la izquierda del camino de Segura. Grandes esfuerzos hizo para tomar este punto el general Lorenzo, teniendo aun que emplearlos mayores despues para vencer la viva resistencia que le opuso el batallon de guias protegido por las tapias. Generalizado el fuego, fueron aproximándose en tales términos los combatientes, que se oian perfectamente las voces que al empezar el ataque daba Jáuregui al regimiento de San Fernando: «Mirad, les decia, no llevan uniformes, no son soldados: ¿os dejareis batir por paisanos?» Porque es de advertir que la mayor parte de los soldados carlistas se habian quitado las chaquetas para batirse con mas comodidad. Seguian avanzando los cristinos, despreciando el fuego certero que recibian: sus esfuerzos sin embargo se estrellaban contra los improvisados parapetos, hasta que una circunstancia funesta les hizo dueños de los que estaban en primer término. Entre los muchos oficiales de uno y otro bando á quienes se veia caer muertos á la cabeza de sus compañías y con los sables en las manos, cayó herido de dos balazos el caballo del gefe carlista Sanz, arrastrando al ginete en su caida. Entonces se introdujo alguna confusion entre los soldados de D. Carlos que creian haber perdido á su valiente coronel; pero este, levantándose con viveza sin dar importancia al peligro que acababa de correr, saltó el parapeto y arrastró en pos de sí al sesto batallon, acto de valor que no modelado por la prudencia pudo traer consecuencias desastrosas, pero que produjo el resultado de que secundado

este movimiento por los guias, emprendiesen los cristinos su retirada. Pero á poco volvieron estos á marchar con muy buen órden contra los carlistas, cuyos batallones bajaban apresuradamente de Segura á reforzar á los del llano. Entonces ZUMALACÁRREGUI recorriendo á galope sus filas con un látigo en la mano, que hacia para él los oficios de sable, animó el ardor de sus soldados diciéndoles con brio: «No dejarlos pasar ¡muchachos!» «No pasarán, no pasarán, gritaban ellos:» y efectivamente supieron cumplir su palabra.

Al ver el general Carratalá que mandaba en gefe todas las fuerzas la obstinada defensa de los carlistas, proyectó sobre su línea un ataque simultáneo á la bayoneta. La division de Jáuregui fue la encargada de ejecutar esta órden; y aunque se precipitó con imponderable arrojo sobre los carlistas, fue admirablemente rechazada por el batallon de guias. Los soldados que conducia Jáuregui eran de cuerpos francos, conocidos vulgarmente con el nombre de peseteros; y como la subordinacion y la disciplina no era la cualidad que mas los distinguia, desordenáronse algun tanto al ver que caia muerto su comandante y que quedaban tendidos sobre el campo no pocos de sus oficiales. Apercibidos los carlistas del desórden, estendióse la voz de ¡á la bayoneta! que partió de los guias, por todos los batallones, y por medio de un furioso y encarnizado ataque obligaron á las fuerzas de Carratalá á replegarse precipitadamente hasta la llanura que está al pie de aquella eminente posicion. Tres veces intentaron los cristinos reconquistar el espacio perdido volviendo briosos á la carga, pero fueron inútiles tan arrojados esfuerzos.

Empresa dificil era la de contener la impetuosidad de los que atacaban; y corrió ZUMALACÁRREGUI con su brioso caballo á conseguirlo, porque temia y con razon que bajando en alas de su arrojo de la montaña, se situasen en el llano donde hubiera sido muy probable y verosímil su destruccion. Pero la prudencia del general carlista y la noche que ya iba cerrando, obligaron á suspender el ataque, poniendo término feliz á la jornada. Al replegarse los carlistas, á quienes ya no llevaba ciegos el furor de la pelea, tuvieron ocasion de ver los tristes resultados de esta, pues era tal el número de víctimas que habian sucumbido al mortífero fuego de sus fusiles, que el hombre mas desalmado al dirigir sus ojos por aquellos campos no podia menos de horrorizarse. Era verdaderamente sublime, imponente y aterrador el espectáculo que ofrecian aquellos bravos militares tendidos sin vida en el ensangrentado suelo, empuñando aun las armas teñidas en la sangre de sus enemigos que con las ansias de la muerte apretaron, y en cuyos semblantes, espresivos

aun, se retrataban fielmente las pasiones que durante el combate los habian agitado. Este cuadro desgarrador era digno solo del mágico pincel de Chateaubriand, que con tan vivos colores nos ha pintado las fisonomías varonilmente hermosas de aquellos valientes guerreros francos, que despues de muertos, amenazaban todavia á los orgullosos romanos vencedores.

A muy sangriento precio adquirieron los carlistas la gloria del triunfo, pues quedaron fuera de combate sobre 500 hombres, bastantes muertos y no pocos heridos, siendo de notar que estos últimos al pasar por delante de su general hacian un esfuerzo para incorporarse y sonreirse, á fin de recibir en premio de su desgracia aquellas palabras que tanto les enorgullecian, cuando al ver con rostro sereno á un hombre mutilado y moribundo, le decia ZUMALACÁRREGUI: «eres un valiente.»

Serian las cuatro de la mañana del siguiente dia 3 de enero cuando empezó á circular por el campo carlista el rumor de que entre los generales de la Reina habian mediado acaloradas discusiones con motivo de la pérdida de esta accion, distinguiéndose en el calor de la disputa Espartero y Jáuregui, que mútuamente se culpaban del mal éxito del combate. Pero el resultado de esta acerva controversia, si ha de darse crédito á los sucesos, fue el que presentaban como mas probable la tenacidad y el amor propio ofendido de aquellos generales. Insistieron, pues, en su propósito de forzar aquel paso que tanta sangre les habia ya costado, y al efecto habian pernoctado reunidos en Ormaístegui, mientras que los carlistas lo hicieron distribuyendo sus fuerzas entre Segura y Cegama. A poco de correr el rumor que hemos indicado, notó ZUMALACÁRREGUI que las columnas enemigas empezaban á moverse, y dispuso que parte de sus soldados marchase á ocupar la misma posicion que el dia anterior, posicion que se proponia defender con su acostumbrado teson hasta que llegase Iturralde encargado de presentarse por la retaguardia de las tropas cristinas. Este plan sin embargo no pudo tener efecto, porque el general Carratalá que dió en esta ocasion un ejemplo de sagacidad insigne, columbró el proyecto de su contrario cuando sus batallones empezaban á subir á la altura de la cual les mandó retroceder. Conociendo entonces ZUMALACÁRREGUI que se habia traslucido su plan, y que iba á verse defraudado en su objeto, se aprestó á perseguir á las columnas de la Reina en la retirada que pronunciaban por Ormaístegui sobre Vergara, presentando el rarísimo caso de emprender con 3,000 hombres escasos la persecucion de mas de 10,000 que marchaban un tanto desordenados, esforzándose por cubrir su ruta por medio de al-

gunas compañías de flanqueadores que se desplegaron por uno y otro lado del camino. Disgustado Carratalá al ver desordenada su gente, deseoso de poner término á persecucion tan vergonzosa, se aprovechó de un llano que se encuentra en el camino que va de Ormaístegui á Villarreal de Guipúzcoa para estender en batalla el regimiento del Príncipe, que puso coto con algunas descargas á la pasmosa tenacidad de los arrojados perseguidores. Esta operacion ejecutada con destreza y con estraordinaria rapidez, no permitió á los carlistas ponerse á resguardo de los primeros tiros, y Zumalacárregui corrió inminente peligro, pues vió chamuscada su zamarra con dos balazos de que milagrosamente se libró su pecho. Hicieron alto los perseguidores á las diez de la noche muy cerca de Vergara, y Zumalacárregui, en vez de entregarse al descanso que tanto necesitaba, mandó tomar la pluma á su secretario de campaña para dictarle el parte detallado de esta accion, que no solo debia considerarse como un triunfo militar notable, sino lo que es mas, como un triunfo moral de consecuencias muy importantes.

El parte decia asi:

«E. M. G.=Excmo. Sr.: Tiempo hacia que deseaba tener un encuentro con los corifeos que capitanean las hordas revolucionarias en Guipúzcoa y Vizcaya; pero siendo de mas interés las operaciones contra las del reino de Navarra, nunca se me habia proporcionado ocasion oportuna; mas ahora que desde la batalla del 15 del pasado han quedado estas reducidas á la nulidad, me pareció ser el momento mas á propósito: en efecto, teniendo entendido que el Pastor Jáuregui se hallaba en Vergara, y persuadido de que hacia un movimiento de aquellos que continuamente hace de una á otra guarnicion, verifiqué una rápida marcha á caer sobre Villarreal y Zumarraga al medio dia del primero del actual, lo que efectivamente ejecuté con los batallones de guias, primero, tercero, cuarto, sesto y décimo de Navarra, y los primeros de Guipúzcoa y Alava; mas sin embargo no resultó cosa alguna, mediante á que el Pastor, en lugar de pasar á Villafranca desde Vergara donde se hallaba (ambos puntos de guarnicion), lo verificó á Mondragon, en donde se incorporó con los gefes Carratalá, Espartero, Iriarte y Quintana que con sus respectivas fuerzas se hallaban reunidos en dicho punto. Parece que mi posicion en esta de Villarreal (entre dos tan próximas guarniciones) les hizo considerar como segura mi derrota, mayormente cuando tenian un total de fuerzas reunidas escedentes á las mias en una tercera parte: asi es que al siguiente dia 2 sobre las diez de la mañana se me dió parte de que avanzaban á paso acelerado registrando las alturas inmediatas al camino Real. In-

deciso algun tanto sobre la posicion que deberia tomar, verifiqué mi retirada en direccion de Ormaístegui, desde donde tomando á la derecha hice que pasasen las tropas á colocarse en la altura de Celandieta distante media hora de camino de dicho Ormaístegui á Segura. La buena posicion de este pueblo y la proximidad de las columnas enemigas me decidió al fin á elegirle por teatro de una accion, contando con que el enemigo ufano y confiado en su superior número vendria en mi persecucion. En tal concepto hice que bajasen todos los cuerpos, escepto los batallones de guias, sesto de Navarra y primero de Guipúzcoa que quedaron en dicho alto, con los cuales pensaba entretener algun tanto al enemigo y conducirle al sitio en que me proponia dar el combate. Serian como las tres de la tarde, cuando el enemigo subiendo desde Ormaístegui trepó la montaña y se dirigió sobre nuestro flanco izquierdo á tomar el alto nombrado de Chiminea. Conocida esta intencion, algunas compañías del batallon de Guipúzcoa volaron al mismo punto y le ocuparon antes que el enemigo, con quien trabaron un reñido combate. Su importancia movió sin duda á que este mandase fuerzas sobre fuerzas; pero acudiendo el valeroso batallon de guias de Navarra los rechazó infinitas veces á la bayoneta, quedando definitivamente dueños de la posicion: mientras tanto fue atacado el sesto batallon que ocupaba el alto de nuestra ala derecha, pero recibiendo tambien á los primeros enemigos con una terrible carga á la bayoneta, y en seguida con un vivísimo fuego sostuvo el lugar heróicamente. Se habia generalizado demasiado la accion; la tarde declinaba, y ya me era imposible poder hacer venir á tiempo los otros cuerpos: únicamente llegó el cuarto batallon, que reforzó á los defensores de ambas alturas; llegó la noche sin decidirse esta lucha tan tenaz, y tanto unos como otros combatientes nos vimos precisados á replegarnos á la mas inmediata poblacion; hiciéronlo los enemigos á Ormaístegui, conduciendo mas de 300 heridos, y dejando en el campo 100 cadáveres; yo lo hice á Segura, distante un cuarto de hora del sitio de combate, sin haber sufrido otra pérdida que la muerte de un capitan, unos cuatro soldados y unos 40 heridos. La circunstancia de no haber quedado decidida la victoria, y hallarse el campo entre ambos combatientes, era como el preludio de otra accion, y efectivamente yo no dudaba de ella. Tan pronto como amaneció el dia de ayer 3, hice que el primer batallon de Navarra saliese á reconocer el campo, y recoger los despojos que hubiesen quedado: verificóse esto puntualmente á presencia del enemigo que no se atrevió á impedirlo; pero sobre las once del dia se presentó con todas sus fuerzas en el dicho alto de Celandieta, las colocó en tres

puntos y sobre una misma línea todas sus masas, cuyo total pasaria de 6,000 infantes: entre tanto me empleaba yo en hacer lo mismo en el pueblo de Segura y en sus pequeñas colinas de derecha é izquierda: las guerrillas enemigas sin dejar sus posiciones hicieron algun fuego á las nuestras lo mismo que su artillería á las masas, pero no fue contestado. Esta conducta debió imponer al enemigo, persuadiéndole de la formalidad con que esperábamos trabar el combate, pues desde las doce del dia hasta mas de las tres de la tarde permaneció en inaccion, concluyendo esta por emprender su retirada. Al principio creí que esto podria ser una estratagema; pero viendo que efectivamente se retiraban con precipitacion, mandé avanzar el batallon primero de Guipúzcoa, y que subiendo al alto de Celandieta le picase la retaguardia, y en seguida hice yo el mismo movimiento con el primer batallon de Navarra, el de guias, tercero y cuarto, y unos 70 caballos: en el pueblo de Ormaístegui se le dió alcance, y atacándole con decision se continuó persiguiendo al todo de la columna, que aunque quiso oponer alguna resistencia formando varias compañías por escalones, á poco rato se introdujo en sus filas el desórden, y desde entonces fue grande la mortandad. El alto de Zumarraga pretendieron fuese su protector, y al efecto colocaron algunos batallones que en vano quisieron impedirnos el paso, pues arrollados por nuestros valientes, no tuvieron otro remedio que abandonarlo todo y dispersarse por los bosques muchos centenares de ellos que se ocultaron á favor de las tinieblas de la noche que ya hacia imperceptibles los objetos. Sin embargo, siguiendo el grueso de nuestros bizarros el camino Real persiguieron al enemigo hasta encerrarle en Vergara, pueblo que por hallarse guarnecido les ofreció desde luego un asilo.

Este es, Excmo. Sr., el verdadero cuadro de lo sucedido en los dias 2 y 3 del actual con las columnas mandadas por los ya citados Carratalá, Espartero, Quintana, el Pastor, é Iriarte, quienes con sus fuerzas se persuadieron, á no dudar, poder concluir de un solo golpe con los denodados voluntarios de Navarra.

Han caido en nuestro poder muchas armas, equipajes y otros varios efectos; los campos estan cubiertos de cadáveres enemigos, y hoy me prometo al hacer los reconocimientos encontrar otros muchos. La accion de este dia es sumamente interesante para las tres provincias Vascongadas respecto haber sido destrozadas todas las fuerzas enemigas existentes en ellas.

La premura del tiempo y el vehemente deseo que me anima de que llegue á noticia de S. M. tan señalada victoria, no me dan lugar á reco-

mendar á los que en ella se han distinguido; pero lo haré tan pronto como me sea posible.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Villarreal de Zumarraga 4 de enero de 1835.=Excmo. Sr.=Tomás Zumalacárregui.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

A este glorioso hecho de armas siguió algunos dias despues otro no tan favorable á las armas carlistas. Hacia algun tiempo que Zumalacárregui habia formado el propósito de aproximarse á Maestu, mas que con el objeto de tomar esta plaza, con el esclusivo de empeñar al enemigo en frecuentes escaramuzas, que trabadas en sitios que su instinto estratégico elegia, no podian menos de causarle considerables bajas. Al efecto mandó que algunos batallones se acercasen á dicha plaza aparentando que intentaban bloquearla, mientras que él ocupaba con cuatro batallones á Santa Cruz y Orbizu, pueblos situados cerca de Zúñiga y del ya célebre puente de Arquijas. Pero esta vez no pudo llevar á cabo su intento, pues los generales Córdova y Oráa, acantonados en los pueblos de la Berrueza, aparentaban meditar un nuevo ataque sobre el puente de Arquijas, haciendo por olvidar sin duda toda la dificultad y toda la sangre que en ocasion no remota les habia costado tan atrevido proyecto. Zumalacárregui viendo frustrado de este modo su objeto, llegó hasta Zúñiga con las escasas fuerzas que para esta espedicion habia escogido, y despues de permanecer allí dos dias, conociendo la imposibilidad de luchar con ventaja en aquel momento contra fuerzas tan superiores como las que á su vista se desplegaban, retrocedió otra vez á Orbizu. El general Córdova, á quien no se ocultó la razon por qué el general carlista habia tenido la galantería de cederle el campo, concibió la resolucion de atacarle aprovechando la feliz circunstancia de llevar tan menguadas fuerzas, y hallarse á muy corta distancia del punto que ocupaba.

Una fértil y espaciosa llanura sembrada de viñas y que tiene por remate un pintoresco bosquecillo de encinas, forma el camino de Zúñiga á Orbizu, pequeña aldea situada al pie de una colina por donde se desliza un arroyo que, cuando las lluvias son frecuentes, casi merece los honores de rio. Hasta el borde de este arroyo llegaron sin encontrar tropiezo en su marcha Córdova y sus soldados; pero allí hubieron de detenerse por algunos momentos para contestar al fuego de dos compañías carlistas desplegadas en guerrilla, que se presentaron en el lado opuesto. Impaciente Córdova porque se le ofreciera un obstáculo que le impedia alcanzar á su adversario, mandó que uno de sus escuadrones vadease el arroyo, y habiendo seguido poco despues este ejemplo la

infantería, comenzó un vivo fuego entre los tres batallones carlistas que coronaban la colina y los batallones que se hallaban á su pie. El fuego sostenido por los carlistas era mas bien un alarde de valor que un medio de defensa, porque tres batallones de fuerza escasa no eran suficientes para conservar una posicion que atacaban dos divisiones numerosas. Otro acaso hubiera sido el éxito del combate, si los tres batallones carlistas se hubieran visto reforzados con algunos otros, como por ejemplo con los que se hallaban escalonados á su espalda formando la reserva sobre las alturas de S. Vicente en direccion de la Amezcoa baja. Pero el ataque era desigual, y su resultado no podia ser favorable á los que tan escasos de fuerza trataron por algunos instantes de hacerle frente. Asi fue que despues de hora y media de fuego logró Córdova romper la línea en el punto que la formaba un batallon alavés, fatal circunstancia que obligó á los carlistas á desalojar la altura con precipitacion y pérdida, replegándose en completo desórden sobre el monte de S. Vicente. Las consecuencias de tan desordenada fuga no fueron sin embargo las que naturalmente debian ser, porque el genio previsor de Zumalacárregui brillaba, aun mas que en las victorias, en las derrotas y en los descalabros. Como antes de emprender un ataque ó de prepararse para resistirlo todo lo arreglaba y lo preveia todo, una derrota no era para él un suceso imprevisto, sino de los mas naturales. Por eso para proteger á sus soldados en caso de que la fortuna no se les mostrase propicia, tenia apostados en el referido monte de San Vicente dos batallones, dos escuadrones navarros formados en batalla en el llano que está al límite del bosque, y una guerrilla oportunamente colocada entre unas rocas. Estas fuerzas sirvieron de escudo á los que huian, y el vivo fuego dirigido á los perseguidores los contuvo en su marcha impidiendo que sacaran de una accion tan feliz para ellos todo el partido que la ocasion les prometia, y que neutralizó Zumalacárregui, no solo con sus disposiciones previsoras, sino con su ejemplo; pues solo con el sable en la mano, se adelantó en los momentos de mas peligro á contener y ordenar los dispersos que de masas informes y desbandadas, se fueron convirtiendo en regulares compañías al aspecto imponente y á la imperiosa voz de su general. Ordenadas todas las fuerzas, á lo cual contribuyó tambien en gran parte con su escuadron el esforzado gefe D. Tomás Reina, se dirigió Zumalacárregui á Contrasta, en cuyo punto pernoctó y dió algun descanso á sus tropas, rendidas y fatigadas de una accion que produjo en ellas una pérdida de mas de 400 hombres.

Despues de estos sucesos que tuvieron lugar en los primeros dias de enero, la rigorosa crudeza de la estacion parecia aconsejar que siguiendo la costumbre adoptada en los campamentos, se suspendiesen las hostilidades hasta la vuelta de la primavera. Las divisiones del ejército de la Reina se habian encerrado en sus guarniciones por aquellos dias, y Zumalacárregui, arrastrado involuntariamente por el poder de la costumbre, habia ya resuelto dirigirse á las Amezcoas para formar allí su cuartel de invierno. Llegó en efecto á aquellos valles, que eran su constante y cariñoso asilo; pero á los quince dias de su permanencia en ellos aburríase de lo monótono de su existencia; se lamentaba de que se inutilizasen tantos elementos de triunfo, y se malograsen tan brillantes ocasiones como su imaginacion ávida de victorias le presentaba, y no salian de sus labios sino quejas por haber permanecido tanto tiempo en tan sensible inaccion. Salir de esta fue por lo tanto su primer pensamiento, y para ello no reparó ni en el rigor de la estacion, ni en que las nieves y las lluvias habian puesto impracticables los caminos. En los primeros momentos de su marcha, que emprendió al frente de algunos batallones escógidos, recibió una noticia que le hizo continuar con mas brio en su propósito. Supo por uno de sus confidentes que sus contrarios iban á enviar á los Arcos un convoy con 200 heridos, algunos caballos inútiles y dos piezas de artillería. Recibir esta nueva y proyectar al punto la sorpresa del convoy, fueron dos cosas enteramente simultáneas; y al efecto mandó desde Contrasta, donde á la sazon se hallaba, un escuadron y 300 infantes escogidos, que salieran con el mayor silencio dirigiéndose por atajos y desfiladeros á verificar la sorpresa. Pero esta, que parecia fácil á quien tantas habia conseguido, no lo fue por aquella vez. Aleccionados por tan duros y tan repetidos ejemplos de sorpresas desgraciadas los generales de la Reina á quienes se encomendaba la conduccion de un convoy, no daban un paso sin que multitud de confidentes que pagaban á peso de oro esplorasen antes el camino, y les advirtiesen si podia ó no correrse algun peligro. Asi fue que recelando sin duda el gefe del convoy alguna tentativa, dió contraórden para que no pasase de Zúñiga por aquella noche. Esta contraórden evitó la sorpresa que los de Zumalacárregui contaban ya por realizada: pero no bastó á impedir que una mitad de caballería que se habia adelantado mas allá de Zúñiga fuese alcanzada y lanceada por los emboscados, cuyo furor crecia al verse defraudados en su esperanza.

Regresaron los espedicionarios rendidos de cansancio á referir á Zumalacárregui la infructuosidad de su marcha, la cual no pareció tan

inútil al general, toda vez que se habia causado al enemigo la pérdida de algunos caballos; pero aunque el éxito de esta jornada hubiera sido estéril del todo, estaba Zumalacárregui demasiado contento para dar muestras del menor enojo. Producia su satisfaccion la noticia que acababa de recibir de que su amigo el general Eraso habia dado un fuerte golpe á las tropas cristinas, destrozando completamente al regimiento provincial de Granada en Barcenilla del Rivero, punto casi lindante con las fronteras de Castilla y de Vizcaya. Era mirado este regimiento entre los carlistas con singular odio, y por eso su destruccion agradó á Zumalacárregui aun mas que una victoria de mayor importancia. Como el provincial de Granada se hallaba de guarnicion en Madrid el dia 17 de julio en que fue teatro la corte de tan sangrientas é inhumanas escenas, atribuíasele haber tomado una parte principal en la matanza de los infelices religiosos; acusacion destituida de todo viso de justicia y de verdad, pero que allí pasaba como un artículo de fé. Eraso, que como buen carlista participaba de esta misma creencia, apenas supo que el regimiento de Granada se hallaba acantonado en Barcenilla, con toda la confianza que puede inspirar la idea de tener muy lejos al enemigo, sorprendió á este cuerpo por medio de una marcha forzada y atrevida, cayendo tan á plomo sobre él, que solo pudo salvarse su gefe, el Marqués de Campoverde, con unos 70 hombres. Todos los demas fueron conducidos á Mondragon, donde procuraron los carlistas satisfacer su odio implacable fusilando, si hemos de dar crédito á los partes, 13 oficiales y hasta 160 soldados; y llegó á tal estremo en otros puntos, como en el Puente Nuevo donde tambien se hicieron otras víctimas, que los colgaron con sus uniformes de las ramas de los árboles.

Cualquiera que no conociese las bellas dotes que como hombre particular adornaban á Zumalacárregui, no podia concebir que en el pecho de un militar valiente y severo que atento á la voz de su deber desoia las mas veces los dolorosos ayes de la humanidad, latiesen los tiernos y afectuosos sentimientos de padre, incompatibles al parecer con los hábitos de dureza que tan encarnizada guerra no podia menos de crear. Y esos sentimientos no solo los abrigaba el general carlista, sino que puede decirse que el amor á su esposa y á sus hijas formaban todo el afan de su existencia. Hacia ya algunos meses que la esposa del general con una niña de pecho habian sido hechas prisioneras en Villaba por el general Quesada, que por medio de estos rehenes para Zumalacárregui tan preciosos, creyó sin duda traerle al camino de la reconciliacion y de la avenencia. Los hechos desvanecieron pronto las ilusiones del general Que-

sada; y convencido de la esterilidad de sus esfuerzos, puso en libertad á la madre en Puente la Reina, dándola pasaporte para Elizondo en el valle del Baztan. Esta disposicion reparadora no fue sin embargo estensiva á la niña, que sin que se haya podido averiguar la causa, fue trasladada á Pamplona con su ama de cria, con encargo de que se la tuviese en custodia en uno de los conventos de religiosas de aquella ciudad. Allí permaneció algunos meses, hasta que á fines de enero, ansiando el padre ver rescatada á su hija, se dirigió al general Mina pidiéndole dicho rescate. Mina, que segun aparece de la carta en que contestó no tenia la menor noticia de que existiese en su poder semejante prenda, accedió desde luego y sin darle gran importancia á la peticion que se le hacia.

Enagenado de placer el cariñoso padre al saber que ningun obstáculo se oponia á la libertad de su hija, dejando á un lado todas las atenciones que sobre él pesaban, y hasta olvidando que se hallaba al frente de un ejército que exigia todo su cuidado y reclamaba todo su tiempo, se dedicó afanoso á escribir una carta á su hermano en la cual le encomendaba que recogiese á su hija, entrando en tan minuciosos y en tan tiernos detalles, que claramente se conocia que aquellos momentos era todo de su hija, y para nada se acordaba de su posicion y de sus compromisos.

Esta carta, original y curiosa, es muy digna de los honores de la insercion, y nosotros no podriamos omitirla sin renunciar al propósito que hemos formado de presentar al general carlista bajo todas sus fases, marcando asi los rasgos de su vida pública que revelan al caudillo y al héroe, como aquellos de su vida privada en que se manifiesta padre tierno y afectuoso. La carta escrita desde Abarzuza á uno de sus hermanos dice asi:

«Abarzuza 26 de enero de 1835.=Mi querido hermano: Deseoso de »ver rescatada la niña que sabes tengo en Pamplona, escribí el otro dia »á Mina una carta tan modesta como llena de fuego, á la cual me aca»ba de contestar lo que aparece de la copia que te acompaño.

«Consecuente á esta contestacion he estado largo rato pensando so»bre qué persona podria mandar á recibirla, y apenas encuentro una »que mejor lo pueda hacer que tú. El carácter que te adorna de sacer»dote, la cualidad de ser tio, y la circunstancia de no tener parte en la »guerra y contienda política presente, son cosas que garantizan los pro»cedimientos y ennoblecen hasta no poder mas la comision; comision »que tal vez ocupará la pluma de alguno y ofrecerá campo á la crítica, y »por esta razon todos los pasos deben ser decorosos por honra de las »personas que median.

«Espero, pues, que penetrado de todo te tomarás la molestia de pasar »personalmente á Pamplona con la adjunta, y sacarás del cautiverio á »tu sobrina.

«Para el acierto en un todo de esta operacion, debo advertirte que de»bes llevar contigo á la Nicasia, y en su defecto (que lo sentiria) á otra »muger que tome á su cargo el cuidado de la niña. Segun noticia que »me da el mismo Mina tomada de la priora (tambien va copia), se halla»ba un poco destemplada, asi como tambien el ama: es preciso cuidar de »una y otra. La niña tal vez seria conveniente mudarla de nodriza si la »actual está enferma; pero en la edad de aquella parece mas adaptable »el medio de destetarla, supuesto que lo creemos fácil de hacer. Para »esta operacion, aunque la nodriza no esté en disposicion de darla á la »niña de mamar, será muy interesante el que lo haga, pues encariñada »todo estremo seria perjudicial á la salud de esta.

«Se debe pues hacer cargo de todo y conducir á la niña con su ama »á Idiazabal colocándola en casa de la hermana. La marcha la harás »por el camino Real de la Borunda á Pamploma (adjunto te remito el »pase). La Nicasia irá si os parece en sillon; pero tened presente que á »la vuelta mas convendria unas artolas para venir con el ama y la niña: »tanto una como otra que se arropen bien, pues salidas de repente des»de un establecimiento en que todo estará tan templado á la intemperie, »podrá causarles en su naturaleza alguna sensacion. En Pamplona la »priora te informará de la niña minuciosamente, y aun te dará reglas de »cómo la habeis de gobernar. A la casa puedes darle (hablo de la en que »está la niña) dos onzas de oro de limosna, las mismas que te remito. »Con el pase que te incluyo nuestras partidas te auxiliarán si es pre»ciso; pero lo mejor es que sigais vuestro camino, y sobre todo tratar »de salir lo mas pronto posible de Pamplona. Acuérdate que tendrás »que traer las ropillas de la ama y de la niña.

«Basta de instrucciones, pues confio que las que se me olviden sa»brás prevenirlas antes é ínterin la operacion. Avísame lo que gustes, y »manda á tu afectísimo hermano.=Tomás.

«No te descuides en salir luego, luego y luego, no sea que se retracte »Mina de lo que me ha prometido, lo que no espero.»

La carta que dirigió el general Mina á Zumalacárregui concediéndole la libertad de su hija, está concebida en los siguientes términos:

«Sr. D. Tomás Zumalacárregui.=La primera noticia que he tenido »de la existencia de la niña de V. en esta ciudad, es la que me da en »su carta que me ha entregado el portador. Ignoro y ni quiero saber

»los motivos que hubiesen podido influir á su traslacion desde Villaba; »y como yo no hago la guerra á inocentes criaturas, ni la de V. puede »darme garantía alguna, escusada hubiera sido la peticion de V. para »dejar libres tanto á la niña cuanto á su nodriza, pues bastaba para esto »la mas leve insinuacion que se me hubiese hecho por esta ó por los »encargados de su custodia, á los cuales no dejaré de hacer un cargo »por haberme faltado este aviso.

«Por el adjunto papel se enterará V. del estado de salud de la niña y »de la nodriza, y cuando V. quiera puede enviar persona de su confian»za y que sea de mí conocida á que se haga cargo de ella, que dejaré mar»char sin la menor dificultad. Soy de V. atentísimo S. S. Q. S. M. B.= »Francisco Espoz y Mina.

«La niña de Zumalacárregui ha estado muy buena; pero en la ac»tualidad está un poquito destemplada: asimismo el ama tiene bastante »quebrantada la salud; padece continuamente constipados.=B. S. M.= »Sor Magdalena Piguillem.»

Las numerosas guarniciones que dominaban los mas importantes puntos de Navarra y de las provincias Vascongadas, eran un obstáculo poderoso y casi invencible para que Zumalacárregui pudiese emprender un plan completo de operaciones á larga distancia de los pueblos que le servian de asilo. Esta imposibilidad, unida á la notable escasez de artillería que siempre se vió condenado á sentir, le obligaban á contemplar impasible el buen cuidado que tenian sus enemigos de fortificar todos los puntos susceptibles de defensa, pasando por el disgusto de no poderlos atacar por serle absolutamente imposible. En vano el comandante de artillería Reina recibió el encargo de proveer al ejército carlista de numerosa artillería, porque careciendo de una porcion de elementos indispensables para la fundicion, solo despues de mucho tiempo y de penosas tareas logró fundir dos morteros de á siete pulgadas y otros dos de á trece.

En tanto que Zumalacárregui trataba de proveerse de artillería para dar mas ensanche al círculo entonces reducido de sus operaciones, el gefe carlista Sagastibelza que habia estado largo tiempo ocupando el Baztan, le dió parte de tener bloqueado á Elizondo. Este bloqueo, que dió principio el 10 de enero, y que seguia el 2 de febrero, proporcionó la ocasion de estrenar los morteros fundidos por Reina, al parecer con éxito completo, pues el mismo Zugarramurdi, gobernador del fuerte, decia en una carta que se logró interceptar, que la artillería carlista habia hecho en la poblacion considerable destrozo. Próximo á terminar el si-

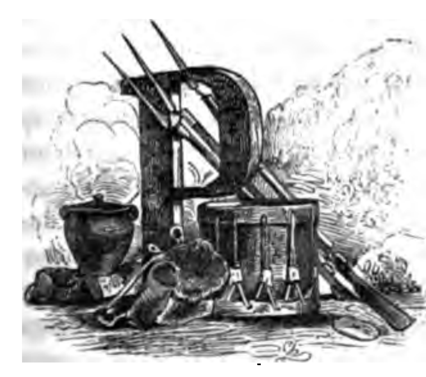
tio de Elizondo, al cual dió Zumalacárregui poca importancia, porque los movimientos del grueso del ejército enemigo ocupaban toda su atencion, corrieron en auxilio de los sitiados desde Pamplona el general Oráa y el brigadier Ocaña con una fuerza de 3,000 hombres escasos. Al rumor que se estendió bien pronto de la aproximacion de estas tropas, el gefe carlista Reina, que tan persuadido estaba de la necesidad de conservar la poca artillería que á costa de tantos esfuerzos se habia procurado, se apresuró á enterrar sus morteros en uno de los parages mas ocultos del valle de Lanz. Dividió Oráa en dos columnas su pequeña division, y el brigadier Ocaña, apenas llegó al puerto de Velate, se vió frente á frente de los enemigos, que dispuestos á contrarestarle, no contentos con disputarle el paso obstinadamente, obligaron á la columna de Oráa á refugiarse con gran pérdida en Pamplona, y á la de Ocaña á replegarse al pueblo de Ciga, cuyo punto mandó fortificar este último confiando resistir de este modo hasta tanto que el general Mina le mandase tropas en su auxilio. Contribuyó mucho á este resultado la circunstancia de haber venido Zumalacárregui á colocarse durante la accion entre las dos columnas de Oráa, á una de las cuales, como hemos dicho, obligó á encerrarse en la aldea de Ciga, amenazándola por ambos flancos. Pero no paró aqui la prevision del general carlista: conociendo que era muy probable que acudiesen fuerzas cristinas en socorro de Ocaña, y que el general Córdova podia atacarle por su espalda, dejó la mayor parte de sus fuerzas en observacion de este general, el mas resuelto de cuantos acaudillaban el ejército de la Reina, y marchando rápidamente con cuatro batallones, llegó delante de Ciga y le puso sitio, mostrándose decidido á bombardear sus casas, donde se habian refugiado los 1,800 hombres que mandaba Ocaña. Conoció este la triste suerte que á él y á los suyos les iba á caber de llevarse á cabo el bombardeo, como parecian indicarlo los preparativos que se hacian; y deseando evitar esta catástrofe mandó enarbolar una bandera, y no contento con esta señal de paz, envió un paisano con encargo de manifestar á Zumalacárregui que en el momento en que cayese una bomba sobre la poblacion, serian sacrificados sin piedad una porcion de habitantes del pais de opiniones carlistas. Para hacer aun mas fuerza permitió á algunos de estos que salieran á ver al general; y ya iban á hacerle desistir del ataque que proyectaba con sus lágrimas y sus ruegos, cuando sabedor el general Mina de la apurada situacion de la columna de Ocaña, forzó al enemigo á levantar el sitio por medio de una marcha de las mas rápidas, obligándole á retirarse por el barranco de Ciga y el camino de Santisteban.

Obtenido por Mina este triunfo, era de esperar que tratase de solemnizarlo de la manera con que acostumbraba á celebrar sucesos semejantes; y llevado de su instinto belicoso y del severo rigor militar que le caracterizaba y que le hacia algunas veces degenerar en cruel, despues de fusilar algunos heridos, mandó incendiar la casa de fundicion que tenian los carlistas en Doña María, para que su victoria apareciese mayor y mas brillante iluminada por el triste reflejo de las voraces llamas.



CAPITULO XII.

Deseos de ZUMALACÁRREGUI y proyectos de D. Carlos.—Le invita este á presentar un plan de campaña para avanzar hasta Burgos.—Presenta ZUMALACÁRREGUI el plan y una memoria.—Estéril resultado de uno y otra.—Continuacion del antiguo sistema.—Nueva accion en el puente de Arquijas.—Se aproximan Oráa y Ocaña á Elizondo, y ocultan los carlistas su artillería.—Diligencias empleadas por Mina para encontrarla.—Terribles castigos que impone al ver la inutilidad de sus pesquisas.—Ataca ZUMALACÁRREGUI el fuerte de los Arcos.—Intenta prender fuego al hospital, y desiste de su propósito al saber la fuga de los sitiados.—D. Carlos en Zúñiga.—Entra triunfalmente en los Arcos.—Notable acto de clemencia con que señala su entrada.—Visitan D. Carlos y ZUMALACÁRREGUI el hospital de sangre.—Singular escena que ocurre entre este último y un prisionero herido.—Se dirige el general carlista á Cirauqui.—Encuentro con el brigadier Carrera.—Malogra ZUMALACÁRREGUI su plan de batalla por un ligero desacierto.—Accion de Lárraga.—Descalabro de las tropas carlistas.—Protege ZUMALACÁRREGUI la marcha de sus heridos, y se replega sobre Cirauqui y Mañeru.—Ataca Eraso á Bilbao.—Movimientos de Mina.—Sorpresa de Elzaburu.—Marchas y disposiciones de ZUMALACÁRREGUI.—Accion de Doña María.—Se replega Mina desalentado al Baztan.



POR lisonjero y favorable que fuera el aspecto que presentaba en los primeros meses de 1835 la causa de D. Carlos en virtud de los repetidos triunfos de sus armas, este aspecto ni podia satisfacer las ambiciosas miras de ZUMALACÁRREGUI, ni mucho menos mitigar el devorante deseo que aquejaba á D. Carlos de reinar como soberano absoluto de toda la monarquía, recibiendo los homenages y consideraciones de tal en el Real palacio de Madrid. El pensamiento del general carlista y el impaciente anhelo de su Rey coincidieron en un punto; y conociendo los

obstáculos invencibles que se oponian á que marchase su ejército hasta las puertas de la capital del reino, reflexionaron ambos sobre las grandes ventajas que obtendria su causa desde el momento que pudiesen avanzar hasta Burgos sus armas victoriosas. Por mucho tiempo acariciaron uno y otro esta idea en su mente sin comunicársela, hasta que al fin D. Carlos, rompiendo el primero su silencio como era natural, manifestó á Zumalacárregui su pensamiento. La contestacion del general carlista era fácil de prever. Aceptó por tanto un plan que hacia tiempo miraba como suyo, alegando para conocimiento de D. Carlos, que aunque se prometia llevarlo á cabo con la mayor economía posible, la notoria escasez de recursos con que tenia que luchar la corte del errante Monarca, le habian hecho desistir mas de una vez del propósito de anunciarlo. Oyó D. Carlos con religiosa atencion las palabras de su general en gefe, y apenas hubo concluido este su razonamiento, le mandó presentar un plan vasto y completo, al cual debia acompañar una memoria en que se espresasen minuciosa y detalladamente los recursos que el general consideraba absolutamente indispensables para coronar con feliz éxito la empresa indicada, dándola pronta y gloriosa cima. Sumamente regocijado y satisfecho Zumalacárregui al ver que de la misma corte, cuya natural tendencia era la de poner dificultades y embarazos á sus mejores planes, salia por boca del que la servia de cabeza tan útil y ventajoso pensamiento, entregóse por algunos dias á saborear la dulce satisfaccion que no podia menos de producir la facilidad que se le ofrecia de realizar sus ilusiones de general y sus sueños de oro de caudillo. Apresuróse, pues, bajo la impresion favorable de estas ideas y de estas esperanzas á trazar su plan, y una vez formado despues de muchas horas de meditacion y de cálculo, escribió la memoria que se le habia pedido, y puso una y otro en manos de su señor. Examinó D. Carlos con impaciente presteza el plan y la memoria. En el primero trazaba el general un plan de campaña sencillo al par que hábil y de éxito seguro; y en la segunda pedia para ejecutarlo 400,000 cartuchos de fusil, y 100,000 duros en metálico. Esta última cantidad, que á nadie que conozca las necesidades de la guerra parecerá escesiva, debia destinarse á satisfacer por espacio de dos meses el sueldo de las tropas, medida útil y previsora que proponia el general para no verse en la dura necesidad de gravar á los pueblos con tan pesada carga, evitando por este medio las consecuencias siempre funestas de su disgusto. Grandes elogios obtuvo el plan de campaña por parte de D. Carlos, que á cada momento interrumpia su lectura para dirigir á Zumalacárregui esclamaciones de aprobacion y

palabras de encómio, pareciéndole sumamente moderadas las sumas que en metálico y en cartuchos le pedia. Pero llegó el caso de que el autor del plan reclamase los medios que le habian prometido, y que necesitaba para emprenderlo, y entonces se convenció de que la memoria y el proyecto habian sido un trabajo inútil, porque tratándose de llevar hasta Burgos la bandera de un personage, mas rico de esperanzas y de buenos deseos que de dinero, este proyecto no produjo resultado, como no lo producian nunca cuantos se formaban, si su ejecucion llevaba consigo algun notable dispendio.

Cuando un general que está al frente de un ejército de operaciones tropieza á cada paso para ejecutar estas con la falta de recursos, su plan no puede ser hijo de profundas meditaciones militares, sino de las circunstancias que son las que en este caso adquieren el derecho de dictarlo. En esta situacion se encontró el general carlista; y no haciéndose ya ilusiones sobre ella, tuvo que resignarse á continuar su antiguo sistema. Temíase mucho en aquel entonces por los generales de la Reina que Zumalacárregui reconcentrara sus fuerzas y se colocara entre el Baztan y Pamplona, y para evitarlo recibió órden el general Lorenzo de reunir todas las fuerzas de Oráa y de Lopez, que ascendian á mas de 8,000 hombres, marchando á atacar á los carlistas cerca de las mismas posiciones de Asarta y de Mendaza, que por el triunfo obtenido en ellas por Córdova eran ya para Zumalacárregui de mal agüero.

En esta ocasion mas que en otras tenia Zumalacárregui vivos deseos de medir sus armas con las de sus adversarios; alimentando estos deseos, no solo el ánsia natural de que volviese á lucir su estrella militar que tanto brillara anteriormente en aquel punto, sino la especie de reto que un general contrario le habia dirigido. El general Lorenzo habia dicho por aquellos dias, si merecen crédito autorizados rumores, que sabria vengar en el mismo puente de Arquijas la sangre derramada el 16 de diciembre. Tuvo Zumalacárregui noticia de este reto, y propuso á Lorenzo que si queria satisfacer su venganza, se encontrase el dia 5 de febrero en el punto indicado. Aceptada la propuesta que tenia todo el carácter de uno de aquellos célebres desafios que se verificaban con tanta frecuencia en la edad media, apresuráronse uno y otro general á tomar todas las disposiciones necesarias para dejar bien puesto su respectivo pabellon; pero antes de entrar en los pormenores de esta accion, permítasenos notar que esta especie de provocacion ó desafio, al mismo tiempo que probaba la agudeza del general carlista, debia reputarse como una falta imperdonable del general Lorenzo, puesto que al pri-

mero le proporcionaba la ocasion de batirse en posiciones ventajosas, al paso que al segundo, si no le esponia á una derrota de fatales consecuencias para el prestigio de su causa, le facilitaba lo mas conseguir un triunfo insignificante, comprado á costa de mucha y preciosa sangre.

El dia 5 de febrero ocupaba Zumalacárregui con seis batallones el valle situado cerca de los Arcos, entre Nazar, Piedramillera y Asarta, y esperaba con impaciencia tres batallones mas que al mando del gefe Gomez debian unírsele. La lentitud que tanto irritaba á Zumalacárregui fue solo de algunos minutos, debiendo tenerse en cuenta que aquella division para acudir al punto de la cita habia tenido que hacer una marcha de quince leguas. Lorenzo, que tenia á la sazon bajo sus órdenes á los gefes Lopez y Oráa con sus respectivas divisiones, habia pasado la noche en los Arcos; y advertido de esto Zumalacárregui, dió órden para que viniese á reforzar sus tropas la division de Gomez. A las doce del dia se presentó Lorenzo al frente de 10,000 hombres en la llanura de Asarta, y asombrado de no encontrar enemigos que combatir, avanzó hasta las alturas de Arquijas. Allí era en efecto donde le esperaba Zumalacárregui; y despues de haber intentado en vano pasar por el lado del puente, trabóse el ataque en tres puntos diferentes, á saber: en el puente de Arquijas, en Santa Cruz de Campezu y en los molinos de Santa Cruz. El ataque mas sangriento y mas reñido fue el del primer punto, que dirigió Lorenzo en persona, el cual, viendo que su artillería no producia el efecto que esperaba, dió con un batallon un vigoroso ataque á la bayoneta. A la violencia del empuje se desbandaron los carlistas, cuyo desórden se aumentó al ver que habia caido muerto el brigadier que los mandaba. Entonces Zumalacárregui voló á sostener á los que huian con el batallon de guias de Navarra; y lo hizo con tanto brio, que Tous, comandante del batallon, salió herido, y los soldados de Lorenzo se vieron arrojados á la otra orilla. Agotáronse las fuerzas de unos y otros en tan reñido combate, y la noche encontró á los dos ejércitos ocupando las mismas posiciones. Estenuado Lorenzo de fatiga, no quiso trabar al dia siguiente una nueva accion, y se replegó en buen órden sobre la Berrueza, llevando consigo 400 heridos, único y triste trofeo de la victoria que se prometia. Al dia siguiente, temeroso de que Zumalacárregui, envalentonado con el nuevo triunfo, intentase dirigirse sobre el mismo Mina, marchó hácia Pamplona despues de haber dejado fuertes guarniciones en Estella y los Arcos, y particularmente en esta última villa situada á la entrada de la rivera, cuyos muros servian de constante refugio á los soldados del ejército de la Reina.

Al aproximarse Oráa y Ocaña á Elizondo por el valle del Baztan, hemos dicho ya que el gefe carlista Reina para salvar las piezas de artillería á tanta costa fundidas, se vió en la necesidad de enterrarlas en un parage oculto del valle de Lanz. Tuvo Mina noticia de esta ocultacion; y como conocia toda la importancia que podia adquirir el ejército carlista auxiliado por tan poderoso elemento, penetró en el Baztan, y mientras las tropas de Lorenzo marchaban sobre Pamplona, practicó en el referido valle las mas activas pesquisas para descubrir el parage en que habian sido enterradas las piezas de artillería. Vanas fueron todas las diligencias empleadas por el general por descubrir lo que él consideraba, y era en efecto, un tesoro para la causa de D. Carlos, y solo despues de un detenido registro halló un grande mortero. Descontento del éxito de sus pesquisas, pensó en que podian darle razon del paradero de las piezas los paisanos que las habian trasportado. Fueron estos aprehendidos para que revelasen el sitio del escondite; y aunque hubieran deseado satisfacer la curiosidad del general para escapar de una muerte que veian ya como segura, no les fue posible hacerlo porque ignoraban completamente el sitio en que se habian ocultado los cañones; pues los soldados carlistas al emplearlos en esta operacion tuvieron buen cuidado de vendarles los ojos desde el momento en que los arrancaron de sus casas. Esta justísima escusa, que hubiera bastado como prueba de inocencia á cualquier general menos severo que Mina, lejos de convencer á este, le irritó mas y mas; pues la atribuia á culpable complicidad en la misteriosa ocultacion. Mandó por lo tanto que sin dilacion alguna fuesen fusilados cuantos paisanos se emplearon en el trasporte; y horrorizados los aldeanos de las cercanías de la crueldad de este mandato, corrieron á ponerse en salvo, guareciéndose en lo mas escabroso de aquellos montes. Ocurria esto en las inmediaciones de Doña María, que era el punto donde se suponia que estaban enterradas las piezas de artillería; y al ver Mina que no se encontraba en aquel pueblo ningun paisano, y que de no ejecutar algun castigo, tomaba cierto carácter de ridícula é infructuosa su pesquisa, trató de vengar en los ganados el supuesto crímen de sus dueños; y llevó á tal punto su anhelo de castigo, que hizo fusilar hasta los bueyes que habian servido para el trasporte.

Zumalacárregui, en cuyos proyectos nunca habia entrado atacar el fuerte de los Arcos, porque conocia con cuánta prontitud podia ser socorrido desde Pamplona, hubo de variar de pensamiento al saber que el general Lorenzo despues de su última retirada desde Arquijas habia

dejado los fuertes sin artillería, creyendo que no era necesaria, toda vez que se alejasen los carlistas en direccion del Baztan. Escitóle tambien á probar fortuna el deseo de demostrar á Mina por medio de algunos cañonazos cuán infructuoso era el afan con que se dedicaba á buscar las piezas de artillería, que tan lejos estaban de sus pesquisas y tan buen servicio iban á hacer en aquellos momentos. Ademas de la villa de los Arcos, tenian fortificada los generales de la Reina la casa aislada de Azcorbe; pero como no lo estuviese toda la poblacion, el 22 de febrero al medio dia la parte de ella que carecia de este requisito estaba ya ocupada por Iturralde con el primer batallon de Navarra. El tren de batir que en esta ocasion desplegaban los carlistas, aunque no muy completo, era de los mas respetables que hasta entonces habian podido presentar en casos semejantes. Componíase de un mortero de á trece pulgadas, de otros dos de á seis, de dos piezas de montaña y de un antiquísimo cañon de hierro de á ocho, al cual tomó Zumalacárregui gran cariño, y que contaba mas de un siglo de existencia, pues se habia desenterrado en Vizcaya en los primeros dias de la guerra por los naturales de aquel pais, á quienes constaba su permanencia en aquellos campos desde la guerra de la independencia. El 23 por la mañana se comenzó el ataque rompiendo el fuego sobre un cuartel y algunas casas fortificadas del pueblo, que defendian lo mas unos 500 hombres. La posicion de estas casas no era del todo desfavorable á sus defensores; pues estan próximas á una eminencia sobre la cual se levanta altivo un antiguo castillo que construyeron los romanos. Los proyectiles de los carlistas causaron sin embargo considerables daños en la masa de aquel caserío; mas la verdad manda decir en honor de los que lo ocupaban, que el sostenido fuego que dirigian á los soldados invasores, impedia que estos progresasen en su ataque. La artillería abrió por fin brecha en los muros, y penetrando por ellos algunos soldados, fueron tomadas la casa de Azcorbe y algunas otras. Este primer golpe no bastó para desanimar á los que con tanta bizarría resistian el ataque, los cuales trasladándose de un punto á otro segun lo exigia la necesidad, prolongaron obstinadamente su defensa. A medida que los carlistas avanzaban en el asalto, iban adelantando sus baterías hasta que las colocaron á tiro de pistola; y á la entrada de la noche cinco de las casas fortificadas estaban ya en poder de los sitiadores, obligando á los sitiados á refugiarse al hospital como á su último asilo. Trató Zumalacárregui de desalojarlos de él, y por órden suya el coronel D. Juan O'Donell atacó este edificio al frente de un batallon navarro, llevándole su temerario arrojo hasta los patios, de donde salió

con presteza para ponerse á cubierto de las granadas de mano que sobre él y su gente lanzaban los sitiados. Era ya muy de noche, y los fuegos sin embargo no disminuian. Un violento huracan que se levantó entonces acompañado de una fuerte lluvia vino á hacer la noche mas terrible y mas tenebrosa; y Zumalacárregui, impaciente por poner fin á tan obstinado sitio, viendo que hasta la circunvalacion del fuerte era inútil, mandó conducir á los fosos muchos haces de paja mezclados con guindillas, fruto muy comun en Navarra, y cuyo humo es tan sofocante é insoportable, que la muerte misma es preferible á sentir sus efectos. Escusado es decir que la intencion del general carlista era pegar fuego al hospital al dia siguiente por la mañana, si los que lo ocupaban persistian tenaces en no rendirse. Estos sin embargo, como si adivinasen el fin que les esperaba, quisieron evitar á Zumalacárregui este acto de dureza, y á favor de la oscuridad de la noche, de la violencia del huracan y del ruido de la lluvia, consiguieron fugarse por una puerta de socorro tomando la direccion de Lerin. Mas de tres horas tardó Zumalacárregui en saber la evasion; y tan luego como fue advertido de ella, mandó un destacamento de caballería á recorrer los campos en todas direcciones para perseguir á los fugitivos, de los cuales cayeron algunos en poder del destacamento, si bien los mas lograron salvarse. Los tristes resultados de esta fuga se pueden medir bien, recordando que quedaron abandonados y á merced de sus enemigos 250 entre heridos y enfermos, muchos equipajes, el vestuario completo del regimiento de Sória, 200 pares de pantalones, 12 cajones de cartuchos y gran cantidad de comestibles.

El rumor de este triunfo llegó muy pronto á D. Carlos, que á la sazon se hallaba en Zúñiga con su cuartel Real. Para saborear las delicias de la victoria resolvió hacer en los Arcos una especie de entrada triunfal, que se verificó en medio de las aclamaciones de aquellos soldados. Apenas llegó á la villa, señaló su entrada por un acto de clemencia, digno de todo elogio, aunque fuese dictado por sentimientos menos nobles que los de la humanidad, y producido acaso por el deseo de ejercer una de las mas bellas prerogativas de la soberanía. Todos los prisioneros, segun la sangrienta ley de represalias, debian ser pasados por las armas. D. Carlos con el beneplácito de su general les perdonó la vida, mandando ademas que los enfermos y heridos fuesen tratados con la misma consideracion que se dispensaba á los soldados de su ejército. Mas no paró aqui tan noble accion. El particular empeño que ponia D. Carlos en revestirse de todas las esterioridades de Rey para consolidar en

aquellas provincias su prestigio y alcanzar nombre de humano y generoso, le hizo manifestar á Zumalacárregui cuán de su gusto seria hacer una visita á los infelices heridos del ejército contrario que yacian en el lecho del dolor. Como era natural aprobó Zumalacárregui la idea de su Señor, y uno y otro fueron los primeros actores de una escena á todas luces tierna é interesante. Recorrian D. Carlos y su caudillo la sala en que se encontraban los heridos; un numeroso acompañamiento de oficiales y empleados de la corte seguian á los dos personajes, que examinando uno por uno á aquellos desgraciados, deteníanse á la cabecera de sus lechos para dirigirles palabras ó al menos miradas de consuelo. Ocurrió entonces un caso verdaderamente singular. Yacia en una de las



camas un granadero cuya herida calificaron los médicos de grave, augurando que era inútil que se emplease ningun remedio en un hombre que estaba ya próximo á la muerte. Este hombre, no obstante, al oir el ruido de los pasos de los que se aproximaban, se agitó en su lecho como si se viese atacado de una fuerte convulsion nerviosa; y cuando ya observó que le rodeaba D. Carlos y su comitiva, incorporóse á duras penas sobre su almohada, y reuniendo en los lábios las pocas fuerzas que le quedaban, dijo, dirigiéndose al grupo con voz moribunda aunque fuerte, y que revelaba toda la indignacion que hervia en su pecho: «¿Dónde está el feroz Zumalacárregui?» A esta esclamacion hay

quien dice que saltaron algunas lágrimas de los ojos del general, que como si se viese herido de un rayo, respondió con presteza dirigiéndose al herido: «yo soy el feroz Zumalacárregui»; y despues volviéndose hácia el Príncipe, se espresó en estos términos con voz entre indignada y conmovida: «Ya ve V. M. cómo nos calumnian nuestros injustos enemigos. Injustos los llamo, porque V. M. sabe muy bien que cuando he ejecutado actos de severidad, que el sosten y hasta el honor de nuestra causa hacian precisos, ha sido contra mi inclinacion, y solo cuando me he visto forzado á seguir funestos y repetidos ejemplos. He apelado, sin embargo, cuando la ocasion lo permitia, á la clemencia de V. M. en favor de algunas víctimas. Pero de nada ha servido mi generosidad; pues contra lo que revelan los hechos, este carácter de cruel que me echa en cara ese prisionero, es el que con injusticia se me supone en toda España.» Estas palabras pronunciadas con el acento de la verdad, hicieron honda impresion en cuantos las oyeron, contribuyendo en gran parte para rectificar entre aquellos prisioneros una opinion harto generalizada.

A los pocos dias de haber tenido lugar esta escena verdaderamente tierna, dirigióse Zumalacárregui con ocho batallones y 500 caballos al pueblo de Cirauqui. El proyecto del general carlista era descansar allí algunos dias, y prepararse para marchar al Baztan á continuar el sitio de Elizondo; pero hubo de variar de plan al recibir aviso de que una columna enemiga salia de Puente de la Reina dirigiéndose por el camino de Mendigorría. Mandó al punto tocar llamada, y formados los batallones y escuadrones, salieron precipitadamente pocos momentos despues, si no á perseguir, á hacer frente al menos á los soldados que se aproximaban. El brigadier D. Feliz Carrera mandaba la division que ya se divisaba por el camino citado. Zumalacárregui, conociendo todas las dificultades que no podia menos de ofrecer á las tropas de la Reina aquel terreno, deseaba atraerlas hácia sí; pues de esta manera conseguia al propio tiempo separarlas del puente que está sobre el Arga, que en caso de ser batidas les brindaba con una segunda retirada. Este hábil plan se malogró sin embargo por un ligero desacierto tanto mas de sentir, cuanto que eran raros los que el caudillo carlista cometia. Tuvo pues la indiscrecion de desplegar sus fuerzas en batalla mucho antes de lo que convenia; y sorprendido el brigadier Carrera de tan imponente espectáculo, cuando suponia á su adversario á muchas leguas de distancia, emprendió aceleradamente su marcha hácia Lárraga con el objeto de reconcentrar sus fuerzas con las divisiones de los brigadieres Lopez y Gurrea. La velo-

cidad con que ejecutó esta operacion, la mas prudente y la mas indicada, pues todo movimiento sobre Oteiza por la línea mas corta, aunque mas rápido, le ofrecia la dificultad de atravesar una vasta llanura, le facilitó tomar posicion en los olivares y tapias que estan próximas al rio en el puente de Arga, en aquella ocasion no vadeable, y en el lado opuesto al pie de la eminencia en que está situada Lárraga. Conoció Zumalacárregui lo importante de la posicion que su enemigo habia tomado, y acaso hubiera desistido de su propósito si la circunstancia de haber marcado ya su designio no le hubiera impedido retirarse. Pero esta operacion no era presumible en su orgullo militar; y comprometido ya, trató de forzar el paso del puente, intento inútil y que frustró Carrera rechazando con un fuego vivísimo y certero los esfuerzos de los carlistas. Viendo Zumalacárregui la inutilidad de estos, púsose animoso á la cabeza del puente: pero este acto de heróico arrojo que un general previsor debe prodigar pocas veces, fue sobre inútil, funesto, porque algunos oficiales de estado mayor quedaron tendidos en aquel punto. Lo mas racional hubiera sido renunciar á esta atrevida empresa economizando mucha sangre preciosa, porque era intentar un imposible tratar de desalojar á un enemigo parapetado detrás de un puente muy estrecho que era preciso atacar de frente, y que se veia protegido por la profundidad y por la rapidez de las aguas del rio. Zumalacárregui, sin embargo, estimulado por el ardor belicoso de sus tropas, se abalanzó como hemos dicho al puente con sus guias y los tres primeros batallones de Navarra, y aunque sostenido en su ataque por otros batallones, no pudo con todo su esfuerzo romper una línea de hombres que se defendian con la conviccion de que su suerte pendia de la conservacion del paso del rio.

Hacia ya tres horas que duraba el combate, cuando se vió llegar procedente de Oteiza la division del general Lopez, compuesta en su mayor parte de caballería. A Lopez siguió poco despues Gurrea, y entonces estando muy próxima la noche, no dudó Zumalacárregui suspender el ataque y emprender la retirada. Este movimiento se suspendió á poco, para que tuviese lugar de colocarse en el centro de la division el triste cortejo de los heridos, cuya marcha era preciso proteger. En una de las camillas de campaña donde eran estos conducidos, se veia al ayudante general D. Carlos de Vargas, que al dar una carga con algunos lanceros, recibió una grave herida que le hizo mas tarde perder una pierna. Iba en otra camilla un oficial francés llamado Mr. Ravageot, cuya cabeza sostenian dos de sus mejores amigos y compatriotas. Habia recibido este oficial una herida en el pecho que le causó la muerte, muerte que vió

venir tranquilo y resignado, porque hacia tiempo que la buscaba. Partidario entusiasta de la Vendée, habia pasado ansioso de gloria desde las humeantes ruinas de la Penissiere al territorio portugués, y de este á los campos de Navarra, donde encontró la gloriosa muerte que deseaba defendiendo la causa realista. A estas pérdidas sensibles debian agregarse hasta 400 hombres entre muertos y heridos, ascendiendo á 100 entre unos y otros la de las divisiones de la Reina, que contaron al coronel D. Santos San Miguel en el número de los segundos. Zumalacárregui, despues de haber protegido la marcha de los suyos, se replegó aquella misma noche sobre Cirauqui y Mañeru.

Un dia antes del suceso de Lárraga, una division carlista de 4,000 hombres acaudillada por el comandante general Eraso y su segundo Torres, se aproximó á Bilbao aprovechando la ausencia del general Espartero que mandaba aquella provincia y que marchó á Vitoria con el objeto de auxiliar las operaciones de Navarra. Intentaron, pues, atacar la plaza, lo que realizaron viniendo desde su posicion de Villaro en la madrugada del 7. El primer golpe que preparaba Eraso para dar mejor cima á su proyecto, era interceptar el pan que se conducia de los molinos para el consumo de la villa, lo que no pudo conseguir, porque diariamente salia una escolta de descubierta á recibir el pan, y esta rechazó al destacamento que mandó con este objeto. Frustrado este pensamiento, hizo avanzar una gran parte de su columna por el camino Real para atacar el barrio de Achirre que da entrada á Bilbao por el camino de Castilla. El gefe D. Miguel de Arechavala que ejercia á la sazon el cargo de comandante general y gobernador de la villa, se colocó en el fuerte de Larrinaga, el mas central de la línea. Mientras atacaban esta los carlistas, no olvidaban atacar los edificios de los molinos situados cerca de un cuarto de legua, y en que habia una débil fortificacion escasamente guarnecida, que tuvo que ceder á la tenacidad de los de Eraso, rindiéndose despues de haber empleado en destruirla un antiguo cañon. Treinta y cinco soldados fueron hechos prisioneros en este fuerte, y sin mas resultado despues de incendiar algunos molinos y de destruir las máquinas que allí habia para la elaboracion del pan, suspendió el general Eraso un ataque que la prudencia le aconsejaba no proseguir.

El general Mina, que tanto tiempo habia permanecido tranquilo en Pamplona, capital del Vireinato, encomendando á sus generales de division las operaciones que él meditaba, trató por algunos dias de salir de su inaccion, la cual ya habia interrumpido para investigar el paradero de los cañones. Trataba por entonces Zumalacárregui de observar la rive-

ra, y Mina concibió la idea de dirigirse sin obstáculo al Baztan. Calculó el general carlista que esto era muy posible, y se encaminó á Baldeollo con cuatro batallones y un escuadron. Verificóse este movimiento el 11 de marzo, y en la mañana del mismo dia salieron de Pamplona con 4,500 hombres los generales Mina y Oráa. Conociendo Zumalacárregui que llevaban la intencion de aproximarse á Elzaburu, que es la última aldea con que se tropieza antes de entrar en el valle de Ulzama, y que da principio al camino que por medio de bosques y montañas se prolonga mas de tres leguas, apostó el sesto batallon navarro en las espesuras de Oraquieta. Siguieron impávidos su marcha los soldados de Mina; y próximos ya á Elzaburu, viéronse de improviso atacados por los que los esperaban en Oraquieta, sufriendo notable pérdida. Serenos, no obstante el inesperado ataque, hicieron alto al declinar el dia en dicho pueblo, despreciando las hostilidades con que hasta el oscurecer los molestaron.

El general carlista pasó aquella noche en Ilarregui con cinco batallones navarros, habiendo dado órden de que dos batallones guipuzcoanos se hallasen situados en parage á propósito para cortar la retirada del enemigo en el puerto de Doña María, si como todo lo hacia presumir, continuaba en aquella direccion, debiendo otros cinco batallones salirle al paso si retrocedia sobre Pamplona. Esperaba ademas Zumalacárregui un refuerzo de tres batallones para hacer frente á Mina; pero el mal estado de los caminos impidió que llegaran á tiempo. Y aqui es de notar que la mayor parte de los cálculos que formaba Zumalacárregui en punto al movimiento de sus tropas, frecuentemente le salian fallidos por la sencilla razon de que las demas divisiones no marchaban nunca con la rapidez y maravillosa velocidad que la que él en persona conducia. No es esto decir que los demas gefes no hicieran notables esfuerzos por imitar las marchas rápidas de su general; pero por mucho que fuese su celo no podian ejecutarlas con la prontitud que requeria. Solo á él le era dado andar en pocas horas un gran número de leguas, porque tenia la costumbre de fijar á la fuerza que le acompañaba tanto tiempo para andar tal distancia, y su estraordinario ascendiente sobre los soldados era causa de que estos hiciesen todo lo que las humanas fuerzas son capaces de ejecutar.

Llegó por fin al siguiente dia el ansiado momento de que el general en gefe del ejército de la Reina viniese á consolidar ó á perder su fama de caudillo midiendo sus armas con las del general guipuzcoano, que por decirlo asi, se habia educado en su escuela. La accion que se prepa-

raba no podia menos de interesar mucho, porque iban á probar la justicia y solidez de su reputacion militar dos generales que se la habian labrado haciendo la guerra de montaña. La que ocupaba el pueblo de Doñamaría, en el Baztan, pareció á Mina una posicion sumamente peligrosa; y no obstante el número de sus fuerzas y el aplomo y seguridad que debian darle sus antiguos triunfos, vaciló en presencia del general carlista. Este, que tenia escalonadas sus tropas desde Ilarregui hasta el monte de Larramear, en el cual estaba situada su reserva, apenas notó la vacilacion de su antagonista, dió principio á su ataque con estraordinario vigor sobre el flanco izquierdo enemigo. En el modo de rechazarlo se vislumbró fácilmente el poco entusiasmo que aquel dia animaba á los soldados de Mina, y esta frialdad se propagó como si fuera una epidemia á las tropas carlistas. Tenian que marchar unos y otros soldados pisando media vara de nieve, y á cada momento se sepultaban sus pies en el fango producido por las lluvias de muchos meses. Al mismo tiempo que se veian precisados á luchar con estas dificultades caia sobre sus cabezas un copioso aguacero. Nada mas natural por tanto que sus corazones se hubiesen puesto en armonía con el cuadro sombrío que presentaba la naturaleza. En vano hizo Mina desesperados esfuerzos para apoderarse de las alturas que tenia á su izquierda; y cuando se vanagloriaba de haberlo conseguido por haber rechazado y dispersado á las guerrillas carlistas, vino á desvanecer su ilusion el general Zumalacárregui, que cediendo á un noble impulso de orgullo al observar la suerte de sus guerrillas, se lanzó á escape y sable en mano á ponerse á la cabeza de los que huian, dejando muy atrás á su estado mayor. Pocas palabras en el idioma del pais bastaron para producir un efecto mágico en aquellos soldados, que en el acto hicieron frente al enemigo. Observó entonces Zumalacárregui con júbilo que los tres batallones destinados á impedir la retirada sobre Pamplona aparecian por la espalda de los de Mina, dirigiendo nutridas descargas contra su caballería. En aquellos instantes la confusion llegó á su colmo; y se prolongó tanto, que en poco estuvo no cayese prisionero el mismo Mina, que debió su salvacion á las quebradas orillas de un arroyo con que tropezaron los que á él se dirigian. Pero su litera, su equipage de campaña y dos burras de leche que el anciano y achacoso general siempre llevaba consigo, no pudieron escapar de las manos de los carlistas. A favor de inauditos esfuerzos, y desplegando asi Mina como Oráa un tino y destreza singulares, lograron ordenar su retirada, la que llevó á cabo el antiguo general, valiéndose de un ingenioso ardid que reveló al guerrille-

ro de 1808. Este ardid le ocurrió en el momento en que se vió atacado; y recelando que los batallones carlistas del Baztan podrian haber recibido órden de cortarle la retirada cerca de Pamplona, se dirigió á Elío que era el gefe que los mandaba, con un oficio en que bajo la firma falsificada de Zumalacárregui se le prevenia que hiciera un movimiento del todo diferente del que debia ejecutar. Elío, que ni remotamente pudo imaginar el falso orígen del oficio, marchó á donde se le mandaba, y libre de enemigos el sitio por donde Mina y los suyos debian pasar, entró este general en el Baztan sin perder mas hombres que los que por haberse salido fuera de la carretera se metieron entre las nieves, y fueron víctimas despues del hambre y del frio. Antes de llegar á Pamplona logró Mina guarecerse en Gaztetu, en donde dió algun descanso á sus soldados, y pudo prodigar el cuidado que reclamaban sus heridos, que no bajarian de 200 sin contar con los que habian quedado en el campo de batalla. A 120 muertos subió la pérdida de los carlistas, pérdida inferior á la que sufrió la division de Mina, que no obstante la treta de guerra con que logró salvarla, se replegaba al Baztan desalentado porque el reciente descalabro le forzaba á interrumpir la campaña por algunos dias. Cuando estas tristes ideas templadas por el consuelo de no haberlo perdido todo asaltaban al general Mina, se dirigia Zumalacárregui animoso por la Borunda, lisonjeándose con la esperanza de que sus soldados rehabilitarian con la toma de Echarri-Aranaz su fama de denodados y valientes, que el mal éxito del primer asalto habia puesto en duda.



CAPITULO XIII.

Incendia el general Mina en su retirada el pueblo de Lecaroz.—Proclama que dirige con este motivo á los navarros desde Narbarte.—Entra ZUMALACÁRREGUI en el valle de Araquil.—Emprende el ataque de Echarri-Aranaz.—Recuerdos que escita en sus soldados este fuerte.—Tren de batir que despliegan los carlistas.—Los soldados de Valladolid se retiran al fuerte.—Tardío auxilio del general cristino.—Minas y contraminas.—ZUMALACÁRREGUI intima la rendicion al gobernador del fuerte.—La admite este, con honrosas condiciones.—Clemencia de ZUMALACÁRREGUI con los prisioneros.—Atenciones que les dispensa.—Temores del gobernador Mezquinez.—Honrosa certificacion que le da ZUMALACÁRREGUI para disiparlos.—Ataque de Olazagoitia.—El Rojo de San Vicente.—Estado de las tropas carlistas.—Batallon de guias de Navarra.—D. Carlos O'Donell se pone al frente de la caballería carlista.—Cartel de desafío que envia al brigadier Lopez.



MARCHABA el general Mina abatido y confuso pensando en su derrota, cuando al irse aproximando á un pueblo que podia considerarse como el nido protector de los carlistas, su abatimiento y confusion fueron calmándose para hacer lugar á la rabia y al corage. En mala disposicion iba por cierto el general cristino para no temer que se entregase á alguno de sus predilectos actos de rigor; y aquel pueblo que, como si estuviese predestinado á una gran catástrofe, se aparecia, por decirlo asi, en el triste camino que llevaba el general Mina, no podia dejar de ser la víctima destinada al sacrificio que aplacase en parte el vengativo y reconcentrado furor de los

vencidos. No se puede negar que Lecaroz, porque este es el pueblo á que aludimos, era un seguro y constante asilo de las tropas carlistas; se ocultaban en él armas y municiones; salian de su seno diestros y numerosos espías, y todos sus habitadores, desde el trémulo anciano que pisaba ya los umbrales del sepulcro hasta el tierno y candoroso niño á quien alumbraba la infantil aurora de sus primeros dias, todos en fin, lo mismo las débiles mugeres que los varones robustos, tenian incrustado en su corazon un entusiasta amor por la causa de D. Carlos y un ódio implacable y enconado al ejército que la combatia. Mina, que tanto conocia el espíritu de aquellos pueblos, sabia hasta qué punto llevaban los de Lecaroz su entusiasmo por los derechos del que llamaban su Rey: pero aunque esto hubiera sido para él hasta entonces un misterio, habria dejado de serlo al ver huir ante sus ojos todos sus habitantes, como si los arrastrara en la fuga un espíritu sobrehumano. Al contemplar el general este espectáculo de terror y esta muestra de ódio, aceleró el paso, y reuniendo á la ira que habia atesorado en el combate la que le producia la conducta de los moradores de Lecaroz, entró en el pueblo con los ojos chispeantes de furiosa cólera, y despues de quintar á sus vecinos, fusilando á los desgraciados que, víctimas de una insensata confianza, no quisieron abandonar los hogares donde tenian una esposa recien parida ó un niño enfermo, mandó incendiar aquellas pobres casas, impulsado no menos que por el deseo de la venganza, por el falso convencimiento de ser este un remedio heróico, error en que contribuyó á afirmarle la triste celebridad que le conquistára en otro tiempo la quema de Castellfolit.

Descansó aquella noche Mina en Narbarte, donde estableció su cuartel general; desde allí, y como para que no se malograse el efecto, que segun él debia ser mágico, del incendio del pueblo que no se cansaba en calificar de rebelde, dirigió su voz á los navarros en una proclama concebida en estos términos, y que se hace notar por la franqueza con que confiesa el general todo lo horrible y verdadero de sus actos.

Navarros: «Al entregarme del vireinato y mando del ejército, os »dije que me condolia de los males que esperimentabais, y que me la»mentaba como paisano vuestro de las desgracias que afligen al pais que »me vió nacer: os convidé con la paz, manifestándoos que un velo »eterno cubriria lo pasado, si dóciles á mi voz terminabais las disensio»nes que fomentan los que anhelan enriquecerse á costa de vuestra san»gre; y en fin, concluí asegurándoos que ejecutaria castigos ejemplares, »si pertinaces subsistiais en la obcecacion. Desgraciadamente llegó este

»caso, y en el dia de hoy principia la verdadera guerra en Navarra. El »pueblo de Lecaroz, infiel á S. M. y á la patria, protector decidido de »los enemigos que la devoran, ocultador de sus armas y municiones, »quebrantando todas las leyes vigentes, fugándose sus moradores al »aproximarse las tropas, y no dando parte de nada á las autoridades le»gítimas, segun está prevenido, fue entregado esta tarde á las llamas, y »sus habitantes quintados y fusilados en el momento, en justo castigo »de sus delitos. Igual suerte espera á toda poblacion ó individuo que si»ga el ejemplo de Lecaroz, y con la fuerza de las armas daré fin á una »rebelion criminal, pertinaz y vergonzosa, si no os reunís á mí, que aun »estoy dispuesto á perdonar. ¡Navarros! recordad que sé cumplir lo que »prometo. Cuartel general de Narbarte 14 de marzo de 1835.=MINA.»

A estas sangrientas palabras se manifestaron sordos los navarros; y si acaso las oyeron, fue solo para jurar venganza al que las pronunciaba. Y ciertamente que tenian fundado motivo para llevarla á cabo los que veian asesinados sus padres, atropelladas sus esposas, é incendiados sus hogares por la aterradora severidad de sus contrarios. Catástrofes tan inauditas no podian menos de sublevar los ánimos contra sus autores, ahondando mas y mas el abismo de sangre que á los dos partidos separaba. Este sistema devastador no puede encontrar defensores entre los españoles: y hasta los estrangeros, al ver la funesta perseverancia con que se seguia, lanzaron un grito de horror que produjo mas tarde el ansiado remedio, poniendo término en alguna manera á tan cruentos sacrificios.

El giro feliz que iba tomando la causa carlista impulsó á ZUMALACÁRREGUI á tomar la ofensiva en la próxima campaña de primavera, y se decidió á atacar todas las guarniciones enemigas que como otros tantos lunares empañaban la fidelidad que aquellas provincias habian jurado al que miraban por su legítimo soberano. El dia 14 de marzo, el mismo dia en que se elevaban hasta las nubes y se confundian con ellas las humaradas del incendio de Lecaroz, entraba ZUMALACÁRREGUI en el valle de Araquil despues de dejar rotos á su espalda los puentes de Erboz y de Irurdiaga. La primera guarnicion á cuyo ataque se dirigió decidido el general carlista, fue la de Echarri-Aranaz, donde deseaba tomar satisfaccion cumplida del revés que en aquel mismo sitio habia sufrido algunos meses antes. Uníanse ademas á aquel fuerte, como ya saben los lectores de esta historia, recuerdos tan dolorosos para su corazon, que nunca pasaban ZUMALACÁRREGUI y su batallon de guias por la altísima y casi siempre nevada cadena de montañas que separa la Borun-

da de las Amézcoas sin que los semblantes del general y de los soldados se cubriesen de una sombría tristeza. Estos últimos sobre todo temblaban siempre al pasar por aquel sitio, porque recordaban el momento en que formados en cuadro en la cima de la sierra que domina á Echarri-Aranaz, les dirigió ZUMALACÁRREGUI colocado en su centro terribles y severas palabras. Estas palabras aun resonaban en sus oidos, y al pisar aquellas montañas donde la fortuna se les mostró tan ingrata, creian escuchar la voz atronadora de su general, cuando en aquel dia tristemente célebre esclamaba dirigiéndose á ellos con desprecio mezclado de furor: «¡Voluntarios, pienso que he tenido demasiada confianza en vues»tro valor y vuestra constancia para llevar á feliz cima la obra difícil, »pero sin embargo posible, del triunfo de Carlos V. Decidid vosotros: »¿quereis que os envie á vuestras casas? Al instante disuelvo los batallo»nes. Solo temo que al llegar á vuestros hogares oigais á vuestras mu»geres é hijos que os llamen cobardes é indignos del nombre de navar»ros. Bien podeis decirles que no teniais armas ni municiones; pero »ellas os contestarán que armas y municiones habia en Echarri-Aranaz, »y que por ser cobardes no os habeis apoderado de ellas. Vamos, de»cid, Voluntarios, ¿quereis poner fin hoy mismo á la gloriosa lucha que »hemos empezado, ó quereis continuar defendiendo la causa sagrada »del Rey nuestro Señor?» ¡Viva Carlos V! gritaron todos los batallones.

«Voluntarios, una vez que estais bien decididos á batiros por Car»los V, lo estoy yo tambien como general á no dejar de emplear nin»gun medio, por penoso que pueda ser, para llegar al término de nues»tra empresa. Mi deber es castigar á los cobardes y recompensar á los »valientes. Las compañías del batallon de guias que se han deshonrado »serán diezmadas; los oficiales pierden su grado: que salgan de las fi»las y se quiten de mi presencia. ¡Son cobardes!»

Estas palabras que tan honda impresion causaron en su tiempo á los soldados carlistas que aun las conservaban indelebles en su memoria, animaron mas y mas su brioso entusiasmo, y al recordarlas con involuntario estremecimiento, juraron todos interiormente no dar motivo á que se pronunciasen en aquel sitio otras semejantes.

Apenas llegó la division carlista al frente de Echarri-Aranaz, ZUMALACÁRREGUI desplegó su tren de batir, que en esta ocasion como en todas era escaso, pues se componia solo de un mortero de á siete pulgadas y del cañon de á 18, al cual se daba por su respetable antigüedad el nombre de *el Abuelo*. Situado este cañon frente á la calle principal, comenzó á hacer disparos sobre una antigua posada á cuyo alrededor se habian

formado algunos reductos; pero no era preciso el fuego de cañon de tan grueso calibre para dar cima al comenzado sitio. Bastaba, y tal vez servia mejor para el objeto el mortero, pues los partidarios de la Reina al construir aquellas fortificaciones, como se propusieron solo resistir á un golpe de mano ó á un ataque verificado con piezas de campaña, no habian previsto que los sitiadores pudieran hácer uso en lo sucesivo de las bombas, y por consiguiente habian omitido las precauciones de costumbre. Zumalacárregui, que no ignoraba esto, conoció toda la importancia que tenia su mortero. Trescientas bombas de á siete pulgadas arrojó éste en los cuatro dias que duró el sitio, muchas de las cuales reventaron al dispararse con muerte de varios artilleros, porque sobre ser imperfecta su construccion, eran en estremo malas las espoletas. Tambien el *Abuelo* despues de causar algunos estragos en la poblacion, vino á concluir ante los muros de Echarri-Aranaz su gloriosa existencia, pues reventó causando la muerte á uno de los artilleros.

Los soldados del regimiento de Valladolid, que en número de cuatro compañías y algunos caballos defendian el pueblo, al ver los destrozos causados por las bombas, se replegaron al fuerte, incendiando para inutilizarlas las casas que hasta entonces habian ocupado. Al retirarse á esta posicion estaban decididos aquellos pocos válientes á sostenerse con denuedo, porque confiaban en que el general Mina vendria á socorrerlos. Este general, que habia recibido en Elizondo, donde acudió á poner término al sitio, la noticia del ataque de Echarri-Aranaz, abandonó aquel punto el dia 20 sin completar aun las medidas que creia necesarias para asegurarse sólidamente el dominio de aquel pais. Dirigióse á Pamplona; y apenas llegó á esta plaza, confirmadas las noticias que tenia de la situacion de dicho fuerte y de su guarnicion, dispuso la pronta salida de fuerzas para auxiliarlos; auxilio tardío como veremos despues. Terrible espectáculo presentaba el sitio de Echarri-Aranaz. El ruido de los disparos, la luz que esparcian la bombas al caer, los fogonazos de las descargas, la animacion y el movimiento de los sitiadores, todo en fin habia escitado en tan alto grado la curiosidad de los habitantes de aquellos pueblos, que los aldeanos de algunas leguas en contorno acudian presurosos á ser testigos de la destruccion de los que llamaban sus tiranos; y era su contemplacion tan candorosamente estúpida, que seguian con sus ojos á las bombas que cruzaban por el espacio, y cuando veian caer alguna dentro de una casa lanzaban feroces gritos de alegría.

Zumalacárregui, resuelto á apoderarse de Echarri-Aranaz á toda costa, pues un segundo descalabro en aquel punto hubiera amenguado

mucho su prestigio, no habia confiado tan solo en el ataque para salir airoso de su empresa. La facilidad de que la guarnicion del fuerte fuese socorrida, no se habia ocultado á su genio perspicaz. Para hacer por tanto estéril todo auxilio encomendó la construccion de una mina, que en caso de apuro hiciese volar el fuerte, al inteligente ingeniero francés Mr. Lacour. Mientras este hacia progresar la mina, el mismo Zumalacárregui dirigia el uso del mortero; pues siendo necesaria la presencia



de Reina en el taller de las fundiciones, escaseaban tanto los oficiales de artillería, que no habia mas que uno al frente del sitio. En vano el brigadier Montenegro manifestó una y otra vez al general carlista cuánto esponia su preciosa vida; en vano se le hizo presente la facilidad con que podia ser herido por los cascos de las mismas bombas: Zumalacárregui desatendia todos los consejos, y fijo su pensamiento en Echarri-Aranaz, despreciaba todos los peligros. Esta serenidad que nunca le abandonaba, llegó á tal punto en la ocasion á que nos referimos, que como reventase uno de los proyectiles á tres pasos de la boca del mortero, causando la muerte á un artillero á quien llevó la cabeza é hiriendo gravemente á otro, el general carlista sin moverse del sitio en que se ha-

llaba, y dirigiéndose á un grupo de oficiales que estaba cerca de él, pronunció por toda señal de sorpresa estas palabras que claramente aludian á los encargados de la fabricacion de las bombas: «¡Qué malos artilleros tenemos!»

Seguia en tanto el fuego de fusilería y de metralla entre sitiados y sitiadores: en vano se vieron estos últimos reforzados el segundo dia de su ataque por un cañon de á ocho, que colocaron á veinte pasos del foso del fuerte, porque los tiros certeros del enemigo hacian imposible que nadie se aproximase á dispararlo. El trabajo de la mina continuaba con actividad por debajo del foso; y como descubierta por los del fuerte, empezasen á contraminarla, se emprendió la construccion de otra por debajo de la parte opuesta del castillo.

Acababa el ingeniero francés de colocar dos barriles de pólvora en el hornillo, cuando el ruido que al contraminar hacian los del fuerte vino á turbarle en una operacion, cuyo término trató de apresurar, no obstante el poco cuidado que le daba la contramina, de la cual esperaba muy pocos resultados. Una catástrofe en aquel momento ocurrida vino á probar que el cálculo del oficial francés no era tan matemáticamente exacto. Cayó una inmensa mole de piedra sobre la cabeza de uno de los soldados que le ayudaban en su trabajo, y desprendida la mole vieron una cosa á la cual no podian dar crédito sus ojos: tan imprudente y peligrosa era. Vieron una vela encendida que bajando atada al cabo de una cuerda por una abertura practicada entre la mina y la contramina, caia perpendicularmente sobre un monton de pólvora que estaba derramada en el suelo. El peligro de esta imprudencia era tal, que una sola chispa desprendida de la vela hubiera bastado para aniquilar en un momento á sitiados y sitiadores. Apenas se apercibió el ingeniero Lacour del inminente peligro que corrian todos, impulsado por un movimiento de estraordinario arrojo que el instinto de la conservacion le dictó sin duda, se abalanzó atrevidamente á coger la vela y la apagó con los dedos. Concluida esta operacion arriesgada, oyéronse cerca de la mina las voces de los del fuerte; y temiendo Lacour que estos la prendiesen fuego por la abertura, con objeto de hacerle volar con toda su gente, púsose en salvo con tal precipitacion, que como le sorprendiese al general Iturralde ver entre los fugitivos al ingeniero francés, detúvole lleno de cólera para decirle que estrañaba mucho que se contase entre los que huian quien de tan valiente se preciaba: indignado entonces el valiente oficial al contemplarse objeto de interpelacion tan brusca, respondió con la bravura y serenidad que le daban la justicia de su fuga: «General, no me

espanta morir; pero no quiero que me maten y me entierren á un mismo tiempo.»

Asi que la contramina llegó á tocar á la mina, reventó esta con horrible estruendo, haciendo saltar una empalizada, un grueso trozo del muro y varias casas vecinas. Divisóse entonces la brecha de que tanta necesidad habia para asaltar la plaza sin gran pérdida; pero como aun podia haber alguna, no quiso Zumalacárregui proceder al asalto hasta que estuviese terminada la otra mina, lo que debia tardar muy pocas horas. Llegó este caso en la madrugada del siguiente dia; y animado el general carlista de un sentimiento de humanidad laudable, con la mecha ya encendida para prender el fuego, envió un oficial con el carácter de parlamentario para poner en conocimiento de los sitiados que si no se entregaban á discrecion en el término de diez minutos, reventaria otra mina, y abiertas las necesarias brechas, entrarian sus batallones al asalto. El comandante del fuerte, militar antiguo y hombre enérgico, que se habia defendido desesperadamente por espacio de cuatro dias, viendo que no se le socorria, que llevaba perdida una tercera parte de su gente, y que no podia guarecerse detrás de las murallas derribadas por la artillería carlista, se decidió á capitular el 19 por la mañana. Exigia el comandante en la capitulacion las honrosas condiciones que en tales casos se acostumbran, y el caudillo carlista, que conocia bien lo desesperado de su situacion, le contestó que no le quedaba otro partido que el de rendirse sin ningunas.

La vista del oficial parlamentario sublevó los ánimos de los soldados carlistas, que juzgando ya próximo el triunfo rechazaban toda proposicion de acomodamiento, y esperanzados en las consecuencias del asalto pedian con descompasadas voces que se diese pronto, y que no se concediera cuartel á ninguno de los sitiados. Estos, sin embargo, continuaban animosos entre las ruinas, y de seguro hubieran prolongado su resistencia, si la pérdida de 40 hombres que les causó la esplosion de la segunda mina no hubiera disminuido sus fuerzas, menguadas ya por el fuego de los sitiadores y por la fuga á que habian apelado algunos de sus camaradas consternados por la comtemplacion de tantas desgracias. Los que se habian escapado del fuerte se apresuraron á decir á Zumalacárregui que los contase como rendidos. Cuando esto sucedia aun no habia dado su respuesta el gobernador del fuerte; pero el proceder en parte disculpable de sus subordinados, dando pábulo á que se desbandáran los que aun permanecian decididos, le obligó á declarar su rendicion bajo las mas honoríficas condiciones. El segundo batallon

navarro se posesionó en seguida del fuerte y recibió las armas de la guarnicion.

El espectáculo que presentaba el interior del castillo era verdaderamente lúgubre. Fortificaciones destruidas, escombros que obstruian el paso, y cadáveres mutilados era lo que se encontraba por todas partes. En la plaza del castillo esperaban el anuncio de su suerte los 438 individuos de la guarnicion, y pasaron algunas horas entregados á la mas cruel incertidumbre. Una circunstancia feliz tenian en su favor los prisioneros: tal era la buena disposicion de ánimo del general carlista, que sa-



tisfecho de verse ya con la artillería, cuya posesion habia sido el blanco de su deseo, en vez de entregarse á la ejecucion de castigos, queria por medio de actos clementes y generosos hacer partícipes de su satisfaccion hasta á los mismos vencidos. Concedióles, pues, á mas de la vida, la libertad de dirigirse á donde mejor les conviniese; resolucion que oyeron llenos de alborozo los pobres prisioneros, y que arrancó del fondo

de su corazon gritos y aclamaciones de júbilo y reconocimiento. Aquellos hombres, que pocos momentos antes se creian pisando ya los umbrales del sepulcro, al contemplarse libres y salvos, abrazaban en el esceso de su alegría á los soldados carlistas, con quienes amigablemente compartian como si nunca hubiesen sido enemigos. Unos y otros paseaban entremezclados por los alrededores del fuerte; contábanse mútuamente sus hazañas y sus cuitas, y comian unidos los ranchos que, preparados solo para los carlistas, habian tenido estos la galante generosidad de partir con sus nuevos camaradas.

Algunos prisioneros, aunque en número escaso, cautivados del obsequioso trato de Zumalacárregui, abrazaron la causa que este defendia, y se alistaron bajo sus banderas. Los gefes y oficiales en número de nueve fueron convidados á comer por el general carlista antes de marchar á Pamplona, á cuya ciudad habian pedido se les condujese. Durante la comida, el comandante Mezquinez, cuyo valor personal y brillantes cualidades de mando habian encantado á Zumalacárregui, mereció de este las mas finas atenciones y los mas delicados obsequios. Levantados los manteles, notó el general carlista que Mezquinez, abrumado por una profunda tristeza, apenas encontraba palabras con que corresponder á las lisonjas de que por parte de Zumalacárregui era objeto; y como le preguntase este qué podia dar márgen á la pena que se reflejaba en su semblante, cuando volvia libre y con honra al seno de los suyos, contestóle el ex-gobernador de Echarri-Aranaz con estas notables palabras: «Mi general, V. E. ha sido testigo de la decision con que he procurado corresponder á la confianza del gobierno de mi Reina. El fuerte de Echarri-Aranaz se ha defendido hasta el último estremo, y solo despues de estar derruido y convertido en escombros, he aceptado la rendicion. Esta verdad que atestiguan esas ruinas, será acaso puesta en duda, y tal vez mis gefes superiores atribuyan á cobardía el acto mas honorífico y mas distinguido de mi carrera militar. Este temor fundado me entristece, porque nada en el mundo puede haber para mí mas sensible que ver empañados tantos años de servicio por la accion que mas los ennoblece.»

Oyó el general carlista con marcada atencion las sentidas palabras de su bizarro prisionero, y para disipar sus temores estendió en el acto una certificacion escrita toda de su propio puño, que al mismo tiempo que le sirviese de escudo contra toda clase de injustas interpretaciones, fuese un testimonio honroso que perpetuase en sus descendientes el recuerdo de su lealtad y de su bizarría. La certificacion estaba estendida en estos términos:

«D. Tomás Zumalacárregui, caballero gran cruz de la Real y militar »órden de San Fernando, teniente general de los Reales ejércitos, gene»ral en gefe del ejército Real de Navarra, y gefe de E. M. G.: Certifico »lealmente que D. Joaquin Mezquinez, comandante en las filas rebeldes, »y gobernador del fuerte de Echarri-Aranaz, se ha defendido con el »mayor esfuerzo, del mismo modo que la guarnicion compuesta de cua»tro compañías del provincial de Valladolid y de una de artillería, des»de el 14 del corriente hasta el dia de la fecha, sin que les impidieran á »prolongar la defensa ni las 300 bombas y 200 cañonazos que recibió »el fuerte, ni la considerable brecha que produjo la esplosion de una »mina. D. Joaquin Mezquinez y los demas oficiales y tropa de la guarni»cion se han conducido como bizarros militares, y no han entregado el »fuerte hasta estar derruido. He tenido por conveniente dar este testi»monio al valor y acierto que han desplegado en la defensa, estendien»do la presente certificacion en mi cuartel general de Echarri-Aranaz á »19 de marzo de 1835.=Tomás Zumalacárregui.»

La esperiencia demostró bien pronto que los temores del gobernador Mezquinez no habian sido infundados; pues todo el tiempo que continuó el general Mina al frente del ejército, pasaron el gobernador y los oficiales por la amargura de ver desconocidos sus servicios, hallando en una prision la recompensa de valor tan acrisolado.

Despues de la toma del fuerte de Echarri-Aranaz marchó Zumalacárregui á atacar el de Olazagoitia, que dista poco de aquel punto, y está situado sobre el camino de Pamplona á Vitoria. A las siete y media de la noche del dia 19 de marzo encontrábanse ya los carlistas en las calles de este pueblo, y á la mañana siguiente tenian ya colocada su batería en el Calvario, á distancia de 200 varas. Preparado el gobernador del fuerte para su defensa, se rompió por órden de Zumalacárregui un horroroso fuego con un cañon de á doce y otro de á cuatro contra las aspilleras; fuego al cual opuso el gobernador el de su infantería y el de un cañon de montaña situado en la torre, causando á los carlistas notables daños. En la madrugada del 21 volvieron los carlistas con mas brio al ataque, rompiendo el fuego con el cañon de á doce, situado en la casa inmediata al camino Real, distante 100 pasos del fuerte, con otro de á cuatro en otra casa contigua, y un obús colocado en una batería separada y cubierta por un edificio á distancia de 80 pasos. Desmontada por tan nutrido fuego la del fuerte, quedó por la tarde enteramente demolida, obligando á su gobernador á retirar á la iglesia el único cañon que le quedaba. En esta situacion Zumalacárregui, que tenia sus tropas dis-

puestas para el asalto, las hizo avanzar hasta el tambor de la entrada principal, colocándolas debajo de la batería arruinada que estaba en direccion opuesta. A cubierto asi de los fuegos del fuerte, y protegidos por los suyos que se multiplicaban desde las casas, trataron los carlistas de romper la puerta, lo que no pasó de una tentativa, porque el gobernador con prevision laudable habia terraplenado la comunicacion interior, y apercibiéndose entonces de que podia ofenderles desde la torre, subió á ella con granadas de mano, que arrojadas una tras otra sobre los que querian forzar la puerta, los obligó á desistir de su empeño con lamentables pérdidas.

Suspendióse el ataque por algunas horas, y á las ocho de la noche, como se sintiesen golpes dentro de tierra hácia la batería, conoció el gobernador que ZUMALACÁRREGUI, desesperanzado de apoderarse del fuerte por medio del asalto, se ocupaba en minarlo. Dió por tanto principio á la contramina; y trabajando sin descanso oficiales y soldados, tuvieron la fortuna de acertar con la obra de los carlistas, que tardó poco en ser destruida. Por algunos dias continuó el fuego de cañon y de fusil; y fatigado por último el general carlista de ataque tan largo como infructuoso, se retiró haciendo desfilar á la vista de la guarnicion cuatro batallones navarros por la vanguardia del fuerte, y tres vizcainos por la espalda, siguiéndole poco despues Villarreal, que para hacer un alarde de fuerza se habia quedado sosteniendo el sitio con un batallon alavés.

Cuando el general Mina dió vista al fuerte de Olazagoitia, ya distaba algunas leguas de este punto el general carlista; y despues de haber reconocido el fuerte y de ver arruinadas todas sus obras esteriores, apagados por consiguiente sus fuegos, inutilizadas dos de las tres piezas que le defendian, y levantado el pavimento de la iglesia para hacer cortaduras y parapetos, creyó lo mas oportuno, y en efecto lo era, sacar de allí la guarnicion y salvar todos los efectos de boca y guerra, abandonando una fortificacion de poca importancia á su juicio, de ninguna utilidad para las operaciones ulteriores no existiendo el de Echarri-Aranaz, y cuya reparacion debia ocupar algunos dias.

Al amanecer del dia siguiente se dirigió un batallon de infantería con 30 caballos sobre Olazagoitia, para proteger la marcha del convoy donde debian conducirse las acémilas y bagajes aprehendidos. Llegaron el convoy y la escolta á Alsasúa á las dos de la tarde, sin mas obstáculo que el de un corto tiroteo trabado por las compañías que flanqueaban la derecha de la columna, las cuales se encontraron en el bosque contiguo al pueblo de Arbizu con una partida de carlistas que mandaba el intré-

pido oficial D. Victoriano Cordeu, vulgarmente conocido por el Rojo de San Vicente. Por el color de sus cabellos y por el pueblo de su naturaleza se le daba este nombre; y habiendo adquirido una reputacion de sagaz y esforzado desde la guerra de 1822, en que siendo simple soldado del regimiento de Toledo, desertó de este cuerpo y se unió á una partida realista, tenia el especial encargo de vigilar de contínuo el camino Real que atraviesa los valles de Araquil y de la Borunda. Este era el teatro de sus proezas, y desde él molestaba y causaba no pocas pérdidas á los soldados sus enemigos, á quienes impunemente batia á favor de lo privilegiado de aquel terreno. En esta ocasion sin embargo no fue grande el daño que causó á los conductores del convoy.

Las últimas victorias que el talento y perseverancia de Zumalacárregui conquistaron para la causa de D. Carlos, dando algun respiro á la pelea, permitieron que el general se dedicase por algunos dias á la reorganizacion de su ejército. Al efecto concluyó de organizar los nuevos batallones navarros armados con los fusiles del convoy apresado en Fuenmayor, y confió al general Eraso, á quien guardaba las mayores consideraciones, y de quien tenia el mas alto concepto, el mando de una columna compuesta de tres batallones destinada á operar en la parte del pais que mas conocia Eraso, á saber: los valles de Orbaz, Aoiz y Lumbier. El brigadier Gomez, tan célebre despues por sus espediciones y correrías, pasó á ocupar el puesto que Eraso habia dejado vacante en Vizcaya. En tanto el activo gefe Sagastibelza maniobraba con los batallones tercero y octavo sobre los valles del Baztan, Santisteban y pueblos fronterizos á Francia. Mancho amagaba con otros tantos batallones desde el Roncal al alto Aragon, y los gefes Guibelalde, Navarro, Iturriza é Iturriaga al frente de los batallones guipuzcoanos permanecian en la provincia que les daba nombre. Pero de todas cuantas fuerzas concurrian á desarrollar los planes de Zumalacárregui, ninguna es mas digna de fijar la atencion que el célebre batallon de guias. Los felices resultados que produjo para la causa carlista, no correspondieron ciertamente á la desgracia que presidió á su creacion. Databa esta desde que tuvo lugar la primera tentativa contra el fuerte de Echarri-Aranaz; pues entonces, deseando Zumalacárregui rodearse de soldados fieles y bizarros, formó el resuelto batallon sobre la base de las dos compañías que ya existian. Entraron á componerle en gran número los soldados de la escolta de la junta gubernativa de Navarra y otros elegidos de los demas batallones entre los que mas fama de valientes tenian. En la eleccion de los oficiales se procedió de la misma manera; y asi el nuevo

cuerpo, á cuya formacion concurrieron tan buenos elementos, tardó poco en adquirir la justa celebridad que aun hoy conserva despues de haber desaparecido.

Cuando se creó este batallon, trataron algunos de aconsejar á Zumalacárregui que le diera su nombre; pero no hallando acogida estas pretensiones en su modestia, prefirió darle el de guias de Navarra, para ensalzar las glorias de un pais al cual profesaba un particular cariño. Previsor sin embargo en todas ocasiones, no imitó el ejemplo de otros generales que acostumbran á conceder á las tropas que forman su constante guardia odiosos privilegios, que enagenándolas la simpatía de los demas cuerpos, son gérmen fecundo de rivalidades y de pugnas. Así el batallon de guias, aunque podia llamarse su batallon favorito, no obtuvo ningun género de preferencia sobre los demas; preferencia que hubiera sido injusta, y que no podria menos de ceder en mengua de los que á impulsos del entusiasmo se crearon en los primeros meses de la guerra. Mas por grande que fuera el propósito de Zumalacárregui en no conceder á los unos privilegios que los malquistase con los otros, algunos disfrutaba el batallon de guias que nadie le podia disputar. Privilegio y muy honroso era desde luego acompañar siempre al general en gefe en sus espediciones y en sus marchas, hacer esclusivamente la guardia en su cuartel general, escoger vestuario y alojarse los primeros en los pueblos á donde llegaban. Estas justas preeminencias que á los guias de Navarra se concedian, hacian mirar como un premio á oficiales y soldados la entrada en este batallon, el cual ocupando siempre el puesto mas avanzado en las marchas y en los combates, sufria continuas bajas y ofrecia á los aspirantes la colocacion que ambicionaban. Otro de los fines que al crear este batallon se propuso Zumalacárregui fue no estropear á sus batallones con rápidas marchas, y emplear en ellas los hombres mas fuertes y robustos del pais. Asi, como iba unida á mayor consideracion mas penosa fatiga, no solo entraban en este cuerpo los que ardian en deseos de acreditar su valor, sino que eran destinados á él como simples soldados ya los oficiales y sargentos de otros cuerpos que no habian llenado cumplidamente sus deberes, ya los que el dia de un combate, dando deshonrosa muestra de cobardía, cejaban á la vista del peligro. Estos soldados que lo eran por castigo, cuando con repetidos actos de valor habian lavado la mancha que imprimieran sobre sus frentes anteriores faltas, volvian á ser colocados en sus antiguos empleos, saliendo á veces si se habian distinguido de un modo brillante con honores y hasta con grado superior al que antes tenian. Puede por tanto

decirse que el batallon de guias de Navarra era un plantel y una escuela de valientes; y asi, con el objeto de generalizar sus buenas prendas militares entre los demas batallones, se permitia á todo voluntario que llevaba en una charretera ó condecoracion la patente de esforzado, dejar el batallon de guias, para ir á continuar sus servicios en el que mas le acomodase. En fin, para que no obstante el aparente sistema de igualdad entre todos los batallones carlistas, gozasen los guias de Navarra del privilegio que su valor les daba, vestian como para distinguirse de los demas, un uniforme especial, pues usaban capote gris con vueltas amarillas, voina encarnada y pantalones del mismo color.

La creacion del batallon de guias de Navarra, escitando una justa rivalidad en las demas provincias Vascongadas, impulsó á cada una de ellas á formar su batallon de guias. Pero ninguno pudo colocar tan alta su reputacion como el de Navarra; y si algunos otros, merced á su disciplina y á sus repetidos actos de valor, tuvieron la pretension de irle á los alcances, fueron sin duda el tercer batallon de la misma provincia, llamado del Requeté, por la cancion guerrera que sus soldados entonaban, y el sesto batallon navarro, que era tambien uno de los que por su buena organizacion merecia mas las simpatías del general en gefe. En un principio dispensó tantas á estos tres batallones, que eran los únicos que recibian prest; pues no permitian las escaseces del erario carlista dar á los demas cuerpos otra cosa que su vestuario y su racion. Mas adelante cuando las circunstancias mejoraron algun tanto, disfrutaron los soldados un real de vellon diario sin descuento.

Dióse á conocer por aquellos dias en el campo de D. Carlos un bizarro oficial de caballería, que fue servidor celoso de su causa en los primeros albores, y á quien habia precedido desde París una fama honrosa de inteligencia y de denuedo, adquirida en la organizacion del arma de caballería. Aprehendido por la policía francesa por viajar con un pasaporte falso, contábase como una anécdota curiosa la sagaz defensa que él mismo habia hecho ante uno de los tribunales de París para librarse del castigo correccional que se le trataba de imponer. Coincidió con la llegada de este jóven bizarro al campamento carlista, la de otros varios oficiales de la Guardia Real de caballería, y algunos guardias de Corps, que separados de sus cuerpos por sus opiniones realistas, quisieron justificar ofreciendo sus espadas á D. Carlos, que no en vano habian inspirado recelos al gobierno de Madrid.

Poco tardó D. Carlos O'Donell en volver á adquirir la influencia y el ascendiente que un tiempo tuvo, y que no podian menos de darle en el

campo carlista sus bizarros antecedentes, sus conocimientos tácticos y su inteligencia privilegiada. Encontróse, pues, con una reputacion ya formada apenas se alistó bajo aquellas banderas, reputacion que á medida que los hechos hiciesen crecer, amenazaba echar por el suelo no pocas usurpadas. Era pues natural que escitase la rivalidad de los unos y la envidia de los otros; muchos de los cuales aspiraban al nombre de valientes confundiendo el valor con la barbárie. Pero ZUMALACÁRREGUI, que contaba entre la mejor de sus dotes el instinto de la eleccion, y que tanta consideracion tributaba á los oficiales instruidos, despreciando las hablillas y las murmuraciones, le presentó ocasion brillante de lucir sus conocimientos, confiándole el mando de la caballería, que como por encanto habia creado en dias menos bonancibles para los defensores de D. Carlos, y en que tanto se necesitaba el poderoso auxilio de esta arma imponente é indispensable en un ejército. Dedicóse O'Donell con entusiasmo á completar la organizacion de los cuerpos que le debian su existencia, destinando á esta tarea algunos dias de descanso en que se dió tregua á los combates. Estos dias se prolongaban demasiado; y no aviniéndose O'Donell con la vida sedentaria del campamento, ni bastando á gastar su actividad el tranquilo y monótono ejercicio á que daba lugar la organizacion de su caballería, concibió un pensamiento cuya singularidad entusiasmó no menos al oficial que al caudillo. Ese pensamiento fue el de un combate, á semejanza de los que tenian lugar entre los caballeros de la edad media, con el brigadier Lopez, cuya reputacion de bravo gefe de caballería escitaba un tanto los celos del coronel carlista. Aprobado por ZUMALACÁRREGUI el plan, escribió O'Donell un cartel de desafio al brigadier Lopez, que llegó á manos de este por medio de una muger, cuyas relaciones con el gefe cristino eran conocidas en el campamento de D. Carlos. El cartel de desafio, si no nos engañan los datos que á la vista tenemos, estaba concebido en estos términos:

«Al brigadier Lopez.=El largo tiempo que ha trascurrido sin que uno »ni otro ejército haya podido ceñirse el laurel del triunfo, y el conoci»miento que tengo acerca del carácter de la persona á quien me dirijo, »me hacen concebir la esperanza de que no será desdeñada la invitacion »que voy á formular. Ella tiene por objeto hacer revivir una antigua »usanza de caballeros, y los que hoy se precian de tales, no se opon»drán á que reviva esa caballerosa costumbre. Invito pues á V. á que »señale un sitio para combatir conmigo, sitio al cual deberemos concur»rir con un número determinado de ginetes, bajo palabra de honor de »no hacer traicion, ni permitir otros testigos que los combatientes. Yo

»me presentaré con 400 de mis lanceros en el punto que V. designe para »el combate, y al mismo acudirá V. si como es de esperar acepta este »reto, con igual número de ginetes escogidos.=Carlos de O'Donell.»

Nada podia haber sido tan grato y tan conforme al carácter valiente y batallador del brigadier D. Narciso Lopez, como un reto de esta clase, hecho por uno de los gefes mas bizarros del bando contrario, que al dirigirse á él, le honraba de una manera singular, puesto que daba claramente á entender que le reputaba por uno de los caudillos mas esforzados. Asi fue que en el primer momento de agradable sorpresa, olvidándose Lopez de si podria ó no ser aceptable un reto de esta especie á los ojos del general en gefe, y prescindiendo de los deberes de sumision y dependencia que le imponia la disciplina, contestó al retador en estos términos lacónicos y espresivos:

«Sr. D. Carlos O'Donell.=Nada será para mí tan agradable como »aceptar el desafio que V. me propone, si como no dudo, me da para ello »su permiso el general en gefe. Pero debo advertir á V. que ha de ser »con una condicion precisa é indispensable; tal es la de concurrir al cam»po con 100 hombres menos de los que lleve V. ¡Tanta y tan justa es la »confianza que me inspiran el valor y el esfuerzo de la caballería de »Isabel II!

«Respecto á la designacion del sitio, dejo á V. dueño de hacerla, y »apenas me señale el que ha merecido su eleccion, volará á él á comba»tir contra los enemigos de su Reina y de su pais.=Narciso Lopez.»

Disgustó no poco á O'Donell la jactancia á su parecer insultante de Lopez; y ofendido altamente por la proposicion de combatir con inferior número de soldados, le contestó que las condiciones debian ser iguales por ambas partes, añadiendo para humillar en algun modo su arrogancia, que si le parecia, mejor iria á buscarlo solo con 100 ginetes contra igual número, ó con 60 oficiales carlistas contra otros tantos del ejército de Isabel II, dejándole la eleccion de la hora y del sitio, y trece dias de término para fijarlo. «Pero si lo que no es de esperar, añadia el colérico O'Donell, opone V. dificultades á este reto por razon de una superioridad que yo no reconozco, nada en el mundo podrá impedirme buscar á V. á todo trance para que tengamos ocasion de medir nuestras armas, pudiendo V. escoger la lanza, la espada ó la que mas le acomode.» Curioso sobre manera hubiera sido este singularísimo combate, que hubiera renovado en la presente edad una costumbre española de remotos tiempos, que la tradicion ha hecho llegar hasta nosotros. Este desafio, ademas, hubiera escitado poderosamente el interés en amigos y ad-

versarios, porque la suma destreza con que jugaban el arma blanca uno y otro caudillo, no podia menos de dar al desafio toda la interesante ansiedad que inspira la incertidumbre de la victoria.

Pasaron algunos dias, y O'Donell se desesperaba porque no recibia contestacion á su segunda carta. Los carlistas que le rodeaban, veian en el silencio de Lopez un motivo de engreimiento, porque atribuian á miedo y á desconfianza lo que no era efecto de una cosa ni de otra. Lopez tuvo que pasar por el disgusto de no admitir el desafio, porque el virey de Navarra no quiso consentir en que se admitiese. Y justo es suponer que alguna razon tendria para ello. Si nos fuese lícito adivinarla, diriamos que el motivo de su negativa no fue de modo alguno el temor de un descalabro, sino el natural recelo de que se desvaneciese como el humo una ilusion en que inútilmente queria viviesen sus soldados. Por mas que estos hubiesen tenido ocasion de cerciorarse en cien combates y en otras tantas derrotas de la formal y perfecta organizacion del ejército carlista, queria el general que se tuviese á aquellos soldados avezados ya á los peligros y á las fatigas de la campaña, y sujetos á la mas severa disciplina, por unos feroces y fanáticos aldeanos sin organizacion y sin órden. Esta ilusion en que ya ninguno vivia, la juzgaba desvanecida el general Mina desde el momento en que 100 lanceros de D. Carlos tratasen de disputar palmo á palmo la victoria á otros tantos de los suyos. Por otra parte la iniciativa de tan glorioso reto habia salido del campo contrario; y como esto daba algun lustre á las armas carlistas, al mismo tiempo que revelaba la conciencia de su fuerza, opúsose Mina tenazmente á que se proporcionase á sus adversarios lo que él consideraba como una honra señalada, pues que equivalia á colocar al ejército carlista al nivel del suyo, dando á las que él se empeñaba en creer masas informes, el rango y la consideracion que merecia solo el ejército de la Reina Doña Isabel por sus antecedentes gloriosos, por su completa organizacion y por su número.

CAPITULO XIV.

Descrédito del general Mina.—Celo de los gefes de division.—D. Juan Antonio Aldama.—Accion de Arroniz.—Esfuerzos de Zumalacárregui.—Los batallones de Rivero refuerzan á los de Aldama.—Retirada de los carlistas.—D. Ramon María Narvaez.—Se dirige Aldama á los hospitales de Logroño con los heridos.—Ataca Zumalacárregui el fuerte de Maestú.—Hábiles y silenciosos trabajos que emprende antes del ataque.—Valor de los defensores de Maestú.—Se retiran los carlistas.—Honroso documento con que recompensa el general Córdova el esfuerzo de los defensores de aquel fuerte.—Se dirige este general á las Amézcoas.—Movimiento de la corte de D. Carlos.—Incendios.—Zumalacárregui reconcentra sus fuerzas sobre Haro.—Sucede el general Valdés á Mina en el mando del ejército.—Nuevos planes de campaña.—Esperanzas.



medida que los sucesos de la guerra iban desvaneciendo las ilusiones que en momentos de entusiasmo se formáran, el crédito del general Don Francisco Espoz y Mina se rebajaba considerablemente, y el mal éxito de sus planes iba desengañando á los mas tenaces de sus entusiastas partidarios de que no era este general como creian el señalado por el destino para dar el último golpe de gracia al ejército de Carlos V. Los contínuos y fatigosos achaques que abrumaban con irresistible peso al antiguo general, eran sin duda la causa de que, menos feliz en esta guerra

de lo que lo habia sido en las anteriores, viese en los últimos dias de su existencia marchitarse los victoriosos laureles que ceñian sus sienes en el teatro mismo de sus pasadas glorias, donde tan abundante cosecha de ellos habia recogido. No podia, pues, tardar mucho en eclipsarse del todo este lucero que tan radiante de esperanza para los liberales habia aparecido en el horizonte político; y como era justamente de temer que la luz que iba perdiendo, la adquiriese y reconcentrase en su foco el general su antagonista, esforzábanse con honroso celo los gefes de division del ejército de la Reina en hacer olvidar con movimientos contínuos y con algunas victorias la desgracia que presidia á los planes de su general en gefe.

Uno de los generales que mas actividad desplegaban en aquellos dias críticos, era D. Juan Antonio Aldama, ansiando como todos sus compañeros reanimar el espíritu público en favor de la causa de Isabel II por medio de alguna accion importante, que produjese entre otros resultados positivos el de hacer revivir la confianza en los pechos desalentados. Hallábase á últimos de marzo sobre Arroniz, adonde se habia dirigido desde Sesma, para ver si le era dado indagar con certeza la verdadera situacion del enemigo, sus fuerzas y cuanto pudiese derramar alguna claridad sobre el giro que debia dar á su marcha. La posicion que en aquel momento ocupaba era á la verdad comprometida y dificultosa, pues pocas hay donde sea mas espuesto recibir un ataque inesperado, como lo eran por lo regular todos cuantos de improviso emprendia el caudillo carlista. Preparóse, pues, el general cristino á recibirlo, y al efecto ordenó que la primera division contramarchase por batallones, tomando la cordillera de su derecha, llave de la posicion de la línea enemiga, mandando al mismo tiempo á la brigada de Ocaña que se situase en la ermita de Arroniz, que se levanta sobre una colina. Aldama en tanto con una compañía de cazadores se dirigia á la altura de la izquierda con el ánsia de reconocer la intencion y fuerza del enemigo, y seguíanle animosos los batallones primero del Rey y tercero de Soria. Pero al llegar la cabeza de esta columna á coronar la altura, encontróse con ZUMALACÁRREGUI que descendia con cinco batallones y uno de vanguardia en guerrillas que con un fuego mortífero impidió al del Rey que desplegase las suyas, obligándole asi como al de Soria á replegarse sobre su retaguardia é izquierda de Arroniz. Reconcentradas asi las fuerzas de Aldama, logró contener el ataque de los enemigos en el punto donde era mas vivo, esto es, detrás de la altura á que nos hemos referido, que era precisamente por donde la caballería carlista amagaba envolverle. Viendo

ZUMALACÁRREGUI que el vivo fuego que se habia empeñado en este punto se sostenia sin interrupcion, adelantó sus batallones con el propósito de doblar la izquierda de su enemigo, lo que no consiguió por haber contenido y rechazado su ataque un batallon de la Guardia y varias compañías del sesto de ligeros. Asi, defraudado en su esperanza, redobló sus esfuerzos y presentó otras masas por la derecha bajando de Montejurra, cuando el coronel Rivero llegó con algunas fuerzas á los puntos que se le habian designado, y desplegando uno de los batallones á vanguardia, rompió el fuego sobre los carlistas á la voz de su esforzado comandante D. Antonio Valderrama. Mientras esto tenia lugar, recibieron los batallones de Rivero un nuevo refuerzo, con el cual no vacilaron en cargar á la bayoneta á los enemigos, ya menores en número, haciéndoles dejar una segunda posicion en que obedientes á la voz de su general quisieron rehacerse. Un obstáculo mas contribuyó á que los carlistas no lograsen su objeto: tal fue la circunstancia de haber sido secundado el ataque de la brigada de Rivero por cuatro piezas de artillería de montaña, que mandaba el capitan teniente de dicha arma D. Joaquin Salvador. Tambien cupo á la segunda brigada una parte no pequeña en este feliz resultado, pues destinada á sostener la primera, y maniobrar sobre la izquierda del enemigo, adelantó el segundo batallon de Zaragoza en su derecha, prolongándose por las alturas de Arellano. Dos batallones de la Guardia provincial permanecieron escalonados en reserva; y apenas la izquierda enemiga fue arrollada por el ala de los de Aldama, se pronunció ZUMALACÁRREGUI en retirada, marchando en su seguimiento por la derecha hasta Luquin y Urbiola la primera brigada, y por el centro é izquierda algunas compañías de cazadores que mandaba el capitan D. Ramon María Narvaez, cuya intrepidez y arrojo empezaban ya á conquistarle algun nombre.

Llegó con el fin del dia el de esta sangrienta jornada, y el general Aldama levemente herido, se replegó sobre Arroniz y Allo, para curar los muchos de gravedad que habian tenido sus divisiones, y vencer las graves dificultades que se le ofrecian para dirigirse al dia siguiente á los hospitales de Logroño. En esta operacion se empleó toda la noche, concurriendo á su mejor éxito la caballería del brigadier Lopez, que acantonada en el pueblo de Allo, no pudo concurrir al combate por la distancia en que se hallaba del sitio en que este se verificó, pasando su gefe por el sentimiento de no haber podido manifestar en aquella ocasion crítica que sus esforzados ginetes no temian el encuentro de los de O'Donell, cuya provocacion causas agenas á su voluntad le forzaron á no admitir.

Al amanecer del dia siguiente, apenas se comenzaba á practicar el reconocimiento del campo, vió Aldama con sorpresa que las masas carlistas volvian á ocupar las posiciones de que á fuerza de tanta sangre las habia arrojado; y ya se aprestaba á resistir el ataque, cuando las pocas fuerzas del enemigo le hicieron conocer que su intencion era solo la de hacer un reconocimiento igual al que él practicaba. Convencido de esto, púsose al punto en movimiento sobre Sesma con todo el convoy de 300 heridos, que revelaban lo costoso del triunfo, sin contar con los 79 muertos de que habla en su parte, entre los cuales figuraba el bizarro ayudante D. Juan Vega, quien al circular una órden de su general murió al impulso de una bala enemiga en lo mas récio del combate.

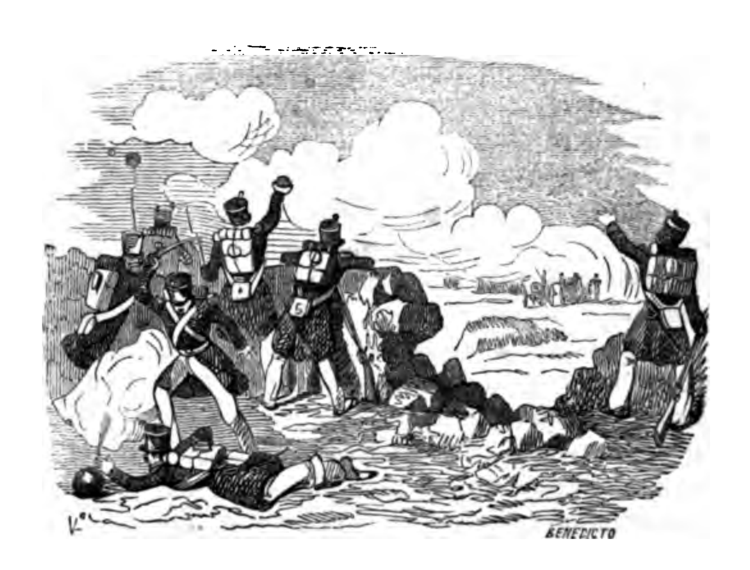
Tiempo hacia que deseaba Zumalacárregui atacar la guarnicion de Maestú, y al efecto habia dado órden algunos meses antes de que algunas fuerzas amenazasen á la de Elizondo para llamar hácia esta villa la atencion de sus enemigos. El fuerte de Maestú, vecino á la Amézcoa y próximo á los lugares donde tenian los carlistas sus hospitales y talleres, era un contínuo estorbo para estos que tenian que ejercer respecto á dicha guarnicion la mas esquisita vigilancia. Decidióse por fin su ataque, y el dia 1.° de abril pasaron por las inmediaciones de dicho pueblo las divisiones navarras y alavesas, y traspusieron en el mismo dia la sierra que conduce á la llanada de Alava. Este movimiento engañoso que cualquier objeto aparentaba tener menos el de dirigirse contra Maestú, hizo creer al gobernador general del fuerte que las divisiones carlistas no trataban por entonces de atacarlo. Pero poco tardó en conocer su verdadera intencion. La division carlista destinada al bloqueo del fuerte desde el dia 13 del mes anterior tomó posiciones que indicaban harto claramente que el fin á que se dirigia era estrecharlo, como lo consiguió en efecto. En esta situacion, y á favor de una noche tempestuosa en que el ruido del viento absorbia todos los demas, dió órden Zumalacárregui de que principiaran los soldados sus trabajos, de modo que no fueran oidos por los centinelas del fuerte. Hasta despues de la una de la madrugada no percibieron los centinelas el rumor de los trabajadores; y dando entonces el correspondiente aviso al gobernador, una descarga de fusileria que por órden de este, y para incomodar á aquellos se hizo desde el fuerte, vino á interrumpir el silencio de la noche. Amaneció el dia 2, y ya tenian levantado los carlistas un parapeto de tierra movediza que los ponia á cubierto de los fuegos enemigos, no obstante estar colocados á medio tiro de fusil de él. En vano probaron los del fuerte disparar algunos cañonazos contra los sitiadores. Estos disparos

fueron inútiles, porque no bastaron á impedir que continuaran sus trabajos. Próximos estos á terminarse, conoció el gobernador que su principal objeto era establecer algunas baterías, y dando por abierta la brecha, atendida la debilidad de las tapias, reunió todos los elementos de que podia disponer para que se hiciese una contrabrecha segun la direccion que presentaba la batería enemiga. Hábilmente ejecutó esta operacion el entendido capitan de zapadores D. José Luciano Campuzano. Este distinguido ingeniero prestó en esta ocasion, como en otras muchas, eminentes servicios á la causa de la Reina, y sus conocimientos científicos, su valor á toda prueba, y su acrisolada lealtad han hallado por fin la recompensa que merecian en la faja de mariscal de campo que hoy ciñe con gloria.

El dia 3 por la mañana tenian ya perfectamente colocada su artillería los carlistas, que sostenida por dos batallones del bloqueo, por otro mas, y por 100 caballos de la division Navarra, presentaba un conjunto de superioridad de fuerzas y de medios de guerra que hubiera podido arredrar á soldados menos bizarros que los que guarnecian á Maestú. Pero bravos por naturaleza, el imponente aspecto de los sitiadores aumentó su ardor, y á las seis de la mañana, como los carlistas no hubiesen dado aun principio al ataque, rompieron los del fuerte el fuego de artillería en medio de desaforados gritos y aclamaciones. Al fuego de cañon siguió el de fusilería, especialmente dirigido sobre la batería carlista, y continuó sin intermision el tiroteo hasta muy avanzada la tarde.

A mil actos de valor heróico por parte de los defensores del fuerte, dió lugar el bien dirigido ataque de los sitiadores. Las balas rasas derribaban los mejores parapetos; las bombas y las granadas destruian no pocas casas de la poblacion; los soldados de Maestú, cuanto mas terrible era el cuadro de desolacion que presenciaban, mas crecian en arrojo y en impavidez, y como impulsados por el espíritu del Dios de la guerra, disputábanse los sitios mas peligrosos, y allí donde el cañon enemigo habia destruido un parapeto, servian de muro los pechos de cien valientes, dispuestos á sellar su lealtad cayendo sin vida entre los escombros, de donde eran levantados con nuevo peligro por sus animosos compañeros. A tal punto, en fin, llegó la increible serenidad de los sitiados, que segun consta por documentos, que por su orígen carlista no serán tachados de parcialidad, corrian en pos de las granadas, y sin tener en cuenta la grave esposicion á que se aventuraban con tamaña osadía, y una vez apagadas volaban á enseñarlas á los soldados de D. Carlos por los boquetes que habia abiertos, provocándolos á que, si se atrevian, entrasen por ellos.

Este estraordinario valor, que en una guerra donde por uno y otro bando se dieron tantas muestras de él, no pudo ser en ocasion alguna superado, era como no podia menos de ser presago del triunfo. Los carlistas, sin embargo, constantes en su empeño, lograron por fin abrir la brecha; pero no quisieron practicarla, sin duda porque no se prometia el general muy felices resultados al contemplar la resistencia heróica de los



sitiados. Asi fue, que en la madrugada del 4 de abril, al tender el gobernador de Maestú su anteojo de campaña por aquellos alrededores, los vió enteramente desiertos. Aprovechando por lo mismo la ocasion que se le presentaba, mandó á la compañía de zapadores para destruir la temible batería, operacion de que un tanto le distrajo la vista de algunos batallones navarros que marchaban hácia Onraita.

Supo el general Córdova en Vitoria la nueva del ataque de Maestú, y salió el dia 5 de abril de aquella ciudad con ánimo de salvar la guarnicion sitiada. No era muy fácil la realizacion de este proyecto, porque algunos batallones carlistas se hallaban con considerable fuerza sobre la sierra, y ocupaban los puertos con toda su caballería; pero alucinando al enemigo por medio de una falsa demostracion que hizo por el camino de Salvatierra, obligó á bajar á la caballería, y pudo ganar á Maestú por

caminos desusados, despejando su frente de los batallones carlistas que habian quedado en Apellaniz y Mecha bloqueando el espresado punto. Estos batallones se replegaron unos por Bernedo y otros por Onraita; y ya se habian perdido de vista, cuando á las dos de la tarde del dia 5 llegó el general Córdova al fuerte que habia intentado proteger. Siendo ya innecesaria su proteccion, se decidió el dia siguiente á hacer un reconocimiento, subiendo la sierra por la parte de Arboróz. Algunas masas carlistas que se movian por las cercanías de Onraita, se tirotearon desde los puestos avanzados con los 200 hombres que practicaron aquel. Lo restante del dia lo empleó el jóven general en destruir las obras del fuerte y del castillejo contíguo, y en evacuar los almacenes de víveres, municiones y demas efectos, que cargó con los enfermos y la artillería en las pocas acémilas que llevaba.

Ignoraba por aquellos dias el general Córdova cuales podrian ser los movimientos de los carlistas, pues no tenia de ellos el menor indicio, y era muy de temer de la reconocida sagacidad de Zumalacárregui que concentrase todas sus fuerzas para oponerse por cualquiera de los desfiladeros que hay para subir á la sierra, á la salida del jóven caudillo; grave peligro que no desconoció este, pero que le fue preciso arrostrar. Preparábase por lo tanto á salir al amanecer, burlando de la mejor manera posible la vigilancia de su adversario; pero la inesperada aparicion del general Aldama varió totalmente sus planes. Concibió entonces el verdaderamente atrevido de penetrar en las Amézcoas, lo cual verificó en dos columnas que á medida que avanzaban por aquellos valles, iban sembrando la desolacion sobre sus infelices moradores. Todos los granos y molinos con que tropezaron las columnas en Sabando, valle de Arana, Maestú, Lorza, Ficujano, Santa Pia, Mosito y Roitegui, fueron entregados á las llamas, destruyéndose por otros medios los que se habian salvado del fuego.

Pero antes de seguir á Córdova y á Aldama en su marcha devastadora, cumple decir algo del testimonio de admiracion que dejó Córdova á Maestú antes de ausentarse. La órden general del dia 7 de abril de 1835 es el documento honroso á que aludimos; documento que merece consignarse como justa recompensa del valor y bizarría de los defensores de aquel fuerte. Hé aqui su contenido:

«Orden general del dia 7 de abril de 1835.=La guarnicion de Maes»tú se ha hecho digna del aprecio de la Reina nuestra Señora, de la »admiracion y gratitud de la patria.

«Durante 15 meses de contínuo sitio ó bloqueo, se ha visto estrellarse

»contra sus débiles fortificaciones los perseverantes esfuerzos del enemi»go; ha sufrido con heróica constancia las mayores privaciones y fatigas. »En completa incomunicacion con todas partes, ha sacrificado á su Rei»na, á su patria, todas las afecciones privadas del ciudadano; un solo de»sertor, un solo hombre débil ó cobarde, no ha empañado la gloria de »sus brillantes armas; la disciplina se ha conservado en toda su pureza: »oficiales, sargentos y soldados, todos han rivalizado en bravura y deci»sion; todos se han hecho merecedores de que el ejército los conozca »como el verdadero modelo de las virtudes que siempre le caracteriza»ron. Su noble ejemplo no puede menos de escitar la admiracion, y de »hallar imitacion entre los militares españoles.

«Para hacer justo homenage al relevante mérito de dicha guarnicion »hasta donde alcanza mi autoridad, y mientras imploro de S. M. las de»bidas recompensas, he resuelto:

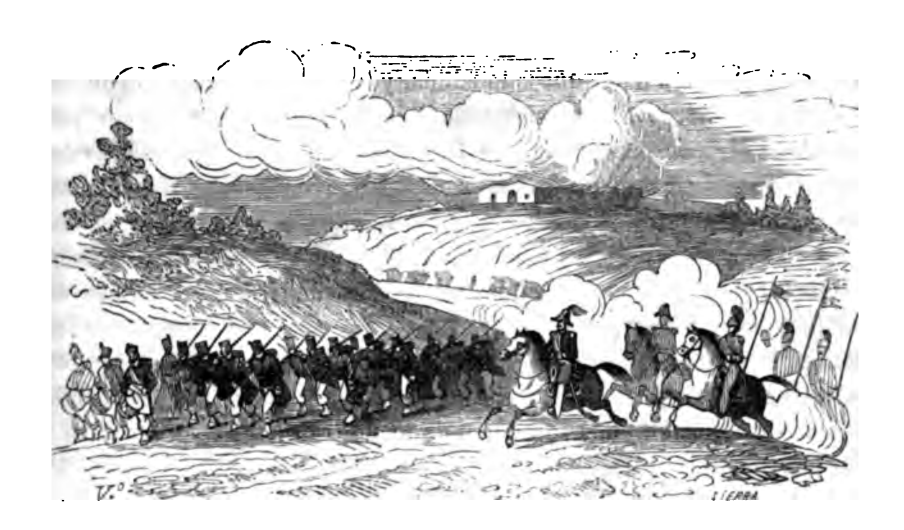
1.° «Dar las gracias en nombre de S. M. y del Excmo. Sr. general »en gefe del ejército, al gobernador, señores gefes, oficiales, sargentos y »tropa de la benemérita guarnicion de Maestú, y que esta órden se pu»blique en la general del ejército que opera en las provincias de mi »mando, hasta que el Excmo. Sr. general en gefe mande hacerla esten»siva en todo el ejército del Norte.

2.° «Que el gobernador y los gefes de la guarnicion me pasen con »toda brevedad noticia de las personas y acciones mas sobresalientes »para que recaiga sobre ellas la debida recompensa y estímulo.

3.° «Que el primer dia que formen las tropas de la guarnicion con »las que se hallan en la ciudad de Vitoria, y á presencia de su vecinda»rio, pasen formadas en columna con distancias por delante de todos »los cuerpos, y que estos con las armas presentadas y banderas desple»gadas saluden á tan bizarros compañeros de armas á la voz de sus res»pectivos gefes, por la aclamacion de *viva la guarnicion de Maestú, ho»nor á sus virtudes*. En Maestú á 7 de abril de 1835.=El comandan»te general de las provincias Vascongadas, Luis Fernandez de Cór»dova.»

Para tomar algun descanso y emprender despues con mas brio su marcha destructora, pernoctaron los generales cristinos en Eulate, acantonando sus tropas desde San Martin de Ecála hasta Azaranache. Al dia siguiente fue destacado para Salvatierra por el puerto de S. Juan el provincial de Sevilla que escoltaba los bagajes y los enfermos de Maestú. Espartero que habia avanzado hasta Alegría, protegió despues el regreso á Vitoria del batallon espedicionario.

La noche en que se acantonaron hasta Azaranache las tropas de Córdova, fue noche de confusion y de alarma para el cuartel Real de Don Carlos. En aquel pueblo habia fijado por aquellos dias su residencia; y estaba ya entregado al sueño, cuando se le notificó la proximidad del enemigo. Púsose en salvo el Príncipe á la primera indicacion; siguiéronle aturdidos y medrosos los principales personajes de su corte; corrieron á los montes todos los heridos á quienes fue posible evacuar los hospitales; y los naturales del pais abandonaron sus hogares, salvando como pudieron, atendida la rapidez del movimiento, los efectos que tenian almacenados en aquellas escabrosas montañas.



Al penetrar los soldados de la Reina en unos valles cuyo espíritu tan contrario les era, dieron rienda suelta á la venganza, y prendieron fuego al palacio de Eulate y á algunos almacenes de granos. Cundia el incendio á los próximos edificios, cuando para evitar que ardiese el valle entero, fue preciso apelar á todos los rigores de la disciplina; pero ni aun asi pudo contenerse la indignacion del soldado; y no obstante la severidad de algunos castigos, ardieron muchos miles de robos de trigo, mas de 300 quintales de plomo en galápagos, varias fábricas de armas y pólvora, y todo cuanto á los carlistas podia ser de alguna utilidad.

Dos hospitales habia en Contrasta que al contramarchar por aquel punto el general Córdova estaban inminentemente amenazados de servir

de pasto á las voraces llamas; pero solo uno se entregó al fuego, respetando el otro en que se cobijaban los enfermos y los heridos. El campo atrincherado de Orbizu sirvió despues de alimento al espíritu destructor que animaba por aquellos dias al general Córdova, el cual con el auxilio de sus zapadores destruyó los 17 reductos que le hacian inespugnable. Tambien llegó la destruccion á la fábrica de armas que habia en el mismo pueblo, viniendo por fin á pasar la noche en Aguilar la division devastadora, que al enseñorearse del favorecido asilo del carlismo, habia contribuido á sostener con alguna fuerza moral el vacilante crédito de las armas de la Reina. La entrada en las Amézcoas era en efecto un suceso importante. Mas de una vez habian arrojado al viento los orgullosos soldados de Zumalacárregui las palabras de que los cristinos no volverian á pisar las Amézcoas, sin hallar en ellas su sepulcro. Su prediccion habia quedado fallida, y la inopinada aparicion de los soldados de Córdova derramando la consternacion y el conflicto por aquellos valles, se presentaba con todas las señales de un castigo del cielo, que en su terrible cólera no solo habia permitido que viesen aquellos naturales destruidas sus fábricas, perdidos sus granos, entregados á las llamas sus molinos y todos los efectos en que fundaban su subsistencia, sino tambien demolidas las fortificaciones que les servian de inespugnable defensa, y dispersos y errantes por los montes y por los bericuetos centenares de enfermos que próximos á la muerte se esforzaban por no recibirla violenta, y numerosas familias que exhalando el aliento, corrian á ponerse á salvo de la destruccion que amenazaba á sus hogares.

Marchaba hácia Viana en tres columnas el general Córdova, con ánimo de pernoctar en Logroño donde trataba de introducir un considerable convoy, nutrido con la presa que habia hecho á los carlistas. De temer era que Zumalacárregui viniese á malograr su proyecto, saliéndole al encuentro con el grueso de sus fuerzas por la Rioja alavesa. Para evitarlo, pues, siguió por la derecha del Ebro. Los hechos confirmaron pronto la prevision del general Córdova; pues Zumalacárregui tenia ya concentradas todas sus fuerzas en la llanada de Haro, desde donde pensaba caer sobre la division cristina. No lo logró por lo tanto; pues Córdova llegó á Miranda el dia 12, y en la noche del 13 habia puesto ya á buen recaudo el gran convoy dentro de los muros de Vitoria.

Ni la nueva del buen éxito de esta operacion, ni el triunfo obtenido en Villaró por el general Espartero, que tuvo lugar en los mismos primeros

dias de abril, hicieron subir mas alto el crédito ya muy rebajado del general en gefe. Este, que ya no se hacia ilusiones sobre el éxito de sus planes, y que como hemos dicho, luchaba á cada momento con la imposibilidad de ejecutarlos por sí mismo, por efecto de las graves dolencias que le aquejaban, se decidió por fin á dar un paso en que mas de una vez le habia detenido la consideracion de que acaso con él podia perder mucho en probabilidad de triunfo la causa de que era acérrimo partidario. Pero previendo mayores males para ella de continuar presidiendo con tan infortunada estrella á las operaciones militares de un ejército mermado y abatido, se sobrepuso en el antiguo general el patriotismo al amor propio, y con trémula mano firmó la esposicion en que dimitía su cargo, cuyo contenido juzgamos interesante, porque confirma completamente cuanto hemos espuesto sobre la imposibilidad física que se oponia á que el célebre guerrillero de 1808 llevase á cumplido efecto sus planes de campaña. Hé aqui la esposicion del general Mina:

«Excmo. Sr.: Cuando S. M. tuvo á bien honrarme con el mando de »este ejército en setiembre último, yo me hallaba en Cambó curán»dome de mis dolencias; y aunque mi profunda gratitud á tan alta con»fianza y mis vivos deseos de contribuir á la defensa del Trono legí»timo, me animaban á admitir este encargo, mi delicadeza me obligó á »esponer el estado de mi quebrantada salud, no solo confidencialmente »y de oficio á los señores secretarios del despacho, sino tambien por me»dio de un certificado en debida forma de mis dos médicos de cabecera, »y de otros tres que hice asistir á la consulta. Las contestaciones lison»jeras que recibí, y las súplicas de mis mejores amigos, dirigidas todas á »persuadirme que haria un verdadero servicio á mi patria encargándo»me del mando, aunque no fuera mas que para dirigir las operaciones »desde esta plaza, me resolvieron por fin á cargar sobre mí una respon»sabilidad de que existen verdaderamente pocos ejemplos, á saber: la »de encargarme con tan poca salud de un ejército disminuido, al tiempo »de volver á mi patria, despues de once años de proscripcion.

«La presencia de un general á la cabeza de sus tropas las mantiene »en la subordinacion y disciplina, las inspira confianza, y prepara la vic»toria. Para mí es un tormento insufrible no poder participar á todas ho»ras de las fatigas y los riesgos de mis compañeros, y ver que se malogran »ocasiones de dar nuevas glorias á las armas de S. M., y de adelantar la »pacificacion de estas provincias. Desde principios de noviembre en »que me entregué del mando he salido cinco ó seis veces de esta plaza, »cuando he creido que la naturaleza de las operaciones lo exigia, y el

»estado de mi salud parecia permitirlo. Pero cada vez las fatigas me »han postrado de nuevo, y han agravado mis sufrimientos, en términos, »que estos ensayos casi me quitan la esperanza de poder seguir por mí »mismo por ahora una larga operacion que produzca resultados del todo »decisivos.

«Sin ocultar nunca el verdadero estado de mi salud, yo he debido abs»tenerme de usar de este lenguage mientras que la falta de tropas ha »hecho mi posicion demasiado difícil y arriesgada, porque hubiera po»dido atribuirse á pusilanimidad y poco celo. Mas ahora que con los »refuerzos que han venido y con los que V. E. prepara, ha llegado el »momento de coger laureles mas brillantes, y de dar mas estension y ac»tividad á las maniobras, creeria faltar á lo que debo á mi patria, á mi »Reina y á mí mismo, si no dijese francamente á V. E. que aqui se »necesita un general que esté constantemente á la cabeza de las tro»pas, y capaz no solo de responder de los resultados en un dia de com»bate, y de seguir el plan general de operaciones preparado antes, sino »de modificarlo y variarlo bajo de su responsabilidad, segun exijan las »circunstancias.

«Al dar cuenta á S. M. la Reina Gobernadora de esta esposicion, yo »espero que V. E. se la presentará como un testimonio de mi carácter »franco y leal y de mi ardiente anhelo por la seguridad del Trono de su »augusta Hija, por la gloria de sus armas, y por la pronta pacificacion »de estas desgraciadas provincias. Dios guarde á V. E. muchos años. »Pamplona 8 de abril de 1835.=Excelentísimo. Sr.=Francisco Es»poz y Mina.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la »Guerra.»

El gobierno de la Reina no podia dejar de acceder á una peticion tan fundada, y le interesaba demasiado que los negocios de la guerra tomasen un giro mas favorable para no apresurarse á conceder al antiguo general el descanso que pedia. La lealtad de este, sin embargo, sus largos servicios y su misma nombradía exigian que al aceptar S. M. la dimision, honrase al general con algunas palabras lisonjeras, que al mismo tiempo que le diesen consuelo en su desgracia, no presentasen en toda su triste deformidad el poco favorable aspecto de las operaciones militares. Asi, el gobierno creyó cumplir con lo que reclamaba su deber, contestando al general Mina, que S. M., muy penetrada de los sentimientos de honor y patriotismo que le animaban, aunque no le era grato privarse de sus servicios, habia tenido á bien acceder á su esposicion por los justos motivos en ella espresados, y á fin de que con



El General D.n Jeronimo Valdés.

tranquilidad y descanso pudiese restablecerse y recuperar su salud para volver á emplearse en bien de la nacion y en defensa de sus legítimos derechos.

A largos y repetidos consejos de ministros dió motivo la dimision del general Mina. Pocos meses antes, todos miraban como inminente su separacion del mando del ejército; acaso trabajaron algunos para que tuviese lugar; pero al verla ya realizada por un impulso espontáneo del general, se quedaron profundamente sobrecogidos los que mas deseaban este suceso. Recorrian los ministros con la guia de forasteros en la mano la larga lista de nuestros generales; y habiendo sido ya probados en la piedra de toque de una esperiencia triste los que llevaban unida á su nombre mayor fama de entendidos y valientes, apenas encontraban uno de quien disponer en aquellos momentos críticos. En la incertidumbre de la eleccion se pensó una vez y otra en elevar á la categoría de general en gefe á alguno de los generales de division que mas se habian distinguido por su actividad y su bravura. Los nombres de Córdova y de Espartero, de Lorenzo y de Oráa, de Aldama y de Figueras, y de otros gefes no menos acreditados, se propusieron en el seno del consejo; pero cuando estaba próxima la definitiva eleccion, venia á destruirla el fundado temor de escitar rivalidades entre gefes, cuyas rencillas podian traer los negocios de la guerra á peor estado aun del que tenian. Arredraba por otra parte al mas osado candidato la idea de sustituir con mas gloria y mejor éxito á un general cuyas glorias militares no habian bastado á eclipsar sus recientes reveses.

Recorridos todos los nombres, y agotados todos los recursos que á la eleccion quedaban, pusieron los ministros los ojos en su compañero el ministro de la Guerra D. Gerónimo Valdés. El nombramiento de este general para el mando del ejército del Norte, tenia contra sí el recuerdo poco lisonjero de su anterior campaña; pero en la imposibilidad de apelar á otro, y considerando las ventajas que deberia traer reunir en una mano la direccion de los asuntos de la guerra, confiando el mando de los ejércitos al ministro del ramo, pareciòles este el mas oportuno y sobre todo el mas hacedero. Sin perder por tanto el carácter de secretario del despacho, marchó el general Valdés á encargarse del mando de todas las fuerzas existentes en Navarra, provincias Vascongadas, Castilla la Vieja y Aragon, por considerarse, segun se decia en el Real decreto de su nombramiento, como uno de los medios que mas eficaces podrian ser para poner pronto término á la funesta guerra civil que devastaba aquellas provincias, el dar á las fuerzas militares que con tanta gloria como

lealtad combatian en aquella parte de la monarquia, y á las que inmediatamente las apoyaban, la unidad de accion necesaria para combinar con mejor éxito sus esfuerzos y mantener en ellas un mismo espíritu de subordinacion, disciplina y entusiasmo por la causa de la Reina Doña Isabel. Añadíase en el decreto que los generales en gefe del ejército de operaciones del Norte y de reserva de Castilla, y los capitanes generales de las citadas provincias continuarian con el mando de sus fuerzas respectivas, bajo la direccion de dicho secretario del despacho.

La noche del mismo dia 7 en que S. M. la Reina Gobernadora firmó el nombramiento de Valdés para el ejército del Norte, salió este en posta para Burgos con el objeto de apresurar cuanto le fuese posible el momento de ponerse á la cabeza de las tropas. Los descalabros sufridos por estas, y su estado de postracion y abatimiento, hacian mas necesaria que nunca la presencia de un general, que reanimando el espíritu del soldado, diese á las operaciones militares un impulso salvador, hijo de un plan, cuyos resultados demostrasen que su combinacion, mas feliz que la de los anteriores, se dirigia al objeto preferente en aquellas circunstancias críticas, cual era recobrar la superioridad perdida, abatiendo las esperanzas del carlismo, al mismo tiempo que se quitaban armas á la revolucion. El general ministro de la Guerra conocia bien la inmensa responsabilidad que habia echado sobre los hombros; y animoso y tal vez confiado la arrostraba, porque libre de las trabas á que atribuia el mal éxito de los planes de su primera desgraciada campaña, dueño absoluto de su voluntad, y esclusivamente encargado de dirigir el ramo de la guerra en las provincias Vascongadas y en las demas del reino, lisonjeábase en sus adentros de que ningun obstáculo de los antiguos podia presentársele, que con su omnímoda autoridad no le fuera dado vencer. Esta confianza, hasta cierto punto fundada, le hacia cerrar los ojos sobre las grandes dificultades con que tenia que luchar, sobre la alta reputacion de los generales que con tan infausta estrella le habian precedido, y hasta sobre el estado de orgullosa pujanza de ZUMALACÁRREGUI y su ejército.

Una gran fé en los recursos propios era preciso tener seguramente para lanzarse en dias tan críticos á empresa que miraban todos como difícil y arriesgada. Pero esa fé la tenia en eminente grado el general Valdés; y por si alguno pudiera dudarlo, citaremos un hecho que auténticamente lo comprueba. Apenas se apeó en Burgos de la silla de posta el general ministro, se encontró en los brazos de su buen amigo el señor D. Miguel Antonio de Zumalacárregui, dignísimo regente de aque-

lla audiencia. Estrechas y muy antiguas relaciones de amistad unian desde sus mas tiernos años al general y al magistrado; la fortuna los habia contemplado unidos en la isla Gaditana, cuando con el código de 1812 reflejaron sobre España los primeros destellos de la libertad, y la desgracia habia tambien contribuido poderosamente á anudar mas y mas, con la emigracion á estrangeras playas, los lazos de la simpatía. Como era de esperar de amistad tan íntima, el Sr. de Zumalacárregui dió generosa hospitalidad en su casa al general, que hubiera fundado toda su gloria en la destruccion de su hermano, y que por una singular coincidencia se veia acogido y obsequiado por el tiernísimo amigo que llevaba el mismo apellido, y tenia la misma sangre del caudillo contra quien iba á combatir. El regente de la audiencia de Burgos se creia por esta misma razon doblemente obligado á mostrarse fino y obsequioso, cualidades ambas que espontáneamente brotaban de su carácter franco y generoso, y que en esta ocasion brillaron mas que nunca. Vivamente interesado como buen liberal en el éxito de la lucha el Sr. D. Miguel Zumalacárregui, en disposicion de juzgar por sí mismo los sucesos de la guerra, de cuyo teatro tan cercano vivia, y conocedor del génio y de los recursos de su hermano, su voto en aquellas circunstancias y sobre la cuestion que á todos traia agitados, no podia menos de ser muy respetable. Asi lo creyó sin duda el general Valdés, que deseoso de tantear la opinion que acerca de la guerra tenia formada su amigo, empezó á comunicarle sus planes, y á dejarle entrever sus esperanzas. Como estas fuesen demasiado atrevidas, y como se lisonjease de que Zumalacárregui con todo su ponderado valor, no le presentaría la batalla y huiria, cuando no vencido, confuso y amedrentado al menos ante sus tropas, D. Miguel, ora fuese impulsado por un honroso amor propio que se lastimaba cuando se heria al de su hermano, ora porque la amistad que profesaba al general le moviese á abrirle los ojos para que no se formára ilusiones siempre funestas, procuró trazar al confiado general un cuadro exacto sobre el estado de la guerra en aquellas provincias. Insistió jactancioso Valdés, no obstante las acertadas reflexiones que se le hacian, en despreciar el decantado poderío de su adversario, formando como vulgarmente se dice castillos en el aire; y como diese muestras de no dejarse convencer, D. Miguel dió fin á la polémica con estas notables palabras, confirmadas á los pocos dias por una esperiencia dolorosa: «Tenga V. en »cuenta, Geromo, que Tomás el de 1835 no es el Tomás de los prime»ros meses de la guerra; y que si en un principio pudo huir ante las »tropas de la Reina, ahora está acostumbrado á que los mas afamados

»generales huyan ante él.» «Bueno, repuso Valdés un poco amostazado, »los hechos dirán cuál de los dos se hace mas ilusiones.»

El 13 de abril estaba ya en Bribiesca el general Valdés, preparándose para marchar á Miranda de Ebro, donde debian unírsele algunas fuerzas de las que pertenecian al ejército de reserva, y todas las divisiones de Navarra que recibieron la órden de pasar el Ebro. Reunidas estas en Miranda, salió en la misma noche para Logroño, con el objeto de ponerse al frente del ejército, y empezar las operaciones. En tanto D. Carlos y Zumalacárregui se hallaban acampados con sus fuerzas sobre Mondragon y Oñate. Las divisiones carlistas de Álava, Navarra y Vizcaya continuaban en las cercanías de Vitoria; la division Aldama se dirigia el 11 desde Viana á Estella y Puente la Reina; las brigadas Vigo y Gurrea estaban unidas en la frontera de Aragon; la division de Oráa en el Baztan, la de Iriarte en Bilbao, y la brigada de Jáuregui en Soizneta. Llegó por fin Valdés á Logroño, y desde esta ciudad se dirigió á Vitoria. La concentracion de las fuerzas carlistas sobre Mondragon y Oñate le hizo creer que estaban resueltas á esperarle; y para sacar todo el partido posible del plan que se habia trazado antes de salir de Logroño, mandó que las brigadas de Mendez Vigo y Gurrea se reuniesen y preparasen para observar á los carlistas desde una posicion central, y maniobrar contra ellos por los puntos respectivos de observacion, segun se dirigiese al valle del Baztan ó al de la Borunda, que eran las hipótesis mas probables á que podia dar lugar su movimiento. Con el mismo objeto se habia prevenido á Jáuregui que se aproximase por la parte de Guipúzcoa, para que en caso de necesidad pudiese reforzar á Oráa que guarnecia el primero de aquellos valles. Todo este bien meditado plan vino á frustrarlo la separacion de las fuerzas carlistas, que apenas conocieron el propósito del general su contrario, se desmembraron; volviendo á tomar las antiguas posiciones, donde la misma escasez de su número les hacia verdaderamente invencibles. Valdés, no obstante la poca suerte de este primer paso, continuó imperturbable su marcha, pernoctando aquel mismo dia en Peñacerrada, y llegando al siguiente á Vitoria sin el menor obstáculo.

En esta ciudad, por decirlo asi, fué donde inauguró su mando en gefe; pues desde ella dirigió su voz en sentidas proclamas á los pueblos y á los soldados, y en ella concibió la idea mas culminante de su nuevo plan de campaña. Dejóse conocer en las primeras que ya no venia animado de aquel espíritu de moderacion que en su concepto solo le habia producido desengaños, y por mas que protestára con algunas palabras en la aparien-

cia suaves que su mision era esencialmente pacífica, que su primordial objeto era terminar de una vez para siempre aquella guerra cruel y fratricida, el resto de la alocucion revelaba muy claro que estaba dispuesto á continuar el sistema de rigor de sus antecesores, si el rigor se le presentaba como absolutamente necesario. Pleno y absoluto indulto ofrecia en nombre de S. M. á todos los que dentro del término de 15 dias abandonasen las filas de D. Carlos; pero despues de estas conciliadoras palabras, se leian otras terribles, que parecian dictadas por el severo Mina, ó por el rigoroso Rodil. «Mas si por desgracia esta variacion no se percibe den»tro del plazo fijado, añadia el general Valdés, declaro desde ahora del »modo mas positivo *que entregaré á las llamas sin reserva ni consideracion »de ninguna especie, todas las poblaciones de ciertos valles que sirven de »refugio ordinario á los rebeldes, y donde encuentran mas recursos y cri»minal acogida*, respetando sin embargo las personas y propiedades de »sus habitantes que encontrarán amparo y seguridad, si se retiran á los »pueblos donde haya guarnicion ó á las provincias pacíficas. Esta me»dida es dolorosa; pero cuando el bien de la patria habla, deben callar »todos los sentimientos humanos. El incendio de Moscow fue la salva»cion de la Rusia.» Dábales pues á elegir perdon y paz, ó persecucion y esterminio; y dirigiéndose á los naturales de aquel pais no era siquiera lícito dudar que su eleccion estaria por lo último.

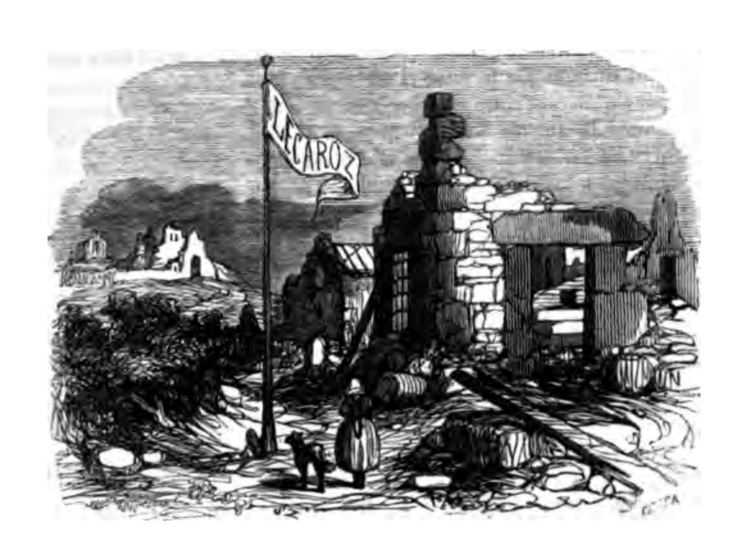
Las disposiciones que siguieron á estas proclamas hicieron vislumbrar el pensamiento que presidia al nuevo plan de campaña del general ministro de la Guerra. Reunir un ejército tan considerable que lo arrollase todo en su marcha, y al cual no pudieran hacer frente los carlistas sin aventurarse mucho, perseguirlos incesantemente hasta que se vieran precisados á refugiarse á la parte mas quebrada de su pais, de donde tambien se prometia arrojarlos, invadiendo la Amézcoa y la sierra de Andia, eran las bases culminantes del nuevo plan. Ajustándose á ellas miraba el general como segura la ocupacion de aquel áspero terreno, por muy disputado que le fuese; y como su inmediata consecuencia debia ser la dispersion completa de las masas perseguidas, dirigióse al general Arispe suplicándole que se preparase á desarmar á los carlistas, que para salvarse de su viva persecucion, tratasen de penetrar en Francia. De manera que podia decirse que todo el plan de campaña de Valdés estaba encerrado en las Amézcoas, valle que ya mereció su predileccion para guerrear en la primera época de su mando, y en el cual daba nuestras de querer continuar las operaciones que entonces emprendiera y en cuya prosecucion vino á interrumpirle su sucesor el gene-

ral Quesada. Y para que la continuacion del comenzado plan fuese realmente una verdad, como quiso la suerte que en Contrasta le dejára pendiente de término, en Contrasta queria ahora dar principio á sus nuevas operaciones.

Una série prolongada de triunfos habia dado á ZUMALACÁRREGUI un convencimiento tan íntimo de su superioridad, que ni los planes del caudillo mas diestro y afamado, ni los preparativos mas aterradores é imponentes, bastaban á desanimarle, y menos á abatirle. Apoyado en la inmensa fuerza que le daban su reputacion y su nombre, y que concurrian á aumentar los recursos y las simpatías de aquel pais, esperaba con la mas impasible calma que las operaciones que Valdés meditaba comenzasen á dar algun resultado. Esta calma, hija de la confianza en el valor propio, no era sin embargo la calma de la indolencia. Aunque sereno y animoso, no descuidaba por eso lo que los nuevos planes de su adversario podrian exigir, y adivinándolos casi antes de conocerlos, destinó la mitad de sus fuerzas á la observacion del Baztan y de los puntos fortificados por los cristinos, reservándose la otra mitad para acudir donde el interés de la causa carlista lo hiciese necesario.

Si el general Valdés fundaba grandes y halagüeñas esperanzas en la reconcentracion de fuerzas, á cuya escasez atribuia los descalabros de sus antecesores, y el ningun fruto que habian sacado de las victorias, no las empezaba á concebir menores el gobierno y parte de la nacion. Revestido de las mas ámplias facultades para la recompensa y para el castigo, reuniendo ahora á la opinion de recto y justiciero de que justamente gozaba, cierta energía de carácter de que en otro tiempo careciera, y con numerosas fuerzas á sus órdenes, las esperanzas mas atrevidas no podian merecer el nombre de delirios. Los ascensos y premios que dispensó con largueza á los oficiales é individuos de tropa que llevaban mas de tres meses de campaña, le aseguraban el cariño de sus subordinados; la rigorosa moralidad que procuró establecer entre los gefes como entre los soldados, le respondia de que volverian á estrecharse los relajados lazos de la disciplina militar; todo, en fin, parecia dar derecho á esperar, y á esperar mucho, sin que lo azaroso de la situacion, ni lo triste de las circunstancias, ni la pujanza de los carlistas, ni la esperiencia dolorosa de planes anteriores, pudiesen disminuir unas probabilidades cuyo principal cimiento era la misma desgracia. Precisamente porque el presente era desgraciado, complacíase la imginacion menos poética en columbrar un risueño porvenir; y como la esperanza es la mas constante compañera del infortunio, fundábala y grande la parte liberal de esta

nacion sin ventura en el celo ya conocido, y en el nuevo sistema del general ministro de la Guerra.



CAPITULO XV.

Penetra Valdés en las Amézcoas.—Fuga de sus habitantes.—Llega el ejército de la Reina á Contrasta.—Corre ZUMALACÁRREGUI á las Amézcoas.—Trata Valdés de desalojarle de Eulate.—Movimientos del general carlista.—Prosigue Valdés su marcha por las alturas.—Acampa cerca de la venta de Urbaza.—Desfiladero de Artaza.—Dificil situacion del general cristino.—Embarazo que le causa el considerable número de sus fuerzas.—Pretende descender por Gollano.—Tristes consecuencias de este empeño.—D. Fernando Fernandez de Córdova.—D. Antonio Seoane.—Retirada de Valdés á Estella.—D. Pablo Sanz.—Derrota parcial de los carlistas.—Parte oficial estendido por ZUMALACÁRREGUI.—Desórden en que llegaron los de Valdés á Estella.—Anécdota.—Consecuencias de esta jornada.—Inaccion forzosa de los carlistas.—Lord Elliot.—Convenio para el cange de prisioneros.



ÁBILMENTE combinado en concepto del general D. Gerónimo Valdés el plan de campaña que debia dar un nuevo giro á los sucesos de la guerra, tardó en ponerlo en práctica menos aun de lo que tarda el rayo en seguir al trueno en dia de deshecha tempestad. Satisfecho altamente de su feliz y acertada combinacion, y muy persuadido de que encerrar á los carlistas en las Amézcoas, y destruirlos allí en un palmo de terreno, era cosa fácil de conseguir en pocos dias; despues de reunir en Vitoria cuantas fuerzas habia disponibles en la provincias Vascongadas, dirigió-

se á su frente por el camino que debia conducirle á la Amézcoa alta. El número de sus fuerzas ascendia á unos 22,000 hombres, que estaban repartidos en treinta batallones, componiendo el núcleo de este ejército las divisiones de los generales Córdova y Aldama. Apenas indicaron con sus movimientos estas tropas el objeto que se proponian, púsose en marcha para Segura el cuartel Real carlista que estaba en Oñate, y se retiró Zumalacárregui con su gente á la Amézcoa baja en direccion de Estella. Esta prudente retirada, que de ser otro el que la hubiera emprendi-



do podia revelar, cuando no miedo, conviccion al menos de la imposibilidad de luchar ventajosamente con escasa fuerza, produjo el mas completo resultado, como lo probarán bien pronto los hechos cuya relacion vamos á comenzar.

Para penetrar en el valle de la Amézcoa, empezó Valdés por apoderarse de las alturas y desfiladeros que le cercan y le dominan. Aparecer en ellos los primeros soldados, y quedar desierto el poblado valle, fue todo obra de un momento. Huian sus habitantes á los bosques, salvando

en la fuga aquella parte de su fortuna que podian llevar consigo como los ganados y los muebles; y tan grabado tenian en su memoria el recuerdo de antiguas atrocidades, que preferian morir estenuados del cansancio, y víctimas del hambre, á esperar encerrados en el hogar la ruina que miraban como inminente y segura. El espectáculo de esta fuga general y el triste cuadro que ofrecian aquellas casas abandonadas y aquellos lugares solitarios, centro en dias anteriores de vida y de animacion para la causa de D. Carlos, conmoveria indudablemente á los soldados invasores, y daria motivo al general que los mandaba para entregarse á sérias meditaciones sobre el espíritu de un pais, que cuando no se encontraba con bastante fuerza para rechazar á los que querian dominarle, se levantaba como un solo hombre, y abandonaba sus queridos lares, apenas se apercibia de su aproximacion.

En la noche del 12 de abril se encaminó Valdés con su ejército hácia Contrasta y sus cercanías. Ya habia llegado al punto en que deseaba anudar sus antiguas con sus nuevas operaciones, y el general carlista, como si se propusiera satisfacer su deseo, á medida que iba recibiendo algunos refuerzos, se aproximaba mas y mas á su adversario, llegando á pernoctar aquel mismo dia en Aranache, pueblo situado á la distancia de un cuarto de legua del que los cristinos ocupaban. Admirado Valdés de la audacia de su enemigo, y creyendo tocar ya con la mano la corona del triunfo, prosiguió con mas ardor su comenzada marcha, viniendo con sus movimientos á trastornar por su base el proyecto de un recibimiento ostentoso en Oñate, con que la corte de D. Carlos pensaba lisonjear al primer representante de una potencia estrangera, que se dirigia en su busca con una mision de elevada importancia.

Fácil es adivinar la razon que tuvo Zumalacárregui para dirigirse á su constante asilo de las Amézcoas, cruzando precipitadamente la Borunda por Alsasua. El justo temor de que los soldados de Valdés entregasen á las llamas unos valles que se reputaban como el principal foco de la guerra, que, como ya hemos dicho, eran el arsenal de donde sacaban los carlistas armas y recursos, y su refugio favorito, porque formados por ásperas y encumbradas sierras, ofrecian en su fondo una série no interrumpida de ventajosas posiciones, movió al sagaz general á aventurar el todo por el todo, á trueque de hacer el último esfuerzo por conservar un punto cuya particular topografía tan interesante le era. La noticia de que Zumalacárregui estaba cerca redobló el brio de Valdés, cuya principal ambicion en aquellos momentos se cifraba entera en despojar al general carlista de la reputacion de invencible que cada dia iba

afirmando y robusteciendo. Honroso, pero insensato empeño, que en vez de aumentar, debilitó el prestigio de Valdés, que en vano trabajó por patentizar que no era para él sino muy fácil y practicable llegar hasta el centro de aquellos valles, cuando asi lo exigiese el interés de su causa y el lustre de sus armas.

Constante en esta idea que en aquel entonces absorbia todas las meditaciones del general ministro, hizo avanzar el 20 sobre la Borunda al general Bedoya á la cabeza de algunos escuadrones de caballería, sostenido por la brigada de Mendez Vigo, mientras que el resto de las tropas formadas en diferentes columnas se apoderaban del puerto de Contrasta, como sin obstáculo lo verificaron. Ocupada la cresta del puerto llegó hasta dicho pueblo, en cuyo punto hizo alto y se acampó con sus tropas por aquella noche; continuó su movimiento á la mañana siguiente, y para hacer creer que trataba de penetrar hasta el fondo del valle, verificó sobre la marcha un cambio de frente amagando la izquierda de los carlistas. Por medio de este paso estratégico pensó ocultar mas fácilmente su pensamiento capital, que no era otro en aquella ocasion que desalojar á Zumalacárregui á viva fuerza del pueblo de Eulate, adonde se habia replegado con la tropa, que durante la noche se habia mantenido en Larraona frente á la de Valdés. Hizo este en seguida una ligera demostracion de ataque, y empezaron sus masas á penetrar lentamente por el valle, ya porque no confiaban en la verdad de la retirada de los carlistas, ya tambien porque el fuego de medio batallon de guias estendido en guerrillas no dejaba de embarazar su marcha. A este punto llegaba el ataque, cuando Zumalacárregui sin interrumpir su direccion sobre Baquedano, Berindano, Zudáire y Artaza, donde tenia reconcentrado su ejército, mandó á uno de sus batallones que hiciera un movimiento por detrás del pueblo de San Martin. Verificóse con la mayor rapidez y regularidad; y reforzado allí con otros tres batallones, el segundo, sesto y décimo de Navarra, atacó á Valdés de un modo tan decisivo, que bastaria á probarle, si es que ya no lo sabia, que los agrestes é indóciles montañeses de la primera época de su mando se habian convertido en bravos y aguerridos veteranos. La noche en tanto se acercaba; y á medida que iba entrando, era mas fundado el temor que debia asaltarle de verse atacado á favor de la oscuridad de ella en aldeas abandonadas y acérrimamente hostiles. Estas circunstancias le afirmaron en su resolucion de proseguir su marcha por las alturas, único medio de no ser dominado. Tomada, pues, posicion en el valle por la division de Córdova que apoyaba su izquierda en Eulate, subió á este puerto con todos sus bata-

llones. Una vez en él, enseñoreóse orgulloso de la posicion que habia adquirido, y aun se contemplaba satisfecho, dueño de los puntos elevados de la sierra de Andia, y absoluto dominador de los puertos que á ella suben desde las Amézcoas, cuando las resecas fauces de los soldados que demandaban á todo trance, y como cuestion de vida ó muerte, un poco de agua de que absolutamente se carecia en aquellas elevadas cimas, le obligaron á dirigirse y á acampar cerca de la venta de Urbaza; movimiento que no llevó á cabo sin que fuese hostilizada por Zumalacárregui su retaguardia, y sin perder algunas cargas de víveres que fueron á disfrutar los carlistas á las desiertas aldeas de Zudáire, Gollano, Artaza y San Martin, donde se albergaron aquella noche.

Satisfecha la sed, y mitigado el cansancio de los espedicionarios de la Reina, á la mañana siguiente, dia 22, emprendió de nuevo Valdés el movimiento que le debia conducir á dominar como en la víspera las cumbres. Volvieron tambien los defensores de D. Carlos á tomar sus posiciones, por medio de las cuales tenian casi rodeadas á las tropas sus enemigas. Estaba ya próximo el general Valdés á pasar el desfiladero de Artaza, sitio de funesto agüero y de tristísima recordacion para las armas de Isabel II, porque en él habia sufrido el general Rodil una dolorosa derrota aun no hacia ocho meses, el 31 de agosto del año anterior. Zumalacárregui, que sin ser fatalista abrigaba siempre la esperanza de vencer, y que en vez de esperanza tenia seguridad de la victoria cuando trababa una accion en sitio donde otras veces le habia sido la fortuna lisonjera, tomó todas las precauciones imaginables para impedir el paso á Valdés á cuyo orgulloso movimiento trató de oponerse resueltamente. Al tropezar Valdés con dificultades que en un principio no esperaba, desanimóse un tanto, y cumplido ya su principal objeto con haber demostrado á su enemigo que podia penetrar en las Amézcoas, y ocupar á su placer sus pueblos, creyó que sin amenguar su prestigio, ni debilitar su fuerza moral, podia desistir de su proyecto. Pero intentaba dirigirse á Estella para proveerse allí de las subsistencias que en las Amézcoas no encontraba; y para esto se vió precisado á continuar su marcha al través de los intrincados y espesos bosques que abren la sierra de Andia, hasta salir sobre el puerto de Artaza. El choque, pues, sobre inminente era inevitable.

Situacion crítica y peligrosa era en la que se veia por aquellos dias el general Valdés. Sin conocimiento del terreno que pisaba por la vez primera, falto de noticias y de espionage, é imposibilitado de hacer un reconocimiento prévio detenido, estaba harto persuadido de que si perma-

necia en la sierra, sus tropas serian víctimas del hambre, y si despreciando todo género de hostilidades, queria salir de ella, aventuraba una accion, cuyo éxito podia decidir del triunfo ó de la muerte de una causa. Y para que nada, ni lo mas estimado en otras ocasiones le fuese en esta ventajoso, embarazábale mucho el gran número de sus fuerzas, de cuyo poder material se burlaban con frecuencia los tiradores carlistas, que moviéndose con facilidad en todas direcciones por la ligereza que les prestaba lo escaso de su número, se aparecian por do quiera para molestar á los de Valdés, que en vano hacia alto, y destacaba alguna fuerza para repelerlos, porque se ocultaban en un instante, para volver con mas temerario empeño á la carga, apenas emprendia de nuevo su marcha el gran ejército de la Reina. No se ocultaba á Valdés lo dificil de su posicion; y deseando salir de ella con intencion sin duda de variar de rumbo, trató de descender con sus tropas por el desfiladero de Gollano. Pero cerca de este desfiladero hay una pradera que se estiende á orillas de un riachuelo, y en ella habia situados cinco batallones carlistas que impedian tuviese efecto el buen deseo de Valdés de desembocar por aquel punto. Hubo, pues, de contener su marcha por las alturas hasta que logró ocupar un elevadísimo peñasco que dominaba la salida del puerto, y al que se dirigió á la cabeza de dos batallones, cuando los soldados de D. Carlos trepaban ya por su cima. Alentados los defensores de la Reina por lo favorable de esta posicion desde la cual hacian un fuego horroroso, intentaron bajar para ver si de este modo conseguian su objeto de seguir adelante; pero los que tuvieron bastante valor para ejecutarlo fueron en el acto pasados á cuchillo, exhalando el último suspiro en medio de las mas crueles agonías. Por fin, la division de Aldama logró desembocar por la izquierda; operacion que se ejecutó con brillantez y denuedo, y de que cupo una buena parte de gloria al teniente coronel graduado D. Fernando Fernandez de Córdova, que cargó intrépidamente á la bayoneta á la cabeza de un batallon de los voluntarios de Aragon. La falta de municiones no permitió á los carlistas mantener el combate, sosteniendo el fuego, y precisados á prolongarse por la sierra en direccion de los puertos de Valde-Aillin, vieron incomunicada su línea por la interposicion del enemigo. Al mismo tiempo la absoluta carencia de víveres forzó á Valdés en lo mejor de la pelea á retirarse hácia Estella, dirigiéndose por el camino de Abarzuza. Apercibido de esto Zumalacárregui que se hallaba sobre su derecha, organizó una columna móvil de los batallones de guias cuarto y sesto ya mencionados, que puesta á las órdenes del comandante D. Pablo

Sanz, hizo salir por el flanco á atacar nuevamente la vanguardia.

Estaban coronadas las alturas por las tropas de la Reina, y para tantear sus propósitos avanzó por aquellas breñas una guerrilla de los guias carlistas, la cual no bien se dejó ver, fue saludada con repetidas descargas de fusilería. Dos piezas de montaña y dos obuses secundaron con sus disparos sobre las guerrillas el esfuerzo de los de Valdés. La formacion de las fuerzas de este en las alturas estaba dispuesta para proteger la retirada, y ya llevaba el tercer batallon de guias dos horas de resistir el fuego inalterable, cuando tuvo que ceder á un fuerte ataque que le dió con brioso entusiasmo un batallon cristino. Repuestos de él los serenos guias, volvieron á formarse á unos mil pasos de distancia, y acudio á reemplazarlos el cuarto batallon navarro. Otro empuje á la bayoneta por parte de los de Valdés, no menos vigoroso que el primero,



desordenó y rompió este segundo cuerpo; mas la oportuna llegada de otro batallon carlista obligó á retirarse á los que con tanto denuedo atacaban. Apeló entonces el general Valdés á su bizarra caballería, y al frente de ella el brigadier D. Antonio Seoane, dió una brillante carga que hizo retroceder á los carlistas, y en la cual como se arrojase demasiado, recibió un balazo que le atravesó un tobillo.

En esto se pronunció mas la retirada de Valdés, cuyos soldados no podian dar un paso sin tropezar con multitud de cadáveres. Los carlistas corrieron al alcance de los que con tal precipitacion se retiraban, haciendo en su marcha no pocos prisioneros. El dia entonces tocaba á su fin, y ZUMALACÁRREGUI atacaba animoso el centro enemigo, cuyas fuerzas confusa y desordenadamente se dirigian á Estella por los campos de Muro, cuando se dejaba oir un vivísimo fuego en una línea dilatada y no lejana. El choque era entre Valdés que avanzaba en su retirada, y el coronel Don Pablo Sanz que con el sesto batallon navarro se esforzaba heróicamente por detenerle. Ya iba casi á lograrlo contribuyendo de este modo al mas completo triunfo de sus armas, cuando un balazo que rompiéndole una mandíbula se le internó en la parte inferior de la cabeza, introdujo en los suyos el consiguiente desórden y los puso en dispersion. El espectáculo de la fuga reanimó el ardor de los que poco antes se habian visto obligados á representar á su vez el mismo triste papel; y no obstante la resistencia siempre vigorosa de los guias, retrocedieron vencidos, y retrocedió tambien la caballería carlista, no quedando otro medio de salvacion á muchos de los soldados, que arrojarse por las breñas, lo que verificaron algunos con sorprendente y maravillosa ligereza.

Pesaroso ZUMALACÁRREGUI de que este incidente desgraciado viniese á eclipsar las glorias de aquella jornada, corrió á ocupar un declive muy pendiente que se prolongaba desde la misma vereda hasta cerca de la orilla del rio á trescientos pasos del sitio, teatro de la anterior escena. Allí, donde habia reunido parte del cuarto batallon navarro, y el resto de los guias, á pie y con el sable en la mano arengó á aquellos valientes, cuyo espíritu belicoso pocas palabras bastaban para reanimar. A esta sazon ya habia salvado Valdés las estrechuras del primer desfiladero, y solo le restaba forzar otro paso de igual dificultad; pero ZUMALACÁRREGUI que conocia la importancia de obstruírselo, esperaba impaciente el momento de poder verificarlo. Algunas descargas cerradas que se oyeron minutos despues, le indicaron que habia llegado el instante que anhelaba; pues los batallones alavases que atacaban con vigor la espalda de los enemigos, eran los promovedores de aquel fuego. Ya no habia nada que temer; y por lo tanto, enfiló el general carlista por la senda, y al llegar al llano, ordenó y formó en batalla á sus soldados. Valdés no queria empeñar un nuevo combate, porque su flanco y su retaguardia habian padecido ya mucho, y no hubieran podido resistirle; y conocedor del peligro que corria, pronunció su retirada por el camino mas separado de los que conducian á Estella. En vano el incansable ge-

neral carlista intentó de nuevo salir al encuentro al ejército cristino en otro paraje quebrado y estrecho, que aun mediaba antes de llegar á Estella; la falta de municiones le hizo desistir de su propósito, y hubo de contentarse con continuar hostilizando á los de Valdés hasta el anochecer que se vieron ya próximos á Estella.

Antes de referir el estado en que llegaron á este punto las tropas de la Reina, y de medir la influencia de esta jornada en el curso de las operaciones militares, nos parece del mayor interés dar cabida al detallado parte oficial que sobre estos encuentros estendió Zumalacárregui al reposar de sus fatigas en el cuartel general de Asarta. Conviene para la mayor claridad de nuestra historia leer lo que dice el general carlista antes de que se desvanezca la impresion de los sucesos que acabamos de narrar. Dice asi el parte oficial á que aludimos:

«E. M. G. del ejército.=Excmo. Sr.=Apenas Valdés, actual Ministro de la Guerra del gobierno revolucionario, y nombrado por segunda vez general en gefe del ejército titulado del Norte, arribó á Vitoria, presentándose como repentinamente en esta ciudad, reunió en ella cerca de 20,000 hombres, y ayudado de los rebeldes Córdova y Aldama, caudillos tambien esperimentados en esta lucha, concibió el proyecto de invadir la Amézcoa. Aunque yo ignoraba semejante plan, los últimos efectos de la espedicion de Córdova me obligaron á creerlo asi, cuando por otra parte parecia regular que de aquí daria principio Valdés á sus operaciones, en razon de que habiéndolas terminado en Contrasta al tiempo que fue relevado del mando por Quesada de este pueblo las continuaria, y asi no se conoceria vacío en su curso geográfico. Efectivamente asi lo crei, y asi sucedió; pues hallándome el 20 del actual en Eulate, y teniendo acantonados cuatro batallones en la inmediacion, y otros tantos á diferentes distancias y direcciones, sobre las cuatro de la tarde se presentó en Contrasta aquel famoso corifeo á la cabeza de mas de 16,000 infantes. Lejos de retroceder un paso, aunque mis fuerzas concentradas contando con los dos batallones que se me reunieron de la division Alavesa no llegarian á 3,000, hice que ocupasen los pueblos de Aranarache y Larraona (intermedios entre Eulate y Contrasta), distante este último un cuarto de hora. Valdés tuvo todo su ejército acampado; porque el pueblo no permitia poder alojar apenas 1,000 hombres, mientras los 3,000 que yo tenia, ocupaban cinco pueblos. A la mañana siguiente 21 del actual, serian las seis de la madrugada cuando recibí aviso de que el enemigo movia sus columnas hácia Eulate: inmediatamente avancé á descubrir el campo, mientras los batallones tercero y cuarto de Navarra,

primero de Castilla y dos de Álava, se situaron en las posiciones de la espalda del pueblo de S. Martin, y el de Guias se mantenia entre Aranarache y Eulate, á fin de que dando principio en aquel sitio el fuego de guerrillas, siguiese el enemigo hasta el punto escogido para teatro de la accion. Los batallones primero, segundo, sesto y décimo de Navarra, consecuentes á mi órden de la noche anterior, anduvieron la mayor parte de ella, y con una puntualidad admirable á las ocho de la mañana se encontraban unidos á los otros en las referidas posiciones. Eran mis fuerzas en todo 10 batallones, y las enemigas 30 segun noticias de los prisioneros y lo pregonado por el Boletin revolucionario de Vitoria. A las diez del dia se presentó Valdés aparentando querer avanzar gruesas columnas por los flancos para envolvernos; pero antes de llegar á S. Martin, sus guerrillas que ya tiroteaban con las nuestras hicieron alto, y la cabeza de la columna que las seguia subió por el puerto de Eulate, y se presentó en lo alto de la sierra. Al principio creí que únicamente hacia adelantar por aquella parte alguna fuerza, mientras nos atacaba de frente, y persuadido de ello dispuse que solo el décimo batallon subiendo por el puerto de S. Martin atacase en lo alto de la sierra. Efectivamente, á poco rato se sintió el fuego en este, y no tardé en saber que el grueso de las masas enemigas se hallaba ya en aquella. Entonces dí órden al comandante del batallon que atacaba, que en caso que el enemigo se internase en el monte se retirara por el puerto de Zudaire, mientras yo me dirigia á esperarlos á la bajada de este, donde los coloqué rápidamente en una línea que cubria dicho puerto y el de Baquedano. A las seis de la tarde no parecia el enemigo, é investigando la causa, supe que se dirigia para la venta de Urbasa situada en el centro de la sierra, y poco despues recibí aviso positivo de que tomaba las medidas para acamparse. Con estas noticias y con la precaucion de hacer subir al puerto algunas compañías de Guias y del cuarto batallon al mando del comandante D. Francisco García, dispuse que todos los restantes batallones se alojasen en los pueblos de Zudaire, Baquedano, Gollano, Artaza, Barindano, San Martin y Ecala. ¡Qué contraste! Nosotros apenas con 5,000 hombres, faltos de recursos, alojados con toda comodidad, y el enemigo con 16,000 situado en posicion dominante, y asistido de todo lo necesario al objeto que se proponia, precisado á acamparse á la inclemencia y sufrir los rigores de una noche fria cual podia haberla en un terreno árido donde ni agua se encuentra. ¡Qué poco se acomodarán á creer esto los alucinados partidarios de Cristina! Y si las naciones del globo que admiran esta lucha entendieran que en el rádio de cuatro

horas á lo mas estábamos ambos ejércitos, ¿qué dirian? El dia 22, una hora despues de alumbrar el sol este Emisferio, estaban nuestros soldados descansando en sus alojamientos, cuando á la señal de los tiros de la sierra se pusieron sobre las armas, y en el momento que recibieron mis órdenes acudieron á tomar las posiciones del dia anterior, y aunque despues de mas de una de fuego sostenido con solas las compañías de observacion aparecieron los enemigos en lo alto del puerto en gruesas columnas, desde donde veian nuestras fuerzas como si fuese de una elevadísima torre á los que giran en derredor y cercanos á ella, no osaron bajar, y continuaron su marcha por lo alto de las peñas á cuyo pie nace el rio Amézcoa, recorriendo toda la superficie de la sierra en torno nuestro. Esta direccion manifestaba que el enemigo se dirigia hácia el alto de Araiza ó puerto de Artaza, que por ser el mas accesible y ventajoso para él, seria por donde tratase de hacer su tentativa formal para descender á la Amézcoa; porque ¿cómo podia suponerse que despues de una espedicion tan ruidosa y con fuerzas numerosas con el fin de invadir esta, habia Valdés de ir corriendo de puerto en puerto, sin atreverse á bajar por ninguno, y últimamente desistir de su empeño y huir á Estella? Para que los que lean este parte puedan tener alguna idea de las cosas, y de la posicion de Valdés con respecto á la nuestra, baste decir que desde ella con solos dos batallones ataqué como es público y notorio en 31 de agosto último y causé al *revolucionario Rodil* una pérdida horrorosa, hallándose este con 9,000 hombres en los mismos puntos que ahora ocupaba yo. Sin embargo de esta inferioridad y posicion tan estremada en todos conceptos, quise salir al encuentro de Valdés, ordenando que el segundo batallon le esperase en lo alto del puerto donde hay un llano que permite obrar á todas armas por el cual cruzan diferentes caminos, y cuando sentí los tiros de este con el enemigo volé al sitio, mandando avanzar al mariscal de campo D. Francisco Iturralde con los batallones de Guias, cuarto y sesto. En la superficie de una peña cuya subida es inaccesible, desde donde se dominaba á medio tiro de fusil el sitio del combate, colocó el enemigo 4 ó 5,000 hombres, los que hacian un fuego horroroso á los nuestros que se presentaban á cuerpo descubierto; pero con todo, los valientes de los cuatro citados batallones no reparan, y acercándose al pie de aquella inespugnable muralla, pasan á cuchillo á cuantos intentan bajar para seguir adelante; el único camino para descender se llena de cadáveres, y ya el paso se hace intransitable. Mientras tanto el enemigo acude al último recurso, y cargando fuerzas sobre fuerzas, despues de mas de tres horas de vivo fuego y tan desigual logra bajar al llano.

Habia pedido yo subieran á reforzar los batallones que combatian el primero, tercero y décimo de Navarra, pero no pudiendo los primeros sostener el fuego por falta de municiones, se vieron precisados á prolongarse por la sierra en direccion de los puertos de Valde-Aillin, é interpuesto el enemigo quedó por entonces incomunicada nuestra línea, y dispuse que los batallones mandados venir se retirasen al pie del puerto, y subsistiesen alli reunidos con los demas para atacar al enemigo caso que intentase bajar á la Amézcoa, mediante á que el referido puerto de Artaza estaba espedito. Cuando esto ocurria, serian las dos de la tarde; é informado poco despues de que la columna enemiga se dirigia en retirada hácia Estella, hallándome sobre su derecha, dispuse que de los batallones de Guias, cuarto y sesto se municionase y organizase una columna móvil, y que á las órdenes del comandante de este último D. Pablo Sanz, saliese por el flanco á atacar nuevamente la vanguardia. El primer ayudante general de E. M. G. D. Juan Antonio Zaratiegui que con mas instrucciones habia quedado con los batallones primero tercero, y décimo de Navarra y primero de Castilla (á quien acompañaba el comandante general de Álava D. Bruno Villarreal con el primero y segundo de esta provincia), y cuyo objeto era conservar, segun llevo dicho, la Amézcoa, habiendo observado que en lo alto del puerto de Artaza se descubrian tres ó cuatro caballos enemigos, dispuso que una guerrilla de infantería y algunos caballos saliesen con el subteniente D. Juan Gregorio Iriarte á reconocer á aquel, y que para sostenerlos en caso de necesidad marchase en su apoyo todo el tercer batallon con el comandante del décimo D. Teodoro Carmona. No bien se dejó ver la guerrilla en el puerto, cuando se trabó un vivo fuego, y avisado por él de que allí estaba el enemigo, dispuso dicho ayudante general que avanzase el primer batallon y la compañía de tiradores del segundo, con cuyas fuerzas subió este al puerto juntamente con el brigadier D. Bruno Villarreal que conducia las compañías de cazadores de ambos batallones Alaveses. El mariscal de campo D. Joaquin Montenegro y el brigadier D. Francisco Vivanco iban tambien á la cabeza de estas tropas. Al llegar á la altura el enemigo tenia formadas sus fuerzas destinadas á proteger la retirada: el tercer batallon que atacaba casi todo en guerrillas comenzaba á retirarse por la superioridad del enemigo, pero despues de haberse conducido con sumo valor especialmente la compañía de granaderos; mas la oportuna llegada del primer batallon no solo hizo entrar á aquel con nuevo esfuerzo, sino que destacando algunas compañías en guerrillas, y marchando otras en masa sobre el enemigo, se retiró este dejando su posicion; pero como al

presentarse en ella diese una carga la caballería enemiga, retrocedieron un poco las guerrillas permaneciendo firmes las compañías que marchaban en masa, las cuales siguieron avanzando, y retirándose precipitadamente el enemigo se declaró la mas completa derrota. Siguieron los batallones primero y tercero de Navarra, dos compañías de cazadores de Álava y la de tiradores del segundo por diferentes direcciones el alcance, cogiendo la mayor parte de los heridos que conducian, llenando el campo de cadáveres, y llevando á todas partes la muerte; hasta la inmediacion del monasterio de Iranzu perecieron muchos, y en su proximidad se hicieron mas de 60 prisioneros. Estaba el dia á su conclusion, y cuando esto sucedia se advertia un fuego contínuo en una línea dilatada de mas de hora y media. Entonces me encontraba yo en Eraul atacando el centro enemigo, cuyas fuerzas con paso acelerado y en dispersion se dirigian por los campos de Muro á Estella. Lo mas singular que en este memorable dia se encuentra es, ser el primero que entre los españoles se ha hecho uso de los cohetes llamados *á la Congreve*, cuyos fragmentos tengo el gusto de remitir á V. E.; pues á pesar de esta y otras muchas ventajas, que no solamente en el número, sino en las armas nos llevaba el enemigo, como son artillería de que tambien hizo uso, abundancia de municiones y cuanto se encuentra en un ejército provisto de todo, nada bastó para contrarestar el valor de los heróicos hijos de Navarra que celebraron el aniversario de la derrota del brutal Quesada en Alsasua con otro triunfo aun mas glorioso. ¡Dia verdaderamente grande! que eternizará la memoria del valor de los naturales de este fidelísimo reino, por haber vencido á todo el poder revolucionario, cuyas huestes no teniendo general á quien confiarlas, aun los mas acreditados en ellas, se ha visto precisado á mandar en persona al mismo secretario de la guerra. La columna enemiga arrojada de todas sus posiciones, dispersa por los montes, logró en su precipitada fuga llegar con la vanguardia, en la cual huia el principal caudillo, á Estella; siguió el centro mandado por Aldama, pero despues de haber sido descalabrado en varios pasos; en fin se retiró Córdova que llevaba la retaguardia, pero con infinita pérdida, obligado ademas á refugiarse en el pueblo de Abárzuza con sus tristes restos, donde le cogió la noche. Nuestras tropas regresaron á pernoctar á varios pueblos de la Amézcoa baja y Valde-Aillin, cargados de despojos, y conduciendo muchas armas, municiones, cajas de guerra, algunos caballos, varias cargas de víveres y algunos otros efectos, con una gran porcion de prisioneros, sin que hubiese sido posible recogerlo todo, por cuanto la noche y la espesura de los bosques

no lo permitian. Con este motivo á la mañana siguiente que fue la de ayer, dispuse que se volviese á reconocer el campo, dando órden al comandante de partida D. José María Oroquieta lo verificase con su gente por la inmediacion de Estella; pero habiéndome avisado que el enemigo salia para estorbarlo, acudí inmediatamente al sitio con los batallones primero y cuarto, y me cercioré que aquel no tenia otro objeto que proteger á la columna enemiga que estaba en Abárzuza para que se retirase á Estella, sin que se atreviese á impedir que nos apoderásemos de doce cargas de municion, y mas de cien fusiles que todavia existian en el campo, sin contar los muchos que se recogieron el dia anterior. La derrota fue tal, que aun ahora estan conduciendo á este cuartel general varios prisioneros de los muchos dispersos que huyeron por los bosques, habiendo hecho por sí solo el soldado de guias José Santesteban seis, que me ha presentado. No sé, Excmo. Sr., por donde dar principio á manifestar á V. E. en este parte los valientes que se distinguieron dicho dia; porque son miles los héroes que se deben contar. De héroes está lleno el segundo batallon, que con tanto teson sostuvo el fuego al principio contra mas que sestiplicadas fuerzas; lo está el sesto que se portó con la bizarría que siempre; y en fin, el cuarto y el de Guias cuya bravura no tiene par. Loor eterno á esta legion de héroes compuesta toda de españoles dignos imitadores de sus antepasados, quienes en nada estiman su vida cuando se ofrece ocasion de darla en obsequio de su sacrosanta religion, y de su amado y legítimo soberano. El grito de VIVA CARLOS V dado al tiempo de acometer llena de entusiasmo y ardor sus bélicos corazones, los que apenas caben en tan heróicos pechos; gloria infinita al primer batallon coronado en tantas victorias, y al tercero cuyo entusiasmo y alegría en los combates no tiene igual, y finalmente á la compañía de tiradores del segundo mandada por su bizarro capitan Don Epifanio Soto, y á las dos de cazadores del primero y segundo de Álava que se portaron con tanto valor como bizarría. Todos los gefes de estos cuerpos en general y en particular han llenado completamente mis deseos en esta ocasion. El comandante general de Álava D. Bruno Villarreal, el mariscal de campo D. Joaquin Montenegro, el brigadier D. Francisco Vivanco, y el bravo auditor de guerra D. Jorge Lázaro, que estuvieron á la cabeza de las tropas, que dirigidas por el primer ayudante general Don Juan Antonio Zaratiegui atacaron la retaguardia del enemigo, se emplearon con aquel celo que los caracteriza en semejantes lances. Hay muchos hechos particulares que referir, asi de oficiales como de tropa, pero no es posible hacerlo con la exactitud que quisiera por no tener reu-

nidas las noticias; pero para que el mérito tenga la debida recompensa de la pródiga mano de un REY, que con tanta solicitud le atiende, remitiré á V. E. una relacion de los que crea estan mas en el caso de optar á las gracias. Desde los altos de Araiza hasta las inmediaciones de Estella en que sucedió el combate, cuya estension será como de tres horas, se encuentran mas de 300 cadáveres enemigos, pudiendo calcularse en 1000 el de los heridos y prisioneros. Por nuestra parte hemos tenido 11 muertos, y 82 heridos: entre los primeros se cuenta el siempre valeroso teniente coronel capitan de la compañía de granaderos del cuarto D. Martin Uriz, cuya pérdida ha sido sumamente sensible; y entre los segundos el coronel comandante del sesto D. Pablo Sanz; mas espero que su herida no privará al ejército del REY N. S. de este gefe por muchos dias. Todo lo que pongo en noticia de V. E., á fin de que elevándolo al soberano conocimiento de S. M. tenga la complacencia de saber los hechos particulares de tan glorioso encuentro. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Asarta 25 de abril de 1835.=Excmo. Sr.=Tomás Zumalacárregui.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Caro le salió á Valdés, como del anterior parte se deduce, su empeño de penetrar en las Amézcoas. Dentro ya de los muros de Estella, y cuando la tranquila calma pudo hacer paso á la reflexion, hubo de conocer sin duda todo lo arriesgado de sus planes, todo lo aéreo é infundado de sus ilusiones. Estenuados de hambre, muertos de fatiga, llenos de fango y de miseria, iban llegando á Estella los infelices soldados que lográran escapar con vida del combate, siendo los que mejor libraron en trance tan crítico los que componian la vanguardia del general en gefe, que fueron los primeros que se encerraron en la indicada plaza. Siguieron á estos, aunque con considerables pérdidas, los de Aldama que mandaba el centro, y Córdova con su division, y Mendez Vigo con su brigada, tuvieron la feliz idea de refugiarse en Abarzuza, donde no solo era posible la defensa, sino tambien muy probable el socorro. Esta accion, la mas brillante de toda la campaña ¡para las armas carlistas, fue para los liberales la mas funesta por su inmensa pérdida, que se graduó en unos 800 muertos, 600 prisioneros, 300 heridos, 3,000 fusiles, y sobre 300 caballos ó acémilas. A tan horrible mortandad contribuyó ademas del fuego enemigo, la escasez de las raciones y el intenso frio de aquellas altísimas montañas. Por eso cuando algunos dias despues se reconoció escrupulosamente el terreno por los ufanos vencedores, encontraron desfallecidos y débiles á no pocos solda-

dos de Valdés, que faltos de fuerzas para correr tras sus compañeros, se habian ya resignado á recibir la muerte del que quisiera dársela en el punto hasta donde habian podido llegar. Algunos de estos tan abatidos estaban, que no obstante que aun tenian en su poder el fusil con que otras veces vendieron caras sus vidas, se le dejaron arrebatar de una manera que calificaríamos de oprobiosa y humillante, si su lamentable



situacion no los hubiese libertado de semejante nota. Hubo paisanos de aquellos que en los dias del triunfo forman el cortejo de los ejércitos victoriosos, que dejándose arrastrar por los malos instintos, se entregaron á la sombra de los vencedores á todo género de inhumanidades y de excesos. A garrotazos y pedradas, y sin oponer la menor resistencia, fueron muertos muchos de aquellos desgraciados; y llegó á tal estremo la crueldad de sus verdugos, que en la tarde de aquel mismo dia mezclados en-

tre los grupos de la tropa, se les oia vanagloriarse con jactancia de tan inhumanas acciones, distinguiéndose sobre todos un jóven pastor, que orgulloso mostraba á los carlistas su cayado teñido en sangre, como fehaciente testimonio de haber dado con él muerte á tres soldados que, perdidos en el laberinto de las montañas, vagaban sin direccion acosados por la sed y por el hambre. Este hecho, á todas luces cruel, es tanto mas lamentable y digno de censura, cuanto que hubiera podido empañar el blason de un pueblo de carácter menos leal y menos generoso que el vascongado. Pero cometido en aquel suelo donde esas cualidades son, por decirlo así, proverbiales en sus hijos, prueba solo hasta qué punto de ferocidad pudo llevar las pasiones de algunos el encono de una lucha civil que tenia allí su principal asiento.

Únase á esta inmensa pérdida material que sufrió el ejército de Valdés, la moral que llevaba consigo el mal éxito de su primera y mas meditada tentativa, y se conocerá que un prestigio aun mas resistente y mas fuerte que el suyo hubiera sucumbido á impulso de tan rudo golpe. En vano era aparentar una confianza que completamente se habia evaporado; en vano protestaba el general en gefe en sus comunicaciones oficiales que «tenia motivos de estar satisfecho de una espedicion que le ha»bia hecho conocer la situacion física y moral de un enemigo, que en el »pais donde ejercia mas influencia, en uno de los terrenos mas quebra»dos y mas embarazosos para el movimiento de una columna muy con»siderable, no supo disputar un paso que se le presentaba muy difícil, ni »defender una fuerte posicion que les hubiera ofrecido las mayores ventajas.» Estas palabras eran el velo con que procuraba cubrirse una derrota de las mas funestas, y la verdad no se encerraba seguramente en ellas. La verdad se encontraba en toda su aterradora desnudez en los lábios sencillos de los refugiados en Estella, que admirados de haber sido vencidos en tan gran número y con tantos y probables elementos de triunfo, pues hasta se ensayaron por primera vez los cohetes á la congreve, se preguntaban unos á otros si Zumalacárregui era un hombre como los demas, ó mas bien un diablo en figura humana como lo hacian creer sus hechos.

Despues de tantos dias de fatiga, concedió Zumalacárregui á los suyos algun respiro en Mendaza y Asarta. Pero atendido el infatigable ánimo del general carlista, creyóse por muchos que el descanso no seria largo, pues á su génio perspicaz no se debia ocultar la facilidad que se le presentaba de batir y amilanar aun mas á su enemigo. Privado este del prestigio de sus fuerzas que por considerables y numerosas ya no imponian,

ni menos arredraban, y sin otra defensa que la que pudieran proporcionarle los parapetos de sus fortificaciones, presentarse ZUMALACÁRREGUI al frente de sus bravos delante de Lerin y de Estella, era añadir un laurel mas á su victoriosa corona. Encerrados en aquellas plazas tantos batallones, sin mas subsistencias que las que para dos cortísimas guarniciones habia prevenidas, pocos dias debian tardar en consumirse. Preciso era por tanto que saliesen de uno á otro dia de sus asilos á buscarlas, punzados por la necesidad, y puestos entonces en el caso de aceptar el combate, todas las probabilidades estaban por que hubieran sido batidos, como natural consecuencia de su indispensable decaimiento. Dado este segundo golpe, la posicion de ZUMALACÁRREGUI hubiera llegado á ser tan halagüeña, que indudablemente hubiera dado mas ensanche á sus planes, facilitándose mucho el desarrollo de sus operaciones ulteriores. La fatalidad, empero, que presidia á la causa carlista en los dias de su mejor fortuna, y la suerte desdeñosa á veces que parecia complacerse en abatir sus alas cuando mas remontaba su vuelo, mantuvo por algunos dias al ejército vencedor en una inaccion dolorosa á que le obligaba la absoluta falta de cartuchos. Consumidas todas sus municiones en la batida de las Amézcoas, veíase contra la voluntad de su general y contra sus deseos, detenido enmedio de su triunfo, ínterin no le remesasen las fábricas algunos paquetes de cartuchos ¡Ocasion brillante, si dotado del don de la adivinacion, ó servido por mejores espías, hubiera sabido aprovecharla Valdés para indemnizarse por medio de un ataque de seguro éxito de sus anteriores y sensibles pérdidas! Mas no fue asi: y el general cristino, tan lejos estuvo de adivinar la causa de tan inesperada inaccion, que abrigando aun en su ánimo un resto de confianza en su superioridad numérica, atribuyó al temor que ella debia inspirar al gefe carlista, el desahogo que en ocasion tan crítica le concedia.

Un acontecimiento importante por su carácter diplomático, y mas importante todavia por sus humanitarias y filantrópicas consecuencias, vino á dar pábulo en aquellos dias á las conjeturas de los políticos, y á servir de alimento á los diarios de Europa y á las conversaciones de España. Asegurábase con visos de certeza que un representante del gobierno inglés se habia aproximado al cuartel Real para desempeñar y llevar á cabo una mision diplomática de su gobierno. Este rumor circulaba de boca en boca muy autorizado, y sin gran esfuerzo se apresuraban á darle crédito los adeptos á la causa de D. Carlos, porque á nadie se oculta cuánto debia subir esta en importancia desde el momento en que el go-

bierno de una nacion rica y poderosa reconocia, siquiera fuese implícitamente, su existencia y su legalidad, mandando para entenderse con ella autorizados representantes. Los partidarios de la causa liberal no acogian con tan buena voluntad la noticia; pues temerosos de que negociaciones diplomáticas, de cualquier clase que fuesen, promovidas por una nacion tan respetable como la inglesa, y entabladas cerca de la corte errante del que llamaban pretendiente, diesen á esta cierto carácter oficial que rechazaban, y que hasta cierto punto podia legalizar su existencia, aparentaban dudar mucho que la orgullosa Albion se rebajase hasta el estremo de entrar en negociaciones con lo que ellos miraban como un remedo de corte, como un simulacro ó paródia de gobierno. Pero prescindiendo de las esperanzas de los unos, y de los temores de los otros, lo cierto es que el gabinete de la Gran Bretaña no se desdeñó de tratar con los principales personages del cuartel Real, y que no obstante que la mision de su enviado era extensiva al general representante del gobierno de Madrid, el palacio de Oñate fue el primero que recibió el honor de ser visitado por el enviado inglés.

Intérprete en esta ocasion la Inglaterra de las ideas filantrópicas, y de los sentimientos marcadamente humanitarios de todas las naciones de Europa, donde se rinde á la civilizacion sincero culto, tomó la iniciativa en la mision honrosa de suavizar un tanto los horrores de nuestra sangrienta lucha, é interponiendo el respetable influjo de su autoridad, enarboló sobre las cabezas de los que ciegos de furor peleaban una bandera en que se leia el lema hermoso de «*Humanidad.*» No nos remontaremos á averiguar cuál pudo ser el secreto móvil de mision tan benéfica, porque no nos complace amargar hasta los sabrosos frutos del bien, suponiéndolos producto de un fin interesado ó malo. Bástanos lo humanitario y provechoso de las consecuencias de esa mision, para suponer su orígen el mas santo y el mas laudable. Los hombres del partido que se conoce en Inglaterra con el nombre de tory ocupaban el poder; y por la lógica tendencia de sus doctrinas, eran los que se suponian menos adversos al partido carlista de España. Durante su anterior dominacion, y en época no lejana, se separaron un tanto en su política de la senda que debieran haber seguido, de ser cierto como sostenian algunos que la causa de la monarquía estaba simbolizada en la persona y en la causa de D. Carlos. Mas sin duda no lo creyeron asi; y en pleno parlamento el gefe del gabinete tory manifestó sus simpatías y su respeto hácia el tratado de la cuádruple alianza, obra del radicalismo inglés mas avanzado. Arrèpentidos, tal vez, mas tarde de su conducta Sir Roberto Peel y el duque



Dn CARLOS LUIS DE BORBON Y BRAGANZA

Conde de Montemolin.

de Wellington, como si sintieran renacer en sus corazones el afecto aun no estinguido á España, ensayaron este medio honroso de intervenir en nuestras disensiones civiles, poniendo coto al derramamiento de sangre española; medio que al mismo tiempo que los presentaba como civilizados y humanos, aseguraba á las potencias del Norte sobre el fin de su política, dando un testimonio de particular interés por la suerte de las provincias que por su adhesion á la bandera carlista sufrian todos los males inherentes á la guerra civil.

Hasta las personas de que se valió el ministerio inglés para llevar á cabo esta mision de humanidad, prueban patentemente que el interés de la causa carlista fue el que mas predominó en ella. Lord Elliot y el coronel Gurwood que fueron los comisionados, pasaban por acérrimos partidarios de esta causa; el primero habia hecho alarde en mas de una ocasion de sus simpatías en favor de D. Carlos, y el segundo se habia distinguido por las delicadas y respetuosas atenciones que tributó á la familia Real durante su permanencia en Portsmouth. En cuanto al objeto de la mision nada seguramente podia haber mas digno de aplauso, puesto que no era otro, al menos ostensiblemente, que poner término á la guerra de esterminio que se hacian los dos partidos beligerantes, desde que habian adoptado el funesto al par que horrible sistema de represalias. Hemos dicho que este era el objeto ostensible, porque no faltó quien la atribuyera otro reservado de mas elevadas miras. Díjose entonces en altos círculos, que el principal encargo de Lord Elliot era proponer medios de conciliacion entre las dos partes de la familia Real que estaban en pugna, que pudiera conducir á un arreglo definitivo en los negocios de la península, evitando para lo sucesivo la efusion de sangre. Se oyó tambien entonces por la vez primera la idea de un casamiento, en que recientemente y con mas ahinco se ha insistido; pero ni D. Carlos, cuya causa ofrecia en aquella época grandes probabilidades de triunfo, podia aceptar las condiciones que se le imponian, ni los hombres que gobernaban el pais en representacion de las ideas liberales podian admitirlas sin esponerse á ser arrollados en su marcha por una revolucion que bramaba bajo sus pies con toda la lozanía de la juventud. Limitóse, pues, la mision de Elliot á un tratado, que estableciendo por base el cange de los prisioneros, despojára á la guerra de su carácter feroz y sanguinario.

Los comisionados ingleses fueron acogidos por D. Carlos con la benevolencia que era de esperar. Las maneras finas y el conocimiento exacto del pais que habian adquirido, les cautivaron la simpatía del prín-

cipe y de cuantos tuvieron ocasion de tratarlos, y conforme el primero en el humanitario objeto de su intervencion, les indicó que se avistasen con su general Zumalacárregui, verdadero depositario de toda su confianza, para que de acuerdo con él conciliasen los medios de poner pronto término al bárbaro sistema de fusilamientos que por uno y otro bando se seguia. Reunidos los ingleses con el general carlista en su acantonamiento de Asarta, conferenciaron detenida y amistosamente sobre el particular, prestándose este último con el mayor placer á todo cuanto pudiese producir este resultado de libertar á los contendientes de todo otro peligro que no fuera el que inevitablemente debian correr en los combates, economizando por este medio la preciosa sangre de españoles. Para que la realizacion de plan tan bello no se demorase, Lord Elliot solicitó y obtuvo del general carlista el indulto de veinte y seis prisioneros cristinos que estaban próximos á pagar con su vida la desgracia de haber sido cogidos por los carlistas al retirarse Valdés de las Amézcoas. Reconocido el agente británico á la humana galantería del general, le regaló un precioso anteojo de larga vista, compañero del duque de Wellington en cien batallas, á que Zumalacárregui supo conceder el alto aprecio que merecia, usándole constantemente hasta el dia en que perdió la existencia.

Estendido el convenio con arreglo á las instrucciones del gabinete inglés, y de acuerdo con las bases discutidas, puso en él su firma el primero el general de D. Carlos. Impaciente entonces Lord Elliot por dar feliz remate á su mision, mostró deseos de partir al cuartel general de Valdés, y Zumalacárregui que nada ansiaba mas que complacerle, facilitó su marcha, dispensándole la particular distincion de escoltarle personalmente con su estado mayor. Iturralde y D. Carlos O'Donell figuraban tambien en la comitiva, y cincuenta lanceros cerraban dignamente su marcha. Colocado Lord Elliot á la derecha de Zumalacárregui, tuvo ocasion de admirar la marcialidad de sus tropas, que formadas y con todos los requisitos de ordenanza despedian á los ilustres estrangeros. Llegados todos á dos leguas de Estella, punto de donde la prudencia aconsejaba á Zumalacárregui que no pasase, descansaron y se desayunaron en el monasterio de Irache, y despues de separarse de alli, partió Lord Elliot con los coroneles Gurwood y Wylde en direccion á Estella.

El general Córdova, ya ejercitado en asuntos diplomáticos, fue el comisionado por Valdés para tratar con los ingleses; y allanadas algunas dificultades que la mútua animosidad de los partidos no podia menos de suscitar, resuelta la cuestion de precedencia que presentó Córdova, y

añadida á peticion suya á la palabra *convenio* la de *estipulacion*, se dió por terminado el arreglo en su parte principal, viniendo á quedar de la manera siguiente:

CONVENIO *para el cange de prisioneros propuesto por Lord Elliot, comisionado de S. M. B., que servirá de regla à los comandantes en gefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipùzcoa, Alava y Vizcaya, y en el reino de Navarra.*

ARTÍCULO I. Los comandantes en gefe de los dos ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, y en el Reino de Navarra, convienen en conservar la vida á los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y de cangearlos del modo siguiente:

ART. II. El cange de prisioneros será periódico dos ó tres veces al mes, ó con mas frecuencia si las circunstancias lo exigen ó lo permiten.

ART. III. El cange será justo é igual á proporcion del número de prisioneros que presente cada partido, y los escedentes quedarán en poder del partido opuesto, hasta que se ofrezca nueva ocasion de cange.

ART. IV. En cuanto á los oficiales, el cange se hará de grado á grado, «*entre los oficiales de todas categorias, empleos, clases y dependencias que serán cangeados por los dos partidos, cada uno segun el rango que le corresponde.*»

ART. V. Si terminado un cange entre los dos partidos beligerantes, uno de ellos tuviese necesidad de un lugar seguro para custodiar los prisioneros escedentes que no habrán podido ser cangeados, por la propia seguridad, buen trato y honor de estos mismos prisioneros será convenido que serán guardados en un depósito por el partido en poder del cual se hallen en uno ó muchos pueblos, que serán respetados por el contrario, en caso que pueda penetrar en ellos, y ademas que no se les podrá dañar ni incomodar de modo alguno en todo el tiempo que permanezcan alli; en la inteligencia de que en las villas ó pueblos en donde se hallen los prisioneros, no se podrán fabricar armas, municiones, ni efectos militares.

Las plazas serán designadas con anticipacion por los dos partidos beligerantes.

ART. VI. Mientras dure la presente lucha, no se ejecutará persona alguna civil ó militar por razon de sus opiniones, sin que sea juzgada y condenada conforme á los reglamentos y ordenanzas militares vigentes en España.

Esta condicion debe entenderse únicamente por los que no son en realidad prisioneros de guerra; en cuanto á estos debe regir lo estipulado en los artículos precedentes.

Art. VII. Cada uno de los partidos beligerantes respetará religiosamente y dejará en plena libertad á los heridos y enfermos que se hallen en los hospitales, pueblos ó villas, cuarteles, ó en cualquier otro lugar, *con tal que esten provistos de un certificado de uno de los Cirujanos de su ejército.*

Art. VIII. Si la guerra se estendiese á las otras provincias, se observarán estas mismas convenciones del mismo modo que en las provincias de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y en el reino de Navarra.

(Este artículo fue añadido por el comisionado británico.)

Art. IX. Estas condiciones se observarán religiosamente y con el mayor rigor por todos los comandantes que puedan sucederse en los dos partidos.

Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas de los dos generales, á fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos.

Cuartel general de Logroño á 27 de abril de 1835.

El comandante en gefe del ejército de operaciones del Norte, Gerónimo Valdés.=Cuartel general de Asarta 28 de abril de 1845.=El comandante en gefe del ejército, Tomás Zumalacárregui.

Es de advertir para aclarar mas lo que se resolvió sobre la cuestion de precedencia suscitada por el general Córdova, que si en el convenio que antecede, es la última la firma de Zumalacárregui, consistió esto en que la estipulacion se firmó dos veces, una el dia 25 de abril, y la segunda el 28. La primera la suscribió antes que Córdova el general carlista, y la segunda en que por las modificaciones introducidas por aquel, fue necesario repetir las firmas, figura la de Córdova antes que la de su antagonista. De este modo quedaron satisfechas las exigencias del amor propio de ambos generales, y Córdova vió cumplido su deseo de no aparecer en segundo lugar, cosa que resistió con todas sus fuerzas, mas que por lo que en ello pudiera sufrir su orgullo personal, por el desdoro que recayese sobre la causa del gobierno, reconocido como tal, por la mayoría de la nacion, y por las siniestras interpretaciones que podian dar á este sencillo accidente los partidarios exagerados del liberalismo que creyéndose mas fuertes de lo que realmente lo eran, obcecados por su patriotismo, rechazaban todo lo que pudiera tener visos de arreglo, transaccion ó acomodamiento con sus irreconciliables enemigos.

Pero cualquiera que fuese la opinion que sobre el indicado convenio pudieron formar los partidos estremos, y cualquiera que fuese el pensamiento político que le motivó, es lo cierto que contribuyó poderosamente á economizar la sangre española que hacia correr á raudales la feroz animosidad de una guerra sin cuartel, y que mas de seis mil españoles que por una y otra parte habia prisioneros, debieron la salvacion de su vida á la filantrópica mision del lord inglés, que en resultado tan grato para un corazon humano y generoso, debió hallar la mas dulce recompensa de sus nobles y laboriosos esfuerzos.



CAPITULO XVI.

Intenta ZUMALACÁRREGUI poner sitio á Irurzun.—Desiste de su propósito y se retira á la Borunda.—Derrota de Iriarte en Garnica.—Heroismo de un oficial cristino.—Socorro de Espartero.—Honor que tributa á los valientes.—Sitio de Treviño.—Rendicion del fuerte.—Abandono de Estella.—Sinsabores de ZUMALACÁRREGUI.—Apuros pecuniarios del cuartel Real.—Proyectos é intrigas que en este se fraguaban.—El ministro Cruz-Mayor.—Proposiciones de empréstito.—Enemistades.—Proyecta ZUMALACÁRREGUI atacar á Puente la Reina.—Le hace desistir de su proyecto una columna que sale de Pamplona.—Persigue á los espedicionarios hasta esta ciudad.—Escena que se representa delante de sus muros.—Muerte de D. Carlos O'Donell.—Derrota de Oráa en las inmediaciones de Elzaburu.—Sitio de Villafranca.—Es derrotado Espartero en Descarga.—ZUMALACÁRREGUI en Segura.—Capitulaciones de Vergara y de Eibar.—Abandono de la plaza de Tolosa.



LIBRE de la presencia de los soldados invasores de las Amézcoas, el pais que las armas carlistas dominaban, pensó ZUMALACÁRREGUI en poner sitio á aquellas guarniciones que por su posicion particular mas le molestaban. Y como la de Irurzun, situada sobre el camino de Pamplona, y no muy distante de Echarri-Aranaz, era una de las que con razon contaba en aquel número, concibió el plan de sitiarla; plan que por efecto del malísimo temporal que sobrevino quedó sin ejecucion, siendo hasta tal punto inútiles cuantas operaciones se emprendieron, que el general convencido de su esterilidad se resolvió á levantar el sitio y á retirarse por aquellos dias á un ex-

tremo de la Borunda. Sin embargo, como otras veces habia probado con repetidos hechos que los elementos no eran para él un obstáculo, y que decidido á llevar á su término una empresa, por desencadenados que estuviesen sabia vencerlos, nos inclinamos á creer que acaso le hizo desistir de su propósito el fundado temor de que se encaminase el general Valdés por Pamplona á salvar la guarnicion sitiada, ó el escaso aliciente de tomar un punto cuya posesion, una vez colocados en otra parte los almacenes que por largo tiempo tuvieron allí las tropas de la Reina, no podia de manera alguna tentar su codicia. La salida de Pamploma que á los pocos dias verificó Valdés con el ánimo de socorrer á la guarnicion amenazada, justificó plenamente el oportuno desistimiento del previsor Zumalacárregui.

Hallábase este en Echarri-Aranaz cuando recibió el fausto anuncio de una nueva victoria. El brigadier carlista D. Manuel Sarasa habia concebido el proyecto de atacar por aquellos dias á la columna de D. Fermin Iriarte; pero tambien el mal tiempo habia dificultado su deseo, viéndose obligado á retirarse á Guernica con su division, que se componia de los batallones primero, segundo, quinto y sesto de Vizcaya, de tres compañías de preferencia y de 50 lanceros. Mientras se preparaba á Iriarte este ataque cuya realizacion se habia largamente meditado, creia el buen general cristino, que hallándose á la sazon desprevenidos los carlistas, nada era mas fácil que sorprenderlos; suposicion gratuita que le animó á salir al amanecer de Lequeitio con 2,300 hombres de infantería y dos piezas de montaña. Lo lluvioso del dia no le detuvo en su emprendida marcha que continuó hácia Guernica; marcha de flanco y por un camino bastante estrecho, sin darse por entendido del certero fuego que sin cesar le dirigieron los soldados carlistas. Llegaba ya hasta el arrabal y primeras calles de la villa, cuando aumentadas las dificultades con que no esperaba tropezar, se vió obligado á retirarse; pero poco despues, como no hubiese aun perdido la esperanza de dar á su empresa felice cima, intentó un nuevo ataque por dos puntos diferentes; por la izquierda dirigió al regimiento del Principe, y mandó que el batallon de Gerona pasase la pequeña ria de la derecha por un puente de tablas, á fin de desalojar á los enemigos de la altura y de los bosques contíguos á la poblacion. El ataque fue vigoroso por ambos lados, logrando penetrar los soldados de Iriarte hasta el centro del pueblo. En este estado, cuando ya parecia próxima la victoria por parte de la division de la Reina, apareció por su espalda el comandante general carlista de Guipúzcoa D. Miguel Gomez, que á la cabeza de dos batallones de aquella

provincia habia seguido la marcha de sus enemigos. Al verle, pues, enseñorearse de las calles del pueblo, se precipitó con denuedo desde las alturas de la izquierda, cayendo sobre el regimiento de Almansa que estaba de reserva, y sufrió á consecuencia de este inesperado golpe la mas completa dispersion. Los soldados que en un principio avanzaban tan animosos por las calles de Garnica, cuando conocieron lo que pasaba á su retaguardia, se retiraron en el mayor desórden haciéndose de esta manera general y completa la derrota.

Avergonzado Iriarte del mal suceso de su empresa, se dirigió de nuevo á Lequeitio con el sentimiento de haber perdido dos cañones y gran número de soldados. Un oficial, sin embargo, tuvo en esta ocasion la suerte de conservar por su parte el crédito que nunca debieron perder las armas de la Reina. El teniente Calvo, que asi se llamaba el bizarro oficial á quien aludimos, se apostó durante la accion en un convento de monjas para proteger en caso de necesidad el paso de la ria. Perdida la accion, se resolvió á sostenerse en el mismo punto, y quedó encerrado en él con cuatro oficiales y 200 hombres de Gerona y del Príncipe. Apenas supo Espartero la derrota de Iriarte salió de Ochandiano para salvar los restos de aquella desgraciada division, procurando por medio de una marcha rápida volar sobre Garnica dirigiéndose por Durango. Al amanecer del dia siguiente, y cuando ya ocupaba el alto de Munisqueta, vió que las llamas estaban consumiendo el convento de monjas que servia de refugio á aquel puñado de valientes, y disparando tres cañonazos desde lo mas alto de la posicion como señal de cercano auxilio, aproximóse Espartero á Munisqueta, lo que bastó para que los vizcainos tomasen la direccion de la Ravensa para Arratia, y los guipuzcoanos la de Munitivar para su provincia. Pensó entonces el general en dirigirse sobre estos últimos por la calzada de Astorga; pero le hizo desistir de esta idea la consideracion de que lo que mas interesaba en aquellos momentos era salvar cuanto antes á los héroes del convento de monjas de Rentería. Presentaba este el cuadro mas espantoso: todas las puertas y parte del techo habian sido incendiadas; estaban horadadas las paredes por haberse hecho desde ellas un fuego horroroso de fusilería, y hasta en el mismo sagrario de la iglesia se habia practicado un agugero, que dando paso á la boca de un cañon habia batido á bala rasa y metralla á los defensores de aquel fuerte improvisado.

Salvados de una muerte casi segura por el auxilio del general Espartero el teniente Calvo y sus soldados, para premiar su bizarro comportamiento, despues de publicar una órden general altamente honrosa para

los 194 valientes que ni un instante habian titubeado entre el honor y la muerte, los hizo desfilar por delante de su division, la cual saludó al teniente Calvo y á sus subordinados con los honores militares de costumbre, y con mil gritos de entusiasmo, hijos de la admiracion que en todos habia causado su conducta heróica.

No satisfecho Espartero con esta apoteosis, y queriendo dejar en Garnica un recuerdo que borrase el de la anterior derrota, mandó en un momento de arrebato incendiar la villa, poniendo encima de sus ruinas la inscripcion de «*Aquí fue Garnica.*» Pero quiso afortunadamente el cielo que el fuego prendiese solo en algunas casas, y asi pudo librarse de sus estragos el palacio de los estados de Vizcaya, situado á poca distancia de la villa que como si hubiese sido defendido providencialmente por la antigua y célebre encina bajo la cual los señores del pais juraban en otro tiempo la conservacion de los fueros de Vizcaya, se salvó milagrosamente de los incendiarios.

Provisto Zumalacárregui de provisiones y con todos los elementos necesarios para hacer la guerra, como su intencion era aislar todo lo posible la plaza de Vitoria, designio á que por una fatalidad coadyuvaba Valdés, evacuando á Salvatierra, Estella y Maestú, fue á caer sobre Trebiño, pequeña poblacion situada á la derecha del camino de Vitoria á Rioja. La villa y el condado á que da su nombre, estan enclavados por decirlo asi, en el territorio alavés, y colocada la primera al pie de un antiguo castillo casi destruido, y sobre la cima de una altura que domina una gran estension de terreno llano, sobre ser su guarnicion un constante obstáculo para las operaciones administrativas de Zumalacárregui, ofrecia el inconveniente de distar muy poco de los puntos en que Valdés tenia acantonadas sus fuerzas. Trece batallones destinó á esta operacion el general carlista; y concentrados sobre la venta llamada de Armentía, esperaron allí á que les llegasen dos piezas de artillería. Recibidas estas, empezaron los disparos contra el fuerte, y á los dos dias tuvieron que rendirse los 420 hombres de que se componia aquella guarnicion. No ocuparon mucho tiempo á Trebiño los soldados carlistas; y desmantelado el castillo y apoderados de los prisioneros y de la artillería, ya habian levantado el campo cuando llegó el general Valdés á contemplar los escombros del derruido fuerte. El suceso de Trebiño le convenció entonces de que igual peligro corrian todas las guarniciones situadas en el interior de Navarra y provincias Vascongadas; y temiendo fundadamente que Zumalacárregui aumentase con ellas sus recursos, mandó evacuar algunas, siendo la plaza de Estella la primera que quedó huérfa-

na en aquellas circunstancias. Si fue ó no prudente abandonar la poblacion que todos consideraban como la mas considerable de Navarra despues de Pamplona, no hay por qué decirlo; pues basta saber para calificar la conveniencia de aquella medida, que los carlistas miraron este abandono como una victoria mas, y que Zumalacárregui de vuelta de Trebiño verificó su entrada en Estella en medio de las mas entusiastas aclamaciones.

Cualquiera al contemplar el buen éxito de los planes de Zumalacárregui y lo mucho que contribuia su buena estrella á aumentar la aureola de gloria que le circundaba, creeria, y con razon, que el general carlista habia llegado al periodo mas feliz de su vida, sin que viniese ningun disgusto á acibarar aquellos gloriosos dias. No era asi sin embargo; y dos ideas que ni un momento se apartaban de la mente del general, le traian desasosegado é inquieto. Era la una la escasez de metálico, escasez que habia llegado en aquellos dias á tal punto, que falto de todo recurso, temia Zumalacárregui verse precisado á interrumpir el pago del prest que ni un solo dia desde el principio de la guerra habia faltado á sus soldados. La persecucion cortesana por otra parte contribuia tambien á tener su ánimo en contínua agitacion, impidiéndole disfrutar con tranquilidad del placer de verse dueño del pais que pocos meses antes recorria fugitivo. Las intrigas que en el cuartel Real de D. Carlos se cruzaban, los proyectos que para contraer un empréstito con la Holanda se formaban allí, sin el conocimiento siquiera del general en gefe; conocimiento tanto mas preciso, cuanto que se exigia como primera garantía del préstamo la toma de Bilbao; todo esto y mucho mas que concebirá fácilmente el que conozca todo lo que pueden la ambicion y la envidia, tenia poderosamente disgustado á Zumalacárregui que lo miraba como triste agüero de ruina para la causa de su soberano. Su situacion era por tanto tan aflictiva como la pinta el coronel Lasala en estas breves y espresivas líneas:

«Zumalacárregui, dice, sin recursos al frente del enemigo, con no »esperados sinsabores, y tropezando á cada paso con los obstáculos que »le creaba un ministerio raquítico, se exasperaba, representaba en vano »y marchaba al cuartel Real lleno de enojo, y resuelto al parecer á gol»pes fuertes; mas la vista de D. Carlos le desarmaba, y puesto á sus pies, »á la mas leve demostracion del Real aprecio y de los padecimientos de »su Rey, el intrépido guerrero derramaba lágrimas de amor y de »respeto.»

La imposibilidad en que se veia Zumalacárregui de estender sus ope-

raciones militares por la absoluta falta de recursos, era para él tanto mas sensible, cuanto que la suponia promovida por la ineptitud y la mala fé de las personas que rodeaban á D. Carlos, y que constituian su gobierno.

Con la escasez de recursos crecian las quejas y se daba pábulo á las sospechas, y unas y otras iban produciendo cierta emulacion personal que tardó poco en trocarse en odiosidad completa. En vano el príncipe que sinceramente sentia los pesares que abrumaban á su primer caudillo, se esforzaba para encontrar quien le facilitase dinero; en vano instaba á su ministro Cruz-Mayor para que no omitiese diligencia alguna para hallar contratistas que suavizasen los rigores de la escasez. Las puertas de la generosidad aparecian cerradas, y si alguna vez daban muestras de abrirse, los que aparecian en su dintel eran estrangeros especuladores que se presentaban en el cuartel Real, haciendo proposiciones, cuya índole será fácil conocer solo con decir que su admision era siempre eludida, y que aun algunas veces despues de firmadas fueron rescindidas por falta de cumplimiento de los empresarios. Sin desconocer, pues, los motivos de rivalidad y aun de odio que Cruz-Mayor pudiese abrigar respecto á Zumalacárregui, no se puede poner en duda que sus ahogos eran positivos, y que su situacion como ministro de un gobierno donde no se conocia otro presupuesto que el de gastos, era crítica y angustiosa. Pero por grandes que fuesen sus apuros, los cargos que Zumalacárregui dirigia á su administracion, llevaban consigo toda la fuerza que siempre acompaña á los que se presentan fundados en hechos ciertos. Rotas por tanto las hostilidades entre el cuartel Real y el general en gefe, la influencia de las necesidades y de los conflictos fomentaba á cada paso aquellas enemistades recíprocas, cuyos amargos frutos pronto debian sentirse y de un modo harto funesto para la causa de D. Carlos. Todos estos síntomas, sin embargo, comprimidos por el poder de Zumalacárregui, no aparecian aun en la superficie. El vínculo de union que habia formado el caudillo carlista entre los defensores de una misma causa era tan poderoso, que las pasiones egoistas, y las ambiciones desmedidas de los hombres que componian el partido frenético é intolerante que reconocia por su gefe á D. Juan Echevarría, estaban reconcentradas en el fondo, y condenadas á un voluntario silencio. Mas el dia que aquel vínculo se rompiese, si como era natural llegaban á desencadenarse, amenazaban destruir los fuertes y probables elementos de triunfo que el genio de Zumalacárregui habia logrado agrupar en derredor de la bandera carlista.

Al salir de Estella Zumalacárregui, proyectó atacar á Puente la Reina, y allí se dirigia con los mejores ánimos, cuando la noticia de que ha-

bia salido de Pamplona una columna de 3,000 hombres con alguna caballería, le detuvo por algunos instantes en su marcha. Ignorábase completamente cuál pudiera ser el objeto de esta espedicion, que segun unos no tenia otro que el de hostilizar á los carlistas, y segun los mejor informados iba á recoger un convoy en Tafalla, reuniéndose de paso con las tropas que en dicha ciudad se encontraban. Sin dar ZUMALACÁRREGUI entero crédito á ninguna de las dos suposiciones, trató de prepararse con ventaja para cualquiera operacion ulterior que por parte de los espedicionarios se intentase, y al efecto mandó que dos batallones y cinco escuadrones, que era el total de la caballería de que podia disponer, se adelantasen á las demas fuerzas hasta situarse en las alturas del Perdon. Al dominar estas alturas entre las cuales está trazada la carretera de Puente la Reina á Pamplona, supo ZUMALACÁRREGUI por unos paisanos que la referida columna avanzaba. No necesitó saber mas el general carlista para concebir y llevar á cabo en el mismo momento una de sus favoritas sorpresas. Aprovechándose, pues, de un sitio en que el camino da vuelta, y donde con dificultad pueden ser apercibidos los bultos como no sea á muy corta distancia, colocó allí su caballería, destinando para posicion de los dos batallones un punto muy próximo detrás de una pequeña loma que del todo los ocultaba. Como era natural que á la vista de la caballería retrocediesen los espedicionarios, previno ZUMALACÁRREGUI á sus infantes que cayesen sobre ellos apenas se indicase este retroceso. Por momentos iba aproximándose á la emboscada una masa compacta sobre cuyo fondo oscuro no se destacaba otra luz que la que le daba el brillo de las bayonetas, y ya graduaba ZUMALACÁRREGUI el valor de las consecuencias de este golpe, cuando de repente y como si fuesen advertidos por un ángel salvador, detuviéronse á alguna distancia los soldados de la Reina, y volviendo la espalda á los que acechaban su venida empezaron á retroceder con pasmosa rapidez. Quiso la suerte que se apercibiesen del lazo que se les tendia, y libres milagrosamente del descalabro que les aguardaba, no se curaron mas que de correr á ponerse al abrigo de la plaza. Pesaroso ZUMALACÁRREGUI de haber perdido el tiempo en la concepcion de un proyecto que un aviso casi providencial habia venido á malograr, mandó á su caballería é infantería que persiguiesen á los que debian haber sorprendido, aunque la persecucion no produjese otro efecto que el hacer un alarde marcial de superioridad y de confianza. Mas de media hora de ventaja llevaban los perseguidos á los perseguidores; sin embargo, la diligencia de estos últimos no fue del todo estéril, porque si bien la mayor parte de las fuerzas á cuyo alcance iban se puso á salvo en la

plaza, dos compañías de tiradores de Isabel II, destacadas para flanquear la division, se vieron en la necesidad de refugiarse en Cizur-Mayor para no ser víctimas de la caballería carlista que les causó algun destrozo, aumentado despues por los prisioneros que logró hacer la infantería. Al verse los fugitivos cerca de los muros de Pamplona, y puestos á cubierto bajo la artillería de la plaza, volvieron caras al audaz enemigo, que en esta ocasion tuvo el placer de que contemplasen su resolucion mas espectadores de los que podia prometerse. Distinguíanse en efecto coronadas las murallas de la ciudad por multitud de personas que observaban con anteojos los movimientos de las divisiones que se aproximaban. Debió por tanto influir mucho en el aliento que cobraron los cristinos el amor propio naturalmente encendido á la vista del animado cuadro que presentaban los muros de Pamplona, y apoyados en un pequeño puente próximo á una venta que hay sobre el camino, y que está á un cuarto de legua de la ciudad, situaron allí su caballería. Era aquel sitio arriesgado para los carlistas, porque se hallaba al alcance de los disparos de la plaza, y asi refrenando el ímpetu de sus ginetes no creyó prudente Zumalacárregui llevar adelante la carga. El escuadron de oficiales de la legitimidad era el que mas próximo iba á la retaguardia del enemigo, y cuando le vieron esperar resuelto su ataque, dejándose arrastrar aquellos del deseo de dar muestra individual de su valor, cometieron la imprudencia de acometer á un grupo de caballos enemigos. A la cabeza de estos intrépidos oficiales, marchaba el bizarro coronel de lanceros de Navarra D. Carlos O'Donell, que ansioso de tomar parte en este combate parcial, habia dejado muy atrás á su regimiento y se encaminaba hácia el piquete del puente, seguido de dos ordenanzas. Al darle vista, para redoblar el ardor de sus compañeros, les dirigió estas palabras: «¡Ea señores! tan lejos estamos nosotros de nuestros escuadrones como ellos de los suyos. A ellos, á ellos.» Por de pronto se mantuvo firme aquel pequeño destacamento á quien no podia causar gran recelo el corto número de ginetes que le atacaba; pero cuando la proximidad les permitió conocer todo su arrojo, tomaron con precipitacion el camino que dirigia á la plaza. Entonces O'Donell á todo el galopar de su caballo corrió tras un ginete enemigo que se habia quedado algo atrás, y á quien escitaba con fuerte gritos á rendirse. Iba ya á conseguirlo por la fuerza, porque estaba á menos de dos varas de distancia del fugitivo, cuando este hizo alto para dispararle un tiro con su carabina que le hirió en el vientre. Conducido en una camilla al pueblo de Echauri, todos le lloraron ya por muerto, porque la bala despues de

haberle atravesado los intestinos abdominales, se le habia detenido junto á la espina dorsal. El desgraciado O'Donell murió al siguiente dia á



las diez de la noche, teniendo el consuelo de espirar en brazos de su hermano D. Juan. Profundamente sintió Zumalacárregui la pérdida de oficial tan distinguido, pérdida que por muchos dias se le oyó lamentar, calificándola de irreparable. Era por cierto de sentir que la bala disparada por un simple soldado hubiese venido á poner término á la gloriosa carrera del primer oficial de caballería del ejército carlista, cuyas prendas personales y caballeresco porte prometian tenerle reservada menos infausta suerte. Sus inanimados restos fueron sepultados en Echauri.

Para templar el justo dolor de esta desgracia, se recibió por aquellos dias la noticia del descalabro sufrido por Oráa en las inmediaciones de Elzaburu. Este general que con razon pasaba por el mas entendido, despues de evacuar simultáneamente los puntos fortificados del Baztan, Elizondo, Urdax, San Esteban é Irun, se replegaba sobre Pamplona en la

conviccion de que no le convenia por entonces probar fortuna. Las brigadas de los coroneles Sagastibelza y Elío secundadas por las fuerzas de Cuevillas, despreciando el recio temporal que se habia levantado, acometieron al pie del puerto de Velate tan impetuosamente á Oráa, que además de ponerle en completa derrota, le hicieron prisioneros 86 oficiales y mas de 700 soldados.

Sabida la derrota de Oráa resolvió Zumalacárregui dirigirse con su ejército sobre Villafranca de Guipúzcoa. Esta pequeña poblacion situada sobre la carretera de Vitoria á Bayona, en una llanura que se estiende hasta las orillas del rio Orio, aunque no carecia de medios de defensa, era de fácil conquista por la circunstancia de estar dominada por una altura inmediata que favorecia en alto grado cualquier ataque. El objeto que sin duda se propuso Zumalacárregui al poner sitio á este pueblo, emprendiendo despues el de Vergara, fue en nuestro concepto apoderarse de los abundantes pertrechos de guerra de que estaban surtidos sus almacenes para caer despues sobre la plaza de Vitoria donde esperaba dar una accion de éxito decisivo. La toma de Villafranca, sin embargo, no era tan fácil como en sus sueños de gloria pudo suponer el general carlista, que ansioso de conseguirla, reunió ante sus muros todo su tren de artillería. La posicion particular del pueblo dificultaba no poco la realizacion de su plan. Ocupando muy corto espacio por la desmesurada altura de sus casas y la lóbrega estrechez de sus calles, estaba rodeada Villafranca de un muro alto y fuerte, defendido con empalizada y doble foso interior y esterior, y grandes barras de hierro y caballos de frisa resguardaban su puerta. Estas condiciones de seguridad hacian de este pueblo el refugio de todos los vecinos de los contornos que profesaban ideas liberales y que naturalmente interesados en conservarlo, tomaban el fusil en caso de necesidad duplicando con su número la fuerza de la guarnicion que escasamente ascendia á 300 hombres.

Empezaron los carlistas el ataque por apoderarse durante la noche de algunas casas situadas á pocos pasos de la puerta de Villafranca donde trataron de abrir una mina. Apercibidos de ello los sitiados, lograron incendiarlas en una salida que hicieron, y Zumalacárregui no tuvo entonces otro recurso que el de batir la plaza. Tenazmente se defendian los de Villafranca, cuyo aliento contribuia á sostener, no menos que la facilidad de guardar todos los puntos de un pueblo cerrado y de reducida circunferencia, la esperanza de un pronto socorro. Cuatro dias de ataque llevaba el ejército sitiador; su artillería que á costa de tan inmenso trabajo y á fuerza de tiros de bueyes habian hecho subir hasta la eminencia,

apenas causaba en la muralla el menor daño. Al ver este resultado, conoció el general carlista cuán necesario le era un mortero, y no arredrándole la dificultad de su conduccion, mandó por él al Baztan á una persona muy práctica y conocedora del pais, que fue D. Miguel Antonio Legarra, su capellan particular. Felizmente desempeñó su comision el buen eclesiástico, y pocos dias despues ya contaban los sitiadores con el refuerzo del mortero, cuyos disparos dirigia el comandante Reina. Algunos de estos bastaron para abrir brecha entre dos casas antiguas; pero el espesor de sus paredes apenas la hacia practicable. ZUMALACÁRREGUI no obstante ordenó el asalto, dispensando el honor de emprenderle á dos compañías del primer batallon guipuzcoano, por pertenecer á esta provincia el pueblo contra el cual se dirigia. Tres batallones navarros recibieron la órden de apoyar á las dos compañías, y llegada la noche se aproximaron con el mayor sigilo las escalas al muro. Prevenidos los sitiados, para los cuales no debió ser un secreto el asalto que se intentaba, á medida que veian trepar por las escalas á los guipuzcoanos los apuntaban casi á quema ropa, y uno tras otro iban cayendo muertos cuantos tenian la osadia de subir. El triste espectáculo de tantos cadáveres como yacian amontonados al pie del muro, infundió tal desaliento en las dos compañías guipuzcoanas que huyeron con precipitacion y desórden, negándose abiertamente á volver al asalto. En vano sus oficiales se esforzaban por que entrasen en su deber los fugitivos, que aterrados de espanto parecian sordos á la voz de la disciplina. Cuando aquellos gefes valientes y pundonorosos se vieron al pie de la muralla completamente abandonados de su tropa, corrieron á anunciar al general la conducta de sus soldados. Fácil es suponer hasta qué punto llegaria el furor de ZUMALACÁRREGUI al enterarse de tan deshonroso suceso, y avergonzado en aquel momento de verse al frente de soldados á quienes el peligro hacia huir, su obcecacion no le permitió hacer justicia al buen porte de los oficiales; y dejándose llevar de su arrebato, mandó que asi ellos como los sargentos fuesen degradados y diezmadas las dos compañías con arreglo á la ley marcial.

La nueva de esta conducta vergonzosa indignó á todos cuantos con servir en las filas de ZUMALACÁRREGUI creian tener adquirido el título de valientes; 120 guias navarros que mandaba el esforzado capitan D. Miguel García de Lachica, y cuatro compañías del batallon del Requeté solicitaron el privilegio honroso de llevar á cabo el asalto. A estas solicitudes siguió un ofrecimiento general de todos los batallones; y aceptando ZUMALACÁRREGUI como el mas espontáneo el que primero se hizo, se concedió

al capitan Lachica el alto honor de ponerse á la cabeza de los que con mas fé se disputaban el puesto del peligro. Esta accion singularmente meritoria, y que confirmó la reputacion de valor á toda prueba de que ya gozaba el oficial carlista, pareció aun mas generosa y mas grande cuando sus francas palabras dieron á conocer el sentimiento que la habia servido de móvil. «Si salgo con suerte en la ejecucion de mi »arriesgada empresa, dijo en tono respetuoso á su general el capitan »Lachica, no demando para mí otra gracia sino la de que se perdo»ne la vida á los soldados guipuzcoanos á quienes ha tocado el fatal »lote, concediéndoles ahora permiso para que suban conmigo al asalto.» Era esta peticion demasiado generosa, y demasiado simpática para no encontrar en Zumalacárregui la benévola acogida que prestan siempre los valientes á las ideas magnánimas, y que él no negaba nunca á las que eran tan conformes á su carácter, y tan en armonía estaban con sus naturales sentimientos.

Comenzaron con mas empeño los disparos apenas dió el general muestras de adherirse á la idea de un nuevo asalto, y á medida que aumentaba el fuego, iba ensanchándose mas y mas la brecha. Al creerla practicable, colocáronse las escalas y se dispuso todo en términos que solo faltaba la órden del general para dar el asalto. Esta órden, sin embargo, se hizo esperar toda la noche. Zumalacárregui manifestaba una aparente inaccion que impacientaba mucho á los que por momentos deseaban lanzarse en un combate de muerte; pero esa inaccion material de que mas de uno le acusaria al verle tranquilo fijar los ojos en los muros de que pendian las escalas, no se estendia á su espíritu ni mucho menos á su mente, entonces muy preocupada con la noticia que acababa de recibir. Era la noticia que Espartero á la cabeza de fuerzas considerables se aproximaba por Vergara á socorrer á Villafranca, mientras que Jáuregui, despues de haberse trasladado desde San Sebastian á Tolosa, parecia abrigar iguales intenciones. No sentia Zumalacárregui que se aproximase Espartero; antes bien deseaba atraerle hácia donde él estaba; pero sí queria para asegurar su victoria sobre este, impedir que á la vez le amenazasen dos enemigos por diferentes puntos. Para evitarlo dió al comandante general de la provincia D. Miguel Gomez el encargo de marchar en observacion de Jáuregui con los batallones guipuzcoanos; medida que produjo todo su efecto, pues bastó para que el general objeto de ella no se atreviese á salir fuera de las fortificaciones de Tolosa, no obstante su gran práctica en el terreno. Para repeler los esfuerzos de Espartero comunicó sus instrucciones al comandante general de Vizcaya D. Francisco Benito Eraso, que á la sazon

ocupaba con la mayor parte de sus fuerzas el pueblo de Villareal de Zumarraga. Reducíanse aquellas á que permaneciendo estacionado en dicho pueblo, dejase enteramente libre á Espartero el paso hácia Villafranca, y una vez adelantada la columna mas allá de Villareal, se apoderase de esta villa y atacase despues con mas seguridad de éxito la retaguardia de Espartero. Dócil Eraso á las instrucciones de su gefe, empezó por reconocer el camino real hasta el alto de Descarga, teniendo por precaucion formados sus batallones sobre dicho camino mientras se ejecutaba el reconocimiento. Practicado este, marchó con su caballería é infantería hácia el campamento enemigo, que apremiado por la imperiosa necesidad de socorrer á Villafranca estaba en no interrumpido movimiento. Despues de haber descansado algunas horas en el alto de Descarga, marchaban los soldados de Espartero por aquellas alturas en medio del silencio de una noche cuya oscuridad solo alteraba el resplandor de las hogueras que iban dejando atrás. Aceleraron el paso los carlistas, é introduciéndose á escape en medio de los soldados de la Reina, viéronse estos sorprendidos con repetidas descargas y con una masa de enemigos que en aquel momento les pareció inmensa, y que atronaban sus oidos con las voces de *¡viva el Rey! ¡Hay cuartel, hay cuartel!* Esta inesperada sorpresa infundió tal espanto á los soldados de Espartero, que sin mas resistencia que algunos tiros maquinalmente disparados, se desbandaron en distintas direcciones, abandonando muchos las armas que estaban en pabellon por no haberse puesto en marcha toda la columna cristina. En medio de tan general desórden, quiso la fortuna que no corriese en aquella jornada mucha sangre española, porque el tratado de Elliot que estaba entonces en el cenit de su fuerza, habia templado la antigua animosidad de los carlistas. Asi puede decirse, que si algunos perdieron la vida, lo debieron mas que al enemigo, á la precipitacion de su fuga que en noche tan oscura no podia menos de ser muy peligrosa. Vergara y Bilbao fueron los puntos de refugio para los soldados de la sorprendida division, que sufrió la pérdida de 2,000 prisioneros, hechos los mas por los batallones vizcainos, y los de guias de Alava que aparecieron como por encanto en el lugar de la escena en el momento mas crítico, y cuando á favor de las tinieblas que á todos envolvian, era mas fácil la presa. Estuvo muy espuesto á contarse en el número de los prisioneros un gefe de alta graduacion, que habiendo perdido su caballo en la refriega, confundido entre los soldados, corria á salvarse del peligro. Fue este el general conde de Mirasol, cuyo nombre tanto enalteció despues el sitio de Bilbao. Fatigado por el cansancio, quiso reponer sus agotadas

fuerzas en una venta situada sobre el mismo camino; y al salir de ella fue cogido con varios de los que le acompañaban por una partida de carlistas. En tan crítico trance, y previendo la triste suerte que le esperaba, una vez conocido, por estar á la sazon reconcentrado contra los gefes



superiores todo el furor de los defensores de D. Carlos, encontró en su serenidad admirable y en su pequeña estatura un ingenioso medio de salvacion. Apenas se apercibió de la proximidad de los enemigos, volvióse las mangas de su uniforme, y ocultó sus bordados diciendo á los aprehensores que era un desgraciado tambor. Creyéronlo en efecto los de la partida, y compadeciéndose de la suerte del pobre soldado, le dejaron en libertad y siguieron su camino.

La importancia moral de este golpe se graduó entonces con razon por el nombre del general que sufrió la derrota. No se podia negar sin faltar á la justicia, que Espartero era entre todos los gefes de division el mas afortunado, si no el mas hábil. Hacia ya tiempo por entonces que habia empezado á brillar para él la estrella refulgente de la ventura, que mas adelante habia de llevarle hasta el punto de querer eclipsar con ella un sol cuyos fúlgidos rayos nunca se amortiguan, ni menos se apa-

gan en España, en el pais clásico de la monarquía. Para un general, pues, que ya mostraba tener la pretension de contar por el número de sus triunfos las acciones que daba, la derrota de Descarga no podia menos de ser dolorosa y sentida, tanto mas, cuanto que no la habia evitado por hallarse entregado al reposo en un caserío cerca del camino real cuando se verificó la sorpresa, que segun autorizados rumores no le dió tiempo sino para fugarse por entre los lanceros carlistas, sin que estos le conociesen, favorecido por las sombras de la noche. Para que nuestros lectores formen un cabal juicio acerca de las consecuencias de esta sorpresa, interrumpiendo por un momento la relacion del sitio de Villafranca, insertamos á continuacion el parte estendido por Eraso:

«Excmo. Sr.: El dia de ayer ha sido uno de los mas gloriosos que »han tenido las armas del REY N. S. Una columna enemiga compuesta »de diez y ocho batallones y un escuadron al mando dèl *rebelde* Espartero »ví acercarse por la tarde á esta villa en proteccion de la agonizante guar»nicion de Villafranca. Admírese V. E.: esa disforme masa acometida á »las nueve de la noche de sorpresa en el alto de Descarga por seis com»pañías de preferencia, y sesenta lanceros de Vizcaya, con el batallon de »guias de Alava, todos al mando del benemérito gefe de E. M. D. Mar»tin Bengoechea, fue destruida, dispersa y desbaratada, de tal forma, »que cayeron en nuestro poder, despues de multitud de muertos, 1,000 »y mas prisioneros, entre ellos tres coroneles, tres tenientes coroneles, 19 »capitanes y subalternos, dos físicos, un capellan, catorce cajas de guer»ra, ocho cornetas, mas de 1,200 fusiles, un botiquin, y en una palabra »todo su equipaje y brigada, con muchos caballos útiles para el servicio »que han sido recogidos hasta las nueve de esta mañana, llevando los »que se guarecieron en Vergara tal terror, que no contándose seguros »en aquel punto siguen su fuga por el camino de Elgueta dejando el de »Mondragon en direccion á Durango. De nuestra parte no hemos tenido »pérdida alguna mas que la de un lancero levemente herido, y un ca»ballo muerto. Me apresuro á comunicar á V. E. tan memorable triunfo »por no diferir á S. M. noticia de tal importancia, sin poder detenerme »por hoy en los detalles, que daré tan pronto como las atenciones de »la guerra me lo permitan, y entonces tambien recomendaré á V. E. aque»llas personas que en medio del heroismo general de todos sus compa»ñeros han tenido ocasion de distinguirse. Dios guarde á V. E. muchos »años. Cuartel general de Villareal 3 de junio de 1835.=Excelentísi»mo Sr.=Francisco Benito Eraso.=Excmo. Sr. Secretario de Estado »y del despacho de la Guerra.»

La noticia de esta victoria, unida á la del descalabro sufrido por Oráa, hicieron variar de plan á Zumalacárregui respecto á Villafranca. Persuadido de que perdidas las esperanzas de socorro por los sitiados, naturalmente cejarian estos de su empeño, desistió de toda medida violenta, y en vez de dar la órden de que trepasen por las escalas sus soldados, mandó un parlamentario que hiciese conocer á aquellos su verdadera situacion. Vacilaron estos al principio sobre la certeza que pudieran encerrar tan infaustas nuevas, á las cuales no dieron entero crédito hasta tanto que vino á confirmárselas un oficial de los suyos que pasó exprofeso á Zumarraga á hablar á los prisioneros. No les quedaba por tanto otro recurso que el de rendirse, y á las tres de la tarde del mismo dia lo verificaron, siendo al punto ocupada la plaza por los carlistas vencedores. Encontraron en ella abundante provision de municiones y pertrechos, ochocientos fusiles y un cañon de á ocho, y con arreglo al convenio aprobado, desarmados los gefes, nacionales y soldados, y respetadas sus propiedades, se permitió á todos dirigirse donde tuvieron por conveniente, sin otra condicion que la de jurar por su honor que no volverian en aquella guerra á tomar las armas contra la causa de D. Carlos.

A la rendicion de Villafranca siguió con la velocidad del rayo el abandono de Tolosa. Amedrentado Jáuregui con el mal éxito de su primera tentativa, y no creyéndose seguro en aquella plaza que suponia rendida apenas fuese sitiada, salió de ella precipitadamente llevándose á San Sebastian la fuerza que la guarnecia. En su ánsia de dejar á Tolosa no se curó del gran servicio que podian hacer á los carlistas las cargas de cartuchos y las grandes cantidades de víveres que allí quedaban. Zumalacárregui en medio de su triunfo y de las graves atenciones que sobre él pesaban, fue mas previsor; y penetrado de que nada sobra para un ejército cuyas arcas estaban de ordinario vacias, comisionó al general Gomez para que pusiera á buen recaudo el repuesto de Tolosa, que fue despues trasportado á Segura y desde allí á la Amézcoa.

Demolidas las fortificaciones de Villafranca, la plaza de Vergara sin probabilidad de ser socorrida, dominada por varias alturas y sin gran provision en sus almacenes para sustentar á sus soldados, se presentaba á Zumalacárregui como la primera contra la cual debia dirigirse. Pero antes quiso pasar á Segura donde á la sazon se hallaba el cuartel Real. Presentábase esta vez el ilustre guerrero á su Señor con la frente ceñida de nuevos laureles y dos victorias señaladas; la conquista de Villafranca y el abandono de Tolosa le hacian digno de la buena y cariñosa acogida

que aquel principe, mas bondadoso que entendido, nunca le negaba. Es sin embargo de notar, que al hacer ZUMALACÁRREGUI estas visitas á su Soberano, cedia mas bien al cumplimiento de un deber imprescindible, que al impulso de su voluntad; y la razon de esto no es dificil de com-



prender. El victorioso general veia cumplidamente halagado su amor propio con el benévolo recibimiento que le dispensaba siempre el augusto personage cuyos intereses defendia; las palabras afectuosas que le dirigia, y las consideraciones que le guardaba eran para el desinteresado caudillo la mas colmada recompensa; pero á medida que se esforzaba el príncipe por mostrarse reconocido, la envidia de los émulos del general crecia, y las bajas intrigas de un reducido círculo de cortesanos se redoblaban de tal manera, que amenazaban desenvolverse hasta tomar las mismas colosales dimensiones que los triunfos y las victorias que las habian engendrado. Por eso ZUMALACÁRREGUI que necesitaba toda la calma de que era susceptible su espíritu para continuar sin descanso sus operaciones militares, escusaba cuanto le era dado presenciar de cerca los tiros que le asestaban, y por no contemplar el triste cuadro de am-

bicion y de envidia del cuartel Real, renunciaba de buen grado á ser objeto de tan altas como distinguidas consideraciones.

Esforzándose por olvidar lo que no podia menos de traerle disgustado, dejó el cuartel Real y se dirigió á Vergara, cuya posesion no le parecia ya sino un problema de resolucion fácil. Llegado al frente de la plaza colocó sus baterías, y antes de comenzar los disparos intimó la rendicion al gobernador. Hallábase este presidiendo un consejo de guerra en que habia reunido á todos los oficiales para acordar si debia ó no procederse á la entrega de la plaza. Pendia la resolucion del consejo de la evacuacion de Tolosa que ya se susurraba, y en cuanto se supo oficialmente capituló el gobernador sin vacilar, quedando prisionera la guarnicion que ascendia á unos 1,000 hombres.

Mientras Zumalacárregui se posesionaba de Vergara, entraba en Eibar el general Eraso. Esta villa á cuyo nombre han dado celebridad las preciosas armas de fuego que salen de sus talleres, apenas se vió sitiada por algunos batallones guipuzcoanos y con la intimacion de rendirse, se entregó sin resistencia, y no queriendo los pocos nacionales que la guarnecian aventurarse á mayores desgracias, prefirieron someterse á una capitulacion en que se les aseguraba con la vida el respeto de sus propiedades, á sufrir todos los furores de un asalto, y todo el rigor de las severas leyes de la guerra.



CAPITULO XVII.



Notable deterioro en la salud de ZUMALACÁRREGUI.—Solemne entrada de D. Carlos en Vergara.—Preside el príncipe un consejo de generales.—Dimite ZUMALACÁRREGUI su cargo.—Se agravan sus dolencias.—Consulta con su facultativo.—Ocupa á Durango.—Ataque de Ochandiano.—Muerte de D. José Francisco Alzáa.—Situacion física y moral de ZUMALACÁRREGUI.—Su carácter.—Su actividad.—Empeño del cuartel Real por que se emprenda el sitio de Bilbao.—Oposicion de ZUMALACÁRREGUI á este proyecto, y razones en que la funda.—Se le manda proceder al sitio.—Situacion política de España á mediados de 1835.—Desórdenes.—Sesiones de las córtes.—Milicia Urbana.—Reanímase el aliento de los liberales al solo anuncio del sitio de Bilbao.

TRES dias permaneció ZUMALACÁRREGUI en Vergara entregado al descanso que su salud un tanto deteriorada exigia. Volvióse en ellos á resentir de una irritacion á la orina, que le atacó con fuerza el dia siguiente á la toma de Villafranca, y la cual en vano quiso su médico combatir por medio de un golpe de sanguijuelas, porque el general se negó á la aplicacion de este remedio, accediendo solo á tomar las bebidas demulcentes que se le prescribieron. Continuaba bastante desazonado, cuando tuvo que montar á caballo para salir al encuentro de D. Carlos que se dirigia á Vergara á celebrar en la apariencia los triunfos de sus armas, y en realidad á ponerse de acuerdo con su general para nuevas empresas. Verificó D. Carlos su solemne entrada en la villa de Vergara al lado de ZUMALACÁRREGUI, seguido de su estado mayor, en me-

dio de las salvas de la artillería, del repique general de las campanas y de las entusiastas aclamaciones que le dirigian las tropas, que en correcta formacion se estendian hasta la puerta del alojamiento que le es-



taba preparado. El dia que siguió al de esta recepcion verdaderamente triunfal se celebró un consejo de generales que presidió D. Carlos, y que se prolongó hasta muy cerca de las once de la noche. Aun permanece velado por el misterio el objeto de esta reunion; pero los debates que en ella se suscitaron debieron ser muy acalorados, á juzgar por el estado de irritabilidad y de cólera en que volvió el general á su alojamiento. Como era natural, con la incomodidad se empeoró su dolencia, y en tales términos, que aquella noche arrojó por primera vez un poco de sangre mezclada con la orina. Apenas amaneció, antes de consultar al médico sobre el estado de su salud, estendió su dimision y se la envió á D. Carlos, con pocas esperanzas sin duda de que le fuese admitida. Llamó en seguida á su facultativo; enterado este de la novedad que habia motivado la consulta, le dijo con toda la claridad que en semejante caso era propia de

su profesion, que no debia despreciar su dolencia, y que era preciso que hiciese uso, no solo de bebidas mucilaginosas, sino que permaneciese por algunos dias en un estado de completa quietud; pues las fatigas de la guerra y los malos ratos la agravarian inevitablemente. Insistió de nuevo en la necesidad de la aplicacion de las sanguijuelas y en la de evacuar un poco el sistema sanguíneo á beneficio de una sangria que su estado de robustez imperiosamente reclamaba. «¡Ay Doctor! replicó el general despues de haber prestado firme atencion á los consejos »del médico, si se hallase V. en este momento en mi interior, veria lo »que sufro. Lo que V. me manda es muy bueno; pero en este instante »es imposible hacerlo, porque mi dimision no se admite; es preciso »marchar inmediatamente.—Respetando las causas de esa determinacion, »y conociendo esa misma necesidad que V. siente de no separarse de la »cabeza del ejército, le he dicho como médico mi parecer, y de no ser »seguido, mi general, resultará el mayor inconveniente de tenerse que »suspender las operaciones los dias que al fin le será indispensable per»manecer en cama.—Eso será cuando no pueda mas; tres dias hace que »residimos en este pueblo, y ya se me censura que estoy perdiendo el »tiempo. Por eso voy á dar órden de que marchemos al instante.»

Sin que se trasluciese lo mas mínimo sobre el resultado de la estendida dimision, Zumalacárregui con todo su estado mayor se dirigió á las diez de la mañana del siguiente dia por el puerto de Elgueta á Durango. Ocupó este pueblo sin la menor dificultad, pues su guarnicion se habia retirado á Bilbao apenas tuvo noticia de la aproximacion de las fuerzas carlistas. El propio ejemplo intentó seguir la de Ochandiano; pero lo impidió la actividad con que la puso cerco el comandante general de Álava D. Baltasar de Villareal. Apercibido Zumalacárregui de esta circunstancia, despues de descansar aquella noche en Durango, hallábase ya á las cuatro de la siguiente mañana en marcha por el camino que desde dicha villa conduce á la de Ochandiano. Componíase la guarnicion de este punto del regimiento provincial de Sevilla á las órdenes de su coronel el marqués de San Gil, militar bizarro y pundonoroso, que rechazó con valentía por espacio de algunas horas los ataques de los carlistas, despreciando altivo las propuestas de capitulacion que se le hicieron. La llegada del general carlista dió, sin embargo, al traste con toda la heróica resolucion del coronel sitiado, y los disparos del mortero y del cañon que Zumalacárregui añadió á los medios de ataque causaron tal destrozo en el edificio, que despues de haberse replegado sobre la iglesia, y perdida toda esperanza de socorro, pidieron capitula-

cion desde la torre con la señal de costumbre. Aceptada aquella, y puestos en libertad los vencidos, entró Zumalacárregui en Ochandiano mas triste de lo que el triunfo prometia, porque su conquista le habia costado una desgracia sumamente sensible. Su íntimo amigo y paisano el coronel D. José Francisco Alzáa, antiguo comandante de voluntarios de Oñate, fué herido en la articulacion de la rodilla derecha junto á una bateria en que estaba situado con el mismo Zumalacárregui; herida grave y que le condujo al sepulcro pocas semanas despues, no sin gran sentimiento de cuantos se interesaban por el triunfo de la causa carlista, que miraba como uno de sus mas entusiastas defensores á este leal y celoso guipuzcoano.

Las fatigas del sitio y el dolor que le causó la muerte de su amigo, contribuyeron á agravar el mal estado del general y á revelar en su fisonomía señales inequívocas de su padecimiento interior. Añádase á esto lo mucho que sentia no poder realizar su pensamiento favorito de ocupar á Vitoria por la oposicion que encontraba en los consejeros áulicos de D. Cárlos, y el disgusto con que se veia arrastrado á batir contra su voluntad la villa de Bilbao, y se comprenderá todo lo que tenia de angustiosa su situacion física y moral. En vano se esforzaba el médico por infundir tranquilidad á su espíritu, y exigirla imperiosamente para su cuerpo. Su carácter original y activo no permitia gozarla ni á uno ni á otro. Incansable cuando se trataba del servicio, solo su naturaleza privilegiada hubiera podido resistir tan constante fatiga. Como era el primer artillero, el que recorria todos los puntos de ataque dando las disposiciones convenientes, y el que se esponia á los mayores peligros, aconsejarle que permaneciese tranquilo y quieto por algunos dias, equivalía á pedirle una cosa que ni él mismo con toda su voluntad podia hacer. Pero aunque hubiera accedido á esta insinuacion saludable, no se hubiera adelantado mucho, porque si en el campo de batalla todo lo dirigia hallándose en todas partes su espiritu y su cuerpo, una vez entregado al descanso en su alojamiento, ocupábase con afan en despachar su numerosa confidencia. Dedicaba á este trabajo todo el tiempo que le dejaban libre los movimientos, las sorpresas y las acciones de guerra; y tan pronto se le veia dar á un confidente dos onzas de oro por el tino con que habia sabido desempeñar una comision, como mandar que se diesen á otro cincuenta ó cien palos á su presencia, y medio duro despues de terminado el castigo con la órden sobre la marcha de que fuesen en el acto á cumplir mejor con su obligacion. Para entenderse con toda esta gente no usaba otro idioma que el guirigay de su lengua guipuz-

coana, y todos le comprendian tan perfectamente y cumplian con tanta exactitud sus mandatos, que causaba asombro la rapidez con que era obedecido. Así á las tres ó cuatro horas se veia volver al confidente poco antes apaleado, hablarle al oido, y al concluir su relato recibir una generosa remuneracion. Llevaba Zumalacárregui siempre consigo un bolsillo de red verde de seda bastante grande, teniendo un tal Mendigaña el esclusivo encargo de llenarle cuando iba estando vacío. Con este hombre que era una especie de pagador general, y con su secretario, atendia á las funciones de la tesorería, intendencia, ordenacion y demas oficinas de un ejército, y estaba en comunicacion con las diputaciones, las fábricas de armas, de pólvora etc. En medio de esta vida tan activa solo dedicaba dos horas al sueño, sueño profundo que nada podia interrumpir, y que cesaba transcurrido aquel tiempo, poniéndose en seguida á despachar con su secretario, por intempestiva que fuese la hora, la inmensidad de negocios que sobre él pesaban.

Hemos hecho esta ligera digresion para demostrar cuán vanos eran los esfuerzos que animado de los mejores deseos empleaba su médico para conseguir de él quietud y descanso. Si la condicion de su carácter dificultaba siempre su obediencia á tan buenos consejos, las circunstancias escepcionales y críticas que estaba atravesando lo impedian entonces mas que en ocasion alguna. Puesto ya en Ochandiano, inclinábase el general carlista como hemos dicho á marchar sobre Vitoria, punto que unia á las ventajas de la proximidad, lo fácil de su posesion; pero una indicacion soberana contra la cual no se podia rebelar le mandaba ir contra Bilbao. Hízose creer al príncipe por el círculo de individuos que oficiosamente se habia encargado de darle consejo, que la conquista de Bilbao, conquista que suponian fácil y segura, pondria término á la penuria en que á la sazon se hallaban, y que una vez dueños de esta villa rica y comercial, un empréstito forzoso que podria exigirse á sus mas acaudalados habitantes proporcionaria cuantos recursos necesitasen, evitándose el disgusto de verse forzados á acceder á las ruinosas propuestas de empréstito con que se les brindaba. El crédulo Don Carlos, lleno de gozo al contemplar porvenir tan risueño para las exhaustas arcas de su tesoro, indicó á Zumalacárregui con toda la viva fé que le habian hecho adquirir sus consejeros, cuánto convenia al interés de su causa, al crédito de sus armas, y al nombre de su caudillo intentar y llevar á feliz término la toma de Bilbao. Añadia el príncipe para infundir en su general la persuasion que él abrigaba, que no solo no tenia caudales para pagar á su ejército, sino que ni aun esperaba

recibirlos, y que la posesion de Bilbao, pueblo comerciante y rico, le pondria en el caso de remediar al menos las mas perentorias necesidades de sus tropas. En graves conflictos y en durísimos trances ponian á Zumalacárregui unas indicaciones que por autoridad del que las hacia iban revestidas de carácter de mandatos. El previsor caudillo que conocia lo equivocado de este pensamiento, y que no contaba como suyo lo que estaba en manos del enemigo, aun á riesgo de que se pusiese en duda una fidelidad, condenada en aquellos dias á sufrir las mayores pruebas, hizo cuanto en su mano estaba para desimpresionar al príncipe y al cuartel Real de semejante idea sin combatir de frente el proyecto. «Para poder tomar á Bilbao, les decia, se necesitan algunos dias, y creo »que seria mas conveniente tomar antes á Vitoria y pasar despues el »Ebro aprovechándonos del decaimiento de ánimo en que se halla el »ejército cristino. Ademas tengo el convencimiento de que cuanto mas »se estiendan nuestras tropas por el territorio feraz y vírgen de las Casti»llas, acercándonos al término de todos mis propósitos y deseos, tanto »mas fácil nos será sacar recursos.» Este era el lenguage prudente, y esta la opinion acertada de Zumalacárregui sobre la conquista de Bilbao; pero todas sus razones se estrellaban en la absoluta falta de metálico, falta que tan angustiados traia los espíritus de los áulicos de D. Carlos. Persistiendo, pues, para repararla en su empeño, aconsejaron al que con el título de Rey se dejaba dominar de todos, que valiéndose de su autoridad propusiese al general la cuestion reducida á los mas sencillos términos, exigiéndole un sí ó un no que en último resultado le pusiese en el caso de decidir si debia ó no sitiarse la ambicionada villa. Cedió el príncipe como tenia de costumbre á las instigaciones de los que miraba como sus mejores amigos y sus mas leales vasallos, y dirigió á Zumalacárregui un papel en que solo se leian estas palabras: «*¿Se puede tomar á Bilbao?*» Lo primero que le ocurrió contestar fué un *no* seco y redondo; pero temiendo con razon que su negativa podria interpretarse por sus enemigos del cuartel Real de un modo poco lisonjero para su reputacion, contestó á la pregunta en estos términos: «*Se puede tomar á Bilbao, pero esta operacion nos ocasionará la pérdida »de muchos hombres, y sobre todo la de un tiempo preciosísimo.*»

El voto autorizado y respetable del hombre que mas derecho tenia á darle y á quien ningun otro podia superar en valor, en capacidad y en celo, fue desoido en el cuartel Real, donde entre los murmullos producidos por la ambicion y el ruido bullicioso de pasiones mezquinas se perdió la voz en otro tiempo mas fuerte y siempre leal del primer caudillo

de D. Carlos. El dictámen de los mas, dictámen que no tenia otro apoyo que la conveniencia de mejorar de posicion, mitigando los rigores de la escasez cada dia mas creciente, prevaleció sobre la opinion sabia y fundada de un general que debia todo su nombre al profundo conocimiento que habia adquirido de la índole de la guerra y de la naturaleza del pais. Definitivamente resuelto por los que tuvieron entonces el funesto privilegio de dirigir el ánimo de D. Carlos y los negocios de la guerra, que se emprendiese el sitio de la plaza de Bilbao, Zumalacárregui, en vez de oponerse al proyecto que por los medios justos y legales habia con todas sus fuerzas combatido, cedió sin trabajo al espíritu dominante; y aunque en el fondo de su alma presentia alguna gran desgracia de llevar adelante plan tan descabellado, la consideracion de que habiendo dimitido su cargo y manifestado su oposicion al sitio no debia ser responsable de los sucesos que pudieran sobrevenir, le animaba á estudiar todos los medios de salir airoso de una empresa á la cual le habian arrastrado contra el torrente de su voluntad.

Dejaremos á Zumalacárregui entregado al descanso en los dias que consagró al arreglo y combinacion de su plan, ínterin la artillería con su paso tardo y perezoso, como tirada por bueyes, podia presentarse delante de Bilbao, para poner los ojos, siquiera sea con la rapidez que exige nuestro objeto, sobre la situacion política del pais, pocos dias antes de que la causa de D. Carlos recibiese con el mal éxito de su tentativa sobre Bilbao el golpe que debia decidir de su suerte. El descontento y el cansancio que aun en los ánimos mas templados producia la prolongacion de una guerra tan desastrosa, habia llegado á su colmo, é inspirando sérios temores al gobierno de la Reina, hacia su posicion sumamente crítica y peligrosa. Achacaban muchos patriotas de buena fé el mal suceso de la guerra al impolítico empeño por parte del gobierno de comprimir el entusiasmo por la libertad; y como á los deseos de los buenos se unian las turbulentas intenciones de los que ansiaban medrar en las revueltas, el gobierno ya debilitado en su poder moral por los desastres de la guerra, apenas tenia fuerza para resistir las acometidas que los liberales avanzados le preparaban. Necesitaba el ministerio en aquellas circunstancias críticas tener dos caras como Jano para no perder de vista á los trastornadores, y tener al mismo tiempo fija toda su atencion en los progresos del carlismo. La ciudad de Málaga, una de las que en el curso de nuestras vicisitudes se ha mostrado siempre mas agitada y mas inquieta, habia ya dado por el mes de marzo pruebas de indocilidad, demostrando con cánticos, con gritos y con otros síntomas de rebel-

día sus tendencias á la insurreccion. En la heróica Zaragoza habian tambien ocurrido por aquel tiempo tristísimos sucesos; y el pueblo que creyó entrever en el clero un espíritu opuesto á las reformas ya establecidas y á las que se estaban preparando, se vengó en la sangre de infelices religiosos de los escesos que por el alto clero suponia cometidos, no menos que de la aversion que naturalmente debia abrigar el estado eclesiástico todo contra el espíritu reformador de la época. A los disturbios de Zaragoza siguieron otros no menos lamentables en Murcia, siendo tambien el clero en esta ciudad objeto de la saña de los amotinados. En tanto las Córtes escitaban poderosamente la atencion por el cuadro dramático y lleno de vida que presentaban sus sesiones. La organizacion de los cuerpos conocidos entonces bajo la denominacion de Milicia Urbana empeñaba fuertemente la atencion de los legisladores y la curiosidad del público. Creia el ministerio que con esta concesion á las ideas avanzadas y recelosas afirmaba su dominacion, inspirando confianza á los que no creian asegurado el alcázar de la libertad, de no verle custodiado y defendido por esta guardia ciudadana. Formarla no obstante un ministerio débil y de tendencias demasiado conservadoras, era lo mismo que suicidarse; pero el vivo deseo que le animaba de agrupar en su derredor fuerzas que le ayudasen á combatir las huestes del carlismo, le hizo olvidar sin duda que en la creacion de la milicia iba envuelto el gérmen fecundo de insurreccion que le habia de derribar. El liberalismo avanzado, de no encontrar acogida en el poder por los medios legales, naturalmente debia procurar reconquistarle por medio de la fuerza; y las filas de la milicia urbana formadas en lo general por la clase media, donde los principios liberales contaban y cuentan con mas numerosos partidarios, no podian menos de ser el punto de apoyo para todas las tentativas de los descontentos. Esta situacion difícil que los desórdenes ocurridos á las puertas del mismo palacio del Congreso vinieron á agravar, produjo la caida del ministerio del Sr. Martinez de la Rosa, á quien sucedió en la presidencia del consejo el conde de Toreno. Blanco este como su antecesor de una oposicion descontentadiza y furibunda, los agitados meses de su gobernacion constituyeron una situacion de contínua lucha para el gobierno y de ansiedad constante para el pais, que si columbraba el término á que podria conducirle el triunfo del carlismo, se veia agitado por la incertidumbre del fin á que podria arrastrarle la revolucion.

Llegaba ya á un punto que prometia un trágico desenlace esta situacion desesperada, cuando vino á mejorarla el ciego y obstinado em-

peño de los hombres funestos que componian el consejo áulico de Don Carlos: el sitio de Bilbao á que un génio maléfico condujo á las huestes carlistas, si bien sobresaltó los ánimos al primer anuncio, reanimó despues con su éxito favorable el decaido aliento del partido liberal. En un principio, cuando la razon natural le presentaba como producto espontáneo de la voluntad de Zumalacárregui, se temió y con fundamento que al sitio siguiera la posesion de la villa á cuyos heróicos hechos tenia reservada la historia una de sus páginas mas bellas. Pero despues cuando se estendió por el ejército y por España el rumor de que Zumalacárregui se veia forzado á poner cerco á Bilbao por las imprudentes exigencias de su Soberano y de su corte, la esperanza volvió á renacer hasta en los corazones mas desconfiados, y aun sin contar con el heroismo de los defensores de la villa sitiada, porque las acciones que rayan mas allá de lo estraordinario no deben formar nunca el cimiento de los cálculos humanos, no se dudaba ya que la posesion de Bilbao por los carlistas era un imposible, y que ante sus débiles muros debian estrellarse los esfuerzos de un caudillo capaz y acreditado, y los embates y tentativas de un ejército numeroso, disciplinado é imponente.



CAPITULO XVIII.



Se dirige ZUMALACÁRREGUI á Bilbao.—Desconfianza con que emprende el sitio.—Conferencia con el general Eraso.—Dificultades que imposibilitan la conquista de la plaza.—Carta de ZUMALACÁRREGUI al Baron de los Valles.—Primer dia de ataque.—Se retira ZUMALACÁRREGUI á su alojamiento y tiene una nueva consulta con su médico.—Reflexiones sobre lo difícil y crítico de su posicion.—Se decide por el asalto.—Entusiasmo de sus soldados.—Comunicacion que dirige á los ministros.—Segundo dia de ataque.—Infructuosidad y triste resultado del asalto.—Cargos que se hicieron á ZUMALACÁRREGUI con este motivo.—Dia 15 de junio.—ZUMALACÁRREGUI es herido en el palacio de Begoña.—Lo conducen á Cegama.—D. Eusebio Zumalacárregui.—Llegada á Durango.—El curandero Petriquillo.—Visita de D. Carlos.—Extraccion de la bala.—Muerte de ZUMALACÁRREGUI.—Consideraciones sobre ella.



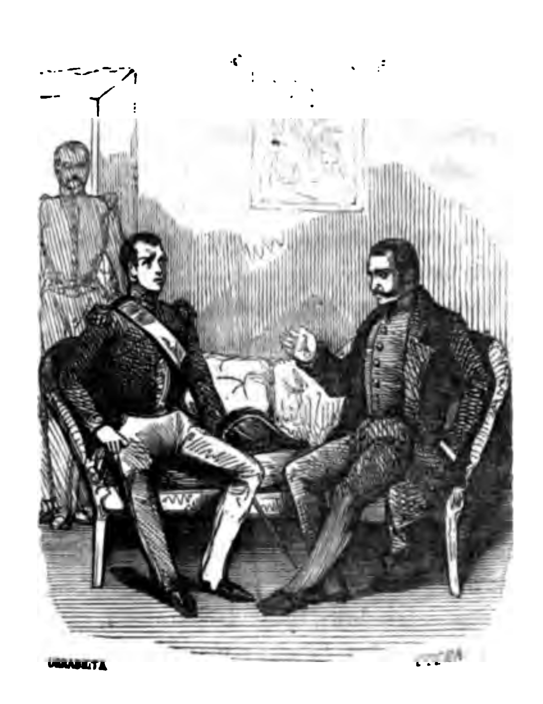
GRAN desconfianza acerca de la operacion que iba á emprender se descubrió en el severo semblante de ZUMALACÁRREGUI, cuando se puso en movimiento despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso. Destruido su proyecto de atacar á Vitoria y llevar la guerra al otro lado del Ebro, el tenaz empeño de la corte le habia defraudado en sus mejores esperanzas, haciendo que se llevase el viento las palabras que pronunció en un arrebato de entusiasmo despues de la toma de Vergara. «Llevaré mis voluntarios á Madrid y venceremos», dijo ZUMALACÁRREGUI, cuando ni siquiera soñaba con los obstáculos que debia encontrar su plan en el cuartel Real, y cuando dueño absoluto de su voluntad, la costumbre

de dirigir los sucesos militares segun le parecia mas conveniente, no le hacia verosímil verla en ocasion tan crítica entorpecida. Desvanecidas sus ilusiones, y mortalmente herida su autoridad de general en gefe, al ver desaprobados sus planes, marchaba taciturno al frente de sus soldados, como si en el fondo de su alma presintiese la desgracia que le esperaba ante aquellos muros. Mas no obstante su taciturnidad, como la fortuna le habia sonreido siempre aun en las situaciones mas apuradas y en las empresas mas dificiles, durante su marcha iba estudiando con suma atencion el pais que atravesaba, y como el terreno le ofrecia grandes ventajas, creia que aquel movimiento no seria perdido, porque si no tomaba á Bilbao, cosa que nunca creyó probable, tendria al menos una batalla en aquel sitio con el general Valdés.

Catorce batallones y un tren de batir, compuesto de dos cañones de á doce y uno de á seis de hierro, de dos de á cuatro de bronce, de dos obuses y un mortero, acompañaban en su espedicion al general carlista, siendo de advertir que ni las municiones ni los artilleros que iban dotando aquellas piezas, eran los suficientes para la empresa que se trataba de acometer; pero lo que urgia era tomar á Bilbao, y ante esta gran necesidad debia correrse un velo sobre todo. A las once de la noche de aquel mismo dia llegó ZUMALACÁRREGUI con sus tropas á Puentenuevo, en cuyos caseríos se hallaba alojada la oficialidad de la division de Eraso á quien estaba de antemano encomendado el bloqueo de la villa. Allí tambien estaban acampados sus batallones como lo indicaban desde muy lejos grandes hogueras. ZUMALACÁRREGUI, apenas echó pie á tierra, pasó á la fonda de las Tres Hermanas donde á la sazon se hallaba Eraso, el cual se apresuró á poner en conocimiento del general que iba á emprender el sitio, el estado del bloqueo y la situacion de la plaza. Supo entonces ZUMALACÁRREGUI que se hallaba esta guarnecida por una fuerza de 4,000 hombres sin contar los nacionales; que ademas de varios fuertes, y de los elementos que ofrecia la poblacion para su defensa, tenia colocadas unas 40 piezas de artillería, las mas de grueso calibre. Únanse á estas noticias adquiridas por Eraso, la de estar los sitiados abundantemente provistos de municiones, y protegidos, ademas de los reductos y fosos que rodeaban la villa, por algunos fuertes aislados, y se comprenderá todo lo dificil del ataque.

La primera idea que ocurrió á ZUMALACÁRREGUI fue la de circunvalar la plaza; pero un inconveniente poderoso hacia tambien imposible esta operacion, pues dos vapores de guerra, uno francés y otro inglés, mantenian libre la comunicacion con la villa por la ria de Bilbao.

Todas estas dificultades cuya aparicon no se habia ocultado al general, le confirmaban mas en su opinion sobre la imposibilidad de tomar aquella plaza. Pero comprometido ya á emprender el sitio, no queria que su desconfianza se estendiese á su ejército, y de tal modo procuraba mantener el espíritu público, que aun en sus comunicaciones confidenciales hacia concebir unas esperanzas que él seguramente no abrigaba. La carta que dirigió desde Durango al baron de los Valles revela claramente este propósito, bastando una ligera comparacion entre sus palabras y sus temores para creerlo así. Dice así la carta:



«Durango 10 de junio de 1835.—Sr. Baron de los Valles.—Mi apreciable amigo: He tenido gusto en leer su estimada fecha 15 del pasado, »por la que veo las diferentes particularidades que encierra; y aunque »quisiera en retribucion contestar minuciosamente, ya se hará V. cargo »de los infinitos negocios que me rodean.

«Amigo, estos dias hemos adelantado muchísimo terreno, pues coge»mos á los cristinos como con redes; yo creo que por mucho que di»gan los papeles franceses con respecto á lo que por aquí pasa en los »diez dias que cuenta el mes, quedarán cortos. Estando sitiando á Villa»franca vino Espartero en su socorro y no sacó otro provecho que el de »dejar 1,200 prisioneros: al noveno dia se tomó Villafranca despues de »haberlo batido con la artillería usando hasta el mortero. Despues aquí »se abandonó la de Tolosa, luego capituló la de Vergara que tenia 1,200 »hombres, y en fin, han retirado la guarnicion del Bastan y todas las »de otras provincias, esceptuando las capitales, Salvatierra, Ochandiano »y estas dos en la costa; pero parece que su objeto es abandonar »este é irse sobre el Ebro; por lo menos yo cuento estar antes de tres »dias en Bilbao y antes de doce en Vitoria.

«Sin embargo puedo anunciar á V. que la cosa no será tan apresu»rada en todas partes que no quede algo que hacer á V.; y cuando ven»ga no dude que lo emplearé en lo que corresponda á su carácter y »á sus distinguidos méritos.

«Todos los señores para quienes mandó V. sus afectos se los devuel»ven, y sin mas lugar es de V. atento y seguro servidor Q. S. M. B.
«Tomás Zumalacárregui.—Eybar se rindió ayer.»

A las cuatro de la mañana del dia siguiente á la llegada de las tropas á Puentenuevo, tocaron diana las bandas de tambores y cornetas de todo el ejército carlista, empeñándose en seguida un tiroteo insignificante de guerrillas entre los sitiados y sitiadores con algunos disparos de cañon de la plaza. Salió á poco rato Zumalacárregui á recorrer la línea con todo su estado mayor, y verificado el reconocimiento, se levantaron por su órden tres baterías sobre los puntos de Mirabilla, camino de Munguia y Begoña, cuyos fuegos sobre la plaza mandó romper á poco rato, fijando muy particularmente su principal punto de ataque sobre el Circo, á cuyo efecto estableció una batería contra dicho punto. Con toda la valentía y vigor que les daba su situacion, respondieron los fuertes de la villa al fuego de los carlistas; y cuando se convenció Zumalacárregui de que su artillería no causaba daños de consideracion sobre las obras de la plaza, y que eran vanos todos sus esfuerzos por abrir brecha, pensó en el asalto, único medio de apoderarse de la poblacion. En tanto una bala de cañon arrojada desde la plaza destruia todas las obras de los sitiadores, y la actividad de Zumalacárregui, á quien se veia en todas partes, era completamente estéril. Ya corria de una á otra batería, tomando el espeque para remover el cañon; ya se le veia por la tarde hacer fuego de

fusil sobre el Circo desde un balcon de la casa del cura de Begoña, y á pesar de todos sus esfuerzos y del sereno valor con que arrostraban la muerte sus soldados, la brecha estaba sin abrir, y á los fuegos que dirigian los guias de Navarra desde la torre de la citada iglesia, contestaban los artilleros ingleses con otros no menos certeros que dieron por resultado un considerable número de heridos. Como estos se aumentasen, mandó Zumalacárregui que se establecieran los indispensables hospitales de sangre, formando uno de ellos en la iglesia, que por la solidez de su construccion ofrecia bastante seguridad.

A pesar de la esterilidad de tan nobles esfuerzos y de las inútiles pruebas de valor y de sufrimiento que daban aquellos soldados, cuyos brios no bastaban á disminuir ni los ardientes rayos del sol de junio, ni una sed devoradora, ni el inminente peligro á que se esponian y que arrostraban serenos contemplando con impasibilidad cómo esparcian la muerte en toda la línea de ataque las granadas horizontales que disparaban las baterías de Bilbao; á pesar de todo esto, la obstinacion de los partidarios del sitio llegaba á tal estremo, que daban por segura la entrega de la plaza siempre que se aviniese el general en gefe á arrojar sobre su centro unas cuantas bombas. Oponíase á estos inhumanos deseos Zumalacárregui que estaba decidido á no arrojar proyectiles sobre las casas de la poblacion, mientras el enemigo se sostuviese en la línea de las fortificaciones esteriores. Una desgracia inevitable vino á hacer mas crítica la posicion del general carlista, disminuyendo notablemente sus medios de ataque. El fuego de artillería hecho contra la plaza fue tan constante, que rebentaron los dos cañones mayores; y para que la desgracia fuese mas completa, 76 fusiles que estaban colocados en pabellones en el pórtico del santuario de Begoña fueron hechos menudos pedazos por una granada horizontal que allí penetró, causando la muerte á los dos centinelas que los custodiaban. Llegó por fin la noche y se puso término á los trabajos del primer dia de sitio. Retiráronse los sitiadores á Puentenuevo ocupando las mismas posiciones que la noche anterior. Zumalacárregui entonces se retiró á su alojamiento sériamente preocupado de la dificultad de la conquista que habia emprendido; y como en medio de su abstraimiento de todo lo que pasaba en su derredor, notase que tenia bastante hinchada la mano derecha, sin duda por haber estado tirando fusilazos toda la tarde, mandó llamar á su médico, el cual le ordenó unas embrocaciones con agua avinagrada. Entrególe de paso el doctor el estado de los heridos que ya se habian puesto en marcha para el hospital de Forna en Vizcaya, y se iba á retirar temeroso del mal humor que

el general manifestaba, cuando le detuvo dirigiéndole estas palabras: «Doctor, esto está muy malo, me han engañado completamente. En vano me dicen ahora que con 40 ó 50 bombas que caigan sobre la plaza se rendirá esta. Yo tengo la conviccion de que nada conseguiremos por este medio, como no sea reducir á cenizas una poblacion de las mejores de España. Ademas, aunque me decidiese por ese sistema destructor, no podria ponerle en ejecucion desde luego, porque hasta dentro de seis ó mas dias no pueden llegar las bombas que necesito para esta operacion.»

Otra vez solo el general, se entregó á sus interrumpidas meditaciones sobre la gravedad de su situacion. Apoderarse de Bilbao con la tenuidad de sus medios de ataque era una cosa en que por lo imposible ni remotamente pensaba; retirarse levantando el sitio era una operacion indigna de su nombre, que rechazaba hasta su amor propio, y á que no podia acomodarse de modo alguno sin que recobrasen sus enemigos toda la fuerza moral que habian perdido despues de los combates de las Amézcoas. No quedaba, pues, mas que un medio á que le costaba no poco resolverse, porque con justicia se le calificaba de ser avaro de la sangre de sus soldados. Ese medio era el asalto; y en la dura alternativa que de no darle le esperaba, sin vacilar se decidió al fin por su adopcion. Estendida por el ejército la noticia de que el general habia resuelto el asalto, se apoderó del ánimo de aquellos soldados un júbilo casi feroz, y lisonjeándose algunos con la probabilidad del saqueo que seguiria por algunas horas á la toma de la plaza, disputaban con calor sobre cuáles debian ser los batallones que marchasen primero. Cuando Zumalacárregui se persuadió de la buena disposicion de sus tropas, les anunció para redoblar su entusiasmo que mandaria dar una onza de oro á cada uno de los 100 primeros soldados que entrasen en la plaza, y que se aseguraria la subsistencia de las familias de los que muriesen. Con vivas aclamaciones, y con entusiastas gritos, acogieron la invitacion de su general aquellos valientes. Todos á la vez pedian ser conducidos al asalto que se habian pintado en su imaginacion como un suceso de tan lisongeros resultados, que miraban como una desgracia no tomar parte en él. Acosado el general por tantos como pretendian ser los elegidos, quiso para no descontentar á ninguno que la suerte determinase cuáles habian de ser las compañías que debian dar el asalto, honroso y desgraciado lote que tocó á las dos primeras del batallon de guias. Pero esta idea en que ya se habia fijado resueltamente el general, como lo prueban los hechos que se acaban de referir, no la dejó entrever en un parte que dirigió



1. Sitio de Bilbao.

la muerte valor tan estraordinario. No conocian los navaros aquel terreno que por la primera vez de su vida pisaban, ni menos las entradas y salidas de aquellas encrucijadas; y despues de haber dejado junto á los fosos no pocos heridos y algunos muertos, se vieron en la necesidad de retirarse á la línea, operacion en que tambien perdieron bastante gente. A un sinnúmero de acciones heróicas dió márgen este suceso, pues cuando al verlos próximos al fuerte les gritaban los soldados cristinos asombrados de su temeridad: «¿á donde vais bárbaros navarros?» contestaban ellos impasibles: «á la muerte», afianzándose algunos en el cañon del fusil que salia de la tronera, y que en aquel instante les iba á privar de la existencia.

Hemos llegado á un punto de nuestra historia en que la imparcialidad, que es el honor mas cumplido que podemos tributar al glorioso recuerdo del general D. Tomás Zumalacárregui, nos aconseja consignar aquí el juicio que sobre esta operacion arriesgada formaron los gefes mas autorizados del ejército carlista. El éxito desgraciado del asalto no podia menos de dar pábulo á las murmuraciones, y de ser orígen fecundo de cargos y de censura. Atribuyóse pues la desgracia de la operacion á una falta que supusieron cometida por el general carlista, falta que la mentaban sin querer lastimar por ello la reputacion del caudillo que tal vez hasta entonces no habia cometido ninguna, y que no podia tener el privilegio de ser en este punto una escepcion entre todos los generales antiguos y modernos del mundo. Decíase por los murmuradores y por los críticos, y en esta opinion coincidian los mas acérrimos partidarios del mismo Zumalacárregui, que si en lugar de las compañías navarras hubiera mandado al asalto soldados del mismo pais procedentes de los batallones vizcainos, prácticos en un terreno que á palmos conocian, hallándose desmontada la artillería del fuerte, y este casi destruido, indudablemente lo hubieran tomado. Censurábase tambien la hora en que se dió la órden del asalto, el cual, si se hubiera verificado al anochecer en vez de emprenderse á media tarde, hubiera producido un feliz resultado, impidiendo al propio tiempo que frustrado el ataque se habilitasen en aquella noche los defensores de Bilbao de las pérdidas que habian sufrido, y preparasen nueva resistencia por medio de la reposicion de sus obras destruidas y de la construccion de otras nuevas. Algunas razones se podrian alegar tal vez en defensa del general censurado, y acaso no seria la mas débil respecto á la eleccion para el asalto de los que menos conocian el terreno, la sencillísima de que no fué el general sino la suerte la que escogió á los navarros con preferencia á los viz-

cainos para acometer la dificil empresa á que llevados de su fogoso entusiasmo querian lanzarse todos. Pero no cumple á nuestro objeto, por descender á la indicacion de cargos que la verdad histórica nos ha obligado á consignar aqui, interrumpir la relacion del comenzado sitio, que por su importancia como por sus consecuencias es el asunto que mas reclama nuestra preferente atencion.

Amaneció el dia 15 de junio, dia terrible para la causa de D. Carlos y de eterno luto para los partidarios que cuenta en España la monarquía absoluta. Orgullosos los defensores de la plaza por el triste resultado del asalto, comenzaron desde muy temprano sus disparos contra las baterías enemigas. A estas se dirigió Zumalacárregui desde la casa que ocupaba en el barrio de Bolueta, estramuros de Bilbao. Conoció alli prácticamente que el fuego de los sitiados era cada vez mas intenso y mas certero. Las baterías de Larrinaga, Solocoeche y Mallona no cesaban de jugar sus piezas con tal habilidad, que sobre haber destrozado un mortero, dándole un balazo en el brocal, arruinaron una batería é hicieron callar los fuegos de otra. Mientras contemplaba el general este destrozo y se impacientaba porque la falta de municiones que de un momento á otro debian venir, no le permitia proceder á un nuevo asalto que le reconquistase el prestigio de sus armas, le ocurrió la idea de subir á un punto algo elevado para examinar las nuevas dificultades que le podian oponer los reparos hechos por el enemigo durante la noche. Ningun edificio podia satisfacer mejor el deseo de verlo todo que devoraba al general carlista, que el palacio de Begoña, porque desde él se dominaba completamente á Bilbao y á sus pintorescas cercanías. Pero ningun otro podia ofrecer mas peligro, pues situado este palacio á cien varas de distancia de las fortificaciones de la plaza, era blanco constante de todos sus disparos, que ya habian destruido todas las maderas y hierros de sus ventanas. Apenas se halló Zumalacárregui en una de las salas de este edificio, corrió á abrir uno de sus balcones de par en par, y asomándose á su barandilla con el anteojo en la mano, púsose á mirar detenidamente la línea enemiga. Era en aquel momento tan vivo el fuego que dirigian contra el palacio los sitiados, y era tan contínua la lluvia de balas que sobre él caia, que los oficiales de estado mayor que acompañaban al general tuvieron la precaucion de quedarse en la sala, desde la cual advirtiendo á su gefe la inminencia del peligro, le suplicaron una vez y otra que se pusiese á salvo de él. Zumalacárregui profundamente embebido en la observacion de la línea enemiga, y estudiando en aquellos momentos críticos el modo mas decisivo y eficaz de atacarla y de vencerla, no oia las voces de

los oficiales, ni pensaba remotamente en el peligro que su existencia podia correr. Siguió por tanto en el balcon; y como no dejase de llamar la atencion de los soldados de la plaza ver allí asomado un hombre solo y con un largo anteojo en la mano, circunstancias que revelaban su categoría de gefe, hicieron una descarga sobre el bulto cuya aparicion y movimientos en tan alto grado los habia sorprendido. Daba el balcon á que estaba asomado el general al barrio de Achuri, y cabalmente en aquellos instantes en que iba á servir de blanco á los disparos enemigos, estaba inclinado sobre la barandilla y dando disposiciones á su tropa sobre la colocacion de una batería. Habia ya concluido de darlas y se disponia á retirarse hácia la sala, diciendo como para complacer á los oficiales, que no queria dejarse matar sin utilidad, cuando entró por el balcon una bala de fusil y le hirió en el tercio superior y parte anterior de la pierna derecha, rozando el borde interno del hueso tibia á la distancia de dos pulgadas poco mas ó menos de la rodilla. Corrieron los oficiales de estado mayor á sostener á su general y le sentaron en una silla de la sala en tanto que su secretario é íntimo amigo D. Juan Antonio Zaratiegui voló en busca del médico D. Vicente Gonzalez de Grediaga que á la sazon se hallaba en la sacristía de la iglesia de Begoña, como punto céntrico para acudir con prontitud á donde fuese necesario su auxilio. En los primeros instantes de apuro, la circunstancia de estar el general privado de sentido infundió á sus ayudantes el temor de que se les quedase entre las manos, y para retardar en lo posible esta catástrofe, apelaron al socorro de un cirujano inglés que por casualidad allí se hallaba. Llegó Mr. Burgess, que asi se llamaba el profesor estrangero, pocos momentos despues; y como dirigiese algunas preguntas en su idioma á los que rodeaban al general, y no pudiesen satisfacer á ellas sin que un intérprete las trasladase al habla castellana, por ser para todos desconocido el idioma inglés, el tiempo que pasó en estas angustiosas dificultades fue el suficiente para que llegase el médico de cámara con el secretario Zaratiegui. Trasladóse por órden de estos al herido á su casa alojamiento de Bolueta, donde se hizo la primera cura aplicando á su herida el bálsamo de Malats, remedio que parecia mas oportuno y conveniente que estraerle la bala en el acto por parecer á los médicos esta operacion sobremanera arriesgada. Apenas se le hizo la primera cura, mandó el general de un modo imperioso que se le condujese al punto á Cegama por el camino de Durango, y esta disposicion imprudente, que atendido el carácter del que la dictaba, nadie se atrevió á contradecir, no la pudieron revocar ni las súplicas del intendente D. Domingo Antonio Zabala, del auditor D. Jorge

Lázaro y de otros sinceros amigos, ni los cariñosos ruegos de su hermano D. Eusebio Zumalacárregui, que noticioso de la desgracia habia corrido á enterarse por sus propios ojos del estado del general. Rodeaban ya á este los granaderos que debian transportarle, cuando entró Don Eusebio, y dirigiéndole una mirada entre compasiva y cariñosa, le dijo



al verle postrado sobre la camilla: «¿qué es lo que tienes, Tomás?»—«Nada, un balazo.....gajes del oficio» contestó el general con marcado desden. «¿Está dentro la bala? replicó su buen hermano.—Sí.—Seria bueno sacarla.» «Eso no compete á V.» repuso entonces una persona para D. Eusebio desconocida. El general para evitar contestaciones que el cariño de un hermano podria agriar, y con el objeto sin duda de ver mas pronto realizada su traslacion al mismo tiempo que calmada la an-

siedad de su familia, encargó eficazmente á D. Eusebio que pasase á Ormaístegui y diera cuenta á sus parientes de la herida que habia recibido, manifestándoles la buena disposicion en que se hallaba, á fin de que se tranquilizáran con la seguridad de que aquello no era cosa de cuidado.

Partió D. Eusebio á cumplir su encargo; y colocado el general en un sofá del palacio levantáronle doce granaderos, que con otros veinte y ocho de reserva debian relevarse de tiempo en tiempo. En esta disposicion se le condujo aquella noche á Durango, sin que hiciese concebir temores la gravedad de su herida, porque la mayor parte del camino la pasó el general fumando y hablando con sus conductores. Al llegar á Zornoza, pueblo muy cercano á Bilbao, reparó que le seguia el pagador del ejército D. José María Mendigaña; y estrañando que no se hubiese quedado en el sitio para atender á las necesidades de las tropas, se le indicó que el pagador le acompañaba por si le hacia falta dinero, pues segun habia manifestado su secretario Zaratiegui no llevaba en el bolsillo ni un solo maravedí. Era esto efectivamente cierto, porque hacia lo menos cuatro meses que ni Zumalacárregui ni su estado mayor recibian el tercio acostumbrado de paga por la apurada situacion del exhausto Tesoro Real. Admirando pues Zumalacárregui la celosa prevision de su pagador, le pidió treinta onzas de oro, y le mandó que volviese inmediatamente al sitio.

Despues de un ligero descanso en Zornoza continuó la marcha, y llegaron al pueblo de Durango poco antes de anochecer. Multitud de personas de todas las clases, lo mismo militares que paisanos, rodearon á los conductores del herido, dirigiéndoles con curiosa ansiedad mil preguntas sobre su estado. Un leve movimiento de cabeza por parte de los soldados era toda la contestacion con que ya estaban dispuestos á resignarse aquellos curiosos, cuando algunas palabras pronunciadas por el mismo general sirvieron de pasto á su impaciente curiosidad. Zumalacárregui, ora previese el fin que le esperaba, lo que no nos parece verosímil, ora hubiese aumentado su mal humor el cansancio y la fatiga, incorporándose un poco se permitió decir estas palabras que revelaron su honda exasperacion: «¡Ah, pobre Carlos V! ¡Qué dia tan glosioso es hoy para los de tu cuartel Real!» Estas espresiones que chocaron mucho á los espectadores, fueron despues ámpliamente comentadas y dieron pábulo á la murmuracion y á diversas interpretaciones desfavorables todas para los hombres que merecian la confianza del príncipe.

Aun no habia pasado un cuarto de hora desde la llegada del general, cuando ya D. Carlos tenia ante su presencia al facultativo que asistia á aquel. Enteróse detenidamente de todas las circunstancias de la herida, recomendándole con el mas tierno interés que apurase todos los recursos de la ciencia para salvar de la muerte al hombre en cuya existencia fundaba el triunfo de su causa; le encargó que anunciase al general que al dia siguiente pasaria á verle. Mientras D. Carlos manifestaba en este interrogatorio el cuidado que le merecia la salud del general, los ministros queriendo rivalizar en aparente celo, le mandaron dos facultativos cuyas luces unidas á las del médico de cabecera contribuyesen á su mas pronta curacion. Era uno de los médicos D. Teodoro Gelos, que desempeñaba á la sazon el cargo de cirujano en el cuartel general, y el otro un jóven oficial inglés que pertenecia al escuadron de la legitimidad. Reconociéronle los nuevos médicos la herida, y pronosticaron que antes de quince dias podria el general montar á caballo, esperanza que mitigó el dolor que asi en el ejército como en los pueblos habia causado aquella desgracia, y que todos abrigaron en aquellos momentos á escepcion de Zumalacárregui. Desconfiaba este mucho del acierto de los médicos; á medida que era mayor su número le inspiraban sus consultas mas sérios temores. Ninguno merecia la confianza del enfermo, que toda entera la tenia puesta en un paisano suyo, llamado Petriquillo, que conocedor de su naturaleza le habia curado en otras ocasiones. Estendiase la fama de Petriquillo aun mas allá de la provincia de Vizcaya, y él era siempre el curandero obligado de todas las enfermedades que padecian las personas mas principales de aquel pais. Su padre, conocido tambien con el mismo nombre de Petriquillo, habia dejado una honrosa memoria por aquellos contornos, y atribuíansele mil curas prodigiosas, y se contaba como para dar la última prueba de su habilidad, que habia salvado de las garras de la muerte á infinitas personas desahuciadas ya por los mas entendidos facultativos. Acostumbrados aquellos sencillos naturales á mirar como don del cielo la habilidad que atribuian á su compatriota, sinceramente creyeron al morir este que la divina providencia que velaba por ellos habia legado por herencia al hijo todo el acierto y sabiduría del padre. Nada tiene, pues, de estraño que al verse postrado en el lecho del dolor, participase el general carlista de aquella preocupacion vulgar que tan arraigada estaba en el ánimo de sus paisanos. Asi sin dar cuenta á nadie de su pensamiento, habia mandado reservadamente al cura Zabala desde el primer dia que corriese en busca de Petriquillo.

La tierna é interesante entrevista de D. Carlos y su caudillo tuvo lugar

en las primeras horas de la mañana del dia 17. El príncipe con las lágrimas en los ojos se sentó junto á la cabecera de la cama del enfermo, y con aquella bondad que formaba la base mas esencial de su carácter se enteró minuciosamente del estado de su caudillo, dirigiéndole cariñosas reconvenciones por haberse espuesto á tamaño peligro. ZUMALACÁRREGUI, pálido y fatigado, se esforzaba por corresponder con semblante risueño y con palabras entrecortadas á las afectuosas que salian de los labios del príncipe. Reprodujo este su reconvencion, y entonces reanimándose un poco las abatidas facciones del herido, replicó con bastante entereza que nada tenia de que arrepentirse; que de no haber arriesgado su vida nada se hubiera adelantado; que demasiado habia vivido ya, y que en aquella guerra tan desigual y destructora la muerte era el mejor premio que debian esperar cuantos la habian comenzado. Al terminar la visita, el general manifestó su resolucion de que le llevasen al pueblo de Cegama, pensamiento á que se opuso D. Cárlos, presentándole todos los perjuicios que podrian acarrearle la falta de quietud y el escesivo calor. Estas y otras reflexiones hijas del cuidado que ponian todos en la conservacion de una vida tan interesante, no produjeron otro efecto en el carácter tenaz y poco dócil del enfermo, que el de hacerle insistir con mayor empeño en que la marcha se llevase á cabo sin detencion.

Apenas salió D. Cárlos del alojamiento del general, intentaron los facultativos hacerle dos sangrías de las dos manos; pero fueron vanas cuantas diligencias emplearon, porque no pudieron estraerle ni una sola gota de sangre. Vinieron en seguida los granaderos y se continuó la marcha como el dia anterior. Los médicos Gonzalez Grediaga, Gelos y el inglés seguian á pocos pasos de distancia del herido, y aun no habian andado dos leguas, cuando se incorporó á ellos el famoso Petriquillo, en cuya portentosa habilidad tenia tan ciega confianza el general carlista. Este refuerzo no hubo de gustar mucho á los facultativos, y el justo temor que á todos causaba que se pusiese en manos de un curandero salud tan estimada, dió pábulo á una sorda murmuracion entre los de la comitiva, viniendo tambien á prestar alimento á esta la circunstancia de haber hecho un pequeño descanso en Vergara, durante el cual el referido Petriquillo entró en una de las boticas de aquella villa, y compuso por sí mismo un bálsamo en una redoma pequeña, diciendo para tranquilizar á los curiosos, que confiaba mucho en su virtud.

Púsose de nuevo en movimiento la triste comitiva para Anzuola, en cuya villa se hizo noche. Allí se aplicó al enfermo el bálsamo referido,

el cual no produjo otro resultado que agravar el mal; pues desde aquella noche se le observó un quejido de pecho que antes no tenia. Al amanecer del 17 se dejó la villa de Anzuola y empezaba ya á respirar el ilustre enfermo el aire puro de su pueblo natal, cuando mucho antes de llegar á Ormaístegui se encontró en los brazos de su querido hermano D. Eusebio y de su sobrina doña Eusebia Aizquivel y Zumalacárregui, la cual profesaba á su tio tan singular cariño, que le manifestó que ella sola le cuidaria en su enfermedad, y que ni un momento se separaria de él hasta verle completamente restablecido. Llegados al pueblo, natural objeto de la predileccion del general, y centro comun de sus mas caras afecciones y de sus mas gratos recuerdos, descansó algunas horas en casa de su hermano, interrumpiendo su quietud la nueva cura que quiso hacerle Petriquillo. Durante su permanencia en Ormaístegui todos los vecinos del pueblo estuvieron agrupados á las puertas de la casa para saber á cada momento el estado de su ilustre paisano. Todos preguntaban por él con aquel interés mezclado de respeto que produce siempre en el ánimo de sencillos aldeanos la circunstancia de admirar convertido en un personage de elevada categoria ó en una célebre notabilidad, aquel que un dia tomó parte con ellos en sus juegos inocentes, fue su compañero de escuela, y se llamó su amigo. Agitábase aquella multitud silenciosa en torno de la casa, y solo interrumpia su estudiado silencio para ofrecerse á prestar al general los auxilios que estaban á su alcance. Tan sinceras ofertas fueron estimadas en lo que valian; mas no hubo necesidad de aceptarlas; y pesarosos de esto aquellos naturales, ya que no les fue posible prestar otro servicio, corrieron espontáneamente á despejar el camino por donde debia transitar el fatigoso enfermo, cuyos hechos tanta celebridad guardaban para el pueblo que los vió á todos nacer.

Luego que el general llegó á Cegama, donde le esperaba de alojamiento la casa de otra sobrina suya, se reunieron en consulta los médicos para resolver si podria ó no estraerse la bala aquella misma noche, y examinada la herida, como viesen que aun no estaba supurada, convinieron unánimes en que no se podia sacar. Zumalacárregui en tanto, á pesar del estado de postracion en que se hallaba, entabló correspondencia con el general Eraso, que como hemos dicho le habia sustituido en el mando del ejército. Todo su anhelo en aquellos momentos y el principal objeto á que se dirigian sus comunicaciones eran que se levantase el sitio de Bilbao, no cesando de encargar que en caso de continuarle y en el inverosimil de que las tropas carlistas ocupasen la plaza, se guardasen las mayores consideraciones á las propiedades y personas de

cuantos ingleses y franceses vivian en la villa, por interesarse en ello la formalidad de una promesa hecha por él solemnemente á los cónsules de Inglaterra y Francia. Era tanto lo que le ocupaba esta idea, que si alguna vez conciliaba el sueño ó le hacia delirar el ardor de la fiebre, solo se le oia hablar de los cónsules estranjeros y de su palabra empeñada.

El dia 18, dia en que celebraba la iglesia la celebridad del *Corpus*, apenas terminó D. Eusebio Zumalacárregui sus deberes religiosos, marchó desde Ormaístegui á ver á su hermano, el cual sin darle el tiempo necesario para descansar de su viage, le mandó que pasara al sitio de Bilbao y dijera de su parte á Eraso que se sostuviese y procurase por su salud, pues él pasaria por allá dentro de 20 dias montado á caballo y volveria á encargarse del mando de las tropas. Encargó asimismo á D. Eusebio que hiciese estensiva esta manifestacion al tercer batallon de Navarra denominado del Requeté. Esta esperanza que en su triste situacion servia al activo general de eficaz consuelo, no era ciertamente fundada, y la rivalidad que existia entre los facultativos y la falta de acuerdo con que procedian, no daba de modo alguno derecho para concebirla. Continuaba infatigable Petriquillo en su sistema de fricciones y unturas; Gelos y el otro facultativo buscaban á cada paso con la tienta el sitio de la bala, y Gonzalez Grediaga, aunque era el que tomaba una parte menos activa en la curacion del enfermo, cuando veia que se aumentaba su malestar, le recetaba como doctor en medicina lo que le parecia mas conveniente: Esta absoluta falta de método, ó por mejor decir, esta completa anarquía en el sistema de curacion naturalmente exacerbó la enfermedad ya grave del general, que persuadido de que los dolores generales que sentia procedian de la bala, mandó resueltamente que se la estrajesen como único medio de calmarlos. Verificóse en efecto la estraccion, aunque no sin causar un sensible destrozo en la pierna del ilustre herido, dando esto orígen á tan imprudente é inmotivada alegría, que ya creian todos que el general se habia salvado; la bala colocada en un plato corria de casa en casa, y hasta se propuso por algunos que se mandase al cuartel de D. Carlos para testificar tan venturoso acontecimiento. Pero poco tardó en convertirse el júbilo en tristeza; y apoderándose del enfermo un gran temblor, y ofreciéndose en su persona los mas marcados y alarmantes síntomas, lo indudable de la proximidad de su fin derramó la consternacion y el dolor en los ánimos que poco antes se entregaban á la esperanza y al contento. Perdida la confianza en los recursos de la ciencia para libertarle de la muerte que con presuroso paso iba aproximándose á la cabecera de su lecho, púsose toda en los auxilios espirituales para salvar su alma, aquella alma pura donde nunca habia tenido

cabida ningun sentimiento que no fuera leal y generoso. Disponíase Fr. Cirilo, cuñado del general, á pasar á Segura en busca del P. Pasages para que confesára al moribundo; pero la gravedad, cada vez mas creciente, de su mal no daba tiempo, y apenas le hicieron entender esto á Zumalacárregui del mejor modo posible sus afligidos parientes, prestóse con tanta resignacion á su deseo, que mandó entrar al punto al capellan de la casa de su sobrina, con quien se confesó, dando muestras de la mas religiosa conformidad y de una consoladora confianza en la misericordia del Altísimo. Suministrósele el Santo Viático, y despues la Estrema-Uncion, sacramentos que recibió con todo su conocimiento y respondiendo él mismo á las oraciones del sacerdote. Asi satisfechas las necesidades del alma, para que al entregar esta al Criador nada le quedase por hacer, llamóse á un escribano, el cual con toda la dulzura de voz de que era susceptible su profesion, preguntó al general *qué dejaba, y cuál era su última voluntad.* «*Dejo mi muger y tres hijas, que es lo único que poseo.*» ¿Y qué mas? replicó el escribano. «*Nada, nada mas*» añadió el general reclinándose un poco de costado, y en aquel tono que, aun en los momentos en que se iba extinguiendo su vida, revelaba la enérgica fibra de su carácter.

Algunos instantes despues exhalaba el último suspiro en los brazos de su cariñosa sobrina, y rodeado de sus tiernos y leales amigos el ilustre guerrero, cuya victoriosa espada y cuyo genio militar conquistaron para la causa carlista tan gloriosos lauros. Eran las diez y media de la mañana del dia 24 de junio de 1835, y aquel lecho en que poco antes todos tenian fijos los ojos con ansiedad, se habia ya convertido en una tumba.

Como nunca usó Zumalacárregui uniforme de general, se le vistió para conducirle á la sepultura de frac, pantalon y pañuelo negros, chaleco blanco, y se colocó sobre su pecho la gran banda de la Real y militar órden de S. Fernando. Celebráronse sus funerales al dia siguiente en la Iglesia de Cegama con la mayor pompa posible, presidiéndolos en nombre de D. Carlos el mariscal de campo D. Joaquin Montenegro con los ayudantes del malogrado caudillo D. Tomás Plaza y D. Gabriel de Laci, como lo habia mandado el príncipe en un Real decreto espedido en Durango, para dar una prueba pública de su gratitud á tan estraordinarios servicios que mas tarde recompensó con los tres entorchados de capitan general, y con la merced de grande de España, que con el título de duque de la Victoria, conde de Zumalacárregui, hizo estensiva á su esposa, sus hijas y sucesores. Formado el inventario de sus bienes, resultó que tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, un sable, una espada, una escopeta de caza, el anteojo que le

regaló Lord Eliot y poco mas de catorce onzas en dinero, eran toda la fortuna que legaba á su angustiada familia el general en gefe del ejército carlista. Inventario tan modesto es el mas honroso y elocuente testimonio del generoso desinterés con que abrazó D. Tomás Zumalacárregui una causa que se presentaba á sus ojos como el símbolo de la santidad y de la justicia.



La infausta nueva de tan sentida muerte se propagó con una rapidez digna de su importancia. Supiéronla en aquella misma mañana los defensores de Bilbao; y una vez sabida, la certeza de su triunfo hizo cobrar nuevos brios á su aliento siempre vigoroso. El cuartel Real la supo oficialmente por la comunicacion que dirigió al ministerio el ayudante D. Carlos de Vargas, y aun embargaba el sentimiento mas profundo el corazon del Príncipe, y aun no se habian calmado los remordi-

mientos de sus cortesanos, cuando el primero dirigió á su valiente ejército una alocucion breve y sentida en que anunciándole que el benemérito general Zumalacárregui habia muerto á consecuencia de la herida que recibió sobre Bilbao, les decia que en él habia perdido uno de sus primeros defensores; la legitimidad á uno de sus principales baluartes; y mi ejército del Norte al consumado capitan que le guió constantemente por la senda del honor y de la victoria. Aquellos soldados, tantas veces conducidos á ella por el caudillo guipuzcoano, al adquirir la noticia de su muerte, hubieron de sentirla tanto, que se apoderó de ellos un dolor furioso, aunque momentáneo, que los predisponia para las mas heróicas acciones. Si la consternacion del general Eraso y de cuantos dirigian en aquel dia tristemente célebre las operaciones del sitio hubiera permitido aprovechar aquel rabioso furor, la plaza de Bilbao hubiera sucumbido infaliblemente al vigoroso empuje de las fuerzas carlistas. Pero eclipsada la estrella que presidia sus destinos, tenia resuelto el Dios de las batallas que el glorioso laurel de la victoria no habia de ceñir ya mas las sienes de los defensores de D. Carlos, condenados por la fatalidad á contemplarlo marchito en las corbatas de sus banderas.

Quedó en efecto la causa carlista despues de la muerte de Zumalacárregui como la nave que despues de haber perdido su arboladura es batida por los vientos y está próxima á sumergirse. Aquel ejército aguerrido y disciplinado era un elemento poderoso de triunfo; pero á aquel inmenso cuerpo le faltaba la cabeza, y en vano era buscarla en el catálogo no corto en verdad de los oficiales generales que formaban el estado mayor de D. Carlos. Habia entre ellos hábiles generales de division como Eraso, Gomez é Iturralde, capitanes resueltos y arrojados como Tomás Reina, gefes entendidos y profundos en la táctica como Zaratiegui y Madrazo Escalera; pero ninguno se encontraba que pudiese sustituir dignamente al malogrado general cuyo mérito habia rayado mas allá del ordinario para que pudiese tener iguales. Solo Zumalacárregui habia dado elementos de probabilidades de triunfo á la causa carlista; solo él, á cuya mágica y poderosa voz se levantó como por encanto un ejército entero, podia dar feliz cima á tan gloriosa empresa. La certera bala que le arrojaron desde las aspilleras de Bilbao le dejó sin vida, y cuatro años despues fueron aglomerándose de tal modo sucesos, que falta de direccion y como no la apoyasen ya columnas tan leales, murió vendida una causa que á principios de 1835 aparecia tan pujante y tan lozana. Este desenlace tan inesperado como triste para los adictos al carlismo ha venido á elevar á mayor altura la memoria del general D. Tomás Zumalacárregui: este desenlace ha presentado aun mas ra-

diante su acrisolada lealtad, aquella lealtad tan combatida que no pudieron vencer ni amortiguar ni sus falsos amigos, ni sus declarados adversarios. Esta nobilísima cualidad, tan digna de aprecio en las contiendas civiles, bien merece ser ensalzada y reconocida, como lo son todas las demas prendas que adornaban al caudillo carlista, hoy que calmadas las pasiones que tan enconada lucha no podia menos de enardecer, y cuando tantos y tan importantes acontecimientos nos alejan ya de la guerra civil, podemos ser friamente imparciales. Afortunadamente, para juzgar con imparcialidad á D. Tomás Zumalacárregui, no ha sido preciso que la lenta accion del tiempo ejerza su eficaz influjo, porque hasta en los dias en que hacia mas cruda guerra á la causa liberal, y en que era mayor la efervescencia de los ánimos, tuvo el privilegio poco comun de ser tratado con consideracion por los hombres de todos los partidos, mereciendo de muchos admiracion y encomio, y de todos respeto. Hoy, pues, que por desgracia nuevas divisiones y recientes enconos van haciendo olvidar los antiguos, justo es que concedamos á Zumalacárregui la celebridad que obtuvo. Al recorrer sus hazañas no pare su atencion el lector, como no la ha parado el biógrafo, en el campo á que perteneció, ni en la bandera que sostuvo; recuerde solo que se trata de los hechos distinguidos de un español ilustre, cuyas glorias aumentan las que han conquistado en todas épocas los hijos de España; de un general, que en medio de los cruentos horrores de una guerra á que su génio hizo tomar cuerpo y llegó á dar formas colosales y gigantescas, ha dejado una memoria grata y pura, y constituye acaso la figura mas hermosa y distinguida de cuantas se destacan del triste cuadro de nuestras civiles discordias.



INDICE.

Páginas.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPÍTULO XV.

CAPÍTULO XVI.

CAPITULO XVII.

CAPITULO XVIII.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

APÉNDICE.

Memoria escrita por uno de los médicos de cámara del Cuartel real de D. Cárlos sobre la herida, enfermedad y muerte del general D. TOMAS ZUMALACÁRREGUI.

Serían las cuatro de la mañana del dia 15 de junio de 1835, cuando ya nos hallábamos en movimiento; empezó en seguida el fuego de ambas partes en los diferentes puntos del bloqueo, rompió el suyo con viveza la batería del Circo, y yo me situé en la sacristía de la iglesia de Begoña, como punto céntrico de las operaciones y en donde se colocó desde muy temprano el general para dirijirlo todo. Á las ocho poco mas ó menos se me presentó su secretario D. Juan Antonio Zarátiegui, diciéndome que fuese inmediatamente con él á ver al general que habia sido herido y se hallaba sin conocimiento. Pregunté al secretario algunos pormenores sobre esta desgracia, y me dijo que hallándose el general en uno de los balcones del palacio de Begoña que daba vista al barrio de Achurí, echado de pechos sobre su barandilla y dando disposiciones para la colocacion de una batería, habia recibido un balazo. Acto continuo me trasladé al lugar de la catástrofe, y á mi llegada encontré al general sin conocimiento en una de las salas del precitado edificio, sentado en una silla, sostenido por varios oficiales de estado mayor, y rodeado de algunos otros. Pedí en seguida un vaso de agua fria, que le tiré sobre el rostro, y con este estímulo volvió en sí entreabiendo los ojos. A todo esto mi principal cuidado en aquel momento era saber á donde habia recibido el balazo, y al efecto dirijí esta pregunta á las personas que allí estaban, ninguna de las cuales pudo satisfacerme, porque nadie lo sabia. Esplorado todo su cuerpo, y con particularidad la cabeza, pecho y vientre, nada encontramos, y como el general aun no hablaba seguimos examinando el resto del cuerpo. Por fin hallamos un agujero del tamaño de una bala de fusil en el pantalon rojo, y examinada la pierna derecha vimos el mismo agujero en el tercio superior y parte anterior é interna de aquella, rozando el borde interno del hueso de la tibia á la distancia de dos pulgadas poco mas ó menos de la articulacion femoro-tibial, ó llámese rodilla. En este momento empezó á hablar el general, manifestando un vivo deseo de que se le sacase pronto de aquel punto, lo que se verificó en seguida con inminente riesgo suyo y de todos los que le acompañábamos, pues desde aquel instante se redobló el fuego por aquel punto con tanta valentía, que teniendo que atravesar al descubierto un largo espacio, fue un verdadero milagro que no sucumbiésemos, porque las balas de cañon pasaron por encima de nuestras cabezas y por nuestros costados. No parecia sino que los de la plaza y fuertes habian conocido lo que pasaba entre nosotros, segun el ardor con que redoblaban sus descargas. Por fin llegamos á una casa como á mitad del camino de Begoña á Puente-Nuevo, en donde nos detuvimos por la comodidad y seguridad que ofrecía.

En este punto le coloqué en un colchon en el suelo, se le descosió el

pantalon, se le quitó la bota y reconocí la herida Era esta con efecto de bala de fusil habiendo penetrado por el sitio que se ha dicho ya. En el escrupuloso reconocimiento que practiqué, observé que su direccion era de arriba abajo y hácia el interior de la pierna, atravesando los músculos gemelos, ó sea la pantorrilla. Es de advertir aquí que el general tenia sumamente desarrollado el sistema muscular, y como consecuencia de él era su pantorrilla estremadamente gruesa. Por esta razon, ya fuese que el proyectil hubiese variado de direccion al rozar con la tibia, ya por la gruesura de la pantorrilla, por mas que se hizo tanto en el reconocimiento interior como en el esterior, no se pudo averiguar de un modo positivo el sitio en que aquel estaba, mas no obstante esta dificultad, propúse en aquel momento su estraccion. El general y los que le acompañaban se opusieron abiertamente á una operacion propuesta en la seguridad, que me inspiraban mis conocimientos anatómicos, de que me hubiera sido fácil sin comprometer tan preciosa existencia verificar la estraccion del proyetil. Un poco de paciencia por parte del general hubiera bastado para fijar su verdadera residencia. Pero mi responsabilidad cesó desde el momento que se manifestó tan tenaz oposicion, oposicion invencible si se atiende al genio del paciente, y al convencimiento que adquirí despues de que desde aquel momento se fijó su imaginacion en el curandero Petriquillo, Gelos y otros de esta ralea para que le curasen.

Al ver mi insistencia sobre la necesidad de proceder á la estraccion de la bala se me preguntó si la permanencia de ella en aquel punto produciria algun peligro, á lo que contesté que no, pues en esta y otras campañas se ha visto á muchos sugetos vivir con balas dentro de su cuerpo, y en partes mas delicadas, sin que esperimentase su salud la menor alteracion, no obstante que algunas se abrian paso por entre los tejidos presentándose en la superficie del cuerpo, y otras permanecian siempre ocultas. En virtud de esto se me dió por el intendente Zabala un pomito, que segun me dijo, contenia el legítimo bálsamo de Maláts, y lo apliqué al general, colocando en la herida una planchuela empapada en dicho bálsamo, su compresa, y cubriendo el todo con su correspondiente vendage circular. Se colocó al general en unas parihuelas con dos colchones; dió sobre la marcha algunas instrucciones al general Eraso, á quien confirió el mando del ejército, y llegamos á Puente-Nuevo.

A aquella hora, pues serian las 10 de la mañana, el calor se hacia sentir con notable fuerza, y como manifestase el general que iba bastante incómodo en dichas angarillas, se le trasladó á una cama de sofá que se sacó al efecto de la fonda de las Tres Hermanas, colocando un toldo blanco encima para que no le molestase el sol; se le preguntó entonces que á donde queria marchar, y contestando que á Durango, prevenida ya al efecto la compañia de guias de Navarra para su conduccion, rompimos la marcha acto continuo.

A un paso igual de marcha de tropa, y con relevo de rato en rato, llegamos en lo mas fuerte del calor á Zornoza, en donde descansamos un par de horas. Colocamos al general con su misma cama en el zaguan de la casa del boticario, la que por su anchura, comodidad, por hallarse en la carretera, y ser piso bajo era el mejor local del pueblo. Allí se le dió una limonada y fumó un par de cigarros, verificado lo cual volvimos á continuar nuestro camino. Apenas llegamos á esta villa entrada ya la noche, nos dirijimos al antiguo alojamiento del general, poniéndole con toda comodidad en la mejor habitacion. Instalado en ella, y despues de un rato de descanso le ordené una sangría que en seguida fue hecha, y ade-

más el uso de la horchata de las simientes menores. A poco rato vino un ayudante de D. Cárlos diciéndome pasase á Palacio, pues se hallaba á la sazon el Cuartel real en el indicado pueblo. Pasé en efecto, y despues de las ceremonias de costumbre me preguntó el Rey qué me parecía de la herida, y por qué se habia espuesto el general á recibirla, á lo que contesté que si bien la herida no era de consideracion por el sitio que ocupaba, y por las partes que habia interesado, podia complicarse con una enfermedad que temia se desarrollase, pues hacía dias que estaba enfermo y muy espuesto á contraerla, lo que si se verificase por desgracia, presentaria bastante cuidado, y podria quizás comprometer hasta su existencia. En cuanto á la esposicion á recibir el balazo indiqué que siempre habia visto al general correr estos y aun mayores peligros. Con esto me despedí de D. Cárlos, el cual antes de salir yo del cuarto me dirigió estas palabras: «dile á Tomás que no salga mañana hasta que yo lo vea, y que pasaré á su alojamiento bien temprano.»

Vuelto yo á este, no bien habia entrado en el cuarto cuando me preguntó el general «¿qué le ha dicho á Vd· el rey?» á lo que le contesté refiriéndole la conversacion que habiamos tenido, y su determinacion de verle á la mañana siguiente. A esto último no puso el general muy buen semblante, diciendo «¿qué querrá de mí?.., veremos.... pero si tarda no me detendré.» Encontré en el cuarto al titulado cirujano de cámara don Teodoro Gelos, é igualmente á un facultativo inglés que se hallaba por casualidad de tránsito en dicho pueblo. Segun me dijeron habian sido enviados por el Cuartel real para ver la herida, lo que verificaron. A media noche llegaron los generales Iturralde y Villareal, con los que habló el herido un largo rato, dándoles instrucciones. A este último, que me habló despues en la sala inmediata, tuve ocasion de manifestarle mis temores. Se marcharon luego, y el enfermo estuvo mucho tiempo descansado, disfrutando de un sueño harto tumultuoso é inquieto. Oyósele hablar contra el ministro Cruz-Mayor y sobre la colocacion de las baterías y cañones; se dispertó en seguida, pidió refresco, le tomé el pulso y se le encontré lleno, duro y frecuente. Tenia el semblante muy animado, los ojos encendidos, un poco de inyeccion sanguínea en la conjuntiva, la lengua encendida en sus bordes y punta, y con un empaste blanco en su dorso. Viendo este grupo de síntomas que observaron conmigo los precitados profesores les manifesté mi dictámen reducido á volverle á evacuar á beneficio de otra sangria, y conformes todos en su necesidad se le hizo en seguida. Fuí asímismo de dictámen de que no se le removiese de Durango, así por el estado en que se hallaba, como por lo caloroso de la estacion, pues segun lo que habia oido hablar á los generales sobre el punto á que se dirijian, nos faltaban aun dos dias de camino, es decir doce leguas, de manera que lo que consiguiésemos con el plan propuesto lo perderiamos con la precitada marcha. Todos convinieron conmigo en esta idea, y yo fuí el encargado de manifestársela al general.

A la madrugada entré en el cuarto de éste, y le dije: «mi general, ¿ha visto V. qué calor tan insoportable ha hecho ayer, y cuanto le ha molestado el viage? Desde nuestro arribo á esta, como V. habrá podido conocer, no se ha perdido un momento en practicar cuanto ha sido necesario para su alivio. Se ha conseguido alguno, pues al presente se halla V. en muy buen estado, y para que este continúe seria muy acertado suspender la marcha por algunos dias, y pasados estos podrá V. disponer lo que guste, en la seguridad de que de otro modo nos esponemos á perder lo que tenemos adelantado.» A estas palabras contestó el general con las si-

guientes: «Jamás he variado mis resoluciones una vez tomadas con todo el lleno de mi voluntad. En cuanto el rey venga y me hable, saldremos en seguida para el punto que he dispuesto.» Despues de un momento de silencio continuó como esforzándose por decir una cosa desagradable: «anoche se me olvidó decir á V. que he mandado al cura Zabala á buscar un paisano mio llamado Petriquillo, sugeto que entiende mucho de males de esta clase, y que me ha curado en otras ocasiones. Este me sanará ó me echará al otro mundo.» «Muy bien, mi general, repliqué yo. Mucho celebraré que no queden defraudadas nuestras esperanzas, y como adoptada esta determinacion no hago ya falta á su lado, me permitirá V. que vuelva al sitio donde hago mucha, y del cual solo me he separado en virtud de un mandato especial.» «Eso de ir al sitio no, repuso el general, porque yo quiero que me siga V. como médico para lo que se me pueda ofrecer.»

Al dia siguiente bien temprano llegó D. Cárlos al alojamiento del general, entró sin aparato alguno, y colocado á la derecha de la cama fijó enternecido los ojos en él, mediando entre ambos el siguiente diálogo.—¿Cómo te hallas Tomás?—Señor, bien.—¿Y cómo te has espuesto á ser herido? ¿no sabes que un general en gefe nunca debe esponerse á tanto peligro?—Señor, lo sé, pero tampoco ignoro que el buen artillero debe morir al pie del cañon. Además, ninguna cosa se hubiera hecho bien de no estar yo delante, y como ya he vivido harto tiempo, y tengo el convencimiento de que en la presente guerra todos debemos morir, me es indiferente el resultado de mi herida.—Y bien ¿á dónde piensas ir.—A Cegama.—Mira que está muy lejos, que te puedes empeorar, quédate aquí. —No señor, he dicho que á Cegama, y V. M. no dudará que allá voy, porque conoce mi carácter.—Bien hombre, le conozco, pero cuídate por Dios.»

Apenas salió el Rey de la estancia del enfermo ordenó este la salida que se verificó al momento. Llegamos al medio dia á Villareal, donde descansamos, en cuyo pueblo nos alcanzó el curandero Petriquillo con el cura Zabala. Se presentó al punto al general cuyo semblante animó una ligera sonrisa de esperanza al ver al hombre que en su concepto le habia de curar. Acto contínuo el curandero empezó á ejercer sus funcíones, le quitó todo el aposito que se le habia puesto en las inmediaciones de Bilbao, sustituyó una fuerte untura que el mismo le dió con manteca y cuyas bruscas fricciones principiaban en la cadera y terminaban en el pié; hecho esto cubrió toda aquella parte con una venda ancha empapada en vino, colocó en la herida una planchuela con bálsamo samaritano y envolvió todo con un vendage particular que el mismo cortó de una sábana. El general sufrió todas estas operaciones sin dar ninguna señal de dolor en la parte afectada.

Serían las cuatro de la tarde cuando emprendimos de nuevo la marcha llegando á boca de noche á Vergara donde descansamos. No hubo otra novedad en el camino que la de empezarse á quejar el general de dolores en la parte herida. El facultativo inglés se asombró del singular método de curacion adoptado por Petriquillo, y yo que desde aquel momento preví lo que por desgracia llegó á suceder. manifesté mis temores á uno de los ayudantes de Zumalacárregui llamado D. Pedro Caces. La noche se pasó poco mas ó menos como la anterior, se me preguntó qué régimen dietético se debería seguir y contesté que dieta rigorosa y la limonada gomosa á pasto.

En la madrugada del dia siguiente 17 continuamos la marcha tomando la carretera de Francia y llegamos al medio dia á Ormaistegui. Aqui, despues de la triste entrevista del general con sus parientes, descansó un rato del

calor que había sufrido en el camino, hasta que habiendo repetido Petriquillo la cura que había hecho en Villareal se reprodugeron con mas fuerza los dolores. A la caida de la tarde nos pusimos en marcha, y salvando las dos leguas que nos faltaban, llegamos á Cegama en muy buena hora. Allí se le colocó en una buena alcoba de la casa de su prima, y se le dejó descansar.

Hallábase en el mismo pueblo asistiendo á D. Cárlos Vargas, segundo secretario del general, un tal Bolloqui que había sido cirujano de Guias, y se le llamó porque el facultativo inglés se habia marchado desde el camino á reunirse á su cuerpo, que era el escuadron sagrado. Congregados en junta aquella misma noche Gelos, Petriquillo y Bolloqui, convinieron unánimes en que lo primero que debía hacerse era practicar un reconocimiento en la herida, lo que efectuaron á pesar de mi oposicion. Varias veces introdugeron la sonda sin otro fruto que el de martirizar al enfermo, aumentando nuevos dolores á los que ya tenia; pues habiendo tomado el proyectil, primero una direccion recta y despues oblícua, no era tan fácil como les parecía dar con su verdadera posicion, tarea que dificultaba mas la inflamacion que habia empezado á manifestarse en toda la circunferencia. Esta tercera tentativa mas ruda que las anteriores, fue causa de que pasase el general una noche mas tormentosa; pues estuvo continuamente desvelado, con la lengua seca y encendida, con sed inestinguible, mucho desasosiego y la orina escasa y ardorosa.

Viendo el estado poco lisongero del paciente, hice presente á los interesados la necesidad de que se celebrase una junta. Accedieron á mi indicacion, y constituidos en junta los profesores del pueblo con los sugetos ya referidos, les hice la historia de la enfermedad, les manifesté su complicacion con la herida de una manera evidente, les hablé de la facilidad con que en todas las estaciones, pero mas particularmente en la del calor, la irritacion de las heridas de armas de fuego se refleja sobre varios tejidos, y con especialidad sobre la membrana mucosa gastro-intestinal, y por último les indiqué que para combatir tanto una como otra era de absoluta necesidad emplear con la mayor urgencia medios enérgicos; pues si se atendía solamente á la herida, los demás síntomas se agravarían en términos de declararse con suma facilidad una fiebre gastro-entero-encefalitis, ó sea adinamico-atáxica que comprometiese su existencia, y que respecto á la bala no debia darnos ningun cuidado por el sitio que ocupaba y por las partes que había interesado. Sin agraviar á dichos profesores, tengo la íntima conviccion de que en la parte puramente médica no fui comprendido por ninguno de ellos y menos que por nadie por Petriquillo. Sin embargo, fuese por complacerme ó porque mi razonamiento les pareciese de algun peso, casi todos convinieron conmigo en que se aplicase á toda la inmediacion de la herida, ó sea á la parte mas interesada, un gran golpe de sanguijuelas, en que despues de desprendidas estas se le pusiesen cataplasmas templadas de harina de la simiente de lino con rigorosa dieta, limonada gomosa fria á pasto y varios enemas emolientes: todo se hizo en el momento y tuve la satisfaccion de que á las pocas horas cesasen los dolores de la pierna; pues las sanguijuelas produgeron una evacuacion abundantísima, y los enemas muchas evacuaciones albinas fetidísimas de materiales detenidos algunos dias en el canal intestinal. La noche fué bastante tranquila.

El dia 19 se presentaron reunidos todos los síntomas que hasta entonces se habían observado. Se me indicó que el general deseaba tomar algun alimento sólido, á lo que me negué abiertamente, asi como tambien á la entrada de tantas personas en su cuarto. Venian unos por deseo de verle y

otros á hablar de asuntos del servicio, y como el ayudante de guardia no obedeciese la orden rigorosa que le habia dado, busqué ocasion oportuna para hablar al general, á cuyo efecto me coloqué con Gelos en la alcoba inmediata, y aprovechando un momento en que quedó solo, entré y le dije: «para que marche V. bien en su herida como en lo demás que padece, se «hace preciso que olvide por unos dias que es general y no piense en otro «negocio mas que en el interesante de su salud, prohibiendo la entrada de «las personas que la pueden alterar, y consintiéndola solo á las absoluta«mente necesarias.» «Siento, me replicó, no poder complacer á V. de una manera tan rigorosa, porque como es necesario que yo sepa todo lo que pasa, es preciso que se acerquen á mí cuantas personas están encargadas de la direccion de los negocios. No obstante, por lo que hace á las demás, daré á los ayudantes de guardia las órdenes oportunas.» Esto queria decir en buen castellano que pensaba hacer cuanto se le antojase, y así fué que desde aquel momento pareció la casa un jubileo. Confidentes, generales, ayudantes, individuos de las diputaciones de las provincias Vascongadas y Navarra, amigos, curas, frailes, etc., no cesaban de entrar y salir, añadiéndose á esto que mis órdenes sobre la mas estricta dieta eran desaprobadas por Petriquillo y comparsa, que audaz las infringía, ya dándole caldos muy sustanciosos, ya otros alimentos sólidos, lo que si bien se hacía á hurtadillas, como suele decirse, llegaba á mi noticia por personas de la misma casa que me lo decian despues. A pesar de esto continuó bastante bien este dia á beneficio sin duda de la repeticion de los enemas y cataplasmas emolientes á la parte afecta; pues con los unos se fué limpiando el vientre de algunas impurezas, y con las otras cesaron completamente los dolores, empezando á notarse, aunque en corta cantidad, alguna supuracion. El pulso se mantuvo regular, solo noté una ligera exacerbacion á la caida de la tarde. La lengua mas húmeda y menos encendida en sus bordes y punta, y la capa amarillenta en su dorso mucho mas clara, poca sed y las orinas menos encendidas. La noche fué tambien sosegada como la anterior; pues aunque soñó alto hablando contra Cruz-Mayor, dando órdenes á sus batallones y ocupándose de los asuntos de la guerra, este sueño no alteró su tranquilidad, y fué como el de algunas personas que en sana salud relacionan por la noche lo que les ha sucedido de dia.

Al siguiente 20 todo marchaba bien: concedí sin esfuerzo al general por la mañana una jícara de chocolate que habia pedido con instancia y que no podia producirle el mal que otros alimentos que se le daban á escondidas. Hice la misma prescripcion médica que el dia anterior: al verificarse la cura salió una ligera esquirla del borde interno de la tibia que el proyectil habia rozado: la supuracion aún era corta: ligera exacerbacion en el pulso á la caida de la tarde; muchos mas entrantes y salientes que el anterior; noche tranquila.

En los dias 21 y 22 no hubo de notable mas que algunas deposiciones albinas biliosas, promovidas á beneficio de la continuacion de los enemas, mucha remision en los demás síntomas antes enunciados, la herida en buen aspecto y un poco mas de supuracion. En el dia 22 tuvieron los referidos profesores y Petriquillo varias juntas á las que no asistí, lo uno porque no me llamaron, y lo otro porque me formé la idea de que cualquier cosa que maquinasen para la estraccion de la bala no habia de contar con mi asentimiento hasta tanto que el general se hallase restablecido de su enfermedad. Observé que aquel dia entraron en el cuarto del general muchas personas, algunas de las cuales no podian menos de producir una grave exaltacion en su ánimo. Una y otra vez lo manifesté así á los intere-

sados; mas viendo el ningun fruto que sacaba, me propuse desde aquel dia no volver á hablar sobre este punto, siendo buen testigo de esto el vicario de Huarte-araquil que lo presenció varias veces.

En la madrugada del 23 volvieron los facultativos á repetir la tentativa de sondar la herida, y aunque les manifesté mi oposicion haciéndoles presente que sobre ser esta operacion de ningun fruto podrian con la sonda producir mayores males y sobre todo dispertar los dolores que tan felizmente habíamos calmado, despreciando este saludable aviso lo verificaron. Pero ¿qué sucedio? ¿qué resultados dió esta operacion? Martirizarlo y nada mas. Desesperando de poder encontrar el punto de apoyo del proyectil, los obcecados profesores desistieron de su empeño curándole como en los demás dias. Por espacio de dos horas estuvo esperimentando el general los resultados de aquella imprudente tentativa, y ni un momento cesó de quejarse; mas al fin se amortiguaron los dolores, en cuyo instante pude conocer cual habia sido el objeto de las reuniones del dia anterior, objeto á que concurria el beneplácito del general. La estraccion de la bala era el pensamiento culminante de los médicos y el mas vivo deseo del general, deseo que no fué dificil vislumbrar al ver la paciencia y el silencio con que sufrió la dolorosa maniobra. Entonces recapacitando conmigo mismo, me hice las siguientes observaciones: «estos hombres han imbuido al general en la necesidad de que se le estraiga la bala, y no conociendo su estado actual no se les alcanza que los síntomas de la enfermedad no están mas que disminuidos y que al menor chispazo se han de reproducir con la mayor fuerza; olvidan que no hay botica en el pueblo para lo que repentinamente pueda ocurrir, pues la mas próxima es la de Segura, que dista una legua de aqui, y por decirlo de una vez, conducen á ciegas al general á una muerte cierta. Mi posicion es bastante crítica bajo todos conceptos; pues ni en el pueblo ni en las inmediaciones hay un profesor de carrera que pueda contrabalancear conmigo la errada opinion de los tres. Mas sin embargo de todo eso me defenderé hasta el último, y jamás consentiré nada que sea contrario á lo que la sana razon y la conciencia médica me dicten.»

Embebida mi mente en estas reflexiones, llegué al comedor donde me esperaban los parientes del general para tomar el chocolate. Concluido el desayuno, y como entrasen todos reunidos, les manifesté que no obstante la mejoria del enfermo, se habia hecho cuanto podía conducir á empeorarlo por los médicos que merecian su confianza, los cuales tenaces en su propósito acababan de hacer otra tentativa con la sonda para explorar la herida, operacion en que se habian entretenido largo rato y sin mas resultado que molestar al paciente y reproducir sus dormidos dolores. En virtud de esto les indiqué cuanto convendria citar para junta á los cirujanos del pueblo, únicos de que se podia disponer, y todos accedieron á mi peticion.

Fueron, pues, llamados dichos profesores, y á poco rato entramos en junta. En ella les hice presente, reproduciendo los mismos principios que en la primera, toda la marcha que habian llevado la enfermedad y herida hasta aquel momento, la necesidad que habia de continuar en el mismo método sobre la primera, hasta qne la naturaleza ayudada de la medicina, segun los síntomas se presentaran, se sacudiese; y en órden á la segunda no volver á hacer uso de tentativas imprudentes con sondas y demás, aplicando solo los emolientes hasta que del todo se hubiese establecido la supuracion, lo que no se habia verificado ya en atencion á que la naturaleza se hallaba ocupada en sacudirse de la enfermedad, y realizado esto no dudasen vendria muy abundante y de buena calidad, y manifestándose un foco purulento en la circunferencia de la bala, se conocería el punto de su estancia, pudiéndose hacer con el acierto debido la contra-

abertura; además de que toda herida que se halla ya en el período de irritacion no debe tocarse con semejantes instrumentos, máxima consignada en las obras de los mas célebres cirujanos nacionales y estranjeros. Por la misma razon y por la profundidad de la herida tampoco debia tener lugar el desbridamiento, pues la sonda no habia podido aun fijar el sitio que la bala ocupaba. Últimamente, les manifesté que jamás suscribiria á que se hiciese operacion alguna sin haberse curado la enfermedad en cuestion; que verificado esto podrian hacer lo que gustasen, en atencion á que yo no representaba allí otro papel que el de médico, segun me habia dicho el general á la salida de Durango; que tuviesen un poco de paciencia hasta el dia catorce de la enfermedad, dia en que se presentaria regularmente una crísis, y siendo favorable, como esperaba en atencion al estado actual del enfermo les dejaria obrar segun mejor les pareciese, pues por mi parte habia cumplido con mi deber.

Quedaron todos conformes con este parecer, y la junta se levantó. A poco rato, y estando solo, se me reunió un ayudante de campo, y me dijo: «doctor, trabaja V. en valde. Lo que V. hace esos hombres lo deshacen: están imponiendo al general por detrás de V., y me temo mucho.» «Suceda lo que quiera, le repliqué, mi conciencia está tranquila porque la marcha que me he propuesto seguir es la mas racional. Si esos hombres ignorantes hacen alguna de las suyas, sobre ellos recaerá la responsabilidad.»

El parte que se dió este dia al Cuartel Real fué como en los tres dias anteriores, de hallarse el general mas aliviado de su complicada dolencia. Llegó la hora de retirarnos á descansar, y antes de verificarlo le hicimos la última visita; le tomé el pulso que hallé con una ligera exacervacion, continuando respecto á lo demás en muy buen estado. Pidió un vaso de naranjada, se le dió y nos retiramos.

Como me hallaba tan rendido, no solo por la absoluta falta de descanso que esperimentaba mi cuerpo desde el sitio de Bilbao, sino tambien por la contínua agitacion en que estaba mi espíritu, y como por otro lado el buen estado del enfermo me inspiraba confianza me dormí profundamente, aunque sin desnudarme. Serian las dos de la mañana del 24 cuando al despertarme por efecto de un ligero ruido que cerca de mi habitacion se sentía, me encontré sin Gelos, que dormia en la misma alcoba, percibiendo un desacostumbrado rumor en la pieza inmediata donde descansaba el ayudante de campo de guardia. Me incorporé acto continuo lleno de cuidado, abrí la puerta, y encontré al referido ayudante don Dámaso Berchel, que se paseaba por la sala sumamente alegre. Preguntéle qué habia sucedido. «¿Qué ha de suceder? me contestó, que el general dentro de pocos dias estará bueno y á la cabeza de su ejército á pesar de los temores de V. Gelos, Petriquillo y Bolloqui acaban de sacarle la bala, y véala V. en este plato que ya ha corrido por todo el pueblo, á pesar de la hora que es.» Con efecto, me acerqué á la mesa y reconocí la bala; estaba un poco aplastada hácia el lado que habia rozado con la tibia, sin que tuviese otra cosa de particular. Verificado esto me lamenté sin reparo de una imprudencia cuyos funestos resultados no debian hacerse esperar mucho. Pasé en seguida á ver á los operadores y los hallé en el comedor. Estaban á la sazon lavándose sus manos ensangretadas, cual pudieran hacerlo tres carniceros que acabasen de desollar una res. «¿Y cómo, les dije, se han atrevido Vds. á hacer la operacion á estas horas contraviniendo á lo que se acordó en la junta de ayer?» «El general, me contestó Gelos, me ha llamado y mandado en seguida que le hiciese la

operacion. ¿Y V. es tan dócil, repuse, que no ha tratado de persuadirle de lo intempestivo de la hora para hacer una operacion tan delicada y que no era de absoluta necesidad, y ha accedido sin réplica al mandato del general? ¿Con que si este le hubiera mandado á V. que le hubiera tirado á un pozo, lo hubiera verificado sin réplica? Se han cumplido los deseos de Vds. contra todo el torrente de mi voluntad, que no podian creer muy favorable á su proyecto cuando con tanto cuidado ha salido V. de la cama sin que yo le sintiese.—Se hallaba V. profundamente dormido, me dijo, y á mas cómo sabiamos que no había de acceder no le hemos querido dispertar.» «Bien le contesté, el mal está hecho, y ya es inevitable. Sobre Vds., pues, recaerá toda la inmensa responsabilidad de este paso.»—«Si señor, la aceptamos entera porque dentro de pocos dias el general se hallará mandando su ejército,»—«Sea enhorabuena, dije por último al presumido cirujano, y dando por terminado un diálogo que me iba siendo enojoso nos retiramos ambos á descansar. Gelos se quedó dormido en seguida, pero á mí no me fué posible conciliar el sueño pensando en lo ocurrido, muy particularmente en el destrozo que habrian hecho en el general para hallar la bala.

Habrian pasado dos horas cuando sentí quejarse mucho al general, y pedir sin cesar refresco al cura *Zabala*, que se habia quedado de guardia aquella noche. Disperté á Gelos en seguida y le dije: «mucho se queja el general, sin duda deben Vds. haberle hecho gran destrozo para hallar la bala,»—Ha habido precision, me contestó, de hacerle dos aberturas bastante profundas, por lo que no es estraño que se queje.»—«Pues bien, nos levantaremos, y se le recetará algun calmante.»—«Eso no es tan urgente, en viniendo el dia lo haremos» repuso Gelos, y se volvió á quedar dormido. Por lo que hace á mí me hallaba tan desvelado, y me dolian tanto los lamentos del general, que pasado un rato me levanté de la cama, y como el ruido dispertase á Gelos preguntóme este sorprendido: «¿á dónde va V?»—A ver al general; le contesté, que se queja cada vez mas.—«Pues yo tambien me levantaré» repuso.

Eran las seis de la mañana cuando pasamos al cuarto del enfermo, me coloqué á la derecha de la cama y Gelos á la izquierda, le miré el semblante que encontré bañado de un sudor frio y con todos los caractéres de la muerte, le pulsé en ambos brazos y observé que ya no latian las arterias radiales, y sí muchos saltos de tendones; mandé á Gelos que pulsase al enfermo, y despues de haberlo verificado como quisiese hablarme por lo bajo le dí á entender que fuera lo hariamos. Cuando nos íbamos á retirar, el general con voz algo trémula, pero conservando aun mucho valor me dirigió la palabra en estos términos: «¡Ay doctor, estoy perdido, me hallo peor que cuando tenia la bala dentro! Si le hubiese creido á V. no me hubiera visto en este caso. Son insoportables los dolores que sufro.» Estas palabras me traspasaban el corazon, pero haciendo un esfuerzo le animé lo mejor que pude, y nos retiramos.

Cuando nos hallamos fuera le pregunté á Gelos «¿y qué le parece á V. del estado del general.?»—«Un poco agravado; el pulso está bastante frecuente.—¿Y nada mas? repuse con precipitacion.—No señor.—Pues bien, hasta ahora he tenido que sucumbir por fuerza al cúmulo de atrocidades que han estado Vds. cometiendo de continuo, deshaciendo por detrás la obra que á través de tantos obstáculos procuraba yo llevar adelante. Ya han consumado Vds. su grande obra. Pues sepa V. que no hay recurso humano que pueda librar al general de la próxima muerte que le amenaza; se hace preciso llamar desde luego á su segundo secretario

para que vea el medio de que sin perder momento haga el general sus disposiciones espirituales y temporales; que un ordenanza vaya inmediatamente á la botica de Segura á buscar un fuerte calmante que voy á recetarle sin mas objeto que el que no se diga que nada se ha hecho, debiendo acto continuo dar aviso á los de la casa, pues urge el que sepan este suceso.» Aun queria Gelos persuadirme de que debiamos esperar, pues en su concepto no estaba tan agravado el enfermo para tomar estas medidas, pero yo le contesté que nada tenia que ver en aquel negocio, que la responsabilidad era ya toda mia, y que como conocia bien el terreno que pisaba, no queria que se dijese mañana que el general habia muerto sin ningun auxilio espiritual, hallándose á su lado un profesor de carrera que viéndolo á todas horas debió conocer la gravedad de su mal.

Reunidos los parientes del enfermo, les manifesté la fatal situacion en que se encontraba, lo que les sorprendió tanto mas cuanto que se les había asegurado cuando fueron dispertadosá media noche, que el general se hallaría mandando el ejercito dentro de breves dias. Aún no querian dar entero crédito á mi relacion cuando llegó su secretario, apoyado en dos muletas. Sabido por este elcaso en que nos hallábamos, dió credito no obstante su sorpresa, á mis verídicas palabras, y entre uno y otro arreglamos el medio mejor de disponerle para recibir los auxilios espirituales. Una lijera insinuacion hecha con maña bastó para que el enfermo manifestase que lo deseaba, y aprovechando tan feliz coyuntura, recibió con cristiana confianza los auxilios de la religion. Hablósele despues de disposicion testamentaria, y mostrándose muy dispuesto á hacerla, se limitó á decir: «lo poco que hay es de mis hijas.»

En aquel momento recordé que dias antes habia hecho traer de la botica de Segura un calmante por si se ofrecia á media noche. Mandé pues que se le diese á cucharadas alternando con el caldo, en el que también hice que se le hechase otra de vino de Málaga. A las diez volvió el ordenanza con el fuerte calmante que acababa de recetar aún no hacía dos horas, y en su compañia el profesor de Segura, que apenas vió al enfermo, convino conmigo en que estaba próximo á espirar. Las convulsiones y saltos de tendones que habian subido de todo punto empezaron á declinar; conservó su conocimiento hasta el último instante, y espiró á las once menos cuarto del precitado dia 24 de Junio del año de 1835 á las diez horas poco mas ó menos de hecha la malhadada operacion de la estraccion de la bala.

Acto contínuo le descubrí la pierna, le quite todo el apósito y me asombré de ver dos heridas que sobre la parte posterior de dicha pierna le habian hecho, la una interesando la mitad de la parte superior del gran tendon de Aquilés en la insercion de los músculos gemelos, la otra en el costado opuesto y un poco mas abajo. Ambas eran de dos pulgadas de longitud, y su profundidad hasta los huesos tíbia y peroné; pero como estuviesen llenas de sangre y yo no tuviese á mano ni esponja para limpiarlas, ni lugar para hacer el reconocimiento escrupuloso que deseaba, pues al momento empezó á entrar gente á verle, me retiré de aquel sitio.

Llamóme en seguida el secretario D. Cárlos de Vargas y me dijo que era preciso que inmediatamente escribiese lo ocurrido para dar parte al cuartel Real y General, á lo que contesté que no tenia inconveniente, y llamando en seguida á un amanuense de la secretaría dicté la historia de los padecimientos del general hasta su muerte con la posible concision, pues urgía el que llegase á su destino con toda brevedad, no pudiendo disponerse del cadáver hasta recibir instrucciones. Concluida, la hice firmar por Gelos y Bolloqui que se hallaban presentes, los cuales aunque lo resistieron al principio, preguntados por el secretario si se faltaba en ella á la verdad, y como contestasen que

no, les repitió que la firmaran ó lo ponia asi por diligencia. En vista de esta terminante resolucion, la firmaron. Se buscó en seguida á Petriquillo, mas este tan luego como vió los preparativos de aquella mañana y oyó que se decia que el enfermo iba á fallecer muy en breve, bajó á la cuadra, dispuso su macho y desapareció sin decir una palabra. Aunque he permanecido en la artillería, y despues trece meses en el Estado Mayor, no he vuelto á verle mas.

Deseando conservar intactos los restos del general para hacer ver en cualquier tiempo la causa que motivó su precipitada muerte, á mas de la historia referida, pedí al secretario acompañase con los demás documentos y oficios uno para el ministro Cruz-Mayor, reducido á que se me permitiese embalsamarlos, y aguardé en el mismo pueblo la contestacion. Llegó esta al otro dia por la tarde, y se decia de Real Orden: Que S. M. quedaba enterado de todo, y no accediendo al embalsamamiento se prevenia con aquella fecha al director de artillería, D. Joaquin de Montenegro, para que inmediatamente pasase á Cegama, disponiendo se colocase el cadáver en una caja con tres llaves, presenciase el acto de las exequias, y le diese sepultura en el sitio que por su retiro le pareciese mas á propósito. Con este último paso del ministro me acabé de convencer de cuanto habia oido al general en vida sobre la mala voluntad que le tenia, pues ni aun despues de su muerte quiso ocultar el rencor que le profesaba.

Informe dado sobre las ocurrencias del Ferrol por don Cárlos Vargas, ayudante del general Eguía, capitan general de Galicia.

«Desde tiempo inmemorial existia en el distrito del Ferrol una gavilla ó sociedad de ladrones con ramificaciones en todo el pais, organizados, juramentados en secreto, y tan bien dirijidos que jamás podia concluirse con ellos, ni averiguarse quienes la componian; pues cuando se recelaba que alguno iba á espontanearse y delatarlos, ó se le veia titubear en lo que se le encargaba, era asesinado, y casi siempre de un modo horrendo. Habia en esta asociacion toda clase de personas, hasta mujeres, ancianos y altos funcionarios. En el tiempo que medió desde el año de 1826 á 1832, estaba á la cabeza de ella un comerciante llamado C..., muy rico, y que no se sabia como en pocos años habia hecho su fortuna. Los empleados públicos que correspondian á tan infame gremio, habian sido atraidos á él ó por interés de un salario ó por un efecto de su cobardía, ó quizás por ambas cosas; de modo que en lugar de evitar los robos, protegian á los autores, y tal vez hacían mucho mas fáciles los medios de la ejecucion. El general Eguía á pesar de su conocido celo y rigor no habia podido jamás alcanzar el esterminio de aquella numerosa gavilla, ni aun el descubrimiento de sus estatutos. La tan conocida actividad de dicho general, su vigor é inexorable justicia contra esta especie de delincuentes, habian sido inútiles, porque engañado por los servicios que aparentaban prestar D. V.,. G... D... alcalde mayor del Ferrol, elevado despues á oidor de la audiencia, y un escribano llamado R... capitan de voluntarios realistas, denunciando, persiguiendo y sumariando á algunos rateros que no pertenecian á la grande asociacion, no pudo ocurrírsele qne ellos dos eran los que se entendian y hacian ilusorios todos sus esfuerzos.»

«Como en medio de todo esto los robos seguian, el general Eguía dió órdenes y encargos particulares al coronel del 15 de línea Sanjuanena que interinamente desempeñaba el gobierno del Ferrol, para que sin descanso

persiguiese á los delincuentes; pero Sanjuanena, hombre débil y lento, nada hizo. El general Eguía que no ignoraba la diferencia entre este gefe y Zumalacárregui, coronel del 14 de línea, viendo el poco efecto de las diligencias de Sanjuanena, relevó con este último regimiento el del 15, y por consecuencia Zumalacárregui se encargo interinamente del gobierno de la plaza y del distrito. Corregir y cortar los escesos fué siempre como el elemento de Zumalacárregui; así apenas se enteró de lo que pasaba se dedicó á descubrir la raiz principiando por buscar un fiscal, en quien sobre las demás virtudes necesarias resaltase la integridad, y no obstante la diversidad de opinion se atrevió á proponer al capitan general al teniente coronel graduado D. Miguel Casanova, que en el momento de que hablamos estaba indefinido y fuera de toda consideracion por haber sido impurificado á causa de su conducta política; prueba bastante clara de que Zumalacárregui buscaba los hombres de bien de cualquiera estado y opinion que fuesen. Pocos dias despues de haberse hecho este nombramiento se descubrió la complicidad de C... y de otros sugetos ricos, á los cuales se les prendió, y hubieran sido presentados en juicio y castigados muy pronto á no haberse cruzado las grandes novedades políticas que por entonces sobrevinieron. Como Zumalacárregui era realista, los acontecimientos ocurridos en la Granja en 1832 facilitaron á la sociedad de ladrones, numerosa, rica é influyente, los medios de derribarle. Es verdad que antes de abrazar este partido, se valieron de otros muchos, sobre todo de ofrecerle sumas cuantiosas de dinero por anónimos, ó bien por indicaciones indirectas, pero que no teniendo el resultado que esperaban, recurrieron al de amedrentarle con la amenaza de asesinarle; mas nada de esto detuvo ni un solo instante el curso de sus deberes. A los esfuerzos de los ladrones para conseguir el cambio del gobernador del Ferrol, se juntaron los del Real cuerpo de Marina de aquel departamento, del cual hacia entonces cabeza el brigadier Guruceta. Este gefe, á quien parecia imponer mucho el carácter de Zumalacárregui, suponiendo falsamente que este trataba de hacer un pronunciamiento carlista, se encerró con su gente de marina en el fuerte Arsenal, donde permaneció no obstante las protestas de seguridad que le mandó el gobernador. Finalmente, habiéndose Guruceta presentado en Santiago al capitan general conde de Casa-Eguía, logró este tranquilizarle, y sus subordinados salieron del Arsenal, como una escuela de niños á quien se hace miedo con el coco. Sin embargo, esta demostracion ocupó sériamente á causa de las circunstancias, la atencion del Gobierno; y como con menos motivo habian sido ya exonerados de los mandos superiores todos los que se mantenian en sus antiguas ideas realistas, no se debe estrañar que Zumalacárregui lo fuese, quedando además sujeto á espediente; del cual resultó que se habia comportado hasta entonces como hombre de honor, como militar y como político. Desde el momento en que Zumalacárregui salió del Ferrol, la causa de los ladrones se suspendió; Casanova obtuvo colocacion en el ejército, y los presos por autores de los robos fueron puestos en libertad, siendo este el motivo de que todavía sigan cometiéndose allí los mismos crímenes, segun anuncian los periódicos de la córte.»

XIII

Correspondencia interesante entre los generales Quesada y Zumalacárregui.

CUARTEL GENERAL DE ESTELLA 26 de febrero de 1834.

Mi estimado ZUMALACÁRREGUI: Cuando escribí á V. mi última por mano de Uriz, me veia en la precision de salir de Logroño para internarme en las provincias de mi mando, pero la antevíspera de emprender mi marcha me encuentro con un estraordinario que me anuncia he sido nombrado virey y capitan general de Navarra y Provincias Vascongadas, con el mando en gefe del ejército, por dimision que ha hecho el general Valdés á causa del mal estado de su salud: mi deber me obliga á la obediencia, y mi cariño hácia mis antiguos compañeros de armas me escita á presentarles la oliva de la paz antes de amenazarles con la espada: me seria muy duro llegar á este último trance, pero me persuado con cierta satisfaccion que V. y los demás compañeros cederán á la voz de la amistad y á la de la razon. Yo quiero libertar á Vds. del duro trance en que se hallan, no humillarlos de modo alguno; confíense en mi generosidad y no tendrá V. ni sus compañeros motivos de arrepentirse. Vidondo y Eraso pasan á verse con V., le llevan una carta de su hermano, que interesándose sobre manera por V. ha venido á verme, como él lo dirá.

Si V. y sus compañeros están prontos á escucharme y á dar oidos á la razon, se penetrarán de todo el interés y cariño que conservo á unos hombres que han sido mis compañeros en otro tiempo; y si V. quiere que aun le dé una prueba de mi confianza hácia Vds. me presentaré yo mismo á hablarles, aunque sea solo, y daré desde luego la órden á las divisiones que operan en Navarra para que no se muevan de las posiciones en que están, siempre qne Vds. permanezcan tranquilos igualmente; pero todo ha de ser por brevísimos dias, pues yo no puedo comprometer mi opinion con el gobierno ni con la nacion.—Desea á V. mil felicidades su afectísimo etc.

VICENTE DE QUESADA.

Sr. D. Tomás de Zumalacárregui.

CUARTEL GENERAL DE LIEDENA 1.° de marzo de 1834.

Excmo. Sr. D. Vicente Quesada.—Mi antiguo y respetable general. Recibo en este momento la carta de V. escrita el 26 del pasado en Estella, cuya entrega me han hecho los oficiales D. Francisco Vidondo y D. Jacinto Eraso, y enterado de su contenido debo decirle: que no ha llegado aun á mis manos la que cita en la suya haberme remitido por medio de Uriz, á quien no he visto despues de su venida de Logroño.

Con respecto á los otros particulares deben hacerse cargo todos, y mas especialmente V., de cuán graves, importantes y razonables intereses son aquellos que han obligado á tomar las armas en defensa de los derechos del señor infante D. Cárlos, nuestro soberano (Q. D. G.) á una gran porcion de personas caracterizadas, distinguidas, de buenos principios y de reputacion, como son la mayor parte ó quizás todas las que pertenecen á este ejército: lo que si V. admite, como no dudo, y lo pone en la balanza del discernimiento y de la justicia, encontrará ser cosa de la mayor gravedad para mí. Sin que los deseos mios ni de los de ningun individuo de aquí sean los de comprometer su persona de V., fácilmente conocerá que la naturaleza de la cosa exije una reunion de gefes, oficiales, y de todos los

individuos de la junta, con quienes es de absoluta necesidad tratar la materia. Esta medida será llevada á efecto tan pronto como V. se sirva avisarme su conformidad, porque hallándose esparcidas ó diseminadas por toda la Navarra las tropas y las personas que cito, será preciso señalarles el punto de reunion, que en mi concepto convendria que fuese Lumbier, retirándose entre tanto á Sos ú otro punto de Aragon la columna de Linares, y permaneciendo las tropas cristinas al otro lado de la línea que forma el camino real de Pamplona á Tafalla.

Consérvese V. bueno, disponiendo de este su afectísimo etc.

TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI.

PAMPLONA 7 de Marzo de 1834.

Mi estimado ZUMALACÁRREGUI: Su carta de V. de ayer me ha disgustado bastante, pues me hace presumir que no proceden de buena fé, y que solo tratan de ganar tiempo. Por otra parte, veo que ha recibido la que le escribí en Logroño por mano de Uriz, pero como ahora me hallo en otras circunstancias, mis deseos de favorecerlo me estimulan á concederles cuanto sea racionalmente posible; pero para hacerles conocer enteramente mis intenciones, me es preciso hablarles, pues sin esa circunstancia nada adelantarian Vds. con su reunion. En esta inteligencia haga V. por venir á Noain mañana de doce á dos con las personas que quiera; y si V. no puede verificarlo, que vengan Eraso y Sarasa solos, ó con cualquiera otro. Si Vds. no acceden á esta proposicion considero que no proceden de buena fé, y empiezo á perseguirlos á todo trance.

Ya toda la Navarra sabe mis buenas intenciones hácia Vds.: la opinion pública está por la tranquilidad y la paz, y toda la odiosidad va á recaer sobre Vds., si esto no se consigue. Tan suave y humano como he sido hasta aquí, otro tanto seré de inflexible y duro. Una de mis primeras providencias será la de que el clero me pague doble contribucion de la que está dando á Vds. en el dia, y lo mismo se verificará en lo sucesivo con los pueblos é individuos que les contribuyan con la menor cosa; en fin, los males que van á caer sobre este pais no tendrán límites, y Vds. serán los causantes de ello. El ejército frances está anhelando entrar en España, y si yo veo que en la persecucion corren Vds. tanto que no pueda alcanzarlos, pediré que entren á ocupar el Baztan, Alduides y demás puntos que sean necesarios para contener sus correrías y dejarlos limitados á un corto radio, en que me será mas fácil esterminarlos.

Soy demasiado franco para no decirles que en el momento en que empiece á operar se acabó toda esperanza de olvido ó lenidad, y las leyes se cumplirán con todo el rigor de su tenor.

Espero mañana temprano la respuesta para salir á Noain, y si no acceden Vds. á ello es asunto concluido.

Queda de V. etc. VICENTE DE QUESADA.

Sr. D. Tomás de Zumalacárregui.

LUMBIER 7 de Marzo de 1834.

Excmo. Sr. D. Vicente Quesada.—Mi respetable y antiguo general. No dando V. lugar á tratar y discutir, en la forma que le ofrecí y me disponia, sus proposiciones, y en vista del perentorio término en que exige la contestacion á la suya de este dia, la he leido á la oficialidad del 1.º y 2.º batallon de Navarra, y todos unánimes y conformes, me han manifestado que

están decididos á vencer ó morir sosteniendo los sagrados y legítimos derechos del rey Ntro. Sr. D. Cárlos V de Castilla y VIII de Navarra.

La buena fé es el patrimonio de todos los hombres que componen este ejército. . . . .
Desde luego puede V. principiar las operaciones y reclamar el auxilio de la Francia si lo tiene por conveniente; pero viva persuadido de que los males que se propone causar á este Reino, solo servirán para darle un odioso renombre; y que á medida que ejerza sus rigores, se aumentará tambien el número de sus enemigos.

Es de V. atento, etc.
TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI.

Discusion de la asamblea de Lumbier con motivo de las proposiciones hechas por el general Quesada.

DISCURSO DEL SR. ZARATIEGUI.

«Mover un pais á tomar las armas en defensa de los legítimos derechos que tiene á la corona de España un escelente príncipe, pelear en seguida, vencer sus enemigos, acrecentar la gloria de sus armas, hacerlas respetar, y rendirse despues á la voz de un hombre sanguinario, ingrato y hasta apóstata, para irlas á deponer á sus pies y confiar en sus palabras, sería una vileza imperdonable, sería constituirse en instrumento de su ambicion, y levantar por nuestras propias manos un monumento á su misma inmoralidad política. A mi juicio aun cuando fuese consejo de la prudencia el entregarse á merced de un enemigo, nunca juzgaria digno de semejante honor á Quesada. Sin duda que eran mucho mejores y mas nobles los sentimientos de los dos generales que le han precedido, y no obstante nosotros los combatimos con ahincada resistencia. Si nuestra situacion actual y la que parece nos espera, no son mejores que la que podiamos con razon prometernos en los primeros dias, tambien es verdad que nuestros cuerpos y espíritus acostumbrados á la fatiga y al trabajo, temen infinitamente menos el peligro. ¿Y qué guerra podrá hacernos tampoco un talento tan limitado como el de Quesada?

La voz pública dice que la Francia, Inglaterra y Portugal sostendrán el gobierno á quien hacemos la guerra; pero esto, sobre no ser bastante positivo, es materia que no debemos profundizar demasiado. Lo proclamo asi, porque ninguno me negará que si en el principio nos hubiésemos atenido mas á los medios materiales, precisos para conseguir nuestro intento. que á la justicia de la causa que abrazamos, y de la cual nacen todas nuestras esperanzas, apenas existiría en este lugar uno de los que estamos presentes. Pero mirando la cosa bajo otra faz ¿quién se atreverá á decir que eso mismo que ahora parece sucede en nuestro daño, no nos atraiga despues infinitas ventajas? Porque si los gabinetes donde prevalece el espíritu revolucionario se unen para fomentar y dar apoyo al gérmen que al presente se desarrolla en España, razon es que hagan otro tanto los gobiernos que rigen las monarquías puras de Europa, y que conociendo el peligro con que la propaganda les amenaza, opongan los medios necesarios para precaverlo. En este caso, como nuestros intereses están identificados con los suyos, conocerán la importancia de esta lucha y nos auxiliarán; aunque para esto fuese necesario el emprender una guerra general.

Pero, señores, ¿á dónde voy yo con mi discurso? ¿para qué llevar tan adelante ni aun el pensamiento? Navarra se halla comprometida en concien-

cia y por honor á sostener la guerra. Ella, á decir verdad, todavia no ha puesto en juego todo lo que puede. La abundancia de los frutos con que la naturaleza ha enriquecido su suelo, y la fidelidad mútua y union que distingue á sus habitantes, es aun menos importante que aquel vigor y constancia que despliegan una vez decididos por su causa. Sin duda que su natural carácter los conduce á obrar con prudencia, á pensar bien en las empresas antes de arrojarse á ellas; pero comenzadas, jamás las abandonan. Ciertamente que nosotros los navarros no fuimos los primeros á tomar las armas en contra del tirano Napoleon, ni tampoco para derrocar el sistema constitucional que nos privara de nuestras leyes patrias y de nuestra verdadera libertad; monumento glorioso de sabiduría que heredamos de nuestros mayores, y que sin interrupcion se ha conservado entre nosotros por mas de 200 lustros. Aun en la presente guerra, si bien se observa, Navarra ha sido la última de las provincias hoy pronunciadas en esta parte de España en favor de los derechos del rey Ntro. Sr. D. Cárlos V. Pero por ventura ¿hay otro pais, otro pueblo en la Europa que haya sostenido con mayor firmeza sus guerras? ¿Habrá uno que haya llevado á cabo con mayor gloria las dos habidas en su suelo en lo que va corrido del siglo? ¿No es cierto que nuestra perseverancia y nuestros hechos dan á nuestro pais el primer lugar en la fama? Atended como ni en España ni fuera de ella se habla de esta guerra sino dándole el dictado de guerra de Navarra. Asi, pues, si los navarros somos los que cedemos, los que rendimos las armas, los que nos separamos de la defensa de la causa proclamada, sellada además con nuestra sangre; esta misma preferencia que se nos dá, hará que recaiga el todo de la deshonra y del vilipendio sobre nosotros. Del mismo modo, señores, que hoy nos pertenece el primer puesto en la gloria de la presente lucha, nos corresponderá mañana el del desprecio y la infamia en el caso que la abandonemos.»

DISCURSO DEL GENERAL ZUMALACÁRREGUI.

«Señores: si en el momento que Quesada me mandó su primer mensage solo hubiera atendido á mis naturales sentimientos para contestarle, en nada se diferenciaria mi respuesta de la que ahora se le dará; pero habiendo meditado bien este asunto, me pareció que haciéndolo sin consultarlo con Vds., corresponderia mal á la confianza que depositaron en mí cuando se dignaron darme el mando de comandante general de este ejército y reino. Por otra parte, señores, nada mas justo que el que tantos hombres esclarecidos é interesados en el triunfo, que aventuraron á la vez sus familias, sus fortunas y hasta sus propias vidas se enterasen por sí mismos del acomodamiento que se nos proponia, para que comparándole con los riesgos que de nuevo les amenazan, procediesen con pleno conocimiento de causa, los que gustasen, á ratificar su resolucion y renovar el juramento de que sostendremos hasta morir la santa lucha que comenzamos sin mas apoyo que la justicia. Ahora, pues, que tengo la satisfaccion de conocer los sentimientos unánimes que á todos nos animan, está mas tranquila mi conciencia; porque cualquiera que sea la suerte que á cada cual le toque, ninguno podrá decir que esta provino de mi arbitrariedad. Protesto, señores, que si este mando que desempeño emanase de la soberana voluntad de la augusta Real persona, cuyos derechos defendemos, jamás pusiera á la decision de otros el presente negocio; porque en ese caso me hubieran sido bastante conocidos mis deberes.

XVII

Alocucion de Zumalacárregui con motivo de las amenazas de represalia hechas por Quesada para que suspendiese la ejecucion de los prisioneros.

«Grande fuera, señores, nuestra deshonra; mengua mil veces mas indigna del nombre navarro, que la de deponer las armas y entregarse á discrecion á la generosidad de los enemigos, si cediésemos ahora á las amenazas de Quesada, suspendiendo la ejecucion de una medida que sus atrocidades han provocado. Si se tratase de salvar la vida á algunos de nuestros oficiales y soldados; si se tratase de ajustar la guerra ahorrando al mundo esos espectáculos de horror que le están dando; si por medio de estas amenazas quisiera atraérsenos á observar exactamente las leyes de la guerra, enhorabuena que la medida no se consumara: pero cuando no existe nada de eso; cuando se nos quiere intimidar con la represalia de personas estrañas á la contienda que sustentamos; cuando se intenta desarmar nuestra justa cólera con un torpe ardid, no es posible, señores, desistir de lo acordado. Esas amenazas con que se pretende darnos la ley, haciéndonos suspender el cumplimiento de nuestras providencias, son un motivo para que le apresuremos. No me digais que condescendamos por esta sola vez con lo que el enemigo pide. Tamaño despropósito seria el nuestro. ¿Qué pensais resultaria de aquí? Que mañana haremos nuevos prisioneros, y Quesada conociendo nuestro flaco, mandará tomar iguales rehenes en cualquier pueblo, nos enviará igual mensage que ahora, y tendremos que ceder igualmente, con la diferencia de que si hoy nos piden los gefes, mañana vendrá á pedirnos el oficial, esotro dia el sargento, y al inmediato el soldado, y con todos será forzoso condescender. De manera, señores, que dado el primer paso el mal seria irremediable, y todos nuestros esfuerzos vendrian á quedar en último resultado destruidos por una simple condescendencia. Yo no creo que Quesada á pesar de su carácter violento y sanguinario, lleve á efecto la amenaza que nos dirige, porque eso le estraviaria de todo camino de razon y de justicia; mas sea el que quiera su modo de obrar, no variará en nada mi resolucion. Esta la fijó Quesada en el momento que intentó arredrarnos con su reciente medida. El es quien con ella ha acelerado la ejecucion de los desgraciados prisioneros.»

Alocucion de Zumalacárregui á sus soldados sobre la imposibilidad de darles el prest de costumbre.

«Voluntarios: Desde mañana es imposible daros los dos reales de prest como se ha hecho hasta hoy. La escasez que tenemos de fondos no permite hacer por vosotros todo aquello que quisiéramos. Los únicos recursos con que contamos para proseguir la guerra, son los que ofrece el pais, y de estos la mayor parte se han consumido ya. Por lo tanto os hago saber que en lo sucesivo no se dará de paga mas que un real de vellon diario en vez de los dos que se os tenian prometidos; y en esta misma proporcion se satisfará el sueldo á todas las otras clases. Si despues del arreglo que procuraremos introducir y de nuestras diligencias, adquiriésemos mayores fondos, debeis esperar que se os aumentará la paga; mas por ahora es preciso renunciar á los dos reales diarios.»

XVIII

Alocucion de Zumalacárregui á sus soldados escitándolos á socorrer á Bilbao.

NAVARROS:

«La diputacion de Vizcaya, viendo próxima á perderse la villa de Bilbao, principal joya de su señorío, os llama á toda prisa en su socorro. La Vizcaya dice por el órgano de sus representantes, que ya sabe que sois pocos y que gran parte estais desarmados, pero que tambien le consta que todos sois valientes, entusiastas y muy decididos, y que vuestra sola presencia bastará para infundir en sus hijos el suficiente ánimo para vencer á los enemigos que la amenazan. Si despues de invocar de este modo vuestro auxilio, dejáseis de dárselo, seríais á la verdad poco dignos de la ilustre patria que os vió nacer; de este suelo llamado por antonomasia el pais clásico de la lealtad. Vuestros mismos padres al saberlo, os negarían para siempre el asiento que antes tuvísteis en su hogar. No es menester, Navarros, que me mostreis vuestro cuerpo y hasta vuestros pies, porque con harto dolor os veo que estais medio desnudos y descalzos. ¿Pero acaso esto os privará de vencer? No lo creo. Bilbao es una capital rica: si la salvamos, allí tendreis lo necesario: la diputacion me lo promete. ¿Por qué pues tardamos en ir? Animo! voluntarios, á las armas! Bien sabeis que el que socorre pronto, socorre dos veces. «

El comandante general.—ZUMALACÁRREGUI.

Alocucion de Zumalacárregui á sus soldados despues del mal éxito de la intentada sorpresa de Echarri-Aranáz.

«Voluntarios: habeis visto la eleccion que al descender de esta sierra hice de esas dos compañías que teneis presentes, para ejecutar una operacion, que bien examinada se tuvo por la mas fácil. Los avisos, las disposiciones y demas cosas en que librábamos el buen éxito, correspondieron á nuestros deseos, y las personas que nos la propusieron, han cumplido lo que ofrecieran. La empresa únicamente exijia un limitado número de hombres llenos de resolucion, y por eso nos fijamos en estas dos compañías. Todos sus individuos al enterarles del negocio y esplicarles la manera de conducirse, me prometieron en general y en particular llenar sus respectivos deberes. Sin embargo, vosotros acabais de ver de qué modo lo han hecho, y de qué manera tan indigna han correspondido á mi confianza. Que la culpa es enteramente suya, ninguno lo puede dudar, asi como ninguno podrá dudar tampoco el sin número de fatigas que tendremos que sufrir, y la mucha sangre que habrá de verterse antes de llegar al estado en que nos hubiera puesto la toma de ese fuerte, cuyo nombre será de funesto recuerdo entre nosotros.

«Yo llevaria con resignacion el profundo dolor que afecta á mi alma en este momento, confundiéndolo con el que vuestro semblante me anuncia, si el rigor de la disciplina no exijiese un castigo ejemplar contra la falta que se ha cometido. Vosotros sabeis por esperiencia el imperio que su observancia tiene sobre mí, y que en semejantes casos cumplo inexorablemente sus preceptos. Los infractores los conoceis lo mismo que yo, y sabeis que pertenecen á esas dos compañías. En ellas están los que han marchitado con su medrosa conducta los laureles de veinte combates gloriosos, y los que con su vil cobardía han despojado á las armas carlistas de aque-

lla fuerza moral, tesoro inapreciable que constituia nuestro poder y realzaba nuestra nombradía. Despues de tan pernicioso ejemplo, ¿quién será el gefe que en adelante os lleve al combate con la misma confianza que hasta ahora? ¿Ni cómo podrá tampoco con hombres que tan sin valor se han conducido, acometer una plaza en medio del dia y del fuego constante y mortífero que arrojan sus baterías, como tantas veces tiene que hacerlo el soldado en un estado de guerra? A la verdad que ninguna confianza pueden tener en unos hombres que habiendo llegado sin lesion ni peligro á tres varas de la puerta del fuerte de Echarri-Aranaz, les faltó ¡quién lo creyera! el ánimo y la resolucion para entrar dentro.

No, no es posible que yo continúe dirijiendo una guerra como la actual, sin vindicar antes la disciplina.. ¡Voluntarios! yo prometí el premio á los que en el lance pasado se condujeran como valientes; pero tambien amenacé con el castigo á los cobardes. Mis promesas deben ser siempre cumplidas, porque de otro modo ni los malos temerian el castigo, ni los buenos confiarian en el premio.»

Decretos expedidos por el Sr. D. Cárlos María Ysidro de Borbon para premiar en la familia de Zumalacárregui los relevantes servicios de este.

1.º

Teniendo en consideracion el elevado mérito, distinguidos servicios y constante lealtad del malogrado teniente general de mis reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui, he venido en nombrarle capitan general de los mismos, y con motivo de su gloriosa muerte conceder á su viuda doña Pancracia Ollo el sueldo entero que le correspondia por su espresado empleo de teniente general, y la pension de 2,000 reales anuales á cada una de sus tres hijas. Todo en recompensa de las eminentes y heróicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo. Tendréislo entendido y dispondreis su publicacion y puntual cumplimiento. Dado en el Real Palacio de Durango á 25 de junio de 1835. Está rubricado de la Real mano.

2.º

Real Decreto.—Ansiando mi paternal corazon multiplicar en favor de mis leales vasallos muestras de gratitud y amor, y queriendo premiar los estraordinarios esfuerzos de estas heróicas provincias en la memoria del distinguido caudillo que con el auxilio del Cielo supo confundir la revolucion usurpadora llenando de gloria á la nacion entera y de asombro á toda Europa; para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debidamente la lealtad y que sirva por siempre de noble emulacion, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito, vengo en conceder al capitan general de mis Reales ejércitos don Tomás Zumalacárregui, grandeza de España de primera clase con los títulos de *duque de la Victoria y conde de Zumalacárregui*, para sí, sus hijos y descendientes legítimos, con relevo del pago de lanzas y medias anatas, reservándome señalar, exterminada la usurpacion, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculacion anexa á la misma grandeza y sostener perpetuamente el decoro de la dignidad á que le elevo; siendo mi soberana voluntad que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones entre desde luego en posesion de esta merced su hija primogénita doña Ignacia Zumalacárregui, de quien pasará á sus hijos va-

rones, y no teniéndolos á sus hijas, y de ellos á sus descendientes habidos de legítimo matrimonio, observándose la prelacion de grado, edad, sexo y línea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la doña Ignacia muriese sin sucesion legítima, pasarán la grandeza y bienes á su hermana segunda doña Josefa Zumalacárregui, guardándose el mismo órden de suceder establecido para aquella, y si esta falleciese igualmente sin sucesion; recaerán bajo las espresadas reglas en la hija tercera doña Micaela Zumalacárregui y los que de ella vinieren: debiendo el heredero y sucesor en esta grandeza tomar siempre por primer apellido el de *Zumalacárregui*, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales, y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio el que se case con la doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero además que al advenimiento de la paz se exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacárregui, del sencillo sepulcro en que hoy yacen, se trasladen á Ormaiztegui, y precedidas las correspondientes exequias se depositen en un digno mausoleo con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la provincia de Guipúzcoa, á cuyo patriotismo y celo confio la ejecucion de esta mi Real voluntad; que se erija en aquella villa á la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo y que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de mis ejércitos. Por último, tengo á bien conceder á la duquesa viuda la banda de la órden de Damas nobles de María Luisa. Tendréislo entendido y dispondreis su cumplimiento. Real de Villafranca á 24 de mayo de 1836.—Yo el Rey.—A don Juan Bautista de Erro.

Tratado de la cuadruple alianza.

S. M. la Reina Gobernadora de España, durante la menor edad de su hija la Reina Doña Isabel II, y S. M. I. el duque de Braganza, Regente del Reino de Portugal y de los Algarves, en nombre de la Reina Doña Maria II.

Intimamente convencidos de que los intereses y seguridad de las dos coronas exijen el empleo inmediato de vigorosos y recíprocos esfuerzos para poner término á las hostilidades que si primero, tuvieron por objeto el trastornar el trono de S. M. F. prestan hoy dia apoyo y proteccion á los súbditos mal contentos del Reino de España; deseando dichas MM., atender á la vez á los medios necesarios al restablecimiento de la paz y felicidad interiores, y á afirmar sobre bases recíprocas y sólidas el porvenir de los dos estados, se han convenido en reunir sus fuerzas y obligar á los Infantes D. Cárlos de España y D. Miguel de Portugal á abandonar los dominios del último de estos dos reinos.

En consecuencia de estas convenciones, SS. MM. regentes se han dirigido á SS. MM, el Rey de los franceses y al de la Gran Bretaña é Irlanda; y estos dos últimos Príncipes considerando el interés que deben tomar siempre en la seguridad de la monarquía española, y deseando ardientemente contribuir al restablecimiento de la paz, tanto peninsular como europea, y por otra parte, S. M. B. teniendo en consideracion las obligaciones especiales que emanan de su antigua alianza con el Portugal, han consentido en obrar como partes interesadas en este tratado.

A este efecto, SS. MM. han nombrado sus respectivos plenipotenciarios por el órden siguiente:

S. M. la Reina regenta de España, á D. Manuel Pando Fernandez de Pinedo, conde de Villa Paterna y de Florida Blanca, su ministro plenipotenciario cerca de S. M. B.

S. M. el Rey de los franceses, al duque de Talleyrand, su embajador en la córte de Lóndres.

S. M. el Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, al vizconde Palmerston su ministro de negocios estranjeros.

S. M. I. el duque de Braganza, á D. Cristobal Pedro de Moraes Sarmento, su enviado estraordinario á la córte de Lóndres.

Y los plenipotenciarios se han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1.° S. M. I. el duque de Braganza, en nombre de la Reina doña María II, se obliga á usar de todos los medios que están en su poder para arrojar al infante D. Cárlos de los dominios portugueses.

Art. 2.° S. M. la Reina de España accediendo á las súplicas é instancias de S. M. I. el duque de Braganza, y teniendo por otra parte los mas justos y graves motivos de queja contra el *infante D. Miguel*, por el apoyo que ha prestado al infante D. Cárlos de España, se obliga á hacer entrar en el territorio portugués las tropas españolas que sean necesarias para cooperar con las de S. M. I., á la salida de D. Cárlos y de D. Miguel del territorio portugués, obligándose además la Reina de España á mantener por su cuenta y sin gasto alguno por parte de Portugal, estas mismas tropas españolas que serán acogidas y tratadas en un todo lo mismo que las de S. M. I. el duque de Braganza; tambien se obliga S. M. á hacer retirar aquellas fuerzas del territorio portugués luego que se haya conseguido la espulsion de los infantes mientras que su presencia no sea reclamada por S. M. I.

Art. 3.° S. M. el Rey de la Gran Bretaña se obliga á cooperar, empleando una fuerza naval para asegurar las operaciones necesarias segun lo determinado en el presente tratado.

Art. 4.° En el caso que las altas partes contratantes *juzgasen necesaria la cooperacion de la Francia*, S. M. el Rey de los franceses se obliga á cumplir lo que tanto él como *sus muy augustos aliados determinaren de comun acuerdo*.

Art. 5.° Las altas partes contratantes han convenido en que en consecuencia de las atribuciones contenidas en los artículos precedentes, se procederá inmediatamente á hacer una declaracion anunciando á la nacion portuguesa los principios y el objeto del presente tratado, y S. M. I. el duque de Braganza, animado del sincero deseo de borrar el recuerdo de todo lo pasado, y queriendo reunir á la nacion entera al rededor del trono de su augusta hija, declara su intencion de publicar una amnistía completa y general en favor de todos los súbditos de S. M. I., que dentro del término que se determine, volvieren á entrar á su obediencia; y dicho regente declara igualmente su intencion de asegurar al infante D. Miguel, luego que haya salido de los estados portugueses y españoles, una pension correspondiente á su clase y nacimiento.

Art. 6.° S. M. la Reina de España declara igualmente en virtud del presente artículo, su intencion de asegurar al infante D. Cárlos, luego que haya salido de los dominios españoles y portugueses una pension correspondiente á su clase y nacimiento.

Art. 7.° El presente tratado será ratificado, y estas ratificaciones se remitirán á Lóndres en el espacio de un mes, ó antes si fuese posible.

En fé de lo cual los cuatro plenipotenciarios abajo notados, lo han firmado y sellado en Lóndres, á 23 de abril de 1843.

MIRAFLORES.—TALLEYRAND.—PALMERSTON.—MORAES SARMENTO.

XXII

Artículos adicionales al tratado de la cuadruple alianza.

S. M. el Rey de los franceses, S. M. la Reina gobernadora de España, durante la menor edad de su hija la Reina Doña Isabel II, S. M. el Rey del reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, y S. M. I. el duque de Braganza, regente del reino de Portugal y de los Algarves, en nombre de la Reina Doña Maria II; altas partes contratantes en el tratado de 22 de abril de 1834, habiendo considerado sériamente sobre los sucesos que recientemente han tenido lugar en la Península, profundamente convencidos de que en el nuevo estado de las cosas se han hecho necesarias nuevas medidas para conseguir completamente el objeto de dicho tratado.

Los abajo firmados, Cárlos Mauricio de Talleyrand Perigord, príncipe, duque de Benavente, embajador estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el Rey de los Franceses cerca de S. M. B.; D. Manuel Pando Fernandez de Pinedo, de Alava y Dabela, marques de Miraflores, enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C. cerca de S. M. B.; Enrique Juan, vizconde Palmerston, baron de Temple, principal secretario de Estado de negocios estranjeros de S. M. B.—Cristóbal Pedro de Moraes Sarmento, enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. F. cerca de S. M. B.

Provistos de la autorizacion de sus respectivos gobiernos, han convenido en los siguientes artículos, adicionales al tratado de 22 de abril de 1834.

ART. 1.º S. M. el Rey de los franceses se obliga á tomar en la parte de sus estados mas vecina á la España, las medidas mas bien combinadas á fin de impedir que se envie desde el territorio francés á los insurgentes de España, especie alguna de socorros, ya sea en hombres, armas ó municiones de guerra.

ART. 2.º S. M. el Rey del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda se obliga á dar á S. M. C. todos los socorros de armas y municiones de guerra que S. M. C. pueda reclamar, y á asistirla además con sus fuerzas navales si fuese necesario.

ART. 3.º S. M. I. el duque de Braganza, regente de Portugal y de los Algarves, en nombre de la Reina Doña María II, participando completamente de los mismos sentimientos de sus augustos aliados, y deseando reconocer, por una justa correspondencia, las obligaciones contraidas por S. M. la Reina regenta de España en el artículo 2.º del tratado de 22 de abril de 1834, se obliga á prestar ausilio á S. M. C., en caso de necesidad, por todos los medios que estén en su poder, del modo y forma que se conviniere despues entre ambas MM.

Art. 4.º Los referidos artículos tendrán la misma fuerza y valor que si hubiesen sido insertados palabra por palabra en el tratado de 22 de abril de 1834, serán considerados como haciendo parte de dicho tratado, serán ratificados, y las ratificaciones comunicadas dentro el término de cuarenta dias, ó mas pronto si fuese posible,

En fé de lo cual, los respectivos plenipotenciarios lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

Dado en Lóndres á 18 dias del mes de agosto de 1834.

XXIII

Comunicaciones entre el general del ejército espedicionario de Portugal y el gabinete de Madrid sobre la seguridad de la persona de D. Cárlos María Isidro de Borbon.

Ejército de operaciones en Portugal.—Excmo. Señor.—Al Ilmo. Señor duque de Terceira, en 27 del actual á las 5 de la tarde, le he dirigido la nota del tenor siguiente por conducto de mi primer ayudante de campo, coronel D. Ramon Tejeiro.

«Ilmo. y Excmo. Señor.—Al Ilmo. y Excmo. Señor secretario de Estado del Despacho del departamento de la guerra, de S. M. F. Doña María II, digo en esta fecha y momento lo que copio.—Ilmo. y Excmo. Señor: Habiendo cooperado con el ejército de mi mando tan eficazmente á los sucesos gloriosos que presiden las armas de S. M. la Reina de Portugal, Doña María II, me es forzoso reclamar de S. M. y Regenta del reino, el que por ningun pretesto permita embarcar al Infante que ha sido de España, Don Cárlos María Isidro, con su familia, comitiva y revolucionarios que le siguen, determinando que sus personas me sean entregadas para ponerlas á disposicion de mi augusta Soberana la Señora Doña Isabel II.—Al servirse V. E. Ilma. dar cuenta á S. M. y de esta solicitud tan justa y necesaria á la tranquilidad de España, me honrará con encarecérsela sobremanera, asegurándole al mismo tiempo mis mas profundos respetos con el parabien cumplidísimo por el feliz desenlace de la cuestion portuguesa.»—Y tengo el honor de trasmitirlo á V. E. para que se sirva gestionar en mi nombre, cuanto conduzca al buen éxito de mi racional pretension, pues que en ella se interesa el bien estar de mi patria y la tranquilidad de la que dió á V. E. el ser, como no lo ignora su muy ilustrada perspicacia; y mientras tanto V. E. se sirva contestar á mi oficio de esta mañana, procuro incomunicar las plazas de Yelves, Campo-Mayor y Oguela, sin embargo de persuadirme recibirán sus gobernadores órdenes terminantes para reconocer á su legítimo gobierno.

Y como con fecha de dicho dia 27, me trasmite el mencionado ayudante, copia de los artículos acordados con D. Cárlos María Isidro, y adiciones que V. E. no ignorará, no difiero el dejar de informarle de mis pretensiones, cerciorándole al mismo tiempo del desaire que acaban de inferir al ejército de mi mando los mariscales portugueses, sin consideracion conveniente al servicio de la Reina Nuestra Señora, ni siquiera de mera urbanidad al pabellon que los colocó en la posicion que ocupan, abrogándosela solamente suya, contra mis esperanzas, contravenciones, fatigas y tareas de todas clases.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Santa Olalla, 29 de Mayo de 1834, á la una de la tarde.—Excmo. Sr.—José Ramon Rodil.—Excmo. Señor encargado de negocios de S. M. la Reina Ntra. Sra. en Lisboa, D. Evaristo Perez de Castro.

Ejército de operaciones español en Portugal.—Excmo. Señor.—El Excmo. Señor Secretario de Estado y del Despacho de la guerra con fecha 28 del actual, me dice lo que copio.—Excmo. Señor.—Persuadida S. M. del breve término de los negocios de Portugal, de que tanta gloria cabe á V. E. y ese valiente ejército, se ha dignado oir su consejo de Ministros acerca de las disposiciones consiguientes á aquella terminacion y confor-

mándose con su dictámen, se ha dignado resolver: 1.° Si el pretendiente cayese en manos de las tropas españolas, será trasladado á Badajoz, donde con los miramientos debidos á su persona, se custodiará en un castillo ó local á propósito con las prevenciones necesarias á su seguridad. Lo mismo se practicará con su familia y con la Princesa de la Beyra. 2.° Si cayese en manos de las tropas portuguesas ó se pusiese á la disposicion de los generales ó del gobierno de la Reina Doña María II, ó bien del gobierno inglés ó francés por medio de sus ministros residentes en Lisboa, tratará V. E. inmediatamente con el que le reciba, reclamando que se custodie con seguridad y no salga de ningun modo de la Península hasta haberse puesto de acuerdo el que lo tuviese en su poder, con el gobierno de S. M. la Reina Gobernadora sobre su ulterior destino, que será conforme á lo que convengan las cuatro potencias que han hecho el tratado de 22 de abril, dirigido á poner término á la guerra civil de la Península. 3.° Si D. Miguel cayese en poder de nuestras tropas, ó él se presentase bajo la proteccion de S. M. la Reina Gobernadora, V. E. lo acogerá, y con todos los miramientos que le son debidos, lo vigilará de modo que no salga de la plaza ó punto conveniente hasta la debida resolucion y acuerdo que serán los mismos respectivamente que para el pretendiente quedan mencionados. Los ministros de Inglaterra y Francia cerca de esta córte, espiden correos á Lisboa con pliegos concebidos en iguales términos. Segun aviso del 25, del gobernador de Badajoz, que acabo de recibir por estraordinario: El capitan portugués, Mascarenas, de parte de D. Miguel, se habrá presentado á V. E. con pasaporte del ministro de Estado de aquel Príncipe, dado en Évora con el objeto de pasar á Madrid. S. M. quiere, que asi este como cualquier otro agente ó encargado que se presentase para venir á esta córte, le dé V. E. el conveniente pasaporte. Al mismo tiempo quiere, que en cualquiera supuesto de transaccion ó negociacion relativa al ejército ó tropas de D. Miguel ó D. Cárlos, obre V. E. con conocimiento de los generales portugueses, sin detener por eso el curso de las operaciones militares, evitando el dar tiempo á los enemigos. Por último, manda S. M. decir á V. E. que sin perjuicio de sus vastas atenciones, dicte las medidas mas eficaces para la completa organizacion y movilidad de las fuerzas ahí reconcentradas de tal manera, que al primer aviso puedan correr velozmente á adquirir nuevas glorias, á puntos de la Península acaso distantes.

Lo trasmito á V. E. para que por su parte gestione cuanto sea imaginable á conseguir los deseos de S. M. arriba espresados, teniendo esto por adicion á lo que le he comunicado en 29 del mes que espira, desde este cuartel general á la una de la tarde.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Santa Olaya, 31 de mayo de 1834, seis de la tarde.—Excmo. Señor.—José Ramon Rodil.—Excmo. Sr. D. Evaristo Perez de Castro, encargado de negocios de S. M. C. en Lisboa.

Excmo. Sr.—Muy señor mio: me es sumamente satisfactorio que la primera vez que entablo una comunicacion con V. E., sea en circunstancias tan favorables y cuando al fin de la contienda, que por tanto tiempo ha desolado ese reino, le promete una nueva era de tranquilidad y de gloria; tambien me es no menos grato, el considerar que el gobierno de S. M. F. habrá visto en la conducta noble y leal del gabinete español el

sincero deseo que anima á la Reina mi Señora, de mantener con esa monarquía las mas estrechas relaciones de amistad y alianza.

En prueba de estos sentimientos, antes que se firmase en Lóndres el reciente tratado, habian ya pasado las fronteras de Portugal las tropas españolas, para contribuir en cuanto estuviese á su alcance al triunfo de la causa legítima, y es una circunstancia notable que antes de saberse oficialmente el cange de las ratificaciones de dicho tratado, se halle ya terminada la contienda que le dió ocasion y motivo.

Mas por lo mismo que el triunfo ha sido tan rápido y completo, seria inescusable la imprevision de no asegurar sus consecuencias por cuantos medios sean posibles, y el gobierno español por su parte, fiel, no solo á la letra de dicho tratado, sino á su mente y espíritu lo mirará como norma de su conducta en las varias transacciones y efectos conducentes á su completa ejecucion.

S. M. ha visto con el mayor agrado que conforme el gobierno de S. M. F. con estos sentimientos, ha ordenado á su ministro plenipotenciario en esta córte, manifestar terminantemente (como lo ha hecho el caballero Sarmento en la nota que me ha dirijido con fecha 29 del próximo pasado) que «la «opinion del gabinete de S. M. F. es, que ni el pretendiente español, ni el «usurpador de Portugal deben ser puestos en libertad aunque fuera para «alejarse de la Península sin que preceda el consentimiento de cada uno «de los gobiernos respectivos.» Esta base tan arreglada á los principios de justicia como á los de una política previsora, es la misma que ha adoptado el gabinete de S. M.; y con arreglo á ella, en cuanto se supo en este real Sitio el próximo desenlace de los sucesos de ese reino, se apresuró el ministerio español á manifestar al embajador de S. M. el rey de los franceses y al ministro de S. M. B. (el de S. M. F. no pudo concurrir á esta entrevista confidencial por hallarse aquel dia en Madrid) cuales eran las miras é intenciones de S. M. la Reina Gobernadora, á fin dé que las cuatro potencias que habian firmado el tratado de Lóndres procediesen en un todo de acuerdo respecto de la suerte y ulterior destino de ambos príncipes, como consecuencia natural del referido convenio.

Súpose despues el fin de la guerra civil y la generosa amnistía concedida al partido vencido por S. M. I. el duque de Braganza, en nombre de su augusta Hija, siendo de notar por su prevision y sabiduría, el contenido del artículo 7.° que dice de esta suerte:

«El Sr. D. Miguel se obligará á salir de Portugal en el término de quince dias, declarando que jamás volverá á parte alguna de las provincias de las Españas y de los dominios de Portugal, ni concurrirá de modo alguno á perturbar la tranquilidad en estos reinos; en caso contrario perderá el derecho á la pension estipulada y quedará sujeto á las demás consecuencias de su proceder.»

Resulta, pues, segun el tenor de los documentos oficiales del Gobierno de S. M. F. que ha juzgado con razon que era necesario asegurar dos puntos importantes: 1.° El que ni el Pretendiente de España, ni el usurpador de Portugal fuesen puestos en libertad, sin que precediese el consentimiento del gobierno respectivo. 2.° Que aun supuesto este consentimiento, la prudencia aconsejaba el exigir del Príncipe antes de salir de la Península, la esplícita promesa de no volver á pisar el territorio de uno ni otro Reino, ni perturbar de manera alguna su tranquilidad so pena de perder la asignacion que se le hubiese concedido por respeto á su elevada gerarquía, y de esponerse á los riesgos y consecuencias de sus ulteriores procedimientos.

Estas condiciones se impusieron á D. Miguel en el mismo pais en que

habia reinado de hecho durante algunos años, cuando habia aún algunos cuerpos de tropas que no habian rendido las armas y á tiempo que todavía diferentes plazas mantenian en pie su bandera.

Muy al contrario el Príncipe D. Cárlos se hallaba en Reyno estraño, seguido meramente de una gavilla de rebeldes, espuesto á ser perseguido por las tropas de la Reyna legítima y sin mas amparo ni refugio que lo que pudiera esperar de la intercesion de las potencias aliadas y de los nobles sentimientos de la Reina Gobernadora; con todo solo ha llegado á noticia del Gobierno español que se le concedió salir de Evora, y encaminarse á Aldea Gallega para embarcarse en aquel punto, á bordo de un buque inglés sin que haya llegado á noticia de S. M., ni se pusiera en noticia del General en Gefe de su ejército que estaba allí cercano, cual era la intencion y propósito del mencionado Príncipe, ni se han exigido de él algunas prendas ó garantias, ni si se aguardará para disponer su partida y su ulterior destino, el previo consentimiento del Gobierno español como el mas interesado en él. Y aunque S. M. confia en que, con arreglo á los sentimientos que animan á sus augustos aliados, no se habrá dado paso en materia de tanta trascendencia, que pueda resentirse de precipitacion; S. M. me ha ordenado espresamente para todo caso y evento hacer las comunicaciones oportunas, asi al Gabinete de S. M. F. como al de París y Londres, no solo para manifestarles, con la dignidad y buena fé que corresponde, cuales son las miras é intenciones de S. M. respecto de la grave materia de que se trata, sino para llamar la atencion de sus augustos aliados, hácia tres puntos importantes:

1.° La justicia y la conveniencia de exigir, cuando menos de D. Cárlos, las mismas condiciones y promesas que se exigieron de D. Miguel en el artículo 7.° ya citado.

2.° El derecho que tiene el gobierno español de no acceder por su parte á que fije dicho príncipe su residencia ulterior, sin que preceda el consentimiento de S. M. y el acuerdo de las potencias que han firmado el tratado de Lóndres.

3.° Que por no esponerse á que este quede tal vez vano é ilusorio, y antes bien por el contrario, con el fin de que se tenga como firme y vigente, aun despues de espulsados ambos príncipes, convendria que las mismas cuatro potencias publicasen una declaracion solemne, manifestando que el tratado subsiste para asegurar el objeto comun que en él se propusieron, y que siempre y cuando ocurriese por desgracia que D. Miguel ó D. Cárlos volviesen á estos reinos, ó perturbasen la tranquila posesion de las coronas de sus reinas legítimas, dichas potencias se consideran ligadas á cumplir sus estipulaciones, reuniendo sus conatos y esfuerzos para contrarestar cualquiera tentativa de usurpacion y asegurar la paz de la Península, tan necesaria al reposo general de Europa.

En este mismo sentido he pasado, de órden de S. M. la Reina mi señora, las notas al efecto, al embajador de S. M. el rey de los franceses y al ministro de S. M. B. en esta córte, y deseosa S. M. de que continúe reinando el mejor acuerdo y armonía entre las cuatro potencias que han firmado el tratado de Lóndres hasta dar cumplimiento á una empresa tan importante; me ha ordenado S. M. hacer á V. E. esta comunicacion, á fin de que se sirva elevarla á conocimiento de S. M. I. el duque de Braganza y se logre (como S. M. lo espera confiadamente) un objeto tan esencial para la pacificacion futura de ambos reinos.

Aprovecho esta ocasion, etc. — Aranjuez 3 de junio de 1834. — Firmado.—Francisco Martinez de la Rosa.—Sr. Ministro de negocios estran-

geros de S. M. F.—Es copia.—Rubricada por el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.

Parte del Conde de Mirasol sobre el sitio de la villa de Bilbao.

Excmo. Sr: Al Excmo. Sr. comandante general de estas provincias con fecha de hoy, digo lo que sigue:

Excmo. Sr.: Despues de mis comunicaciones de los dias 9 hasta el 17, continuando el sitio de esta villa, y creyendo justo que V. E. se halle informado de los pormenores de este acontecimiento, me he ocupado de redactar el diario en términos que pueda asegurarle de la conducta de todos y cada uno de los individuos que componen la guarnicion, la Milicia urbana, las corporaciones civiles, y la mayor parte del vecindario.

El bloqueo de esta villa tuvo principio el 10; se estrechó consecutivamente hasta el 12, y fué sitio formal el 13; entreteniéndose un fuego de fusilería bien nutrido en toda la estension de la línea desde por la mañana hasta el anochecer, y desde esta hora con intérvalos hasta la mañana del 14, en cuyo dia establecidas las baterías enemigas sobre los puntos de Mirabilla, camino de Munguía y Begoña, rompieron el fuego á las ocho en punto de la mañana, jugando dos morteros de 14 pulgadas, dos obuses de 7 y cinco piezas de los calibres de á 12, 8 y 4, sostenidas todas por una línea de tiradores apostados en las muchas casas que hay dentro del tiro por toda la estension del recinto. Aunque el ruido de los trabajadores y algunos avisos confidenciales nos habian anunciado la existencia de las precitadas baterías, sus puestos estaban tan bien elegidos que nada pudo descubrirse en la amanecida; pero no obstante fueron contestadas sin detencion por los nuestros de Larrinaga, al mando del brigadier coronel del regimiento de infantería de Almansa D. Fausto del Hoyo; de Socoloeche, á las del teniente coronel graduado, capitan del regimiento de infantería de San Fernando, D. José Castañon; el Circo de Begoña, á las del coronel del regimiento Voluntarios de Valencia 4.° de ligeros, D. Joaquin Oliveras; y la de Mallona, á las del comandante del mismo regimiento D. Manuel de la Vera, que con posterioridad pasó al Circo, reemplazándole en la de Mallona el comandante de su propio regimiento D. Manuel Saliquet.

La penúltima de estas baterías comenzó desde luego á resistir el ataque general y mas directo de toda la línea enemiga, y aunque protegida por la batería del Emparrado, que se habia construido en el dia anterior, colocando en ella un cañon de á 18, sufrió sin embargo un destrozo considerable, en términos que á las doce del dia tuvo que cesar sus fuegos por hallarse enteramente destruida, sin embargo de los estraordinarios esfuerzos con que procuraron conservarla los oficiales de artillería, teniente don Eduardo Solís, y subteniente D. Santiago Loriga, cuya inteligencia, á la par de la de sus dignos compañeros, fué sostenida con un valor heróico, manteniéndose firmes contra el fuego de los enemigos, contra la destruccion de los muros y el hundimiento del mismo terreno que pisaban. El coronel Oliveras, gefe de aquel puesto, los recomienda, y los hechos fueron tan públicos, que todos los oficiales que los recorrimos estamos obligados á elogiarlos y á repetirles las gracias que les dí en aquellos momentos por su denodado esfuerzo.

Destruida la batería, con tres brechas practicables, desmoronado su muro, y sin ninguna artillería en juego por aquella parte, hice subir una

compañía de tiradores del 4.º de ligeros, y otra de la Milicia urbana de infantería, las cuales con la guarnicion del fuerte formaron parapeto con sus pechos y amparados de las ruinas sostuvieron un fuego de fusilería que contuvo siempre al enemigo, principiando desde aquellos momentos de ansiedad á lucir la brillante serena conducta del coronel Oliveras, cuyo digno ejemplo imitaron todos sus subordinados, recibiendo las bombas, las granadas y las balas de la artillería enemiga con aplausos y vivas á nuestra inocente reina.

No obstante la eficaz cooperacion de todos, en cuyo número entran tambien los individuos del ayuntamiento, no fue posible restablecer en aquella noche la batería del Circo: solo se pudo construir una segunda línea á espaldas de sus escombros; y siguiendo el fuego el dia 15 con la misma intensidad que el anterior, y dirijido sobre el propio punto, se repitieron en él los rasgos de heroismo, desafiando nuestros soldados á los sitiadores para que viniesen al asalto, y celebrando la caida de sus proyectiles, sin que uno solo se ocupase del cansancio, del riesgo, y ni aun dejase de resistir su relevo cuando se les llamaba para comer el rancho.

Las baterías de Larrinaga, Solocoeche y Mallona no cesaron de jugar sus piezas con tan particular y marcado acierto, que la de Solocoeche arruinó completamente la principal batería que los enfilaba; la de Mallona hizo callar los fuegos de la de Begoña; y la de Larrinaga, despues de haber deshecho una batería y barricada que amaneció á medio tiro de cañon, hizo cesar los fuegos de Mirabilla, y tuvo la felicidad de destrozar al enemigo uno de sus morteros, dándole un balazo de á 18 en el brocal, y de que una de las balas de fusil de sus aspilleras hiriese gravemente á Zumalacárregui, que fué conducido en parihuelas hasta Durango, y desde allí se asegura ha pasado á Oñate.

En este mismo dia fue herido el artillero Reina en la batería de Begoña por un casco de granada; y por nuestra parte tuvimos herido al comandante de artillería teniente coronel D. Manuel Gutierrez Bustillos: muerto en la batería de Solocoeche el capitan del propio cuerpo D. Tomás Mones: en la del Circo pereció el capitan graduado de teniente coronel del regimiento de infantería del Príncipe D. José Pereira, y hubo cuatro artilleros heridos, tres soldados ingleses y el respetable coronel D. Miguel Cheli, segundo gefe del punto, que sufrió un balazo en el brazo izquierdo; cuatro soldados muertos del 4.º ligero; seis heridos y un muerto del provincial de Salamanca.

Todas las baterías estaban regadas con la sangre de la lealtad; ningun individuo habia dejado de manifestarse gozoso en el combate y esmerado en los trabajos; los oficiales D. Eusebio Quincoces, de ingenieros, y D. Juan Duro, de zapadores, concurrian á todas partes auxiliados por la particular inteligencia, patriotismo y bizarría del arquitecto de esta villa D. Antonio Goicoechea, y del sobrestante D. José Ramon de Cengotita, y el maestro de obras D. José Antonio Elizagarate, los cuales recomiendo á la consideracion de V. E., pidiendo muy encarecidamente suplique á S. M. se digne premiar el distinguido mérito del arquitecto Goicoechea, cuyos talentos y celo por el real servicio me han sido de una estraordinaria utilidad.

El capitan de voluntarios de Búrgos, D. Campio de Feijó Taboada, que se hallaba en comision en esta villa, se presentó voluntariamente para el servicio, y en calidad de ingeniero voluntario fue destinado á la batería de Larrinaga, donde han sido utilísimos sus conocimientos, tanto para rehacer las partes que desbarataba el cañon enemigo, como para cubrir las enfiladas de las casas vecinas, desde donde sus muy buenos

tiradores apenas dejaron sin señal de su acierto á alguno de los que entrabamos en ella.

Las baterías todas fueron rehechas en la noche del 15; algunas piezas variaron de posicion, y los oficiales de ingenieros, los de artillería y los de infantería rivalizaron en celo, en disposicion para el trabajo, y en un empeño que solo sostenido por tan afanado patriotismo pudo dar concluidas las obras al amanecer, máxime en la batería del Circo, cuyo terreno, removido por el efecto de la multitud de proyectiles que el enemigo le habia dirigido, ofrecia multiplicadas dificultades para dar consistencia á las obras.

Al amanecer del 16, volvió á romperse el fuego que habia durado como hasta las once de la noche del 15: los enemigos continuaron su empeño contra la batería del Circo; pero como esta ya no pudo contestarles, y el diestro teniente de artillería, D. Francisco Tejada, habia sacado una pieza de á 12 de la batería de Larrinaga, y colocádola oportunamente sobre una plataforma oculta al enemigo, y que flaqueaba su batería directa contra la muestra del Circo, sus fuegos hicieron menos efecto; cesaron á cosa de la una, continuando en jugar solo el mortero y los dos obuses contra la villa, que al ejemplo de su guarnicion y del bravo batallon de la milicia urbana, despreció constantemente los proyectiles vitoreando á S. M. la Reina, y procurando recoger los que no reventaban, para aumentar con ellos el depósito de nuestro parque.

Asi continuó todo el 16 hasta las diez de la noche: esta se pasó en reponer las obras deterioradas; en practicar otras nuevas en la segunda línea del Circo; en cubrir con un parapeto el paso desde el Arenal al convento de San Agustin, y en reparar y distribuir nuestros almacenes de pólvora.

En la mañana del 17, cierto de la llegada á Portugalete de dos batallones procedentes de S. Sebastian, y de las municiones y artillería que habia pedido para asegurar mi superioridad sobre el enemigo, despues de haber dado el aviso competente fijando la hora de la marea, dispuse que el gefe de la plana mayor coronel, D. Miguel Araoz, verificase una salida por la puerta de S. Agustin con las compañías de preferencia de los regimientos 3.º y 4.º de ligeros, 100 hombres del provincial de Compostela, y la 4ª. compañía del batallon de la milicia urbana: este gefe arrolló cuantos enemigos encontró en su tránsito; llegó hasta las inmediaciones de Olabeaga; esperó las dos horas en que la marea podia favorecer la subida de nuestras municiones, y pasado este tiempo sin advertirse fuego ni movimiento alguno de la parte de allá, verificó su retirada cargado por tres batallones enemigos que venian sostenidos por los que de todos los puntos de su línea se acumulaban sobre el paraje de nuestra salida, sin embargo de lo cual la retirada fue tranquila: cada escalon mantuvo su puesto sin hacer fuego hasta recibir la órden: la entrada en la villa fue como en la parada; y el coronel Araoz, siempre en medio del mayor riesgo tranquilo y sereno, hasta el punto de esplicar á algunas compañías los movimientos que debian ejecutar como si estuviesen en el ejercicio, se hizo en este dia digno de consideracion y de que V. E. se sirva recomendarle á S. M., no temiendo asegurarle que los oficiales de este bizarro temple duran poco, y que es por consecuencia necesario adelantarlos en su carrera para que la patria recoja oportunamente el fruto de su capacidad.

Las compañías de cazadores de la vanguardia fueron mandadas en este dia por el coronel D. Baudilio Mallol, comandante del regimiento de Alman-

sa, cuyo gefe, siempre en la primera línea del fuego, recibió un balazo de consideracion en el rostro.

A cosa de las cinco de la tarde el enemigo volvió á romper el fuego de cañon; la villa fué de nuevo bombardeada; las tropas recibieron aun con mayor entusiasmo estos proyectiles; fue deshecho el almacen de pólvora del Circo, aunque sin desgracia alguna, ni ocurrió tampoco entre los escombros que ocasionaron en la villa 130 proyectiles huecos, con que nos entretuvo el enemigo desde la citada hora hasta las diez de la noche, que habiendo cesado el fuego se ocupó la guarnicion, con los prontos y multiplicados auxilios que facilitó el ayuntamiento, en reparar de nuevo las obras, embarricar algunas entradas, y en establecer medidas de precaucion y de seguridad, manifestando en cada instante una decision, un entusiasmo y una bravura de que dejo por juez á la opinion pública.

El 18 habiendo enviado de nuevo mis comunicaciones á Portugalete, verifiqué una salida por la puerta de S. Agustin, llevando conmigo las mismas compañías de preferencia que habian salido el dia anterior; la de cazadores de Mondoñedo; los 100 hombres de Compostela; los tres oficiales y 25 ingleses que, procedentes del vapor la *Reina Gobernadora*, sirven la batería de cohetes á la congreve, al mando de su bravo capitan y comandante D. Francisco Crook Ebsuortiz, de los tenientes D. Jaime Patrik Fitzpatrik, Alland M.ª Duff, los cuales se han comportado en todas ocasiones de una manera distinguida y digna de remuneracion; y la compañía de salvaguardias al mando de su bizarro capitan D. Marcos Aras, que se distinguió avanzando al enemigo y desalojándolo de sus primeras posiciones, el subteniente D. Pablo Lesca y el teniente D. Toribio Ansotegui, que aunque servia á mis inmediatas órdenes, fué á mandar una guerrilla.

Mi marcha iba protegida por las dos trincaduras la *Infanta* al mando del alferez de navío D. Pedro Carbajal, y la *Veloz* al de la de igual clase don Policarpo Ariz, llevando la primera en calidad de voluntario al alferez de navío D. Patricio Montojo, y la segunda al Urbano D. Mauro Bellon.

Las guerrillas y vanguardia, á las órdenes del valiente comandante del 4.º de ligeros D. Ignacio Capuso, avanzaron hasta las inmediaciones de Olabeaga: la marina desempeñó su parte con inteligencia y con tanta bizarría que desmontados todos sus obuses, heridos de gravedad varios de sus individuos, y sin otros fuegos que los de su escasa fusilería, sostuvieron su puesto hasta que yo mismo me acerqué á mandarles retirarse, asegurándoles, como lo repito ahora, que habian hecho mas que su deber, y que al dirigir á V. E. la relacion de aquel acontecimiento les haria la justícia á que se habian hecho acreedores con su esfuerzo, y suplicaría á V. E. hiciese llegar á los pies de S. M. la recomendacion de su distinguido mérito.

La columna mantuvo sus puestos hasta que la hora de la marea imposibilitaba la operacion por la parte de Olabeaga, á cuya altura tienen los enemigos cortada la ria con tres hileras de embarcaciones cargadas de piedras y sujetas con varias cadenas de embarcaciones mercantes, cuyos estremos pasando por groeras abiertas en las paredes de las casas mas inmediatas á la orilla, están hechas firmes por dentro.

La retirada se emprendió en el mismo órden que el dia anterior: el coronel Araoz estuvo encargado de la direccion de los últimos puestos: las compañías rivalizaron en serenidad y en arrojo siempre que fue necesario; la segunda de carabineros del 4.º de ligeros, con algunos milicianos Urbanos, sostuvo nuestra derecha contra el decidido empeño de un batallon navarro, y aunque acribillados á balazos por el frente y ambos flancos, tirando el enemigo á cubierto desde los matorrales, no hubo un soldado que

se separase de su puesto, y las compañías en su retirada por escalones mantuvieron su estricta formacion, marchando siempre á compás y á la voz de sus oficiales.

En este dia tuvo el coronel Araoz herido de consideracion su caballo, y tambien lo fueron el mio y el del comandante de escuadron D. Antonio Bárbara que servia á mi inmediacion, y ya cerca de la puerta fue muerto de un balazo el capitan inglés James Patrick Fitzpatrick, á quien al dia siguiente se hicieron con toda pompa los honores fúnebres.

En una y en otra salida se han cubierto los puntos protectores de la retirada por la tropa de provinciales á las inmediatas órdenes del benemérito coronel de Compostela D. José de Ozores, gefe de estraordinarias buenas circunstancias, pero que le recomiendan entre otras muchas su ambicion de gloria, su empeño en buscar las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, su bravura y su moderacion.

La batería de Mallona, mandada por los oficiales de artillería capitan D. Juan de Dios Morales, y subteniente de la Milicia urbana de esta villa D. Antero Tutor, colocada á la izquierda de la línea en posicion bien elegida, ha hecho servicios importantes: ambos oficiales han permanecido en su puesto sin interrupcion, y el acierto de sus tiros ha contribuido mucho á callar los fuegos del enemigo, y ha protegido la retirada de nuestras tropas en ambas salidas. Cada oficial del cuerpo de artillería ha sido para mí un tesoro en estas críticas circunstancias, encontrando en ellos aliento, fertilidad de recursos dentro y fuera de los límites de su profesion, constancia en el servicio, y hasta una materialidad en el trabajo que acredita su patriotismo, honra el cuerpo que los ha creado, y ofrece á la patria una juventud que será un semillero de buenos ejemplos; tengo el honor de incluir á V. E. una relacion nominal de todos para su debido conocimiento.

Los dias 19 y 20 se pasaron en tiroteos de fusil y alguno que otro cañonazr; se trabajó en la reparacion de obras, se cubrieron varios puntos enfilados; se limpiaron las armas alternando la tropa para este fin; se pasó revista, y se observaron movimientos en la línea enemiga que no pudimos comprender; pero que indicaban retiradas, y fueron el presagio de la aproximacion de V. E. y la del Sr. general Latre hácia el punto de Portugalete.

En los dias 21, 22 y 23 la línea solo ha sido molestada por algunos fusilazos y por los tiradores que tienen en determinados puntos que no han dejado de causar algunas desgracias con la certeza de sus tiros; y por nuestra parte hemos procurado mejorar y consolidar las obras, ocupándonos al mismo tiempo de observar los movimientos de V. E. para secundarlos si nos hubiera sido posible.

Ayer 24 observamos que la faccion se retiraba de las alturas de Castrejana y de los puntos de la línea que tenian en oposicion á la de V. E., volviendo á ocupar las anteriores, y rompiendo el fuego desde la altura de Mirabilla á los tres cuartos de hora de haber emprendido su movimiento.

Varios grupos de infantería se aproximaron á tirotear nuestros puestos y la artillería ha arrojado sobre la villa 14 bombas de á 14 pulgadas, y 74 granadas de siete, que han causado grandes daños en el caserío y algunas desgracias.

Los gefes que han mandado los puestos que designo á V. E. al principio de esta relacion histórica, el gobernador de la plaza coronel D. Ramon Solano, el sargento mayor de la misma teniente coronel D. José Dolsa, capitan del regimiento de San Fernando, y los ayudantes de ella. han prestado eminentes servicios, concurriendo, no solo al desempeño particular de

sus funciones, sino á cuantas la necesidad ó la ocasion les han presentado: han cuidado con particular esmero de la vigilancia de las tropas, y han dado en todo un ejemplo digno de recomendacion, esencialmente el brigadier coronel del regimiento de Almansa D. Fausto del Hoyo, que á pesar de sus años y de sus achaques, hace 16 dias que no baja de la batería de Larrinaga.

La dilatada línea de fortificacion de esta plaza, los inconvenientes que ofrece para seguirla segun el curso ordinario de las rondas de ordenanza, y la necesidad de recibir noticias consecutivas y enviar órdenes á los distintos puntos, me han obligado á multíplicar el número de oficiales á mis inmediatas órdenes; y su desempeño en el servicio militar, en las funciones de guerra y en las comisiones que les he confiado para entenderse con el ayuntamiento, con la diputacion general de la provincia, con los cónsules estrangeros y con otras atenciones que suprimo por no molestar á V. E., me hacen relacionárselos uno por uno para que se sirva tomarlos en su consideracion y racomendarlos á S. M. como oficiales beneméritos que pueden ser útiles á su Real servicio, y ayudar á cualquier gefe en ocasiones semejantes: el teniente coronel graduado capitan del regimiento de infantería del Príncipe D. Manuel Gonzalez y Zavala; teniente del regimiento provincial de Ronda D. Manuel Gomez de las Cortinas; subteniente del regimiento de infantería de Almansa D. Ramon Solano; teniente de cazadores de Isabel II D. Toribio de Ansotegui, y el comandante de escuadron D. Antonio Bárbara.

El primer ayudante de la plana mayor coronel D. Anacleto Pastors, aun no restablecida su salud por la herida que recibió en Guernica, y por el efecto de aquellos acontecimientos, ha concurrido eficazmente al servicio, me ha ayudado en mis tareas, y pido á V. E. se digne recomendarlo á S. M.

Tambien ha estado á mi inmediacion, y me ha acompañado en todas circunstancias, el administrador de Correos de esta villa D. Pedro Prat, individuo de la milicia urbana, que se ha comportado con valor, decision é inteligencia en las comisiones que le he confiado, practicando sus rondas en turno con los otros oficiales, y haciéndose acreedor á que lo recomiende á V. E. . . . .

Ruego á V. E. que al enterarse de todas las circunstancias que tengo el honor de poner en su conocimiento se sirva tomar en consideracion la situacion local de esta villa, el estado de sus recursos militares, y los esfuerzos que han tenido que hacer esta guarnicion, la milicia urbana, la diputacion general, la provincial y el ayuntamiento para llenar el importante objeto de su conservacion hasta la fecha, quedando la continuacion de esta defensa á las resultas de lo que tengo manifestado al Excmo. Sr. general D. Manuel Latre en mis comunicaciones de estos dias, y á lo que en papel separado digo á V. E., para quo elevándolo todo á los pies de S. M. se sirva pedirle su real aprobacioa sobre la conducta de estos defensores, y su soberano permiso para que yo pueda dirigir por el conducto de V. E. la propuesta de los premios á que se han hecho acreedores varios individuos, y con especialidad el coronel Don Ramon Solano, gobernador de la plaza, y el de igual clase, D. Joaquin Oliveras, que ha mandado el Circo de Begoña. Dios etc. Bilbao 25 de junio de 1835.—El conde de Mirasol.—Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

